

CLOCHEMERLE BALNEARIO

**GABRIEL
CHEVALLIER**



Lectulandia

Con esta novela, Chevallier cierra su trilogía sobre Clochemerle y sus inefables habitantes, una especie de modernos epicúreos, preocupados sólo por obtener de la vida los máximos goces, sin verse turbados jamás por consideraciones de índole moral.

Es evidente el encariñamiento de Chevallier con estos personajes suyos, criaturas con una elemental filosofía vital.

Ante la total transformación del pueblo que, con la rapidez del rayo, pasa del oscuro discurrir pueblerino al dinámico ambiente de ciudad-balneario, los seres inmersos en él rebullen de inquietud.

Lectulandia

Gabriel Chevallier

Clochemerle Balneario

Clochemerle - 3

ePub r1.0

Titivillus 26.03.2017

Título original: *Clochemerle les Bains*

Gabriel Chevallier, 1963

Traducción: Domingo Pruna

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

QUIÉN GARANTIZA LA MERCANCÍA

*«La ironía ha sido siempre la característica del genio filosófico, el sello del espíritu humano, el instrumento irresistible del progreso.
»... Ironía, ¡la verdadera libertad!».*

P. J. PROUDHON

«La moral ha sido inventada por los enclenques».

CHARLES PÉGUY

«Los autores cómicos alcanzan a ver, con frecuencia, mucho más lejos que los autores trágicos, o aquellos que se creen tales».

GEORGES SOREL

«Un libro obsceno es, sencillamente, un libro mal escrito. El talento jamás es obsceno. Ni, con mayor motivo, inmoral».

RAYMOND POINCARÉ

*«Los necios creen que bromear significa ser poco serio y que un juego de palabras no es una respuesta.
»¿Por qué tienen esa convicción?
»Porque les interesa que así sea. Es razón de Estado, les va la existencia en ello».*

PAUL VALÉRY

«El humor es el antídoto de la pedantería».

ANDRÉ SUARÈS

*«Escribir es un trabajo duro, pero debe ser un esparcimiento; al menos,
siempre lo ha sido para mí».*

WILLIAM FAULKNER

Primera parte

El manantial

Capítulo I

Conflicto entre el agua y el vino

Clochemerle iba a transformarse, a cambiar de pies a cabeza. Cosa increíble (la última en la que se hubiera podido pensar en un país de vino), fue la invasión del agua lo que acarreó aquellos profundos trastornos.

Había brotado un manantial en los alrededores del burgo, en el lugar llamado Fond-Moussu (Hontanar Musgoso)^[1]. Al principio no fue sino un pequeño chorro de agua que se elevaba algunos metros por encima del suelo y esparcía sus gotas en graciosa cascada, más o menos como una boca de riego. Se consideró el hecho como curioso, aunque sin concederle mayor importancia. Pero el agua no tardó en ensanchar su orificio de salida. El chorro se ensanchó hasta alcanzar el perímetro de un brazo y, luego, el de un muslo. Pronto se convirtió en una especie de cráter, con un diámetro como la boca de un tonel, por donde el líquido bullicioso y humeante salía de tierra para desparramarse, después, a través del campo, por cuyas pendientes y recovecos se encauzaba con la fuerza de un torrente. El extravagante prodigio planteaba una cuestión a la cual urgía hallar respuesta. ¿Qué iba a hacerse con toda aquella agua? ¿Podría detenerse aquel caudal que no se necesitaba para nada?

Porque, de inmediato, surgieron los enemigos irreductibles del agua, lo cual era fácil prever en una población compuesta casi exclusivamente de viñadores. Pero, lo que no era menos previsible, puesto que es humano, pronto hubieron de enfrentarse con los partidarios del agua, cosa que sucedió en el mismo momento que aquéllos se pronunciaron. Los segundos alegaban que el agua siempre tiene utilidad, que fertilizaría la parte baja de la región, que entonces se podría transformar en rica comarca agrícola. De allí provendría esa abundancia de leche, de quesos, de volatería y de huevos, de cerdos cebados y, por lo tanto, de morcillas, salchichas, jamones, picadillos, etcétera, todas cosas excelentes que harían de Clochemerle una pequeña Jauja. Decían también que la Bresse es más rica y más próspera que el Beaujolais, que la viña no renta en exceso y que sería bueno adjuntarle cultivos de complemento. Todo aquello parecía poco sostenible, pues las tierras bajas, utilizadas sobre todo como pastos, no son forzosamente aptas para el laboreo y sus escasas dimensiones prohibían, además, pensar en un gran rendimiento. Pero los acuófilos se obstinaban, tal vez con el único propósito de fastidiar a los otros, a los que tildaban de espíritus retrógrados, anticuados y viejos lechuzos. Siempre son los mismos quienes obstaculizan el progreso... Por culpa suya la Humanidad vegeta lamentablemente...

Indigencia mental... Cobardía... Rutina... Holgazanería..., etcétera.

La cuestión degeneró en broncas atronadoras en las tascas y en disputas acerbas en los hogares. Sabido es que cuando los esposos no están de acuerdo en el lecho adoptan opiniones contrarias en todo. Una de dichas disputas se inflamó como un incendio en el bosque y cobró, rápidamente, proporciones espantables. La mujer iba a favor del agua, puesto que el hombre estaba en contra. Ella le abrumaba con estas razones:

—Si el agua no sirviese para nada, no cubriría los dos tercios del Globo. De momento, ya sirve para navegar. ¡Y va una!

—¿Y qué tiene que ver la Marina y los marinos con Clochemerle? Jamás has visto el mar.

—Pero sé que produce atún, sardinas y bonito en escabeche. ¿Es que no te gustan?

—¡Eso no tiene nada que ver!

—¿Y el bacalao con cebollitas a la parrilla?

—¡El mar no produce las cebollitas a la parrilla!

—Yo no he dicho eso.

—Sí que lo has dicho.

—Te digo que no.

—¡Te digo que sí, borrica!

—¡Sé muy bien lo que me digo! Te juro que no he dicho semejante cosa.

—Y yo te juro que lo has dicho.

—¡No, embustero!

Falto de argumentos, Matachut abofeteó a su Berthe con mano maestra. Ella replicó lanzándole la sopera a la cabeza. Luego se entabló entre ambos un combate (en el que sirvió como arma la vajilla) espantosamente devastador, que sembró la ruina en la casa. No encontrando nada más que destruir, Matachut tiró por la ventana la gran fotografía de su boda, gritando que aquel día había caído en una maldita asechanza, en una condenada trampa, tan apestosa como una madriguera de zorro.

La fotografía planeó sobre la calle y vino a peinar al inocente Tafardel que pasaba por allí. Rompióse el cristal sobre el occipucio del exmaestro, quien vio su cuello adornado con un extraño collar acerado. El choque le había arrancado su célebre panamá de la cabeza y le había arrebatado sus lentes. De un rasguño en la mejilla le manaba un hilillo de sangre que iba a perderse en su cuello duro. Se creyó víctima de una agresión de los reaccionarios, sobornados por la baronesa y el clero, ralea que él había combatido durante su larga carrera de militante. Como no alcanzaba a ver nada sin sus gafas, pidió auxilio. Acudieron unos vecinos y le quitaron el collar, cuyas puntas amenazaban con perforar la garganta de Tafardel. Le repusieron sobre la nariz los lentes, que, pese a haberse roto, le permitían ver un poco con un ojo, aunque debía para ello mirar de soslayo. Después, le aseguraron que se trataba de un accidente, acaso raro, pero fortuito. Si se hubiese tratado de un atentado contra su persona, no le

habrían arrojado sobre la cabeza una pareja de recién casados.

Alarmado por los clamores, el brigada Cudoine acudió desde la gendarmería. Le explicaron el caso en dos palabras. Decidió entrar el primero en casa de Matachut, a fin de meter al matrimonio en vereda, imputarle el perjuicio de las gafas y las lesiones en la mejilla de Tafardel. Habiéndolo roto ya todo en el comedor, los Matachut acababan de pasar a la cocina, para iniciar en ella un bombardeo mediante objetos menos frágiles que la vajilla. ¡Allí tenían material suficiente para poder refocilarse!

Cudoine se enmarcó en la puerta justo para recibir en plena cara un caldero de hierro colado lanzado por Matachut con la violencia propia de un hombre que lo ve todo rojo por haberse tenido que enfrentar con el muro de cemento del peculiar raciocinio femenino. Tocado de lleno, el brigada cayó de bruces sobre su gruesa tripa de gendarme bien nutrido y se quedó estirado, moviéndose menos que un buey tras el mazazo. Aquel incidente no calmó, ni mucho menos, el furor de los esposos. No habían acabado todavía de ajustar sus cuentas. En primer lugar, ¿qué venía a hacer en su cocina aquel berzotas de brigada? ¿Acaso la gente no es libre de explicarse en casa?

Al segundo conciliador que se presentó, que fue Machavoine, le cupo en suerte la vasija grande, que Berthe le asestó en el cráneo. (Poseía una fuerza poco común y una talla proporcionada con ella, que le habían valido el apodo de *La Bertha*, por analogía con el famoso cañón que aterrorizó París). Menos gravemente tocado que Cudoine, Machavoine vaciló, no obstante, sobre sus piernas y se deslizó muellemente sobre el trasero, aturdido hasta el punto de no poderse quitar el extraño yelmo que constituía sobre su cabeza la olla. Se le oía gemir debajo de ésta de un modo que evocaba la Máscara de Hierro en sus instantes de gran desesperación.

El tercer conciliador, el pertiguero Nicolas, recibió la botella de leche en el bajo vientre, lo que le hizo doblarse, con las manos aplicadas sobre sus atributos, gimoteando como para partir el alma. Luego, se desmayó, tanto le había traspasado de parte a parte el lancinante dolor y tal terror sentía de que le hubiesen chafado sus órganos nobles. Era la fatalidad de aquel guapetón que los golpes malos le afectasen siempre en el sitio más vulnerable de su persona, allí donde la hinchazón nunca se había reabsorbido por completo desde la célebre batalla de la iglesia. (Digamos en seguida, para tranquilidad de todos, que en total supuso un golpe afortunado. El proyectil dio en el sano, que, a partir de ahora, no debería desinflarse nunca más. Aquello restablecía la simetría. Se supo más tarde por las confidencias de *Madame Nicolas* a la excelente *Madame Fouache*, quien saca de ello esta conclusión, tendiendo ambos puños cerrados: «Al parecer, los dos son ahora así de grandes. Los más gordos del Beaujolais. ¡Figúrense lo orgullosa que está *Madame Nicolas*!«).

Otro proyectil, una ensaladera, alcanzó a Mélanie Boigne en plena pechuga. Aquella robusta comadre nada tenía que hacer por allí, pero su curiosidad la impulsó de modo irresistible hacia aquellos lugares donde cualquier drama estuviese en curso.

Mélanie era extraordinariamente tetuda, por razón de sus numerosas lactancias. No se sabe por qué raro prodigio, uno de sus gruesos y blandengues senos hizo ventosa de tal suerte que la ensaladera quedóse enganchada sobre él. Lo cual le confirió, de repente, un seno de mayólica de muy curioso efecto, pues el pie de la ensaladera figuraba una terminación enorme, comparable a la extremidad de la trompa de un elefante.

Los golpes seguían lloviendo, y los utensilios volando. En su borrachera de destrucción, los Matachut experimentaban una voluptuosidad amarga «destrozando la barraca». Se decían confusamente que lo que hacían era idiota, pero cuanto más idiota, más excitante se volvía. No obstante, por una especie de acuerdo tácito, aplazando para más tarde el explicarse a fondo en ellos, se ensañaban ahora con los visitantes, favorecidos por la circunstancia de que éstos no podían penetrar en el aposento sino por el estrecho gollete de la puerta. Esto les permitía irlos demoliendo a medida que llegaban. Después de Tafardel, Cudoine, Machavoine y Mélanie Boigne (que ya se había deslizado afuera, impaciente por mostrar a todos su rutilante protuberancia), otros más cayeron. Un pimiento morrón chafó la nariz de Pignaton, que ya la tenía larga y gruesa de por sí. Esto le procuró durante quince días, en una gradación de tonos que iba del morado al verdoso, un asombroso perfil de hipopótamo. Un malvado golpe de asador hizo aparecer en breves instantes una especie de huevecito rosa en plena mitad de la calvicie de Pétinois. Por último, un esperón se desmenuzó tan bien sobre la tupida cabellera de Mimi Susson que ésta salió del trance con un mechón centelleante, que costó mucho peinar y que permaneció punzante durante mucho tiempo.

Un golpe funesto iba a devolver a los Matachut a su vindicta personal. Lanzada por Matachut, la sartén falló por un tris la bonachona jeta de Bajasson para alcanzar a Berthe en el hombro y provocarle una exclamación de dolor. Ebria de venganza, se abalanzó sobre un cajón, extrajo un cuchillo de cocina y comenzó a gritar:

—¡Te los voy a cortar, para acabar de una vez!

Sin duda se dirigía a Matachut, pero aquello sembró el atolondramiento. Presos de pánico a la vista del espadón, los hombres se retiraron en desorden. El cartero Blazot, que cubría la retirada, se protegía el vientre con la tapadera del barreño de la colada, mientras Pignaton había transformado en suspensorio una cesta y Tripotier se proveía, por si acaso, de dos hueveros para proteger sus preciosos dones.

En cuanto a Matachut, que conocía a su «costilla» mejor que nadie, saltó sencillamente por la ventana y corrió a refugiarse en casa de su amigo Lachenève. Muy pálido, le explicó el motivo de aquel repliegue precipitado. Lachenève era hombre apacible, que no concebía el odio y el furor.

—¡No será capaz de eso!

—¡Tú no la conoces! —rechazó Matachut—. ¡Sería capaz de comérselos al asador como riñones de cordero!

—¡Pues sería la primera vez que supiera saborearlos! —terció Nani Lachenève,

soltando una carcajada.

Era una picarona de tez viva y carne apretada, que sentía una gran consideración por el hombre en cuanto a tal. Es decir, que lo quería entero.

—¡Cortárselos y comérselos, pobre Matachut! ¡Vaya una barbaridad! ¡Digna de una verdadera antropófaga!

Pero se tomaba la cuestión en serio.

—No debe usted exponerse a despertar eunuco. Voy a prepararle una cama y se quedará a dormir aquí. Y mañana iré a hablar con su «costilla».

Entretanto, dueña del campo de batalla, Berthe Matachut evaluaba las consecuencias del follón. ¡Lastimoso espectáculo! De ordinario era una mujer ahorrativa y, ahora, años de una estricta economía acababan de naufragar en la catástrofe. Verdad que la discordia estaba latente desde hacía mucho tiempo, por lo cual aquel tornado había de sobrevenir un día u otro. Y debía confesar que sus nervios estaban más calmados. No obstante, pronto se vio presa de un ataque de furia casera. Quería poner orden en aquel estropicio, examinar lo que podía ser salvado, compuesto y remendado. Se preguntó por dónde podría empezar. Bien. Primero tendría que librarse de aquella mole de Cudoine, que le estorbaba para la limpieza. Le echó encima un cubo de agua, lo cual hizo estornudar al gendarme. Por lo tanto, no estaba muerto. Lo puso cara arriba y pudo comprobar que su cara chafada y sanguinolenta semejava un plato de tomate a la provenzal. En aquel estado le hubiese gustado ver a su hombre, hacía un instante. Se dijo, sin embargo, que aquel gran bruto de Matachut, aparte su fea manía de intentar sacarla siempre de quicio, era trabajador y sabía hacer muy bien el vino. Valía más, por tanto, que fuese Cudoine quien tuviese la cara hecha papilla. Y aquello irritaría a la Cudoine, esa pretenciosa que se daba pisto porque era la mujer del brigada y vivía en la gendarmería, un «monumento del Estado».

Berthe se ocupó después de Machavoine, quitándole su cubrecabezas esmaltado. No sin antes hacer observar:

—¡Me ha abollado usted el fondo de la olla, imbécil!

Machavoine, algo abollado a su vez, estaba todavía demasiado dolorido para protestar y, por lo demás, no se habría atrevido a enfrentarse con la terrible Berthe. Ésta le presentó un gran vaso de aguardiente y una escoba.

—Tiene usted que ayudarme. Pero bébase esto primero.

El aguardiente revigorizó a Machavoine. Tras haberse asegurado de que no tenía más que un chichón en el cráneo y de que no sangraba, se puso de pie. Berthe le empujó hacia el comedor.

—Va usted a barrerme todo esto y a amontonarlo. Después haremos una selección de lo que sirva.

—Pero —protestó débilmente Machavoine—, mi mujer... Va a preguntarse...

—Oiga, Machavoine, ¡yo no he ido a buscarle a usted! ¿Venía usted a espiarme o a refocilarse la vista? Todo el mundo sabe que Matachut me zurra las nalgas al aire cuando se enfurece. ¿Es eso lo que quería usted atisbar, asqueroso?

—Bueno —dijo Machavoine—, yo no me habría permitido a poner mi mirada...

—Habría podido ver algo peor —replicó Berthe, que, pese a todo, tenía su pundonor bien situado—. Y en cuanto a su mujer, si no está contenta, mándemela.

Domado, Machavoine empezó a barrer dócilmente.

Berthe descubrió entonces a Nicolás, sentado en el suelo. El pertiguero había vuelto en sí, pero sus quejidos atestiguaban su intenso sufrimiento. Sus manos haciendo cuenco sostenían objetos que parecían tener el tamaño de un par de calabacines.

—¿No se habrá lisiado de por ahí? —preguntó, compasiva—. ¡Ande, déjemelo ver!

El pertiguero quería evitarlo. Pero ella insistió:

—¡Si cree usted que Matachut no los tiene hermosos...! ¡Y no pide más que enseñarlos, el muy cerdo!

Los puso al aire, con solicitud y precaución. Berthe se informó:

—¿Cuál es el de la iglesia?

—El izquierdo —respondió Nicolás.

—Pues ya son iguales y el derecho todavía puede aumentar. ¿Le duele cuando lo palpo?

—¡Sí, sí! —se quejó Nicolás.

—Voy a ponerle una compresa. Eso detendrá la hinchazón.

—El izquierdo me lo envolvían en algodón —dijo Nicolás—, con una pomada que extendían por encima.

—Pertenece a su mujer y no quiero disputárselos. Ella misma le pondrá el algodón. Pero, mientras tanto, la compresa le sentará bien.

Los cuidados que Berthe prodigaba a Nicolas permiten suponer que ella no había tenido realmente intención de mutilar a Matachut, aunque, una vez encolerizada, una individua de su calaña fuese capaz de todo. La gente estaba tan persuadida de ello que ya cundía el rumor por el burgo de que el infortunado acababa de vérselos cortar por lo sano por su virago. ¡Al ras! La noticia —afortunadamente falsa— provocaba gran indignación en el campo de los hombres y gran compasión por parte de las mujeres. Éstas no comprendían que se pudiese destruir el propio bien, perjudicando a la virilidad del hombre de una. La mayoría, por el contrario, velaba celosamente sobre aquélla, con mimos de intimidad y toda suerte de buenas maneras. También corría el rumor de que Cudoine había sido dejado por muerto sobre el pavimento de la cocina de los Matachut; que Machavoine había recibido en la cabeza un golpe que le dejaría cretino por el resto de sus días; y por último, que Nicolas, contrariamente a Matachut, iba a ver doblar el tamaño de sus órganos genitales. (Esta última información suscitaba una curiosidad bastante turbia).

Todo ello suponía demasiadas noticias terribles a la vez. Se supuso que Berthe, en un arrebató de locura mortífera, había transformado su casa en un fuerte Chabrol y se aprestaba a la carnicería. Los clochemerlinos decidieron personarse allí en masa, manteniéndose por si acaso a distancia, tras haber requerido a los gendarmes que fuesen en cabeza, deber ineludible puesto que los despojos de su jefe habían quedado en poder de la furia. Y se fue a buscar al doctor Mouraille, a fin de que prestase los primeros auxilios a los heridos.

La casa Matachut parecía perfectamente en calma y silenciosa. Por la ventana del comedor, abierta de par en par, la muchedumbre percibió a Machavoine barriendo tranquilamente. Él se apresuró a asomarse a fin de enterarse de lo que quería todo aquel gentío, agolpado pero prudente en extremo. Se comprobó, primera sorpresa, que no tenía el aire más idiota que de costumbre.

—¿Está ahí Berthe? —le preguntaron.

—Está en la cocina, acunando las bolsas de Nicolas —respondió plácidamente, como si fuese una ocupación natural de la mujer de Matachut el sobar las partes del pertiguero, quien no obstante tenía esposa. Una esposa paliducha y muy poco atractiva, pero esposa al fin. Y cuando se tiene esposa, por muy desmejorada que esté, es preciso atenderla. Nadie quería desembarazar a Nicolas de la suya.

—¿Dónde está el cadáver de Cudoine?

—Bebiendo beaujolais con un pequeño embudo que Berthe le ha metido en la boca.

Aquellas sorprendentes respuestas hacían pensar que el desdichado Machavoine estaba realmente muy majareta. ¡Una víctima más! El doctor Mouraille tomó bruscamente una decisión. Después de todo, él sabía cómo dirigirse a los locos por haber frecuentado muchos en su vida.

—Voy a ver —dijo—. Los gendarmes que permanezcan detrás de mí. Acudid en cuanto os llame.

La puerta estaba abierta. No había más que entrar. El espectáculo que se mostró ante sus ojos fue mucho menos espantable de lo que el rumor público le había hecho temer.

Sentado tranquilamente en el suelo, adosado a la pared y con su impedimenta al aire, Nicolas aguardaba a que Berthe le aplicase la compresa fría. Mientras tanto, sostenía una botella y por medio de un pequeño embudo, vertía un chorrito de vino en la tumefacta boca del gendarme caído. Todo aquello era apacible y tranquilizador.

—Llega usted a punto, doctor —dijo Berthe—. Ese par tienen necesidad de usted. He cuidado un poco los utensilios de Nicolas, pero la cara de Cudoine no me he atrevido a tocarla.

—¿Qué ha pasado?

—Han venido a entrometerse mientras yo me explicaba con Matachut. No estábamos de acuerdo sobre la cuestión del agua. ¡Eso tenía que estallar!

—Estallar y sajar son dos cosas distintas. ¿Es verdad que se los ha cortado a

Matachut?

—No he cortado nada en absoluto. Cuando ha visto el cuchillo, se ha largado. ¡Les tiene demasiado apego a sus criadillas!

Reducido a sus verdaderas proporciones, el conflicto de los Matachut no tenía consecuencias dramáticas. Mouraille hizo los primeros vendajes y extendió sus recetas. La destrozada cara del brigada sería evidentemente poco visible durante algún tiempo, pero después recobraría su aspecto normal. Como, en realidad, no había recibido demasiado daño, más bien movió a risa el hecho de que Cudoine recibiera un buen golpe en el portapipa. No se le guardaba rencor, a decir verdad. Sin embargo, solía afectar unos modales de comandante militar de la plaza que irritaban un poco. Visiblemente, «era un creído» y en Clochemerle no se sentía simpatía por este tipo de personas. En total, siempre es agradable ver zurrar a un gendarme que tiene el poder —en principio— de zurrar a todo el mundo.

En cuanto a Nicolas, y menos aún que Cudoine, nunca llevaría señales en la cara. Y por lo que se refiere al resto, bastaría que *Madame* Nicolas fuese discreta. Ya sabemos que no lo era. Sin embargo, cabe preguntarse si no había algo de fanfarronada en su caso. Porque, al fin y al cabo, «los más grandes de Beaujolais»... Como decía la gorda Zozotte del valle, una sin-manías que tenía gran experiencia en esas cosas por haber manoseado muchas: «¡Me gustaría verlo!». Se jactaba de poder identificar gran número de ellos con los ojos vendados, sólo por el tacto. Eso era llevar excesivamente lejos el pundonor profesional. También en ese aspecto, se admitían sus palabras con reserva.

Al día siguiente, bien reposado, tras haber tomado el copioso almuerzo que le fue servido, Matachut dijo a Nani Lachenève:

—Tengo que ir a buscar a mi tormento.

—¿Quiere que le acompañe, Matachut?

—No hace falta, Nani. Voy a ajustarle las cuentas en seguida. Ya puede chillar.

—Tenga mucho cuidado.

—No se preocupe. No me dejaré cortar en rodajas como un Jesús^[2].

Berthe estaba que botaba, con todo y no tener la conciencia tranquila. Que su hombre hubiese pasado la noche fuera de casa, a sabiendas de todo el mundo, la afrentaba. Era una mujerona alta, de grupa empinada y dura como el boj, de anchas manos semejantes a conchas pegadas a su pecho como una armadura. Hombros y bíceps de faquín, con sobacos greñudos de luchador de feria. Tan pacienzuda como una tigresa que defiende su camada. Sólo un tipo despreocupado como Matachut podía vencer a aquella yegua, sacudiéndola convenientemente. No obstante, debía dejarla sin resuello a los primeros golpes, pues ella solía lanzarse a fondo en el cuerpo a cuerpo, con llaves como para mutilar al adversario. (Matachut había dejado el lóbulo de su oreja derecha entre los dientes de ella). Ocurrían en casa de los

Matachut verdaderas salvajadas, cuyos estallidos sorprendían al vecindario. Se oían retumbar los cachetes a mansalva sobre la carne desnuda, en el curso de las terribles luchas. Las formidables manazas de Matachut cubrían holgadamente una buena mitad del copioso trasero de su mujer. «Ya está preparando a su Berthe», decíase. Era sabido que ella no se rendía antes de tener las asentaderas al rojo vivo y abotagadas al punto de semejar un filete tártaro. Necesitaba de aquella quemazón de epidermis para animar su fuego interior. Por último, retumbaba un largo, un interminable berrido, que anunciaba un desenlace ortodoxo y aliviaba al barrio.

Durante algunos días, con los ojos lastimados, Berthe se mostraba dulce y sumisa. Resultaba cómico, en aquellos breves períodos, oír a Matachut llamar «cariño» a una tía corpulenta como un coracero y a la tía ronronear como una pantera calmada. Pero aquello no duraba mucho. A medida que el efecto de los golpes se alejaba, Berthe no recordaba más que la humillación sufrida y volvía a mostrarse infernal. Matachut sabía que para apaciguarla no había sino una nueva sesión de judo y de aullidos. Pero la pantera vigilaba sus retaguardias y no se la podía atacar sino por sorpresa. Y era conveniente dejarla *groggy* para hacerla más manejable. La mayor parte de los clochemerlins habrían retrocedido ante semejantes medios de llevar un himeneo a buen término. Sin embargo, no por ello dejaban de sentir una gran admiración y estima por Matachut.

Aquel día, la explicación fue particularmente severa. Berthe sabía que sería zurrada y, ya a los primeros coscorriones, pidió socorro a voz en grito. Nadie se molestó por las llamadas de Berthe. Se contentaban con aguardar las consecuencias, que se produjeron exactamente como se pensaba: el berrido retumbó, prolongado, y volvió a repetirse dos veces durante la jornada. Se concluyó de ello que Matachut había vuelto a casa como dueño y señor y que se había hecho el amo de la situación.

La cuestión de daños y perjuicios hubo de ser encarada. No obstante, el alguacil, si bien podía levantar atestado de las partes dañadas, no lograba establecer una relación de causa a efecto que definiese exactamente los perjuicios. Si atravesáis imprudentemente un campo de tiro y sufrís inconvenientes por ello, ¿quién será el responsable? Cudoine no estaba facultado para entrar de día en casa de particulares sin un mandato judicial y se lesionarían los Derechos del Hombre si esta cláusula no fuese respetada de manera terminante. El único que verdaderamente tenía derecho a quejarse era Tafardel, afectado en su persona y en su indumento cuando caminaba por la calle, sin provocación ni curiosidad indiscreta de su parte.

El ingenuo Tafardel lo reducía todo a la doctrina. Ahora bien, juzgaba irreprochable la línea política de Matachut, a quien, antaño, había enseñado a leer. No pidió más que el pago de los cristales de sus gafas y nada exigió por el arañazo en su mejilla. Conmovido, Matachut le ofreció en «Casa Adèle» una comida especialmente preparada, en compañía de Machavoine y Pignaton. Lo aprovecharon para embriagar

lealmente al viejo maestro, lanzándole retos de borrachines empedernidos. Nada tan agradable de ver como a un Tafardel ebrio y perorando hasta perder la noción de lo que decía, como un sapientísimo que acaba desbarrando. Aunque casto y virtuoso, en el sentido republicano del término, el maestro tenía sus horas de expansión y de lirismo libertino. Muy inclinado ante la sirvienta, le dedicó un florido discurso para compararla con las diosas del Olimpo, atestiguando que ella poseía encantos propiamente mitológicos, modelados para recreo de los dioses. Invitó a sus compañeros a calibrar las formas de Flora, a fin de que se formasen una noción palpable de su mitología. Los clochemerlinos no pedían otra cosa y ya sus manos se tendían hacia ella cuando Flora fue corriendo a refugiarse en la cocina.

La velada terminó con un coro, entonado con fuerza y relativo al oso, el elefante y la yegua. Y, asimismo, gritando a voz en cuello un estribillo escabroso, fue como Tafardel tomó, al filo de la medianoche, el camino de su lejano alojamiento. Pero no lo alcanzó. Se desplomó al tropezar con la acera y se quedó dormido, a cien metros aproximadamente del gran recodo. Allí fue donde lo encontraron los basureros, que operaban de madrugada. Lo llevaron a su casa con los miramientos propios de la amistad y de la estima. Juzgaban conveniente que aquel hombre reputado de gran saber pillase de vez en cuando su cogorza como todo el mundo. Aquello lo humanizaba.

No podía olvidarse, pues, aquel manantial de agua caliente, que brotaba abajo en la ladera, y que no solamente amenazaba con anegar la tierra llana bajo los millares de metros cúbicos que vertía cada día, sino que, además, lo cual era mucho más grave, amagaba con cubrir de ridículo a Clochemerle. ¿Qué venía a hacer una riada hirviente en aquella pequeña capital del vino, la más renombrada de la región del Beaujolais por la incomparable calidad de sus caldos? Las aglomeraciones rivales, en primera fila de las cuales figuraban Arbussonas y Montéjour, empezaban a reírse abiertamente, no privándose de decir que los clochemerlinos iban a «mojar» más que nunca la vendimia. Pura calumnia, dictada por el despecho de no haber podido mellar la supremacía de los famosos viñedos, orientados de la mejor manera, a la altitud más conveniente, y que hundían sus raíces en una tierra extremadamente rica en zumo oloroso. Aquel zumo daba al vino de Clochemerle un *bouquet* particular, que se encaramaba por las fosas nasales del bebedor y le henchía el ánimo de gozo, aun antes de haber hundido su nariz en el vaso. Ya podían los entendidos realzar sus cosechas con azúcar. Se limitaban a ganar en grado —se tornaban pastosos y aporreadores—, sin alcanzar jamás el aroma sutil que hacía el deleite de los verdaderos entendidos. Todo aquello estaba archiprobado por un pasado de gloriosas tradiciones vinícolas.

Eso no eliminaba, sin embargo, el problema del agua, lo cual creaba dos corrientes de opiniones encontradas, como cada vez que se producía un

acontecimiento que interesaba a la comunidad. En Clochemerle, país de duras cabezotas, se tenía una instintiva propensión a *pensar en contra*, en función de Fulano y Zutano, de Fulana y Zutana. Si Nathalie Pitasse decía blanco, Toinette Dupied decía infaliblemente negro. Si Tatouillot decía sí, seguro que Pequeu decía no. Se sabía de antemano y se adivinaba el porqué.

Viuda a los veintisiete años, Nathalie Pitasse, que tenía encantos corporales harto sugestivos, hacía abiertamente carantoñas a los hombres. Se pretendía que disfrutaba con destreza de sus homenajes tras haberles atraído a su bodega, so pretexto de hacerles catar el vino de su viña. Aquélla sin escrúpulos era, a su vez, una parra madura, harto espirituosa, cuyas robustas espeteras se adelantaban a las vendimias. Mantenido en la privación a causa de la viudez, merodeaba un poco en la propiedad ajena. Aquello no valía tanto como un esposo a domicilio, siempre a mano, pero el placer hurtado le permitía soportar mejor sus largas noches solitarias. Era, por tanto, un deber de caridad, pensaban algunos hombres de Clochemerle, deslizarse de cuando en cuando hasta su bodega. Algunos malcasados hallaban allí compensaciones que contribuían a la paz de sus hogares. En este sentido, cabe decir que la conducta de Nathalie, por razón del apaciguamiento que procuraba, tenía a menudo buenos efectos. Tan sólo debe deplorarse que aquella guapa mujer, naturalmente amante y de riñón valeroso, estuviese reducida a una extremidad que se prestaba a la maledicencia. Sin embargo, la desdicha de la viudedad no puede repararse con demasiada facilidad en Clochemerle, donde el divorcio no interviene prácticamente. Las parejas se forman allí temprano y para toda la duración de la vida, pase lo que pase después a uno u otro de los cónyuges. Esto no deja hombres disponibles para ir a ocupar el lecho de un difunto, por atractiva y digna de interés que sea la viuda. ¿Debe la infeliz consumirse eternamente y marchitarse en un celibato atormentador? Nunca insistiremos bastante: las viudas de Clochemerle, en lo que concierne a las cosas del amor, quedaban abandonadas a la caridad pública.

Nathalie tenía, pues, muchas excusas. Y por lo demás, respetuosa para con los contratos rubricados por el estado civil, no trataba de descarriar en provecho propio al marido de otra. En cuanto a tomarlo prestado, era diferente. La cruel necesidad la empujaba a ello, dado que se hallaba en plena floración de su ardorosa femineidad. Son cosas de la Naturaleza, y los imperativos de la Naturaleza dictan a los humanos tanto sus pasiones como sus comportamientos. Por esta razón, muchas mujeres compadecían sinceramente a Nathalie, sin sospechar que había maridos que le testimoniaban una compasión activa. Mas esa compasión no era sino el secreto de un pequeño número de ellos, que no tenían interés en ufanarse, por temor de que esto les acarrease complicaciones domésticas. No obstante, Toinette Dupied, hética de trasero e indigente de pechuga, lo cual la volvía vigilante y envidiosa, había notado perfectamente la llama de codicia que se encendía en la mirada de Dupied a la vista de las generosas formas de Nathalie. Harto de flacuras desérticas, que hacían del cumplimiento conyugal una ingrata tarea, el pobre Dupied soñaba con tener en sus

brazos ricas mieses carnales, cooperantes y agradecidas. El amor no cobra todo su sentido sino en la gran fiesta de los cuerpos colmados. Pese a sus precauciones para encontrarse en secreto con la linda viuda («Voy a desherbar un rato la viña de abajo»), Toinette no dudaba de que Dupied hubiese penetrado victoriosamente en el jardín de las Hespérides. Esta idea le hacía verlo todo rojo y ostentaba un odio mortal hacia Nathalie Pitasse.

Una vieja historia retoñaba también en las conversaciones. Tatouillot había hecho cornudo a Pequeu antes del matrimonio. La bonita Paulette se había entregado a él un poco precipitadamente. Después, volviendo a considerar la cuestión, decidió dejar a Tatouillot para casarse con Pequeu. Éste quedó muy halagado por la preferencia, al tiempo que Tatouillot se consumía de despecho, siendo así que se ufanaba ya de sus derechos sobre la hermosa, que apenas contaba veinte años. Se vengó asegurando que había obtenido lo mejor de Paulette y que Pequeu sólo tomaba sus restos. Siempre hay almas lo bastante caritativas para repetir ese género de cosas y hablar de ellas sin precauciones. Aquello no tardó en llegar a oídos de Pequeu, a quien atormentaban ciertas dudas relativas a la doncellez de Paulette. Ésta afirmaba con firmeza que entre ella y Tatouillot nada grave había sucedido, lo juraba por lo más sagrado. ¡Pero quién va a creer en lo más sagrado de una mujer cuando se pone sobre el tapete un asunto semejante! Pequeu comprendió el modo en que la doncellez se había largado sin dejar rastro. El brillo de malévolas ironías que sorprendió en la mirada de Tatouillot no podía sino reforzar su convicción. Pero ¿qué podía hacer sino digerir en silencio la afrenta y convenir, con Paulette, en que el desgarramiento prenupcial puede tener causas puramente accidentales...? Aquello remontaba a una quincena de años y la llaga de amor propio casi se había cicatrizado. Debe añadirse que Paulette ya no era lo que había sido en su primera juventud y que las miradas de los hombres la acaloraban menos el final del espino. Había traseritos juvenzuelos que atraían más la atención. ¡Lo de prisa que van las generaciones! Por todas partes aparecían chiquillas que todavía eran renacuajos la estación anterior y que, de repente, le mostraban a uno corpiños hinchidos hasta reventar, faldas tensas sobre combas fascinantes y que se contoneaban como todas saben hacerlo tan pronto adquieren formas. ¿En dónde aprenden esas maneras?

De todos modos, Pequeu jamás había olvidado por completo la primera pelusa de su Paulette, todavía ruborosa, de la que él no había cogido la flor. Aquello le dejaba en el ánimo un punto de inflamación capaz todavía de supurar. Jamás, durante aquellos quince años, al pasar por delante de la casa de Tatouillot, situada a cincuenta metros de la suya, había podido contenerse de murmurar: «¡Ese condenado cerdo!». Lo malo era que la mujer de Tatouillot, la Tontine, alias *Gordos-Jamones*, no alentaba a tomarse represalias. Tobillos como patas de elefante y el resto a proporción. Y antipática, por si aquello fuera poco. Pequeu podía estimarse vengado por el hecho de que, recusado por Paulette y por despecho, sin duda, Tatouillot se hubiese visto acorralado a casar con aquella feúcha, única chica disponible en la época. Sin

embargo, los resentimientos de juventud no se olvidan ni mucho menos. Paulette era la única que no pensaba ya en todo aquello. Ciertamente que las mujeres tienen una facultad de olvido extraordinaria en lo que respecta a sus fervores sucesivos.

Se comprende por estos ejemplos qué rumiaduras y qué machaconeos hacían obrar contradictoriamente a las gentes de Clochemerle. Y por qué, en cuanto una cuestión de interés general se suscitaba, se formaban en seguida dos campos, opuestos por completo el uno al otro. Las viejas heridas de vanidad, de envidia y de rivalidad amorosa agrupaban casi siempre a los mismos en cada campo. Los verdaderos agravios no salían a la luz, sino que se justificaban los antagonismos con falsas razones. Pero era precisamente en el secreto de los corazones y las conciencias donde habían de buscarse los motivos que las gentes tenían para unirse a favor o en contra, para quererse o detestarse. Esas nimiedades cobran gran importancia en la vida rural.

Que se abriese un gran debate en Clochemerle a propósito del agua era algo tan increíble que ninguna mente con un ápice de sentido común lo hubiera tomado en consideración algunos meses antes. ¿Para qué sirve el agua fuera de los usos domésticos, la sopa, la colada y lavar los platos? Bueno... También existen los baños... Pero en Clochemerle no se forzaba la hidroterapia. Cuando se vive al aire libre, a cuatrocientos metros de altitud, el cuerpo se ensucia poco y se purifica con sudadas. En cuanto a echar agua al vino, constituye sencillamente un sacrilegio o la obra de un degenerado.

*Bebed poco o bebed mucho,
Pero bebed seco y de un trago.*

*Gaznate abajo, con el codo empinado,
Y no toquéis el agua jamás.*

Mil dichos de esta clase recordaban la vieja ley de honor entre los viñadores, que se destetaban con tinto desde la más tierna edad.

—El agua es microbiana como un diablo —aseguraba el doctor Mouraille—. Propaga el tifus y un montón de porquerías que hacen morir a la gente.

En cuanto a él, no la toleraba más que profusamente mezclada con picón o con absenta. En lo que se refería a otros usos, se contentaba con echarla en el radiador de su auto. Y en cuanto a cuidados personales, se friccionaba el cuerpo con guante de crin y alcohol, y se lavaba los dientes con un beaujolais ligero como vino de misa, que tenía en reserva para este uso.

Proclamando que el agua es el caldo apropiado para el cultivo de los más perniciosos virus, Mouraille aconsejaba que se debían apartar de Clochemerle los peligros de epidemia construyendo canalizaciones de cemento que drenarían los

millares de hectolitros hasta el Colidou, un gentil arroyo que serpeaba entre hileras de sauces, con estremecimientos de azogue en los trechos soleados. En él se capturaban cangrejos.

Se objetaba al programa de Mouraille que sería peligroso transformar el Colidou en un torrente. La juventud se bañaba en él durante el verano. Mejor dicho, se mojaba allí, pues, aparte dos o tres hoyos conocidos, se hacía pie en todas partes. Suponía una ocasión para las chicas de exhibirse en *bikini* (¡Dios mío, sí!), ni más ni menos que las elegantes desvestidas de las playas en boga. Un cuerpo es lo que es, tanto si se le quitan los velos en el Mediterráneo, como en el Océano o en las márgenes de un arroyo de Beaujolais. Las muchachitas lo comprendieron muy bien. Como igualmente comprendieron que era leal y convincente revelar a los chicos todo lo que ellas tenían de mostrable sin faltar absolutamente a la decencia. Aquella reserva no las molestaba, puesto que el pudor no concernía ya sino a los últimos recovecos que garantizan la consumación completa de la nupcialidad. Muchas no se negaban a las primicias, ni siquiera el llevarlas un poco lejos, aunque sólo por adquirir derechos de prelación al matrimonio, que aporta la seguridad y tranquiliza a las familias. La conjunción chica-chico se hacía por regla general de una manera selectiva, de una vez por todas, y tendía hacia normas duraderas. Las madres recomendaban sencillamente a sus hijas que no «fuesen con forasteros», los señoritingos venidos de lejos y muy capaces de desaparecer tras haber seducido a las inocentes, por medio de esas palabras tan dulces de oír que hacen creer a aquella cuya virtud se aspira a robar que es una maravilla única en el mundo y que, como tal, será objeto de una adoración eterna. Ahora bien, ¿cuál es la mujer que no desea ser adorada y que no se considera merecedora de ello? ¿Cuál no está persuadida de que su poder de seducción no la abandonará sino en la vejez más remota? Pero ocurre que el halagador, una vez cometido su delito, se esfuma, dejando a la bella llorar la pérdida de sus primeras ilusiones, desvanecidas con su demasiado crédulo consentimiento. Por lo demás, esos accidentes se daban raramente, pues los chicos de Clochemerle no toleraban que viniesen a cazar en sus tierras. No era muy agradable rozarse con aquellos mozos, que tenían el espíritu de campanario hartamente susceptible y una musculatura que imponía respeto. Habían mamado lo mejor de su sangre en las colinas redondas de Clochemerle, senos fecundos que los habían enriquecido de glóbulos rojos.

El lugar llamado Fond-Moussu, por donde discurría el Colidou, estaba guarnecido de bellas umbrías, cubierto de musgo y de matorrales discretos, que favorecían las entrevistas a solas. Constituían, desde tiempos inmemoriales, el punto de cita de los enamorados. Allí se decidían los noviazgos, de allí habían salido las viejas generaciones y las nuevas allí se preparaban. Un paraje, por tanto, que se debía preservar de los entrometimientos del agua, sea que hiciera del sosegado arroyo un torrente, sea que, a falta de canalizar el caudal, se dejase que el agua lo transformase en pantano. Era caso de reflexionar y, sobre todo, de decidir.

Al proyecto del doctor Mouraille, se oponía el proyecto del joven doctor Suffock,

el cual sostenía, como es lógico, un programa radicalmente contrario al de su viejo colega. Será preciso, pues, hablar del doctor Suffock y, para ello, debemos volver un poco atrás.

Un coche nuevo flamante acababa de detenerse a la puerta del doctor Mouraille, un cabriolé de dos tonos, negro y amarillo. Apeóse de él un mozo de veintisiete años, de aire conquistador, igualmente flamante en su nueva profesión, el joven doctor Léo Suffock, de ascendencia escocesa por su abuelo. Con su título en el bolsillo desde hacía poco tiempo, ostentaba la fatuidad y la infalibilidad del saber que suele albergar un diplomado novicio.

De corta talla, se erguía lo más posible, cuidando constantemente de engrandecerse y afirmarse. (Es un hecho que los hombres bajitos son a menudo rebullentes, tajantes, deseosos de compensar con la importancia que se dan a sí mismos lo que la Naturaleza les ha negado en centímetros para hacer buen papel ante el tallador militar). Poco antes, había negociado matrimonialmente su diploma, necesitado de una dote para hacer frente a los gastos de primera instalación. Negociación ampliamente satisfactoria, puesto que casó con una señorita Proutet (Sébastienne), oriunda de Grenoble, donde sus padres explotaban una importante droguería en la carretera Berriat. Verdad que la joven, bastante metida en carnes, repartida, por lo demás, de forma agradable, y provista de una risueña y linda carita, puso mucho de su parte. Y es que deseaba elevarse en la escala social. Cuando Léo, con quien había bailado dos o tres veces, la llevó consigo de noche bajo la espesura, no tardó en caer en sus brazos, con los labios ávidos y el busto palpitante, dispuesta a todos los consentimientos con tal de que la sacasen de aquella droguería que le causaba horror.

Quería a toda costa abandonar la tienda de sus padres para convertirse en una verdadera dama, perteneciente a las profesiones liberales. Aquel acceso le permitiría tomar un desquite sobre la hija del farmacéutico Pectoreux, igualmente de la carretera Berriat. Constance la trataba con desdén, considerando que la farmacia era superior a la droguería, si bien, a fin de cuentas, se tratase de drogas en ambos casos. Sébastienne había vuelto sus aspiraciones hacia la Medicina, pues no cabe duda de que el médico es, a su vez, superior al farmacéutico, a quien dicta sus órdenes en forma de receta. Cuando se enteró de que el joven Suffock pronto sería médico, decidió hacer todo cuanto estuviese en su mano por apoderarse de él. El instinto le dictó que la mejor manera de lograrlo sería que él se adueñase de ella sin más tardar, pues sentía poseer suficientes recursos y ardientes solicitudes para conquistarle bien a fondo, una vez estuviera conquistada ella misma. El método alcanzó un éxito rotundo. Cuando Sébastienne Proutet fue a anunciar su boda a Constance Pectoreux, la vio ponerse amarilla de envidia, lo cual fue para ella un momento muy agradable. Sébastienne adoptó un aire de superioridad y de protección para declarar a su amiga

que no podía escogerla como señorita de honor porque el puesto correspondía, por derecho protocolario, a una joven vinculada al cuerpo médico. («¡Chúpate ésa, amiguita!»). Aquella desdichada Constance, tan atractiva como un bocal de malvavisco, no tenía para llevarse a la boca, en tanto que enamorado, más que al mancebo de botica de su padre, un chico vagamente albino, que olía a fenol y a eucalipto, con un solapado relente de diarrea, relente inexplicable, a menos que una pasión profesional por los remedios le produjese un desarreglo intestinal crónico, dado que siempre se le veía chupar algo. Además, le sudaban las manos. Súbitamente magnánima a causa de su triunfo, Sébastienne, que en el fondo no era mala, llegó a desear que Constance fuese feliz con su boticario rubiales. No podía tratarse más que de una felicidad medida, como la de contar píldoras juntos, o analizar el pis del otro, por saber el porcentaje de albúmina de cada uno. Constance, que preparaba su diploma de Farmacia, era una muchacha sabihonda y gafuda. Cuando se quitaba los cristales, parecía tan aturdida como una virgen blanca en un círculo de congoleños, agitando en torno suyo sus amuletos en furiosa danza negroide...

Un tal Randolph Suffock, oriundo de Escocia, vino antaño a establecerse en Francia, atraído por el amor de una joven francesa que había conocido en Calais cuando ella trabajaba en una tienda de bebidas espirituosas donde Suffock acudía a proveerse de coñac, cada fin de semana, al dejar el barco. Le gustaba mucho el coñac y, como costaba menos en Francia que en Inglaterra, pensó que sería ventajoso venir a establecerse en este lado de la Mancha. También le gustaba mucho la joven francesa, hasta el punto de preferirla al coñac durante algunos meses. Pasados éstos, su preferencia volvió netamente al coñac. Aquello fue muy nefasto para su carrera y él no hizo sino vegetar. Dejó un hijo, Willy-Joseph Suffock, el cual ingresó en Ferrocarriles, donde alcanzó el título de jefe de estación —título demasiado pomposo para designar a un funcionario que no tenía a sus órdenes más que dos trenes diarios, uno en cada sentido—. Hay que decir que jamás había solicitado ningún ascenso. Muy al contrario. Apasionado por la horticultura y la apicultura, se felicitaba de que el débil tráfico ferroviario le dejase todo el tiempo necesario para ocuparse de sus esquejes y de sus abejas. La venta de la miel le procuraba un suplemento de recursos que le permitió mandar a su hijo a la Facultad. Previno, sin embargo, al joven Léo de que, por no poseer capital que poner a su disposición, debería despabilarse solo, una vez conseguido el diploma. Ahora bien, el diploma significa en sí mismo un capital que puede obtenerlo todo: el amor, un automóvil, un gabinete instalado, con teléfono y criada para abrir la puerta, etcétera. Los Proutet hicieron bien las cosas, soltando trescientos mil francos contantes y sonantes. No estaban menos orgullosos que su hija de aquella escalada social que les haría adquirir relaciones fuera del comercio.

El trueque de un diploma por una dote es cosa demasiado corriente para que insistamos en ello. El único problema, partiendo de consideraciones vagamente

financieras, consiste en hacer de ese trueque un logro en el plano físico y el plano sentimental. Los nuevos esposos Suffock parecían haber ganado muy bien esa partida.

En el momento en que el joven doctor paraba su coche ante la puerta de Mouraille, Coco y Babasse (sus apodos en la intimidad), casados hacía un mes, se sentían encantados uno de otro. La linda Babasse estaba loca por su doctorcito. Éste no estaba menos contento que su apetitosa mujercita. Tenía hermosos y opulentos senos domeñados y estallaba de savia y de salud, de lo cual procedía una igualdad de humor que tornaba fácil la convivencia con ella. No carecía de educación y haría un buen papel a escala de la vida rural, pues la droguería nada había omitido para educarla. Bailaba con garbo, jugaba al tenis y tocaba el piano, acaso mediocrementemente, pero lo suficiente para poderse llamar melómana. Por lo demás, ello no tenía importancia, puesto que la música discurre por doquier a rebosar. De muslos perfectos, lo cual la hacía agradable de ver en *short* y bañador, se ponía sostén por simple precaución, a fin de no fatigar los ligamentos de sus protuberancias mamarias, que mostraban, lo repetimos, un volumen muy estimable. No era más tonta que otra, lo cual la pondría al nivel de las personas importantes del burgo, como la mujer del senador, la notaria, la maestra, la recaudadora de Correos y algunas otras que se debían tratar con consideración. (Léo Suffock se había informado convenientemente). Aquello valía más que una esnob sabihonda, que habría irritado a la gente. No se engancha a la clientela dándose postín. Por último, Babasse había tomado lecciones de acuarela con un viejo pintor de Grenoble (fuera de concurso en el Salón), especializado en bodegones de comedor: la compotera de melocotones, el mazo de espárragos, el cuarto de *brie* y el vaso de vino, la carpa ante un caldero de cobre, todo ello tan bien reproducido tan exactamente que se exclamaba: «¡Da ganas de comérselo!». Ella había copiado algunos cuadros del viejo maestro, floreros y varios de los famosos bodegones. Los colgaría en su casa, ricamente enmarcados, con su firma bien visible: «¡Oh, no sabía que fuera usted una artista!». Aunque no lo hubiera hecho con esa intención, aquello impresionaría también a su doctorcito, quien no entendía nada de pintura.

Solamente se le podía reprochar a Babasse un poco de atolondramiento, el hablar a menudo sin reflexionar y ser demasiado espontánea en sus aficiones. Aquellos pequeños defectos hacían resaltar mejor su juventud, tan esplendente y pulposa que se sentía uno dispuesto a perdonárselo todo. Daban ganas de reír puerilmente con ella, tan bien le sentaba aquella expresión de gozo desenfadado. ¡Una morenita verdaderamente muy agradable y satisfactoria! De momento, ella estaba sobre todo impaciente por tomar posesión de su nuevo reino y estrenar su título de «Señora del doctor».

—Voy a ver al viejo matasanos —dijo Léo Suffock cerrando la portezuela—. Simple formalidad que no me entretendrá mucho. Aguárdame en el coche.

La vivienda de Mouraille olía a cigarros apagados y a viejo solterón enmohecido,

olor indefinible y, no obstante, característico. El doctor de Clochemerle estaba afeitándose con una vieja navaja de Sheffield, ancha como un sable. (Poseía una colección de aquellas navajas y se servía de ellas desde que le había salido la barba). Creyendo que se trataba de una visita ordinaria, la sostenía en la mano, con una mejilla enjabonada aún y la toalla al cuello, cuando entró en su gabinete. No tuvo que hacer ninguna pregunta.

—Mi querido colega —dijo el visitante, erguido con toda su talla (1,58 m)— vengo a presentarle mis respetos y a notificarle que me instalo en el pueblo. Doctor Léo Suffock.

—¡Ah!, ¿es usted? Había oído hablar vagamente... ¡Bueno, pues, a repartir, muchacho!

—Crea usted, mi querido colega, que no quiero pisarle el terreno. Usted tiene su medicina y yo tengo la mía. *A priori*, las creo esencialmente diferentes.

—Es posible. Cada generación médica tiene sus manías. Si yo le dijera...

—No se trata de eso en absoluto —atajó Léo Suffock—. Usted practica, sin duda, la medicina de mantenimiento, eso que yo llamo la medicina de rutina. Tengo la intención de practicar la medicina preventiva.

—¡Una excelente idea! Si consigue hacer soltar sus cuartos preventivamente a los clochemerlinos, me quitaré el sombrero ante usted. ¡Demostrará usted ser endiabladamente fuerte!

—Mi teoría es que no existe nadie que goce de buena salud. No hay más que enfermos que se ignoran o se niegan, por estúpida terquedad, a admitir que están enfermos. Voy a sacudir esa peligrosa apatía.

—¡Bravo! —exclamó Mouraille—. Y usted, ¿cómo se encuentra personalmente de acuerdo con su teoría? El hígado, los riñones, el estómago... ¿Desea usted que le examine? Si se quita las gafas, podré verle el blanco de los ojos. ¡El blanco de los ojos es capital! Por lo menos lo era en mis tiempos.

Léo Suffock usaba en efecto gafas de cristales ligeramente ahumados y gruesa montura de carey. Su vista era excelente, pero creía que aquellas gafas, al envejecerle un poco, otorgaban seriedad y le conferían un prestigio de intelectual. El joven doctor tuvo la sensación de que el viejo doctor le estaba tomando el pelo. Tanta cazurrería bondadosa le desconcertaba.

—Conozco mi propio caso —dijo con rigidez—. Mi ficha lleva el número uno de mis archivos.

—¿Archivos ya? ¡Enhorabuena! Veo que está usted bien organizado. Y eso aparte, ¿pretende usted impedir a nuestra gente que se muera?

—Gracias a la medicina preventiva, cuento con salvar a mucha.

—Sí, sí, es cosa de la edad. Yo también, antaño, creí que haría retroceder a la descarnada...

—Los métodos no eran los mismos.

—¡Muy justo! Sigo creyendo en la virtud de los «simples». Sigo teniendo a la

ipecacuana, el aceite de ricino, el jarabe de Tolu, la salvia y el yodo por remedios eficaces que no fuerzan a la Naturaleza.

—Tenemos las sulfamidas —se excitó Léo Suffock—. Tenemos los estimulantes y los calmantes, tenemos...

—Lo sé, lo sé —respondió Mouraille—. Pero me he enclaustrado aquí y no puedo pronunciarme sobre los efectos de las nuevas drogas. No ignoro, sin embargo, que los productos farmacéuticos han dado un salto enorme. Buenos valores en Bolsa. ¡Algo es algo!

—Aplicados con discernimiento...

—No lo dudo. Bueno, pues, ¡buena suerte, hijo mío! Le diré que más bien me alborozaba su llegada. La clientela comienza a pesarme y gustosamente le cederé parte de ella. Aunque sólo sea, para empezar, las urgencias de noche.

—Habrá que prevenir a los habitantes.

—Arreglaremos eso uno de estos días tomando un vaso. Permanezco de guardia en «Casa Adèle» cuando no recorro el campo. Me telefonean allí directamente.

—¿En «Casa Adèle»? —inquirió Suffock.

—La taberna del parador. Allí es donde se encuentra todo y donde todo el mundo se reúne.

—Es que —dudó Suffock— yo no bebo ni voy nunca al café.

—¡Pues tendrá que empezar a hacerlo, amigo mío, tendrá que empezar a hacerlo preventivamente! Porque aquí todo el mundo bebe, incluidas la medicina y la religión, sin mayor perjuicio. El vino posee innegables propiedades bactericidas. Tenemos dos o tres nonagenarios que jamás han cesado de pimplar. Teníamos incluso un casi centenario, un borrachín empedernido. Pero la bronconeumonía de los ancianos nos lo birló cuatro meses antes del centenario. Aquel bestia no había visto un médico en su vida. Y cuando me mandaron a llamar era demasiado tarde. La familia no quiso meterse en gastos por un hombre de tanta edad. No le digo esto por desanimarle...

Le acompañó hasta la puerta. Antes de abrirla, dijo:

—Escuche, iré a su primer entierro para apoyarle y acreditarle cerca del vecindario. Comprenderán, viéndome a su lado, que yo no habría procedido mejor que usted.

Se estrecharon la mano antes de separarse.

—Es un pobre tonto —exclamó Léo Suffock, sentándose al volante de su coche—. ¡El porvenir es nuestro!

—¡Eres un hacha! —respondió Babasse, admirativa—. Bésame, Coco.

—¡Estás loca! Si nos vieses...

—Entonces, auscúltame. El corazón me late extrañamente. Anda, toca.

—¡Deja tu corazón dentro de tu corpiño! Vamos a vivir desde ahora bajo las miradas de Clochemerle. Has de cobrar conciencia de tu nueva dignidad. ¿No habrás perdido la lista de las visitas que debes hacer desde el principio de la semana que

viene?

Mouraille estaba cansado, con el viejo cansancio que conocía perfectamente y que pesaba sobre él desde que había perdido la fe en sus remedios. El hecho se remontaba a la muerte, hacía muchos años, de una mujer jovencísima que clamaba su ardiente deseo de vivir. Él no la había dejado sola, por decirlo así, ni de día ni de noche, drogándose a sí mismo para aguantar en su cabecera. Pero no se puede impedir que la gente se muera cuando la Naturaleza lo ordena. ¿Por qué a unos antes que a otros? ¿Por qué la belleza y la juventud se ven afectadas, mientras se salva la vieja bazofia, los egoístas, los inútiles? Hay cuerpos que funcionan sin cuidados hasta los noventa años y más. Y cuerpos que, en apariencia, tienen ante sí un dilatado porvenir que se descomponen, se deforman, se corrompen, roídos interiormente. La mirada se apaga en forma progresiva, bajo la pequeña película de angustia suplicante, a la cual no se encuentra nada que responder.

«Saldrá de ésta, tenga paciencia». Pero no es verdad y uno sabe perfectamente que el enfermo se da cuenta, porque siente desde dentro la subida de las ansias y las correas que le aprietan como los vendajes que envuelven a las momias. La vida y la muerte, la muerte y la vida... ¡Injusticia, absurdidad, estupidez! En eso estaba lo cierto, el único saber de Mouraille, tras cuarenta y cinco años de profesión.

—¡Cochino oficio!

Jamás había conseguido acorazarse por completo, jamás pudo admitir la profunda estupidez de la condición humana, esta lotería macabra, en la que, en definitiva, no existe más que un premio gordo... Por eso iba a sentarse en «Casa Adèle», donde se atiborraba metódicamente de vasos de picón, dos, tres, cuatro vasos, mordisqueando colillas de cigarras, veinte veces vueltos a encender. Poseía un buen hígado, por fortuna, algo hinchado pero que nunca protestaba. Lo cual no quería decir que un buen día no se decidiese a rechistar brutalmente, lo cual supondría la señal del fin. Reventaría como un viejo y embrutecido galeno alcohólico. ¿Y qué, si de todos modos había que espicharla? Conscientemente o no, pasamos la vida destruyéndonos, ajándonos, deteriorándonos. El cuerpo abandona el campo y no se puede hacer nada al respecto. Suerte cuando la inteligencia no naufraga primero, como era el caso del tío Trifouille, chocho hacía veinte años y convertido en una plaga para su familia. «¡Cuándo se morirá de una vez el abuelo!». Pues no señor. Con la mirada burlona y lacrimosa, aquel viejo espectro, aquel pelmazo que sólo pensaba en tragar y en hacer sus necesidades, continuaba aguantando.

—¡Ponga otro, Adèle!

El picón le infundía un suave calorcillo en el vientre, le procuraba la dosis de euforia indispensable para el ejercicio de su profesión. Cuando se le llamaba, ya sabía que se trataba de un asunto serio, pues los clochemerlinos no soltaban su dinero a la ligera. Cuidaban con vino caliente todas las formas de enfriamiento y siempre

pensaban en el enfriamiento, tan pronto como aparecían las primeras molestias. Hacía falta la persistencia del mal para que finalmente se pensara en el médico. Por lo demás, Mouraille conocía por encima el estado sanitario del burgo a través de las conversaciones en «Casa Adèle», donde todo convergía. Informado por aquel canal, a menudo se personaba sin haber sido citado e imponía las visitas que él consideraba útiles. Curaba casi a la fuerza, rezongando, chillando si se terciaba, cuando estimaba que sus prescripciones podían dar buen resultado. No se debía en absoluto a espíritu de lucro, sino que: «Esos brutos se dejarían reventar por ahorrarse el precio de una consulta». Estimaba indispensable hacerse temer.

Aquellos modales le habían creado una reputación de brutalidad. Porque afrontaba demasiadas verdades de todo orden para no escupir algunas de ellas a bocajarro, en fórmulas lapidarias, a la cara de la gente. Ésta, en general, no gusta de las verdades, prefiriendo ahorrarse los conflictos con su conciencia y las conversaciones a solas. Aun los roñicas, malos bichos y avaros, pretenden ser buenos apóstoles y acaban creyéndoselo. Por ejemplo, los que compadecían a María Jouffet (estaba muriéndose de un cáncer en la matriz a los treinta y ocho años) y la habían tratado de arrastrada seis meses antes. Mouraille sentía aprecio por María Jouffet, «una condenada buena mujer de catre que sólo piensa en eso y en sacarle el máximo de placer». (En tiempos, tuvo incluso complacencias para con él). Aquello irritaba a las recalcitrantes, que no sabían sacar ningún provecho de lo suyo y se jactaban de sus incapacidades, las zorras frías, hablando siempre de su alma. María Jouffet era la crema de las buenas chicas, generosa y alegre, porque gozaba y hacía gozar. Aquello le daba un corazón inmenso para amar a sus semejantes, sin sentir envidia ni rencor por nadie. El doctor pensaba ir en seguida a consolar a María Jouffet, a hacerle compañía.

Mouraille nada podía contra la muerte, pero había que tener en cuenta el dolor y, contra éste, sí que poseía medios de luchar. Estaba convencido desde hacía mucho tiempo: el dolor no puede más que degradar al ser, afearle, y no constituye, sencillamente, más que tiempo perdido. «¡Sobre todo, evitarles el sufrimiento!». He aquí lo único que podía justificarle de ejercer una profesión que con excesiva frecuencia olía a charlatanería. ¡El dolor, dispuesto a aporrear al enfermo, a embrutecerle, en seguida que la dosis dejaba de actuar! Y cuando los sufrimientos se hacían intolerables, cuando no había ya esperanza, ¿no valía más cortar por lo sano, ayudar al moribundo a pasar al otro lado en estado de completa inconsciencia, con grandes refuerzos de estupefacientes y de morfina? Primero los estupefacientes, que le sumían profundamente en la bruma, y luego la inyección decisiva. Puesto que era él quien extendía el permiso de inhumación... ¿Eutanasia? Sí, resueltamente. Se hacía responsable de ello, de manera consciente, por espíritu de fraternal solidaridad humana. Lo había hecho unas veinte veces, en casos desesperados. Pero ¡cuidado! Nadie debía saberlo, absolutamente nadie. Era un fardo de graves secretos que debía soportar solo y cuyo peso, a ciertas horas de la noche, se hacía abrumador. En cuanto

a la pobre María Jouffet... Su cuerpo, que él conociera tan pleno y atractivo, se descarnaba horrendamente. Acaso debería ayudarla también, un día de éstos...

—¡Adèle, otro picón!

Adèle acababa de entrar en la sala, portando todavía un pecho y una grupa que seguían figurando —un poco menos ahora— entre las glorias de Clochemerle. Una generación de clochemerlinos se había adiestrado sobre aquella grupa ilustre, aprovechando las horas perdidas. Los consumidores presentes soltaron las viejas y galantes chocarrerías de costumbre y comenzaron a hablar de redondeces en honor de Adèle. Aquel género de conversación, que años atrás la molestaba, ahora le resultaba reconfortante. Amenazada por el ocaso, buscaba en ello la prueba de que su reinado no había terminado aún, a los cuarenta y cinco años. Sus antiguos adoradores habían envejecido a su vez. Conservaban una fidelidad a sus encantos que ya entraba en los límites de la leyenda y acaso seguían viéndola con su gracia flexible y sus ardores de antaño, cuando ella era, con certeza y serenidad, «la belle Adèle». Sin embargo, reconocía con tristeza que la edad marchitaba su seducción, sus espeteras que habían sido por tan largo tiempo célebres y codiciadas. No quedaba más que el batallón de los hombres de cincuenta años para arriba para testimoniarle solicitud. No obstante, sus asaltos se habían debilitado también.

—¡Adelita, ven acá!

El viejo Mouffignat la enlazó por el talle y su mano, abandonando el saliente de la cadera, descendió hacia las rotundidades, ahora un poco ajamonadas, que habían disfrutado de una gran reputación.

—Por favor... —dijo débilmente Adèle.

Pero las ocasiones de protestar así se hacían raras. Con un sentimiento de agradecida amistad abandonó una nalga a la mano de Mouffignat que se amoldaba, cerca del pliegue, a la pesante recaída. Justo el tiempo de que le pidiesen la ronda, por lo demás siempre la misma: dos o tres jarras, según la reunión...

En aquel momento, cachimba en boca y gorro en la cabeza, el cura Patard hizo su entrada. Era la hora de su partida de *belote*. Trasegaba valientemente el beaujolais, lo cual le había merecido la estima de sus feligreses. Feligreses, a decir verdad, poco practicantes, porque el cura de Clochemerle no perdía su tiempo en vano proselitismo. Tenía bastante con la clientela de las mujeres, que siempre han constituido el predio sólido y rentable de las parroquias rurales. En cuanto a los hombres, estaba seguro de cazarlos a las últimas, cuando llegara el gran reventón final. «¡Cuántas más culpas hayáis acumulado, corderos míos, más grande será ese reventón! Ya podéis haceros el listo, pero acordaos de esto: se vive como se quiere, se muere como se puede». El cura Patard no dejaba ignorar nada de esta política religiosa, reducida hasta el límite. Los clochemerlinos no se negaban a ella. Tendrían como todo el mundo su pequeña aspersion y su ceremonia cantada. Eso era algo que importaba mucho a las familias, por decoro. Quedaba, pues, convenido. Tres veces a la iglesia en la vida —bautismo, matrimonio y funerales— no era obra de romanos.

Del mismo modo que no querían apesadumbrar antaño al buen cura Ponosse, tampoco deseaban contrariar por tan poca cosa a aquel divertido cura Patard, diestro jugador de *belote*, excelente tirador en los bolos, que vaciaba su par de jarras sin pestañear, manteniendo la cabeza sólida. El tipo conocía juegos de manos y sabía barajar los naipes como un jugador de las tres cartitas. Pero jugaba lealmente, y sólo las consumiciones, lo cuál nunca llegaba a mucho.

El cura Patard percibió a Mouraille y se acercó a saludarlo. No siendo de la misma cuerda, practicaban entre ambos una esgrima con floretes embotonados. Viviendo ambos de la pena de los hombres, no podían dejar de encontrarse en las mismas casas, donde su presencia coincidía con una amenaza. Habían convenido poner en común sus informaciones. El doctor notificaba por adelantado al cura los bautismos y los entierros. El cura indicaba al doctor las familias que le convendría vigilar de cerca, por tal o cual razón que escapaba a su ministerio. Compadres en presencia del nacimiento y de la muerte, he aquí lo que eran, en suma, y sin ilusiones por añadidura. Sin embargo, Mouraille reivindicaba para sí el preparar al cura su clientela de recién nacidos y de moribundos.

—¿Cómo va el comercio de Dios? —preguntó el doctor.

—Marcha bien —respondió el cura, sin conmovirse—. ¿Nadie tiene necesidad de mis auxilios?

—Tengo un caso en suspenso, aunque espero al último extremo para avisarle.

—Ya sabe usted que el arrepentimiento final puede salvarlo todo. No deje pasar el momento.

—Tengo por misión conservar con vida a mis enfermos el mayor tiempo posible. Ahora bien, es seguro que la vista de su sotana no sirve para mejorar el buen estado de ellos.

—¿Cómo va María Jouffet?

—Está perdida. Sin embargo, los grandes padecimientos no han empezado todavía.

—¿Cree usted que no saldrá de ésta?

—Se dirige rápidamente hacia el final, me temo. En cuanto el cáncer afecte directamente a algún órgano esencial...

—¡Hermano, hay que sufrir! ¡Hermano, hay que morir!

—¡Cuéntemelo usted a mí! ¿No cree usted, cura, que los dos somos unos condenados farsantes?

—Somos juguetes en manos de Dios. Yo descanso en Él. Confíese que mis rezos valen tanto como sus recetas.

—¿A cada cual su Códex, quiere usted decir? Lo malo es que el efecto de sus remedios resulta aún menos controlable que el de los míos.

—En eso radica mi fuerza. Anestésio las almas, como usted los cuerpos.

En este terreno, habrían podido disputar de manera interminable, cada uno marcando sus tantos. Eran casi los dos únicos hombres del pueblo que pudiesen

conversar acerca de cierto orden de cosas. De ahí su agrado y su estima mutua. Y casi cotidianamente se veían en «Casa Adèle», especie de club donde se llevaba al día la crónica de Clochemerle. Se comentaban allí los pequeños sucesos sobrevenidos en el cantón y sus alrededores.

La llegada del nuevo doctor constituía el acontecimiento del día. El rutilante cabriolé amarillo y negro pasaba precisamente en ese momento ante la puerta, con la capota baja. Léo Suffock lo conducía con aire de docta gravedad, llevando a su lado a la fresca y sonriente Babasse. El esplendor de la joven esposa, que entusiasmó a los clochemerlinos, predisponía a favor de la calidad médica de su marido. Empezaron a gastar bromas a Mouraille.

—¿No es un joven sabio el nuevo doctor?

—Sabio, lo es sin duda alguna —respondió Mouraille—. No pide sino experimentar su ciencia sobre vosotros para demostrarse que es superior.

—Dicen que tiene métodos modernos casi infalibles...

—Métodos como para arruinar a las pompas fúnebres, es verdad. Pero os hago notar una cosa: es un bebedor de agua.

—Entonces —dijeron los clochemerlinos—, si no le gusta el vino, el enfermo es él.

—Un tipo de *pschitt* y «Coca-cola». Ya veis el régimen que os espera. A base de leche, claro está.

—¿Leche? ¡Vaya por Dios! ¿Todavía no está destetado el tipo ése?

—Usted, doctor, jamás les ha prohibido el vino a sus enfermos.

—He seguido fiel a la vieja y excelente medicina liberal, que se fiaba de la colaboración con la Naturaleza —respondió Mouraille—. La moda, hoy en día, es forzar a la Naturaleza.

—¿No será el nuevo médico una especie de fascista?

—Ya lo sabréis. En todo caso, no contéis más conmigo para molestarme de noche. Si hay urgencia, avisad a mi joven colega. Tengo la intención de descansar un poco.

En aquel instante, aquel de quien se hablaba hizo su entrada en la taberna, flanqueado por su joven esposa. Léo Suffock no carecía de arrestos y su carácter impaciente se negaba a tener que aplazar para más tarde lo que anhelaba. Acababa de reconocer el pueblo en toda su longitud. Luego, reflexionando sobre su entrevista de la mañana con Mouraille, se dijo que la taberna constituía el principal fortín de la opinión y que un día u otro tendría que expugnarlo. Por tanto, lo mejor sería atacarlo sin demora. Sólo vaciló sobre un punto: ¿se presentaría acompañado de su joven esposa? Al fin, decidió que sí. Aparte que Babasse, en las primeras embriagueces del matrimonio y embelesada de tener un hombre entero para ella, quería dejarle solo lo menos posible, estimó que le serviría como un buen punto de apoyo. Hacía falta no ser un advenedizo para suscitar bien visible la adoración de una mujercita tan linda. Estaba justamente razonado.

Léo Suffock reconoció a Mouraille y se encaminó hacia él.

—Mi querido colega —pidió—, ¿quiere hacer el favor de presentarme? Su alta autoridad en el pueblo...

«Este chico no carece de desparpajo —pensó Mouraille—. Pero la pequeña es muy agradable de ver». Hizo sentar a Babasse a su lado y ejecutó lo que le pedían en estos términos:

—Os presento a mi coadjutor, amigos míos, el doctor... (Recuérdeme su nombre). El doctor Suffock. Y, como os había dicho, le he cedido ya toda la clientela de noche. Tomad su número de teléfono. Y usted, Adèle, anótelo al lado del mío.

Luego, se ocupó de su vecina.

—Es usted encantadora —le dijo a Babasse—. Merece que su marido triunfe. Le ayudaré en honor suyo.

—Tendrá que ir a visitarnos, doctor.

—Sí, iré a verla, hija mía, para reconfortarme con la vista de su juventud. Soy un vejestorio que se aburre. Para librarme del aburrimiento, no puedo hacer otra cosa que embrutecerme cada día un poco más, en compañía de otros embrutecidos. La vida termina en embrutecimiento, lo cual ayuda a aceptar la muerte. Entonces, les dejaré toda la clientela.

—¡Oh, doctor! Si hay bastante sitio para los dos...

—Mi intención es trabajar cada vez menos. Sí, ciertamente, iré a verles y les informaré acerca de la fauna del país. Es muy importante que la conozcan bien. Por ejemplo, deben proveerse de picón. Anote la palabra.

—¿Qué es el picón?

—Mi bebida favorita. Llevo cuarenta años de picón en la panza. Dicen que es un veneno. Pero debo estar mitridatizado. En todo caso, si no recibo mi ración de picón, no se puede sacar nada de mí. Ya está usted prevenida.

—Anoto el picón —accedió Babasse—. ¡Me parece que voy a quererle a usted mucho! Y Coco también le querrá.

—¿Quién es Coco?

—¡Oh, perdón! —respondió ella, ruborizándose—. Es Léo..., en fin, mi marido. Está muy fuerte en Medicina, ¿sabe usted?

—¿Se lo ha dicho él?

—Sí. Debo creerle, ¿verdad?

—Créale, hija mía. Créale con todo su corazón. Por lo demás, siempre es con el corazón con lo que se cree.

Entretanto, los clochemerlins se habían apoderado de Léo Suffock y le escanciaban numerosos tragos. Era, le explicaron, un rito propio de Beaujolais que toda presentación de desconocidos fuese celebrada con brindis que se trasegaban acto continuo. Hubiera significado una afrenta grave no conformarse a aquel uso, supondría como una negativa a trabar amistad. El rito exigía también que los brindis se hiciesen con vino del país.

Léo Suffock comprendía que su popularidad iba a partir de la valentía de que diera prueba ante el vino. Estaba por lo demás extrañado de que el clochernerle fresco fuese tan resbaladizo y aparentemente inofensivo. Sentía una extraordinaria alacridad intelectual y su caudal de palabras —naturalmente fácil— acelerado al céntuplo, se iba entreverando de grandes carcajadas. Aprovechando aquellas disposiciones, Malatoisse, que era un roñica, trató de sonsacarle una consulta gratuita.

—Tengo un dolor por aquí —dijo, llevándose la mano hacia sus vértebras lumbares—. Y a veces, cuando me doy la vuelta, me cruje. ¿De qué cree usted que puede provenir esto?

—Vaya mañana a mi gabinete —respondió Léo Suffock, recobrando instantáneamente su sangre fría profesional—. Le examinaré por rayos X.

—Bueno... —titubeó Malatoisse—, tal vez no sea nada...

—¡Siempre es algo! —dijo severamente Suffock—. La Naturaleza avisa para que se la tenga en cuenta. Si usted descuida los indicios, es de su incumbencia. Pero pudiera costarle caro.

—¿Cree usted —preguntó Malatoisse, inquieto— que son indicios cuando eso cruje?

—¿Qué quiere usted que sea? No les haga caso a esos pequeños crujidos y un buen día se quedará paralítico y tendrá que hacerse transportar en un sillón de ruedas.

—¿Como el tío Trifouille?

—Exactamente —contestó Léo Suffock, que no conocía al tío Trifouille.

Se decía que, sin duda, estaba reclutando a su primer cliente, lo cual era formidablemente excitante.

—¿No son muy caras sus consultas?

—No cobro más caro que el doctor Mouraille. Y la primera vez, si paga usted al contado, no le cargaré el examen radiológico. Aprovéchelo. He aquí mi dirección.

—Esos indicios, como usted les llama, ¿son de una enfermedad grave?

—Pueden preludiar una enfermedad grave. En su caso, se trata probablemente de protuberancias que interesan la osteología, con excentricidad de las vértebras y agarrotamiento de la medula que dirige el nervio ciático, el cual influye a su vez en todo el mecanismo motor...

—¡Dios mío! —exclamó Malatoisse, aterrado—. Entonces, ¿todo está descompuesto?

—La radioscopia nos lo dirá...

Mouraille se mostró muy leal en la circunstancia, porque había empezado a experimentar un afecto de viejo bonachón por Babasse, cuyos gestos naturales le agradaban, así como la risa clara y las maneras sin afectación.

—Llévese a su Coco —le dijo de repente—. Esos bribones le están emborrachando a muerte.

—Bebe tan poco... —objetó Babasse.

—¿Sí? Pues mírele ahora. Y conozco a mi gente. Emborrachar al recién llegado

constituye su mayor placer.

El consejo venía a tiempo. Una vez en la calle, Léo Suffock comprobó que el clochemerle, tan ligero y resbaladizo, era más pérfido de lo que parecía. Un velo nublaba su vista. Hubiera necesitado una compresa fría en la frente y una tableta o dos de aspirina. Pero, finalmente, gracias a Mouraille, había podido hacer una salida casi digna. Claro que una buena cogorza jamás ha deshonrado a nadie en Beaujolais, con mayor razón una cogorza por sorpresa. Sin embargo, valía más, por el honor del cuerpo médico, que el espectáculo de ella no fuese dado por el joven presuntuoso que venía a tomar en su mano la salud de Clochemerle.

Nadie sospechaba que aquel pequeño doctor, Léo Suffock, iba a pesar fuertemente, en un próximo futuro, sobre las decisiones que cambiarían el destino del pueblo.

Capítulo 2

Mirada de conjunto

Antes de llegar a los acontecimientos decisivos que han entrado ya a formar parte de la Historia, creemos conveniente echar una mirada de conjunto sobre el antiguo burgo vinícola, en vísperas de desaparecer para dejar paso a la verdadera ciudad en que se ha convertido hoy día.

Desde hacía un milenio, Clochemerle doraba sobre su montaña las piedras de sus casas, en el corazón de viñedos que lo rodeaban con un cinturón de rodrigones protectores, a través de los cuales no se podía avanzar sino por entre angostos surcos verdeantes. Las ocupaciones de sus habitantes seguían siendo sensiblemente lo que siempre fueron. Los chicos nacían con vocación de viñador y las chicas destinadas a ser esposas de viñadores. Aristócratas del agro, los clochemerlinos no pensaban más que en producir buen vino, lo cual es un arte. Destreza y secretos de vinificación se transmitían de padres a hijos. El pundonor de la buena cosecha, conducida sabiamente a su punto óptimo de transparencia y de perfume, permanecía muy vivo y sobre él se fundaban, de bodega en bodega, las más serias rivalidades. Así se habló mucho tiempo de un famoso caldo de 12 grados que Claudius Brodequin produjo, en el año 1929, en su viña de Bonne-Pente. Diez años más tarde, se bebieron *magnums* de él que habían conservado el fruto y la limpidez del primer año. El último *magnum*^[3] fue vaciado en 1944, con ocasión del precipitado repliegue del invasor, acosado por el ejército aliado que llegaba del Midi a marchas forzadas. Por razón del acontecimiento, se le encontró todavía un condenado sabor. Pero esto es anticipar en demasía.

Se impone una observación, formulada por los filósofos de Clochemerle, al frente de los cuales figuraban el doctor Mouraille y el poeta Bernard Samothrace. No se debe confundir civilización con progreso. En parangón con el progreso, que avanza a pasos de gigante al sucederse los descubrimientos en pasmosa cadencia, la civilización parece afectada de una extraordinaria inmovilidad. Y es que lo cotidiano no se deja conmover. En el interior de las casas, los gestos esenciales de la vida continúan siendo los mismos. Siempre hay camas que hacer, comidas que preparar, lumbres que mantener, el mismo tiempo de sueño sigue siendo necesario para el reposo, el ciclo digestivo no ha variado, la mente y los miembros no pueden asumir

más que una tarea a la vez. Es el lado limitativo y contractual de lo humano. Pero también tenemos que dejar esto. Nos llevaría demasiado lejos.

Retrotraigámonos, pues, a 1936 y veamos lo que pasa en una aglomeración que pronto será radicalmente transformada. Ciertamente que el cine, la radio y el *jazz* han aparecido en Clochemerle, con su cortejo de mitos nuevos; que el automóvil ha creado para el burgo un lazo de unión con el mundo contemporáneo; que el parador de Adèle atrae sartas de comensales hambrientos y glotones; que las mozas, a la grupa de las motos de los mozos, van a explorar los contornos. Pero en la vida ordinaria, reanudada por medio de sus ocupaciones de los días laborables, los clochemerlinos se quedan agazapados en su rincón, cultivando sus viñas como antaño, haciendo el vino como siempre se hizo y bebiendo de ese vino hasta la saciedad, porque ese buen vino natural, ni mezclado ni adulterado químicamente, es la leche de los adultos. La gente ha vuelto a sus hábitos vinculadores, ancestrales y seculares: el primer tañido de campana al amanecer, un paso sonoro en el callejón, un gorjeo en el árbol del patio, la primera salpicadura de un rayo de sol en el cristal, el olor del café matutino y del pan tostado, el primer vaso que se bebe en pie, el primer saludo cambiado con el vecino... y mil cosas de este mismo género que hacen sentir que la vida está aquí, con su trama sólida de días y de labores y los pequeños prodigios de gozo que alegran la existencia como la esperanza del amor. ¿Acaso vivir no es estar constantemente en erección para poseer a la vida en todos los rincones, en todas las posiciones, como la bella y lozana súbeme-usted que es en sus buenos momentos, dispuesta a entregarse de lleno si se sabe camelarla gallardamente? Hembra por su fecundidad, comparable a una mujer ardiente, la Vida es de quien sabe tomarla. Otorga poco a los consternados, a los reticentes, a los melindrosos, a los seres de pequeña estatura y de pequeño apetito, a los genésicamente débiles. Quiere conquistadores potentes, audaces y dominadores. Cohabitar y vivir en buena inteligencia con ella, ablandándole disimuladamente el clitoris, para que no resulte una severa arpía, eso es todo. No obstante, les exige salirse de la propia piel, olvidarla y olvidar también las contingencias que constriñen, para comulgar con el universo en su plenitud y su inmensidad.

Tales eran las teorías de Mouraille y de Samothrace, quienes solían reunirse dos veces por semana. Juntos, conversaban acerca de una filosofía de la existencia basada en su experiencia personal y en lo que habían visto en torno a ellos. Llegaban a la edad melancólica de las conclusiones: dos ancianos que rumiaban el pasado y le buscaban puntos luminosos para demostrarse a sí mismos que no habían vivido en vano. Bernard Samothrace era una especie de Villon campesino, bohemio y borrachín, que en sus tiempos había corrido lo suyo, aunque no ciertamente, como salteador de caminos, lo cual hizo que no se arriesgara a la horca como su ilustre antecesor. A veces mandaba crónicas a los periódicos modestos. Se le pagaba mal el artículo, incluso ocurría a veces que se lo mutilasen sin miramientos, pero imprimían su nombre, lo cual le acreditaba a los ojos de sus conciudadanos. Había escrito

muchos alejandrinos para las inauguraciones y los comicios, ponía en solfa el discurso de circunstancia por cuenta de uno u otro y cantaba el regionalismo en sus escritos. Componía cantos báquicos y hasta *slogans* publicitarios para celebrar la gloria culinaria del parador local. Todo aquello, la parte más descarriada, pero también la única nutricia de su arte, le aseguraba un lugar en los banquetes y en el yantar del lunes en «Casa Adèle». Aquella mujer avisada dedicaba al mecenazgo las sobras de su minuta del domingo. Agriado y propenso a buscarle tres pies al gato, Samothrace se mostraba severo para con el talento de los demás, juzgando un estilo por el modo de colocar las comas. Sin embargo, tenía cierta chispa dentro de su malignidad. Poseía un bonito repertorio de anécdotas malévolas sobre los personajes contemporáneos, que tendía a demostrar que la gloria trae consigo una buena proporción de ruindades, algo muy tranquilizador para aquellos a quienes la gloria no solicita bajo ningún título. Así pueden concluir de ello que son oscuros porque prefirieron ser honrados y virtuosos. Mouraille, sin llamarse a engaño, asentía. Sabía muy bien que Samothrace no contaba con otro recurso de vanidad que los títulos de su tarjeta de visita, la cual rezaba así:

BERNARD SAMOTHRACE
de la Sociedad de Gentes de Letras
Laureado de la Academia Francesa

Treinta años antes, la Academia le había otorgado un pequeño premio por un librito de versos de tono clásico. Entonces pudo creerse en el principio de su carrera. No obstante, el librito no se vendió y la Academia no volvió a reincidir en su estimación. Verdaderamente aquello era demasiado endeble para hacerle figurar en la lista de los ilustres. A todo estirar, la reputación de Samothrace no rebasaba Mâcon al norte y Villefranche al sur. Asqueado del papel de autor por un intento tan costoso como decepcionante, no podía colocar su prosa sino en revistas y almanaques que llegaban a un mínimo de lectores. La única admiración sin reservas que se había ganado era la del exmaestro Tafardel. Éste sentía una profunda veneración por todo lo impreso y hubiera considerado el summum de la sublimidad para sí mismo el poder pertenecer a la Sociedad de Gentes de Letras. Pero no había de qué.

Pese a estos inconvenientes, Mouraille veía a Samothrace con gusto. El viejo emborronador de cuartillas, a fuerza de meter la nariz en libracos, había amasado un bagaje heterogéneo, pero extenso, una olla podrida de conocimientos. Entre los dos representaban el espíritu crítico del burgo, cuya evolución y costumbres vigilaban. Cuando estaban faltos de tema, hablaban de mujeres, ese predio común donde siempre se puede espigar puesto que alimenta las pasiones. En un pueblo pequeño, el sexo constituye el pasatiempo más asequible y el menos dispendioso de todos, por ser el amor rural raramente mercantilizado.

«¡Afortunadamente existe eso para distraerse!», decían los clochemerlins de

ambos sexos.

Aparte las verdaderas mujeres de carne y de celo —bastante poco numerosas, todo hay que decirlo—, las otras son ante todo moldes para hijos, ponedoras, nodrizas y *nurses* sucesivamente. Estas tareas las tornan realistas y prácticas y, como siempre andan más o menos afanadas con su vientre, sus ideas no gravitan muy alto. Una vez casadas, las mujeres de Clochemerle se instalaban para toda la vida en sus casas, bien decididas a reinar en ellas sin discusión y, en efecto, iban reinando cada vez más a medida que pasaban los años. Reinaban con los mínimos gastos, sin despilfarros de coquetería y cuidados de belleza, conscientes del contrato firmado y válido de una vez para siempre, que autorizaba el aflojamiento. Se las conservaba tal como se iban volviendo, pues no era caso de cambiar, ya que hombres y mujeres se equilibraban aproximadamente en número y los matrimonios iban por generaciones. Ni siquiera las infidelidades (que se producían ni más ni menos que en cualquier otro sitio) conseguían romper aquel equilibrio. Se desenlazaban por el perdón o el consentimiento tácito, ambos motivados por razones secretas que sólo incumbían a los interesados. Cornudos y «cornudadores» hacían a menudo buenas migas, pues la mujer que se repartían, o que era supuesto que se repartían, servía para estrechar aún más su amistad. No era la regla general, naturalmente, pero se conocían algunos casos de ese género. Lo cual no impedía que la tierra girase. Como decía Pequeu: «Los que no son cornudos, o están en peligro de serlo, es porque sus mujeres no merecen la pena. ¡Les deseo que se diviertan!». Esta frase apuntaba a Tatouillot, a quien no dejaron de repetírsela. ¡La desaparecida doncellez de Paulette seguía clamando venganza! Samothrace sostenía, por lo demás, que todos los humanos, salvo rarísimas excepciones, son cornudos de hecho o de intención. No existe una mujer bonita que no sea violada platónicamente diez o veinte veces al día. Mouraille no lo impugnaba:

—Es evidente —decía— que, si se pusiera en práctica todo lo que pasa por los cerebros, se formaría un condenado zafarrancho en los pantalones.

Estimaba que muchas veces la fidelidad solamente persiste gracias a impedimentos totalmente circunstanciales, como la escasez de encuentros, la indisponibilidad del momento, la dificultad de ocultarse, el miedo a dejarse pillar, etcétera. Hace falta un cierto valor para ir hasta el final de los deseos.

Para echarle fantasía a la vida sexual de Clochemerle, no existían disponibles de hecho más que algunas viudas y algunas divorciadas, cuyos cuerpos no estaban sujetos a contrato. Las divorciadas eran muchachas de Clochemerle vueltas al pueblo tras un matrimonio desgraciado en la ciudad, donde, una vez solas, no tenían ya posibilidad de subsistir. El pueblo de su nacimiento, que habían creído abandonar para siempre, les brindaba un puerto sosegado, en espera de rehacer sus vidas. Los padres no veían aquellos retornos con gusto, tras haberse jactado del brillante triunfo de sus hijas. Pero no se podía dejarlas en peligro de descarriarse. Se citaba, entre aquellas retornadas, a Malou Guinchier, Odile Ramatois y Suzon Niache, que tenían

mucho con qué justificar su pretensión de hacer la dicha de un viudo. Ahora bien, las esposas legítimas no se mostraban dispuestas a ceder la plaza. Se cerraban los ojos ante algunas arruinadas, cuyo capital —belleza o seducción— estaba definitivamente exhausto. Entre ellas podía situarse a una tal Nestine Puette, casada con un infeliz en un momento de aberración. El pobre Puette no tardó en arrepentirse de aquella monstruosa equivocación y se sumió en la neurastenia. Comprendiendo que sólo la muerte podía desembarazarle de la detestable Nestine y que no se podía contar con que ella se determinase a morir, tomó el partido de suicidarse. Nestine Puette reapareció en el pueblo como víctima del egoísmo masculino, viejo argumento que siempre halla oídos complacientes entre la gente femenina, especialmente en la fracción que menos ha conocido al hombre y le ha procurado menos satisfacciones. Nestine se incorporó al batallón de las virtuosas mujeres, comandado por Clémentine Chavaigne, a quien llamaban Putet II desde que ocupaba la vivienda de la famosa Justine, cuya ventana daba al callejón sin salida de los Monjes. Era un emplazamiento escogido para vigilar la parte trasera de la iglesia.

Sea como fuere, las disponibles, algunas de las cuales poseían una harto agradable conformación, proporcionaban a los hombres un refuerzo de ensueños para sus deseos cambiantes, esos deseos que revolotean y saquean lo imaginario, partiendo de curvas cuyas prolongaciones sugeridas están henchidas de promesas. Se decían que sería faltar a la caridad el dejar indefinidamente en barbecho tierras tan amablemente onduladas. Y es cierto que aquellas atractivas personas, por haber vivido en el matrimonio, habían adquirido costumbres de periodicidad necesarias a su buen equilibrio y a su salud moral.

—¡Interviene más de lo que se cree el asunto ese! —aseguraba Mouraille, bien documentado para conocer el origen de ciertos desórdenes orgánicos y mentales—. A menudo hay que buscar debajo de las faldas el trasfondo de muchas cosas.

Mouraille fundamentaba aquel diagnóstico médico en las estrechas relaciones que iba observando entre el cuerpo y el alma, llegando a decir que nuestras aspiraciones de todo orden derivan directamente de la secreción de nuestras glándulas. Parecía como si hiciese freudismo sin saberlo.

Una viuda, no obstante, iba a lograr casarse, la dulce Jeannette Machurat, que había dado pruebas, en el concubinato, de una abnegación y una fidelidad que hubiera honrado a la mejor de las esposas. Hemos relatado ya por entero cuanto a ella se refiere,^[4] por lo que nos limitaremos a resumir los acontecimientos a partir del momento crítico en que Jeannette se vio encinta por obra de Tistin *el Parado*. Parecía sencillo ponerse en regla, a fin de dar un padre legítimo al hijo que estaba a punto de llegar. Todo el mundo estaba conforme en que Jeannette se lo merecía en grado sumo, como asimismo estaba de acuerdo en afirmar que, de los dos, el parado sería el que saldría ganando. Por el hecho del matrimonio, aquel pordiosero se vería en posesión del patrimonio de su viuda, una hermosa parcela de viñedo que cultivar. En cuanto a la propia viuda, joven aún, era de trato agradable y tenía buen aspecto. No había nada

que decir en contra de ella.

Sin embargo, era preciso contar con la terquedad de Tistin, terquedad explicable, por lo demás. Aceptado como parado por el Municipio, dos años antes, se había ganado en aquel papel una bien merecida fama y disfrutaba de una gran comodidad. El paro forzoso le procuraba recursos que vanamente hubiera buscado en el trabajo y una consideración excepcional que hacía de él un personaje importante del burgo. Digámoslo todo en pocas palabras: las mujeres de Clochemerle estaban literalmente chifladas por él. Y es que el bribón había tenido el tino de ganárselas, poniéndose a su vez a disposición de ellas. Conocía cincuenta oficios distintos y era un diestro chapucero, capaz de suplir la falta de mano de obra. En todas las casas se encuentra siempre algo descompuesto: una cerradura estropeada, un postigo desquiciado, tejas que sustituir, una chimenea que no tira, un canalón que cuelga. Pero cuesta un demonio atraer a casa al fontanero, al albañil, al carpintero, etcétera. Esos tíos prometen y prometen y, luego, no acuden jamás.

Y bruscamente había aparecido Tistin, componedor magistral, alegre, divertido, servicial, que acudía al requerimiento, reparaba lo que ya no funcionaba y no mandaba factura. Se le daban las gracias por el sistema que uno desease: comidas, algunas buenas botellas, el donativo de un traje viejo, etcétera. Le deslizaban en la mano unas monedas, por supuesto, pero él no pedía nada. Pronto fue acogido, alimentado y festejado en todas las casas donde tenía entrada. Era el indispensable, con el que siempre se podía contar, y las mujeres se negaban a prescindir de él. Robusto, ingenioso, diestro, ejecutaba todo lo que ellas no sabían hacer. Y las esposas machacaban con ello los oídos de sus maridos, esos grandes holgazanes que se negaban a clavar un clavo o a reparar la cuerda de tender la ropa. O, en caso de suceder, aquello adquiría unas proporciones... Y cuando arreglaban una cosa, lo hacían de tal manera que estropeaban otra.

Así fue como Tistin se personó por vez primera en casa de Jeannette Machurat, a propósito de una cañería obstruida. Trabajo de larga duración, que exigía desmontadura delicada, después cambiar una pieza, después soldaduras y, por último, volver a montar con nuevos empotramientos. Todo el tiempo que duró aquel trabajo, la viuda estuvo a su lado, ayudándole tímidamente. Sin embargo, los lánguidos movimientos de su cuerpo, sus rubores y sus tiernas miradas daban a entender que no era la cañería lo que más le preocupaba. Mendigaba visiblemente. ¿Y qué puede mendigar una viuda?

Igualmente fue así como Tistin se presentó más tarde en casa de Zoé Voinard, otra viuda, aunque ésta era una corpulenta y agresiva mujerona, que no retrocedía ante las iniciativas y no tenía pelos en la lengua. Consideraba los pudores como tiempo perdido y bien se lo hizo ver a Tistin quien, instado de tal suerte, no tenía más que cumplir si no quería perder la faz.

Así fue también como fue requerido por aquellas otras solitarias, Malou Guinchier, Odile Ramatois y Suzon Niache, cada una de ellas agradable a su manera,

en cuyas casas pronto se dejó ver que él se demoraba en exceso. La variedad no podía sino fortalecer sus disposiciones caritativas. Pero siempre volvía a Jeannette Machurat, porque ésta era la más sincera, la más atenta y la menos caprichosa de todas. Reconocía su mérito. Convenía en que se casaría con ella de buena gana, si es que se determinaba alguna vez a casarse. Desgraciadamente, no tenía la menor intención de hacerlo. Tenía demasiado apego a su profesión de parado, a la libertad que ésta le proporcionaba. Resultaba demasiado hermosa aquella vida.

Demasiado hermosa, en efecto, y suscitaba envidias, como no podía por menos. Los hombres de Clochemerle veían con malos ojos el éxito de un inútil que se había convertido en el paño de lágrimas de las más suculentas mujeres del pueblo. Y que tenía licencia de visitarlas a todas, en ausencia de sus esposos, so pretexto de un escabel cojo o de un grifo deteriorado. Tantos regalos, tantos mimos que se le hacían a Tistin, ¿qué significaban? Y, para colmo, ¡aquel aire de pachá triunfante que ostentaba el sujeto, aire, en verdad, de quien palpa de muy cerca! Se elevaron peticiones a la Alcaldía. Los hombres de Clochemerle exigían en términos enérgicos que el título y la pensión de parado le fuesen retirados al caballero Tistin. No tenía más que trabajar como todo el mundo, sea alquilando sus servicios, sea por su cuenta, tras haberse casado con Jeannette Machurat, quien le aportaría propiedades que compartir.

Cuando se volvían hacia la Alcaldía, era evidentemente al senador-alcalde a quien se dirigían. Barthélemy Piéchut proseguía su carrera en París, donde aprendía el difícil arte de gobernar. Formaba parte ya del pequeño número de hombres de gobierno, no totalmente de primera fila, pero «ministrables» de seguro. Se le alineaba entre los «viejos picaros», los perros viejos y maniobreros del régimen, que tenían por divisa: liberalismo, «moderantismo», evolucionismo, etcétera. Aquellos indefectibles partidarios del «todo puede arreglarse» llevaban preparado en el bolsillo un flexible programa de escamoteo que remitía siempre para más adelante las grandes decisiones, tan peligrosas, tan inciertas en cuanto a las consecuencias de su aplicación. Las doctrinas estrepitosas hacían desconfiar a Piéchut. «Es muy bonito echarlo todo patas arriba —decía—. Incluso puede resultar embriagador. Pero ¿y después?». Para él, el mundo había vivido siempre a trompicones y en medio del gran trompicon universal es donde un hombre listo puede deslizarse mejor y conseguirse un pequeño puesto. Los hombres son más o menos atropellados cuando se desencadenan las grandes crisis, con miras a una hipotética felicidad que todavía no ha sido probada... Aquel ladino no creía en la felicidad reglamentada por mandato.

El senador era entonces ministro del Trabajo en una formación sabiamente dosificada. La mayoría descansaba en ella sobre artificiosos compromisos, negociados entre bastidores con las capillitas. Se trataba de aplicar una política izquierdizante, que gozaría del asentimiento popular, sin causar inquietud, no

obstante, a las derechas y al capital, en lo que respectaba a Bancos, *holdings*, la gran industria, los destiladores de alcohol, los remolacheros, los exportadores, los importadores, etcétera. Por otra parte, había que tratar con miramientos a los agricultores, los funcionarios y los sindicatos, no lastimar a la clase media, ni a los excombatientes, ni a los militares, sonreírles a los católicos sin comprometer con ello el laicismo, etcétera. En aquellas condiciones, el centro conservador les había concedido veintiún votos, los cuales bastaban para permitirles gobernar, aunque por los pelos. Además, había exigido que se encargase la cartera de Hacienda a un personaje que ofreciese garantías. ¿Acaso un joven «turco» radical no acababa de proponer el aumento de los impuestos en un veinte por ciento? Una medida de este género desacredita a un partido por mucho tiempo. Por lo tanto, el partido se apresuró a desautorizarlo.

Ofrecieron, pues, el Ministerio de Hacienda a Piéchut, cuya reputación, al tranquilizar a la opinión, atajaría el pánico y la fuga de capitales. A su argumentación de que él no entendía nada de aquel tema, se le opuso que un nombre que inspira confianza vale por todas las competencias del mundo. Tampoco entendía nada de colonias y, sin embargo, había aceptado la cartera diez meses antes. ¿Acaso se portó por ello como un mal ministro? Por lo demás, no son los ministros quienes preparan los proyectos financieros, como tampoco los generales preparan los planes de batalla. Unos y otros se contentan con escoger entre lo que les ha sido propuesto. Pese a todos los razonamientos Piéchut estimó que en los puestos muy visibles, como Hacienda y Asuntos Exteriores, por ejemplo, no se puede por menos que hacerse impopular. Prefirió el Ministerio de Trabajo, aunque de vez en cuando se produzcan huelgas. Al fin y al cabo, las huelgas se arreglan con regateos y él de regateos entendía bastante.

El senador vivía en dos planos diferentes. Pasaba en París la mayor parte del tiempo, mas volvía al viejo pueblo cada fin de semana, considerando que su popularidad local no tenía menor importancia que su cargo de ministro. Seguía vinculado a Clochemerle por un cordón umbilical que le insuflaba la savia política. No olvidaba que el burgo le había servido de trampolín, que le debía su reputación de especialista en cuestiones vinícolas, tan importantes para Francia. Era en el Senado el hombre del viñedo beaujolais y el electo del legendario Clochemerle, títulos que contaban mucho. Por ello tenía empeño en estudiar personalmente los expedientes de la Alcaldía, antes de pronunciar sentencias que pudieran producir efectos perjudiciales sobre el equilibrio electoral.

El caso de Tistin se tornaba cada vez más irritante. No estaba en la línea del senador apoyar a un hombre que se hacía impopular. La popularidad, tan necesaria al político, es un capital que no conviene dilapidar ligeramente. Lo único que restaba era encontrar una amigable componenda para destituir al hombre que se volvía molesto. El título de parado había constituido una innovación, dos años antes, pero había perdido su valor desde que Montéjour, copiando a Clochemerle, mantenía también a un parado. Tras haber rumiado aquel asunto, Piéchut citó a Tistin en su

casa.

Le convidó a beber el mejor de sus vinos. Luego, cuando hubieron soplado ampliamente, hablando de la lluvia y del buen tiempo, inició el capítulo principal:

—Oye, Tistin, todo el mundo conoce ahora el estado de Jeannette Machurat. Eso te crea responsabilidades. Y a mí de rechazo, puesto que hice de ti un parado a sueldo. Si no hubieses sido un parado, eso no habría ocurrido. ¿Acaso Jeannette no es una buena mujer?

—Por supuesto —respondió Tistin—, es una buena mujer. No conozco a ninguna más gentil.

—¿Te cuida bien?

—Nunca he estado tan bien cuidado.

—Además, tiene bienes con los cuales podríais vivir en Clochemerle con honesto desahogo. ¿Por qué no te casas con ella?

—Por mor del paro forzoso —suspiró Tistin.

—El paro no te ha impedido hacerle un hijo. ¿Por qué habría de impedirte que te casaras con ella?

—Bueno —protestó Tistin—, es que, si me caso con Jeannette, ya no podré seguir siendo parado. Y si ya no soy un parado, ya no soy nada en absoluto.

—¿Cómo que nada en absoluto? Serás propietario viticultor, con tierras muy soleadas. Trabajarás para tu familia.

—Eso no significará otra cosa que un viticultor más en el pueblo. Seré como los demás.

—¿Entonces?

—No quiero parecerme a los demás.

—Comprendo —dijo Piéchut—. Pero..., yo no pretendo quitarte el título sin concederte una compensación.

Se plantó ante Tistin y lo miró con fijeza a la cara:

—¿Y si te hago condecorar?

—¿Condecorar en el ojal? ¿Como usted y Tafardel?

—Sí, como yo y Tafardel.

El parado se quedó turulato. Imaginó al guarda jurado Beausoleil cuadrándose ante él, Tistin, cazador furtivo y vago...

—¿Y qué condecoración me daría?

—La medalla del Trabajo.

—¡Eso sí que...!

Tistin se reía de contento y de sorpresa. Sin embargo, no careciendo de buena fe, hizo notar:

—La verdad es que he trabajado muy poco en mi vida. Y nunca de buena gana.

—¡Nunca de buena gana! Mayor mérito entonces para ti.

—Es decir, mientras no estuve en paro forzoso. Porque puedo decir que no he cesado de trabajar desde que estoy parado.

—Lo sé —confirmó Piéchut—. Como parado, has dado el ejemplo de trabajo voluntario y gratuito. ¡Un gran ejemplo! ¿Quieres la medalla?

—¡Como usted y Tafardel! —respondió Tistin—. ¡Eso no se le ocurre a nadie rehusarlo!

Acababa de vislumbrar los honores, de sentirlos asequibles y no resistía a la pasión francesa por portar en el ojal la insignia bien visible de su valor.

—Entonces, escúchame. Para que Jeannette tenga su hijo dentro del matrimonio, no hay tiempo que perder. Vas a ocuparte inmediatamente de hacer publicar las amonestaciones, mientras su expediente se constituye para el ministerio. Y el día de la boda, ¿me oyes?, al salir de la iglesia, serás condecorado por mi mano ante todo Clochemerle. ¿Vale así?

—¡Vale! —asintió Tistin estrechando la mano del senador—. Gracias, señor Piéchut.

Todo se desarrolló según lo convenido. La charanga fue requerida para aquel acontecimiento poco vulgar. Acompañó la boda hasta la plaza del Ayuntamiento, donde se alzaba el pequeño estrado de los discursos (de las «pamplinadas», decía Mouraille, que desconfiaba de la elocuencia, atribuyéndole efectos perniciosos en los cerebros débiles). Piéchut evocó el deber cívico, que se confunde con el deber demográfico, el deber patriótico y el deber del trabajo, los cuales hacen que cada uno aporte su parte alícuota a la construcción social, en vías de constante mejora, bajo la égida de un gobierno lúcido y tolerante, pero no carente de firmeza cuando los grandes principios están en juego. En cuanto a la felicidad, tiene por receta mágica la papeleta de voto. «Para ser felices, votad bien. ¡Votad por Clochemerle, amigos míos!». Votar por Clochemerle significaba votar por Piéchut. Hasta el último de los idiotas podía comprenderlo. Lo cual hacía decir a Mouraille: «Es su saliva lo que ha hecho de él un jefe»^[5]. Es preciso recordar aquí que Mouraille se había sentido inclinado al socialismo y «péguysmo» en su juventud, de lo que todavía guardaba huellas. Entonces se había empapado del estilo masticado, remasticado y rumiado del autor de los *Cahiers de la Quinzaine*, aquel estilo compuesto de adoquines ensamblados y que huele al jadeo del pavor, aquel estilo de «reparación de sillas de paja», por analogía con los orígenes del escritor. Había compartido muchas de sus prevenciones, sobre todo contra el orador político y los hombres de gobierno. «Ya no somos republicanos, es verdad, pero sabemos gobernar». El abecé del arte de gobernar consiste, ante todo, en asegurarse el poder y luego mantenerse en él. Hay que meterse en la cabeza que el mayor bien del gobierno coincide con el bien del gobernado y que éste es siempre gobernado por aproximación, tanto por unos como por otros. Mouraille hablaba de ello más bien en tono divertido. Hacía mucho tiempo que había renunciado a sus dogmatismos de antaño, partiendo del principio de que es preferible no tener opiniones cuando «se desea hacer clientela».

Sin embargo, resultaba ventajoso para el burgo agruparse detrás del gran hombre, que había llegado al poder en París, donde defendía los intereses vinícolas del

Beaujolais, sin olvidar que el electo es también un servidor. Si se bebe el famoso vino en todos los mostradores de Francia —y, según toda verosimilitud, mucho más del que se produce, por lo que cabe dudar de su autenticidad—, ¿acaso no se debe a la reputación de Clochemerle y a ciertos ilustres ciudadanos que en él han nacido? Ayer, Bourdillat. Hoy Barthélemy y Piéchut.

En resumen, Jeannette Machurat se convirtió en *Madame* Tistin Lachoux, esposa de un exinútil anarquista, de un exparado, promovido al grado de ciudadano ejemplar por el amor de una tierna viuda y el derecho a llevar una cintita en el ojal.

Aquella cintita, Tistin había de tomársela muy en serio y muy en serio había de tomarse también su nueva posición social. Ingresaba en la clase de los propietarios, pronto sería padre de familia y tenía al lado una mujer que llevaba su apellido. Aquello le cambió de arriba a abajo. Dejó de ser el alegre guasón que se había conocido y se le vio en adelante muy afanoso de su propiedad, preocupado por hacerla producir cada vez más, aun a costa de un trabajo encarnizado. Codicioso, es lo menos que podía llamársele y, en cuanto al ahorro, no le temía a nadie, soñando secretamente con acrecentar su pequeña propiedad. ¿Aburguesado? Muy posible. Pero ¿quién no lo es en cuanto tiene que pagar impuestos?

Sea lo que fuere, la suerte de Jeannette hizo envidiosas. Se había vuelto a situar. Podía de nuevo descansar en un esposo, no temer más los terrores de la noche en una casa vacía, sino, por el contrario, florecer femeninamente, ocupándose de su hombre y pensando en los hijos que vendrían.

Otra viuda se había vuelto a colocar también, ya al límite de la edad en que una mujer es todavía colocable, superando temerariamente una mayoría de quince años sobre aquel que aspiraba a convertirse en su poseedor legítimo. (Todo lleva a creer que aquella aspiración, nada desinteresada, no apuntaba únicamente a sus «hermosos restos»). Fue un arrebató pasional irresistible lo que, en el otoño de su vida, obligó a sucumbir a una bella mujer que no quería renunciar al imperio de sus encantos y que, sin duda, se hacía ilusiones acerca del porvenir de los mismos. Todo Clochemerle vio claramente el cariz que aquello tomaba. Viejos amigos se preguntaron si no debían ponerla en guardia contra las cuitas y las pesadumbres que la aguardaban. Pero no se puede sujetar a una mujer que esté, como suele decirse, loca por su cuerpo. Además, cuando esa locura la ataca tarde, es imposible hacerla entrar en razón. El encuentro tardío de la dicha confiere un carácter patético a aquellas que se niegan a abandonar la escena, como viejas actrices que prolongan su carrera multiplicando las funciones de despedida. La imponente viuda volvía a las chiquilladas de antaño, para abandonarse a las delicias de una indolencia carnal sin contención. Resultaba casi conmovedor. Se estimó que se había visto impelida a cometer aquel disparate por la indigencia amorosa en que vivía desde hacía largos años, en compañía primero de un esposo impotente en el plano marital, producto de su borrachera incurable, que no le inspiraba más que asco, viuda después.

Nos referimos a Adèle Torbayon, espléndidamente amasada para el amor,

sugiriéndolo y llamándolo, y largo tiempo retenida de ceder a él por las exigencias de un negocio próspero que no le dejaba un instante libre. La expansión de ese negocio era obra suya. Ella fue quien empujó a Torbayon a transformar en suntuoso parador la modesta posada de antaño. Es probable que se hubiera lanzado a aquella empresa para gastar en ella un excedente de fuerzas que quedaban sin empleo. El parador le sirvió de derivativo y la divirtió algún tiempo. Veía caras nuevas, la honraban con homenajes de alta calidad, por cuanto reclutaba su nueva clientela en otro ambiente. Pero aquello no colmaba el vacío sentimental que había en ella. Sus antiguos amores con el guapo escribano Hyppolyte Foncimagne y después con el capitán Tardivaux le habían dejado un gusto por lo novelesco y una necesidad de distinción que unos simples viñadores no podían satisfacer. Desgraciadamente, los viajeros no eran más que viajeros. Elogiosos, cierto, interesados y endiabladamente expresivos de mirada, pero su solicitud no tenía, sin embargo, un mañana. Recobrados por sus negocios, sus funciones y sus familias, olvidaban a la bella del parador. Algo les decía que ella no merecería aquel título fuera del marco en el que reinaba, lo cual era probablemente cierto. Terrible desfase entre los fantasmas del amor y la rastrera realidad cotidiana. No obstante, sonaba la hora de los últimos vértigos. Era preciso encontrarles un objeto o renunciar a ellos para siempre.

Aquel odre de Arthur Torbayon acabó por morir, lo cual se esperaba hacía mucho tiempo. Tuvo el final de muchos taberneros, que se suicidan lentamente en el mostrador por asegurar la prosperidad de su establecimiento, empalmando las rondas. Al principio, el hombre se siente sólido, invulnerable, y se toma aquello como una especie de juego en cierto modo atlético. Mas los clientes son numerosos y él permanece solo detrás del mostrador. Está perdido si pretende aguantarlos a todos. Y casi todos convidan a soplar. Añádase a esto los ardores desecantes del fogón, pues Torbayon se dedicaba a menudo a la cocina, y las emanaciones de la bodega, donde colocaba los espiches en los toneles. Súmese, por último, la mortífera ronda por las bodegas, rito local que tenía por objeto emborrachar al forastero. Iba en ello el honor del pueblo. Uno mismo se emborrachaba también de paso, y menos impunemente que el forastero, quien, a fin de cuentas, se limitaba a un solo día de cogorza. Llegó un tiempo en que la borrachera fue el estado normal de Torbayon y, cuanto más bebía, más sediento estaba. Los riñones se le volvieron reacios, el hígado se le paralizó, pero Torbayon siguió bebiendo. Naufragó en el embrutecimiento y la incapacidad, roído por la cirrosis. Iba hacia la muerte al hilo del vino. Cuando sintió que había llegado el fin, se hizo traer un jarro, el último, y abandonó la vida con el vaso en la mano y el sabor del beaujolais en el gástrico. Gesto heroico en cierto sentido y, en todo caso, heroicamente vinícola. Y si murió borracho —pues con poco le bastaba en los últimos tiempos— constituyó una muerte gloriosa para un ciudadano de Clochemerle.

Adèle recibió pésames en los que nadie creía demasiado, pues era bien sabido que el difunto le hacía la vida imposible en aquellos últimos años. No por mala voluntad, sino porque el hombre se desquiciaba, no asumía ya sus funciones de jefe.

Desordenaba el establecimiento, vaciaba su bodega y, con la mente extraviada, no sabía sino divagar o roncar atravesado en su lecho. Se hubiese dormido igualmente en las salas reservadas al público, si no le hubiesen echado de ellas. Los habituales, casi todos viejos amigos, compadecían a Adèle y deploraban que su cuerpo pleno y robusto estuviese privado de caricias. Pero la valiente mujer, aunque a menudo pensativa, no confiaba nada de lo que ocultaban su apatía y su sonrisa inalterable. Tenía que hacer funcionar el parador, vigilar la cocina y cuidar de que todos estuviesen contentos. Aparentemente, se había dado esta razón de vivir.

—¡Está hinchándose de dinero! —decíase en el pueblo.

Sí, sin duda. Pero ¿acaso lo es todo el dinero? Puede, en rigor, proporcionar lo que es caro, pero no lo que es inapreciable. Por embrutecido que estuviese Torbayon, suponía de todos modos una presencia y su desaparición cavó un hueco en la vida de su esposa. Aparte el domingo, en que se servían un centenar de comidas, Adèle se sentía muy sola en aquella gran casa desierta, que no animaban sino los vociferantes de taberna. ¿Para qué quería tanto dinero? Ya no llevaba las cuentas con el mismo rigor, vigilaba menos las compras y al personal, descuidaba la cocina, tenía crisis de nerviosismo que se traducían en berrinches o, por el contrario, la sumían en la depresión y la indiferencia. Ella misma se daba cuenta de ello. Tomó la decisión de allegarse un colaborador, un buen cocinero. ¡Mala suerte si tenía que pagarlo caro! Hizo insertar anuncios en los diarios de Lyon.

Se presentaron dos barrigudos, de mirada turbia y nariz alumbrada, víctimas del fogón y manifiestamente llenos de vino, que, a más o menos corto plazo, tendrían el mismo fin que Torbayon. Adèle los descartó. El tercero fue el bueno.

Se trataba de un corso, de nombre Ange Zucatti, delgado, nervioso y moreno, de mirada negra y pelo azulado, mentón firme y labio sinuoso. Como buen corso, evaluó atrevidamente a la mujer, la sopesó en una palabra: conformación, edad y temperamento. ¿Viuda? ¡Perfecto! ¿Propietaria del establecimiento? ¡Mejor aún! Sin que Adèle supiera cómo, él se había convertido de examinado en examinador, parecía ser él quien daba el empleo. En cuanto a Adèle, sólo con verle se le doblaron las piernas. Sus fibras la azotaban, implorantes. Supo, desde aquel instante, que aquella mirada y aquellos labios iban a sellar su vida, que ella rubricaba por adelantado, pese a lo que pudiera ocurrir después. Por su parte, él supo que aquella grávida madurez estaba con el agua al cuello y que le sería abandonada sin resistencia. Computando cínicamente las opulencias de aquel cuerpo todavía bello, pero amenazado de derrumbamiento, tuvo una sonrisa que puso al descubierto su blanca dentadura, cuyos caninos rebasaban la alineación. Se mostró en plan de dueño desde el primer momento, sin siquiera interesarse en cuánto se fijaría su salario. Adèle tampoco pensó en preguntarle cuáles serían sus exigencias. Puesto que todo estaba conforme ya... Ange Zucatti se hizo enseñar la cocina, donde inspeccionó el fogón, los hornillos, las baterías de cacerolas, el fregadero, etcétera. Formuló algunas observaciones. Y luego la interrogó:

—¿Dónde voy a alojarme?

—Ahora le enseñarán su cuarto.

Adèle llamó a Flora, la sirvienta, una muchacha zarrapastrosa, pero soberbia, copiosamente animal. Tenía la mirada sin expresión de las sumisas y la cadera fatigada de las voluptuosas. Zucatti le tendió una de sus maletas, cargó con la otra y la hizo pasar delante. Apreció las formas de la moza al subir la escalera. Una vez en la habitación, cuya puerta cerró de un puntapié, empujó a Flora sobre la cama y la poseyó sobre la marcha, sin decir palabra.

—¿Cómo te llamas? —preguntó después.

—Flora.

—Cierra el pico sobre lo que acaba de pasar, ¿entiendes?

Dicho en tal tono que, con las fibras avasalladas ya por aquel rudo asalto, Flora comprendió que no bromeaba y que usaría de ella a su capricho.

Un pequeño defecto confería a Flora un nuevo encanto picante: el estrabismo convergente de su mirada sombría. Hacía que sus dos ojos pareciesen apuntados para un examen profundo, sobre algún punto de vuestra cara, como si se preguntase si no os acababa de salir una verruga. La segunda impresión, tranquilizadora por el contrario, era que la amable moza no podía evitar el dar un ángulo agudo a su campo visual, a fin de marcar la fuerza de sus sentimientos a vuestro respecto, por efecto de una súbita fascinación. Como no se le podía contestar de pupila a pupila, os quedabais presos en el haz de aquella mirada concentrada, donde creíais leer la expresión de una cálida ternura selectiva y que parecía dirigiros a bocajarro un doble guiño. Resultaba conmovedor y os encalabrínaba a la vez. Ahora bien, Flora tenía una naturaleza capaz de mantener las promesas de su mirada. Había ricachones que se desviaban de su camino treinta o cincuenta kilómetros con el solo objeto de ir a dormir en Clochemerle a causa de ella, que así contribuía a la reputación del parador. Es probable que el estrabismo acariciador de Flora hubiese obrado instantáneamente sobre Ange Zucatti. Quizá se proponía también demostrar que algo había cambiado en la casa. Acababa de entrar en ella un hombre, uno de verdad, que sabía hacerse comprender por las mujeres con un mínimo de palabras y asegurarse su dominio sobre ellas. En fin, un corso de buena raza. Tal vez tenía miras sobre la patrona, pero esto no le impedía someter a la sirvienta a su ley. Y la sirvienta era netamente más fresca, más deseable que la patrona.

Al día siguiente por la mañana, la marcha normal de la casa mantuvo a Adèle en continuo contacto con su empleado. La compra de víveres incumbía a Ange Zucatti, en su calidad de *chef*. Debía informarse de las cantidades necesarias para el aprovisionamiento, de los nombres de los proveedores, de los procedimientos de reparto, etcétera. Las gallinas cebadas, los huevos, la mantequilla, los quesos frescos venían directamente de Ain, cuyos labradores, llamados «vientres amarillos»,

trocaban sus productos con los viñadores del Beaujolais, denominados «tripas rojas». Los ribereños del Saône, y entre ellos buen número de pescadores furtivos, proporcionaban el pez del río, la morralla, las carpas y los gobios. La carne procedía de un carnicero de Mâcon, el cual recibía sus reses directamente del Charolais, pues era indispensable una calidad constante para lograr el punto del *entrecôte* asado con sarmientos de viña. El pescado del mar, las ranas y la caza venían de las Halles, como complemento estos dos últimos artículos de los que proporcionaban la caza y la pesca en los Dombes. En cuanto a los caracoles, los cangrejos, e incluso las truchas, constaban con recursos regionales, de procedencia más o menos confesable. Pero nadie preguntaba el origen de los alimentos que comía cuando eran buenos.

Zucatti tenía asimismo que enterarse de las recetas que habían conseguido la reputación del parador. Exigían un determinado punto, en lo que concernía sobre todo al pollo a la crema, las tortas de patata y el postre Mazurka (*kirsch*, mazapán, hojaldre y crema acaramelada, con guarnición de fruta confitada). Sentado a una mesa de la cocina, anotaba en su cuaderno todo lo que necesitaba saber. De pie ante él, aunque acodada sobre la mesa, Adèle le brindaba los ricos tesoros de su escote, donde los senos, apretados uno contra otro, cavaban entre sí un profundo barranco. Cada vez que la mirada de Zucatti ascendía de su cuaderno a la cara de Adèle, quedaba prendido en la trampa de aquella sima blanca y obsesionante. Se preguntaba maquinalmente en qué punto de la comba estaban situadas las puntas y si Adèle tenía verdadera sensibilidad allí. Algunas mujeres están perdidas tan pronto como uno se ha apoderado de su pecho. Estimó que Adèle pertenecía a esa clase de la que se afirma que tienen «mal en los senos» y que, una vez franqueados los fosos, el torreón caería fácilmente. No estaría en paz consigo mismo (un rasgo de su naturaleza) sino después de haber poseído a la patrona, como ya había poseído a la sirvienta, a fin de garantizar inmediatamente sus seguridades sexuales. No había por qué gastar demasiadas formalidades. Después ya veríamos... Primero hay que ocupar *la plaza*, plantar en ella el estandarte, antes de proceder al inventario de los lugares y llegar a refinamientos matizados. Regatear poco antes. Después, actuar en función del provecho que se podía sacar de la conquista. En eso consistía la técnica de Ange Zucatti y aquella técnica le había proporcionado hasta entonces muy buenos resultados. Sabía por experiencia que buen número de mujeres —para él las más interesantes— portan en sí un caballo de Troya que se hace cómplice del agresor y le entrega las llaves de la ciudadela. (No lo pensaba en estos términos, pero venía a ser algo por el estilo). «Primero acostarse, después hablar». Coqueterías, melindres y bromitas antes de entrar en materia no iban con él. Poderosamente realista, gustaba de tener las manos llenas antes de abordar el estado psicológico, por lo demás superfluo en muchos casos, al menos a su juicio. En cuanto a los amaneramientos del *flirt*...

Zucatti había terminado ya de anotar los informes que le parecían necesarios. Con insistencia deliberada, hundió su mirada en lo más profundo del majestuoso escote de Adèle, la entretuvo allí para calcular los volúmenes y el tibio peso. Luego,

contemplándola magnéticamente con sus oscuros ojos, tuvo una sonrisa de complicidad que descubrió sus crueles caninos.

—¡Hasta la noche! —dijo, lo cual parecía significar claramente: «No es éste el momento adecuado. Nos molestarían. ¡Pero lo que es esta noche ya veremos!».

Da que pensar el hecho de que fue precisamente aquella noche cuando Adèle llevó a cabo los gestos decisivos, más allá del pudor y del raciocinio, que la ponían a merced de su guapo cocinero corso.

Ange Zucatti no carecía de cualidades en el plano profesional y tampoco le faltaba golpe de vista. Juzgó en seguida que el parador, un poco descuidado hacía un tiempo a consecuencia del derrumbamiento moral de su propietaria, necesitaba de un serio impulso. Autoritario, doblegó el personal a su inflexible disciplina. Añadió a la carta un repertorio de platos meridionales que él lograba a la perfección, como la *ratatouille* de Niza y la *pizza* napolitana. Tenía además excelentes recetas para la *bouillabaisse*, la *panchouze* y la anguila a la marinera. Rompiendo un poco con la tradición del pollo a la crema, propuso un pollo al asador, aliñado con vinagre y estragón, perfumado y que cargaba menos el estómago. Aquellas variedades culinarias no podían sino dar un nuevo lustre al parador. Acudían a él desde muy lejos para saborear platos que solían prepararse en la región. La recaudación aumentó rápidamente. Y la casa no iba a tardar en ganarse sus dos estrellas en la *Guía Michelin*.

Seis meses más tarde, Adèle se casaba con Ange Zucatti, entregándole, además de toda su persona, los derechos sobre la mitad de sus bienes. El esposo tenía treinta y dos años. Adèle iniciaba sus cuarenta y seis. Según la opinión unánime, era una locura. Pero para Adèle no existía ya, trastornada, dominada, y hay que decirlo también, enamorada como nunca lo había estado en su vida, felicidad y porvenir sino en la consumación de aquella locura. Por lo demás, Zucatti le había planteado el asunto sin ambages, asegurándole que no quería enterrarse en Clochemerle para seguir siendo un simple empleado. No le costó el menor trabajo convencerla, porque Adèle no soportaba la idea de verle partir. Él era el hombre de su última oportunidad y, para colmo, el hombre que sabía pulsar sus fibras más secretas. Sospechaba que iba a sufrir, que los celos la atormentarían. Ange tenía una manera tan posesiva de mirar a Flora, de rozarle el anca al pasar... Quiso despedir a la sirvienta, en la cual veía una rival peligrosamente joven. Él se opuso. Y al insistir ella, Ange dijo en tono perentorio:

—¿Quién manda aquí?

Durante la semana que siguió a la boda, Zucatti hizo repintar la enseña del parador. Se conservó la etiqueta CHEZ ADÈLE, puesto que la casa había adquirido su reputación con aquel nombre. Pero, de la parte de abajo, se quitó el nombre del difunto Torbayon. Y el pintor escribió con adornadas letras: *Ange Zucatti*,

propietario.

Al otro lado de la calle, tocado con su gorro blanco, el marido asistía a la transformación. Cuando ésta hubo terminado, al atardecer, se hizo traer una silla plegable, una bebida refrescante y encendió uno de aquellos habanos de los que siempre había una caja para la clientela. Se quedó allí, largo rato, contemplando su negocio, bajo la tierna mirada de Adèle que le contemplaba a su vez a él, desde el dintel de la puerta. Partido hacia doce años de su árida isla para buscar fortuna en la metrópoli, con la idea bien fija de que es a través de las mujeres como se puede llevar a cabo con mayor facilidad el salto social, había alcanzado la meta. Ange Zucatti había encontrado su Beauharnais.

Desde luego, no albergaba la menor intención de seguir sudando delante de los hornillos. Contrató un *chef*, pero lo tomó joven, casi aprendiz, a fin de formarlo según sus métodos. Por otra parte, Adèle, excelente cocinera, podía supervisar la preparación de los alimentos y vigilar la sala, habida cuenta de que no se producía atropellamiento alguno durante la semana. Una buena utilización de la mano de obra le permitía tomar libremente el aire. Tenía por principio que la ociosidad, ese lujo, es prerrogativa del hombre, el cual tiene mil maneras de ocupar agradablemente su tiempo, como el billar, la *belote*, las discusiones políticas, cosas todas ellas que vinculan a los hombres y apegan a la clientela. El juego de bolos gozaba de gran favor en Clochemerle, aunque se jugaba «la larga», a «la lionesa», como se decía todavía. Zucatti importó la petanca meridional, con aquella manera peculiar de tirar sin impulso, con los pies clavados en el suelo. Mas como era un sistema que permitía jugar en todo terreno, cómodo por tanto, si bien con sus dificultades, buen número de clochemerlinos lo adoptaron. Zucatti era el campeón.

Se reveló, además, como una buena escopeta yendo a cazar en los Dombes. Se convirtió en buen pescador, pasando días enteros a orillas del Saône, en una barca atestada de cañas de fondo, allí donde el río es ancho y abundante en peces, en los parajes de Saint-Romain-des-Iles. Total, que el mozo que había asediado y avasallado a Adèle, a quien todo Clochemerle codiciara durante veinticinco años, no era un cualquiera. Y que viviese como un bajá, entre su acaudalada mujer madura y su bella sirvienta joven, además de hacer prosperar su establecimiento, no podía sino ganarle estima y consideración. Se empezó a referirse al parador normalmente como *Chef Zuca*. (Sólo quedaban algunos ancianos que se obstinaban en decir: *Chez Adèle*). Aquel «*Chez Zuca*» demostraba que Clochemerle lo había adoptado y lo reconocía como nuevo dueño del parador.

Capítulo 3

Mirada de conjunto (continuación)

Para seguir los pasos del buen cura Ponosse, un sacerdote poco sutil se hubiera dicho que no hacía falta otra cosa que calzarse los zapatos del muerto e imitarle en su comportamiento de santo varón. Pero el cura Patard no tenía el mismo número moral que su bonachón antecesor, cuya muy frecuente evocación le exasperaba. Por lo que había podido enterarse, y a la vista de algunas fotografías, clasificaba al difunto Ponosse en la categoría de los temperamentos digestivos, lentos en la concepción, lentos en los movimientos y que no actuaba más que en último extremo. Un soldado de Dios de los más débiles, complaciente por apatía, indulgente por desidia, al que no le gustaban los líos, ni por parte del arzobispado ni de sus parroquianos, cuyas rivalidades le hubiesen creado preocupaciones si hubiese tomado partido. Patard estimaba que Ponosse se había conseguido a buen precio una reputación edificante. (No obstante, es preciso recordar que el antiguo párroco de Clochemerle en una ocasión se había dejado arrastrar, al tomar partido desde el púlpito con motivo del famoso suceso del urinario. Su homilía provocó un horroroso escándalo en plena iglesia, escándalo agravado por la decapitación de san Roque. Como recompensa a su coraje, el malaventurado predicador resultó zarandeado por los jefes de los dos clanes enemigos. Tafardel y la baronesa de Courtebiche. Aquello constituyó una prueba terrible).

Al juzgar a su predecesor con una severidad excesiva, el cura Patard no hacía otra cosa que seguir las inclinaciones de su naturaleza. Resolvemos acerca de lo justo y de lo injusto según lo que seamos. Incluso la condición eclesiástica no escapa a este determinismo. Patard tenía un temperamento de bilioso sanguíneo que le llevaba a emprender cosas, a transformar y a renovar. Combativo, con un fondo de violencia, se veía sometido a accesos de ira que disimulaba socapa de una brusquedad familiar y vocinglera. Pero no por ello perdía de vista sus objetivos y toleraba muy mal que se le resistiesen. Creía que, para hacer triunfar la ley de Dios, no se podía renunciar a las azotainas, por lo menos moralmente.

Cuando vio cómo andaban las cosas en el país, el permisivismo desenfadado en que había caído la religión, se dijo: «Este pueblucho sesteá en una insípida y comodona santurronería. Pero tengo que zarandear a esos catetos. ¡Un párroco no es una ancianita, qué diablos!». No contaba en esto con los hombres, más dados al libertinaje que a los deberes religiosos. Por otra parte, el libertinaje no le daba miedo,

puesto que aquellos bribones tenían más boquilla que otra cosa. Pero las mujeres acudían a la iglesia de forma regular, sobre todo a la misa mayor del domingo, principal ocasión para mostrarse acicaladas. Igualmente acudían a confesarse, en los períodos de gran limpieza espiritual, que coincidían con las fiestas sonadas: Navidad, Pascua, el 15 de agosto, etcétera. A través del confesonario contaba con reanimar sus creencias hasta hacerlas rentables.

El abate Patard estimaba que un párroco que realizase su oficio de forma correcta, con los esfuerzos de persuasión y de elocuencia que ello comporta, no podía vivir únicamente de amor y de agua fresca, aunque fuese de amor de Dios. Como muy bien ha dicho el poeta:

*Dios concede su pitanza a las avecillas
y su bondad se extiende a toda la Naturaleza...*

Pero, aunque Dios asegura, en efecto, la comida a los pajarillos, bajo la forma de insectos que comen vivos, parece desinteresarse de una forma absoluta de la alimentación de sus sacerdotes, aunque, sin embargo, los ha dotado como a todo el mundo de un estómago y de unos intestinos, órganos de lo más exigente. Abandona el cuidado de su mantenimiento a la Iglesia, que se ha constituido en una gran empresa bancaria internacional, para las necesidades de la propaganda y de la fe. Ahora bien, la Iglesia posee numerosos dignatarios inscritos en el escalafón, y debe asumir los gastos de sus pompas, desinteresándose de los pequeños engranajes de su vasta organización, los «últimos micos» de la fe. Parece como si les dijese: «Te he provisto de una pequeña parroquia, amigo mío. Ahora te toca a ti lucrarte por cuenta ajena».

Pero esto es más fácil de decir que de hacer. En Clochemerle, los ingresos que proporcionaba la piedad eran irrisoriamente magros. Aquellos marranos de Clochemerle hubieran admitido con agrado que les suministrasen la religión de balde, y el cielo incluido, *Dominus vobiscum!* Ni siquiera abonaban los desplazamientos, mientras que sí pagaban las visitas de Mouraille. ¡Claro que, de todos modos, es difícil facturar una extremaunción!

En aquellas condiciones, ¿cómo ponerse las botas, o incluso simplemente cómo ganarse el pan? Una misa al día, según la tarifa sindical del campo, no daba para mucho. Incluso era preciso el colocarla, pues nadie se preocupa de verdad por el reposo de las almas. La convicción de la gente, convicción a medias consoladora, pero con la que es preciso contentarse, es de que, una vez muerto, se escapa a las molestias de la tierra. Sin embargo, los vivos aguardan con aprensión ese trance de morir, que puede caer sobre ellos en cualquier instante. Caer fulminados puede constituir un placer, ¿pero un placer para quién? ¿Por qué me tiene que alcanzar a mí, que soy muy buena persona, y no al vecino que es una asquerosa carroña? ¡Misterio! Tenemos que tragárnoslo a lo largo de toda la vida: *misterio*. «No tratéis de

comprender», «la fe del carbonero», «inclina la cabeza, so orgulloso», «sus caminos son impenetrables», y patatín y patatán. Los cristianos de Clochemerle evitaban pensar en todo esto...

La tarea del párroco Patard era precisamente llevar a sus parroquianos a pensar, hacerles tragar misterio como si se tratase de aceite de hígado de bacalao o de extractos de hormonas. *Pensad en vuestra alma, hermanos míos...* El alma era propiamente el trabajo del cura Patard. Debía elevar el espíritu de sus parroquianos hacia las regiones etéreas y sublimes, al extremo de las cuales se desemboca en el pan cotidiano de la eternidad. Pero nadie se apresuraba a ir a verlo, ni siquiera el padre Trifouille, legañoso y babeante, con el aire de malicia exasperante que tienen los degenerados contentos de sí mismos. «¡Hola! ¡Yo siempre estoy allí!».

Aparte de las colectas, que reportaban poco, sólo quedaban como fuentes de recursos los bautismos, los casamientos y los entierros. Ciertamente, la terrible gripe infecciosa de 1935, que se llevó a la tumba a setenta y ocho clochemerlinos y que dejó viuda a Nathalie Pitasse, había sido fructífera. Pero gripes de ese calibre no se daban cada dos por tres. (El mismo Mouraille la había pillado en la cabecera de sus enfermos. Y hasta era probable que hubiese muerto como los demás sin los grogs de picón que tomaba muy calientes, y a los que añadía ron y pimienta Cayena. Pero esta medicina, verdadero remedio de caballo, no se podía aconsejar a todos porque era casi tan mortífera como la gripe).

El cura Patard creía que el servidor de Dios, que es su representante aquí abajo, no debe vivir como un miserable, sino que, por el contrario, tiene derecho, además de cierta deferencia, a un buen nivel de vida. Privado de los placeres de la familia, le es preciso tener una buena mesa, una bodega bien provista, un lecho muelle, una criada diligente y una casa bien dispuesta y caldeada; en resumen, que se le deben ahorrar las mezquinas preocupaciones materiales que tanto degradan la espiritualidad. Carente de esas cosas, puede zozobrar en la neurastenia. Y nada puede resultar tan nefasto para una parroquia que tener un neurasténico para que se ocupe de las conciencias. Y eso sin contar con los peligros de recaer en la herejías jansenistas de la predestinación de la gracia y, al compás de sus humores, sustraerse a la redención de los penitentes, a los que consideraría que poseían una lengua atroz. Incluso podría sumergir a sus hermanos en Jesucristo en una sombría desesperación. Pero todas esas desdichas, consideradas por anticipado propias de los condenados, ya no podría evitarse que se lanzasen sin ningún freno en las diabluras: enviciamientos carnales, juergas, borracheras y todo el resto de acciones culpables. Pero la gente se reía de todo ello...

El párroco de Clochemerle no creía por completo que fuese necesario llevar sobre la tierra una existencia triste para merecer el cielo. No creía que la mano derecha de Dios estuviese sólo adornada de hombres fríos y estreñidos, de vírgenes anticuadas y de impotentes. Su natural optimista le permitía presentar a la religión (a menudo engorrosa, todo hay que decirlo) bajo una luz agradable. Pero, para conservar su

optimismo comunicativo, tenía necesidad de sentirse las entrañas calientes y, por ende, precisaba de buenos alimentos y de comodidad. También deseaba ofrecerse un pequeño «5 CV», el cual, al ahorrarle muchas de las fatigas propias de una región accidentada, extendería su radio de prospección espiritual. El tiempo ha corrido mucho desde el Tiberiades... Se evangeliza más de prisa y más lejos cuando se está mecanizado, y los misioneros toman el avión para llegar a las fronteras de sus distritos salvajes.

Este loable programa exigía unos recursos que iban más allá de lo que se podía, normalmente, contar de la religiosidad avariciosa de los clochemerlinos. Salvar las almas sólo por habichuelas no entraba en las concepciones del cura Patard, que no tenía ningún deseo de rivalizar con el santo cura de Ars. El bueno y débil sacerdote de Ars se dejaba tiranizar por el diablo, que movía los calderos, le escondía los zapatos y le tiraba de los cabellos. El excombatiente Patard le hubiera dado de puntapiés al diablo, del mismo modo que lo hacía con los Fritz en la guerra... Había conocido en las trincheras lo que se hacía en asunto de diablos: los bribones que eran unos malditos paganos y unos vertiginosos destripadores. Regresaban de sus ataques cubiertos de sangre tras haber apiolado alegremente a los estúpidos de enfrente, que llevaban puesto *Gott mit uns* en la placa de sus cinturones. Ese *Gott* quedaba enterrado, con cinco pulgadas de hierro en la panza... Y como pinchaban bien a los boches, les llamaban héroes y los condecoraban como a tales. Unos brutos soberbios, ejemplares, incluso edificantes desde cierto punto de vista militar. Que amaban la sangre tanto como el pirriaque, hablaban con una mezcla pasmosa de obscenidades grandiosas, con los sexos en presenten armas abalanzándose en la abertura de los vientres con tanto frenesí como las bayonetas teutonas. Uno se hacía de acero en aquel aquelarre de pederastia universal, donde los ejércitos se combatían a muerte y hedían y se pudrían juntos indefinidamente, mezclando sus piojos, sus gusanos blancos y sus letrinas, en los campos de esparcimiento de la guerra estancada. «¡No vayáis allá!». Ése era el grito de la razón (lo que quedaba de ella), de la protesta humana y de las entrañas caguetas, pero no tenían ni voz ni voto. Así, pues, se iba en vagones de ganado, como los bueyes que se transportan a Chicago, puesto que existían en la retaguardia los canallas de los gendarmes abastecedores, los consejos de guerra y los pelotones de ejecución. También en la retaguardia, los astutos malvados del 3.^{er} Bureau, que organizaban metódicamente las matanzas. Los «genios de la guerra» marcaban los puntos en los estados de pérdidas, diciéndose cada uno de ellos: tengo tantos muertos en mi bando *y, por lo tanto, el enemigo debe tener el doble*. Lógica irrefutable difundida por los comunicados. Y el que dudara de ello era un derrotista y un traidor...

No era pan comido ser un sacerdote-soldado en medio de aquella volcánica colección de absurdos, de aquella jarana de sangre humana, donde los generales templaban sus quepis, para que fuesen más rojos y con más estrellas. No se sabía con qué relacionar los valores espirituales. Patard hablaba obscenidades con los demás,

como único medio para ganarse su confianza y deslizar, a veces, en la conversación la palabra Dios. El querido y antiguo Dios del Apocalipsis, que miraba aquel destripamiento desde su balcón, con la infinita indulgencia que se le atribuye. «¡Es preciso que se diviertan esos pequeñuelos!». El dogma encarecía: «Pinchad bien las barrigas, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo». Ese estribillo constituía el mensaje de los obispos, de los príncipes de la Iglesia, prisioneros de la razón de Estado y bendecidores de los osarios. *Fiat voluntas tua. Amén...* Sabedor, por haberlo visto de cerca, a qué se parecían las hazañas de esas muertes, Patard no iría a contar ese género de insania a los sobrevivientes de su compañía. Su apostolado del frente se limitaba a arriesgar su piel con los compañeros, en los mismos lugares que ellos y tanto como ellos, y a emborracharse como ellos, cada vez que volvían de los combates diezmados. Vinazo y aguardiente, aguardiente y vinazo, ése era el supercarburante de los héroes. Y si había alguna nalga en un rincón para el solaz del guerrero... Pero las nalgas eran raras, más apuntadas que el fuerte de Douaumont, y por patrióticas que fuesen no podían satisfacer a más de una escuadra.

Se concibe que un hombre que había afrontado su fe en esa forma tan atroz, y tenido el mando en el fuego como cabo camillero, no estuviese dispuesto a verse relegado al papel de simple utilidad por sus fieles. Para él era muy poco, como a veces se ve, ser un sacerdote mendigo. La pobreza, que carece de autoridad y de prestigio, no puede proclamar con éxito la palabra de Dios. Lo que en su mismo interés hacía falta a los clochemerlinos era un sacerdote próspero, lustroso de santidad, que tuviese una elocuencia que arrastrase, rubicundo en cierto modo. Ese vigor exigía que se doblase por lo menos la renta del párroco. Ya al final de su vida, el cura Panosse carecía de necesidades y se había dejado mucho, lo cual tuvo como consecuencia una notable disminución de los ingresos. La mayoría de la gente no da de buen grado y se relaja en seguida. Es fastidioso que el uso comercial de los extractos de cuentas periódicas no se admita en la facturación de los sacramentos. Sería algo más nítido que la mendicidad solapada a la que se debe recurrir el bajo clero. ¿Acaso, por ejemplo, no debería pagarse la confesión? No se trata de otra cosa que de una consulta del alma, una mediación de la psique, que desembaraza al paciente de sus escrúpulos y de sus remordimientos. «Lavado de sus pecados» en diez minutos, ¿no es esto algo formidable? A fuerza de dar y dar vueltas a estas consideraciones, el cura Patard concibió su gran idea del *abono para el cielo*. Con él esperaba una notable mejora de su nivel de vida.

Como cualquier idea nueva, ésta exigía un tiempo para rumiarla y ponerla a punto. El párroco de Clochemerle se dijo que debía elegir con cuidado el sujeto que le sirviese como *test*. Se decidió por Eulalie Ouille. Se trataba de una penitente crédula, de piedad rutinaria, que no había inventado la pólvora y a la que el matrimonio no avispara demasiado. Estaba a punto de romper ciertas ataduras terrestres, debido a su menopausia, lo cual la predisponía a entender un lenguaje de orden superior. El párroco la atacó en el confesonario, donde se presentaba con

frecuencia. La recitó la historia que había imaginado y que debía experimentar con un espíritu simple. Hela aquí, resumida.

Nos acabábamos de enterar, en los medios dirigentes del clero, de que el cielo se llenaba, debido a las guerras, las epidemias y las revoluciones que habían causado en veinte años millones de muertos, víctimas inocentes en su mayor parte. A partir de ahora se podía prever que la estancia celeste estaría al completo en un porvenir ya muy próximo. Aquello era tan inquietante que se preguntaban, en los consejos de Allá Arriba, si no sería necesario adelantar el fin del mundo a fin de eliminar aquel embotellamiento. El Papa acababa de ser informado por el Espíritu Santo del peligro. Haciendo de intercesor de la cristiandad, había conseguido que las plazas aún disponibles se atribuyesen, desde aquí abajo, a los fieles elegidos entre los más merecedores, fieles que cabía designar en cada parroquia. Daba la casualidad de que el departamento del Ródano había llevado ventaja en el reparto, dado que se habían acordado en Roma de que la antigua Lugdunum de antaño fuera, con los obispos Potino e Ireneo, y sus mártires del año 177, la cuna del cristianismo en las Galias.

A su vez, Clochemerle, en razón de la buena reputación de sus viñateros, se había visto dotada por monseñor el arzobispo de algunas de aquellas plazas rarísimas. El cura Patard había recibido el encargo de repartirlas él mismo por el procedimiento de unos abonos, pagaderos por mensualidades.

—Le confío todo esto bajo pena del secreto más absoluto. Como no podré contentar a todo el mundo, los privilegiados a quienes designe no podrán hablar de ello con nadie, absolutamente con nadie. ¿Lo ha comprendido?

—Sí, padre.

—La he inscrito en mi lista, debido a su buena conducta. ¿Quiere que la reserve una plaza en el cielo, una plaza numerada? El día de su muerte, irá directamente a ocupar la derecha de Dios.

—Le estoy muy reconocida, padre mío. ¿Será muy caro?

—Muy barato, por el contrario, en comparación con lo que se le asegura.

Explicó que había obtenido unas tarifas reducidas para la gente del campo, teniendo en cuenta el duro trabajo del campesinado. Un sitio muy bueno, comparable a una butaca de platea en el teatro, valía 150 francos al mes. Si uno se contentaba con el anfiteatro la cosa bajaba a 100 francos al mes, y a 75 francos los de las últimas filas. Finalmente, quedaban los que se contentaban con asientos plegables, que sólo pagarían 50 francos al mes.

—Pero le desaconsejo los plegatines. Son muy estrechos y sin relleno.

Eulalie Ouille, que se sentaba ya de por sí muy apoltronada, no podía considerar el estar mal sentada por toda la eternidad. Pero como carecía de vanidad, y no quería desempeñar papeles de protagonista, optó por una plaza de 75 francos.

—¿Se verá, de todos modos, bien desde este sitio?

—No le puedo garantizar que vea tan bien como si tomase un abono de platea. Pero estará convenientemente situada.

—Me quedaría con un sitio de 100 francos si estuviese segura de tener una buena vendimia durante dos o tres años. Pero ya sabe lo que ocurre con los viñedos y las veces en que se producen vendavales y cae granizo...

—De todos modos, podrá cambiarlo más adelante, abonando una pequeña diferencia. Lo importante es tener apalabrado ya un lugar.

Le precisó cómo debía pagar, depositando 75 francos en un sobre cerrado en el cepillo de san Roque, cada final de mes. En el sobre debería escribir 1 302 957, serie Y. Era el número de su sitio en el cielo. Le hizo observar que la Y no estaba lejos de la Z. Y cuando hubieran acabado la serie de las Z, el paraíso quedaría definitivamente lleno. Por último, añadió en una suprema recomendación:

—Le repito que no debe hablar de ese favor con nadie. Si lo hiciese, se sabría allá arriba, donde todo se sabe, y *perdería su dinero*...

—Perder mi dinero, Jesús mío... Puede estar seguro que sujetaré mi lengua...

Esta forma de vender el cielo no era quizá rigurosamente ortodoxa. Pero el párroco Patard se dijo que contribuiría a la irradiación y solidez de la Iglesia, y asimismo al bienestar de su persona. El vencimiento mensual obligaría al pensamiento de Eulalie Ouille a dirigirse al más allá mucho mejor de como lo hubiera hecho cualquier otro método.

Tras aquel primer éxito, el párroco de Clochemerle extendió a otras personas, todas ellas del sexo femenino, su sistema de abonado. Pero fijó sus listas con extrema prudencia. No figuraron en ellas ni la mujer del notario, ni la encantadora Babasse Suffock, ni la mujer del senador, Noémie Piéchut, todas demasiado bien informadas: ni Adèle, caída sensualmente en poder de aquel demonio de Ange Zucatti; ni Nathalie Pitasse, demasiado devota del hombre; ni la cínica Babette Manapoux, con una lengua demasiado larga, que no respetaba nada: ni la señora Fouache, la estanquera, cuyo establecimiento era el mentidero del lugar; ni la señora Fadet, la terrible Léontine, que no tenía otra religión que su caja; ni Berthe Matachut, capaz de escupirlo todo en uno de sus accesos de ira; ni la estúpida de la señora Nicolas, que ya sacaba su aureola de la elefantiasis de su esposo; ni Mélanie Boigne, demasiado cargada de familia para distraer ninguno de sus recursos y, por otra parte, hartamente persuadida de que su matriz ya había producido bastantes jóvenes cristianos (quince exactamente) para que no tuviese abiertas de par en par las puertas del cielo; ni las divorciadas, en principio apartadas de los sacramentos; ni las mujeres jóvenes que se encontraban en los primeros fuegos del amor: tenían otra cosa que hacer en sus noches que consagrarlas a meditaciones metafísicas. (El párroco Patard sabía que «el dios de los cuerpos», en los períodos de gran actividad, hace olvidar a todas las demás divinidades); ni, en general, aquellas que, sin poseer un auténtico bagaje teológico, hubieran podido intuir la superchería.

La mejor clientela del párroco se componía de matronas que, al no estar ya

solicitadas, habíanse aposentado definitivamente en sus cuarteles de invierno. Una vez cumplido el destino de su cuerpo, podían volverse hacia el de su alma. Ya es sabido que se regresa a la virtud cuando la edad ya no permite otra cosa.

El confesor no estaba engañado acerca de aquellos arrepentidos por impotencia o despecho, que juzgan a veces severamente en casa de los demás sus antiguos extravíos. (Como, por ejemplo, aquella exramera de Amélie Guinchard que se hacía asaltar por todas las clases bajas en sus buenos tiempos, y que daba muestras en la actualidad de la gazmoñería más susceptible). Pero era preciso tomar a las penitentes tal y como se presentaban. La confesión de faltas empalagosas, desprovistas de cualquier interés, puesto que la feminidad estaba excluida de ellas, degeneraba en relatos que hacían bostezar de aburrimiento. Razón de más para poner tasa implacablemente a aquellas pesadas. No dudando en absoluto de sus méritos, las cotillas del confesonario no se sorprendían en modo alguno al verse elegidas para el cielo. Se creían tan dignas, que dos o tres intentaron colarse, queriendo que las atribuyesen un sitio por el precio de otro. Pero el párroco Patard se mostró inflexible: no habría billetes con descuento para la eternidad... O se pagaba toda la tarifa o no había nada que hacer...

Finalmente, existía el ala activa de la piedad, compuesta por piadosas mujeres y beatas, por la mayoría de las sin tetas y sin hijos, adheridas a una virtud ejemplar, aunque vehemente, acrimoniosa y reivindicatoria. A su cabeza marchaban Clémentine Chavaigne, llamada Putet II, Pauline Coton y Aglaé Pacome, tres solteras fanáticas que se disputaban ásperamente la atención de su común director de conciencia. El párroco Patard, que se veía sobrepasado, las tenía por medio locas y pelmazas, maníacas del escrúpulo y de la introspección estéril. Resultaba claro que acudían para que las manoseasen el alma, a falta de que las pudiesen meter mano en otra cosa.

Patard no experimentó ninguna pena al colocarlas unos abonos del precio más elevado. Queriendo desquitarse en el cielo de sus humillaciones en la tierra, todas deseaban sitios de primera fila. Coste: 200 francos al mes. Incluso creó, para Clémentine Chavaigne, una plaza que la pondría de forma especial en evidencia, en una especie de palco en el proscenio. Las miradas de los elegidos quedarían dirigidas hacia ella con admiración. ¡Vaya por la admiración!

En tres meses quedó cubierto el abono. Procuraba al párroco una sólida ayuda financiera. Sin tener que gotear ni rascar en el fondo de los cajones, se podía considerar la renovación de algunos ornamentos sacerdotales y ciertos embellecimientos para la iglesia. También se incluía en esto la instalación de calefacción central en el presbiterio, mejora en grado sumo deseable. En espera de todo ello, el párroco Patard encargó su «5CV», abonando una entrada, seguro de poder hacer frente con facilidad a los futuros pagos. El cielo se vendía cual panecillos calientes...

Evidentemente, esas plazas anticipadas para el cielo se parecían un poco a

cheques sin provisión de fondos. Se planteaba una pregunta: ¿se trataba de una estafa? Patard se servía de unos razonamientos de una casuística muy suya. Debido a los pagos a fin de mes, y de la preocupación diaria por el ahorro que los mismos implicaban, el espíritu de aquellas buenas mujeres se enfrentaba con harta frecuencia con el pensamiento del más allá. Y, dado que el abono se concebía bajo la forma de una renta vitalicia, esto no podía dejar de sugerirlas la idea de la muerte, idea lo suficientemente espantosa para impedir que aquella gente se hundiese con complacencia en el pecado. Tal vez los abonos no aseguraban del todo el cielo, pero al dar su dinero adquirirían unos méritos seguros, que abreviarían de todas todas su tiempo de estancia en el purgatorio. Aunque algo timadas, aquello aún las resultaría rentable.

Así razonaba una vez más el párroco Patard, mientras comía una excelente fabada que su criada cocinaba a la perfección. Le gustaba sobremanera este tipo de guiso, que constituye un plato costoso, en razón de los ingredientes variados que entran en su composición y por el tiempo de preparación que exige. Sin los ingresos de los abonos, no hubiera podido ofrecerse un *cassoulet* semanal, así como otros dos o tres platos raros de los que era muy goloso. Pero no se trataba de una simple cuestión de glotonería. Desde que se alimentaba bien, ejercía su ministerio con más celo, su elocuencia en el púlpito se hacía más persuasiva. La parroquia tenía un aspecto mejor, se seguían con más atención los oficios y había más ofrendas en los cepillos. Incluso los clochemerlinos no practicantes le saludaban con respeto y honraban a la Iglesia en su persona. Ante estos resultados, el párroco de Clochemerle no veía que tuviese nada que reprocharse.

Se necesita un mínimo de dinero para que la religión triunfe, como es preciso que los sacerdotes tengan la panza llena para que proclamen su fe y para que su creencia irradie calor.

Aquel invierno fue muy riguroso, hasta el punto de temerse que las fuertes heladas, prolongadas por añadidura, llegasen a matar a las cepas, como había sucedido treinta y cinco años antes (los viejos lo recordaban todavía) cuando hubo que volver a plantar la mitad de los viñedos. Afortunadamente, la helada no alcanzó a cuajar la savia en las raíces, hasta afectar los plantales de mortal arterioesclerosis. El cura Patard pretendió que la salvación se debía a las novenas, que acarreaban forzosamente una recrudescencia de las colectas, pues es sabido que la sinceridad de la invocación se mide por la cuantía de la ofrenda. En presencia de la catástrofe que se avecinaba, las mujeres de Clochemerle habían ampliado la parte del cielo, llegando hasta a soltar el billete de cinco francos, como si jugasen a la lotería nacional. Cuando la lucha entre Dios y el diablo llega al paroxismo y cuando el porvenir de la vendimia depende de ella, se hace muy necesario intervenir con el propio dinero. Así se aconsejaba desde el púlpito y lo que se decía en el púlpito cobraba gran fuerza de

persuasión cuando el temor a las pérdidas reanimaba la piedad.

Se salvaron, pues, del desastre por un tris. Pero el pueblo entero había temblado durante las ocho semanas que sopló un áspero viento del Norte, que cortaba las caras a tiras y clavaba acericos en las orejas. Aquel viento maligno pillaba por debajo a las buenas mujeres y les helaba lo más íntimo, si no habían tomado la precaución de envolverlo con prendas de lana para preservar sus calores. Un cierzo como para congelar de tal modo los muslos no se había visto hacía tiempo. Incluso las más fuertes comadres, ampliamente acolchonadas, sufrían sus ataques. Las que salían de lo alto de la montaña para acudir a la aldea estaban particularmente expuestas a aquellos fustazos, sobre todo cuando pasaban por la encrucijada Mautois, donde se concentraba el furor de los alisios. Tocadas con sus faldas por la ventisca, castañeteando los dientes, mostraban sus buenos traseros opulentos, que se tornaban, bajo la dentellada, granudos como fresas, gordas fresas azucaradas, en el blanco de las bragas.

En aquel paraje se hallaba enclavada la tasca de la Didine, que servía de comer además del correspondiente vino, una taberna poco más grande que una caseta de peón caminero, pero suficiente para contener una veintena de consumidores, apretados en torno a una estufa al rojo. Los sujetos no se perdían ni un ápice de lo que de modo involuntario les enseñaban las rollizas transeúntes. Después epilogaban largamente acerca de los encantos comparados de la Rose, de la Jeannette o de la Mathurine, calculando los buenos tropiezos que significaban en el cocido conyugal. Hacía mucho tiempo que no se había procedido a parejo censo y, efectivamente, cabía preguntarse qué daban de sí en sus floraciones de madurez aquellas que se habían conocido juvenzuelas, todavía algo flacuchas. Casi todas habían prosperado de lo principal y encima de ello asentaban con serenidad su reinado en los hogares. Se supuso que aquel espectáculo fue lo que debió de encalabrinar al sátiro.

Aquella historia del sátiro tardó en ser revelada, porque las víctimas no desconfiaban de nada y aquellas que habían podido sospechar prefirieron pasar el incidente a la cuenta de pérdidas y ganancias. Sin embargo, puede darse crédito a la mayoría (que jamás fue conocida exactamente) de que había sido de buena fe. Precisemos que no se trataba de un sátiro a cara descubierta y que procediese por la fuerza, sino de un cauteloso, de un insinuante que operaba a favor de las tinieblas, aprovechándose de la semiinconsciencia de las adormecidas. Las confiadas costumbres de los clochemerlins hicieron posible aquello. Todos se conocían, creían no tener que temer nada unos de otros y omitían correr los cerrojos. Ni siquiera se les hubiera pasado por la imaginación el poner bajo llave la virtud de sus mujeres. Éstas, acabadas sus labores domésticas por la noche, se acostaban temprano, mientras los hombres iban a echar su partida en la taberna. Regresaban entre las once y medianoche para colarse en la cama al lado de su parienta, que había acumulado calorías bajo las mantas. Ella les pegaba en el vientre sus nalgas hirvientes, con un gruñido de alivio por sentirse bien empotrada de la base y la satisfacción de una

posesora que se asegura la propiedad. Puro instinto, pues con mucha frecuencia ni siquiera se despertaba.

Fue Mathurine, ex Maffigue, convertida ahora en Mathurine Roupagnol, quien, sin quererlo, reveló todo el caso. Una mañana en que su marido comenzaba a asaltarla, hizo observar, por lo demás sin desagrado:

—¡Conque te vuelve a dar eso esta mañana!

—¿Cómo que si me da otra vez esta mañana?

—Como lo hiciste ya esta noche. ¡Dos veces seguidas es muy raro!

—No te hice nada esta noche. Me quedé dormido nada más llegar.

—Te he sentido perfectamente —arguyó Mathurine—. Y si no eras tú, ¿quién iba a ser entonces?

El marido se quedó sin resuello y remitió para más tarde su empeño.

—Explícate —ordenó.

Ella contó que, de noche cerrada, cuando estaba durmiendo de costado y encogida, había sido despertada por un ataque profundo que no le había dado tiempo ni a ponerse de cara.

—Cuando me di cuenta, ya estaba principiado. Incluso pensé: «¡Mucha prisa tiene esta noche!».

—¿Y no has dicho nada?

—No tenía por qué decir nada. Estabas en tu derecho.

—¡Pero, caray, si no era yo! —exclamó. Roupagnol.

—¿No pretenderás decirme que estabas tan borracho como para no enterarte?

—¡No estaba borracho y te repito que no era yo!

Cuando ella quedó por fin convencida de que decía la verdad, examinaron juntos la situación.

—Recuérdalo bien —dijo él.

—Ahora que lo pienso, tal vez no era exactamente tu manera...

—¿No podías haberte dado cuenta en seguida?

—Todavía estaba medio adormilada. Y son momentos en que no se reflexiona mucho...

—¿Entonces, qué, Dios mío?

—Al final gruñiste un poco...

—¡Pero si te digo que no era yo!

—Bueno, pues gruñeron más o menos como tú. Yo me dije: «¡Está contento!».

—¿Y luego?

—Me volví a dormir con el calor de la cama. ¡Con ese frío que hacía, no iba a poner los pies en el suelo helado!

Roupagnol estaba tan obsesionado por aquel increíble caso que no pudo contenerse y se lo contó a su vecino Chapatte. Éste, *in petto*, se divirtió en grande. Tiempo atrás había estado enamorado de la Mathurine, que no le había hecho la menor concesión. ¡No valía la pena ponerse tan remilgosa con él para luego

entregarse con tanta facilidad a un visitante nocturno! Al volver a su casa, Chapatte se apresuró a contarle la historia a su mujer.

—¡Ésta sí que es buena! —le dijo—. La Mathurine se ha dejado violar en su cama por un desconocido. Violada sin resistencia.

—Entonces, ¿cómo puede haber sido violada?

—Violada de todos modos.

—¿Cómo puede ser eso?

—Era de noche cerrada. La Mathurine se ha sentido ensartada derechamente mientras dormía. Creyó que se trataba de Roupagnol, pero no era él.

Al oír estas palabras, Clémence Chapatte dejó escapar un gran grito y palideció. Preguntó, temblando:

—La noche del viernes, ¿fuiste de seguro tú quién me lo hiciste?

—¡Vaya! —exclamó Chapatte—. ¡Bien sabes que nunca lo hago en viernes!

—Podías haber cambiado de costumbres. ¡Los hombres no avisáis nunca!

Clémence estaba aterrada. Chapatte no se aplacaba.

—¡Eres tan tonta como la Mathurine, mujer! ¿No podías haberte fijado más en lo que hacías?

—¿Qué tiene que ver el fijarse con eso?

—¡Podías haber dicho algo!

—¡No me has acostumbrado a hablar en esos momentos!

—¡Dios del cielo! —bramaba Chapatte—. ¿De manera que cualquiera que llegue te puede...?

—¿Cómo podía sospechar en mi propia cama?

Por la mente de Chapatte cruzó un pensamiento que sometió su amor propio a tormento.

—¿Ni siquiera has notado la diferencia?

Clémence vaciló. Luego, como si hablase de un viejo sueño del que uno apenas se acuerda, añadió:

—Tal vez me quede la impresión de un pequeñajo que bregaba mucho y olía a pipa.

—¡Bien sabes que no fumo en pipa!

—En la oscuridad, podía engañarme. Y sucedió tan de prisa...

—¿Ah, sí? —preguntó Chapatte, curioso a pesar suyo.

—Apenas si me desperté. Ni siquiera tuve tiempo de ponerme en condiciones.

Aquello ponía un poco de bálsamo en el honor de Chapatte. Pero, en condiciones o no, permanecía el hecho de que su mujer había sido fornicada, en su propia cama, por un condenado asqueroso, por un sátiro desconocido, que se había apresurado a largarse tras su mala faena. ¡Sí que tenía gracia! Si uno no podía ya ir a echar su partida sin que su mujer, en su propia casa...

El infortunado Chapatte acudió a reunirse con Roupagnol, quien presentaba un aspecto sombrío y reprochaba maniáticamente a su mujer haber prestado poca

atención a su comportamiento nocturno. Aquello parecía demostrar —lo cual era verdaderamente humillante— que no ponía demasiado interés en lo que hacía en la cama.

—Entonces, yo u otro, ¿a ti te da lo mismo?

—¡A ver si vas a pasarte el tiempo pensando en eso...! ¡Mejor hubiera hecho con no decírtelo!

—¡Muy bonito! ¡Y así eso habría podido continuar! A lo mejor, incluso le hubieras cogido gusto...

Roupagnol se atormentaba exageradamente con aquella idea y torturaba al mismo tiempo a Mathurine quien, a todas luces, había llorado. «Segó de aquel prado la anchura de su lengua». ¡Y he aquí que el culpable era el prado! ¿Cómo podía comprenderlo la pobre mujer?

Al fin, Roupagnol se enteró con cierto alivio de que la mujer de Chapatte había pasado por el mismo trance que la suya, igualmente, sin sospecharlo. Como Mathurine, se había vuelto a dormir con la conciencia tranquila. Los dos hombres acabaron por decirse que Mathurine y Clémence no debían ser las únicas víctimas del sátiro y que sería interesante saber quiénes eran las otras. Cuanto más se viese compartida la afrenta a su honor, menores serían la vergüenza y el ridículo.

El hecho, pronto divulgado, corrió como un reguero de pólvora dejando pasmado al burgo. Los hombres, sobre todo, se sintieron afectados en sus partes vivas. En cambio, las mujeres —ciertas mujeres en particular— parecían tomárselo a la ligera, con aire de decir que un poco más o un poco menos de eso... ¡Era menos grave que una enfermedad! Algunas hasta parecieron bastante regocijadas, aunque, por parte de ellas, cabía esperarlo. No obstante, en conjunto, se indignaron de que un bandido anónimo hubiese tenido el impudor de asaltar la propia sede de la femineidad y de profanarla. Deslizar el subterfugio en tal paraje era un acto criminal, en el sentido de que atentaba a la ley soberana de que cada ser ha de disponer libremente de sí mismo. «Si no se le echa sentimiento...», decían las almas tiernas. Pero acaso el sentimiento no había faltado y lo que más sublevaba era que se hubiese obtenido el testimonio de ello fraudulentamente, aunque las víctimas pretendiesen haber dado pruebas de no participación, por no haber sido preparada la cosa con mimos precursores. No había más remedio que conformarse con lo que ellas decían.

Los clochemerlinos no cesaban de interrogar suspicazmente a sus mujeres, con una insistencia que se tornaba irritante.

—¿No habrás recibido la visita del sátiro por casualidad?

—¡Lo habría notado, creo yo!

—¡Hubieras podido equivocarte, como la Mathurine y la Clémence!

—Equivocarse... ¡Eso dicen ellas!

—No sería culpa tuya, fíjate bien.

—¡Con lo poco que lo catas ahora y, sin embargo, si otro viniese a refregarse, menuda cara pondrías!

Aquel género de interrogatorio de mal humor a todo el mundo, provocaba respuestas ácidas, en las que a menudo intervenía el agravio y la negligencia. Debe reconocerse que los hombres hacían torpemente su encuesta y que sus métodos no podían por menos de zaherir a las mujeres. De repente, habían comenzado a valorarlas con exceso, como si otorgasen un precio inestimable a su virtud, de la cual bien poco se preocupaban cuando creían aquella virtud reservada solamente a sus deseos fantasiosos. Las valoraban, pues, absurdamente, puesto que aquello sólo servía para abrumarlas luego con suspicacias y reproches, revelando una mentalidad de menguados poseedores y de propietarios de esclavas. Aquello se tornaba tan insultante, que las mujeres reaccionaban. No lo hicieron abiertamente, sino devolviéndose la pelota cada una de ellas negando en lo que las concernía, pero señalando a la vecina. ¡Id a saber la verdad entre tantas habladorías que circulaban por el burgo y se repetían en las tiendas! Las insinuaciones partían en su mayor parte del estanco de *Madame Fouache*, aquella alta esfera de los cotilleos.

Pronto se puso de moda haber sido «satirizada» y aquello cundía como un epidemia. Cada día se conocían nuevos casos. Mimi Méssin, Léonie Susson, Malou Saffaisse, Berthe Bajasson, Sydonie Mamouille... En fin, eso se decía. Parecía que no haber pasado por ello suponía un descrédito. ¿Acaso creían aquellas dos, Mathurine y Clémence (que eran garridas mozas), que las demás no merecían ser visitadas por un sátiro entendido? Ya puede verse el cariz que aquello tomaba con ayuda de la vanidad (sobre este punto todas se mostraban muy susceptibles). De tanto hablar y hablar del asunto, las mujeres estaban encalabrinadas y los clochemerlins no paraban de bregar con sus esposas por hacerles sentir la autoridad marital y sujetarlas de nuevo. Cuando las mujeres levantan el gallo, no hay más que una manera de doblegarlas bajo el yugo y es recordarles a lo que están destinadas principalmente, por obligación de la Naturaleza. Algunos, cuyos medios se habían debilitado, acudieron a Mouraille con objeto de pedirle que les revigorizase, pues, de lo contrario, el sátiro ganaría con demasiada facilidad la partida y dejaría añoranzas. Ser comparados despreciativamente con aquel miserable originaba situaciones intolerables en el hogar. Entretanto, todo el mundo se encerraba en casa con dos vueltas de llave. La taberna apagaba las luces a las ocho de la tarde. Una especie de toque de queda reinaba en el burgo.

La pugna cobró proporciones extravagantes cuando la secta de las intocables ostentó pretensiones, afirmando que sus afiliadas habían sido más atacadas que cualquiera. Por ejemplo, la hombruna Donjazu, que no era sino pelo sobre huesos, con voz de suboficial reenganchado. Lucía en la mejilla derecha una gran verruga, que alimentaba un mechón tan frondoso como las cejas de Clemenceau. Y si uno se fiaba de los pelos de su mentón, cabía suponerla alambrada por todas partes. (Donjazu se quejaba abiertamente de que la parcela inextricable que le había tocado

en suerte en el matrimonio era tan árida como el desierto de Gobi). Dos o tres repelentes más se jactaban de haber experimentado repetidas veces los vigores del misterioso sátiro. «¡Qué hombre tan guapo y qué buenos modales!», decían las jactanciosas... Incluso Aglaé Pacome, reputada virgen hasta la edad crítica de la cincuentena, adquirió de repente mohines de ninfómana, con cómicos contoneos. Hubiérase dicho que una zarabanda de diablillos la tentaban por la calle, mientras ella sonreía beatíficamente. Como efecto de un largo pasado de frustración, la pobre Aglaé se volvió completamente tarumba. Su desquiciamiento fue, por lo demás, inofensivo, pues consistía en soltar obscenidades como para poner colorado a un cuerpo de guardia, obscenidades asombrosas en su boca. Aquello duró aproximadamente un año. Luego volvió a sus asiduidades de iglesia y perdió todo recuerdo de aquel período de su vida. El mal paso estaba salvado.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Me están violando!

Dos mujeres clamaron contra el sátiro en plena noche. Se acudió a toda prisa. Hechas las averiguaciones pertinentes, resultó que una había sufrido una pesadilla. La otra era un esperpento que pretendía darse importancia. Afirmó que había sufrido el ultraje y que el miserable huyó por la ventana. Pero nadie la creyó.

Un viento de locura erótica soplaba sobre Clochemerle. El cura Patard recibió ecos de él, tan apasionados, que hizo saber que hablaría desde el púlpito a fin de poner las cosas en su punto y de aplacar los ánimos. Era una advertencia a los hombres (los más afectados en aquel asunto, en tanto que las mujeres tomaban partido holgadamente) para que acudiesen a oírle. Se presentaron, en efecto, en número bastante considerable, si bien se quedaron agrupados en el fondo de la iglesia, junto a la pila del agua bendita y arimados a la puerta.

—Os recuerdo, hermanos míos —empezó el cura—, que Jesucristo perdonó a la mujer adúltera, salvándola de ser lapidada, como exigía la ley moral de la época. «Que el que esté libre de pecado arroje la primera piedra». Es decir: sondead vuestros actos y vuestros pensamientos antes de condenar. Ahora bien, Jesucristo se ponía de parte de una verdadera pecadora, en tanto que no existe culpabilidad alguna, en los casos que han llegado a mi conocimiento. Para que el adulterio sea verdaderamente consumado, necesita el pleno consentimiento de la partícipe. El diablo fornicador ha podido deslizarse en ciertos lechos y abusar en ellos de la confusión de un instante. Pero sus víctimas, que se creían en el cumplimiento de su deber, no han sido alcanzadas por la mácula. En verdad os digo: Satán es impotente para comprometer a una criatura sincera y animada de buena voluntad. Y cuando la criatura se cree cubierta por el sacramento, Satán marra el tiro, él, que sólo se preocupa de la perdición de las almas. Puesto que las almas no han sido cómplices, puesto que han permanecido puras a pesar de todo, el honor de los maridos queda a salvo. La carne perecedera no es más que una contingencia de nuestro destino inmortal y los

contactos de aquí en la tierra no pesarán mucho en la balanza de la eternidad. Por ello, queridos hermanos míos, os invito a pasar la esponja con espíritu de caridad cristiana. Que el esposo permanezca en adelante más cerca de la esposa, para consolarla y protegerla. Amén.

Los hombres se dirigieron a la tasca al salir de la iglesia, porque tal era la costumbre del domingo por la mañana. Discutieron acerca de la homilía que acababan de escuchar. Opinaban que el cura había procedido atinadamente al hablar de un tema tan escabroso. Que hubiese logrado mezclar en él a Jesucristo, constituía una prueba de que conocía a fondo su oficio. El perdón a la mujer adúltera (ejemplo que después se ha seguido mucho) impresionó los espíritus, así como la invitación a pasar la esponja. No obstante, Roupagnol y Chapatte continuaban reticentes.

—Al cura le importa un bledo. ¡No tiene miedo de que se cepillen a su mujer, puesto que no la tiene! —hizo notar el primero.

—Y Jesucristo podía muy bien perdonar —completó el segundo—. ¡No se trataba de su mujer!

—¡Toma, pues es verdad! Todos sabemos que Eusebe Mamouille es cornudo hasta el cogollo. ¿Y quién de nosotros no ha perdonado a Sydonie Mamouille?

—¡Incluso agradecidos a veces!

—¡Y repitiendo para poder perdonárselo más a menudo!

Aquello provocó grandes risotadas sin maldad. Mamouille ocupaba el empleo de cornudo hacía años..., con una gran serenidad, preciso es confesarlo. Aquel blandengue debía la paz en su casa al celo de los vecinos en ocuparse de su mujer, lo cual la mantenía de buen humor, y Mamouille apreciaba el buen humor por encima de todo. Las mujeres pueden llegar a ser matadoras cuando se lo proponen. Si hubiese querido conservar a Sydonie para él solo, habría dejado el pellejo en el empeño. Prefería no malgastar la salud, aprovechando los cuidados que le prodigaba una esposa culpable pero abnegada.

Sintiéndose apoyadas, las mujeres declararon que no querían oír una palabra más sobre aquel enredo. Si no se tenía confianza en ellas, que fuesen a ver cómo andaba la cuestión en las ciudades. Ser cornudo por accidente no era grave, el cura lo había dicho, y había añadido que aquello no dejaría rastro en el cielo. Ellas no habían caído en la costumbre y bien sabido es que, en justicia, la reincidencia hace la gravedad de la falta, porque demuestra la deshonestidad sostenida. Por consiguiente, no tenían más que dejarlo correr. ¡Buen alivio para muchos! Y, por lo demás, la culpa les correspondía a ellos, a los hombres. Si se quedasen más en casa, en vez de estar siempre metidos en la taberna, donde no se privaban de magrear a Flora y a Adèle, las sorpresas de noche no se habrían producido. Si alguien debía ser castigado, era el sátiro. ¿Acaso se sentían capaces de atraparlo?

El nudo del problema seguía sin ser puesto en claro: ¿Dónde se ocultaba el sátiro? ¿Quién era? El hecho de que hubiese escogido hermosas presas y se hubiese deslizado en las casas a la hora propicia parecía indicar que conocía a los habitantes

del burgo, así como sus costumbres. Los hombres se miraban entre sí con malevolencia. «Si supiera que eres tú, maldito cerdo...». ¡Pero no es sátiro quien quiere! Los que más hablan son los que menos hacen a veces. Se conocen grandes sobadores de palabra que se quedarían cortos si se les pusiera al pie del muro.

Procediendo por eliminación, se dijeron que un jovenzuelo, demasiado tímido y novato en conocimiento, no se habría atrevido a entregarse a aquellas agresiones. Por otra parte, la juventud no carecía de salidas. Para cada mozo, existía una chica que intentaba atraerle a las redes del matrimonio, no tanto por cálculo como para estar bien a sus anchas en sus retozos de amor, por ser el lecho conyugal un mueble augusto donde se reaviva la llama que honra a los dioses lares del hogar. Es sabido que, después de la boda, los juegos de la cama, promovidos por deber, se pueden ejercer libremente bajo el edredón que siluetea en sombra contra la pared una joroba de dromedario. Los clochemerlinos habían conocido más o menos el período apasionado de los excesos, llamado luna de miel, que produce ojeras a las esposas frescas. No dependía sino de su propia voluntad que los jóvenes lo conocieran como ellos.

No había prácticamente célibes en Clochemerle. Se eliminaban de oficio a dos o tres viejos solterones y viudos, manifiestamente inoperantes. Quedaban, aparte aquéllos: Tistin *el Parado*, Coiffenave, el sacristán de la parroquia, y Juan *Cadáver*, el sepulturero. Sin embargo, este último, que permanecía en borrachera perpetua, abandonaba poco los parajes del cementerio. Quería a sus muertos con furor, al menos a ciertos muertos, pues tenía sus preferencias, por decirlo así. Juan *Cadáver* olía a vino, a chicote y a tumba, pero el olor de la tumba predominaba sobre los demás, lo cual le hubiese hecho fácilmente identificable, incluso para una mujer adormilada. Se conocían las relaciones de Tistin *el Parado* y Jeannette Machurat, con quien iba a casarse. Además, tenía buena entrada en casa de algunas personas reputadas como poco esquivas. ¿Porqué habría de «satirizar» cuando contaba con mujeres a profusión? «Un tío bajito que bregaba mucho y que olía a pipa». La primera parte de aquella descripción podía aplicarse a Coiffenave, gnomo gesticulador y febril. Antaño había saqueado el cepillo de san Roque, lo cual le hacía sospechoso de toda suerte de infracciones. Pero no fumaba en pipa, sino que se contentaba con tomar rapé. Aparte eso, se le conocía una inclinación pronunciada por la gorda Zozotte, un petardo del valle, y regularmente llevaba sus ahorros a aquella lasciva. Por último, su sordera le hubiera impedido orientarse de noche, a tientas, incapaz como habría sido de percibir la respiración de una durmiente.

Pequeu —por rencor, a causa de su Paulette— insinuó el nombre de Tatouillot, poseedor de una mujer feúcha y repelente, lo cual habría podido incitarle a buscar compensaciones fuera de casa. Pero las mujeres de Lupied y de Donjazu no valían mucho más que la de Tatouillot. Y era notorio que varios clochemerlinos habían ligado su suerte a hurañas de amor. Hacía falta mucha ceremonia y proceder a muchos chantajes para obtener de ellas una complacencia, concedida de mal grado y

ejecutada sin esmero. Ninguno de ellos disfrutaba jamás de la comilona de gorra ni del solaz a bridas sueltas. Aquello podía formar buen número de inhibidos. Pero ¿a cuál podía designarse?

Se consideró el caso de un forastero, uno de esos jornaleros que vienen a alquilar sus servicios durante la vendimia. Algunos reaparecían todos los años, podían, por tanto, haberlo observado todo en el pueblo y, escondiéndose en los alrededores, preparar sus incursiones nocturnas.

Se consideró asimismo que hubiesen varios sátiros, miembros de una banda que operaba una especie de *razzia* sexual. Podía existir una intención de ofensa premeditada, por ser en Clochemerle la más humillante de las afrentas las ejecutadas en la persona de sus mujeres. En tal caso, no había que buscar lejos: la agresión venía de Montéjour, el burgo rival de Clochemerle. Habían existido varios ajustes de cuentas, que se tradujeron en encuentros épicos entre los mozos de ambos pueblos, por haber apretado demasiado a las chicas de Montéjour los de Clochemerle, e inversamente. Aquellos raptos de las Sabinas abortaban en general, salvo en los casos de muchachas encinta, cuando nuevos Capuletos y nuevos Montescos debían transigir, con rabia en el corazón, trocando como rehenes a las zorritas contaminadas. Algunas clochemerlinas se habían expatriado a Montéjour por causa de preñez prematura y, por la misma razón, algunas jóvenes montéjouresas habían venido a vivir en Clochemerle. Pero aquello no había servido para acercar a las dos poblaciones, en donde se trataba duramente a las forasteras, acusadas de barraganería por haber descarriado a un mozo del pueblo. En la base de aquel odio persistente, estaba la envidia de Montéjour, cuyos caldos, cualificados simplemente como «aldeanos», no podían resistir la comparación, en calidad y precio, con el triunfante «apelativo de origen» de los caldos de Clochemerle. Dondequiera que se enfrentasen en el mercado, el clochemerle superaba con mucho al montéjour. Y éste no perdonaba.

Basada en estas teorías, mucha gente, que creía en la culpabilidad de los montéjoureses, solapados y vindicativos, reclamaba represalias implacables. No obstante, puesto que aquello hubiese conducido a una guerra de sátiros, habría que decidirlo con gran ponderación. Cosa curiosa: muchas mujeres se mostraban partidarias de la declaración de guerra. Las encendía, cabe creerlo, imaginar a las montéjouresas pasadas al filo de la espada. Dos o tres mozos mañosos se presentaron voluntarios para vengar a Clochemerle, jurando no pararse en barras. Y en lo que a esto se refiere, se podía confiar en ellos. Se sabía que apuntaban especialmente a Laurine Testut y Tiénette Bedouce, las dos bellezas más famosas de Montéjour. La primera había sido Reina de Belleza del Beaujolais. La segunda, buena nadadora, había ganado el título de Primera Náyade en Villefranche. Los periódicos habían reproducido sus anatomías en *bikini* y bañador, lo cual hacía que fueran bien conocidas en todos los aspectos. Resultaba tremendamente estimulante. Hubo que calmar aquella emulación. Si los mozos se dejaban pillar con las manos en la masa,

¿adonde iría a parar la reputación de Clochemerle? Había que asegurarse un mínimo de pruebas antes de iniciar una tan comprometedora cruzada.

Una noche en que Roupagnol volvía muy excitado por las conversaciones de la taberna, se dijo que sería divertido hacerle a su mujer «el golpe del sátiro», sólo para ver qué pasaba. Se descalzó antes de abrir la puerta, penetró sin ruido en el dormitorio, se deslizó en la cama ya puesto a punto, reconoció el terreno a tientas y ¡zas!, en un periquete...

La Mathurine soltó un grito horrendo y se debatió con todas sus fuerzas por escapar al asalto.

—¡Rediós! —decía Roupagnol, bregando—. ¡Soy yo!

Pero Mathurine seguía debatiéndose, gritando, arañando y mordiendo. Al fin, pudo zafarse. Fue preciso que Roupagnol encendiese la luz para darse a conocer.

—¡Ésta sí que es buena! —comentó—. Con el otro no gritaste.

—Con el otro —respondió Mathurine—, yo no desconfiaba. Ahora estoy en guardia.

—Te he dicho: «Soy yo». Podías haberme reconocido. Y no solamente por la voz.

—A oscuras, ya no me fío. ¡Ser «satirizada» es tan rápido!

Roupagnol volvió a meterse en la cama.

—Puedes terminar —dijo Mathurine—, ahora que estoy bien segura.

Pero Roupagnol, una vez interrumpido, necesitaba un segundo ímpetu y que le ayudasen... Sin embargo, supo así que Mathurine había actuado de buena fe en ocasión de la famosa noche y que él nada tenía que reprocharle.

El sátiro había dejado de manifestarse. Debía saber que todo Clochemerle se mantenía en estado de alarma, con las escopetas cargadas. Incluso un impulsivo llegó a disparar sobre una sombra sospechosa. Resultó luego que no era sino un inocente noctámbulo, que se disponía a aliviarse la vejiga por ser el vino de Clochemerle particularmente diurético. Vio cruzarle una llamarada delante de la nariz, lo cual le cortó en seco las ganas de mear. Salió huyendo y gritando: «¡Al asesino!». El sátiro debió enterarse y permanecía inactivo. El placer robado a una buena rolliza no valía una descarga de perdigones.

Ello trajo como consecuencia que la encuesta no avanzase. Pero ¿qué encuesta? A menos de sorprender al mal bicho en plena acción, o penetrando fraudulentamente en una casa, ¿qué quejas podían plantearse y qué se podía señalar? El merodeador no había dejado huellas.

La historia del sátiro, llegada a conocimiento de la baronesa de Courtebiche, irritaba prodigiosamente a la gran dama. Encontraba que se hacía mucho ruido por muy pocas nueces. Había sido ardiente y desenfadada y lo recordaba aún.

—¡Las mujeres de hoy en día son demasiado sensitivas! —dijo desdeñosamente—. En mis tiempos, cuando una se encontraba a un sátiro, se le plantaba cara y se le

trataba a la baqueta. Aunque pocas veces se presentan ocasiones de éstas. ¡Los hombres son tan timoratos!

Aquellas palabras contribuyeron mucho a calmar los ánimos. Quizás aquello no era otra cosa que un cuento tártaro... De todos modos, se había exagerado mucho. Nada había cambiado en las casas. Las mujeres se portaban como de costumbre. Al fin y al cabo, a lo hecho pecho, puesto que no se habían producido consecuencias irreparables.

El cura Patard estaba en lo cierto diciendo que se debía pasar la esponja. Las esposas no habían sufrido, solamente el amor propio de los maridos. ¡Y, total, el amor propio ha de pasar por cosas peores en el curso de una vida!

La verdad del asunto no se descubrió hasta bastantes años después, por la confesión de un moribundo que deseaba aliviarse la conciencia antes de dar el gran salto. Había existido verdaderamente un sátiro en Clochemerle, que violó a varias mujeres, entre las más comestibles del momento. Cosa extraña: fue su propia esposa quien le había soplado la idea. Y como ella conocía la mayor parte de las casas, le proporcionó precisiones topográficas para deslizarse hasta el lecho de las durmientes, con ayuda de una simple lámpara de bolsillo. Se trataba de una neurótica que no podía soportar que la tocasen. Quería vengarse, imponiendo a otras, con violencia, lo que ella más odiaba. Cuando se hubo dado la alarma y se mantuvieron las casas atrancadas, el sátiro sufrió por tener que renunciar a sus costumbres. Arriesgando el todo por el todo, volvió a su casa una noche de improviso, sorprendió a su mujer en el sueño y la violentó con una brutalidad inaudita. La conmoción sufrida por ella fue tan fuerte que le despertó centros nerviosos jamás alcanzados hasta entonces. Al final de la violación, su mujer presentaba reacciones totalmente sanas y, a partir de aquel día, quedó radicalmente transformada. Sin embargo, hacía falta tomarla en pleno sueño, brutalmente y por sorpresa, dado que el goce le procedía en exclusiva del espanto. Si se le pedía su consentimiento, se fastidiaba el asunto. Sabiéndolo, el esposo logró sacar tan buen partido de ella que hasta se volvió celosa. Trajo al mundo dos hijos, concebidos en los clamores y las contorsiones de la histeria.

Aquella historia le pareció tan inverosímil al cura Patard, que llegó a sospechar que el moribundo la había amañado a fin de atenuar su responsabilidad. Habló de ella con el doctor Mouraille. Éste respondió que cualquier cosa era concebible en el terreno tan mal conocido de la sexualidad y que no veía en aquello nada imposible. «¡La Naturaleza tiene tal profusión de invenciones para complicarnos la vida que siempre será capaz de asombrarnos!».

Por alguna razón desconocida, y que había que buscar en su pasado, aquella mujer tenía la obsesión y el terror del sátiro, hasta el punto de que sus fibras estaban heladas por ello. Pensó liberarse lanzando a su marido por pistas cálidas. Cuando la agredió a su vez, sintió lo que ella anhelaba oscuramente, pese a temerlo, y algo en su interior quedó liberado. Pero no de un modo tan completo que dejase de necesitar una puesta en escena para alcanzar el orgasmo, que entonces se hacía muy violento,

porque tenía la sensación de un rebajamiento y de consentir a este rebajamiento.

—¿Puede usted comprender eso, cura?

—A decir verdad, nunca me he fijado en esas cuestiones.

—La sede de esas cuestiones es, no obstante, la sucursal del alma.

—Esto se sale de mi competencia, doctor.

—Entonces, ¿cómo se las compone usted para dirigir la conciencia de sus buenas mujeres?

—El cuerpo no es más que el soporte del espíritu.

—Tiendo a creer que el cuerpo y el alma son indisolubles y que no funciona uno sin la otra. Aproximadamente, como la magneto y el motor. Tan verdad que estoy seguro de que las buenas en la cama no acuden a confiarle sus escrúpulos. Sólo las frías se muestran prolijas en el confesonario. ¿Les sirve usted de válvula de escape, cura!

—¿Lo cree usted sinceramente?

—No me cabe la menor duda. Las frías siempre han constituido el más sólido bastión de la Iglesia. Jenízaros con faldas y soportes del oscurantismo. A través de ellas era como la Inquisición obtenía más informaciones y denuncias, verdaderas o falsas. Estoy convencido de que aquellas zorras hicieron quemar a muchos inocentes.

—¿Por qué tenían que hacerlo?

—Porque su virtud clamaba venganza. No podían soportar que las otras gozasen de su cuerpo, cuando ellas mismas no lo conseguían.

—¿No está usted recargando las tintas?

—Ausculto a las mujeres muy profundamente. ¿Y sabe lo que descubro en esos meandros? Todos los fermentos de sus cerebros. Lástima que no pueda usted verlo.

—¡Muchas gracias!

—No proteste. Existen sacerdotes-médicos facultados para zanjar los casos de no consumación de los matrimonios, a fin de que su anulación sea pronunciada en el tribunal de Roma. ¿Ignora usted en dónde han de meter la nariz esos expertos con sotana para poder hacerse responsables?

—¡Dispéñeme usted de evocarlo!

—Conozco a un procurador que mantiene con ellos tratos profesionales. Sus informes son de una crudeza tal que le hacen ponerse colorado. Y para hacer ruborizar a un procurador...

Se divulgó finalmente a través del doctor Mouraille, confidente del cura Patard, la verdad acerca del sátiro, una verdad que no lo precisaba todo. Porque el nombre del culpable no fue revelado, como tampoco los de sus víctimas, ni si éstas habían sido visitadas repetidas veces. Aquello no podía ser sacado a la luz por razón del secreto de confesión. El cura de Clochemerle no había hablado sino para justificar a ciertas mujeres respetables, tiempo atrás comprometidas en su carne, y lavarlas definitivamente de toda sospecha de connivencia. Sin embargo, llegaba tarde. Hacía mucho tiempo que las violentadas no pensaban ya en el sátiro que, a fin de cuentas,

se había limitado a hacer exactamente lo mismo que un esposo. ¿Acaso existen muchas maneras?

La nieve se derritió, el suelo se desheló lentamente, húmedo y pardo. Se llegó así a finales de marzo.

Una mañana se descubrió que la tierra salía de su brumoso letargo y que perdía su hosca faz. Los escalofríos del invierno descarnado habían cesado. Hierba verde como puntas de espárragos asomaban aquí y allá.

Después, matas de margaritas, de primaveras y de junquillos llegaron para deleitar a las gentes de Clochemerle. Los sotos olían a violetas. Las flores rosas de los melocotoneros, numerosos en las montañas vinícolas, alfombraban los flancos de las colinas. La Naturaleza se dilataba en languideces y suspiros, como una muchacha henchida de ensueños ve apuntar su pecho, tendido ya hacia las caricias y las promesas de la felicidad.

Invisibles cíngaros batían el aire con sus élitros, tejiendo un fondo sonoro apenas perceptible que anunciaba que todo era agitación, ímpetu de savias, dolencias amorosas e inflexiones de ternura. Desde la cima del cenit, donde se dejaban llevar por los vientos, ebrios de luz y de calor, los pájaros se dejaban caer como flechas lanzando gritos penetrantes. Las mujeres se habían quitado sus prendas de lana, reemplazadas por ligeras vestiduras de algodón que ceñían sus redondeces. Sus blancos senos, apretados en el escote de la blusa, tenían palpitaciones conmovedoras. Los hombres se sentían encalabrinados como reclutas. Escuchando los embriagadores susurros del amor, las doncellas enrojecían de emoción, con las mejillas como guindas y el cuerpo recorrido por ondas cosquilleantes que les aflojaban las piernas y hacían capitular su cadera, con la intuición de que todo comienza por un instante de irresponsabilidad completa, cerrados los ojos y el corazón batiendo con un ensordecedor ruido de gong dentro del pecho. Esperaban aquel instante.

Un sabor a beso subía a los labios, un perfume de paraíso flotaba en el aire, una corriente de alta tensión recorría las médulas. Era el gran festival anual de la renovación, una verdadera luna de miel entre el cielo y la tierra, un pacto de no agresión entre los seres y los elementos. Sobre su montaña, casi a cuatrocientos metros de altitud. Clochemerle se embriagaba de efluvios y de espejismos, ante las lejanías espejeantes de la llanura. Los viñadores evocaban un año fasto para la vendimia, cuya gloriosa cosecha señalaría una fecha en los anales de la noble bebida, horra de todo ingrediente y de toda química.

Tal se presentaba el burgo en la primavera de 1937. El cura Patard se había asegurado una buena renta con sus colectas, lo que le volvía de un humor tolerante. A partir del mes de abril, distribuyó las absoluciones a voleo, amnistiando a los

pecadores de las faltas cometidas en el aburrimiento y la ociosidad del invierno. El domingo abreviaba las vísperas, pues no es razonable pedir a los cánticos que hagan competencia al sol, salvo en época de calor extremo, cuando el frescor de la iglesia es buscado en sí mismo. Las vísperas no hacían buena recaudación. Aparte las hijas de María, todavía sujetas a vigilancia, que eran arrastradas allí con su cordón, la juventud femenina del pueblo se refugiaba en los campos con sus galanes, Dios sabe bajo qué umbrías y ocupadas en qué. No había que asustarse, estimaba el cura, porque ello produciría matrimonios fundados sobre un buen conocimiento mutuo. (Aquellas impacientes caminaban sobre las huellas de Rose Bivaque y Claudine Brodequin, que antaño se anticiparan al sacramento, pero que eran citadas como ejemplo de esposas felices y perfectamente unidas). Patard acababa de recibir su «5 CV» y, pese al freno del rodaje, llevaba lejos la buena palabra, vigilando la temperatura del radiador. Hacía aquellas jiras por convicción, pero también porque el placer de correr en coche convertía la evangelización en una tarea muy agradable.

Mouraille sostenía a los ancianos con fortificantes, a fin de que todavía disfrutasen del beneficio de la buena estación. Le habría disgustado verlos morir antes del comienzo del invierno, considerando que resulta más fácil abandonar este mundo en tiempo encapotado cuando las nubes, descendiendo de las montañas, impregnan la atmósfera de desesperanza. Él no se veía a sí mismo muriendo bajo un cielo azul, a menos de quedarse seco por embolia o apoplejía, que, por lo demás, consideraba el mejor sistema para emprender el viaje. Eso evita verse rodeado de plañideras. ¡Bye-bye y hasta más ver, amigos!

Aunque machacón (la enseñanza le había impreso el hábito de la repetición) y de aliento sospechoso (respecto a lo cual siempre quedaba el recurso de mantenerse apartado de él), el honrado Tafardel gozaba de la estima general porque tenía instrucción para dar y vender. Aunque ya jubilado, seguía siendo el brazo derecho de Piéchut y todos los asuntos del municipio pasaban por sus manos, apilándose en su mesa hasta formar verdaderas montañas de papelotes. Hombre de buena letra y conocedor de la gramática, no había rival para él en el pueblo. Tenía su argolla de servilleta en «Casa Adèle», en la mesa de los habituales, que compartía con *Mademoiselle Dupré*, la maestra, y *Mademoiselle Auvergne*, la recaudadora de Correos. Aquellas señoritas se habían negado a casarse si no era a su nivel intelectual, pero no encontraban cómo hacerlo en Clochemerle. Se marchitaban, pues, en el celibato, si bien *Mademoiselle Auvergne* no padecía a causa del suyo, dado que tenía amores fuera del pueblo. Aparecía muy nerviosa cuando no había recibido la llamada que estaba esperando. Otros días, por el contrario, se la veía radiante. Entonces abandonaba apresuradamente Clochemerle en su ciclomotor, tan pronto como cerraba la estafeta, y no volvía hasta el día siguiente para reanudar su servicio. Daba el ejemplo del amor libre. Eso habría sido mal mirado en cualquier otra mujer, pero, al fin, ella era una funcionaria, con el Estado para respaldarla, y se mostraba atenta con todos, aunque netamente más con los hombres.

Mademoiselle Dupré había bajado ya velas de sus pretensiones y se habría casado sin hacerse la difícil con un simple viñador (¿por qué no?). Pero perdida su primera lozanía, se había marchitado en una espera demasiado larga y su reputación de mujer sabihonda causaba un poco de miedo a los presuntos pretendientes. Siempre entre libros, no pertenecía al género apropiado para llevar una casa, cocinar y hacer la colada. A falta de otra cosa mejor, se interesaba por los hijos de las demás, salía en verano con las colonias de vacaciones, visitaba a otras maestras. De regreso, hablaba mucho de lo que había visto, de los monumentos visitados y traía tarjetas postales. Después, volvía a sumirse en el ciclo del año escolar.

La mesa del parador formaba un pequeño núcleo cultural, que a menudo era consultado sobre esto o aquello. («Usted que lo sabe todo»). Tafardel lo presidía, por razón de su ancianidad, de su experiencia y de su conocimiento de la historia local. Tenía el atractivo de verse rodeado por dos amables mujeres, que le prodigaban atenciones y coqueterías, a las que él respondía con galanterías que no comprometían a nada. No obstante, resultaba de buen tono gastarle bromas al exmaestro sobre sus dos *flirts*, con alusiones ligeramente picantes. Aquello le halagaba, aunque ignorase por completo todo lo relativo a los resortes y los móviles de la gente femenina, de la cual aquel didacta se había mantenido siempre distante por desconfianza de la frivolidad. Prudente precaución, pues sin duda cualquier mujer se hubiera sentido profundamente irritada ante su manía pedagógica. Desde su jubilación, se achispaba alguna vez que otra, sobre todo cuando se veía arrastrado a vehementes discusiones políticas. Permanecía firme en su posición socializante igualitaria, donde veía el único porvenir posible para las sociedades futuras. Como jamás había poseído nada, repartir le parecía fácil. Mas ahí era donde chocaba con los, pequeños propietarios. Si repartir significa recibir, de acuerdo, pero si se trata de dar, de eso nada, gritaban a coro los clochemerlins. Lamentamos tener que decir que ninguno de aquellos retrasados sociales conocían a Hegel ni a Marx. Tenían su trozo de tierra, llegado a ellos a través de los siglos, sus secretos de vinificación, transmitidos de padres a hijos, y de ahí no salían. «La tierra es nuestra, regada con el sudor de nuestros antepasados. ¡Hampón, canalla o tonto de capirote quien diga lo contrario!». ¡Obcecados sobre este punto! «Sin querer faltarle, señor Tafardel...». Partiendo de ahí, le abroncaban de firme y luego le emborrachaban. Un doctrinario borracho se torna acomodaticio. Aquello terminaba con una última ronda de reconciliación y, luego, dos sólidos acólitos acompañaban a Tafardel hasta su casa, sosteniéndolo por los brazos. Los días siguientes a las cogorzas, nuestro profeta se hacía excusar ante sus compañeras de mesa y no aparecía por el parador. Pretextaba sus violentos dolores de cabeza de trabajador intelectual. Sin embargo, todo el mundo comprendía la procedencia de aquellos dolores.

Matachut había vuelto a emprender en su casa una existencia normal. No

obstante, recordando la amenaza de su mujer, se mantenía en guardia, vigilaba el cajón de los cuchillos y se aseguraba, antes de acostarse, de que no había ningún instrumento cortante escondido debajo de la almohada. Berthe era un condenado pedazo de mujer (sobre los ochenta kilos). Cuando tenía veinte años, había sido algo deslumbrador. En verdad, desplazaba el aire. El torso poderoso, las espaldas anchas, senos copiosos, de interesante temblequeo... Trabajadora, robusta, inquebrantable incluso, sabiendo guisar bien, llevando correctamente su casa y cuidándolo a él si estaba enfermo. Pero también era cerril, resposdona y plantando siempre cara con ensañamiento. Se le subía la mosca a la nariz por menos de nada, o por haber comprendido torcidamente. Bien. ¿Qué se le iba a hacer? Puesto que se había casado con ella, debía conservarla, aun a costa de tener que golpear de vez en cuando sobre su diablesa. Tras haberle paseado bien las nalgas con la pala, le administraba el calmante. Sin embargo, le agotaba el zurrar aquel cuerpo duro y grande, que no carecía de valentía para batirse. Con frecuencia, recibía él también buenos morrones.

El pertiguero Nicolas se había repuesto ya de su mal golpe, aunque persistía la hinchazón y había recibido la recomendación de no hacer esfuerzos, porque el punto continuaba frágil. Conservaba aún la pantorrilla hermosa, el mostacho frondoso, el andar noble. Seguía teniendo un altivo empaque, cuando se ponía el uniforme, el bicornio en la cabeza, el tahalí, la espada y la alabarda. Un verdadero zuavo del Papa. No obstante, constituía un motivo de distracciones poco cristianas en la iglesia, porque a las mujeres se le iban las miradas a menudo para comprobar si aquello se advertía por el bulto. Se notaba, en efecto, pues lo llevaba sostenido y erguido hacia delante. Berthe Matachut y *Mademoiselle* Nicolas eran las únicas verdaderamente enteradas acerca del tamaño. Ambas habían hablado, como era de esperar, y aquello se iba repitiendo. Al pasar de boca en boca, las dimensiones iban aumentando en proporción, hasta el punto de poderse creer que un garañón no era más que un rocín al lado del pertiguero. Aquello significaba una celebridad más para Clochemerle. Durante algún tiempo, la misa mayor del domingo conoció una afluencia inusitada. Incluso acudían a ella gentes de los alrededores. El cura Patard se alegraba de aquel impulso de la religión, preguntándose qué lo habría provocado. El par de gemelos de Nicolas, ni más ni menos. Se deseaba conocer al fenómeno portador de ellos. Y si hubiese podido exhibirlos, aunque tan sólo fuera un poco, tras el *ite missa est*, la fortuna de la parroquia hubiese quedado asegurada. Mas los prejuicios se oponían a ello. Además, las hijas de María hubieran podido asustarse.

El caldero de Matachut había chafado el cartílago nasal del brigada Cudoine, cuya nariz seguía abollada como la de un boxeador, lo que le confería el aspecto del morro de un dogo. Cudoine buscaba un desquite y ardía en deseos de pegar fuerte. Aconsejó a Berthe que pidiese socorro si su marido la zurraba demasiado fuerte. Entonces él tendría una razón para intervenir y llevarse a Matachut a la gendarmería. Allí le reservaba una paliza de aúpa. Sin embargo, Berthe tenía la talla suficiente como para ajustar sus cuentas domésticas sin apelar a la Policía. Pese a sus altercados, Matachut

era propiedad suya. Podía insultarle con los peores apelativos, pero no soportaba que se hablase mal o se confabulasen contra él —con mayor motivo aquel gendarme gordo y holgazán, que se hacía convidar por todo el mundo y que no tenía otra cosa que hacer sino llenarse la panza—. Si Matachut la zurraba, señal de que tendría sus razones, razones que ella conocía muy bien, aunque no quisiera admitirlas. Periódicamente necesitaba hacer salir de sus casillas a su hombrón, empujarle hasta hacerle ver rojo. Aquello la excitaba de un modo fascinante. Aguardaba los golpes como las primeras gotas de una fuerte lluvia de tormenta, que le fustigaban la sangre y le calmaban los nervios. Después... Bien. Aquello no le importaba a nadie. Claro está que no iba a enternecerse por las napias aplastadas del brigada. ¡Si éste no hubiese ido a meter esas napias donde no debía, no se habría hecho rectificar el retrato!

Con el desarrollo del automóvil, un personaje del burgo había adquirido extraordinaria importancia. Se trataba de Eugène Fadet, el expequeño mecánico, chapucero y reparador de bicicletas, convertido en *el garajista*, término que le confería un papel social de primer plano y le situaba en la vanguardia del progreso. Con una colilla en la comisura del labio, Fadet llevaba en la oreja otro pitillo irrefutable, se inclinaba bajo los *capós* para penetrar los misterios de la mecánica, misterios mal conocidos por el usuario y que le ponían a merced del artista. Debe decirse que los clochemerlins solían frenar de una forma brutal y hacían crujir lo suyo los engranajes.

—¡Esto suena mal! —decía Fadet.

—¿Entonces? —preguntaba ansiosamente el cliente.

—Hay que abrirle el vientre.

—¿A qué se debe, a su juicio?

Con un gesto vago, como si estuviese hojeando una enciclopedia, Fadet soltaba una enumeración aterradora:

—Resortes de válvulas, bielas, segmentos, pistones, antifricción...

—Sin embargo, no tengo un gran kilometraje.

—Eso depende de cómo conduzca. Un auto igual puede hacer cien mil que cuarenta. Los coches tienen malas pulgas. Notan la mano que los conduce.

—¿Se va a poner a él en seguida?

—¡No corra tanto! Mire lo qué tengo que hacer.

Y mostraba su taller, imperio de la grasa. Los coches, izados, dejaban pender sus entrañas sobre charcas de aceite negro y brillante, en una confusión de ejes, clavijas, vástagos, tornillos, ballestas, argollas, arandelas, etcétera, que originaban la desalentadora impresión de que jamás se lograría volver a ensamblarlos dentro de un orden. A través de aquel batiburrillo, se agitaban varios compañeros grasientos, de greñas empapadas en petróleo, que iban de la fresadora al banco de trabajo. Uno

hacía danzar la llama azul de la soldadura autógena, mientras otro enderezaba a mazazos planchas abolladas. Silbaban a todo gas, o entreveraban su labor de observaciones profesionales.

—¿Dónde quiere usted que lo meta? —interrogaba Fadet.

—¡Pero, hombre, no va usted a dejarme sin coche!

Un automovilista sin coche es algo semejante a un divorciado o un viudo. Le falta algo indispensable. Está dispuesto a pagar sin regateo porque su ingenio le sea devuelto en estado de volver a marchar, para que pueda sentarse al volante y arrancar, dominador, con las nalgas bien aposentadas, el escape petardeando detrás, el acelerador bajo el pie, el claxon imperioso al alcance de la mano, para aullar a todos cuantos le estorben: «¡Paso a los que tienen prisa, a los hombres del siglo xx, dueños de la carretera y del espacio, soberanos del refocilamiento y reyes de la invectiva!». El hombre sin auto es un andrajoso cojo. Un atrasado, carne de transportes públicos, percebe de baja extracción. «¡Apártate ya, peatón!».

Lo cual hacía que Fadet se viese aún más solicitado para sanar enfermos que Mouraille y Léo Suffock. En aquello radicaba su fuerza.

—Francis, ¿cómo vas con el seis caballos?

—No me queda más que ajustar los amortiguadores delanteros y enderezar el radiador.

—¿Terminarás esta noche?

—Seguro.

—Entonces, podré empezar con el suyo mañana —decía Fadet al cliente—. Tráigalo temprano.

—¿Y cuándo me lo devuelve? —preguntaba el impaciente.

—No puedo prometerle nada antes de verlo a fondo.

En aquel momento, otro tiraba a Fadet del brazo:

—Oiga, Fadet, tengo el arranque que se agarrota. ¿No podría usted echarle un vistazo?

O bien sonaba el teléfono:

—Eugène, te llaman para una avería.

O:

—Tienes que ir a remolcar el coche del hijo de Manigand que ha saltado al campo en la revuelta de la Casa Blanca.

Aquello era la mecánica. Por un lado, un atropello incesante, perpetuas molestias, vuelcos patas arriba. Por otro lado, en el taller, no se podía proceder sino despacio y minuciosamente a fin de desmontar y volver a armar, reponer todas las piezas en su sitio, comprobar todos los ajustes... Era como para volverse loco el intentar conciliar ambas cadencias. Ahí descansaba el poder de Fadet, el indispensable, que reinaba sin competidores sobre el frenesí de los automovilistas. Podía permitirse el aliñar las facturas, pero prefería dejar ese cuidado a su mujer, la cual, temiendo siempre equivocarse en las horas, añadía algunas por precaución. Por fin, tras haber vegetado

mucho tiempo, el vértigo de ganar dinero le hacía dar vueltas a la cabeza. Aquello se notaba en las cuentas.

A pesar de todo, el garaje seguía siendo el centro deportivo de Clochemerle, donde se reunían los mozos hambrientos de hazañas y de competición. Fadet no era ya solamente el hombre que había llegado el segundo, pegado a la rueda de Ellegard, en el *Parc des Princes*. Había traspuesto su leyenda al plano mecánico. «En las *Cigognes*, fui mecánico de Guynemer. No quería a nadie más que a mí, un muchachuelo, para ajustar su “Spad” y cargarle su ametralladora. Un gran chico ese Guynemer, puedes creerlo». Fadet contaba también su famoso encuentro con Bugatti en el circuito de Lyon, en 1924. «Pude colarme en el *stand* de los corredores, gracias a un mecánico, un tal *Bibi-les-burettes*, que conocí en la escuadrilla. Los dos estábamos en los cronómetros. Y hete aquí que, a la décima vuelta, uno de los “Bugs” se para, el de Williams. El motor hace tres veces chut-chut y se apaga. ¿Te das cuenta? Cuando se han puesto a punto “Hispanos” de aviación, se sabe lo que esto quiere decir. “¡Déjeme a mí!”, voy y grito, tan pronto como levanta el *capó*. Estaba allí Bugatti en persona, con su hongo de color *beige*. “¿Quién es usted?”, me pregunta. ¡Magneto desfasada!, voy y le contesto. Me mira, asombrado. “Bueno —dice—, dejadle a él”. Así, sin más. Cinco minutos después, el “Bug” arrancaba y puedes creer que roncaba estupendamente. Bugatti no pierde el norte. “Le contrato para Molsheim”, me dice. “Tengo un buen negocito —le contesto—, y soy mi propio dueño”. “Le nombraré jefe de pruebas”, me dice. ¡Jefe de pruebas! ¡Ahí es nada! “Tengo que consultarlo con la Tine —le respondo—. Es mi mujer”. En seguida comprendió que podría haber dificultades, con una individua en el circuito. “Si quedo contento —añade—, le confiaré un volante”. “¿Para correr?”. “Sí, para correr”. ¡Fíjate bien! “Soy el hombre que le conviene”, voy y le digo. “Tome mi nombre y mi dirección, señor Bugatti...”. Pero cuando hablé con la Tine: “Cuando te hayas roto la crisma haciendo circo, ¿qué será de mí? No me he casado con un hombre para que me haga viuda”. Era un razonamiento que se tenía de pie. A todas éstas, vuelve a la carga: “Me separaste de mi pobre madre, que bastante pena tuvo. Si te lanzas a las carreras, se le va a poner la sangre tan negra como la tinta y eso la matará. No olvides que ella me dio la vida y que tú le debes la felicidad”».

—¿Es verdad eso, Eugène?

—¿Qué? ¿Eso de que no puedo ser feliz sin ella? Es una idea de la Tine. Resulta inútil discutirlo.

—¿Y entonces, Eugène?

—¿Entonces, qué? O tienes una conciencia o no la tienes. «Eugène —me dije—, no puedes matar a la anciana que ha hecho tu felicidad con el fruto de sus entrañas». ¡Por esa razón no entré a trabajar con Bugatti!

Con ligeras variantes, con más o menos feliz expresión según el momento, Fadet había contado aquella historia centenares de veces. Los muchachos le escuchaban siempre con la misma atención apasionada. Se estremecían de indignación al pensar

que, por una vaga historia sobre su suegra, Fadet hubiese renunciado a una carrera de campeón automovilístico que hubiera arrojado gran lustre sobre Clochemerle y animado maravillosamente al burgo con el rugir de los motores de competición. Recelaban que la Tine sólo metió a la suegra entre las piernas de Fadet por avasallarle y mantenerle bajo su dominio confinándole en el taller, taller que ella vigilaba desde la tienda. Por esta razón, detestaban abiertamente a Léontine Fadet. Ésta les correspondía con la misma manera y ocupaba respecto a ellos una posición de fuerza, por estar en su casa, donde su autoridad no era discutida.

—¿Qué están haciendo éstos todavía aquí? ¡Si no es para comprar, que se larguen a la calle inmediatamente!

Retrocedían ante aquel ángel del hogar, acerbo y vituperador, que acudía a plantarse con los brazos en jarras en el umbral y seguía desgranando a sus espaldas una letanía de agravios relativos a los holgazanes, los bebe-sin-sed y los guasones de bolsillos vacíos que eran la plaga del comercio.

No obstante, desde que se había convertido en el garajista, el probador, demostrador y vendedor, Fadet conseguía darse pisto con su mujer.

—Tine, me voy a hacer una prueba.

—¿Tardarás mucho?

—No puedo decirlo.

—¿Cuánto has cogido en la caja?

—Mil francos.

—¿Para qué los necesitas?

—Con la mecánica, nunca se sabe... Por si acaso encuentro algún cliente... ¡Hay que convidar para aumentar las ventas!

Aquello no le gustaba demasiado a Léontine, pero se daba cuenta de que su marido, llamado y consultado sin cesar, figuraba entre los personajes del burgo y que cometería un error minimizándolo públicamente. Hacía buenas migas con el senador, con Mouraille y el joven Suffock, con Zucatti..., en suma con todos aquellos que estaban *mecanizados* y le escuchaban como a un oráculo. Hasta la baronesa tenía miramientos para con el mago que cuidaba de su coche. La gran dama tenía mucho apego a su vehículo, antiguo pero poderoso. Desde lo alto de su ocho cilindros, dominaba a los trotones de serie, que llevan el vientre a ras de suelo y transportan a cualquiera. —¡Hasta a vuestros proveedores! ¡En espera de que mañana sea a vuestros criados...!—. Su chófer tenía orden formal de no ceder la carretera a los insolentes. No quería respirar ni su polvo ni los humos de su escape.

—Esa gentuza se da perfecta cuenta de que soy la baronesa y que tengo un coche potente. ¿Por qué intentan adelantarme puesto que yo puedo ir más de prisa que ellos si me viene en gana?

La norma era válida entre Mâcon y Lyon, a condición de tomar las carreteras de segundo orden, por otra parte más agradables. Todo el mundo reconocía en ellas la silueta tan particular del aristocrático vehículo y, por si fuera poco, las armas de los

Courtebiche aparecían pintadas en los costados y atrás. Ahora bien, aquella regla nada valía en la Nacional, donde discurría la jauría de los ciento por hora, ni el árbol genealógico, ni la gloriosa ilustración del apellido. Los pequeños mordían las pantorrillas de los grandes por adelantarles, como perros furiosos que, animados por el encarne, acosan a la caza perseguida. Sin embargo, la baronesa circulaba poco, como no fuese para visitar a los últimos y decadentes señoríos de los contornos, o a hidalgos que se debatían en sus preocupaciones económicas y ponían menguada mesa en estancias monumentales que ni siquiera lograban caldear. Así iba a menudo a casa de su ahijada, Donatienne-Yolande-Adeline de Charnècle d'Estrabar, quien se consumía aún, a sus veintiocho años, en una imponente casa solariega, coronada por un torreón del siglo XII, siniestro y grandioso, clasificado como monumento histórico. Encaramado sobre los altos de Azergues, en la cresta dorsal de los montes, el viejo castillo amurallado dominaba los dos grandes valles por donde llegaban antaño las bandas de los señores de Beaujeu, encarnizados saqueadores, que hacían grandes *razzias* de muchachas, cereales, vino y ganado, llegando incluso a imponer tributo a las fincas que los condes-canónigos de Lyon poseían en aquellos andurriales. Un lejano antepasado de los Charnècle, no menos bandolero y batallador que sus vecinos, había edificado aquel castillo para hacer de él una plaza de armas donde cobijar sus botines y sus villanos. Sobre su aislado promontorio, en la linde de los bosques, la vieja construcción recordaba aquella época bravía. Pero hacía mucho tiempo que ya no se oían gritos ni relinchos, que los estandartes no flameaban en la cima de las torres. No quedaba más que la potente voz del viento para gemir a través de las almenas y los largos pasillos desiertos. En las inmensas estancias vacías, una princesa pensativa y triste paseaba la soledad de su corazón. Ante los espejos empañados donde se reflejaba su hermoso semblante, se repetía a sí misma: «Donatienne, os amo». No era sino el eco de sus sueños, los murmullos lánguidos de su alma que acudían a sus labios, desde el fondo de la desesperanza y el abandono. Su preciosa juventud se escurría como el contenido de un reloj de arena, sin rumor ni utilidad, en lo alto de una montaña donde la doncella de alto linaje, bella, altiva y pobre, lanzaba vanos llamamientos a la vida. Tendremos ocasión de volver a hablar sobre ella.

En París, el senador Piéchut seguía siendo ministro en un gobierno del Frente Popular. No obstante, el viejo zorro pensaba que no había de ser eternamente popular y estaba pronto a operar un hábil viraje sobre el ala. Previendo el retorno al poder de los viejos radicales masónicos del justo centro, se aprestaba a apoyar su partido. Entretanto, esperaba con paciencia la llegada de las vacaciones parlamentarias, que aprovechaba para ir a pasar dos o tres meses en Clochemerle, a fin de fortalecerse en la atmósfera del pueblo y asistir a su vendimia.

Aseguraba que todo marchaba bien en Francia, donde todo acaba por arreglarse, y

que en parte alguna se podía ser más feliz. En cuanto a nuestra seguridad, pese al vocinglero de Berlín, nada había que temer. Contábamos con el primer ejército del mundo (el general Weygand acababa de repetirlo), comandado por jefes invencibles, formados en la famosa Escuela de los Mariscales, grandes *manitús* de la estrategia. Teníamos la línea Maginot, que nos aseguraba una frontera de acero, infranqueable y escupiendo fuego. Y hasta los mismos ingleses nos envidiaban nuestra armada. Cierto que éramos pacifistas, sí, pero pacifistas armados, que tenían en reserva técnicas militares *con cebollinos*, servidas por los hombres de Verdun. Del nombre del general Gamelin se podía derivar «gamelle^[6]», lo cual suponía una buena señal. Aquello definía perfectamente a un jefe sagaz y democrático, ahorrador de la sangre de nuestros soldados, que sabría atraer al enemigo a la trampa de sus concepciones. Había pertenecido al estado mayor de Joffre, cosa que no debía olvidarse, pues hacía que tuviese en sus bolsillos algunas recetas de nuevos Marnes.

—Y por lo demás, si, por casualidad improbable, ocurriese algo funesto, recordad que Francia es el país del milagro. Porque el milagro es el genio de nuestra raza. Aquí está la Historia para demostrarlo.

Pero no ocurriría nada abrumador mientras los franceses conservasen la sensatez suficiente como mantener en el poder a los hombres experimentados, que habían demostrado ampliamente su valía. Se caminaba hacia un porvenir de prosperidad y de estabilidad y el nombre de Francia irradiaría gloriosamente en el mundo.

—Y mientras el vino sea bueno, amigos míos...

Éste es el tipo de cosas que a todos nos agrada oír. Cada ciudadano se admira en el retrato que se le ofrece de la patria, con un pequeño quiquiriquí en la garganta. Tras aquellas viriles palabras, se vaciaban los jarros en «Casa Adèle» de un modo patriótico, con el codo empinado, como para saludar a la bandera. El orgullo de ser francés inflaba los genitales. «Tenerlos o no tenerlos...». ¡Claro que los había en Clochemerle! ¡Y de los mejores! «¡Preguntadles a las alegres comadres que han tomado sus medidas!».

Coraje, francachela y llaneza... Así transcurría la vida en aquella pequeña capital del viñedo.

Pero ¿qué demonios venía a hacer el agua en medio de este cuadro?

Capítulo 4

Tonio Texas

Un buen día, viose llegar a Clochemerle un potente coche americano, del tamaño de un vagón, descapotable y cubierto de cromado, con carrocería color langostino y cuya tapicería presentaba un tono verde césped. Se apeó de él un tipo cuadrado por todas partes, con una soberbia jeta de *bootlegger*^[7] enriquecido. Pelo tupido, buena dentadura, mucha quijada, cuello y pectoral, nuca y espaldas de luchador de *catch*. La mirada tan negra como el pelo y masticando un cigarro grueso como el barrote de una silla. Iba flanqueado por un mestizo filiforme con un semblante patibulario de guardaespaldas, uno de esos tipos que aparecen con el *browning* en mano en un abrir y cerrar de ojos y os agujerean la tripa de una ráfaga. ¡Bonito equipo de corsarios! Ascendieron los peldaños del parador con lentitud deliberada, ágil e inquietante, como si pusieran pie sobre un suelo que les perteneciese. Adèle estaba justamente presente.

—*Hello!* —dijo el primero tocándose con un dedo el borde de su sombrero de fieltro, calado sobre el ojo que se aplica al punto de mira—. ¿Es usted la dueña?

—Sí —respondió Adèle—, soy yo.

—Venimos a alojarnos en su motel. Necesitamos un apartamento.

—No tengo apartamentos —dijo Adèle—. No tengo más que habitaciones.

—Entonces, le alquilo todo un piso. Haré las transformaciones necesarias.

—No tengo ningún piso enteramente libre. Y mis clientes no se avendrían a mudarse.

—¡Los echaremos! Le compro su antro. ¿Cuánto?

—¿Toda la casa quiere usted decir?

—La casa y las dependencias. Le reservaremos una colocación de gerente. Ponga precio.

—Me permito advertirles que estoy casada.

—Alquilaremos también a su marido. Con un suplemento si es que vale la pena.

—Mi casa no está en venta.

—¿Dos veces su valor? Puedo firmar en seguida. Y pago *cash*.

—¡Vaya unas maneras! En primer lugar, ¿quién es usted?

Sin soltar su puro, el hombre se permitió una amplia sonrisa, que descubrió la doble hilera de sus sólidos dientes.

—¿No me reconoces, Adèle? Hace veinte años que tomé la medida de tu busto.

¡Condenado pecho! Todavía llevo el molde en la mano.

En un sentido, era halagador que se acordasen de ello al cabo de veinte años. Pero tantas manos habían explorado la caída de riñones de Adèle (cosas del comercio, claro...) que aquello no le recordaba más un nombre que otro.

—No le localizo. Y, sin embargo, su cara me dice algo...

—Toine Bezon.

—¿Bezon de América? ¿El Toine de años atrás que cortejaba a la Julia?

—¡Justo!

A partir de ahí, todos los hilos se reanudaban y todo iba a arreglarse. Bezon escogió en el primer piso una *suite* de cuatro piezas que le agradaban. Hizo derribar los tabiques, instalar teléfonos, un cuarto de baño y alfombrarlo todo. Encargó cuatro profundos sillones de cuero y algunas cajas de *whisky* y de champaña. La cuestión dinero no le interesaba, pero quería que los trabajos fuesen llevados a toda marcha y hostigaba a los contratistas. Por lo demás, no se le podía negar nada. Y Jimmy Colt (nombre o apodo, ¿qué más da?), su acólito, tenía una manera de mirar a la gente que allanaba todas las dificultades y prestaba celo a los holgazanes.

Clochermerle se enteró así de que Toine Bezon había regresado de las Américas y que era un boyardo, un millonario. Pero es preciso presentar al personaje.

Aquello principió por una historia de amor, veinticinco años antes, una historia de amor que primero acabó mal, en el sentido de que abortó, y después acabó bien, porque fue una gran suerte para el enamorado que le hubiesen echado a un lado.

En el origen de la extravagante carrera de Toine Bezon había un rostro de mujer, el de la ardiente y bella Julia Mouffon, en aquella época la más esplendente moza de Clochermerle. Desdichadamente no podemos dar una idea cabal de ella en el momento en que Bezon regresaba al hogar, tras haber hecho fortuna. La exbella Julia, convertida en Rouffignat por matrimonio, no era ahora más que una respetable matrona de tobillos hinchados. Habiendo producido hacía mucho tiempo los frutos de sus entrañas, se había retirado de las competencias femeninas. Suegra y abuela hacía algunos años, podía abandonarse a las comodidades del relajamiento, pues el contorno de sus caderas ya no había de ser vigilado. Asimismo, daba a su vientre amplia libertad de combarse sin retención, lo cual confortaba y reposaba. Había una gran distancia entre aquellas formas abotagadas y en derrumbe y las esbeltas y no obstante adorablemente plenas que antaño habían seducido al aparecido. Pero empezamos por el principio.

Con apenas veinte años, Toine, que picaba muy alto, se convirtió en enamorado solícito de Julia, por no concebir mayor felicidad que lograr hacer de ella la mujer de su vida. Julia, por su parte, no se mostraba insensible a los fervientes homenajes que le llegaban de aquel guapo mozo, atrevido y optimista, experto en mimos, el mejor bailarín de Clochermerle y el más alegre compañero que pudiera encontrarse en todo

el cantón. Cultivaron aquel buen entendimiento en los prados de Fond-Moussu y en los sotos de los contornos que sólo frecuentan, lejos de los indiscretos, las parejas de enamorados. La opinión era en conjunto favorable, porque formaban una pareja soberbiamente adecuada.

Aquello se estropeó cuando se comenzó a hablar de matrimonio, por ser el matrimonio la conclusión natural de su idilio campestre. Los padres Mouffon, que poseían bienes, no querían casar a su hija con el chico de los Bezon, unos pobretones que vivían a duras penas del producto de un mal viñedo. Y el hijo Bezon, si bien era un amable perillán y de hermosa prestancia, no pasaba por muy trabajador. Le gustaba demasiado el placer, los bailes y las canciones. Gentes sensatas como ellos no iban a entregar a aquel payaso su bonita Julia, quien tenía una dote bastante redondeada y esperanzas de herencia. Pues en todos los escalones de la sociedad caben casamientos desiguales. Conscientes de su experiencia, los padres Mouffon evaluaban las posibilidades de la felicidad mediante balances cuyas cifras se debatían ante notario. En Clochemerle se conocía aproximadamente el haber de cada cual, aunque sólo fuese por la cuantía de sus deudas en las tiendas. Se tenía a los Bezon por detestables pagadores, a quienes de buena gana se les hubiera cortado el crédito, de no haber sido por el temor a perderlo todo. La casi indigencia de aquella gente atajó los proyectos de boda. El padre Mouffon, un día en que había seguido a Toine y a Julia, los arrancó al uno de los brazos del otro, expulsándolos así de ese paraíso terrenal que es el amor a los veinte años. Se llevó a su hija a casa para encerrarla, tras haber amenazado al galán con una descarga de perdigones.

Julia lloró mucho. Su iniciador en las primeras emociones de la carne le parecía dotado de talentos incomparables, que no volvería a encontrar en otro, aunque su madre le repitiese: «¡Los hombres son todos iguales!». No podía haber otro igual a su querido amante. ¡Era de todo punto imposible!

Toine consiguió pasar a Julia una carta en la que le proponía raptarla, con sólo lo que llevase puesto. Le recomendaba, sin embargo, traer consigo su hucha y su cartilla de la caja de ahorros, puesto que él no disponía más que de un ínfimo capital para financiar aquella empresa temeraria. Aunque muy enamorada, Julia tenía sentido común y ese buen sentido prevaleció. Su instinto campesino le advertía que la felicidad no es duradera sin dinero y que el hombre que toma a su cargo una mujer debe contar con los medios para sostenerla. Porque, ¡ay!, hacer el amor, aunque sea muy agradablemente, no lo es todo. Hace falta añadir que la madre Mouffon había continuado su labor de zapa para hacerle asquear al chico Bezon y persuadirla de que se casaría mejor con otro, con mejor porvenir ante sí. «El amor viene luego. Si te crees que yo quería a tu padre cuando me casé con él... Era como tú, me imaginaba querer a otro. Pero ¿qué sabía yo? Una vez casada, ni siquiera volví a acordarme de él». Julia respondió que ella no «quería causar pena a sus padres». Aquello zanjaba la cuestión. Cuando una chica prefiere sus padres al amor, significa que el amor es demasiado débil para vencer.

Veinte años es la edad apropiada para sufrir un gran pesar y, como la primera pena de amor es una vacuna del corazón, vale más pasar la crisis temprano, aun a costa de que nos parezca más dolorosa. Así había de razonar más tarde Toine Bezon. Sin embargo, en aquella época, juzgaba la cosa de un modo muy diferente. La defección de su Julia le sumió en la duda y la desesperación. Se le hizo tan insoportable Clochemerle que abandonó bruscamente el burgo para alistarse en la Legión, donde permaneció cinco años. Se había jurado no volver a aparecer por el pueblo hasta estar en condiciones de humillar a quienes le habían desdeñado, empezando por los Mouffon, padre y madre, y continuando por la gentuza que se había regocijado de su fracaso, tratándole de pequeño pretencioso sin envergadura. ¿Sin envergadura? ¡Ya lo verían! En cuanto a Julia, más bella y tierna que nunca, se arrojaría, arrepentida, a sus pies. ¿La perdonaría? Había días en que sí y otros días en que no. Si la encontraba casada, con hijos... Pero esperaba que ella le habría conservado su fe y que la volvería a encontrar intacta, aunque, dado el estado en que la había dejado, aquello no fuese ya estrictamente controlable.

No sospechaba que se alejaba para un periplo de veinticinco años que le conduciría hasta el fin del mundo y que, a su regreso, Julia no sería más que una matrona de corazón muerto, de sentidos inertes, cuyo recuerdo habría cesado de obsesionarle mucho tiempo antes.

Después de la partida de Toine, Julia volvió a llorar. Luego, pese a la pena y al desmejoramiento, cedió a las solicitudes del hijo de los Rouffignat, quien, después de todo, no estaba tan mal y agradaba a su familia por razones de conveniencia, es decir, de equilibrio financiero. Se casó con él. A partir de ese momento, había de llevar a su lado una existencia de esposa de viticultor, lo cual era su destino normal, con uno o con otro, y traer al mundo cuatro hijos, que llegaron todos a edad adulta. No se arrepentía de haber escuchado a los suyos y no estaba descontenta de su suerte. Si por azar se le ocurría pensar en el pasado, se decía con serenidad: «Se tienen muchos pájaros en la cabeza a los veinte años». No era capaz ya de recordar siquiera distintamente los rasgos de Toine Bezon —¡su gran amor!—, a quien podía considerarse como desaparecido. No se tenían noticias de él hacía años.

Del mismo modo llegó un momento en que Bezon estimó que el viejo avaro de Mouffon le había prestado un señalado favor negándole a su hija. Pero necesitó algún tiempo antes de comprender que no es bueno cristalizar, todavía joven, sobre un solo objeto y comprometer en éste toda una vida. Se pierde con ello la independencia y el gusto del riesgo. Si se hubiese casado con Julia, no habría abandonado su terruño y ¿a qué le hubiese conducido eso? ¡Confinado en un hoyo! Ya no alcanzaba ni aún a concebirlo. No obstante, el juramento que se había hecho de volver un día para humillar a los cretinos de Clochemerle fue su mejor estímulo al principio de la vida aventurera que iniciaba. Acabó por olvidar esto igual que el resto, como también olvidó, a su vez, los rasgos de Julia, sustituidos por demasiadas «pastorcitas»

complacientes. Mujeres de color, negras o amarillas, cuya fragancia particular recordaba la de la volatería fuertemente aliñada al *curry*. Otras olían a alquitrán, a marisco o a carne de caza mayor.

Degradado de cabo, a consecuencia de una juerga demasiado ruidosa, Bezon se dijo que no tenía porvenir en el Ejército. Derrumbar anamitas o árabes estaba bien, aunque sólo dos o tres veces a fin de demostrarse a sí mismo que uno no chaqueteaba. Pero no parecía, en sí, una ocupación seria ni provechosa. (No se cobraba prima por ningún cadáver, lo cual era como para aburrirle a uno de ser buen tirador). Sin duda, la moda estaba en el colonialismo, por el que el Hombre Blanco afirmaba su excelencia, confirmaba su función milenaria de asumir la dirección intelectual del mundo y de llevar lejos la civilización. Que el cañón y la ametralladora fuesen los principales argumentos esgrimidos por aquélla, no extrañaba a nadie en la Legión. ¿Cómo hacerse comprender por brutos que no sabían una palabra de francés, ignoraban los filetes con patatas fritas y no bebían tintorro? ¡Incluso adoraban a falsos dioses! (En realidad, esto era otro cantar, porque, aun entre los dioses buenos, uno puede hacerse un lío). Bezon no tenía nada en contra del método tradicional. Tafardel le había enseñado en clase que fue el colonialismo romano el que, sacando a la Galia de la prehistoria, había dado el primer impulso a la nación francesa. Es bien sabido que hace falta partirle la cara a la gente para inculcarle una sana noción de la felicidad y de la caridad cristiana. Los propios Estados Unidos procedían del colonialismo. ¡Los pieles rojas sabían mucho al respecto! Toda grandeza se impone necesariamente por la fuerza y la palabra Imperio hacía estremecer de orgullo a los jóvenes franceses. No había más que abrir un atlas: Francia había inundado de color rosa todo el mundo y allí donde el rosa matizaba el mapa flameaban nuestros tres colores. ¡Ver aquello le reanimaba a uno! Tanto más cuanto que aquellos salvajes que habíamos sometido, los enrolábamos después en nuestro campo, donde se batían por cuenta nuestra con todo su salvajismo. Primer beneficio de la civilización: les enseñábamos a batirse con mejor armamento, que mataba más de prisa y a mayor distancia. Los tíos le encontraban gusto a aquello. Nuestros Estados Mayores los hacían figurar en sus previsiones de efectivos y hasta contaban con el terror que inspiraban los «cortacabezas» para apoderarse de ciertas posiciones.

Al fin, tras haber demolido algunos indígenas por escrúpulo de buen soldado — sin tenerles personalmente rencor alguno—, Bezon estimó que había hecho lo suficiente por la prosperidad del Imperio y que ya era hora de pensar en sus propios asuntos. Tomó el partido de desertar. Uno puede equivocarse, ¿no? Juzgaba que se había equivocado al alistarse y devolvía su uniforme. Por lo menos, aquellos dos años de ruda vida militar le habían endurecido y desarrollado físicamente.

De palero a bordo de un barco, logró llegar hasta América del Norte, donde desembarcó ilegalmente. Lanzado en la mescolanza de los emigrados, fue sucesivamente descargador en Brooklyn, lavaplatos de restaurante, vendedor de periódicos, etcétera. En 1914, sintió deseos de regresar a Francia para luchar en serio,

cosa que no le hubiese desagradado. Pensaba que la guerra europea sería muy distinta a las escaramuzas que había conocido en las colonias. No obstante, desertor de fecha reciente, temía encontrar dificultades. Se quedó pues a desgana en los bajos fondos, ganándose la vida sin hacerse notar. En 1917 se alistó como *marine*, lo que le permitió hacerse ciudadano norteamericano, con documentación en regla. De hecho, aquello suponía un gran paso. Bezon tuvo tiempo de cruzar el océano y participar en los ataques de Saint-Mihiel, donde se señaló de un modo particular.

No hay que equivocarse con los *amerloques*^[8]. Son chicos que llevan a cabo la guerra de manera confortable y superiormente equipados: macutos guarnecidos de pitanza, cigarrillos hechos, impermeables para la lluvia, botas para el barro, pequeños fusiles de repetición, relojes de pulsera preparados para indicar la hora H, esa gran atracción del fregado. Y se portaban como verdaderos malabaristas cuando arrojaban granadas como si fueran confites, precedidos por un tonelaje de metralla como para hacer meterse en la tierra a los guasones de enfrente, cadáveres o no, tan verdosos como sus uniformes. Lo que quedaba viviente después del tiro de demolición se veía apuntillado por los *marines*, todos ellos formidables asesinos, aunque asesinos con buen fin, dado que venían para devolvernos la fineza de La Fayette haciendo a nuestro lado la guerra del Derecho. Atiborrados de *bourbon* antes de los ataques, daban pruebas de una excepcional virulencia justiciera y de una maestría formidable para el degüello. Sin contar con la excelente moral que reinaba entre ellos, porque les había sido dicho que los *frisous*^[9] eran los mayores asquerosos del siglo. Aquello les parecía evidente, pues no se les hubiera traído de su Idaho o de su Arizona natal para matar a buena gente.

De todos modos, la Legión no iba a dejarse camelar por los *marines*. ¿Qué se creían aquellos yanquis? El espíritu de cuerpo tenía su palabrita que decir en la cuestión. El hijo de Clochemerle hizo una deslumbrante demostración del arte de utilizar la bayoneta en el cuerpo a cuerpo, en el más puro estilo legionario, que es propiamente un tornado devastador. La sangre brotaba de los vientres teutones como mana al morapio de los toneles en espicha. Los *amerloques* quedaron tan pasmados al ver aquel género de trabajo que consagraron a Bezon como campeón de la matanza y le engancharon una medalla. Fue ascendido a sargento, huelga decirlo, y el coronel P. O. William Hopkins-Scratch le abrazó ante la tropa formada. Así, aunque desertor, tras haber combatido por el Imperio en África, Bezon había contribuido además a la liberación de Francia. Y había contribuido mejor que nadie atravesando trece *frisous* que no vieron el final de la guerra fresca y gozosa. Él sí la vio. Los *marines* organizaron una condenada juerga con ocasión de la paz en el país conquistado. Atiborradas de chocolate y de carne en conserva, las pequeñas *boches* se mostraron muy amables con los buenos chicos que habían apiolado a sus novios o hecho de ellas jóvenes viudas. Es muy necesario que las guerras terminen y que, entre vencedores y vencidos, se las arreglen con lo que quede viviente. Un poco de adulterio, de patria a patria, contribuye a acercar a los pueblos. Las mujeres están ahí

precisamente para eso.

De regreso en América, Bezon trabajó como limpiacristales en los rascacielos. Es un oficio reputado como peligroso y por este título bien pagado. Rápidamente pudo comprarse un coche y convertirse de la noche a la mañana, en chófer de taxi en Nueva York, profesión que le permite a uno moverse y conocer a la gente. Uno se hace así con relaciones en todos los ambientes.

Cuando sobrevino la crisis de 1929, Bezon actuaba como cocinero francés en una casa de millonarios de la Quinta Avenida. (Entre los quince y los dieciocho años, durante sus ratos perdidos, había hecho un aprendizaje de cocinero en «Casa Torbayon»). Juzgando que a aquellos puritanos les estaba haciendo falta la buena comida, los puso a régimen de nuestra cocina y les enseñó el uso del beaujolais, del borgoña y del burdeos. Con tanta eficacia les reanimó que vivieron alegremente en la estrechez ambiente, pese a los millones de parados. Su agradecimiento le permitió hacerse con una buena hucha. Incluso hubiera podido casarse con una hija de la casa, sordomuda, según le dieron a entender claramente. Lo de ser sordomuda no habría constituido un impedimento absoluto. Tal vez, todo lo contrario. Pero era verdaderamente de madera y, además, del género tonto, lo cual habría exigido una selección de condimentos picantes, tales como salsa inglesa *pickets* y pimienta colorada, de uso poco corriente en un dormitorio. A decir verdad, el único sentimiento que inspiraba aquella pobre Linda eran unas ganas locas de tenderle una palangana, tanto parecía sufrir de mareo, como si la Quinta Avenida se encontrase a varias millas del litoral de Southampton en medio de una fuerte marejada. Bezon se dijo que todo el parné de los padres no volvería atractiva a la hija. Ahora bien, tomar el parné sin tocar a la doncella supondría una estafa. Se tiene probidad, sí o no. Abandonó a sus millonarios.

Abrió entonces un pequeño *drugstore*, que explotó en compañía de dos negros, dos compinches que se había conquistado zascandileando por Harlem y que se le mostraban muy devotos. Reunió más dinero. No obstante, un buen día se dijo que no se había ido a América para acabar en el pellejo de un tendero. Vendió el *drugstore* y fue a Chicago con sus dos compañeros negros, Toto y Toby (sobrenombres que les había dado para su comodidad personal), uno de los cuales tocaba la trompeta y el otro el saxo. Los dos sabían hacer funcionar la batería y cantar *blues* mostrando el blanco de los ojos. Adjuntándoles algunos músicos, servían de base para una buena orquesta. Esto le permitió inaugurar un establecimiento del género *night-club*. Desgraciadamente, fue invadida por un hampa de *racketers* y de truhanes, que pretendieron imponer su propia ley en la casa de Toine. Fue en aquel momento cuando contrató a Jimmy Colt, pistolero en paro forzoso, un hacha en el manejo del petardo y de la porra con ánimo de plomo. En cuanto a Bezon, exlegionario y *exmarine*, se limitaba a poner en acción sus ochenta y cinco kilos, que, en las reyertas, hacían una irresistible labor de *bull-dozer*. Cabezazo a los dientes, rodillazo en el bajo vientre, codazo en el hígado, patada en la rótula, llaves que rompen un

hueso de un golpecito seco... En fin, que sabía dismantelar a un tío de mil maneras expeditivas. Cualquier cosa, vasos, botellas, ceniceros, sifones, taburetes, le servía como proyectil que cascaba, abollaba y rajaba duramente los cráneos. Entre los cuatro (Toto y Toby se utilizaban como refuerzo), formaban un equipo percusor al que Bezon había impreso el ritmo latino, la *furia*, que ganaba por velocidad a los golfos anglosajones. ¡Siempre iban con retraso de un gesto aquellos berzotas! Tras una serie de encuentros sangrientos, quedó admitido que la banda del *frenchie* sabía hacerse respetar. Pero, una vez borrachos, aquellos truhanes se transformaban en unos brutos terribles. Había que cargarse una docena por semana para vivir un poco tranquilos. Aquello no podía sino acabar mal. Y Bezon se hizo con un bonito paquete de dólares liquidando su antro.

Puso rumbo hacia Texas, donde adquirió un surtidor de gasolina al borde de una carretera de mucho tránsito. Motel, *snack-bar*, neones fulgurantes, *jazz* estridente, engrasados, lavados y manar de las bombas, todo aquello hacía un estruendo que no cesaba nunca. Jimmy Colt hacía de policía. Toto y Toby tenía cada uno sus actividades. Contrataban chicas atractivas para el servicio de noche. De vez en cuando, se quedaban sin alguna, que se iba con un cliente, pero se la sustituía fácilmente. América produce la rubia guapa, auténtica o falsa, en cantidades industriales, de un tipo *standard* tan intercambiable como las producciones de la «General Motors». A fin de mantenerse en forma, Bezon se beneficiaba a veces con alguna de aquellas rubias sin sabor y que carecían lamentablemente de conversación. No tenía más recurso que hacerlas beber para animarlas un poco. Lo malo era que al día siguiente aparecían en un estado lastimoso, deprimidas, con el hígado en desbandada, lo que les producía mal aliento.

El negocio rendía a tope y dejaba fuertes ganancias. Bezon comenzó a comprar terrenos alrededor de su puesto, hectáreas de terreno. Un día tuvo la idea de hacer sondear aquel terreno, por simple curiosidad de saber lo que había debajo. Empresa costosa, donde poco a poco hundió todo su haber. Obstinándose, hipotecó el puesto y el motel a fin de proseguir los sondeos. Estaba al borde de la ruina cuando el petróleo brotó, como un geiser negro y graso, que derramó su riada viscosa por toda la pradera. Al fin había triunfado cuando le faltaban pocos días para poner la llave bajo la puerta.

Todo fue muy sencillo a partir de entonces. Bezon creó una sociedad, reservándose la gran mayoría de acciones, de modo a proteger bien sus derechos. Colocó a Toto y Toby en los puestos de control y se quedó en el terreno para vigilar el conjunto de la explotación. Muy pronto ya no tuvo otra preocupación que cobrar sus beneficios, a tanto el barril. Y los barriles se amontonaban hasta formar pequeñas colinas. El vientre de la tierra americana se encargaba de atiborrarle los bolsillos y de guarnecerle de una fabulosa cuenta corriente, sin que tuviese que mover un dedo. Aquello se estaba volviendo repugnante. ¿Iba a quedarse allí en medio de los *derricks* y los acarreos?

Hizo arqueo. Se encontró inmensamente rico a los cuarenta y cinco años. Cierto que había sudado lo suyo para aprender a conocer a los hombres y jugar a fondo el póquer de la vida. Había hollado la América en todos los sentidos, de México al Canadá, del Atlántico al Pacífico. Su cuerpo estaba marcado de cicatrices, las primeras de las cuales se remontaban a la Legión, las otras, recuerdos de reyertas salvajes que hubo de sostener para afirmarse, lobo entre lobos, y lobo que sabía hincar los colmillos en la garganta de sus adversarios. Por lo demás, seguía siempre sólido, con músculos duros, vientre sin grasa, dentadura intacta y digiriendo a la perfección, acorazado por la fuerte experiencia del aventurero, experto en no asombrarse de nada. Estaba en excelente forma.

Se acordó del viejo pueblo de su juventud y se dijo que había llegado la hora de volver a ver a los bribones de Clochemerle en medio de sus viñas. Después de todo, no tenía vinculaciones en parte alguna. Toto y Toby se habían casado cada uno con su negra. Cada uno tenía, además, su «Chrysler» y su *bungalow*. Se emborrachaban con *whisky* y fumaban habanos, al igual que los blancos cuyos modales adquirían. Resultaban excelentes administradores y el petróleo estaba lejos de agotarse.

—¡En ruta, pues, hacia Europa, hacia Francia!

Tal era el sujeto que acababa de instalarse fastuosamente en el parador, en pleno centro del burgo. Para distinguirlo de los otros Bezon, los sedentarios, se le llamó *el Americano*, o bien Bezon-Texas y finalmente, Texas, a secas, o Tonio-Texas. No todos le consideraban trigo limpio, pero resultaba agradable tomar su dinero y, en el bar de Adèle, estaba abierto un crédito para los sedientos. Aquello le reportaba hinchas inflamados. Sólo se le reprochaba verdaderamente a Texas el inquietante mestizo que siempre llevaba al lado, aquel Jimmy Colt.

Éste, desde el segundo día, se había apoderado sin disparar un tiro de Flora (que no resistía los empeños masculinos), con la intención bien evidente de reservársela. Zucatti, celoso como buen corso, trató de hacer respetar sus derechos patronales. Pero Jimmy se sacó del bolsillo un largo cuchillo con muelles, lo abrió de un golpe seco y con ágil movimiento de la muñeca mandó la punta de la navaja a clavarse en una puerta, a cinco metros de distancia. Jimmy hablaba poco, puesto que no tenía otra cosa que expresar más que sentimientos elementales. Para ello se valía de un guiño y de un rictus que levantaba su labio superior hasta la cicatriz blancuzca que surcaba su rostro atezado, desde la comisura de la boca hasta la sien derecha. La conjunción del guiño y del rictus era ya impresionante. Apoyada con la demostración del cuchillo, se tornaba extremadamente persuasiva, pues es patente que el peritoneo ofrece mucha menos resistencia al acero que una tabla de encina. Ahora bien, Jimmy parecía decidido a no establecer diferencias entre un vientre y una madera. Por lo demás, el mestizo sabía hacer de Flora una cosa vibrante, como la hoja de su cuchillo clavada en la madera, y extenuarla después hasta su completa sumisión, transformada en

yacente traspasada, cuyos lamentos parecían acciones de gracias. De un día para otro, Flora comenzó a rechazar las solicitudes de Zucatti. Y como éste amenazase con despedirla, la sirvienta respondió insolentemente, prueba de que había enjuiciado la situación:

—Tendrá usted que pedirle permiso a *Mr. Jimmy*.

El ascendiente del mestizo tuvo una buena consecuencia para Adèle, que vio a su marido volver a ella asiduamente. Tal vez rechinase de rabia, pero la hoja de Jimmy era demasiado infalible para que el amo del parador se pusiese en pie de *vendetta* con un salvaje que solamente escuchaba su instinto primitivo.

El lanzamiento de cuchillo era la distracción favorita de Jimmy. Se entregaba a ella una hora o dos cada día, sirviéndose de una tabla de abeto alzada contra un muro como diana. Se proveía de una batería de cuchillos, de igual peso y tamaño, colgados de un tahalí que se ceñía al cuerpo. Concedía sobre todo mucha importancia a la cadencia del tiro, explicando con su voz ceceante que las hojas tenían que llegar al madero a la misma velocidad que las balas de un revólver. Aquella velocidad tenía algo de aterrador. En resumen, era una suerte que a Jimmy no le apeteciese apoderarse de Adèle, pues ¿quién hubiera sido capaz de impedirselo? Adelantándose a alguna fantasía de ese género, y no queriendo que se armase un fregado en el pueblo por una historia de nalgas sin importancia, Texas había precisado bien: «Ofrécete la joven, de acuerdo. Pero a la patrona déjala tranquila». Texas era el *boss* y Jimmy le obedecía en todo.

Las necesidades y las pasiones de los seres están limitadas por sus capacidades humanas. Ahí estriba la gran dolencia de los millonarios, en no tener, como todo el mundo, más que un estómago, un intestino y un sexo, siendo así que la fortuna podría procurarles, en todos los terrenos, bienes de consumo cien veces superiores a las necesidades de un mortal ordinario. Pero sus órganos refunfunan de consumir tanto y, a veces, los órganos de los pudientes son incluso menos resistentes que los órganos correspondientes de su chófer o de cualquiera de sus empleados. Ocurre en ocasiones que la doncella saca más partido de su cuerpo que la marquesa del suyo, aunque ésta, bruñida, perfumada, adornada y adulada, pueda consagrar todas sus horas al placer, a condición de ser apta para ello. De ahí el éxito de las criaditas de comedia, cuyo humor alegre y costumbres de buenas chicas permiten a los adoradores aguardar con paciencia a que las amas de aquéllas se decidan a amar. Por razones de este género, los ricos, incapaces de hacerse compensar por su dinero, acaban por experimentar un sentimiento de frustración y envidiando la salud y la despreocupación de los pobres. Entonces se vuelven hacia los placeres de sustitución que procura la vanidad. Juegan a apabullarse unos a los otros, a retarse, juego estéril y desecante, y revientan de puro aburrimiento al intentar distraerse.

Texas sabía todo eso. Había zascandileado demasiado a través del mundo,

codeado demasiado individuos liberados de prejuicios y de la moral en uso para caer en las insipideces y las mezquindades. No juzgaba a las gentes por sus *pedigree*, sus títulos y sus diplomas, sino por la calidad de los tratos que tenía con ellas. Asimismo, no juzgaba a las mujeres según el vestido, sino según lo que había debajo, «como un verdadero cazador de pieles», decía él, riendo. (Pues también había ejercido el oficio de cazador de pieles, cuando remontó hasta el Gran Norte).

Apenas instalado, uno de sus primeros afanes fue pasar revista a todas las bellas criaturas disponibles en Clochemerle. La mujer plantea por doquier un problema, puesto que representa un objeto de primera necesidad, que adorna y da sal a la vida. Mas hace falta que ese objeto sea gracioso, de trato agradable y de conformación atractiva. Texas no había traído consigo a ninguna belleza, considerando que la mujer americana no debe ser importada a nuestro país. No haría, con sus melindres, sus caprichos y sus exigencias, sino corromper a nuestras mujeres francesas, tan poco cómodas ya de manejar. Contaba con que encontraría cómo proveerse en el mismo lugar, como había sido su método desde la traición de Julia.

Las poblaciones cercanas, Villefranche, Mâcon y Lyon, le ofrecían un vasto muestrario femenino. Pero Texas, al cabo de tanto tiempo, había olvidado cómo se aborda a las mujeres de nuestro país. Se dio cuenta de que carecía de un ambiente que pudiera servirle de base. Por ello se volvió hacia Clochemerle, donde era conocido y donde su retorno cobraba proporciones de acontecimiento. Pasó revista a las bellas disponibles y escogió.

De las dos antiguas bellezas que habían sido la gloria de Clochemerle y alimentado la crónica excitante del burgo, una, la pelirroja y resplandeciente Judith Tourmignon, había desaparecido hacía tiempo, dejando en quienes la conocieron el recuerdo de un incomparable brillo; la otra, Adèle Torbayon, convertida en Zucatti por su segundo matrimonio, frisaba en la cincuentena. En la casa donde había reinado sin rival, haciendo afluir a la clientela, los encantos de Adèle habían sido batidos en retirada por los de Flora, una simple sirvienta, pero que no alcanzaba aún la treintena. Se miraba más a la sirvienta que al ama, por muy amarga que fuese la comparación para ésta. Sin embargo, Flora estaba protegida por el revólver y los cuchillos de Jimmy Colt, lo que la tornaba intocable. Los clochemerlinos ya no se atrevían con ella.

La más bella mujer de Clochemerle era por entonces la morena y voluptuosa Nathalie Pitasse. Su físico anunciaba las más ricas promesas y la viudedad hacía tan fácil acercársele como libre su conducta. Una mujer no conocería su oficio de mujer si no se diera cuenta rápidamente de que es objeto de una atención insistente. Por definición, una mujer bonita constituye, en el comercio del amor, una oferta en estado permanente. A ella le toca evaluar lo que vale tal o cual pedido, que se manifiesta por signos inequívocos, a los cuales hasta la más ruborosa permanece atenta. Y es que toda carrera femenina descansa sobre un escaparate al que concurren la ropa y los artificios del adorno, sin contar con las actitudes propicias a la valoración corporal.

Del alma se comienza a hablar más tarde, pero es precisamente el cuerpo el que provoca las primeras curiosidades. Esto también lo sabe toda mujer.

Nathalie no temía a los hombres; al contrario, se sentía naturalmente atraída hacia ellos, consentidora *a priori*, cuando no le desagradaban. Nada la retenía, pues, de subir a un auto magnífico y de remitirse, en cuanto a las consecuencias, a las iniciativas de su conductor, Tonio Texas, que representaba para ella el colmo de la elegancia y de las buenas maneras. Estaba en la fuerza de la edad y en la cima de la potencia. La aventura, aunque fuese breve, no carecería de interés. Sin ocultarse, abandonó una mañana Clochemerle a bordo del fastuoso descapotable, cuyos cromados, al pasar, arrancaban destellos de los escaparates de la calle Mayor. Como era de esperar, aquella salida fue advertida en seguida y comentada en consecuencia. Las mujeres no solicitadas a subir al coche americano anunciaron en voz alta, con vivos términos, lo que iba a pasar. En lo cual no se equivocaban en absoluto.

Texas se adueñó de Nathalie sin mayores dificultades que las que Jimmy Colt había encontrado para adueñarse de Flora. No obstante, empleó más formalidades. Desde que había retornado al clima educado de Francia, renunciaba a las brutalidades de las que no se había privado en Colorado y Arizona. Temía ser engañado en el plano sentimental y que pensasen más en su cartera que en él mismo. No podía haber acertado mejor. La bella Nathalie concedía pronto lo que había decidido conceder, sin mezclar cálculo alguno en sus consentimientos. Texas le había gustado desde el primer vistazo. Todo conduce a creer que los dos participantes fueron sinceros por razones de atracción mutua, que no diferían sensiblemente en cuanto al fondo. Muy pronto tuvieron la intuición de que sus dos naturalezas se complementaban de modo admirable. Tales encuentros son los que conceden la felicidad.

Sin embargo, deseosos de reconocer el terreno, a fin de no descarriarse en una aventura decepcionante, Texas dejó la carretera algunos kilómetros después de Clochemerle, para encaminarse hacia un soto, donde cantaban gallardamente pájaros invisibles. Después de ocultar su coche detrás de unos matorrales, cortó el contacto y se volvió hacia su bella pasajera. Se imponían algunos gestos de acercamiento. Ella manifestó la sorpresa que era de rigor.

—¿Qué hace usted?

—Nos sobra tiempo para estar de vuelta en Lyon a la hora de comer. Antes de llegar allí, me gustaría disfrutar de la campiña en compañía de usted. ¿Acaso le doy miedo?

—Depende... —dijo Nathalie, con todo el pudor de que era capaz.

Pero aquel pudor no tenía entonación indignada. Tonio pudo leer en la oscura mirada con reflejos dorados de caramelo, de la joven, que el contacto masculino la encontraría sin espanto ni aversión. Cuando surgió del corpiño desabrochado su pecho firme, ella aparecía ya en estado de conmoción. Los verdes reflejos jugueteaban sobre el rosa delicado de los henchidos senos. Entonces se abrió entre ellos la gran flor escarlata del deseo, cuyo perfume exacerbaba la cálida emanación

de Nathalie. Ella misma semejaba una espléndida orquídea, cuyo pistilo se entreabriese en medio de un embrollo tupido.

—Larguémonos de aquí —dijo repentinamente Texas—, o voy a cometer tonterías.

Nathalie no se opuso a ello, aunque metió de nuevo sus senos dentro del corpiño con un poco de extrañeza. ¿Acaso le habían desagradado? Los consideraba, no obstante, sin reproche. Y lo eran, en efecto. Pero a los cuarenta y cinco años se ha aprendido ya a no estropear, por precipitación, lo que merece ser catado cómodamente y saboreado a placer. Bezon puso el motor en marcha y reanudó el camino de Lyon, donde les acogió el primer hotel de buena apariencia. El tamaño y el brillo del «Cadillac» dispensaban de documentación y equipaje. Pronto los rayos de sol que traspasaban las persianas bajadas sembraron de confetti de oro la carne desnuda de la excitante Nathalie. Bezon comprobó que había hecho una elección feliz y que la encantadora mujer mantenía generosamente las promesas que él había alimentado acerca de su persona. Le ofrecía sencillamente aquello que no tenía precio: la sinceridad de los gestos en el amor.

Pasaron juntos una semana entera. Nathalie conoció por vez primera el placer del fasto y la prodigalidad. Estaba estupefacta de ver chorrear tanto dinero y que pudieran gastarlo por ella. Lo que experimentaba y procuraba a la vez y que no había pensado jamás en metalizar no podía corresponder en su ánimo a aquellos locos gastos. Por ello, aunque vibrante en brazos de Texas, permanecía un poco temerosa ante el mago que le dispensaba parejos cuentos de hadas. Habitualmente, se obtenía a Nathalie mediante los sentidos, porque tenía una naturaleza exigente. Muy equivocadamente, los palurdos del pueblo no le habían agradecido en absoluto el concederles con aquella gran sencillez los favores de los cuales se aprovechaban. Ahora, con Tonio, los sentidos estaban rebasados. Conocía una turbación nueva que la valorizaba ante sus propios ojos. Salía de la categoría tan difamada de «mujer fácil». (¿Por qué difamada? ¡Los hombres son muy ingratos!), para convertirse en una mujer elegida, capaz de guardarse para uno solo. Honrada dentro de la ilegalidad y la vida escandalosa. Pues seguía siendo escandaloso en Clochemerle acostarse sin la cobertura del matrimonio. El amor libre, sin garantías, no puede engendrar más que desorden. Los límites de coto, si se quiere reconocerlos y asegurar la explotación del viñedo, conciernen a las personas tanto como al suelo. Es menos una cuestión de costumbres que de catastro, porque las concubinas son las que desordenan los repartos. Si las posaderas se mezclasen sin tener en cuenta las leyes y los contratos que rigen la propiedad y el usufructo, se acabaría por no entenderse en las herencias.

Sea lo que fuere, cuando volvió al Beaujolais tras su escapada, elegantemente vestida con su ropa nueva, peinada con arte, bañada y perfumada, Nathalie era totalmente distinta a cuando partió. Hubiérase dicho que salía de manos de los prestigiosos directores de películas que habían impuesto al mundo aquellos ídolos modernos, Greta Garbo, Marlène Dietrich, Joan Crawford... Clochemerle tuvo la

sorpresa de descubrir en ella una resplandeciente, una trastornadora belleza, a la cual no se había visto nada comparable desde la bella Judith Tourmignon, la exrival de Adèle Torbayon, en los tiempos en que las dos amables mujeres se disputaban al guapo escribano, Hyppolyte Foncimagne. Pero jamás la femineidad de Judith, que todo lo debía a su carnación y a sus formas, había sido presentada con refinamientos semejantes. Muchos hombres, viendo a la nueva Nathalie, se trataron para sus adentros de imbéciles, por no haber comprendido qué admirable tesoro carnal habían tenido a su alcance, antes de que se volviese inasequible. Aquel milagro era la obra de Texas y de su dinero. Milagro asimismo de su golpe de vista y su juicio, por haber sabido discernir, bajo las apariencias de una joven modesta y algo tímida, las posibilidades de adaptación de una naturaleza ricamente femenina.

—¿Habéis visto qué aires?

—¡Ésa sabe cazar a los hombres!

—Una que no retrocede ante hacer de puta, ¿sabe usted...?

—Pero, dígame, ¿es qué la cubre de oro el Texas ese?

—¡Nos va a mirar por encima del hombro la muy...!

—¡Siempre son las fulanas las que ganan a fin de cuentas!

Las lenguas se movían malignas. Era fatal. Y los hombres, que se sentían inclinados a tomar partido por Nathalie, se guardaban mucho de decir nada en casa, temerosos de atraerse las iras de sus esposas. Una cosa no era por ello menos cierta: de golpe, Nathalie había saltado a la categoría de señora, más aún, de gran señora. Una especie de princesa que escapaba a las clasificaciones corrientes, la sultana de un rey del petróleo. Nadie podía contra eso, puesto que el favor de Texas lo había decidido así.

No hubo más remedio que aguantar que Nathalie exhibiese vestidos asombrosos («¡Parece ser que la viste en los modistas de Lyon!»), que tuviese una criatura para servirla, que un arquitecto transformase su casa en un agradable *cottage*, que el imponente coche americano estuviese a su disposición, con Jimmy de chófer, para que fuese a peinarse en la ciudad, en espera del cabriolé que había sido encargado.

—¡Un auto para ella sola, sólo para pasearse!

—¡Cómo gana fácilmente su dinero!

—¡El triunfo del vicio!

¿Es que el deber es tan amargo y monótono como para hacer intolerable a los ojos de las otras mujeres un brillante éxito femenino, obtenido, sin embargo, de la manera menos calculada? Porque Nathalie no había tendido ningún lazo. Se había mantenido «natural». Pero aquello era precisamente lo que más había agradado a Texas, enemigo de los melindres y preciosismos de las llamadas gentes del gran mundo, cuyo amaneramiento le hubiese cohibido.

Nathalie fue apartando de sí las intimidades y familiaridades que hasta entonces había acogido de buena gana. Le interesaba alejarse de los otros hombres, estimando que así se lo debía a su querido Tonio, su amante y bienhechor. De hecho, poseía

mejor porte y, desde luego, menos vulgar que la mayoría de las mujeres que la criticaban. Contando con medios suficientes para mostrarse generosa, quiso figurar entre las protectoras de la parroquia, a imitación de la baronesa, la notaria, Babasse Suffock, etcétera. El cura Patard aceptó su dinero sin pestañear. Tal vez la donante viviera en el pecado, puesto que compartía la cama de Bezon sin sacramento, pero el matrimonio seguía siendo posible. Quizá Nathalie no hacía sino prepararlo con preámbulos que no tenía más remedio que consentir. Esta fase experimental constituye, por otra parte, un uso que tiende a cundir. Y hace falta reconocerlo: ahorrando a los interesados ciertas decepciones, que pesan mucho en las uniones contraídas al buen tuntún, procura más bien garantías para el porvenir. Acaso habría lugar a retocar en ese sentido el sexto mandamiento. La religión debería adaptarse a las costumbres, puesto que parece comprobado que las costumbres se adaptan cada vez menos a la religión... Sin embargo, esto incumbe a los concilios. Un simple cura rural no iba a suscitar parejas cuestiones, que no le servirían más que para señalarle y para ser mal mirado en las altas esferas. Cuanto menos mantuviese fija la mirada el arzobispado sobre Clochemerle, más garantía para su tranquilidad y la de sus feligreses.

Para mayor abundamiento —lo cual era más serio—, la techumbre de la iglesia necesitaba de importantes reparaciones. El cura Patard contaba con los millones del petróleo para hacer frente al gasto, porque la municipalidad sólo votaría créditos irrisorios. Juzgaba tan fútil como poco político pararse en barras ante la vida privada de Texas y de Nathalie cuando se trataba de restaurar la casa de Dios.

Toine Bezon, convertido en Tonio Texas (el nombre que habría de quedarle para siempre) había garantizado rápidamente su comodidad y sus seguridades sexuales, que en todas partes son las necesidades más urgentes. El dinero seguía afluyendo desde allende el Atlántico en moneda rica, cuyo valor ganaba enormemente al cambio, lo cual hacía que dispusiera en Francia de un poder de compra ilimitado.

Con seguridad se sentía feliz de haber regresado a Clochemerle como triunfador, de poder exhibir su poder, de circular en un rutilante coche, de asegurarse la popularidad haciendo saltar los corchos de champaña y atiborrándose de la excelente cocina francesa que le preparaban con todo el esmero imaginable. Los festines y los banquetes se sucedían sin cesar.

Untó a todo el mundo, empezando por los notables del burgo. El senador pagó su parte con un discurso de gran estilo. En términos emocionados celebró el retorno al pueblo de aquel que antaño partiera como un joven arriesgalotodo y que reaparecía como propietario de un trozo de territorio americano. Con lo cual se mostraba más avisado que el propio La Fayette, quien sólo gloria se había traído consigo de allá.

«Mas la gloria se evalúa hoy en dólares. Y ahí es nada haber ido a conquistarla allende los mares, en el inmenso continente de la aventura, del oro y del petróleo,

para igualarse a los Carnegie y a los Rockefeller. Nuestro conciudadano Bezon-Texas figurará entre los hombres ilustres de Clochemerle, al igual que sus hijos más famosos, porque ha sabido demostrar lejos de la patria la fuerza, el valor y la obstinación de nuestra raza, la raza superior de los bebedores de vino. Y esto porque había extraído su fuerza de este pueblo natal donde el vino es de la más alta calidad. Levanto mi vaso por Antoine Bezon-Texas, conquistador de nuestro tiempo, que ha marcado con el sello de Clochemerle la tierra americana y hecho ondear allá nuestra bandera. ¡Viva Francia! ¡Viva Clochemerle!».

¡Júzguese si los clochemerlinos no aplaudirían una peroración que les incluía a todos en el asunto!

Y aquel aroma de alabanzas, otorgadas ante la flor y nata del cantón, resultaba muy agradable de husmear para el hombre vuelto a su patria tras un largo pasado de aventuras.

Sí, pero...

Por muy fuerte que se sea, con un gran retraso de vientre huero que ha dejado apetito para los ricos alimentos de que se estuvo privado largo tiempo, semanas de cuchipandas acaban por estropearle a uno. Comer y beber, beber y comer, cansa.

Texas no había aprendido —y aun eso era relativamente reciente— más que a ganar dinero, pero no sabía todavía gastarlo bien. Pronto tuvo que reflexionar acerca de los deberes del hombre rico, hacia quien convergen todas las miradas, porque en sus manos está el poder. Se puede ir y venir por las extensiones americanas sin hacerse notar. En Clochemerle, no. Nada estaba allí a la escala de lo único que él había conocido durante mucho tiempo. Existía, sí, una cierta perfección francesa, que él volvía a encontrar con gusto, pero que iba acompañada de un encogimiento de las condiciones de vida, de una falta de espacio vital. De seguir así, iba a asfixiarse y a embrutecerse. Ser tan sólo rentista no le iba. Sentía necesidad de un programa de acción, la urgencia de iniciar algo.

Fue entonces cuando tropezó con el doctorcito, inflado de ambición, de elocuencia, de cifras y de proyectos. El bribón tenía a su lado una deliciosa mujercita, a la que daban ganas de agradar nada más que por verla reír. Tenía una risa con hoyuelos que cautivaba y le daba un frescor de mujer niña. Fue ella probablemente, en un principio, la causa de que Texas se mostrase atento a las palabras del marido. Pronto comprendió que aquellas palabras valían su peso en oro.

Capítulo 5

Las actividades del doctorcito

Retrocedamos un poco.

Al recibir la noticia de que un manantial de agua caliente acababa de brotar en la ladera de Clochemerle, el pequeño doctor Suffock brincó sobre su coche y corrió hacia el paraje, de donde apartó autoritariamente a los curiosos para ponerse en primera fila.

Lo que tenía ante sus ojos era una manifestación indiscutible del hecho hidromineral, conocido desde la antigüedad, puesto que Píndaro, Aristóteles, Plutarco, Galeno, Pausanias y otros caballeros de menor importancia han hablado de ello. Los romanos eran termómanos empedernidos. Plinio señala no menos de ochenta estaciones en el Imperio y hasta el emperador Augusto acudía a las aguas termales para curarse la ciática. Los galos reconocían a los manantiales calientes virtudes curativas. El cristianismo tomó posición contra los tratamientos balnearios en los que creía ver perpetuarse, en recuerdo de las costumbres paganas, formas rezagadas de idolatría. No obstante, Carlomagno devolvió su esplendor a Aquisgrán. En los siglos XI y XII, se empezó a frecuentar de nuevo las estaciones sulfurosas de los Pirineos. Se trataban en ellas las enfermedades traídas de Oriente por los Cruzados, entre las cuales figuraba la sífilis en primera fila. Por culpa del Santo Sepulcro, aquel mal de los infieles se había convertido en una plaga cristiana, que los esforzados caballeros contagiaron a sus damas, tras haberlas liberado de sus candados. Viendo lo cual, poderosas órdenes monásticas (Templarios, Celestinos, Capuchinos, Cordeleros, Benedictinos, etcétera) se decidieron a explotar los manantiales. El escéptico Montaigne fue un agüista ferviente. Igualmente agüistas, en el curso de los siglos ulteriores, habían de ser grandes personajes como Luis XIII, Ana de Austria, Richelieu, *Madame* de Maintenon y la Montespan, Enriqueta de Francia, el gran Condé, Fouquet, Scarron, Boileau y la marquesa de Sévigné, Luis XIV, Talleyrand, los miembros de la familia imperial, Lamartine y Chateaubriand irán también a las aguas.

Léo Suffock conocía muy bien la cuestión por haberla estudiado detalladamente. ¿Se debían a un azar sus lecturas o a un vago presentimiento de su destino, en el que intervendría un manantial en cierto modo milagroso? Intuitivo y empírico, Suffock fiaba mucho de su instinto. Pero es preciso trazar un retrato más completo del rebullente doctorcito —cuya situación en Clochemerle habría progresado

rápidamente— a fin de hacer más inteligible la continuación de esta historia.

Es innegable que el sentimiento de su importancia, del que se hallaba vivamente penetrado, le concedía un gran dinamismo. Dudaba tan poco de su valía como el creyente de la existencia de Dios. Nuestros semejantes disponen de muy poco tiempo que dedicarnos para formarse de nosotros una opinión lo bastante profunda. Conviene, pues, imponérsela, sin temor a exagerar nuestros méritos, a soplar con fuerza nuestras propias trompetas. A fin de convencer mejor a la gente de su superioridad, Suffock usaba de una dialéctica torrencial, aliñada con una terminología que aturrullaba y que abarcaba lo médico, lo social, lo científico, lo económico... Tantas palabras grandilocuentes e incomprensibles pasmaban a los clochemerlins. Incluso el docto Tafardel se anegaba en aquel diluvio. Nadie se atrevía a encararse con el joven brujo, quien, armado de un termómetro, un estetoscopio y una jeringa destinados a sacar sangre para los análisis, podía condenaros a muerte. Tenía una manera sospechosa de tomaros el pulso, de haceros sacar la lengua y de giraros el párpado que producía escalofríos. Uno se sentía culpable, ni más ni menos, culpable de alimentar en secreto alguna enfermedad monstruosa, susceptible de infectar a toda una familia. Él explicaba las batallas microbianas que se libran en el cuerpo humano, describía la marcha incansable de los treponemas, gonococos, estafilococos y otros estreptococos, mediante un vocabulario tan aterrador que el más valiente, al imaginar el hormiguero que bullía en su interior, se veía afectado por violentos cólicos. Suffock llegaba incluso a dominar a los incrédulos, que se daban ínfulas de dudar abiertamente de la Medicina. Un buen día les plantaba bruscamente su duro dedo en tal o cual parte del cuerpo, con la precisión de un quiropráctico y la fuerza de un judoka.

—¿Le duele ahí?

—Bueno, un poco...

—Lo sospechaba —decía él, sin más.

—¿Es grave?

—No llegaré a decirle que sea grave de momento. *Pero tiene usted un síntoma.*

—¿Síntoma de qué?

—Ya he formado mi opinión sobre eso. Pero no quisiera formular un diagnóstico a la ligera.

—¿Pero es urgente, de todos modos?

—Eso es cuenta suya. *Pero un síntoma es un síntoma.* No lo olvide usted nunca.

A eso llamaba él «inocular el síntoma», terrible virus mental que taladraría el subconsciente del individuo. Éste podía resistir dos meses, tres meses, hasta seis. Mas, tarde o temprano, acudía a llamar a suerte.

—Es por lo de mi síntoma —decía—. Quisiera que viese usted cómo va.

Suffock había cobrado su pieza y la clasificaba en su fichero. Se entraba entonces en la segunda fase medicinal, que él denominaba «cultivo del síntoma». Comenzaba por prohibir el vino durante quince días. Aquello demolía al tío, que se sentía

verdaderamente enfermo.

—¡Es verdad que no me encuentro bien!

—¡Normal! —respondía Suffock—. Cuando la enfermedad es desbancada, se bate para triunfar.

—¿Y cómo marcha el síntoma?

—Tiene altibajos en este momento. Prueba de que también lucha.

—¿De qué enfermedad se trata?

—No nos atropellemos —objetaba Suffock—. Evidentemente, podría diagnosticarle a usted la primera enfermedad que se me viniese a la lengua, como hacen algunos de mis colegas, demasiado deseosos de finalizar la visita. Pero yo practico la medicina científica y no me fijo en el tiempo que debo dedicarle. La verdad es que estamos llegando a la encrucijada de los diagnósticos.

—¿Sí?

—Imagine que está usted en un país desconocido y que arriba a un cruce de varias carreteras que carecen de postes indicadores. ¿Qué dirección tomaría?

—Pues... no lo sé.

—Su cuerpo es para mí ese país desconocido y debo conocerlo bien primeramente para no equivocarme de dirección. Venga, le voy a hacer algunas radiografías.

Aquellos métodos, que le creaban una gran reputación, habían desacreditado poco a poco a Mouraille, médico de la vieja escuela, demasiado propenso a bromear, en lugar de perseguir el mal por todas partes. Era preciso que uno tuviese que guardar cama para que él se decidiese a extender una receta y aun así prescribía sólo lo indispensable. Se notaba perfectamente que no era un médico serio. Al fin y al cabo, la enfermedad viene de lejos y *se anuncia por síntomas*. «Se empieza a envejecer a partir de los treinta años —afirmaba Suffock—. La prueba es que nuestro tejido conjuntivo se altera ya. Los componentes del plasma se modifican y la dermis ya no está irrigada de la misma manera. De donde se sigue que nuestro metabolismo puede verse bruscamente trastornado, con perturbación del equilibrio humoral. Entonces es cuando los *síntomas se mudan en síndromes*, indicio de que la enfermedad, que se ha dejado instalar libremente, comienza sus estragos». ¿Acaso podían ponerse en duda cosas semejantes?

Mouraille conocía todo aquello y más bien se sentía divertido. Conservaba una vieja clientela de amigos, que duraría tanto como él y le bastaba ampliamente. Con tal de tener abundancia de picón y cigarros y de poder cambiar de coche cada cinco o seis años, no pedía otra cosa, acomodándose perfectamente con ser molestado cada vez menos. Una vieja criada le preparaba una pitanza decente, cuidaba de su ropa blanca y de sus trajes. Cierto que no cesaba de gruñir, en particular a causa de la ceniza del cigarro, pero aquélla era una prerrogativa reconocida a una prolongada devoción. A fin de cuentas, pensaba Mouraille, la buena mujer era menos fastidiosa que una esposa vieja, despechada porque su encanto no obra ya y que no obstante se

cree todavía con derechos, en virtud de una belleza desaparecida mucho tiempo atrás. Menos ocupado, pasaba más tiempo en la taberna y veía más a menudo a Samothrace.

Y, sobre todo, estaba en los mejores términos con la encantadora Babasse, y por esta razón no quería estorbar a su joven esposo. La muy pilla acudía a visitarle, le llamaba «papá», le mimaba, disponía algunas flores en un búcaro... A veces, se le ocurría incluso sentarse como una chiquilla sobre sus rodillas. Sin malicia, claro, pero el contacto de aquel calor juvenil y de aquella ardiente vida agradaba al viejo doctor, quien por lo demás no se llamaba a engaño. Sabía muy bien que la risueña Babasse no carecía de cazurrería. Sin aparentarlo, lo que pretendía era sonsacar a Mouraille, ora un diagnóstico, ora una base de tratamiento, ya recetas que su marido podía ignorar, pues pensaba, sin decir nada de ello, que Mouraille sabía, pese a todo, mucho más que Coco. Conocía además muchas más historias que ninguna otra persona de Clochemerle y sus relatos la hacían reír mucho. Por último, cuando tenía algún malestar, iba a someterle su caso, con preferencia a Léo, pues es sabido que los médicos cuidan muy mal a las personas allegadas. («Si una vez acabada la jornada, encima hay que ver enfermos en casa, ¡vaya una vida! ¡Y si la familia se mete a tener enfermedades, es una traición! ¡La enfermedad está reservada para los clientes!»). Así, por ejemplo, una vez que se creyó amenazada por un panadizo:

—Mire —le dijo— la pomada que Léo me ha dado para el dedo.

—Deje esa porquería —contestó Mouraille—. Algunas compresas de bicarbonato irán mejor.

—¿Una cosa tan tonta?

—Sí, hija mía.

Al cabo de dos días, el dedo estaba curado.

—¡La de trucos que sabe usted! —comentó Babasse en tono admirativo.

—¡A pesar de todo, algo se aprende en cuarenta y cinco años de práctica!

—Léo solamente tiene fe en libros, formularios y todos esos chismes modernos.

¿Cree usted que es bueno eso?

—Raramente se puede matar a un enfermo que no está dispuesto a morir. Se le cura cuando la naturaleza se presta a ello.

—¿Ni más ni menos?

—Palabra...

—Entonces, ¿para qué sirve la Medicina?

—Para aliviar, lo cual ya supone mucho. En primer lugar, suprimir el dolor, lo cual se consigue en gran número de casos. Luego sostener la moral, porque el médico representa una esperanza. El enfermo es un individuo en vías de anegarse. Le lanzamos una boya. La atrapa o no la atrapa. Pero mientras se debate por atraparla, no piensa en otra cosa.

—¿Y cuando comprende que no va a atraparla?

—Entonces ha gastado sus fuerzas y comienza a consentir. He aquí algo que

forma parte integral de nuestra profesión: hacer aceptar la muerte. Aunque he de confesar que no es lo más regocijante.

Charlaban así largo tiempo, un poco de todo, a menudo con la mayor alegría del mundo. Mouraille pensaba a veces, contemplando a la bonita Babasse, tan bien puesta en carnes, tan viviente y tan alegre: «Si yo tuviese veinticinco años menos...». ¡Pero jamás se tienen veinticinco años menos!

Por la belleza y, sobre todo, por su amistad con Babasse, llevó un día la solidaridad con su colega al extremo límite. En presencia de un enfermo cuyo caso era de última gravedad (se trataba de saber si había que intentar o no la operación), Mouraille pidió una contra-consulta y designó él mismo a su joven colega Léo Suffock. Después del examen, se retiraron ambos a una habitación para deliberar.

—¿Qué le parece? —preguntó Mouraille.

—¡Desahuciado! —respondió Suffock.

—Ésa es también mi opinión. Demasiado tarde para operar.

—Sin embargo, se le puede hacer durar aún una buena quincena.

—¿Le parece de veras útil?

—A razón de dos inyecciones por día, calcule cuántas visitas hace eso.

—Yo no pensaba más que en el interés del enfermo.

—Mi querido colega —rechazó severamente Suffock—, el interés del enfermo y el del médico están ligados de manera indisoluble. Ambos tienen que enfrentarse con la enfermedad.

—De todos modos, no hay más que un enfermo en el asunto —dijo dulcemente Mouraille—. ¿Y si le preguntásemos su opinión?

—Seamos serios —atajó el doctorcito—. ¡El enfermo no está ya en sus cabales!

El primer cuidado de Suffock en Fond-Moussu fue sacar algunas muestras de agua. Hecho la cual, se dirigió en línea recta a las oficinas del farmacéutico Basèphe, a quien pidió una entrevista por comunicación urgente.

Enriquecido por especialidades farmacéuticas (su famoso supositorio «Zènaphal» y las gotas fortificantes «Vigorine»), Basèphe se había convertido en un verdadero jefe de empresa. No porque la preparación de sus remedios fuese complicada ni costosa, sino porque acarreaba un gran trabajo de embotellado, envasado, etiquetaje, reparto y facturación. Todo aquello empleaba a un numeroso personal. Basèphe tenía empeño en tratar personalmente los grandes mercados de distribución, por razón de la influencia que tenían sobre los precios de costo. Pero se ocupaba en particular del departamento de publicidad, que no le arredraba llamar su «servicio psicológico». Aquel servicio funcionaba sobre dos planos. Por una parte, servía para establecer contacto directamente con los médicos, a fin de que recetasen los remedios de Basèphe... («Laboratorio STIMULA»). Dado que los regalitos mantienen las amistades, había puesto en marcha un sistema de primas, ofrecidas con tanta gracia y

discreción que ningún médico podía molestarse por recibir una estilográfica de buena marca o una cesta de excelente vino. («Los Laboratorios STIMULA. —“Zènaphal” y “Vigorine”— le saludan cordialmente y le presentan sus votos de prosperidad»). Hubiera hecho falta un ánimo muy quisquilloso para ver en ello una tentativa de corrupción.^[10] Otra rama de la publicidad apuntaba al consumidor por vía de la Prensa, mediante anuncios puestos constantemente ante sus ojos. Basèphe estimaba que se debe hostigar al enfermo, no cesar jamás de recordarle sus males y sus dolores, a fin de cogerle en lo vivo de su sufrimiento para proponerle el alivio de éste. Componía personalmente sus *slogans*:

¿Triste? ¿Deprimido? ¿Inquieto?

Tome:

VIGORINE

VIGOR

Intelectual - Físico - Sexual

VIGORINE

El recto asimila mejor que el estómago

ZÈNAPHAL

Supositorio

Ni olor

Ni ardores

Basèphe no procedía por anuncios masivos. Sus pequeños recuadros, extendidos por todas partes, obraban por sorpresa y hacían nacer la obsesión. El método debería de ser muy bueno, puesto que la cifra de negocios de los «Laboratorios STIMULA» no cesaba de aumentar.

Tan pronto estuvo en presencia del farmacéutico, Suffock destapó uno de los frascos y se lo tendió.

—Huela eso.

—¡Anda! —dijo Basèphe—. Apesta.

—¿Verdad que sí? —se complació Suffock—. Un excelente olor a huevos podridos.

—No podría expresarse mejor.

—Buena señal. Creo que hemos encontrado un agua medicinal de primer orden.

—¿Piensa que la eficacia está en razón del hedor?

—Sin duda alguna. Y vengo a apremiarle para que haga los análisis que revelarán el porcentaje de carbónico y de sales minerales.

—Lo haré únicamente por serle agradable —dijo el farmacéutico—. No veo de qué puede servir esa agua en Clochemerle, que es esencialmente un país de vino.

—Supongamos que se nos ocurre venderla, embotellada y precintada.

—¡Ooooh, amigo mío, no se vende agua así como así! Primero haría falta que el manantial fuese declarado de interés público.

—¿Y por qué no habría de serlo?

—Ahí, amigo mío, topará usted con dificultades que no sospecha. Conozco un precedente famoso, que tuve ocasión de estudiar cuando buscaba un producto para lanzar al mercado. ¿Quiere usted que se lo cuente?

—De acuerdo —dijo Suffock, impaciente pero resignado. No podía por menos que hacerlo, puesto que venía a pedirle un favor a Basèphe.

—Entonces, escuche esto. Un tal Nicolas Larbaud, farmacéutico como yo, tras haber sido preparador de química en la Facultad de Ciencias de Lyon, concibió, hacia 1850, el proyecto de explotar industrialmente las aguas de Saint-Yorre, situadas a ocho kilómetros de Vichy. Con tal objeto, adquirió en 1853 terrenos situados a orillas del Allier, donde encontró efectivamente los manantiales que esperaba. Después de varios análisis, la Academia de Medicina se declaró en 1856, favorable a la explotación.

—¿Lo está usted viendo?

—Aguarde, aguarde, que no es tan sencillo. Para que le permitiesen aquella explotación, le fue preciso a Nicolas Larbaud el apoyo bajo mano de un ayuda de cámara de Napoleón III, un tal Verwoorte, probablemente sobornado, y más tarde la elocuencia infatigable, así como también la ciencia jurídica, de un abogado famoso, llamado Bureau des Etivaux. Éste, que profesaba opiniones republicanas, había sido nombrado prefecto de la Creuse por Ledru-Rollin. Depuesto de sus funciones a consecuencia del golpe de Estado de 1851, Bureau des Etivaux fue condenado al destierro y se refugió en la Saboya, no anexionada todavía. Vivió a orillas del lago de Annecy en compañía de otro notable desterrado, el novelista Eugène Sue. Cuando la Saboya fue vinculada a Francia en 1860, Des Etivaux buscó refugio en Ginebra, donde se cobijaba ya Etienne Arago y Barbès. Regresó a Francia gracias a la amnistía de 1864 y se inscribió en el foro de Gannat, población de la que llegó a alcalde después. Pasaba por ser el mejor abogado del departamento.

—Permítame que le haga observar —interrumpió Suffock, que empezaba a encontrar la historia demasiado larga— que la carrera de aquel abogado del Segundo Imperio no tiene nada que ver con el agua que amenaza en estos momentos con inundar los prados de Fond-Moussu.

—Esa carrera va estrechamente ligada a la historia de las aguas de Saint-Yorre. Por eso le hablo de ella. Sin el talento y la autoridad del abogado Bureau des Etivaux, el farmacéutico Nicolas Larbaud no hubiera podido vencer los intereses coaligados contra él. Así, cuando dicho farmacéutico abrió al público, en 1874, el quiosco del manantial Prunelle, topó con mandatos de prohibición, incluso con registros. Los recibió escopeta en mano y se sublevó abiertamente contra la arbitrariedad del prefecto. Pero tan sólo en 1876, tras seis años de procesos, fue cuando el manantial Prunelle se vio debidamente autorizado.

—En ese caso, su historia acabó bien.

—¡Si usted lo quiere...! Terminó en boda. El farmacéutico se hallaba tan convencido de que debía la victoria a su excelente abogado y amigo que pensó en testimoniarle su agradecimiento casándose con una de sus dos hijas. En mayo de 1879, Nicolas Larbaud, de cincuenta y tres años de edad, llevaba al altar a la señorita Isabelle Bureau des Etivaux, que tenía entonces treinta y seis años.

—¡Ya iba siendo hora para los dos!

—En efecto. De todos modos, tuvieron un hijo, un tal Valery Larbaud que se ha creado, al parecer, un buen renombre en el cultivo de las Letras. ¿Ha oído usted hablar de él?

—Mi querido amigo —dijo Léo Suffock—, me dedico a la Medicina, que es una ocupación seria. No me dejo desviar de ella por los hacedores de novelas.

—Igual que yo. Bastante tengo con redactar mis prospectos y mis anuncios. Por lo demás, Medicina y Farmacia participan también de lo novelesco. Podemos confesarlo entre nosotros, ¿verdad?

—Espero añadir un nuevo capítulo a esa novela —dijo Suffock—. ¿Puedo contar con los análisis?

—Voy a ponerme a ello sin tardanza, puesto que usted juzga ese hedor de buen agüero. Pero no espere que vaya a tirarme al agua con usted y hundirme en procesos. ¿Sigue usted recetando mi «Zènaphal» y mi «Vigorine»?

—Más que nunca, querido amigo. Los dos productos se complementan admirablemente, puesto que uno se toma por arriba y el otro por abajo. Hasta pronto.

Los primeros análisis fueron plenamente satisfactorios. El líquido que brotaba en Fond-Moussu, a la temperatura media de 52 grados, con alzas más elevadas, se podía alinear entre las aguas bicarbonatadas sódicas fuertes, con buenas dosis de bicarbonatos alcalinos (bicarbonato sódico, cloruro sódico, sulfato sódico, etcétera), rica abundancia de gas carbónico y rastros no desdeñables de radioactividad. Todo aquello permitía considerar la posibilidad de los tratamientos del hígado (entre ellos el de la precirrosis, cosa muy importante en una región vinícola), del estómago, de la vesícula, del paludismo y de la diabetes en determinado estadio. Tal vez, incluso, la artritis y el reumatismo. Quedaba por verlo... En cualquiera de los casos, aquello abría un amplio muestrario de posibilidades terapéuticas, de las cuales podían vivir estupendamente un bonito número de médicos dedicados al tratamiento, directamente conectados con los medios proveedores. El olfato del joven Suffock no le había engañado.

Alertado por Basèphe, se enfrascó en el estudio de la legislación que rige las estaciones termales. He aquí de lo que se enteró:

I. — Ningún manantial mineral puede ser explotado sin una autorización del

Ministerio de Sanidad. Éste decide según informe del ingeniero de minas, al que van adjuntos análisis (físico, químico y bacteriológico), así como una opinión favorable de la Academia de Medicina y del Instituto de Hidrología y de Climatología.

II. — Todo manantial en explotación queda sometido a la vigilancia del Servicio de Minas, de las autoridades médicas y del prefecto. Se procede dos veces por año a un análisis bacteriológico, realizado por un analista acreditado, y debe ser presentado un informe general a fines de temporada.

III. — Todo manantial importante es declarado de interés público. («¡Ya estamos en ello!»). Después, será provisto de un perímetro de protección bastante difícil de obtener.

IV. — Diferentes organismos se reparten el control de las estaciones termales: el Servicio de Minas, que depende de Obras Públicas, es competente en lo que atañe a la captación y traída hasta las instalaciones de embotellado; la Academia de Medicina, el Instituto de Hidroterapia, el Consejo Departamental de Higiene y el inspector departamental de Higiene vigilan el agua en los lugares de utilización o embotellado.

V. — Todos estos elementos se agrupan en dos expedientes, uno de los cuales queda depositado en el Servicio Departamental de Higiene y el otro en el Laboratorio de Control del Ministerio de Sanidad Pública y de la Academia de Medicina.

—Se lo había advertido —dijo Basèphe, cuando Suffock fue a exponerle todo aquello—. No podrá usted zafarse. El ciudadano que crea o inventa alguna cosa es supervisado por una multitud de organismos impugnadores, es decir, por funcionarios que se ponen la zancadilla entre sí para demostrarse mutuamente su poder. Y es usted quien se queda en la estacada. No se embarque en esa historia, es el mejor consejo que puedo darle.

Pero el joven Suffock no pertenecía a la clase de los que renuncian. Continuó husmeando y husmeando descubrió que tantos decretos, precauciones y controles quedaban prácticamente reducidos a la nada por una vieja absurdidad, agazapada en un rincón de la maraña de mamotretos. Cayó sobre un decreto-ley de 1860, no derogado, que decía textualmente: «El uso de las aguas no queda subordinado a ningún permiso ni prescripción de los médicos». Quedó deslumbrado. «Vamos a ver, vamos a ver —se dijo—. Existen en Francia un buen centenar de estaciones hidrominerales, frecuentadas por más de un millón de agüistas, enviados por los médicos y tomados a su cargo al llegar por otros médicos. ¿Cómo puede negarse, pues, que el uso de aguas termales depende de los médicos, y solamente de ellos?».

Corrió a enterar de su descubrimiento al propietario de los «Laboratorios STIMULA».

—¡Escuche ese embuste! Es una verdadera barbaridad.

—¿No le dije que no podría hacer más que ahogarse en esa agua? —exclamó Basèphe—. Si los reglamentos se contradicen desde el primer momento, ¿cómo

saldrá usted adelante, hijo mío?

—Gracias a ese embuste, precisamente. «Ningún permiso ni receta de los médicos» resulta sencillamente injurioso para la corporación. ¡Esto es lo que me va a conseguir poderosos aliados!

Parecía encantado, más seguro de sí mismo que nunca.

Basèphe se encogió de hombros compasivamente viendo marchar al joven Suffock. «Se cree demasiado astuto», murmuró. En cuanto a él, su opinión estaba formada. Los grandes gananciosos, en lo tocante al alivio de la enfermedad, son los fabricantes de productos farmacéuticos, porque operan sobre grandes cantidades. ¿Cómo podría luchar un médico, que no cuenta con mano de obra a su disposición? Comprobó una vez más sus precios de costo:

Distribución	30%
Publicidad	20%
Embotellado y envasado	15%
Producto	3%
Reserva y varios	12%

Aquello dejaba un 5% neto sobre miles de cajas y frascos diarios. Y eso sin visitas, sin molestias ni pesadillas nocturnas. ¡Pobres médicos!

Y Basèphe se dedicó de nuevo a estudiar su próximo proyecto, un producto destinado a los cuidados íntimos de la mujer, un producto perfumado, desinfectante y bactericida, destinado a perseguir en los repliegues más secretos los agentes de las metritis, cistitis, salpingitis, etcétera. Encontró un nombre del que esperaba mucho: *La juventud de sor Filomena*. Bajo tal patrocinio, el uso del bidet, largo tiempo juzgado culpable o indecente, cobraba un aspecto totalmente decoroso y tranquilizador para las personas piadosas, exentas de ciertas dolencias. «¡Hay que darle confianza al progreso para que penetre allí donde debe penetrar!», se dijo Basèphe, riéndose.

Entretanto, Léo Suffock volvió a sus planes de batalla, batalla que había de ser librada en dos frentes, el médico y el financiero. Parecía un poco enclenque, él, un oscuro médico rural, para llevar a buen término una empresa tan grande: hacer de Clochemerle una estación termal y ocupar en ella, naturalmente, una situación preponderante. Pero se sentía con una fuerza de persuasión tal que se creía capaz de superarlo todo.

Tenía a Babasse al corriente de sus proyectos y ésta cultivaba más que nunca la amistad de «papá» para tirarle de la lengua. Mouraille se dejaba ir de buen grado, dado que así veía a la joven más a menudo. Porque la apreciaba mucho, se interesaba por el programa ambicioso de su maridito. Estaba casi apartado del juego y miraba

jugar a los demás con filosofía. Todas nuestras agitaciones, todas las pretensiones que pregonamos, ¿a qué conducen, en definitiva? Había alcanzado la edad apropiada para saberlo.

—Hija mía —explicaba a Babasse—, su Coco no podrá hacer nada sin el apoyo del cuerpo médico. Y el cuerpo médico, considerado desde cierto punto de vista y si abordamos las altas esferas, no es más que una olla de grillos. La batalla de las *lumbreras* es una batalla de perros. Mejor dicho, se ha de entablar una batalla de perros para adquirir rango entre *lumbreras*, que ocupan sólidamente los puestos de mando y se niegan a abandonarlos para dejar avanzar a otros. Los cuadros son cada vez más dinásticos y se relatan por parentescos. Hijo de lumbrera, sobrino, primo o yerno de lumbrera, es la mejor condición para convertirse a su vez en lumbrera.

—Bueno —argumentaba Babasse—. Existen muchas maneras de colarse. ¿No quiere usted decírmelas?

—Yo estoy mal situado, hija mía. Es Lyon el que manda en toda la comarca. Tengo muy pocas relaciones con esos caballeros de Lyon.

—No irá usted a decirme que no conoce a algunos peces gordos, ¿verdad?

—Evidentemente conozco a algunos, a quienes todavía tuteo, puesto que estudiamos juntos en la Facultad. Pero entre nosotros se ha excavado un foso: ellos han trepado y yo me he encenagado. Me consideran como un acarreador de recetas, un necesitado de aldea, vagamente charlatán. Prácticamente, nada en absoluto.

—Eso, ¿no le impedirá hablarles?

—No, ciertamente, si me muestro humilde y muy admirativo. Lo malo es que me da grima ir a darles coba.

—¡Es usted un feo egoísta, papá! No quiere hacer nada por mí.

—Pero ¿qué quiere usted que les diga a esos grandes personajes?

—Les hablará de los proyectos de Léo. Es grandioso, ¿sabe usted?, lo que se propone.

—Ya le he dicho que no soy partidario del agua.

—¡Eso no tiene nada que ver! ¿Sabe usted lo que dice Léo? «Es una estupidez rezagarse en la medicina artesana, cuando el porvenir pertenece a la gran serie. Hay que dirigirse resueltamente hacia la medicina industrial, a tanto por cabeza de ganado. Hacer un mucho de muchos pocos». Léo quiere transformar Clochemerle en una población medicinal. “La ciudad radiante para los galenos”. No está mal dicho, ¿verdad?

—¡Bonito programa! ¿Y pretende usted que vaya a copiar esa historia a mis altos y poderosos colegas? ¡Menudo papel haría!

—Pues... no hace falta decirlo de esa forma... Solamente le indico a usted las líneas generales. Léo dice que todavía no se ha hecho nada en serio por la explotación racional de la enfermedad, que es una materia prima inagotable.

—Inagotable me parece mucho pedir. La mayoría de las enfermedades son bien conocidas.

—Se pueden inventar otras.

—No creo que vaya hasta fabricar enfermos para proporcionar trabajo a los médicos.

—En eso se engaña usted. Si todo el mundo tiene derecho a médico, veremos pulular a los enfermos.

—Todo el mundo tiene derecho a médico. No hay más que llamarle o ir a verle.

—¡Pagándolo de su bolsillo! ¿Cree usted que les puede gustar a las gentes estar enfermas y encima gastarse el dinero para curarse? Hay quienes pagan el subsidio de enfermedad y hay quienes no lo pagan. Léo asegura que es antisocial.

—¡Si emplea esas palabras grandilocuentes...!

—¡Son palabras-palanca! —dijo orgullosamente Babasse—. Es con ellas con lo que se hace progresar a la Humanidad.

—¡Y a la Medicina!

—¡Y la Medicina, sí, señor! Cuando todo el mundo tenga derecho a médico gratuitamente, nadie se privará ya de estar enfermo. «Será la edad de oro medicinal».

Mouraille saludó con una sonrisa aquella nueva fórmula del querido Léo.

—¿Y quién pagará? —preguntó.

—El Estado. Un poco más o un poco menos... Con todo ese dinero que ya despilfarra... No es ninguna tontería, ¿verdad?

—¡Su maridito piensa a lo grande!

—Lo hace en previsión. Porque él está seguro de que eso llegará.

—Al fin y al cabo...

—En su ciudad radiante, los enfermos serán tratados por hornadas. Y todo estará cronometrado rigurosamente: baño, tanto; ducha, cuanto; inyección, equis.

—Entonces, ¿habrá también inyecciones?

—Vamos, papá, ¡no se puede vivir sin inyecciones! ¿Y sabe lo que dice además Léo? Si quieren seguirle, se compromete a conseguir en Clochemerle *la mayor cifra de negocios medicinal* que se haya conocido jamás. ¿Acaso no es un buen argumento?

—Un argumento excelente —convino Mouraille—. Y que no dejará insensible al cuerpo médico. Solamente habrá que suavizar sus términos. Los médicos no se niegan rotundamente a hacer negocios, ya que deben asegurarse un cierto nivel de vida y cobrarse largos años de estudios. Pero es la palabra *abnegación* la que sigue siendo clave en esta profesión. Y en la que se basa su honor.

—¿Cree usted en ello?

—Sí —dijo Mouraille—, lo he creído siempre. De lo contrario, ¿por qué me habría dedicado a este condenado oficio?

—¿Lo lamenta?

—No —dijo Mouraille—. He ayudado a vivir y a morir a muchos de mis semejantes. Lo he hecho como he podido, mas hasta el límite de mis fuerzas y sin tener demasiado en cuenta el dinero. No tengo nada que lamentar.

Hubo un momento de silencio. Un anciano contemplaba su pasado, en presencia de una mujer joven, cara al porvenir.

—¿Entonces, papá?

—¿Se da usted cuenta, querida hija mía, de que todo eso que me está soltando va en contra de la idea que me he formado de la Medicina y de la manera en que la he ejercido?

Babasse tuvo un reflejo muy femenino:

—¿Y qué más da, papá? No piense más en usted, piense en mí. Necesito que acuda en socorro de Léo. Si usted no quiere ayudarme...

Se echó a llorar dulcemente, como una chiquilla apenada. ¿Sincera o no? En cualquier caso, la imitación resultaba perfecta.

—¡Bueno, bueno! —refunfuñó Mouraille, acariciándole el pelo—. Veré qué puedo hacer.

Ella le saltó al cuello, secas en seguida sus lágrimas, con un arco iris de alegría sobre su linda carita y estremecimientos de su cuerpo regordete, que olía a jardín.

Al día siguiente, trajo una de sus acuarelas enmarcadas, un ramillete de anémonas que colgó ella misma en el gabinete del viejo doctor, sacando la lengua a causa de la aplicación que ponía en ello. Mouraille, que no entendía nada de pintura, la admiró como buena. Se sentía muy conmovido por la atención de su joven amiga. Decidió hacer una investigación en Lyon sobre los considerandos y los resultados del asunto médico, a fin de preparar a Léo Suffock los caminos para asediar la plaza. También él comenzaba a apasionarse por la estación termal. Encontraba el asunto idiota, pero de gran comicidad.

Mouraille proporcionó muy pronto una lista de los peces gordos de Lyon con los cuales habría que ponerse en contacto a efectos de ganarlos a la causa de Clochemerle termal, la cual, evidentemente, se pondría bajo su patrocinio. Serían inscritos en cabeza del Comité de Honor, como se inscribe en cabeza de los consejos de administración a exgenerales, exprefectos, nobles venidos a menos, a quienes se les retribuye con calderilla de presencia y partes de fundador.

En el capítulo de la medicina general, que encarrilaba hacia tal o cual especialista, había designado al profesor Bobolat, apodado *Enfriamiento*, y al doctor Succulet, por mal nombre *Vuelva a Menudo*. Bobolat pasaba por ser el que conseguía las mayores recaudaciones. Sin embargo, era tan avaro que no tenía calefacción en su sala de espera. Había guasones que aseguraban que cultivaba a su clientela haciéndole pillar las dolencias en su propia casa. Por lo demás, era muy capacitado y su diagnóstico gozaba de gran reputación. Succulet, su rival directo, practicaba precios algo inferiores. Pero había que contar con la salsa: serie de radiografías, tratamiento eléctrico, recetas interminables, lo cual hacía que no saliera mucho más barato. Succulet no omitía jamás decir: «Se debe visitar al médico cada mes, como quien se

pesa. Si quiere usted encontrarse bien, vuelva a menudo». Disponía de una fiel clientela de maniáticos.

Después de ellos, estaba el joven doctor Prifeix (cuarenta años solamente), que practicaba una audaz medicina de vanguardia, lo que le había apartado del grueso de sus colegas y le permitía hacer —al margen, podía decirse— una carrera muy provechosa. Se había visto favorecido en sus comienzos, porque su padre pertenecía a la casta médica dirigente. No obstante, fue ya otro cantar cuando se comprendió la clase de métodos que inauguraba y lo que no titubeaba en pedir por sus consultas. Sin embargo, era demasiado tarde, el mozo se había colado ya. Muy fustigado por Bobolat y Succulet, que le tildaban de charlatán, Prifeix disponía de una rica clientela, sobre todo femenina, a la cual sometía a una cultura física agotadora, a una dietética feroz (zumo de frutas, ensaladas con limón y productos deterativos para desengrasar el organismo), pero aquella clientela no veía más que por sus ojos. «Hacía falta —decía— dejar la medicina de simple curación a los tradicionalistas inveterados, esos remendones. Una nueva rama se abre ante nosotros, con la moda y la velocidad. Podría denominársela la medicina esteto-dinámica. Pues es cierto que la moda obra sobre el cuerpo por efecto de mimetismo». Las mujeres acudían a confiarle sus excedentes de grasa y su celulitis, a fin de que las remodelase y les restituyese la línea juvenil.

Prifeix tenía como asesor directo a un masajista hercúleo, terriblemente veloso y que olía a fiera, con manazas como muslos, pulgares como espátulas, anchas como un platillo. Risueño y familiar (¡le pasaban tantas cosas entre manos!), amasaba a aquellas damas todo el día, como un mozo repostero que amasa la pasta de su artesa.

—¡Puedo decir, baronesa, que le he sacudido las nalgas hoy! Seguro que pesa usted una buena media libra menos. Si viniese todos los días...

—¡Me mataría usted, mi buen Arthur!

—¡Tengo que chafar ese excedente! Sobre todo porque lo lleva usted en anchura... Conviene un poco, fíjese, pero no tanto.

—Lo sé muy bien, Arthur...

—En Inglaterra, vea usted, había una *Lady* de la alta sociedad (era recibida en *Buquingán*), que tenía un par de ellas aún más anchas que las de usted. Le aplastaba de tal modo el gordo que le quedaba un trasero todo morado al terminar la sesión. «*All right!* —iba y me decía—. Estoy trufada como una *grouse*^[11]». Son buena carne para los masajistas las inglesas esas.

Prifeix conectaba directamente con un joven cirujano de su generación, Hubert Moissoux, especializado en cirugía estética. Estiraba la piel, la sajava, la remontaba a las sienes, rehacía mejillas tersas y cuellos redondos, cepillaba narices... Prifeix y Arthur se dedicaban a la estructura y Moissoux se esmeraba en la fachada. Se citaban de ellos casos de éxito extraordinarios. Por ejemplo, el de Pamela Trousette, ya no muy lozana, a quien su protector había abandonado tras quince años de concubinato, pasándole una indemnización hartamente mediocre. Perdida por perdida, fue a confiarse al

equipo Prifeix. Éste la remendó tan bien que, seis meses después, encontró un nuevo comanditario y firmó un nuevo arriendo de amor.

Monsieur Léonard Piedavoine, de la gran industria, acababa de romper con su querida titular, *Madame* Edwige Schletein, de los «Almacenes Reunidos», la cual empezaba a confesar cuarenta años, dado que sus treinta y ocho se habían prolongado verdaderamente demasiado. *Madame* Schletein tenía motivos para creer que había sido abandonada por una mecanógrafa jovenzuela y pelirroja, salida de los barrios bajos. (Llega una edad en la que los hombres sacrifican a la carne fresca incluso la inteligencia y la educación). Terriblemente humillada y furiosa, recurrió a los servicios de Prifeix y compañía, que llevaron a cabo sobre ella un verdadero milagro de revoque. Hasta el punto de que, viéndola tan recuperada, *Monsieur* Piedavoine se preguntó por qué aberración había podido separarse de una mujer tan vivaracha y que poseía un tal empaque. Le hizo nuevas ofertas. (La mecanógrafa se había revelado idiota, ávida y agotadora de uso). Pero se le rieron en las barbas: «¡Soy demasiado joven para usted, amigo mío!». *Madame* Schletein suministró la prueba de ello convirtiéndose en la muy posesiva querida de Piedavoine *junior*, un chico de veinte años que acababa de ser cateado por enésima vez en el bachillerato. Aquel pequeño tenía necesidad de consuelos. Y, además, así no se variaba sensiblemente las relaciones familiares. En fin, siempre gracias a Prifeix, *Madame* D'Oullins-Paget lograba, a los setenta años, hacerse pellizcar todavía las nalgas en el autobús (que sólo tomaba con este fin), de lo cual ella se mostraba legítimamente orgullosa.

Este tipo de cosas se comentaban mucho en Lyon, en un ambiente donde las preocupaciones de belleza y los cuidados de rejuvenecimiento disponían del capital necesario para mantener sobre el pavés locuelas rezagadas, que cloqueaban de contento al oírse decir galantes mentiras. Mas parece muy normal, en una época que aleja los límites de la longevidad, que bulliciosas abuelitas se complazcan todavía en los juegos de la seducción. Sólo quedan sus hijas y sus nueras para encontrarlo de mal gusto. Aquellas evaporadas constituían para Prifeix una dorada clientela y el dinero chorreaba en su caja. Era odiado y envidiado a proporción. Algunos de sus colegas —él no lo ignoraba— llegaban hasta a decir que deshonoraba la Medicina. ¡Como si la Medicina fuese deshonorable! Existe el dolor y la enfermedad, conformes. Pero dolor y enfermedad significan dinero y éste hace falta para vivir, para estar en forma y cuidar bien a los demás. Es el ciclo obligado. En materia de dinero resulta muy difícil llegar al justo medio y mantenerse en él. Se gana demasiado, o no se alcanza el suficiente. De todas formas, siempre es más prudente ganar demasiado. Por lo demás, Prifeix trataba solamente a encantadores vejestorios, que gastaban sin contar el dinero de los maridos. Los maridos las dejaban hacer en aras de la tranquilidad. Remendadas o no, hacía tiempo que sus mujeres nada significaban ya para ellos. Mientras ellas se ocupaban de su régimen, de sus cuidados de belleza y cotilleaban en los salones de té, no las tenían encima. Metiendo nuevas manías en el seso de las esposas celosas, Prifeix creía hacer un favor a los desdichados maridos,

resignados y embrutecidos por sus negocios.

Léo Suffock se ponía por instinto al lado de Prifeix, el médico más dinámico de la comarca. Si se dedicaba a aconsejar el agua a sus clientes femeninos, supondría para la estación termal la seguridad de reclutar adeptos en un ambiente elegante. («Suave y untuosa como una loción: El agua que hace adelgazar»). No le apetecía ver en Clochemerle lisiados y pachuchos en exclusiva. Decidió ponerse en contacto con Prifeix, manteniendo el asunto en secreto.

Respecto a los especialistas propiamente dichos, era a los grandes hepatólogos a quienes hacía falta apuntar. El hígado, ese filtro y ese regulador, es el origen de muchas dolencias cuando cumple mal con su función. Lo mismo ocurre con el estómago, la vesícula, los riñones, todos ellos órganos que tienen por misión filtrar y depurar. La lista de técnicos dedicados a esos caprichosos órganos, cuyos desarreglos tienen grandes consecuencias en la conducta de la vida y funestos resultados en las familias, era relativamente larga. Bien sabido es que dispépticos y hepáticos son de difícil trato. Los dolientes hacen sufrir a sus allegados. Cierto que los que gozan de buena salud no cesan de ofenderles con su aspecto boyante y sus escandalosas facultades digestivas. La injusticia reina en todos los aspectos.

Convenía reducir mucho aquella larga lista de especialistas a fin de no conservar sino las cabezas de serie. Los ases ya se soportaban difícilmente entre sí. No tolerarían ver, a renglón seguido del suyo, los nombres de mediquillos que no habían dado pruebas de su habilidad ni marchado al paso el tiempo necesario. En la profesión, se suele llegar tarde a causa de los interminables estudios. La mayoría de los peces gordos no habían empezado a ganar dinero de veras sino a los cuarenta y cinco años. Estaban dispuestos a no dejarse atropellar y, por lo mismo, a cortar el camino a los jóvenes ávidos. Tal era el motivo de que Prifeix, quien había comenzado a destacar hacia los treinta y cinco años, sin haber cumplido su tiempo de purgatorio, fuese unánimemente detestado. Los viejos querían prolongar su reinado hasta el extremo límite. Suffock poseía la sutilidad suficiente como para comprenderlo. Por ello, apoyándose en los consejos de Mouraille, estableció sus listas con mucha circunspección, privándose de añadirles nombres que hubieran molestado de buenas a primeras. No obstante, Mouraille le aconsejó vivamente inscribir al doctor Massepoil, que no figuraba en ninguna parte.

—Es un memo —explicó Mouraille—, pero un memo tan monumental que tranquiliza a sus rivales. Ante él, cualquiera puede creerse genial. El repertorio de sus diagnósticos compondrían una hilarante antología de la ineptia médica. Sí, sí, anote a Massepoil. Soltará trolas en las reuniones. Eso relajará la atmósfera.

¿Convendría incluir a los cirujanos en el circuito? *A priori*, los cirujanos nada tenían que ver con una estación termal. Pero Clochemerle podría instalar casas de reposo a una altitud de 500 metros, donde el aire está vivificado por la vecindad de

los bosques de abetos. Situación muy indicada para las convalecencias postoperatorias.

Mouraille juzgó conveniente plantear la cuestión al profesor Chabé-Froutte, gran pontífice de la Facultad. Su *Tratado de cirugía*, fuente de autoridad indiscutible, estaba en las manos de todos los estudiantes. Mouraille podía hablar con su llaneza habitual a Chabé-Froutte porque antaño se habían tratado en el Ejército, en Salónica. El profesor había gozado allí de una reputación muy especial y Mouraille conocía algunos accidentes de su carrera que prohibían al otro tratarle desde un plano de superioridad. En efecto, si nadie discutía la valía de Chabé-Froutte en el terreno teórico, estaba demostrado que, en el práctico, era un terrible matasanos. No tenía buena mano, defecto grave para un cirujano. No se debía, sin embargo, a falta de ejercicio, pues la guerra, que cada día le aprovisionaba de nuevos heridos, le había proporcionado un magnífico campo operatorio. En Salónica le habían apodado *Cortalotodo*. La amputación constituía su manía. «No volverá usted a la guerra, amigo mío, y cobrará una pensión. Una pensión sin dar golpe, ¡vaya suerte!». Embrutecido y deprimido, el desdichado herido daba a menudo su consentimiento y Chabé-Froutte gozaba con ellos. Mientras atacaba los miembros, no había peligro, pero si se metía a abrir podía temerse todo. Se pretendía que resultaba más temible para las vidas francesas que una batería de artillería alemana.

Una de sus intervenciones ganó celebridad en los medios sanitarios. El médico militar pasaba visita a los soldados que se iban de permiso a Francia, tras largos meses en Oriente. Entre ellos se encontraba un muchacho llamado Prunier, natural de Châtellerault. «Tiene usted un principio de hernia —le dijo Chabé-Froutte—. Eso no se debe guardar. Si quiere usted, le opero antes de su partida». El soldado Prunier no sabía qué pensar de ello. Pero el médico militar insistió: «Se quedará usted aquí quince días en la enfermería. Y le concederé veinte días suplementarios de permiso, a título de convaleciente». Prunier calculó que aquello sumaba un mes más que pasar lejos del frente, lo cual representaba muchas ocasiones menos de dejarse matar. De todos modos, una pequeña operación siempre era menos peligrosa que un bombardeo. Aceptó y, a los dos días, pasaba a la mesa de operaciones.

Al tercer golpe de bisturí, un chorro de sangre saltaba a la cara de Chabé-Froutte, cuya mano le había engañado. «¡Detened eso!», gritaba el médico militar enjugándose el rostro. Pero no tenía por ayudantes más que enfermeros improvisados, que perdían la cabeza. El cabo que se encargaba de la anestesia quiso entrometerse y se olvidó del paciente. El desgraciado Prunier recobró el conocimiento aullando, con el vientre abierto, en medio del pánico general. Hubo que verter apresuradamente una fuerte dosis de estupefaciente en la compresa que tenía sobre la nariz y la boca. Aquello le hizo callar para siempre, porque nadie fue capaz de impedirle que se vaciase. En cuanto a permiso de convalecencia, fue inhumado en el cementerio militar de Salónica. Su familia recibió la información ritual: *Muerto por Francia*. Se le concedió la Cruz de Guerra a título postumo, con una hermosa citación: «Excelente

soldado que siempre cumplió con su deber, acudiendo al lugar más expuesto». El lugar más expuesto era, sin duda, la sala de operaciones donde oficiaba Chabé-Froutte. Sin embargo, la citación no podía mencionarlo.

¡Bueno! Era la guerra, donde una vida más o menos no contaba. No se vio más que el lado cómico del asunto. Una circular anónima corrió por los medios médicos e hizo la delicia de todos a la hora del rancho. *Los herniados quedan invitados a hacerse inscribir para ser operados por el médico militar Chabé-Froutte en persona. El oficial médico cura con seguridad y para siempre. Queda concedido un largo permiso a los pacientes, para que lo pasen con sus antepasados.* Pronto se anunció que los herniados se presentaban voluntarios para ir al frente, a fin de escapar al bisturí del terrible oficial médico. Del frente se podía volver, bien se había comprobado. Mas la mano de Chabé-Froutte no perdonaba. Estas pequeñeces servían para aliviar el aburrimiento de la guerra.

Mouraille rememoraba todo aquello mientras se dirigía a visitar al célebre profesor. Éste le acogió como a un viejo camarada y le dijo que de buena gana vería crear, no lejos de Lyon, establecimientos donde los convalecientes pudiesen ir a reponerse del choque operatorio y a recobrar las fuerzas. No obstante, se notaba claramente que no le interesaba. No tardó en evocar los recuerdos que tenían en común, recuerdos que atañían a la guerra. «¡Eran los buenos tiempos!», suspiró Chabé-Froutte, los tiempos en que él podía manejar el bisturí a discreción, sin que una torpeza tuviese consecuencias en medio del gran derroche de vidas humanas que en aquel entonces se hacía. Una de las ventajas de la vida militar consiste en que el cirujano queda nombrado por oficio.

Aquello le recordó el accidente ocurrido al eminente estomatólogo Dantus, asimismo muy conocido por Mouraille. Un día, el tal Dantus vio llegar a su consultorio un viejo amigo, cuyo rostro deformaba atrocemente un sapillo que le había salido en el maxilar izquierdo. El desdichado gritaba de desesperación. Estaba sobre la pista de una nueva amiguita, por la cual sentía una pasión violenta, una de esas pasiones otoñales que pueden proporcionar al hombre una nueva juventud. La horrible asimetría le prohibía mostrarse a su amada y, como los corazones jamás permanecen vacantes mucho tiempo, podía temer que le birlasen su adorada. Sobrecogido de compasión, el gran estomatólogo le tranquilizó.

—Te operaré yo mismo —dijo—. Y dentro de una semana, habrás recobrado tus posibilidades de gustar a esa encantadora mujer.

En el transcurso de la operación, se produjo una fuerte hemorragia. La mejor manera de atajarla es hacer una ligadura en la carótida. Ahora bien, casi junto al maxilar, la carótida se divide en dos vasos, llamados carótida interna y carótida externa, que irrigan de sangre el primero al cerebro y el segundo a las partes musculares inferiores de la cabeza. Sea por distracción, sea por torpeza, el estomatólogo ligó la carótida interna. Lo que tuvo por efecto proporcionar una hermosa hemiplejía al paciente.

Al parecer, fue algo muy conmovedor ver al operado, contento de haber vuelto a encontrar su rostro normal, decir a su amigo, con la boca torcida de costado por su accidente cerebral:

—¡Te lo agradezco mucho!

¡Pero la hemiplejía no vale mucho más que el sapillo para agradar a una bella!

Se dio en hablar de medicina vascular, basada en las características de un nuevo manantial, manantial secundario que había brotado a su vez. Se consideró la posibilidad de un tratamiento carbogaseoso, de una aplicación suave, que sería bienhechora para las arterias, sin sacudir demasiado al organismo. Un solo especialista podía pronunciarse sobre la cuestión, el profesor Flapier, uno de los más eminentes cardiólogos franceses, mundialmente conocido y llegado a tal punto de reputación que había que pedirle hora de visita con un mes de antelación. El profesor era un hombre austero que, de tanto inclinarse sobre los latidos del corazón, comparables a un movimiento de relojería y susceptibles de pararse bruscamente, como un reloj cuyo gran resorte acaba de romperse, había contraído una angustia crónica, por las muchas jugarretas que le habían gastado los infartos de miocardio. Acababa justamente de sufrir una terrible prueba, que le dejó sumido en el pesimismo y el tedio.

Un hombre de su generación (cincuenta y cinco años) y amigo suyo había ido a visitarle para una consulta sobre su corazón, que tenía tendencia a tartajear. Por lo menos ésta era la fórmula con que explicaba las molestias que experimentaba. El profesor le examinó con su seriedad habitual, sin escatimar los radiogramas. Sin embargo, aquél no era, por lo visto, un día de tartajeo.

—No te encuentro nada inquietante —concluyó el profesor—. A mi juicio, acabarás centenario.

Le acompañó hasta la puerta de su gabinete, dándole cordiales palmadas en la espalda. Y allí mismo, en el preciso instante de trasponer el umbral, su consultante cayó muerto en seco.

—Yo conocía a aquel hombre hacía mucho tiempo y había depositado toda mi confianza con él —explicaba el profesor—. Y me hace la mala pasada de morir en mi gabinete. ¿Eso es propio de amigos?

—¡Ciertamente que no, señor profesor!

—Gracias a que, telefoneando a mi servicio del hospital, pude hacer que se llevaran el cadáver discretamente, tras haber hecho vigilar la escalera a fin de que no viesen bajar la camilla. ¡Pensad que mi sala de espera estaba repleta! Pero la historia trascendió. Encontraron en el bolsillo del difunto la prescripción tranquilizadora que acababa de entregarle. Los internos se partían de risa.

Había, además, otro fracaso, igualmente reciente. El profesor había sido convocado a la India para examinar el corazón de un riquísimo marajá. El precio

convenido por la consulta era de un millón al contado, aparte, naturalmente, los gastos de viaje y estancia. A última hora, el profesor tuvo que retrasar su partida y, cuando llegó a la India, su paciente había muerto hacía treinta y seis horas. Por mucho que reclamó la pérdida correspondiente a sus días de viaje —un viaje harto penoso—, los hindúes no quisieron saber una palabra respecto a indemnizarle. Estimaban que el corazón de su marajá muerto ya no valía ni pizca. Acompañaron al profesor hasta el aeródromo, con toda prisa, poco más o menos como se acompaña a la frontera al embajador de la nación a la cual acaba de declarársele la guerra. El profesor regresó de allí lacerado y con la cartera vacía, no sin haber experimentado por su propia cuenta algunas inquietudes cardíacas en los baches de aire.

Todavía bajo la impresión de aquellos dos accidentes de carrera, Flapier se negó a pronunciarse acerca del tratamiento carbogaseoso. Pedía que le dejaran reflexionar. Los cardíacos revientan entre las manos de uno sin avisar. El profesor juzgaba preferible apartarles de su zona de influencia inmediata y mandarles a morir a algunos centenares de kilómetros. Siempre podía invocarse el cambio de clima.

En posesión de un *dossier* completo, Suffock buscaba el medio de abordar a los ases de Lyon sin bajar demasiado la cabeza delante de ellos. Estaba dispuesto a conceder a su vanidad lo que ésta reclamaba. Sin embargo, estimaba que, si se disminuía demasiado, comprometería el papel importante que se proponía representar más adelante. Discípulo deferente, conforme, hasta cierto punto y sin decir lo que sobre ello pensaba, pero menguado paleta, ¡no! Por lo demás, ya les haría pagar sus humillaciones, una vez la situación estuviera firme en su mano. Porque, por muy lumbreras que fuesen, se proponía maniobrar y servirse de ellos, jugando con sus rivalidades. Si quería meter en su juego al famoso profesor Bobolat, era evidente que debía dudar ostensiblemente del valor del doctor Succulet. Sería incluso atinado deslizar en la conversación algunas pequeñas infamias sobre la conducta privada de este último. En lo que se refiere a pequeñas infamias, siempre hay donde escoger y, ¿quién no las escucha con complacencia? Por supuesto, en presencia del doctor Succulet, las infamias cambiarían de campo y atañerían al profesor Bobolat. «Hay cadáveres entre ellos». Resultaba fatal, y puesto que cada uno recusaba ferozmente al diagnóstico del otro. Y como solamente había un diagnóstico válido, aquello suponía un peligro de muerte para el enfermo. Bien. ¡Que reviente el enfermo, antes que admitir que el canalla del colega había acertado! Así, por lo menos, lo interpretaba Suffock. Es probable que recargase algo las tintas, pero necesitaba proveerse de cinismo y de desprecio para abordar a aquellas gentes. Y existía en él un fondo de resentimiento, por el hecho de que su padre, un pobre diablo (flores y abejas), no había dispuesto de los medios precisos para pagarle los fuertes estudios que habrían podido conducirle a la cima de la profesión médica. El pequeño Suffock se creía con pasta de as y no se había establecido como médico rural en Clochemerle

con corazón alegre. También a él le hubiese gustado instalar su gabinete en aquellos hermosos barrios, donde los «manitús» celebraban sus caras consultas, cuya cuantía, pagada al contado, se refugiaba prestamente en un cajón. ¡Qué hermosa redada por la noche! ¡Qué desquite sobre el dolor y las miserias de la condición humana suponía el contar todos aquellos billetes! El impuesto aplicado al manantial, tal vez...

No era cuestión de que los perros viejos del diagnóstico, abandonando una situación prácticamente inexpugnable, fuesen a instalarse personalmente en Clochemerle. No se les pedía sino su alto patrocinio, aun a sabiendas de que no lo concederían sin contrapartida. (Era de justicia al fin y al cabo, dado que la competencia no tenía precio). Lo más astuto sería llevarles a designar para el cargo a sus discípulos preferidos, que servirían en Clochemerle como buenos médicos de tratamiento, formados en las disciplinas del «jefe» y cubiertos por la reputación de éste. El as diría en su gabinete al entregar la receta: «Le prescribo una cura en Clochemerle que de seguro le dará muy buen resultado, si la hace usted en buenas condiciones. He aquí unas letras para el doctor X... Irá usted a verlo de mi parte. Ese joven médico, que ha sido discípulo mío, está perfectamente calificado para seguir su tratamiento. Concédale la misma confianza que a mí mismo. Por lo demás si él tuviese la menor duda acerca del estado de usted, no dejaría de consultarme. Así, seremos dos a cuidarle». ¿Qué enfermo se negaría a confiarse al médico que le fuese designado de esa manera? Que, después de esto, un joven médico directamente provisionado de enfermos por una lumbrera de la Medicina, sepa mostrarse reconocido, ¿quién podría ver algo malo en ello?

De esta forma, los ases, sin necesidad de molestarse, tendrían un pie en la plaza. Aquel desarrollo era de una simplicidad clásica y satisfaría a las diversas partes contratantes. El enfermo es un bien que compartir. Aquel que lleve lealmente su juego verá aumentar su clientela por un efecto de *boomerang* y gozará de la estima de sus colegas. Todo esto no estorba la buena marcha de la profesión, ni la conciencia en los ciudadanos, ni la abnegación cuando se tercia, ni el sanar a los enfermos que sanar. Porque la verdad es que se curan, sin que nadie pueda decir, científicamente, por qué ni cómo. La curación supone una complacencia interior del paciente. Algunos enfermos de buena voluntad tratan de dar satisfacción al médico. Otros, obstinados, parecen sentir un placer masoquista demostrándole que no entiende nada. Por ejemplo, el doctor Pustuffe, de Châlon, había tenido una enferma que se negaba con toda energía a abandonar su atestada clínica. «Cuando llegué a su casa —decía—, yo andaba. Tal vez dificultosamente, pero andaba. Desde que me ha cuidado usted, ya no puedo andar. Pues bien, no me iré de aquí hasta que ande de nuevo. ¡Usted sabrá lo que se hace!». Pustuffe se veía con aquella enferma a cuestas para todo el resto de su vida, pues estaba persuadido de que no volvería a andar nunca. Pero ella puso tanta obstinación, agarrándose del brazo de todo el mundo, que volvió a caminar estupendamente. Entonces consintió en marcharse, no sin haber visto al médico por última vez. «¿Cómo iba usted a curarme? ¡No ha sido usted capaz

siquiera de lisiarme!».

¿Cómo tomar contacto con los grandes señores de la profesión? ¿Cómo interesarles en su proyecto? ¿Cómo persuadirles, sobre todo, de que era ventajoso? Suffock tenía una elevada conciencia de su valía, pero esa opinión no se veía en exceso compartida. Para los riquísimos bonzos, con salas de espera repletas, él no entraba en peso... Entonces fue cuando tuvo su gran idea: Babasse. «¡Les voy a meter a Babasse entre las manos!».

Babasse reventaba de salud e irradiaba alegría de vivir. Pero, justamente... El inconveniente del oficio, un inconveniente que exige un gran endurecimiento, es que el médico nunca tiene que examinar, palpar, amasar y triturar más que cuerpos enfermos, cuerpos no frescos, que rezuman, supuran y apestan. He ahí el lado deprimente del apostolado medicinal, que pronto zapaaría la moral del facultativo si éste no velase por su higiene y no tratase de encontrar consuelos sustanciales. Puede decirse, evidentemente, refiriéndose al amor del arte: «¡He aquí una hermosa fístula! ¡Un hermoso cáncer! ¡Una hermosa sífilis!». Pero esto no basta para proporcionar alegría. Puede también decirse: «He aquí un enfermo que vale de ciento a ciento cincuenta mil francos». Una tal evaluación resulta reconfortante, porque evoca cierta cantidad de borgoña o de champaña, de caviar o de *foie-gras*, que permitirá al médico sustentarse bien para aguantar. No obstante, aparte que no se puede abusar del borgoña y del champaña, también se sacia uno del caviar y del *foie-gras*. Además, los clientes de cien y ciento cincuenta mil francos componen la clientela normal de un especialista reputado.

El sueño de un médico sería examinar exclusivamente cuerpos sanos y que huelan bien. Léo Suffock se lo había dicho muy a menudo y a eso tendía cuando hablaban de medicina preventiva.

—¿Se siente usted en buena forma? Entonces venga a verme. Velaremos juntos porque esa buena forma no se vea amenazada.

Las gentes inteligentes deberían comprenderlo. Está al alcance del último de los imbéciles el suplicar, cuando ya no puede respirar, ni digerir, ni pegar ojo: «Traedme en seguida un doctor». Éste se enfrenta entonces con el hecho consumado y el mal instalado. «¡Cúreme usted!». ¡Qué fácil es decirlo! El problema de la curación pone al médico en presencia del enfermo y la enfermedad, el primero con su saber, el segundo con su resistencia o su blandenguería, la tercera con su nocividad. Para que todo cuadre perfectamente hace falta un encuentro de benévolos azares, un encuentro casi fabuloso. Lo único que salva la reputación de los médicos es que muchas enfermedades son benignas y que se puede vivir con gran número de otras, llamadas crónicas, que sólo destruyen lentamente.

Cuando se ve todo lo que amenaza, todos los principios de desarreglo que acechan a los órganos, puede decirse que vivir constituye un verdadero atletismo.

Ahora bien, ¿qué hacen los atletas? No aguardan a perder la forma para vigilarse. *Managers*, cuidadores y masajistas no cesan de ocuparse de ellos. Sólo a condición de esto pueden llevar a cabo sus hazañas. Pues bien, debe partirse del principio que sentirse bien es una hazaña y que la repetición cotidiana de esta hazaña exige una gran vigilancia. Únicamente cuando se haya comprendido esto, la vida dará un salto adelante, con posibilidades acrecentadas de duración y de nuevos atractivos. Era la gran teoría suffockiana.

Un hermoso cuerpo, joven y absolutamente intacta... Por el buen olor que desprende, por la firmeza de su textura, por la suavidad de su epidermis, es imposible equivocarse. ¿Qué médico, a menos de ser un bruto (caso raro, pese a todo), no se sentiría encantado de examinar el cuerpo de Babasse, en el esplendente apogeo de sus veintitrés años? ¿Cuál de ellos no desearía ver de nuevo a una cliente tan fresca y bien formada, tan agradable y tan alegre? En cuanto a síntomas, Suffock, gran especialista en la materia, no tenía dificultad en proporcionárselos, de naturaleza tal como para acoquinar al más eminente galeno.

Doctor Léo Suffock
Medicina general
Radioscopia
Consulta: 14 a 20 horas
Teléfono: 63

Clochemerle, a...

Señor profesor:

Fiando en su incomparable reputación, que ha llegado hasta nosotros, he tomado la decisión de enviarle el ser más querido para mí, mi joven esposa.

Declara sufrir ciertos trastornos que yo no consigo definir médicamente. Por otra parte, no me atrevería, en un caso que me afecta tan de cerca, a decidir yo solo. Deseo apoyarme en los más eminentes y más capacitados practicantes de nuestra profesión.

Algunos indicios me mueven a creer que el caso de mi esposa corresponde a la especialidad en la que usted es maestro. Casi estoy inclinado a alegrarme de ello, tal es mi convicción de que no podría encomendarla a mejores manos. Se la confío, pues, agradeciéndoselo de antemano.

No le pido más que una cosa: no la asuste. Tiene un carácter feliz. No quisiera que su juventud se viese ensombrecida por una amenaza de enfermedad. Iré a verle a este propósito y me dirá usted toda la verdad, caso de que sea alarmante. Espero que no sea así. Pero de usted dependerá mi certidumbre, una vez que se haya

pronunciado.

Le saluda atentamente...

—¡Bueno, pichoncito, si no estás contenta con esto! —exclamó Léo Suffock cuando hubo terminado de redactar aquella esquila amorosa y se la llevó, muy orgulloso, a Babasse, para leérsela—. Escucha —continuó—, con una carta semejante, podrás hacer tragar a los ases lo que quieras. ¿Recuerdas bien lo que te he dicho?

—Sí —respondió Babasse—. ¿Quieres que te lo recite? Náuseas y repugnancia al despertar... Lentitud para ponerme en forma... Pero me domino después del desayuno... Pesadeces durante la digestión... Mareo yendo en coche, en los virajes... Y, de vez en cuando, punzadas en el lado derecho, debajo de las costillas.

—Eso basta y sobra. Cuanto menos les digas, más gusto tendrán en encontrarte algo.

—¿Crees que pensarán que estoy enferma?

—Para eso están ahí. Pero no vayas a decirles que te duelen los senos. Podrías tropezarte con un viejo sobón...

—¿Me van a sobar?

—Creo que se limitarán a palparte un poco el hígado y la vesícula. No es muy molesto. No te quites las bragas ni el sostén.

—¿Y si me piden que me los quite?

—¡Las bragas ni hablar! Ese rincón atañe sólo a los ginecólogos. En cuanto al sostén, depende. Tu pecho es muy capaz de crear un prejuicio favorable. Puedes ponérselo en las narices si notas que se fijan en él. Pero prohibido tocarlo.

—¡Me obligas a hacer un papel muy extraño!

—Eres la esposa de médico, ¿sí o no?

—¿Tú crees que los médicos mandan a sus esposas a hacerse mirar por sus colegas?

—Hay pocos médicos que tengan un manantial a su disposición y proyectos de la amplitud de los que yo medito. Por lo demás, es halagador para ti. Si fueses una fondona como las que suelo ver en mi consulta, no te encargaría esta misión de confianza. Tus encantos, Babasse, pueden hacer que la Facultad bascule en nuestro campo.

—¿Y tú sacarás el provecho?

—*Nosotros* sacaremos el provecho. Si lo conseguimos, tendrás una vida magnífica. Tu compañera, la farmacéutica de Grenoble, enfermará de envidia. Haré construir una gran casa, con un hermoso parque y macizo de flores. Habrá campo de tenis y piscina. Tendremos un coche grande para los viajes. Criada y cocinera...

Como muchos hombres bajitos, Léo Suffock sólo se divertía a lo grande. Aquel alfeñique veía ya desarrollarse el porvenir en un marco que le daría importancia. Ni Versalles le habría hecho retroceder.

Las consultas de Babasse se vieron coronadas por el éxito. El doctor Succulet denotó un vivo interés por su anatomía juvenil y esplendente. Tras haber comprobado de *visu* la notable firmeza de su pecho, le preguntó si a veces notaba pruritos en los muslos y si tenía calambres en los músculos traseros, que podrían ser, según él, secuelas de una insuficiencia hepática. Babasse creyó comprender que él habría llevado gustosamente sus investigaciones hacia aquellos parajes. El doctor se conformó con palparle los lumbares tan lejos como le fue posible para sentir los primeros rebordes de la caída de los riñones, rebordes que en aquel caso se mostraban muy incitantes. Luego tomó un aire grave para decir a Babasse que su caso era delicado y exigía ser seguido de cerca, por el hecho de que ella estaba enferma con las apariencias de la más floreciente salud. Se negó a aceptar honorario alguno de la esposa de un médico. Pero no dejó de decir: «Vuelva a menudo», con una entonación que se salía de la rutina habitual. Efectivamente, añadió:

—Tengo una colección de incunables muy bonita. Me gustaría enseñársela. ¿Seguro que se interesa usted por los incunables?

Babasse, que no tenía la menor idea de lo que se trataba, pensó que lo de los incunables debía ser algo sucio.

—Pues... sí —respondió evasivamente.

Había recibido la consigna de no contrariar a ningún as, a menos que se pudiese libidinoso hasta un punto inaceptable. En tal caso, no debía titubear en gritar y armar escándalo. Suffock estimaba que un viejo simio cuyos vicios conociera estaría a merced suya y no podría negarle nada. Pero los médicos saben, en general, contenerse. Deben enfrentarse con demasiada frecuencia a los asaltos de chaladas que se desmayan al contacto de los médicos. Porque ellos tienen sus beatas, al igual que los sacerdotes.

El doctor Bobolat quedó literalmente fascinado por el pecho de Babasse y tuvo empeño en examinar de cerca sus puntas, explicando que las glándulas mamarias están en relación directa con el páncreas y pueden incluso testimoniar una infiltración de la bilis en el organismo. Esto se juzga por el endurecimiento de los pezones. En consecuencia, se puso a dar masaje con la palma de la mano a los magníficos senos. Babasse se echó vivamente hacia atrás, declarando que no soportaba que la tocasen en semejante sitio.

—Hasta mi marido ha renunciado a ello.

—Es una grave deficiencia —declaró el profesor, muy emocionado—. La sensibilidad de los pezones es capital y procura a la mujer sensaciones deliciosas. No sabe usted lo que se pierde, hija mía. Voy a tratarla con extractos glandulares. Me dará usted las gracias cuando descubra de qué riquezas insospechadas estaba usted privada. ¡Pobre pequeña!

Babasse escuchaba con júbilo al viejo aprovechado que quería enseñarle a servirse de sus senos. ¡Sabía infinitamente más que él sobre ese capítulo! Habían sido

la sede de sus primeras preocupaciones y el punto de partida de sus amores. Había hecho con premura la ofrenda de ellos a Léo, cuya atención requerían vivamente. Cuando él se deslizó en su corpiño y sintió por primera vez el contacto de sus manos cálidas, se quedó turulata y se encendió. Precisamente a causa de sus senos había empezado todo. Si los hubiese tenido encogidos, o modestamente lisos, es casi seguro que nunca se habría convertido en la señora doctora. El joven Suffock, con su apetito de grandeza, gustaba de los senos opulentos, como gustaba de las grandes estancias y los grandes *capós*. ¡Vaya berzotas aquel Bobolat!

—¿Cuánto le debo, profesor? —preguntó Babasse tras haberse puesto el sostén y abrochado la blusa.

Ocurrió una cosa inaudita. Bobolat tuvo un pequeño estremecimiento del maxilar fisgando el escote.

—Voy a hacerle una rebaja —dijo despacio—... una rebaja de... ejem..., diez... no, quince... Mire, del veinticinco por ciento.

Y murmuró, como hablando para sus adentros:

—Tal vez sea demasiado...

Pero, considerando otra vez el pecho de Babasse, que formaba descarado relieve bajo la blusa, se rehízo.

—¡Mala suerte, ya está hecho! Espero que estará usted contenta.

—Muy contenta —respondió Babasse, sin el impulso de agradecimiento que esperaban de ella.

Para aplicar la rebaja, había que devolver el cambio. Fue un instante dramático. La mirada de Bobolat, al mirar su cajón de ingresos, se cubrió de un velo glauco, como si contemplase su caja de caudales saqueada. Tendió los billetes con una lentitud vacilante, como esperando que le dijeran: «Quédese con todo, profesor». Pero Babasse, como una ama de casa que fuese a la compra, estaba habituada a las vueltas de moneda, que comprobaba cuidadosamente. (Había sido formada en la droguería, donde los precios varían de lo más bajo a lo más alto, según baremos que hay que conocerse a fondo. Y un rápido cálculo mental es lo que hace a los buenos comerciantes). Con gesto muy natural tomó, pues, los billetes para meterlos en su bolso, como persona que no le hace ascos a nada. Los principios de la fortuna son difíciles y parten de un espíritu de ahorro jamás desalentado. Esto también se lo había enseñado la droguería.

En conjunto, la joven había salido sin daños de su serie de visitas. Bien recibida y bien tratada en todas partes, sólo se arriesgaba a fracasar con el doctor Muscadail, el célebre hepatólogo, el fúnebre doctor *Tanto-Peor*, siniestro e indeseable, que dominaba a sus enfermos por el terror. Debidamente advertida, la joven consultante esperó a hacer acopio de valor para presentarse a él, al final de todo. Se dirigió a su domicilio resuelta a triunfar a toda costa. Para ello, se puso integralmente desnuda delante del viejales. Las rotundas nalgas de Babasse, de sonrientes hoyuelos y de un satinado incomparable, eran de tal naturaleza como para conturbar a un cenobita

valetudinario. Ahí residía su estocada secreta. Las hizo ondular con gracia a la luz tamizada del gabinete y el viejo Muscadail, por una vez, se quedó lelo de admiración. Palmoteo las lindas nalgas diciendo «Mi querida niña», exhortando a la joven Eva a que no lo diese todo por perdido y prometiendo devolverle la salud en el más corto plazo. No aceptó un céntimo y la inscribió oficialmente en su carnet de citas para la semana siguiente.

Papá Mouraille se rió como un loco cuando Babasse le relató con todo detalle sus visitas a Muscadail y Bobolat.

—¡Veinticinco por ciento! ¡Es formidable! Ese viejo roñica jamás le ha rebajado ni cinco a nadie. Cuando éramos estudiantes, su avaricia era ya proverbial. Le apodábamos «Bolsillo cosido». Tiene un portamonedas en el lugar del corazón.

No suponía menor hazaña haber deshelado al viejo cachalote del hepatólogo mostrándole las nalgas. ¡Por lo visto, todavía le quedaba algo de humano!

—Son dos grandes victorias —concluyó Mouraille—, alcanzadas sobre los dos más terribles caimanes de la profesión. Eso prueba que ha desbrozado usted hábilmente el camino que va a emprender su afortunado marido. Y eso prueba una vez más que una mujer bonita cuenta mucho en la carrera de un hombre.

La carta de Suffock produjo la mejor de las impresiones en los ases y Babasse en *deshabillé* vino a consolidar el efecto. Llegando a continuación de ella, el joven doctor de Clochemerle fue bien recibido, si bien le marcó con claridad la distancia que separa a un mediquillo de pueblo de una eminencia reconocida. Se le trató de «querido colega» con tono de protección, no carente, sin embargo, de un matiz de estima: aquel chico había dado muestras de loable clarividencia negándose a enunciar un diagnóstico que incumbía a especialistas de talla. Éstos no le ocultaron que el caso de Babasse era importante. Sus molestias anunciaban, en efecto, una enfermedad, pero aquella enfermedad, no caracterizada todavía, estaba en su forma evolutiva y podía amenazar dos o tres órganos. Por lo tanto, había que vigilarla muy de cerca. No obstante, parecía prudente esperar para determinarla a que la localización fuese un hecho consumado. Dos especialistas tan sólo se pronunciaron formalmente. Uno aconsejaba operar a Babasse de apendicitis, y el otro, extirparle la vesícula biliar. Ambos recomendaban hacerlo sin demora.

El doctor Succulet, que manejaba un *dossier* atiborrado de fichas —algo así como un *dossier* policíaco sobre el bazo, el hígado, los riñones, etcétera—, se informó del pasado de Babasse. ¿Había tenido la varicela, inflamación de la parótida, el tifus, la escarlatina...? ¿A qué edad?

—Me dirá usted que pude habérselo preguntado a la enferma directamente. Pero tengo por principio no embarullar con demasiadas preguntas al paciente en la primera consulta. Hay que atenerse a lo esencial.

El doctor Succulet inquirió luego acerca del pasado reciente de Babasse. Para

algunas mujeres jóvenes, el matrimonio produce un efecto de choque, con repercusión en las partes débiles del organismo. En algunas se producen violentos brotes de eczema (el vientre y los muslos se ponen color vino). En otras es un brusco adelgazamiento y, en otras más, un derrumbamiento de los nervios, con crisis de lágrimas y de postración. Todo ello en correlación con el hígado, agente regulador por excelencia.

—Excúseme si soy indiscreto, pero, en las primeras relaciones dentro del matrimonio, ¿comprobó usted acaso en su joven, esposa algunas anomalías que pudieran hacer suponer que los ovarios rechistaban?

—No estuve muy atento a ese aspecto de la cuestión...

—¡Sí, sí, comprendo! Un recién casado tiene otras ideas en la mente. Y es muy natural que la cuestión médica sea dejada de lado en ese momento. No obstante, recurra a sus recuerdos. Si lograra usted rememorar algo característico, eso me facilitaría sin duda la formulación de un diagnóstico preciso. El hígado es la fuente de los malestares o, por el contrario, se ve afectado de rechazo.

—Entonces, señor profesor, ¿su diagnóstico no está aún absolutamente formulado?

—Mi querido colega, no precipitemos las cosas. Y, sobre todo, cuidemos de evitar todo prejuicio de salida. Sabe usted tan bien como yo que el enfermo se entrega poco a poco. Hay que indicarle el camino de su verdad interior. Suele ocurrir que encuentre dificultades en definirse.

Suffock celebró aquel método, que él mismo aplicaba a sus clochemerlins para incitarles a volver. («Decididamente, empleamos todos los mismos trucos», se dijo con la satisfacción de comprobar que los grandes jefes no obraban de modo distinto que él).

—En todo caso —prosiguió el doctor Succulet—, nada inquietante por ahora. Esto sí que puedo afirmárselo.

«¡Y que lo digas! —pensó Suffock—. Babasse está hecha un encanto». Contestó, sin embargo, con toda el alma:

—Me quita usted un gran peso de encima, señor profesor.

—Estoy persuadido de que en su joven esposa, encantadora, dicho sea de paso, triunfará el lado sano de su naturaleza. Yo ayudaré a ello con todo mi poder, si ella se digna confiar en mí.

—No dejará de hacerlo y yo cuidaré de que así lo haga. ¿Y en cuanto a sus honorarios, respetado señor profesor?

—Dejemos eso, mi querido colega. Su joven esposa es un tema demasiado atractivo... Ha puesto sol en mi atardecer... Me lo dije después que se fue: «Siuviésemos muchos enfermos de ese tipo, el oficio se tornaría un placer».

El profesor Bobolat no había sido menos sensible a la belleza de Babasse y a su apariencia de salud resplandeciente. Por lo que era lástima... Se explicó como sigue, a propósito de la joven:

—He descubierto en ella un indicio que está en desacuerdo con su morfología algo protuberante, gloriosamente protuberante, debiera decir. Veo en ello la amenaza de un desequilibrio funcional que me inquieta...

«El viejo sobón alude a los senos de Babasse, reputados como intocables. La cosa tiene aspecto de obsesionarle». En efecto:

—Se lo digo entre nosotros. Temo un complejo epidérmico que pudiera ligarla y que, por un fenómeno de contención, podría repercutir sobre el funcionamiento normal y liberador... Sí, he dicho liberador, *mi joven amigo*...

Aquel «joven amigo» decía hasta qué punto la emoción ganaba al profesor al evocar las formas nutridas, que parecían salirse del corpiño, de la encantadora Babasse.

—¿Acaso es grave, señor profesor?

—No grave, a decir verdad. Aunque... Vea usted, siempre he concedido una extrema importancia al buen equilibrio de los centros emocionales femeninos. Son la sede de una potencialidad que, por el apaciguamiento que procura, extiende sus beneficios a todo el organismo. Creo en un sistema de irrigación de los humores... No sé si me sigue usted bien...

—Creo comprender, señor profesor.

—No le pido confidencias. Pero, siendo el marido, puede usted captar entre líneas... El florecimiento total de una mujer joven en el matrimonio... En resumen, ¡insisto!

—Sí, señor profesor.

—Le ruego que use usted toda su influencia sobre ella para que acepte someterse a un tratamiento que le aplicaré personalmente. He creído notar en ella cierta inhibición. Si triunfamos de la misma, y le prometo que aportaré para conseguirlo mis cuidados más delicados, estoy persuadido de que eso tendrá una feliz repercusión en su estado general. Lo primero que hay que hacer es relajarla.

—Insistiré en lo del tratamiento. En lo que refiere a sus honorarios, señor profesor...

—No ignora usted que he concedido a su esposa un descuento importante. Sin embargo, iré aún más lejos, si ella consiente en volver. Dígale que se presente completamente sosegada... Si se digna volver, llegaré hasta el *cincuenta por ciento de rebaja*.

Al profesor le hizo falta un esfuerzo sobrehumano para arrancarse aquellas palabras de la boca. Pero parecía presa de una fascinación que se leía en todos sus rasgos. Sin duda, rememoraba los lozanos atractivos de Babasse, en su triunfante desnudez.

—Es considerable, ¿verdad?

—Enorme, señor profesor. No sé cómo agradecerélo.

—Cincuenta por ciento, mi joven amigo. Para que vea la importancia que doy a la curación de su mujer y cuánto deseo que sea obra mía. Pero ¡cuidado! Que esto no se

sepa. Algunos de mis colegas, se jactan de celebrar consultas gratuitas. Eso equivale a baratear la ciencia, ni más ni menos. Son ese tipo de cosas lo que la desacredita. ¡Una práctica criminal!

Todos los especialistas que Suffock fue a ver después del paso de Babasse habían guardado un recuerdo enternecido de aquella joven consultante, tan bien formada, que olía a jardín, a flores y a frutas. En cuanto al deleite de los ojos, era una bendición del cielo. Hasta el punto que parecía monstruoso creerla enferma y todos se devanaban los sesos a este propósito. Mas ninguno se había atrevido a decir por cuenta propia a la joven: «No tiene usted nada, vuélvase a casa con toda tranquilidad». Además de que habría supuesto una pesada responsabilidad, contravenía el verdadero espíritu médico. Debe creerse a quienes se dicen enfermos. Credo de base, incluso si la manía aparece manifiesta, porque esa manía resulta provechosa para los grandes especialistas. Así ven volver periódicamente a las mismas personas quejumbrosas que, habiendo hecho devanar los sesos a todo el mundo con sus molestias, ya sólo encuentran a los médicos para escucharlas. Succulet se había creado una reputación por su infatigable paciencia en opinar. Sus diagnósticos iban al encuentro del desiderátum del enfermo. Aquello le aseguraba un sólido caudal de clientela, semejante a la suscripciones para los periódicos. Pero no se podía acusar a Babasse de maniática y, menos aún, de sospechosa de simular por abnegación conyugal.

A favor de la simpatía general provocada por su joven esposa, Suffock logró trabar relación con los ases. Lo aprovechó para orientarles acerca de las nuevas posibilidades medicinales que ofrecería una gran estación termal en el Ródano. ¿Acaso no acrecentaría la gloria de la medicina regional (y la escuela lionesa era justamente renombrada) disponer de una ciudad balnearia a cincuenta kilómetros aproximadamente de la gran ciudad del sudeste, tan bien emplazada para dirigir toda una región? En lugar de dispensar a los enfermos en estaciones distantes, se les agruparía en un «perímetro medicinal vigilado» (la locución era suya) fácil de controlar. ¿Por ventura aquello no presentaba un gran interés?

Puso en juego, sobre todo, la patriotería localista, pues la cuestión intereses no intervenía más que como fondo, por así decirlo. No pretendía de momento sino lanzar la idea y que ésta fuera abriéndose camino. No nombró a Clochemerle. Tenía demasiado miedo de que le birlasen su manantial. Se proponía conducir el ánimo de los médicos a pronunciarse al respecto, antes de poner por entero sus cartas boca arriba. Había, por lo demás, una sombra en aquel cuadro: él carecía de bases financieras. Y a ese propósito, no cabía hacerse ilusiones. Los médicos estarían prontos a echarse sobre la estación tan pronto como ésta tomase la salida, pero no soltarían un céntimo para contribuir a su fundación y a su lanzamiento. Dirían púdicamente que las cuestiones de dinero no eran de su incumbencia.

Fue entonces cuando Tonio Texas tropezó con el doctorcito. Sus personalidades habían de engancharse fatalmente, por pertenecer ambos a la escasa minoría de Clochemerle cuyas actividades rebasaban el marco estrictamente local.

Texas comenzó por fijarse en Babasse. Preguntó quién era aquella lozana mujercita, tan risueña, tan agradable y tan bien formada. Precisemos que Babasse poseía la vitola de la Lollobrigida y de Martine Carol, aunque estas bellezas gloriosamente pechugonas todavía no fuesen conocidas. Era, como estas celebridades, perfectamente proporcionada dentro de su corta talla y ya sabemos que sus senos, situados en alto, escapaban victoriosamente a las leyes de la gravedad que atraen hacia el suelo tantos pechos consternadores. Tal es la causa de que la hayamos comparado con las dos *stars* citadas. Pero, a diferencia de dichas *stars*, no había en ella ninguna actitud rebuscada, puesto que no tenía la obligación de fascinar multitudes con un talento de actriz, realizado, si se terciara, por los escándalos de una vida privada caprichosa. No cobrando las sumas fabulosas que se pagan a las princesas de la pantalla, sus cualidades femeninas no presentaban ningún síntoma de mercantilidad. Vivía lejos de la gloria, con una naturalidad espontánea, rodeada por la admiración afectuosa de los clochemerlinos, que la citaban entre las damas del burgo. Conmovidas por su juventud, su gentileza y su franqueza, las mujeres no la detestaban. Hasta las solteronas se privaban de chismorrear acerca de ella y de atribuirle líos desvergonzados, hasta tal punto era popular.

La primera vez en que Texas tuvo ocasión de dirigirle la palabra a Babasse, le dijo sin tapujos, con el aplomo del hombre rico:

—¡Me gusta usted!

Y añadió, para dejar bien claro que no había ningún equívoco en el cumplido:

—Si tuviese una hija, quisiera que se le pareciese. Por edad, podía haber sido su hija, en efecto, como hubiera podido ser la nieta de Mouraille. Era, sin duda, un sentimiento de paternidad inhibida lo que hacía interesarse al viejo doctor por la mujer de su joven colega y prestarse a todo por servirla. El encanto de Babasse tenía la rara característica de lograr que uno se desviviese por buscar mil maneras de agradarla. Y, por lo demás:

—Escuche, pequeña —dijo Texas—, si necesita algo, no haga cumplidos. Estoy enteramente a su disposición.

—Para eso —respondió Babasse—, tendría usted que hablar con Leo. Es mi marido.

—¡Qué suerte tiene el bribón!

—La merece —dijo seriamente Babasse—. Es inteligente. Tiene grandes proyectos, proyectos como para remover todo el pueblo.

—¡Eso me gusta! —exclamó Texas—. Veré a ese chico. Y cuanto antes mejor.

Se dieron cita para el próximo domingo. Aquel día, Suffock no tenía consulta y, salvo caso urgente, podía disponer de su tarde. Babasse quería que se reuniesen en su

casa, pero Texas no aceptó.

—Déjelo —dijo—. Eso supondría mucho jaleo para usted. Voy a encargar un buen almuerzo en «Casa Adèle», que nos reservará un salón para nosotros solos. ¿Qué le gustaría comer?

Como buena esposa, pidió un menú que correspondía a los gustos de su marido. Sabía que la buena mesa le haría más brillante y persuasivo. Léo y Texas formaban la conjunción de las ideas y el dinero. Por grande que fuese la confianza que tenía en él, se decía que su maridito no conseguiría remover montañas él solo, que necesitaba ser apoyado por el poder. Aquel Texas representaba justamente el poder; ¡un aventurero que había conquistado América, que transpiraba dólares a porrillo!

«¡El tipejo tiene algo en la cabezota!». Tal fue la conclusión de Texas, al cabo de algunas horas de conversación con Léo Suffock. Había empezado por encontrarle pedante, aburrido con su rebuscado vocabulario. Daba la impresión de escucharse a sí mismo con complacencia. Pero había que hacerle justicia: no hablaba por hablar. Suffock traía consigo una cartera que contenía sus *dossiers*. A medida que avanzaba, se desprendía de su informe una claridad tal, un conocimiento tan evidente de su tema, con respuesta a todas las objeciones, que Texas quedó seducido. ¡Y Babasse parecía creer tan firmemente en el proyecto! Sonreía como diciendo: «¿Verdad que es estupendo mi hombrecito?». En todo caso, su programa contaba con sólidos puntos de apoyo. Existía la materia prima, al igual que el emplazamiento y el marco. Sólo faltaba iniciar el tam-tam en torno. Era una cuestión de medios.

A las seis de la tarde, habían vaciado totalmente dos magnums de champaña, la mayor parte del cual se sopló Texas.

—Su historia puede interesarme —dijo entonces—. Necesito moverme, hacer algo. Ahora bien, que quede bien entendido: si entro en el asunto, usted se encargará de los matasanos y que yo me ocuparé del resto.

—Pero es que... —dijo secamente Suffock, que ya se veía desposeído—. ¡No estoy dispuesto a concederle a usted plenos poderes! El inventor soy yo, no lo olvide.

—No pretendo quitarle su invento. Me limito a considerar lo que es posible y lo que no. Yo seré quien exponga los primeros capitales. Sin capitales, no puede usted emprender nada.

—¿Y qué me quedaría a mí? —preguntó Suffock, que batallaba firme en su posición.

—Le nombraré director médico de la estación. Consejero técnico, o lo que usted quiera.

—¿Con qué honorarios?

—Los honorarios no significan nada. Es la participación en los beneficios lo que cuenta.

—Supongamos —dijo Suffock— que no haya beneficios.

—¡No diga usted burradas! ¿Puede usted creer por un solo instante que yo iba a meterme en un asunto que no aportase beneficios? Escuche bien lo que voy a decirle:

quiero que el agua de Clochemerle dé igual rendimiento que el petróleo en Texas.
¡Para ello, confíe en mí!

—Ponte de acuerdo con él —aconsejó más tarde Babasse a su marido—. No encontrarás nada mejor.

—¿Te inspira confianza?

—Sí —afirmó Babasse—. No es la clase de tipo que acostumbra a estafar.

Y así fue como Tonio Texas tomó el asunto en su mano.

Capítulo 6

Texas en acción

Si se quería explotar el agua, hacía falta asegurarse en primer lugar la posesión del manantial. Éste brotaba en un terreno denominado el campo Borniaud, propiedad de Victorin Chupaz, el hombre de más malas pulgas de todo Clochemerle, un tipo que llevaba la contradicción en la sangre. Litigioso como ninguno, entrampado en todas partes, resultaba intolerable vivir con él en plan de vecindad o de medianería. Había sostenido un proceso de quince años contra su suegra por una fruslería, que él se había encargado de empozoñar a modo. Sin embargo, había tropezado con una urraca tan terca como él, que dilapidó en aquel asunto parte de la herencia que hubiera debido dejar a su hija. Acabó ganando, y entonces se dio prisa en morir, dejando a cargo de Chupaz el pago de las costas, antes de que éste tuviese tiempo de contraatacar una vez más. Esto le produjo ictericia y juró vengarse sobre los demás de su maldita suegra, aquella carroña que había sacado del proceso sus goces supremos y a quien metieron en el ataúd con un rictus sardónico en los labios.

Hubiera debido desconfiar, no obstante, no ignorando que la susodicha suegra había martirizado a su plácido marido. Y martirizado hasta el punto que éste prefirió detener en seco su vida, a los cincuenta y dos años, atiborrándose de cabeza de ternera a la vinagreta, manjar por el que se pirraba. Pero ni siquiera la cabeza de ternera le entraba ya en presencia de aquella sucia cabeza de cerdo. Su tenedor cayó sobre el plato, y él se quedó allí, con los dos codos encima de la mesa, contemplando a su furia con una mirada inconmensurablemente vacía. Creyendo que osaba desafiarla, su mujer comenzó a injuriarle. Pero aquello no podía ya afectarle, porque había tomado sus distancias de una vez para siempre. Cuando ella se levantó para abofetearle, se derrumbó de costado y resbaló bajo la mesa, todo lo muerto que se puede estar y tan indiferente como suelen serlo los muertos.

La viuda abrió la ventana para gritar que le había ocurrido una desgracia que la sumía en la más honda aflicción. En cierto sentido, era verdad. Una mujer que se ha acostumbrado a hostigar a un hombre durante veinticinco años se pregunta, cuando éste viene a faltar, en qué demonios podrá ocuparse durante el resto de su vida. Afortunadamente, tenía un yerno sobre quien trasladar la suma vindicativa de los ultrajes que hubo de sufrir en el matrimonio. Pues se decía incomprendida —como tantas mujeres—, sin otra explicación. Una frase del difunto, bastante enigmática, pudiera quizá dar la clave de aquel equívoco. En el período acalorado que sucede a

las nupcias se le había ocurrido decir: «¡Falta mantequilla en la rebanada!». Algunos clochemerlinos habían parecido comprender lo que aquello significaba. Luego, el esposo no volvió a hablar de ello. Al parecer, se había resignado.

El campo Borniaud seguía en barbecho. Esto no impedía a Chupaz rodearlo de alambradas aceradas, tendidas entre estacas que él mismo hincaba. Aquella manía hacía sonreír a unos y enfadaba a los más. El terreno había servido mucho tiempo como punto de citas y de *picnics*. Puesto que no lo cultivaban, se debía a pura maldad el prohibir el acceso a él. La malevolencia lo transformaba en un depósito de detritus, arrojados por encima del vallado. La gente menuda cizallaba la alambrada y rompía las estacas, por el simple gusto de oír gritar a Chupaz que les tiraría de las orejas a los pequeños saboteadores y que les llevaría ante la justicia, tras haberles entregado a los gendarmes. Pasaba en su campo noches enteras de acecho, vagando armado de un garrote, como una fiera enjaulada.

Cuando el manantial comenzó a brotar, semejante a un chorrito de agua de huerto, Chupaz intentó canalizarla cavando un regato. Pero el caudal, aumentando rápidamente, desbordó el regato y se llevó por delante estacas y alambradas. Los vecinos se quejaron y amenazaron con procesar a Chupaz, que anegaba sus tierras con una inundación devastadora, privándoles del provecho que antes sacaban de ellas. El alguacil Grimardouille no paraba de hacer atestados. Ya podía decir Chupaz que él no tenía nada que ver en aquello, que ocurría contra su voluntad, pues se le replicaba que él era responsable de su agua y del cataclismo permanente que resultaba de ello. Ya estaban en deliberación varias denuncias en el tribunal de Villefranche. Chupaz trató de defenderse diciendo que se trataba de una fantasía del subsuelo, que afectaba por tanto a todo el municipio y que éste tenía obligación de intervenir. La municipalidad contestó que si el campo Borniaud hubiera sido tierra comunal (precisamente se había ofrecido a comprarla tres años antes para transformarla en campo de deportes), habría tomado la responsabilidad sobre sí. Pero, puesto que se trataba de una propiedad privada —y sobre este punto Chupaz era más intransigente que nadie— no le quedaba otro recurso que despabilarse solo.

Así estaban las cosas cuando apareció Texas, quien había tomado ya una decisión tras algunas entrevistas más con el doctor Suffock. Fue al encuentro de Chupaz.

—Lleva usted un feo asunto sobre las costillas —le dijo—. ¿Cómo se propone usted salir del paso?

—Litigaré —respondió Chupaz tercamente—. Litigaré y relitigaré.

—¡Eso le costará muy caro, amigo mío! Y no servirá para cortar el agua.

—Me lo gastaré todo —dijo Chupaz, sombrío.

—Haría usted mejor en venderlo.

—¿Vender? ¿Y quién querrá comprar ese catastrófico campo?

—Yo —contestó Texas.

—¿Usted? —preguntó Chupaz, desconfiando en el acto—. ¿Y para qué lo quiere?

—Eso es cuenta mía —dijo Texas.

—¿Cuánto me daría por él?

—Lo que vale, o más bien, lo que valía antes de que apareciese el agua.

—Nequaquam —dijo Chupaz—. Vale el doble.

—Si prefiere usted el papel sellado, puede conseguir todo el que quiera. Cuando se canse, venga a verme. ¡Salud!

En el fondo, el precio importaba poco, pero Texas no quería que cundiese el rumor de que le podían tomar el pelo. Y tenía su plan. Se presentó en seguida como, comprador de todas las tierras inundadas. Lo hizo discretamente, actuando por medio del notario, quien convocaba en su domicilio a todos los interesados. Éstos, viéndose ante la perspectiva de un pleito, a propósito de un terreno que ya no podían explotar, no pusieron dificultad alguna para vender. El precio ofrecido era el que estaba en curso en la región, acrecentado por una pequeña indemnización por los perjuicios sufridos. Un negocio correcto, más bien ventajoso. Pronto el campo Borniaud quedó circundado por las posesiones de Texas. Cada vez que una nueva compra era concluida, se presentaba una nueva denuncia. Y aquellas denuncias tomaban proporciones abrumadoras, por el hecho de que Texas calificaba de «terreno para edificar» sus adquisiciones. Añadía, a mayor abundamiento, un plan de vastas construcciones, previstas como «estación de cura y de reposo». Los perjuicios alcanzaron rápidamente una cuantía tal que Chupaz se halló situado ante la ruina pura y simple. Tuvo que capitular y aceptar el precio propuesto.

Propietario ya de las hectáreas que codiciaba, Texas fue a visitar al senador en su casa.

—Tengo grandes capitales disponibles —le dijo—. Quiero hacer algo por mi pueblo natal.

—Es una buena idea —respondió el cazurro de Piéchut— esa de invertir en Clochemerle. Difícilmente hallaría usted dónde situar mejor su dinero. ¿En qué consiste su programa?

Texas no quería revelar nada antes de haber sondeado al tipo.

—Prefiero no hablar de ello por ahora. Deseo exponerlo ante el consejo municipal reunido en pleno.

—Es que... —adujo Piéchut— no está usted calificado para dirigirse directamente al consejo municipal. Eso es privilegio de los electos. Por el hecho mismo de su elección, son los gerentes de los bienes de la comunidad.

—No tengo intención de tocar esos bienes, sino muy al contrario de acrecentarlos.

—Le felicito por ello y le doy las gracias. Sin embargo, no puedo hacer más que repetirle: todo lo que concierne a la comuna debe ser objeto de un informe previo. Ese informe ha de ser presentado en sesión para su examen. Se delibera y se zanja el asunto por votación, tras haber nombrado una comisión de estudio si se estima necesario. Presente un proyecto por escrito. Lo examinaremos con todo interés y toda

benevolencia...

—No presentaré ningún proyecto por escrito —dijo Texas—. No es un cuento de tres al cuarto lo que quiero someter a los ediles.

—Cuando el farmacéutico Basèphe, benefactor de la comuna, quiso hacer construir a costa suya un estadio y una piscina para donarlo al pueblo, hubo informe, deliberación y votación.

—¡Una piscina no es nada importante!

—El señor Basèphe acaso no tenga tantos medios como usted. Quise decir que existe un precedente y que todo el mundo ha de pasar por ello.

Texas hizo ademán de dirigirse hacia la puerta.

—¡Esta bien! —dijo—. Si la municipalidad se burla de cien millones de francos, no se hable más de la cuestión.

Piéchut creyó haber oído mal.

—¿Cuánto ha dicho usted?

—Cien millones —confirmó Texas—. Y aún eso no será más que el primer golpe, porque a la gente le entrará el prurito de largarnos cheques por entrar en el negocio.

—¿Entonces se trata de un negocio?

—No pensará usted que voy a desembolsar cien millones para una sala de baile o para reconstruir el monumento a los muertos que, sea dicho entre nosotros, es un verdadero engendro.

—Está labrado en buena piedra —refutó Piéchut—. Es obra de un escultor que casi alcanzó el Premio de Roma. El partido le había recomendado.

—Cien millones o nada —atajó Texas—. Se toma o se deja. Pero yo impongo las condiciones.

El senador encendió su pipa y arrojó al aire dos o tres espesas bocanadas de humo, tras haber apretado el tabaco con un dedo. Luego se frotó el occipucio, lo cual era en él señal de reflexión. Por último, dijo:

—Evidentemente, para una suma tan elevada, puede enfocarse un trámite especial. Hablaré al consejo. ¿Garantiza usted esos cien millones?

—Sí, si es que se me permite obrar a mi manera.

—¿Cuándo desea usted que le escuche la municipalidad?

—Cuanto antes mejor. No conviene perder el tiempo cuando hay dinero que ganar, mucho dinero. Este pueblo no hace más que vegetar. Hay que sacarlo de su letargo.

—Cien millones —repetía Piéchut—, cien millones...

—Voy a hacer la fortuna de Clochemerle.

—No veo cómo. Clochemerle es un país de vinateros. Lo malo es que el excesivo parcelamiento de la propiedad hace que el vino rente poco. Nuestras gentes no se ven recompensadas por su labor, bastante ruda, por cierto.

—¡Le echaré agua al vino!

—Hablar de agua en Clochemerle significa un atentado al honor del país.

—¿Es que las gentes de aquí se empeñan en morir pobres?

—Quiéren morir viñadores, es todo cuando puedo decirle.

—No seré yo quien se lo impida. Me gusta el vino como al que más. Y nuestros viñadores conocen su oficio.

—¿No querrá usted exponerme un poco su negocio? —preguntó Piéchut.

Texas estimó que ya podía hacerlo, puesto que veía al senador conmovido: los cien millones habían surtido su efecto. Se dijo que necesitaría a Piéchut, de su apoyo, de su influencia local, de su poder en París. Formando parte del Gobierno, podía facilitarle las cosas. Parecía atinado meterle en el juego.

—A fe mía, con gusto le confiaré a grandes rasgos mi proyecto. Porque usted será el primer interesado en él.

—¿Y cómo? —preguntó Piéchut, muy atento.

—Es usted el alcalde de un simple burgo pequeño. Haré de usted el alcalde de una verdadera ciudad. Esa ciudad constituirá una gran encrucijada donde se encontrarán personas venidas de todas partes y que dejarán aquí su dinero.

—¡Un momento! —dijo Piéchut, y llamó—: ¡Noémie!

—¿Sí? —dijo una voz a través de la puerta entornada.

—Trae algo de beber. De la reserva.

Noémie Piéchut compareció en seguida, portando una botella polvorienta y vasos que dejó sobre la mesa. Era una mujer alta y flaca, de edad indefinida, que tenía gestos de sirvienta. No obstante ejercía un tiránico reinado sobre su territorio secreto. Administraba la casa con rigor, intervenía en los menores detalles del gasto, tenía prontas las liquidaciones que su marido necesitaba, sin pedir explicaciones. No la presentó. No era su costumbre, como ella tampoco tenía por qué saber quién le visitaba. No pronunció una palabra y desapareció silenciosamente.

—¿Alcalde de una ciudad, decía usted? —empalmó Piéchut, escanciando.

Picaba el anzuelo. Rico, senador y ministro, pero salido de abajo, Piéchut no se sentía aún saciado de importancia y honores. Había catado el poder y el poder constituye una droga, un tóxico que jamás apaga la sed. Situado por encima de las leyes, adulado por doquier, el hombre acabó por creerse superior. Aquel político de la izquierda moderada, masón como todo buen radical de su generación, había logrado deslizar a su hija, Francine, en un ambiente aristocrático, haciéndola casar con un tal Gaëtan Gonfalon de Becq, de buen linaje regional, si bien, desgraciadamente, con el agua al cuello. Tuvo que aflojar bastante la mosca para proporcionar a su hijo el honor de poder usar la partícula *de*. Sin embargo, a través de ella, su propia descendencia, sacada de la gleba, tendría acceso a aquella casta, abatida en 1789, que el esnobismo ha restablecido con todo su prestigio. Sin duda el yerno no era, desde el punto de vista intelectual, un sujeto brillante, pero ¡qué importaba! La sangre de los Piéchut era lo bastante fuerte como para renovar la raza y hacer de sus nietos jóvenes aristócratas fornidos. Dentro de veinte o treinta años, nadie se remontaría ya a sus orígenes.

Hacía mucho tiempo —Piéchut no era entonces más que un mocoso de diez años —, la baronesa de Courtebiche, de soltera d'Eychaudailles d'Azin, mujer joven en todo el esplendor de su exuberante belleza, le había sorprendido meando en los fosos del castillo, con un lindo chorro en cascada. (Juego muy extendido. Apretando el extremo del orificio de salida, a fin de aumentar la presión, se disputaban concursos de altura. ¿Quién no ha hecho eso en su juventud?).

—¡Vaya, chiquillo! —exclamó la bella mujer—. ¿Es que tienes empeño en enseñar ese pequeño salsifí?

Al pobre Barthélemy se le cortó el chorro y, rojo de vergüenza, no sabía dónde esconderse. Pero la gran dama, con aquel tono de indulgencia burlona tan suyo, añadió:

—Ya crecerá, chaval, y entonces todavía estarás más orgulloso de él.

Aquel recuerdo humillante había quedado grabado por mucho tiempo en la memoria de Piéchut. Y se sintió feliz cuando aquella misma baronesa, con ocasión de la boda de su hija, le dijo: «¡Ya es usted de los nuestros, mi querido senador!»: ¡Cuánto camino recorrido! ¿Y a qué no podía aspirar un viñador de Clochemerle que tan bien había conducido su barca? Verse un día al frente de Francia... Presidente del Consejo... El Elíseo... Se prohibía pensarlo. Y, sin embargo..., ¿acaso Falières no era un vinatero del Loupillon? Aquel precedente probaba que no se buscaban individuos trascendentes para representar a Francia, sino que, por el contrario, se evitaban. Así fue como el propio Clemenceau se vio apartado del primer cargo del Estado. Se decía que Briand le segó la hierba bajo los pies, repitiendo en los pasillos: «Si muere en el Elíseo, habrá que celebrarle un entierro civil. El efecto producido en el extranjero será detestable». ¡Evidentemente! ¡Aquello hubiese oído a bolchevique a la larga! Hay que hacer componendas con la Iglesia y tener en cuenta la opinión mundial.

La brillante boda de Francine era un sólido jalón plantado en el campo de la derechas, aquellas derechas que Piéchut combatía políticamente, pero con las cuales flirteaba y que trataba con miramientos. Solamente los doctrinarios se muestran inflexibles, con los consiguientes fracasos políticos, en general. «No se gobierna con inflexibilidad —decía el tonto de Bourdillat—, sino con inflexiones». La frase más ingeniosa que había pronunciado jamás y que hasta podía inducir a creerle inteligente. Por dicha razón, se suponía que no le pertenecía y que no hacía más que repetirla. El senador contaba con el parentesco por matrimonio de Francine para reclutarle votos inapreciables si algún día el *outsider* Piéchut, a falta de que en Versalles pudiesen ponerse de acuerdo acerca de Fulano o Zutano... Cosas por el estilo se habían visto con anterioridad... Ensueño, sin duda, pero ensueño al que él volvía con complacencia, durante las horas en que edificaba su propia estatua.

Su triunfo, por lo demás, le había costado muy caro. Hubo que instalar al joven matrimonio en París, en el distrito XVI (avenida Henri-Martin) y proporcionarle los medios de subsistencia para vivir a gran tren. Pues era importante que Francine se

tornase parisiense y que sus hijos fuesen parisienses de nacimiento. (A éstos se les reconoce en todas partes y ellos se apresuran a hacérselo saber a todo el mundo. «Soy de París», declara el chaval de seis años, y con qué tono de superioridad, a sus pequeños compañeros de vacaciones, encontrados en el mar o en la montaña).

Gaëtan tenía un nombre, prestancia, modales, un bonito barniz de educación mundana... Bailaba bien y sabía vestir. Eso aparte, valía para poca cosa, pensaba Piéchut, resuelto no obstante a pagarse un yerno de lujo.

—¡Pero papá, sabe jugar al golf! —había declarado Francine.

Piéchut no veía qué interés podía tener jugar al golf, juego que desconocía en absoluto. En materia de deporte, sólo conocía los bolos. Mas en verdad que Gaëtan era buen jugador de golf (7 de *handicap*). El alcalde de Clochemerle, algo menguado de origen, quedó deslumbrado el día en que su yerno, que le había llevado a Saint-Cloud, le designó a muchas personas de fortuna y con título que, tocadas con sus gorras o con extraños sombreritos estrujados, se alejaban por los *links*, seguidos de sacos enormes portados por los *caddies*. Y había que ver la seriedad que ponían en el contorsionarse para pegarle a una pelotita y hacerla revolotear por los aires, a riesgo de perderla en los campos. Se quedó estupefacto cuando le dijeron que el juego consistía en arrojar delante de sí la pelotita a través del campo, sobre seis o siete kilómetros, para meterla dieciocho veces, mediante unos raros trebejos, en hoyos que tenían el diámetro de una taza de té. «¡Qué ganas de complicar las cosas!», dijo. Pero tuvo conciencia de haber penetrado en un mundo cerrado y de que aquel mundo representaba el *súmmum* de la crema social. Comprendió que aquel ambiente tenía sus ritos y sus mitos. (Por ejemplo, las famosas copas, de las que todos los adeptos son ávidos. Y para ellos, el jugador *scratch* se convierte en un dios). Se impresionó asimismo al ver a su hija evolucionar con soltura en aquel ambiente, brillar incluso y oyó repetir que ella «pasaba bien la cadera». Se dijo que aquella elevación de su hija se la debía al joven Gonfalon de Becq. A partir de entonces, no retrocedió ante ningún sacrificio. Le compró al marido una gran compañía de seguros y le encontró un apoderado capacitado y trabajador. Las relaciones del distrito XVI hicieron el resto. Gaëtan pudo dedicar su tiempo al deporte en el que ya brillaba. Deseaba mejorar su clasificación, trepar al 2 o al 3 de *handicap*. Aquello sólo podía hacerse a costa de una penosa labor, casi cotidiana, y numerosas lecciones. Y sus buenas rondas de *whisky* en el bar. Sin embargo, para él era algo de una importancia capital. A fin de reconocer las generosidades del suegro, le hizo un chico a la hija de aquél. ¡Maravilloso! Fue un varón, el primer heredero del apellido, el primer Piéchut Gonfalon de Becq. El senador estaba loco por el niño. Después de la política, era lo que más quería en el mundo. Por aquel niño deseaba elevarse cada vez más entre los notables, hasta la primera fila, de ser posible. ¡«Nieto del gran Piéchut», vaya una herencia para legarle...! Por lo menos, él se daba a sí mismo esta razón. Su egoísmo se disfrazaba de altruismo. Y siempre llega un momento en que nuestro egoísmo aprovecha a los demás, puesto que les hemos de ceder lo que habíamos amasado.

Inútil reproducir detalladamente la conversación que siguió entre Piéchut y Texas. Los proyectos de éste servían de maravilla a los secretos designios del senador, quien, aunque se esforzaba en no dejar traslucir nada, no podía engañar a un tío del temple del exlegionario. Por último, el alcalde de Clochemerle declaró que el programa de su interlocutor servía al interés del pueblo y que él lo apoyaría sin reservas ante la mayoría de la cual disponía en el consejo municipal. Viejo maniobrero, puso en guardia al otro acerca de los errores que se debían evitar. Primero: no topar de frente con los viñadores de Clochemerle, cuya terquedad era proverbial. Segundo: no convenía a ningún precio que el agua eclipsase al vino.

—Ya encontraré un medio de conseguirlo —afirmó Texas.

El medio fue Léo Suffock quien lo encontró. El doctorcito tenía la mente fértil en astucias medicinales, a las que sabía dar un fundamento científico irrefutable. Partía del principio de que lo que no está probado está al abrigo de toda prueba. Ahora bien, en materia medicinal, nada es absolutamente demostrable, por ser la química de los cuerpos un terreno de continuos descubrimientos, adoptados durante cierto tiempo y pronto rechazados. Bien lo demuestra el hecho de que las teorías terapéuticas varían cada diez o veinte años.

—Fíjese en el caso de los alimentos crudos, por ejemplo. No hacen más que decir: coma cosas crudas, es sano y fortificante. Estoy seguro de que es una verdadera burrada. Cada año, al regreso de las vacaciones, compruebo numerosos casos de colibacilosis. ¿Y por qué? Porque la gente se ha atiborrado de alimentos crudos: tomates, brócolis, remolachas, pepinillos, rabanitos, melón. Nada peor para el intestino que el melón.

—Pero la fruta...

—¿La fruta? ¡Ja! Mire, conozco el caso de un muchacho a quien su madre había acostumbrado a comer enormes cantidades de fruta. ¿Sabe usted lo que se ganó? Una hermosa gastroenteritis crónica.

Aquello se acercaba un poco a la opinión de Mouraille, quien no quería oír hablar de las sulfamidas ni de todas aquellas drogas que lanzaban al mercado los industriales de la curación. «Yo confío en la aspirina —decía—. Después de ella, nada». Suffock, no obstante, atiborraba de sulfamidas a sus enfermos, porque era necesario resolver lo más apremiante y porque la gente quería sanar de un día para otro. Les acribillaba a inyecciones y sus recetas sólo contenían especialidades preparadas: aquello hacía ganar tiempo, además de evitar los peligros de error. Había aprendido este tipo de terapéutica como todos los de su generación. En cuanto al enfermo, es lo bastante maleable y crédulo para que se le pueda imponer cualquier tratamiento.

—El sufrimiento y el miedo conducen el mundo —decía—. La enfermedad reúne a los dos. En ello radica nuestra fuerza. Cuando la gente se encuentra bien, se burla de nosotros. Si cae enferma, acude y se torna dócil como un perrito.

Texas planteó a Suffock la cuestión de hacer triunfar el agua sin menoscabo del vino, el famoso vino de Clochemerle.

—Necesito de un sólido argumento para presentarme delante del consejo municipal, si quiero sacar adelante el asunto.

—Ha hecho usted bien al hablarme de eso —respondió Suffock—. Lo pensaré.

—No olvide usted que es apremiante. La reunión se celebrará la semana próxima.

—Me sobra tiempo.

—¡Usted, al menos, no parece ponerse nervioso!

—Mi querido amigo, si tuviera la mala costumbre de ponerme nervioso, estaría perdido. Cada dos por tres caigo sobre enfermedades imposibles, que caminan borrando su pista. Y no tengo más remedio que salir de apuros.

—¿Y siempre sale de ellos?

—Siempre. Vivo o muerto. Me refiero al enfermo, por supuesto.

—¡Total que ya no tiene usted ilusiones!

—¿Cómo que ya no tengo ilusiones? Las vendo, por el contrario. Es lo mejor de mi comercio... Vuelva dentro de tres días. Tendré respuesta para todo.

Una vez transcurridos los tres días, Texas preguntó:

—¿Ha encontrado ya, esa gran idea?

—La tengo —contestó apaciblemente Suffock—. Querido amigo, es muy sencillo: *haremos de Clochemerle una estación vino-termal*. VINO-TERMAL.

—¿El agua y el vino mezclados, si no he entendido mal?

—Más bien alternados. El método es nuevo y nos situará en cabeza de todas las estaciones existentes. Además de atraernos la atención de los agüistas. Gracias al régimen vino-termal, *haremos de Clochemerle una estación alegre*. No queremos una estación tipo gorro de dormir como muchas que existen. «La salud por la alegría», «Cúrese en medio de fiestas», «Brinde para encontrarse bien». ¿Qué me dice usted?

—Me parece excelente. Pero ¿sobre qué basará usted su método?

—Sobre principios sólidos, no tenga miedo. El vino tiene sus virtudes, como el agua las suyas. Y no vacilo en decir que posee virtudes medicinales si es de buena calidad. Cargaremos el acento sobre esas virtudes, de modo a definir un tratamiento que combinará en una proporción determinada el agua y el vino.

—¿Y cree usted que el cuerpo médico lo admitirá?

—Yo me encargo de ello —dijo el doctorcito.

—Sin embargo, dicen que el hígado y el vino no hacen buen matrimonio...

—Precisamente tengo la intención de utilizar ese antagonismo y de basar encima la de nuestra terapéutica. Si mis colegas no careciesen de imaginación, habrían pensado en ello hace mucho tiempo. Cuento con emplear el vino como agente provocador.

—¿O sea? —preguntó Texas, un poco aturdido por la flema del otro.

—Para un hígado enfermo, el vino actúa como un excitante. Al menos esto está admitido por ahora. Pero un hígado en estado de excitación es mucho más receptivo y el agua obrará tanto mejor sobre él. Piense en los efectos de una ducha fustigadora sobre un cuerpo sudoroso. No nos queda más que fijar qué dosis diaria de vino será la más provechosa a tal o cuál hígado, en función de su estado patológico. ¿Me comprende usted bien?

—¡No me parece nada tonta su historia!

—No solamente no es nada tonta, sino científicamente inexpugnable. Mi método, se lo hago notar de pasada, dejará al médico un margen cuantitativo muy apreciable. Baños, duchas, masajes y el resto serán iguales para todos. Pues habremos de adoptar medidas *standard* para la buena marcha del establecimiento. Es necesario trabajar por hornadas si se quiere obtener un buen rendimiento medio del personal. Solamente se podrá jugar con las dosis de vino. Esto proporcionará a los agüistas un tema de conversación y de comparaciones: «¿A cuántos centilitros tiene usted derecho?». Se podrá aumentar ligeramente la dosis en el transcurso de la cura. Será la prueba de que el tratamiento actúa.

—Pero ¿cómo se lo van a tomar los vinateros?

—A menos que se trate de empedernidos imbéciles, se unirán a nosotros. El papel de usted consistirá en convencerlos.

—Ignora usted lo difícil que es persuadir a las gentes de Clochemerle.

—Por ello voy a proporcionarle argumentos sólidos. Primeramente: no se prescribirá más que vino puro. Así el honor quedará a salvo. Segundo, nuestros viñadores venderán su vino sin molestarse, ya que lo expenderán a domicilio. Nada de rebajar los precios si los agüistas acuden en multitud. Tercero, no se tolerará más que vino de Clochemerle, con exclusión de cualquier otro. No se garantizará el efecto de la cura a quienes se obstinen en usar otra bebida.

—¡Fantástico! —exclamó Texas—. «Bebed vino de Clochemerle o reventad».

—Casi. Pero he encontrado un medio para imponerlo de otra forma. He aquí... Se creará una *Cosecha del Agüista*, o sea, una selección, o pretendida selección de los mejores caldos de la comarca, los más adecuados a nuestro tratamiento por razón de sus componentes antitóxicos. Esa *Cosecha del Agüista* figurará en todas las recetas. Con ese título, nuestros viñadores venderán su vino por encima del precio normal. ¿Le parece que podrán quejarse todavía?

—¡Formidable! —se entusiasmó Texas.

—Y no es eso todo. Lo que conviene a los agüistas es una bebida ligera. Así que ya no hará falta azucarado para acrecentar el grado de alcohol. Eso nos valdrá, a nosotros que no estamos enfermos, beber un vino ligero, aromático y límpido, que no fatigará ni cabeza ni estómago. Estoy convencido de antemano de que nuestro vino de régimen se tornará en el vino de los entendidos.

—Anoto —dijo Texas entusiasmado—: *vino-termal* y *Cosecha del Agüista*. Con esto, creo que el voto de la municipalidad está en nuestro bolsillo.

—También lo creo yo.

—Y déjeme que le diga una cosa: ¿es usted de veras un condenado matasanos!

—Querido amigo —dijo Léo Suffock, imperturbable—, ¿cuando se quiere hacer Medicina en serio hay que tomarse la molestia de reflexionar!

De nada hubiera servido presentarse ante el consejo municipal sin ser portador del decreto de interés público, punto de partida obligatorio de toda estación termal. Primero el decreto y luego el voto de la municipalidad. No cabía seguir otro camino. Tal fue la conclusión del dinámico trío Piéchut-Texas-Suffock, en el que el primero representaba a la política, el segundo a las finanzas y el tercero a la Medicina, a saber, las tres potencias que iban a decidir el porvenir de Clochemerle. En tal estadio, lo más apremiante era actuar en París. Piéchut se encargó de ello. Regresó a la capital provisto del excelente expediente preparado por Léo Suffock. Sabía a quién debía someterlo.

En la Academia de Medicina, el profesor Touille, Fortunat Touille, presidente, tenía una influencia preponderante. Se tenía la certidumbre de que, si él se pronunciaba a favor del manantial de Clochemerle, éste sería declarado de interés público. Tenía, por lo demás, todas las cualidades requeridas para serlo. Pero había que contar con una contraofensiva solapada de varias otras estaciones, que no se sentirían en exceso contentas de ver a la nueva quitarles parte de su clientela. La enfermedad significa una cifra de negocios que no es ilimitada. Era, pues, de prever que la competencia actuaría bajo mano, apoyada por agrupaciones regionales de hosteleros. Desgraciadamente, los votos pueden comprarse... Por lo tanto, resultaba capital garantizarse el concurso de Touille, cuya rectitud no ofrecía duda. Recibió una invitación de Piéchut. Ningún profesor, por grande que sea su renombre, es insensible a la invitación de un ministro.

En cuanto a restaurante, se ha escogido el «Maxim's». De comensales, los Gonfalon de Becq en gran plan mundano, haciendo Gaëtan un poco las veces del Fouquières de aquella velada. (Ha pasado al *maître* la consigna de tratar a Touille con la mayor deferencia y de deslizar aquí y allá: «Si el señor profesor desea...». «Si el señor profesor prefiere...»). Hay que dar al invitado la impresión de que sus acompañantes le han designado a todos como personaje de renombre). Francine está magnífica, vestida y peinada de maravilla, con todas sus alhajas en ristre. Se pavonea sonriente, mostrando sus dientes, muy blancos y regulares. Texas tiene a su lado a su bella Nathalie, en traje de noche, con sus hermosos cabellos negros lustrados y sus mohines de tierna enamorada. Sus brazos gordezuelos y su pecho comfortable relucen en un escote soberbio, de una carnación de morena con carne blanca. Se adivina que una sangre ardiente corre bajo aquella palidez. En cuanto a Texas, que tiene medios para pagarse un excelente sastre, porta el *smoking* con autoridad y su aplomo de hombre rico le hace encontrarse a sus anchas en todas partes. Léo Suffock está

igualmente presente, un poco seco y tajante, según su costumbre. Pero si se le lanza sobre las cuestiones de pura técnica, si se le interroga acerca de las virtudes curativas del agua de Clochemerle, se vuelve en seguida brillante. No, obstante, se le ha recomendado no hablar sino cuando se le pregunte expresamente y de mostrarse conciso. No hay que estropear con consideraciones áridas la atmósfera de esta reunión, que debe ser, ante todo, elegante y de tono ligero. Se supone que, a las diez de la noche, el excelente Touille debe estar de Medicina hasta la coronilla. Una selección de mujeres bonitas le hará olvidar su ruda labor y los espectáculos poco agradables que su profesión le pone ante los ojos. La encantadora Babasse, embelesada de verse en París en un marco esplendoroso, está aquí para compensar la tendencia de su maridito a tomarse a sí mismo exageradamente en serio. Agrada más escuchar su parloteo risueño que las disertaciones de su esposo.

Piéchut ha invitado también a una actriz de la Comedia Francesa que le dispensa sus bondades, bondades costosas, cierto, pero entra dentro de la gran tradición el mantener relaciones íntimas con una persona decorativa que no pasa inadvertida en ninguna parte. Louisa Réal descuella en el arte de llevar al último grado del refinamiento las entonaciones del escenario. Su célebre risa, una «risa de perlas desgranadas», se sitúa siempre en el punto exacto del diapasón y termina con gorgoritos que atajan la marejada de las conversaciones. Es muy halagador provocar esa risa, que ella no ofrece sino de buen grado. Incluso el administrador de la Comedia Francesa, por muy rezongón que sea, no es capaz de resistirse a ella. Sus buenas amigas, afirman que ella debe su éxito a esa risa y también a lo que hace «en el gobierno». La distinguida «societaria» tiene un *palmares* glorioso, en el que figuran presidentes del Consejo (al parecer, el Tigre^[12] había formado parte del número), monarcas extranjeros (se le atribuye a Eduardo VII, mientras era todavía príncipe de Gales) y algunos duques de sangre real. En este sentido, durante una veintena de años, formó parte del personal diplomático de la República, un personal que a veces se deslizaba por las puertas traseras, pero que, sin embargo, representaba un papel muy activo en los acercamientos de nación a nación. Si ha venido a caer sobre el senador es porque guerrea ya en la retaguardia de la galantería. Mas a Piéchut, que no se ha rozado sino tardíamente con la gran vida, todavía le parece buena. Se acuestan de vez en cuando entre un decorado Luis XV, con pomposo ceremonial que no le deja muy a sus anchas, pero que le confirma su acceso a los más altos puestos del Estado.

Por último, Piéchut ha invitado a una linda chica del teatro, de veinticinco años, cuyo talento puede discutirse, pero cuyo físico, ampliamente probado, está por encima de toda crítica: Cyrilette Pache. («Rilette» la llaman unos, «Rillette^[13]» otros, añadiendo que se la comerían con pan, ¡y hasta sin pan!). Es una criatura hechicera, satisfactoria desde todos los puntos de vista. Un poco sofisticada, porque hay que darse ese aire si se quiere triunfar, pero llena de fuego y de ímpetu. Además, muy buena chica, que no le hace remilgos a eso de acostarse en plan de compañeros.

Justamente se halla en *panne* de protector y dispuesta a lo que sea por volver al candelero. Su vestido es una obra maestra del desvestido, que permite, cuando se inclina, verla desnuda hasta el ombligo, pasando por las puntas lilas de sus lindos senos en forma de pera.

Se ha colocado a la Comedia Francesa a la derecha del profesor y, a su izquierda, a la joven actriz. A un lado, la declamación y los recuerdos vinculados a la Historia; del otro, el radiante calor y los efluvios turbadores. Ha quedado convenido con Cyrilette que el profesor se encargará de acompañarla a su casa. Si consigue que suba para beber una última copa y que se rezague en su casa (¡a ver si le flecha!), el consorcio la compensará a ella holgadamente. Si el profesor titubea (se dice que es muy tímido, absorto por su carrera laboriosa), no tiene más que pedirle una consultita a título gratuito. Algo que no se niega a una linda mujer, a la una de la madrugada. Podría quejarse de una punzada en la ingle, por ejemplo. Idea apuntada por Léo Suffock, quien ha precisado la situación de las glándulas en los tan interesantes surcos de articulación del bajo vientre. Total, esas disposiciones parecen no dejar nada que desear. Además, se había advertido discretamente al profesor que se trataba de una velada muy alegre, que transcurriría en compañía de encantadoras mujeres. Tal vez la presencia de *Madame* Touille no se imponía... El profesor hizo saber que acudiría solo, a condición de que se le llamase por teléfono, sobre las siete de la tarde, para una consulta urgente en casa de los Rothschild. (Se servía del apellido Rothschild para tapar sus pequeñas calaveradas).

La velada se desarrolló según lo previsto. Un poco envarado y tardío en arrancar, el profesor, una vez calentado convenientemente, abandonó toda pretensión de pontificar y dejó de lado las consideraciones médicas. Se mostró muy sensible al esplendor de las bellas que constituían el adorno de la mesa. Tenía aspecto de divertirse, hablaba de buena gana y, por lo demás, no carecía de ingenio, tanto más cuanto que dicho ingenio se veía aumentado por lo bien que eran recibidas sus menores palabras, como si los circunstantes estuviesen embelesados. Piéchut encarrilaba la conversación y tenía el tacto de callarse en los momentos oportunos (lo cual tiene un gran mérito en un político). La Comedia Francesa honró al invitado con sus trinos y le lanzó algunas ojeadas de largas pestañas parpadeantes, pegadas con rimmel, ojeadas antaño reservadas a los príncipes. Cyrilette hizo más aún, usando de la familiaridad y el atolondramiento que su edad autorizaba. Le entraba una risa loca cada vez que el profesor abría la boca y se inclinaba hacia él, brindándole el contenido de su corpiño, donde sus dos senos semejaban tórtolas en espera de caricias. E incluso, no pudiendo dominarse ya, oprimió frenéticamente el muslo del profesor repetidas veces.

Al día siguiente, Cyrilette telefoneó al senador. La punzada en la ingle había hecho bascular en su cama al profesor Touille, fuertemente achampañado. «Le

representé la escena del III», dijo, sin dar detalles. Pero podía confiarse en ella: una actriz de profesión está a sus anchas en las comedias de amor. Fuere lo que fuese, la hora en que el profesor llegó a su domicilio hacía suponer que había pasado la noche cuidando a todos los Rothschild de la creación.

—Tienen epidemia en su casa —dijo estropajosamente.

—¿Qué epidemia?

—Si lo supiera... Una epidemia de millonarios, es todo cuanto puedo decirte.

Parecía agotado. Se acostó y se durmió profundamente, dejando a *Madame Touille* velar su reposo, tras haberle prescrito aplazar sus citas. La esposa se dijo que los Rothschild comenzaban a exagerar si se les metía en la cabeza no devolverle su marido hasta el amanecer y completamente desinflado. No podía sospechar que su querido profesor acababa de entregarse a la causa de un manantial del cual se esperaban curaciones maravillosas.

De hecho, fue en el transcurso de aquella noche agitada cuando el *interés público* fue ganado a brazo partido. Todo el mundo había puesto su granito de arena, sobre todo aquellas damas, por su ímpetu y su belleza. No obstante, Cyrilette había hecho más que nadie. El consorcio le entregó los cincuenta mil francos prometidos (a cargar en la cuenta de las *public-relations*). Se tomó nota de que la servicial mujercita tendría derecho, vitalicio, a una temporada gratuita en el futuro Clochemerle, por haber hecho observar Léo Suffock que ella había sido una clavija maestra de la estación. Aquella fórmula fue muy aplaudida.

Por culpa del manantial de Clochemerle, el eminente profesor Fortunat Touille, presidente de la Academia de Medicina, se había lanzado tardíamente a los placeres desbocados. No obstante, la velada en «Maxim's» tuvo felices repercusiones. Los internos del hospital observaron pronto que el «patrón» rejuvenecía. Se tornaba menos didáctico, perdía gravedad, recobraba el gusto por las viejas bromas de los estudiantes de Medicina. Mostraba una reciente e inusitada inclinación, aunque muy viva, por el teatro, y contaba anécdotas que solamente puede conocer un habitado de entre bastidores. Vestía mejor y escogía cuidadosamente sus corbatas, a menos que las escogieran por él. Incluso se dejó crecer un bigotito de medio centímetro de ancho (teñido, creíase), que le daba un aspecto harto estrepitoso. «Hay unas faldas debajo de todo esto», se dijeron los internos, adiestrados en el diagnóstico. Un diagnóstico muy acertado.

Cyrilette había ingresado en la vida del profesor, que recibía de ella, a los cincuenta y seis años, la revelación de voluptuosidades perfumadas, de travesuras amorosas y de refinamientos que hasta entonces había ignorado. Ciertamente que ella pertenecía a una categoría de mujeres reputadas de peligrosas, a las cuales no se habría atrevido a atacar sin estímulos. Ofreció a la joven actriz una mensualidad sustanciosa y un lindo estudio en el muelle de Passy, a cambio de lo cual él tenía

licencia de acudir a retozar en su casa como un jovenzuelo. Touille descubría que una juventud estudiosa y los esfuerzos de una carrera encarnizada le habían dejado en la ignorancia de muchas cosas. Se sentía como un atrasado en la pasión y en el arte de echar canas al aire que por fin encontraba el modo de expansionarse. *Madame Touille*, casada con él veintiséis años antes, comenzaba a arrugarse y a deformarse y, por lo demás, nunca había sido una persona muy apta para el deleite. Sus actitudes de intimidad, totalmente pasivas, podían compararse a las de las clientes tendidas sobre el diván de cuero del gabinete de consulta. Con Cyrilette, por el contrario, la intimidad tenía un sabor, una alegría y una fantasía de las que jamás se cansaba. La jovencita no era sino risas, invenciones, alegres caprichos. Su uniforme de interior, cuando él estaba allí, se limitaba a un sostén. No porque su travieso pecho lo necesitara, sino sencillamente para prender en aquel sostén el emblema de la Legión de Honor del profesor, a quien ella llamaba familiarmente Mamouk.

Tan ligeramente vestida, Cyrilette, que había aprendido coreografía, danzaba para él sólo endiablados *french-cancans* y meneaba su lindo trasero. Aquello revigorizaba al profesor hasta un punto que a él mismo le sorprendía. Habían inventado un juego, el del fauno y de la náyade sorprendida, que les hacía olvidar la hora. Touille permanecía en uniforme de fauno cuando hubiera debido dirigirse a labores más graves. Había multiplicado hasta el máximo las «consultas Rothschild». *Madame Touille* se extrañaba de la fatalidad que se ensañaba sobre aquella ilustre casa. No obstante, los Rothschild resistían valientemente la enfermedad, pues jamás se veía en los periódicos esquila mortuoria alguna que se refiriese a ellos. De lo que ella concluía que el profesor desempeñaba superiormente su oficio, salvando de la muerte a los poderosos de la tierra.

Cyrilette no perdía de vista, entretanto, sus ambiciones teatrales. Consiguió que el profesor subvencionase una obra en la que ella debía intervenir, *Michette y los muchachos*. A consecuencia de una defección en el reparto, se le confió a última hora el papel de Michette, una diablesa harto bonita que sostenía pugnas con el sexo fuerte y que salía de apuros ventajosamente. La obra tuvo éxito y Cyrilette se hizo célebre bruscamente. Touille se sentía en la gloria.

Fue para el profesor un período de extraordinario dominio de sí mismo. Las felices disposiciones de su corazón se lo hacían todo fácil. Enunció diagnósticos de una lucidez fulgurante y obtuvo curaciones consideradas como imposibles. Hubiérase dicho que los cuerpos le entregaban sus secretos y se sometían a sus órdenes. Se le tenía ya por una de las grandes mentes de la Medicina contemporánea, pero espíritus malévolos, probablemente envidiosos, todavía rehusaban admitirlo. En los años que siguieron a su encuentro con Cyrilette, la reputación de Touille alcanzó definitivamente las altas esferas de la supremacía y nadie osó ya oponérsele. Fue en el transcurso de aquellos años cuando publicó sus dos famosos trabajos, *Los componentes orgánicos de la felicidad* y *Las toxinas residuales de la desgracia*, que han abierto nuevas vías a la psicofisiología.

El día siguiente a la publicación del decreto favorable al manantial de Clochemerle, el profesor era nombrado comendador de la Legión de Honor, hermosa promoción a su edad. Piéchut había prometido aquella promoción y cumplía su palabra. Sin embargo, el profesor tenía demasiada conciencia profesional para que la perspectiva de la insignia ofrecida en bandeja hubiese sido lo que le obligó a inclinarse a favor de Clochemerle. No vio más que una cosa, que la nueva estación termal permitiría cuidar y aliviar un número mayor de enfermos. Consideración capital a sus ojos, aunque lesionase ciertos intereses que no se atrevían a desenmascararse abiertamente. Es posible, pese a todo, que los atractivos de Cyrilette hubiesen actuado a favor del manantial y que el profesor, que a menudo lo tenía desnudo ante los ojos, pudiera haber sido influido por el físico de su joven amiga. No obstante, éstos son matices sutiles que el subconsciente no analiza y debe considerarse que la buena fe de Touille fue completa.

Cyrilette se portó con él con relativa lealtad. Reservando a Touille la pertenencia principal, tomó un protector de complemento, a quien sólo concedía dos días por semana. Lo hizo con ánimo de sincera amistad, a fin de aligerar el gasto del profesor, quien, por culpa de ella, no debía tener preocupaciones demasiado abrumadoras. Estimaba, por otra parte, que su infatigable cuerpo no debía permanecer improductivo una parte del tiempo, cuando las necesidades de dinero son cotidianas. Había que agregar a aquellos líos sus obligaciones profesionales, es decir, el acostarse con la gente de teatro, director, autor, regidor y algunos buenos camaradas. «Para entrar en el personaje es muy necesario que me acueste con el galán joven, ¿no es cierto?». ¡Loable escrúpulo profesional! Jamás Cyrilette había considerado la fidelidad como cláusula razonable de un compromiso de amor, sobre todo dada la profesión que ejercía, donde el comercio de los cuerpos es necesariamente el reflejo de los papeles que imaginan los autores. ¡Y Dios sabe la de cosas que se imaginan! Cyrilette consideraba que debía hacer feliz al profesor, evitándole el exceso de fatiga, a fin de conservarle para la Medicina.

Pese a sus pequeños deslices, Cyrilette le hacía al profesor los más grandes favores, favores que le ayudaban en su carrera. Por todas partes repetía: «Mi Touille es infalible... Si tiene usted molestias de salud, vea a mi Touille». Gracias a lo cual el profesor se convirtió rápidamente en el médico titular de las grandes damas del teatro y, a través de ellas, que tienen íntimas afinidades con los dramaturgos, en el de los autores. Aquello le puso de moda. Y como Piéchut, por su parte, propagaba sin descanso su nombre, fue también el médico de las más importantes personalidades del Gobierno. Tuvo entrada en el Elíseo y en la presidencia de la Cámara. Los ancianos caballeros del Senado sólo confiaban en él para la vigilancia de sus uremias, sus diabetes y sus próstatas. Como la política va de consuno con la fortuna, tuvo igualmente la avenida Foch a sus pies. Por último, fue llamado por los Rothschild, esta vez de veras.

Por haber pregonado las virtudes del agua de Clochemerle —virtudes que ya no

son discutidas por nadie— y haberse responsabilizado en consecuencia, el profesor Touille fue recompensado con el amor de una joven y amable mujer y con el gran impulso que tomó su carrera. En cuanto a Cyrilette Pache, alcanzó la gloria teatral. Puede decirse que el agua de Clochemerle fue benéfica para todos aquellos que se cuidaron de imponerla.

Habiendo sido reconocido el manantial como de interés público, Texas juzgó llegado el momento de ganarse el voto municipal que le dejaría las manos libres para obrar como se proponía. Todavía hacía falta remitirse a la prefectura del Ródano para obtener la aprobación del poder central. Pero no se trataba más que de un puro formulismo, porque Piéchut se había asegurado de antemano todos los apoyos. Incluso preparaba una demanda de subvención. Era la ocasión de conseguirla, ahora o nunca, pues el interés nacional venía a injertarse en el interés público. La transformación de Clochemerle iba a enriquecer a una provincia francesa.

En el consejo municipal existía una mayoría adicta en principio al senador-alcalde. La mayor parte de los consejeros se decían juiciosamente que debía seguirse a un hombre capaz de acreditar en París el nombre de Clochemerle y que participaba además en las grandes decisiones gubernamentales. Por el simple hecho de intervenir en las grandes, hacía adoptar las pequeñas, aquellas que interesaban exclusivamente al marco regional. Los viñadores no podían sino alegrarse de ello. Sin embargo, porque era poderoso y había sido favorecido por la fortuna, porque todo le salía bien hasta un grado insolente, el alcalde veía alzarse contra él una oposición hosca, conducida por su enemigo personal, Jules Laroudelle. La existencia de Piéchut confinaba a Laroudelle al papel de eterno segundón, cosa que no le perdonaba. Habiéndose enterado de que el senador se inclinaba a favor del agua, soliviantó los ánimos insinuando que Piéchut, por interés personal, no vacilaría en ridiculizar al pueblo, anegándolo bajo la riada de aquel fétido manantial. Algunos consejeros se dejaron turbar por aquella afirmación.

Por consiguiente, Texas hubo de enfrentarse a una asamblea encrespada y diversamente dispuesta. Percibió en el acto la sorda oposición y el tono punzante de Laroudelle le exasperó. Era hombre que no tenía pelos en la lengua y sabía ir directamente a lo suyo.

—Es preciso ser unos verdaderos berzotas —dijo— para no comprender que la Naturaleza ha hecho un inmenso regalo a Clochemerle. Lo que sale de las entrañas de su tierra tiene un valor inestimable. Sin necesidad de hacer perforaciones, sin tener que tratarla y transformarla, la materia prima brota a discreción y *esa materia prima no cuesta un céntimo*. Nos la dan de balde, he aquí el milagro. El agua es una farsa, decís vosotros. Quizá sea yo de vuestra opinión. Pero sé que encontraremos gente para tragársela, para venir a beberla aquí, pagándola a buen precio, con tal de que lleve una etiqueta recomendada por los médicos. Y otro milagro: esa recomendación

hará gratuitamente la propaganda de nuestro producto.

—¿Se ha puesto usted de acuerdo con la Medicina?

—Ese primer punto ha sido ganado: el valor curativo de nuestra agua está reconocido por decreto. Sólo nos resta asegurarnos el apoyo del cuerpo médico de la región. No obstante, necesito estar de acuerdo con el municipio. Por eso os ofrezco pagar espléndidamente el acuerdo.

Los espíritus recelosos se dijeron: «¡Los hay que van a meterse un buen paquete en el bolsillo!». Pensaban sobre todo en Piéchut y aquello confirmaba el rumor que Laroudelle propalaba.

—¿A quién será entregado el dinero?

—Será bloqueado bajo mi control. La municipalidad, claro está, tendrá derecho de investigación, en virtud de los contratos que serán firmados entre ella y la sociedad gestora.

«¡Cambalaches!», se dijeron los mismos que dudaban de obtener una parte en el pastel. Laroudelle se irrogó en intérprete suyo:

—¿Cuál es su interés en este asunto?

—El interés que trae consigo todo negocio y que es función de la inversión.

—¿Entonces no es una cuestión de filantropía?

—¿Quién ha hablado de filantropía? ¿No pensará usted que voy a comprometer millones para perderlos?

—¡En efecto, me extrañaría mucho! —dijo sarcásticamente Laroudelle.

—¿Lo haría usted?

—No se trata de mí. Además, yo no tengo millones.

—¡Si los tuviera, me temo mucho que no lograríamos ver siquiera su color!

Ahí Texas se apuntó un tanto. Se sabía que Laroudelle era un roñica. Se negaba a dotar generosamente a su hija, una percha alta, de nariz ganchuda, tan atractiva como un mástil de cucaña en cuya cima no hubiese nada de valor que descolgar. La desdichada languidecía en una espera que distaba de mejorar su condición física.

—¡No está usted en Texas! —dijo Laroudelle para vengarse.

—¡Desgraciadamente! Allí todo el mundo habría comprendido en seguida y no se me harían preguntas estúpidas.

Viendo que la discusión había comenzado de mala manera, Piéchut juzgó oportuno intervenir.

—Señores —dijo—, no hubiera provocado esta reunión excepcional de no haber tenido la certeza de que la cuestión suscitada interesa al pueblo y puede procurarle un desarrollo del que todos sacarán provecho. Nuestro conciudadano ofrece poner a nuestra disposición una suma muy importante. Pero creo saber que la oferta no será repetida y que los capitales se desviarán hacia otra parte si vosotros desalentáis esa generosa proposición. Por lo tanto, os manifestaré sin ambages mi opinión. Nuestro buen amigo Bezon-Texas no se lanza ni mucho menos en ese asunto para ganar dinero, dinero que no necesita, sino para jugar una nueva partida y jugarla en favor de

su pueblo natal. Él es hombre de grandes empresas y de grandes logros. Mi opinión es que debemos seguirle.

La algarada no había turbado en lo más mínimo al consejo. Era un juego que se jugaba siempre de la misma manera. Se permitía a Laroudelle que expulsase su bilis y cada cual sabía perfectamente adonde iban los tiros. Solamente Piéchut parecía no darse cuenta de ello. Aguardaba el momento de intervenir como moderador, con el tono del político experimentado, ducho en los grandes asuntos del Estado. El contraste entre la irritación de uno y la serenidad del otro resultaba abrumador. Aquella vez, también declaró pausadamente:

—Hace poco hablé al Presidente del Consejo sobre el porvenir de Clochemerle. Con nosotros estaban dos ministros más. ¿Y sabéis lo que me dijeron? «Adelante, querido Piéchut. Apoyaremos a Clochemerle con todas nuestras fuerzas. Vuestro burgo es conocido ya por la calidad notable de su vino. Si lográis convertirlo en un gran centro terapéutico, que atraerá incluso a los extranjeros, os habréis ganado nuevos títulos de agradecimiento de la patria».

Hubo numerosas muestras de aprobación. Piéchut frenó su peroración. Pesando cada una de sus palabras, tendió las manos hacia el auditorio:

—Esos títulos, señores, no los quiero para mí. Será a vosotros, ediles clarividentes, a quienes corresponderá el mérito si votáis la decisión que circunstancias providenciales parecen dictarnos. Sois en estos momentos los pioneros del mañana. Amar a la patria chica no es solamente transmitirla a nuestros descendientes tal como la hemos recibido. Es, por el contrario, dejar un pueblo enriquecido, embellecido y en plena expansión. Así habremos merecido el agradecimiento de nuestros hijos que, más tarde —cuando nosotros ya no estemos, señores— todavía hablarán de nosotros con reconocimiento, haciendo justicia a los antepasados que supieron osar y emprender.

Los aplausos estallaron. Piéchut esperó a que se calmasen para concluir:

—Os invito, queridos amigos, a mirar lejos en el porvenir. Os invito a ello con confianza, persuadido de que la selección que formáis, que representa a la *élite* local, *élite* de la mente, de la experiencia y del sentido común, sabrá actuar por la grandeza de nuestro querido Clochemerle.

¡Qué hombre aquel Piéchut! ¡Cómo sabía decir las cosas! ¡Cómo sabía, dejando de lado las mezquinas querellas de campanario, no considerar más que el bien público y extraer la parte constructiva de un programa! Tenía el golpe de vista y la amplitud de miras que hacen a los jefes. Resonaron aplausos atronadores, puntuados de exclamaciones. La causa estaba ganada en parte.

Cuando Texas habló de los cien millones que invertía en la operación, se produjo una agitación, una especie de titubeo, como si los consejeros estuviesen al borde del síncope. ¡Era una cantidad del demonio! Aunque no lo distribuyese a voleo, cada cual tendría posibilidad de atrapar una partícula de aquella Jauja. Sólo Matachut hizo una reserva de orden personal:

«Mala suerte —se dijo—. ¡Cuando la Berthe sepa que el agua ha ganado, me va a poner hocicos otra vez!».

La votación fue ganada por inmensa mayoría (excepto un voto, el de Laroudelle). La moción decía que aquello no costaría nada a la municipalidad, que, por el contrario, percibiría una parte de los beneficios, lo cual implicaba la constitución de una Sociedad Arrendataria, cuya dirección tomaría Texas reservándose la mayoría de acciones. Partes de fundador, en una proporción que habría de determinarse, serían reservadas para la comuna. Accesoriamente, se puso a deliberación el escoger un nombre para la futura estación termal: Clochemerle-les-Eaux o Clochemerle-les-Bains. El primero parecía más cerca de la realidad; el segundo más halagador, más evocador de las vacaciones. Bien. Había tiempo de sobra para decidir.

Durante todo el transcurso de aquella reunión, Jimmy Colt no había cesado de pasearse arriba y abajo frente a la Alcaldía, con la mano apretando en el bolsillo la culata de su revólver. Le parecía ridículo recurrir a aquellas chácharas, cuando, con su aparición y una simple ráfaga disparada al techo, hubiera hecho callar a aquellos charlatanes y ganado la votación por unanimidad. (*Hand's up*). Le habían designado a Laroudelle, aquel *bastard*, como el traidor del consejo. Él le hubiera levantado la tapa de los sesos, de un tiro infalible, sin vacilación ni remordimientos. ¿Acaso no era así como se zanjaban las cosas en los buenos tiempos de las reyertas americanas, cuando era necesario contener a los *gangs* con rociadas de plomo? Tirar de prisa y tirar el primero, no hay mejor argumento. La vida en Clochemerle resultaba demasiado sosa, pese a Flora, al *whisky*, el champaña y el beaujolais a discreción. ¡Ya no había deportividad!

Cuando los aplausos estallaron, con un ruido de trueno lejano, Jimmy, no aguantando más, vació el tambor en el tronco de un árbol, a cadencia acelerada. Fue un buen tiro: los seis proyectiles quedaron agrupados en un espacio no mayor que la palma de la mano. Así la victoria de Texas quedó grabada profundamente, sin que nadie se enterara, en un plátano de la plaza principal de Clochemerle.

Transformar el burgo en una pequeña ciudad coquetona y florida, provista de magníficos hoteles, no era moco de pavo. Pero aquello apasionaba a Texas. Veía en grande, «a la americana». Ardía en deseos de emprender, de trazar avenidas, de plantar macizos y de edificar. Fue constituida una comisión de urbanismo y estética. Su misión consistía en elegir entre los diferentes proyectos. Se la colocó bajo la presidencia del senador-ministro, asistido por algunos representantes del pueblo, entre los cuales figuraba el poeta Bernard Samothrace, quien, en su calidad de artista, debía conocer los cánones de lo monumental. Aunque fuese sorda, vocinglera y rezongona como un diablo, no se podía dispensar de consultar a la baronesa de Courtebiche, quien seguía considerando a Clochemerle como su feudo de derecho divino. ¡Menuda gresca habría armado caso de ser olvidada! Igualmente solicitado,

Mouraille contestó que seguía fiel al antiguo Clochemerle, que la mayoría de las personas que él había conocido estaban en el cementerio, donde no tardaría en reunírseles, que se reía de la ciudad futura, de la nueva Medicina y del condenado maldito progreso. Aquello no podía cambiar en nada la naturaleza del hombre, que seguía siendo un berzotas inmutable. Y la calidad del vino había menguado, con aquellos cuentos de cooperativa, de edulcorado y todos los gaseados a que se veía sometido el zumo de la uva. Fue un día en que estaba de mal talante porque veía sufrir a la pobre María Jouffet, esquelética ya, y porque seguía indignado por el espectáculo de la decrepitud que precede a la muerte. ¡Decididamente no podía terminarse de un modo hermoso! «Felices aquellos que mueren jóvenes. ¿Y aquellos que no han llegado a nacer, qué?». Todo termina en canalladas fúnebres, de las que estaba harto hacía mucho tiempo... «Adèle, ¡un picón doble!».

Inscribieron también por razones de decoro, al maestro Armand Jolibois, a *Mademoiselle* Dupré, la maestra, y a *Mademoiselle* Auvergne, recaudadora de Correos. Representaban al elemento intelectual del burgo. Y al notario, *maître* Pignon, a quien sus libros de conjuros daban derecho como testigo de vista en el seno de las familias. Y al cura Patard, porque sus absoluciones *in articulo mortis* podían hacer pasar la aduana a los malos bichos. Y al alguacil Grimardouille, agente de la compañía *Sinistra*, que aseguraba contra incendios, pedrisco y accidentes. En cuanto al farmacéutico Baséphe, el asunto estaba ligado de oficio.

Y tocante a Tafardel, no tenía más que inscribirse por su cuenta, por más que no entendiese nada de nada, fuera de su doctrina política y del contenido de los manuales que todavía le rellenaban la cabeza. Pero era el mejor hombre de la tierra, que, por haber vivido largo tiempo en contacto con los escolares, había conservado un alma de niño. Por esa razón, se le quería. Tafardel era Tafardel, una figura cuyo nombre estaba indisolublemente vinculado a Clochemerle desde hacía tantos años.

Como la transformación del pueblo interesaba al departamento y dado que ciertos formulismos atañían al poder central, se requirió el concurso del prefecto del Ródano, del subprefecto de Villefranche (llamado «prefecto del Beaujolais»), de dos diputados y de algunos consejeros generales. La cobertura política quedaba así garantizada. Mas los técnicos, quienes asumían las mayores responsabilidades, sobrepasaban a todos los demás. Arquitectos, contratistas, horticultores, paisajistas, etc.

Por ese lado, se tenía todo a mano gracias a la proximidad de Lyon, que pasa por ser «la capital de las rosas». La belleza de los jardines sería, pues, incomparable. Iguales facilidades se encontraron en lo que respecta a la construcción. La Escuela de Bellas Artes de Lyon ha producido gran número de arquitectos que alcanzaron el Premio de Roma, empezando por Tony Garnier, promotor del cemento armado, siguiendo por los Roux-Spitz, Mathon, Audoil, etcétera. Podía reunirse el mejor equipo de constructores y Texas no vaciló. Simultáneamente, se vio abatirse sobre el pueblo equipos de niveles, sostenimientos, canalizaciones, etcétera.

Lo que Texas anhelaba conseguir cuando antes eran planos, masas de planos, a fin

de poder presentar la ciudad futura en corte vertical, con sus desprendimientos en terrazas y sus perspectivas, aun antes de que los desmontes fuesen iniciados. Era lo que él juzgaba más apropiado para convencer a los «manitús» de la salud. Porque éstos no se decidirían a favor de una estación termal fantasma, no mandarían sus clientes para curarse entre tajos y excavaciones. Hermosos presupuestos, hermosos bocetos coloreados evocarían ya una estación viviente. Texas preveía un barrio residencial un poco apartado, a lo largo de una vía principal, a la que bautizarían con el nombre de Avenida de los Manantiales. A ambos costados de aquella vía, se edificarían elegantes villas, remedando el hotel particular, con jardín y garaje, donde los médicos encargados del tratamiento hallarían alojamientos confortables. Se les otorgaría un primer arriendo de tres años a precios reducidos, para darles tiempo a asentar su situación. Los precios serían reajustados luego conforme a la prosperidad del pueblo.

—¿Y el casino?

Evidentemente hacía falta un casino, con salones de juego y una sala de teatro para la distracción de los agüistas. Cyrilette acudiría a dar representaciones, lo cual atraería al profesor Touille, cuya presencia sería señalada en seguida en el *Clochemerle-Echos* (Redactor-jefe: Samothrace), que se encargaría de dar cada semana la lista de las personalidades que pasaban allí la temporada.

El cerebro de Texas rebullía de ideas. No cesaba de telefonar, de hacer visitas, de apremiar, de atropellar, tan grande era su impaciencia. En América, el petróleo continuaba a pleno rendimiento. El subsuelo seguía produciendo dólares como para no saber qué hacer con ellos. ¿Acaso no era admirable que, porque uno de sus hijos había tenido espíritu de aventura, Clochemerle fuese reedificado con dinero americano sobre el viejo suelo francés, tantas veces cruzado y vuelto a cruzar por las corrientes de la civilización y el flujo de los bárbaros, que lo han sembrado de ruinas históricas que el rico Nuevo Mundo nos envidia?

Iniciada la construcción y con maquetas presentables, se trataba ya de atacar a los médicos, a fin de hacerles *hinchas* y proveedores de la estación. Era importante reclutar un núcleo de profesionales que, asentados en el lugar, se apoderasen de los agüistas nada más llegar éstos, atiborrados de brujerías, aguardando a pie firme a los enfermos, a los cuales fijarían citas de media hora en media hora (un poco menos, en plena temporada). Por lo demás, no había por qué inquietarse. Apenas fuese conocido el nuevo manantial cuando una nube de médicos al acecho, jóvenes y viejos, se abatiría sobre el pueblo como la miseria sobre el mundo, sospechando nutritivas ganancias. Las estaciones termales presentan la ventaja de que en ellas se gana holgadamente la vida, en cinco o seis meses, sin tenerse que preocupar por el diagnóstico, porque las gentes acuden a ellas como si portasen una pancarta en bandolera. Y esas gentes son *crónicas*, lo más rentable que existe en la profesión, y a

las cuales se les puede decir con toda seguridad: «¡Hasta el año que viene!». Lo que se cuida y cómo cuidarlo se sabe, con pocas variantes. Tan sólo es cuestión de dosificación, algunos centígrados, algunos centilitros, algunos minutos más o menos. Es recomendable variar un poco en el curso de la cura: el enfermo saca de ello la impresión de que se le sigue atentamente y que de su caso se hace un asunto personal. Hay que tener en cuenta, por último, la paciencia necesaria para escuchar con aire de extrema atención las mismas sempiternas historias. La mayor parte de los enfermos gustan de explicarse y son inagotables cuando hablan de sus pequeños cólicos, de sus contracciones del diafragma, de sus ardores de epigastrio, de sus pruritos de ano, etcétera. Hay que poner cuidado en ello porque es importante, no para el enfermo, sino para la carrera del médico. Por ejemplo, había sorprendido a todo el mundo el rápido y brillante éxito del doctor Trambouze, a quien sus camaradas de promoción distaban de considerar como un águila. Aquel zagal era incapaz de soltar tres frases sensatas seguidas y, sin embargo, aquello constituía el secreto de su éxito. Un día, algo achispado a la terminación de un banquete, descubrió su secreto a dos o tres amigos:

—Es muy sencillo —dijo—. *Les dejo hablar*. Les permito que hablen, contemplando al enfermo con aire de gran concentración, conformándome con decir: «Sí... sí... Sí, ya veo... Le he comprendido... Lo tendré en cuenta». Y tomo notas que tiro al cesto de los papeles antes de pasar el siguiente. Tengo una cliente que acude a mi consultorio cada semana para contarme que está enferma por culpa de su nuera, que esta miserable, que se ha adueñado de su hijo, la persigue con su odio y le acorta la vida. Siempre la recibo con gusto, pensando en los honorarios, y le pregunto lleno de piedad: «¿Ha vuelto *ella* a hacerla sufrir? Lo veo en su semblante». Ya no tengo que hacer más que escuchar. A veces tengo que aguantarla durante tres cuartos de hora. Naturalmente, le cobro doble consulta.

El método demostraba que Trambouze, con su aire de no enterarse de nada, era un especialista de primera magnitud, porque sabía monetizar su silencio. Acababa de premiarse con un castillo en los Dombes con hectáreas de bosque, prados y dos estanques.

Texas se enteraba de todo eso por Léo Suffock, quien se había fijado en el problema medicinal con un sentido psicológico muy acusado, por lo demás hasta cínico. Pero el cinismo, según propia confesión, resultaba muy necesario para los médicos, que ven el envés de la vida en los instantes más tristes, a veces los más trágicos, cuando la juventud, la belleza o la salud abandonan los cuerpos, dejándolos marcados con taras repelentes. Muchos doctores ejercen su profesión sin llegar a creer en ella por completo, pero creyendo a pesar de todo. Se saben impotentes en muchos casos y, no obstante, se niegan a juzgarse inútiles, en lo cual, sin duda, llevan razón. En resumen, la Medicina es un oficio y, por tanto, está dividida entre el apostolado y el comercio, entre los cuales no hay más remedio que barloventear para vivir.

Texas sabía manejar brutalmente el dinero. Sin embargo, se sentía algo desamparado al abordar un ambiente donde la palabra dinero no es pronunciada sino bajo púdicos vocablos de honorarios, consultas y visitas. Tenía necesidad de un intermediario de la misma cuerda para dirigirse a aquellos hombres. No podía ser sino Léo Suffock. Ahora bien, Texas temía que su joven amigo, pese a sus cualidades y a su ímpetu innegable, no ostentase la autoridad suficiente ante los grandes señores de la profesión, que se engallaban detrás de sus títulos y sus diplomas. ¿Cómo tornarlos asequibles?

—Convoquemos un congreso médico —propuso el doctorcito.

Explicó que esos congresos solían ser muy frecuentados, a condición de que los invitados lo encontrasen todo pagado y fuesen generosamente indemnizados. Podría aprovecharse un *week-end* para reunir en el parador de Zucatti a la crema médica de la región. En primer lugar, habría que definir esta región sobre el mapa. Mâcon, Villefranche y Lyon se hallaban a un radio inmediato. ¿Hasta dónde cabía extenderse con objeto de asegurarse un número suficiente de ojeadores? Se escogió Grenoble, Chambéry, Annecy, Bourg, Châlon, Moulins, Roanne, Saint-Etienne, Le Puy, Valence y hasta Montélimar poblaciones acerca de las cuales se conseguirían fácilmente informes. Se titubeó en cuanto a Clermont-Ferrand. Después se pensó que Clermont se hallaba enclavado entre toda una serie de estaciones termales sobre las que domina: Royat el Mont-Dore, La Bourboule, Saint-Nectaire, Châtelguyon y, sobre todo, Vichy. No parecía un paraje conveniente para convocar. Se dejó de lado a Clermont.

El congreso fue colocado bajo la presidencia de honor del ministro Piéchut, quien solía patrocinarlo todo en la región y que vendría de París para acoger en Clochemerle a todas las eminencias médicas. Excelente ocasión a traer consigo, en su compartimiento reservado, al profesor Touille, so pretexto de hacerle los honores de su pueblecito. El profesor conservaba un recuerdo demasiado agradable de la velada en «Maxim's» para no aceptar con entusiasmo. Presidiría el congreso en el plano médico. Piéchut y Touille tenían la calidad suficiente para acreditar al joven doctor Suffock y permitirle abrir su *dossier* en presencia de los augures. *Un termalismo rodaniano*, he aquí el tema escogido. Cosa que abogaba mucho en favor de aquel nuevo termalismo era su situación en Clochemerle, país de la buena mesa y del buen vino. Las bodegas desbordaban de néctares reservados, y Zucatti, cuando quería tomarse la molestia, sabía instrumentar los deleites culinarios con talento incomparable.

No entraba en las costumbres de Texas escatimar. Los grandes platos, regados con bebidas generosas, son preliminares que inflaman la imaginación e incitan a sumirse en el optimismo. Requisó pura y simplemente el parador por cuarenta y ocho horas, estableció la carta de vinos y se ocupó en variar los menús. Éstos incluían caviar y *foie gras*, terrina de tordo, charcuterías corsas y *pizzas*, cangrejos del Colidoux, lucio del Ródano, carpa rellena, pollo a la crema, pavo Zucatti, *carré* de cordero, buey

Bonne Femme, tartas *Grand-Mère*, etcétera. ¿Y en lo que se refiere a vinos? Clochemerle de los grandes años, seguido de algunos caldos de Borgoña y de Burdeos. Aquel programa seductor, que fue enviado adjunto a las invitaciones, predispondría a todo el mundo, sin lugar a dudas, a favor del termalismo rodaniano. Además, como no debía omitirse ningún triunfo, Babasse fue puesta a contribución. Ofrecería en su casa dos aperitivos-cóctel, cuyos elementos le serían proporcionados, así como las sirvientas indispensables. Se daba por descontado que sus buenas relaciones con el cuerpo médico, para el que ella no había mantenido nada oculto, contribuirían a que el ambiente se tornase pronto caluroso. Enseñaría sus acuarelas, se hablaría de arte... Muchos médicos se jactan de entender de ello, incluso se encuentran entre ellos algunos coleccionistas.

El congreso constituyó un logro perfecto. Piéchut y el profesor Touille abrieron solemnemente la sesión. Dijeron a los congresistas cosas halagadoras, que fueron saboreadas en una agradable bienestar digestivo. Se les anunció que iba a serles sometida una cuestión susceptible de arrojar un lustre nuevo sobre la escuela regional de Medicina, «de la que ustedes son, caballeros, los representantes selectos», aquella escuela tan digna ya de estima y cuyo valor era conocido en las altas esferas. Luego cedieron la palabra a Léo Suffock, a quien presentaron como el informador elegido y que, hallándose al pie de la obra, conocía la cuestión mejor que nadie.

El informe del doctorcito fue deslumbrante de claridad e irresistible en cuanto a documentación. Refiriéndose a los análisis de su expediente, demostró que el agua de Clochemerle, por razón de sus dosificaciones verdaderamente excepcionales, ganaba en eficacia a todas las rivales que pudieran oponérsele. No faltaba sino demostrarlo, «con vuestro concurso clarividente», lo cual de seguro sería cosa fácil.

—No me da miedo afirmarlo: ¡Batiremos a Vichy tan pronto como nos lo propongamos!

Mas no era ése el objetivo inmediato. Clochemerle no aspiraba por el momento más que procurarse su lugar bajo el sol, en espera de imponerse como la «capital termal del Sudeste». Su situación geográfica, así como su altitud, en un marco aireado y verdeante de viñedos, parecían predisponerle a ello. En la pared se habían fijado grandes mapas, cuyo conjunto englobaba a los departamentos limítrofes. Suffock no tuvo dificultad en demostrar que Clochemerle ocupaba, en relación con aquéllos, una posición central y constituía, por ende, la convergencia natural de toda una región.

—Ahora bien señores, sabéis cuán importante es conservar a los enfermos bajo vuestra obediencia directa, a fin de que vuelvan a vosotros una vez hayan terminado con la cura que habéis prescrito y cuyos resultados os atañe juzgar.

Suffock tocaba ahí, muy atinadamente, un punto flaco. Ciertamente, la ley del ambiente se respeta por regla general, en el sentido de que el médico agüista devuelve el enfermo al médico especialista de quien procede. Pero existen falsos hermanos en la profesión, tipos sin escrúpulos, que pretenden sacar dinero de todo. Suffock hacía

alusión a algunos médicos tratadistas, que se las apañan para convertirse en médicos habituales de los enfermos, eliminando a los especialistas. No empleemos eufemismos: tipos que no hacen bajar el ascensor. Ahora bien, para que la profesión funcione de manera satisfactoria y que todo el mundo sepa dónde pisa, hace falta que el enfermo tenga dos médicos afectos a su persona: el que le cuida en la ciudad durante diez meses al año y aquel que se hace cargo de él en la temporada de su cura. La alusión de Suffock tocaba en lo vivo a algunos «mandamases», víctimas de los intrigantes y de los acaparadores. La experiencia demostraba que resultaba imprudente a veces enviar a los enfermos a curarse al quinto pino durante las vacaciones, pues se corría el peligro de no volver a ver unos cuantos al regreso. Y así disminuía lo que el doctor Trambouze llamaba «nuestro fondo de giro». Está muy bien reclutar nuevos enfermos, pero si sólo se les ve una vez no sirve para nada. «Lo que constituye la solidez de una clientela —decía también Trambouze—, *son los enfermos que tenemos en cartera, los que vuelven*».

—¡Y que vuelven a menudo! —añadió el doctor Succulet.

Total, enfermos serios, enfermos *rentables*.

Algunos congresistas no pudieron contenerse de gastar algunas bromas a ese propósito. Debe decirse en descargo suyo que el cuerpo médico, en conjunto, se mantuvo constantemente un poco achispado, pues Texas había recomendado que se sostuviese un estado de amable ebriedad. Entre los aperitivos y los banquetes, se procedió al ritual recorrido de bodegas, en el curso del cual se bebe bajo tierra pequeños beajolais fragantes, a una temperatura traidora, que permite creer que los tragos son inofensivos. ¡Peligrosa ilusión! Los risueños que no se sentían vigilados lejos de sus casas, no gastaron cumplidos para soltar la brida de su libido. Durante el yantar, Flora, la bella sirvienta, se sintió «pellizcar los gordos», como solía decir. Pero ¿qué podía hacer, inclinada y cargada con una pesada fuente que debía presentar para que se sirviesen? Por lo demás, siendo una simple asalariada, aquello no tenía consecuencias. Es sabido a lo que se exponen las chicas de servicio bien formadas, que no pueden defender su anatomía en dos frentes. Se conformó con decir a su ama, una vez de vuelta en la cocina:

—¡Esos médicos son tan cerdos como los demás!

—Cerdos, pero con otros modales —respondió Adèle, que había conocido aquello en la época del apuesto escribano Foncimagne y del capitán Tardivaux, dos hombres distinguidos. Jamás había rechazado sus caricias, porque su fina epidermis no aguantaba el contacto de las rugosas manos de los trabajadores manuales. Necesitaba manos blancas, cuidadas, y el resto a tenor de ellas. Mas ¡ay!, aquello se alejaba. El madrigal y el sobeo se volvían cada vez más raros.

Parejamente, en los inevitables agolpamientos que se produjeron, Babasse tuvo dificultad en proteger su pecho. Y la grupa de Nathalie fue notablemente magreada. Hace falta convenir en que la tenía hermosa y colmada. Aquellas intimidades serían cargadas en la cuenta de pérdidas y ganancias, pues las damas ponían sus encantos al

servicio de la causa común, el logro de la futura estación. La más agredida, fue, sin duda alguna, Cyrilette Pache, llegada de París con el profesor Touille en el compartimiento de Piéchut. A duras penas podía afirmarse que Cyrilette no sabía protegerse de las agresiones ni que se prohibía ceder ante ellas. Por el contrario, iba a su encuentro, a toda vela, partiendo del principio de que una mujer bonita que no hace el amor bicotidianamente ofende al cielo no cultivando los dones que ha recibido, comparable en esto a una creyente que omitiese sus rezos de la mañana y de la tarde. Era, además, muy capaz de resistir una o dos oraciones de tarde. Aquellos fervores carentes a menudo de una mañana, le proporcionaban gran esplendor y hacían su carácter agradable. *Madame* Touille, que jamás había engañado a su marido, era horriblemente mortecina, enquistada en decencias tan pasadas de moda como el corsé de ballenas y los pantalones con volantes. La virtud le daba un aire de aflicción. Con la joven actriz, por el contrario, el profesor no conocía ni un instante de aburrimiento y sólo el mirarla le resultaba infinitamente recreativo, tan espiritual y hechicera era en sus posturas y sus menores gestos. Sin embargo, se guardaba muy bien de formularle excesivas preguntas. Ella le había quitado el gusto de hacerlo, de una vez para siempre, diciéndole: «Viejito mío, si no estás contento con lo que te doy...». A Touille le horrorizaba que la encantadora niña le llamase «viejito», lo cual le recordaba una diferencia de edad que se esforzaba por olvidar, a veces jadeando. Cyrilette le hacía demasiado honor, se conducía con demasiado gentil abandono para que él se portase como un vejestorio suspicaz y celoso.

En Clochemerle, Cyrilette distinguió a un joven médico neurópata de buena estampa, invitado por error, que se burlaba del manantial y disponía de todo su tiempo. Zafándose de la sala de sesiones, pasaron la tarde juntos, de una manera que les hizo muy divertido el congreso.

No se produjo en total más que un accidente de salud, que afortunadamente no tuvo graves consecuencias. El domingo por la noche, el profesor Bobolat experimentó un malestar que hizo indispensable acostarle urgentemente. Un examen atento permitió concluir que se trataba de una fuerte indigestión, acompañada de delirio etílico. Una indigestión de avaro. Como la succulencia no costaba nada, Bobolat había bebido y comido más allá de sus capacidades estomacales e intestinales. Se decidió que era necesario hacerle vomitar y purgarle, y así se hizo. Se avino gimoteando a los primeros cuidados, con una docilidad de niño pequeño. Una vez aliviado, fue presa del terror pánico al verse en manos de sus colegas. Tanto desconfiaba de ellos. Fue preciso que Babasse y Nathalie acudiesen a hacerle compañía, como enfermeras benévolas y sonrientes. Se le administró un calmante y acabó durmiéndose, asida una mano a cada una de las dos lindas mujeres.

Entonces ellas volvieron a la mesa, anunciando que el profesor estaba salvado.

—¡Vaya, hombre, menos mal!

La frase fue dicha sin calor. Francamente, no se deseaba la muerte de Bobolat, pero una buena incapacitación funcional habría supuesto un favor para varios

colegas, todavía encallados por la persistencia en vivir del vejestorio, que se embolsaba los más fuertes honorarios de la especialidad. Se le podía perdonar, en rigor, sus títulos y sus diplomas. Incluso su reputación. No se perdonaba, en cambio, que ganase tanto dinero, un dinero que parecía arrebatado de la parte de los demás.

—A fin de cuentas, ¿tan infalible es su diagnóstico?

Se empezaron a recordar algunas de sus más notables meteduras de pata, a arrancarle el pellejo a dentelladas. La velada fue tomando un tono cada vez más alegre. Porque se empalmó con las anécdotas de la profesión, esas historias que los médicos se cuentan entre sí y que componen un acervo inagotable.

—Lo que es magnífico —dijo alguien— es lo que le ocurrió a Civrieux, que él mismo cuenta. Sabéis que siempre apuntó a los barrios elegantes, donde ha terminado por triunfar. Pero tuvo comienzos difíciles. Acababa de establecerse en Lyon, en el bulevar de los Belgas, cuando fue llamado de noche a una casa de alto copete, para ocuparse de un anciano de setenta y cinco años. Un caso de resfriado clásico, con los indicios habituales. Civrieux no oculta que en aquel entonces trataba de hacer durar, de «cultivar al enfermo», como suele decirse. Tras haber escrito una receta muy moderada, se fue, recomendando:

»—Limítese a aplicar mis prescripciones. Mañana por la mañana volveré a pasar por aquí. Me sorprendería mucho que no hubiese una sensible mejoría.

»Al día siguiente, sobre las nueve, le abrió la puerta el dueño de la casa, un típico burgués de Lyon, con cara de palo, tan amable como el portón de una poterna.

»—¿Cómo va nuestro enfermo? —trompeteó Civrieux, seguro de su acierto.

»—Ha muerto hace una hora. ¿Va usted a redactar el permiso de inhumación?

»—*¡Con sumo gusto!* —respondió de un modo maquinal Civrieux, sobrecogido todavía.

»Pasa a la cámara mortuoria, examina rápidamente el cadáver y comienza a escribir.

»—¿Certifica que ha muerto de muerte natural?

»—¡Sí, sí, muy natural! —respondió Civrieux, que todavía se troncha cuando evoca aquella escena.

»Firmó el permiso, lo dejó sobre una mesita y se levantó.

»—A propósito —preguntó el dueño de la casa—, ¿cuánto le debo?

»—Sin duda habla usted en broma... —dijo Civrieux, cohibido.

»—Jamás en presencia de un muerto —respondió, glacial, el burgués de Lyon.

»Entonces, según asegura Civrieux, considerando que ya no tenía importancia plancha más o menos, se jugó el todo por el todo.

»—En una circunstancia semejante —dijo firmemente—, con la doble visita y el certificado, suman tres mil.

»Es preciso recordar que, en aquella época, tres mil francos significaban un mes de vida. El burgués le entregó los tres mil sin pestañear. Sin embargo, hizo notar:

»—Y cuando el enfermo no muere, ¿cuánto cobra usted?

»—Mucho menos —respondió Civrieux en tono glacial—. Sé reconocer la buena voluntad de las personas que cuido.

»Le acompañaron hasta la puerta sin más observación.

»—Hasta la vista —se despidió el burgués.

»—¡Siempre a su disposición! —contestó Civrieux, quien no recuerda nunca esa serie de escenas sin brincar de gozo. Haced que os lo cuente un día y ya veréis lo que es bueno.

—¡Después de una historia semejante se comprende que le haya costado arrancar!

—Pues, no señor, en absoluto. Figúrese usted, incluso supuso un golpe de suerte. El burgués de Lyon, muy sensible a las cuestiones de dinero, quedó literalmente pasmado al ver a un joven médico pedir tres mil francos por un permiso de inhumación. Concluyó de ella que aquel muchacho llegaría muy lejos y comenzó a hablar de él a todas sus relaciones. Fue esto lo que puso de moda a Civrieux. Así que...

Se decidió invitar al doctor Civrieux a una próxima reunión. Era un hombre divertido, que bailaba en los salones «el paso del arenque ahumado» de manera graciosísima. Aquel paso del arenque ahumado había favorecido en mucho su reputación como médico y su éxito en la buena sociedad. Porque no era imaginable que un doctor tan desenfadado y divertido pudiese tener sobre su conciencia más cadáveres que los inevitables. «No soy un matador —decía alegremente—. No acostumbro a precipitar nada». Y había conservado el hábito de las tarifas altas, lo cual también inspiraba confianza.

Era ya la una de la madrugada. Había que decidirse a disolver el congreso. Se juzgó prudente retener en Clochemerle, para que durmiesen allí, a un cierto número de congresistas que no se encontraban manifiestamente en estado de situarse ante el volante para un regreso nocturno. Hubiera sido tan lastimoso como injusto que dos o tres accidentes hiciesen pasar al cuerpo médico por una pandilla de borrachos saliendo de un congreso acerca del termalismo. Lo de borrachos era puramente accidental. La verdad es que los eminentes especialistas habían caído en la trampa de Clochemerle, donde no se deja marchar a ningún invitado hasta que no se ha convertido en un atrevido *slalomista* por efectos del vino. Sin embargo, se vela por su seguridad. Si la curva de sus zigzags revela un grado demasiado elevado de etilismo, brazos robustos le transportan a una cama, quiéralo o no.

Así fue como transportaron al primer piso a un médico de Grenoble, que no estaba en condiciones de regresar a su casa. Declaraba entre hipos que el tratamiento termal era una futesa. Él cuidaba los hígados enfermos con vino tinto y coñac, en vista de que el vino tinto es el antídoto del colesterol y de que el alcohol conserva. «Prueba de eso —gritaba—, es que yo pongo a marinar fetos en él». Poseía, en efecto, una colección de fetos encerrados en bocales llenos de alcohol y hacía admirar

a los entendidos los rasgos encogidos de aquellos embriones. Manía muy conocida, de la cual sacaba conclusiones poco tranquilizadoras para los destinos de la Humanidad. «Con jetas semejantes antes de nacer, ¿cómo queréis que se conviertan en algo decente?». No obstante, aquello de procrear no parecía producir asco a nadie, empezando por él mismo, pues le había hecho nueve hijos a su mujer. (Él pretendía que se debía a su odio por los deportes de invierno, de los que se abusaba a su alrededor. Prefería un apagado coito conyugal a las caídas por las pendientes heladas). Le metieron en la cama a la fuerza y, en el acto, comenzó a roncar, arrugando la nariz y con masticaciones babosas que le hacían semejar a sus fetos. Se estimó que doce horas de profundo sueño le devolverían la noción de los conceptos medicinales ortodoxos que él prescribía normalmente. Se había dejado torpedear por el beaujolais, lo cual había provocado en él remolinos protestatarios, sorprendentes de buenas a primeras. Pero comprensibles si se consideraba que el doctor P..., de constitución enclenque, se mostraba de ordinario tímido y triste. El profesor Touille explicó que su colega de Grenoble acababa de ofrecerse, a favor de la borrachera, una buena crisis de desinhibición que le sería extremadamente provechosa. «Todos estamos más o menos acomplejados. Es bueno, por lo tanto, que un suceso fortuito ejerza sobre nosotros un efecto de electrochoque». Recordando su propio caso, pensó que su electrochoque se llamaba Cyrilette y que no se podía imaginar tratamiento más delicioso en el género vibromasajista.

Los congresistas se hallaban a punto de separarse, mas no querían hacerlo sin celebrar, en un gran movimiento colectivo, su poderío y su buena armonía. Por lo que entonaron a voz en cuello la famosa *Marcha de los tebibs*:

*El padre enfermo, la madre moribunda,
La hija encinta, a punto de parir,
El hijo idiota, el último rorro
Acaba de tragarse el biberón.
Y la sirvienta loca de atar.*

*Eso conviene, eso conviene.
Para que la cosa marche en la medicina,
Láudano, ipeca y morfina.
Pincha la nalga, droga la tripa.*

Nosotros somos los horribles

Bibs.

*Mas a veces curamos
A viejos, jóvenes y niños de pecho
Venid, pues, a consultarnos
Compraos salud*

Pero,

¡No os vayáis sin pagar!

¡Vivan los Bibs, vivan los Bibs, vivan los Bibs! (Bis).

Los motores roncaban, los autos arrancaron unos detrás de otros para encaminarse por las sinuosidades de la carretera. Los pinceles de los faros, saliendo de las curvas, animaban con destellos franjas del paisaje entumecido y pálido, pronto devueltas a la oscuridad. Después los últimos regueros luminosos se alejaron, desaparecieron. La noche lo recubrió todo y volvió a cerrarse sobre el Beaujolais, cuyos perfiles se recortaban en sombra sobre el muaré del cielo, moteado de estrellas brillantes, como si el cosmos hiciera a la tierra pequeños guiños incitantes.

El último en irse fue el doctor Prifeix, llegado de Lyon en un gran *sport* muy llamativo y muy roncador, lo cual se juzgó de mal gusto. Su estilo de conducción impertinente correspondía perfectamente a su Medicina de temerario y de si te he visto no me acuerdo. No ignoraba lo que se decía de él y quería darse el gusto de adelantar a todo el mundo, despejando la carretera a grandes claxonazos y señales incesantes de faros, a fin de mostrar sus luces de atrás a los «viejos cangrejos» que titubeaban en las curvas y se dormían en las rectas. En un hombre todo tiene su razón de ser. Si se había situado en cabeza de sus colegas era porque sabía «dirigir sus aceleraciones». La jauría de envidiosos podía correr detrás de él lo que quisiera. Su adelantamiento no hacía sino aumentar.

Eugène Fadet acababa de regresar a Clochemerle tras haber llevado a Mâcon, donde debían tomar el rápido hacia París, al profesor Touille y Cyrilette, cuya juventud, *chic* y desparpajo de mujer de teatro habían causado sensación. En las habitaciones del parador, el profesor Bobolat, el médico de Grenoble y otros más dormían a pierna suelta, fermentando su vino. No quedaba en pie más que el último piquete, Piéchut y Mouraille, Texas y Léo Suffock. Habían conservado la mente lúcida pese a los ágapes, como conductores de juego que no querían perder su *self-control*. El senador preguntó, dirigiéndose a Mouraille:

—Usted que los conoce bien, ¿cree que se han ido contentos?

—Más que contentos. Entusiasmados. No conozco ninguna estación termal que hubiera hecho las cosas tan principescamente.

—¿Es ése también su parecer, doctor Suffock?

—Creo —respondió secamente el doctorcito— que mi informe acerca del termalismo rodaniano les ha convencido plenamente.

—Su informe fue muy notable, cierto. Ha sido muy aplaudido... Y usted, Texas, ¿qué dice de todo esto?

—Me ha parecido que esa gente sabía apreciar muy bien el privilegio de consumir de bóbilis. Unas reuniones más del mismo tipo y nos enviarán todos los agüistas que queramos.

Aquella perspectiva parecía fuertemente motivada. A su vez, se fueron a acostar.

Capítulo 7

Un termalismo racional

Se habían obtenido las autorizaciones requeridas, se contaba con apoyos capitales en las altas esferas. El cuerpo médico de la región había declarado que vería con buenos ojos la creación de una estación rodaniana. Se podía, pues, levar anclas.

Pero el espíritu preciso y metódico de Léo Suffock exigía más. Su caso era, por lo demás, complejo. Sincero en su gusto por el trabajo bien hecho y su dogmatismo intransigente, había probablemente en él una buena parte de *bluff*. Ahora bien, él creía en su propio *bluff*, lo cual le daba una gran fuerza. Consideraba el manantial como cosa suya y quería hacer de Clochemerle *su* estación, imprimirle su huella. No desdeñaba ni el dinero ni los métodos brutales de Texas, pero estaba muy resuelto a ponerlos al servicio de sus propios conceptos, sin olvidar, no obstante, que no tenía a nadie en quien apoyarse. Después de Texas, estaba Piéchut. Mas la función de Piéchut consistía sobre todo en patrocinar, y él sólo patrocinaba el éxito. Dejaba que la gente se comprometiera, prodigando tan sólo estímulos verbales que no dejaban rastro y dispuesto siempre a desautorizarlos si las cosas tomaban mal cariz. Mouraille opinaba que no se le podía censurar por ello. Un político influyente siempre es un poco la casa de tócame Roque. Le solicitan de tantas partes, pronuncia tantas palabras que a menudo le han sido preparadas, preside demasiados comités, asiste a demasiados banquetes, estrecha demasiadas manos, cubre a demasiadas personas que aseguran su reelección, está demasiado amenazado por rivales y se le tienden demasiados lazos para que no permanezca constantemente en guardia. Mondas de naranjas y pieles de plátano... Suffock estaba en los mejores términos con Piéchut, en los términos más halagadores. Sin embargo, sabía que la mano glicerizada que se le tendía con tanta bondad estaba pronta a desprenderse, a helarse. Si bien podía contar con Texas, estimaba no poder fiarse por entero de Piéchut antes de la hora del triunfo, triunfo del cual el senador sacaría su buena tajada.

Afortunadamente, la manera de ser del doctorcito le llevaba a confiar ante todo en sí mismo. Sabía que, para desempeñar uno de los principales papeles en Clochemerle, tenía que hacerse avalar por personas maduras, más diplomadas que él y más antiguas en la profesión. El asunto no marcharía solo. Su intención se basaba en colarse en un puesto de mando por sorpresa, sin hacerse notar demasiado. Una vez en la plaza, no se dejaría desalojar.

Para alcanzar sus fines, creó el C. E. T. (*Centro de Estudios Termales*), del cual se

autonombró el informador oficial, título deliberadamente modesto, pero que, de hecho, le convertía en el presidente, lo cual había de procurarle vara alta sobre la rama médica, cuyos engranajes reuniría. Una especie de secretario del Partido que le permitiría tejer su tela.

La idea de Suffock era hacer de Clochemerle una estación que superase a las otras estaciones existentes. Ponerle en cabeza del termalismo francés y, a su vez, estar él al frente de aquel termalismo de avanzada. En aquello se mantenía fiel a su programa de una Medicina científica e innovadora, juiciosamente industrializada con miras a un rendimiento que respondería a la afluencia progresiva de las masas. No temía propugnar la ficha obligatoria, adjunta a los documentos de identidad: permiso de conducir, certificado de seguro, cartilla militar, tarjeta de elector, tarjeta de excombatiente, carnet sindical, etcétera, o sea, ese inseparable *dossier* que el hombre libre de nuestro tiempo ha de exhibir a instancias de las múltiples organizaciones policíacas que tienen derecho de vista sobre él. Al igual que el ciudadano está fichado por el reclutamiento militar por el inspector de Hacienda y por el recaudador de contribuciones, Suffock pedía que figurase en un repertorio medicinal, con obligación de visitas periódicas. En suma, una especie de revista médica permanente, para todo el transcurso de la vida. No parece razonable, decía, dejar que el individuo disponga de su salud, cuando no es libre para disponer de su vida, puesto que le pueden movilizar; ni de sus amores, puesto que el amor está reglamentado por numerosos artículos del Código Civil; ni dueño de su dinero, puesto que el Estado se queda con buena parte de él. El individuo es un enfermo en potencia, como es movilizable e imponible en potencia. Por consiguiente, si no está enfermo, ha de demostrarlo. Por falta de esta obligación, innumerables enfermos no se dan a conocer sino en último extremo, lo cual perjudica al cuerpo médico, poco más o menos como si toda una categoría de contribuyentes se sustrajese al impuesto. *La buena salud debe ser declarada imposible*, estimaba Suffock. No podía contemplar sin sentir una fría cólera a los desenfadados campesinos que le rodeaban, jamás fatigados, que no hacían sino beber, hartarse y vociferar, y que le tenían a él, al doctor, por un inútil, riéndose en las barbas. Por ello, preparaba el advenimiento de una era médica inquisitorial. Todos deberían comparecer ante un tribunal de médicos, los cuales pronto sabrían encontrarles a aquellos tíos alguna cosa inquietante, acallando así su insolente buen humor.

—¿De veras le dice todo eso sin reírse?

—Bien sabe usted que Léo está siempre serio cuando habla de Medicina.

Enterado por Babasse de aquellas hermosas teorías, Mouraille decía que su joven colega estaba afectado de *morticolomanía delirante*.

—¡Hay que llevarle a un psicoanalista, pequeña mía! —Mas viendo el susto de Babasse, añadía—: En fin, sería trabajo perdido. Su testarudo sería capaz de convertir al psicoanalista a sus métodos, con lo cual sólo se conseguirían dos locos en vez de uno. ¡Porque la verdad es que considero a los psicoanalistas poco sólidos de la

azotea!

En el terreno inmediatamente explotable, Suffock quería que el ascendiente sobre el enfermo fuese garantizado por un conjunto de medidas autoritarias. La función del C. E. T., que agrupaba a un centenar de adheridos, procedentes de diferentes ciudades, se debía en parte a eso. Se trataba de eminentes especialistas, ricos en experiencia profesional. A ellos se agregaban algunos médicos recientemente licenciados y otros que no habían logrado triunfar en ninguna parte. Habían oído hablar de la futura estación (el rumor comenzaba a cundir) y acudían a ver *in situ* qué posibilidades de porvenir había, en una palabra, a husmear.

Además del profesor Touille, miembro correspondiente y virtual presidente de honor de la estación, los profesores Bobolat y Chabé-Froutte, los doctores Succulet, Prifeix, Trambouze y Civrieux, ya citados, el C. E. T. contaba en sus filas con los profesores Croppeton (Grenoble), Bidulet (Valence), Bernasconi (Montélimar), Lanchois (Annecy), Suiphon (Lons-le-Saulnier), Pétavin (Châlon), Bouffas (Bourg), Chiche (Moulins), etcétera. Y con los doctores Gazier, Mardaille, Célaton, Lévy-Lévy, Cottevet, Novaro, Blum-Chazac, Sautequin, Rapeteux, Tortillous, Bilbocon, Ozona, Flatul, etcétera. No podemos citarlos a todos, pero era una selección muy notable, que reunía lo mejor de los departamentos colindantes.

El C. E. T. funcionaba a razón de una reunión por semana (más adelante se conformarían con dos al mes), a la cual solían asistir de cuarenta a cincuenta miembros, puesto que no resultaba posible encontrarlos libres a todos. Los ausentes lamentaban no poder acudir, pues aquellas reuniones iban precedidas por un excelente yantar, cocinado en «Casa Zucatti», quien tenía orden de no escatimar nada. La tarde se consagraba a los trabajos y deliberaciones. Una cena, más ligera pero asimismo excelente, se servía a aquellos que podían emprender el regreso de noche. En el intervalo de aquellas reuniones, Suffock ponía en limpio lo que se había dicho, sacaba las conclusiones y preparaba las nuevas cuestiones que se habían de debatir.

Se han conservado las reseñas de aquellas sesiones. Pasaron a los archivos personales de Léo Suffock, quien consideró conveniente retirarlas de los *dossiers* de la Dirección Médica, donde habrían estado expuestas a curiosidades malévolas. En efecto, el tono de aquellas reuniones, en las que se hablaba con toda llaneza (¡no había por qué gastar cumplidos entre gentes de la profesión!), hacía aparecer ciertas necesidades médicas que, mal comprendidas, podrían interpretarse torcidamente. He aquí algunos informes de las sesiones del C. E. T.:

INFORME DE LA SESIÓN INAUGURAL

Se han presentado sesenta y tres miembros sobre la totalidad de los inscritos. La mayor parte de los ausentes se han excusado. Sesión abierta a las 15 h.15', en una sala reservada del «Parador Zucatti». Tiene la palabra el doctor Léo Suffock.

DOCTOR SUFFOCK. —Señores y honorables colegas: Necesito primeramente explicaros en algunas palabras mi presencia aquí, como informador de esta Comisión de Estudio. El título me ha sido atribuido por la Dirección General de los Manantiales por las razones siguientes, aunque mis merecimientos y mi experiencia no puedan compararse a los vuestros: Siendo médico, ejerciendo en la plaza y habiéndome ocupado del agua de Clochemerle desde que brotó, he permanecido al pie de la obra para reunir y coordinar los elementos que tenderán a hacer de nuestro burgo una estación termal de primer orden, una estación sin rival. Pues bien, señores, cuando se consideró por vez primera la posibilidad de inscribir a Clochemerle en la lista ya larga de las estaciones francesas, quedó convenido que nosotros, los promotores, figuraríamos en ella con brillantez o no figuraríamos en manera alguna. No queremos ser simples vendedores de agua, comerciantes más o menos hábiles como los hay. *Nosotros situamos ante todo y por encima de todo el honor médico.* (Aplausos)... Ese honor médico que es la profunda expresión de nuestra conciencia humana. (Nuevos aplausos).

»«Clochemerle será o no será», así quedó decidido cuando todavía vacilábamos en tomar la salida. Si optamos por que Clochemerle sea, medicinalmente hablando, fue tras habernos asegurado del modo más formal que teníamos en nuestras manos todas las garantías de calidad y de eficacia curativas que, tanto los más exigentes como los más escrupulosos, podían reclamar. Añado que estas cualidades han rebasado nuestras esperanzas. Por lo demás, permitid que os lea una carta: *Mi querido ministro y amigo: Tengo la más viva satisfacción en notificarle que los contradictómenes han confirmado plenamente sus análisis relativos al agua de Clochemerle. Aparecen en ella porcentajes excepcionales que extienden a numerosas afecciones las posibilidades de tratamiento. Mi conclusión es bien clara. Sería culpable, casi criminal, el no explotar manantiales que representan para la humanidad doliente una suma incalculable de beneficios.* ¡Y está firmada por la más alta autoridad médica del país! Me refiero al profesor Fortunat Touille, presidente de la Academia de Medicina de París. (Aplausos unánimes)... He aquí, señores, lo que tenía que decirles en primer lugar para justificarnos por haberles molestado cuando no ignoramos cuán precioso es el tiempo para ustedes.

»En efecto, por alentadores y prometedores que fuesen los primeros datos, no habríamos cometido la insensatez de lanzar una estación sin apoyarnos antes en las opiniones más esclarecidas. Y ahí reside —puedo decirlo entre nosotros, señores y honorables colegas—, ahí reside mi intervención personal cerca de la Dirección, significándole que jamás tomaríamos bastantes precauciones para hacer de Clochemerle una estación fuera de clase. ¿Y quién podría guiarnos en nuestra empresa sino hombres eminentes, ustedes, señores, que están llamados a enviarnos a sus enfermos, con la certeza de que estos enfermos recibirán los cuidados más certeros, es decir, conformes a sus prescripciones? He insistido mucho en la creación de este Centro de Estudios, a fin de que todos juntos definamos las mejores formas de

tratamiento. Porque considero que están en juego sus intereses corporativos. (Rumores de aprobación).

»No me avergüenza hablar de intereses. Aunque mi pasado facultativo sea breve, en mi aislamiento rural he reflexionado suficientemente acerca de nuestra profesión, para culminar en este principio básico que no me cansaré de proclamar: *Los intereses del médico son la garantía del interés del enfermo.* (Vivos aplausos)...Me explicaré, señores. Si queremos dedicar al enfermo la totalidad de nuestras facultades, es evidente que no debemos tener el ánimo obsesionado por bajas cuestiones materiales. Cierto que el dinero nos viene del enfermo y por la enfermedad, pero, precisamente por eso, debemos disponer de ingresos lo bastante fuertes como para olvidarlo. Y no me da miedo afirmar este principio: *El dinero percibido con largueza es la condición sine qua non de la Medicina desinteresada.* (Prolongados aplausos).

»En el transcurso de estas reuniones, tendremos muchas preguntas que haceros y muchos consejos que pedirnos. Lo que sobre todo quisiera que quedase claro en esta sesión es el espíritu dentro del cual confiamos en fundamentar nuestras relaciones mutuas. Deseamos que os encontréis aquí como en vuestra casa, seguros de hallar en todos los escalones de nuestra organización la comprensión más amplia y más flexible. Por este motivo, no he vacilado en suscitar tan pronto la lancinante cuestión del *primum vivere*. Vivir primero, sí, pero para hacer vivir a nuestros semejantes, para mantener y reavivar la llama de la vida. Estamos persuadidos de que sólo dentro de la prosperidad podréis consagraros mejor a esta noble misión, que sólo dentro de la prosperidad se estrecharán armónicamente los lazos que unen a todos los miembros de esta gran familia, el cuerpo médico, del cual sois, señores, la flor y la ilustración». (Aplausos prolongados, aclamaciones).

Muchos médicos se levantan para ir a felicitar al doctor Suffock, y estrecharle la mano. La palabra es concedida luego a quien la pida.

PROFESOR BOBOLAT. —Estoy conforme en que la cuestión material debe ser examinada con prontitud, dado que pesa sobre numerosos colegas que se ganan la vida mediocrementemente y no pueden, por este hecho, abordar las altas regiones del saber.

DOCTOR SUCCULET. —Hay que tener en cuenta igualmente la mortalidad. No es proporcionalmente menor entre los médicos que en cualquier otra corporación. ¡Lo cual resulta bastante injusto!

UNA VOZ. —¡Y bastante inexplicable!

DOCTOR SUCCULET. —Conozco a viudas de médicos que viven con muchas dificultades. Muchas han debido emplearse para poder educar a sus hijos. Esas mujeres que llevan un apellido honorable, tras haber disfrutado de una situación bastante holgada, han recaído brutalmente en una condición necesitada. ¿Acaso no os parece desolador?

DOCTOR PINGLARD. —Nuestra caja de socorros ayuda a las viudas necesitadas. Ahora bien, los socorros no son más que socorros...

PROFESOR CHABÉ-FROUTTE. —¡Y no solamente hay que pensar en los muertos!

Los médicos no están al abrigo de las desdichas que azotan al común de los mortales.

El profesor cita el caso de un brillante alumno suyo, cirujano de gran porvenir, lisiado a los cuarenta y tres años a consecuencia de un accidente ferroviario e incapaz, desde ese punto y hora, de ejercer. «¡Treinta años de labor al traste!». Se habla luego de otro eminente sujeto, gran trabajador, afectado de desprendimiento de retina a los cuarenta y tres años, que hubo de renunciar a la esplendorosa carrera que preparaba y renunciar a la par al brillante matrimonio que hubiese coronado sus esfuerzos.

DOCTOR CHABAUD. —De lo que acabamos de oír, podemos deducir que los médicos son ciudadanos como los demás y asumen las mismas cargas que los demás. Aparte eso, tenemos que mantener una cierta categoría para inspirar confianza. Y diferimos de los otros ciudadanos en que debemos permanecer constantemente dispuestos para acudir y aliviar. Nos está prohibido rendirnos a la fatiga, porque no existe límite a la duración de nuestro trabajo. Me parecería, pues, muy justo que nuestras seguridades fuesen garantizadas. Y me pregunto si el Estado...

UNA VOZ. —¡Si nos vamos a fiar del Estado...!

DOCTOR SUCCULET. —Si el Estado mete la nariz en nuestros asuntos, sólo lo hará para explotarnos.

DOCTOR MOURAILLE. —El pertenecer a una profesión liberal constituye nuestro orgullo, señores. Pero esto nos impide pedir nada a nadie.

La discusión prosigue a intervalos, desordenadamente.

Se hace tarde. Varios médicos consultan su reloj y declaran que ha llegado para ellos la hora de marcharse. El doctor Pinglard saca las conclusiones de esta primera asamblea, con objeto de calmar la atmósfera. Ya se había hecho notar, con ocasión del congreso, por su buen humor y su facilidad de palabra.

DOCTOR PINGLARD. —Creo expresar el sentimiento de todos agradeciendo a Clochemerle, en la persona de su representante, el doctor Suffock, la acogida tan excelente... y tan suculenta que se nos hace en esta ilustre capital del Beaujolais. (Aplausos). Creo que estamos igualmente de acuerdo en contribuir a hacer de Clochemerle una capital del termalismo, pues no veo en ella *a priori* más que ventajas de todo orden. «Quisiéramos que os sintieseis aquí como en vuestra propia casa», nos decía hace poco el doctor Suffock. Respecto a esta cuestión, no tiene usted que temer, querido doctor Suffock. Nos sentimos maravillosamente en esta bendita tierra que produce a la par el néctar de los dioses y el líquido incoloro tan recomendable para las digestiones difíciles y las mañanas atormentadas por la jaqueca. Su pueblo es un admirable lugar de encuentro del agua y el vino, donde cohabitan en buena inteligencia Noé y Neptuno. Bajo la benévola mirada de Baco, acudiremos a honrar aquí a nuestros primeros maestros, Esculapio e Hipócrates, y a celebrar la perennidad de nuestro arte, del que jamás podrá prescindir la Humanidad. Clochemerle y la Medicina irán de consuno al encuentro de los tiempos nuevos y de las epidemias nuevas. Mis queridos colegas, todas las esperanzas nos son permitidas.

En tanto el hombre continúe siendo mortal, y no parece que esto haya de cesar muy pronto, seremos honrados, temidos y confortablemente retribuidos. Ciertamente, la vida, la maravillosa vida, está en un hilo. Pero todo el mundo sabe que sólo nosotros podemos luchar contra la Parca *Atropos* e impedirle que corte ese hilo tan tenue. ¡Viva Clochemerle, señores, y viva la Medicina eterna!

El orador es muy aplaudido. Se le agradece haber despejado el ambiente con sus bromas. Se cruzan las últimas congratulaciones. Luego los médicos suben a sus coches para regresar a su residencia.

(Nota de Léo Suffock, adjunta al informe. —Toma de contacto lograda, buena impresión de conjunto. Se ha captado perfectamente hacia qué espíritu de amplia y comprensiva solidaridad médica orientaremos la estación. Es asimismo la opinión de Mouraille, que estaba presente para escuchar y observar. «Muy buena salida —dijo—; no habrá sino que continuar en el mismo tono». Me preparo para ello).

REUNIÓN DEDICADA A LAS RELACIONES ENTRE MÉDICO Y ENFERMO

(El tema de esta reunión había atraído a numeroso público. Se contaban 67 miembros presentes).

DOCTOR SUFFOCK. —Desde un principio les dije, señores, que Clochemerle podía ofrecerles, no lejos de sus casas, un vasto campo terapéutico, provisto de los últimos perfeccionamientos y de las más lujosas instalaciones, a fin de que pudiesen ustedes mandar aquí a sus clientes con toda confianza y seguridad. Me gustaría que se tratase ahora de las relaciones entre médico y enfermo, en el marco de la estación, cuestión importantísima, incluso diría que capital. (Murmullos de aprobación). Aprovechando que nos encontramos estrictamente entre profesionales, he pensado que sería conveniente precisar hasta los últimos detalles, que nuestra Dirección está decidida a tomar en cuenta para darles a ustedes entera satisfacción. ¿Quién pide la palabra?

PROFESOR BOBOLAT. —Cuestión muy importante, en efecto, mi querido colega, y le felicito por haberla suscitado. Lo primero que diré, básico a mi entender para un entendimiento leal, es que *el enfermo constituye la propiedad personal del médico*.

VOCES. —¡Muy bien!

PROFESOR BOBOLAT. —En las afecciones que cuidamos, afecciones de duración, a Dios gracias, el cliente, una vez que ha escogido a uno de nosotros, ya no debe ir a otra parte. No podemos admitir que los fantasiosos nos tomen y nos dejen a tenor de su capricho. ¿Qué maneras son ésas de oponernos unos a otros? Se me dirá que esto procede de cierto espíritu crítico. Declaro paladinamente que el enfermo no tiene por qué dar pruebas de espíritu crítico.

VOCES. —¡Muy bien! ¡Muy bien!

PROFESOR BOBOLAT. —Ese pretendido espíritu crítico resulta funesto porque conduce a la duda. Acordaos bien de esto: *un enfermo que duda es un mal enfermo*.

VOCES. —¡Muy acertado!

PROFESOR BOBOLAT. —El primer deber de un enfermo respecto a nosotros es la creencia, una creencia ciega.

VOCES. —¡Bravo!

PROFESOR BOBOLAT. —Esa creencia desempeña un gran papel en nuestro arsenal curativo, el cual se apoya en las leyes siempre válidas de la psicomatía. En verdad, el enfermo consciente escasea.

VOCES. —¡Es exacto!

PROFESOR BOBOLAT. —Me refiero al enfermo que entra de veras en su papel de enfermo. Voy a dar un ejemplo. En tanto que especialista, he basado mi tratamiento en una consulta mensual, periodicidad que me parece necesaria para seguir atentamente a un *crónico*, el cual entra por definición en la categoría de enfermos que no sanan jamás.

VOCES. —¡Es exacto!

PROFESOR BOBOLAT. —Por lo tanto, no nos ufanemos de curarles. Practicamos respecto a ellos una Medicina de vigilancia y de mantenimiento, la cual se inscribe en la curva de los altibajos de que se quejan nuestros clientes. Esos enfermos de ciclo alternativo deben vigilarse muy de cerca.

NUMEROSAS VOCES. —¡Completamente de acuerdo!

PROFESOR BOBOLAT. —La consulta por mes facilita al médico calcular exactamente el empleo de su tiempo, en el cual no tiene sino que intercalar a los nuevos consultantes. Al mismo tiempo, como hay antiguos que desaparecen, ello sirve para obtener una constante de los valores en cartera, si puedo decirlo así. Me permito esta comparación, tal vez un poco osada...

VOCES. —¡Es excelente!

PROFESOR BOBOLAT. —Ya sabéis lo que pasa. Aunque un gabinete haya conseguido el pleno —lo cual exige tiempo y un duro trabajo—, no se puede uno dormir en los laureles. Porque la moda y, no temo decirlo, el esnobismo, se insinúan hasta entre nosotros.

VOCES. —¡Tristes costumbres!

PROFESOR BOBOLAT (*con amargura*). —¡Son los nuevos tam-tams del renombre! Jóvenes colegas que hacen cundir el rumor de que han reinventado la Medicina... (Las miradas se vuelven hacia el doctor Prifeix, quien permanece impassible). Y existen personas lo bastante tontas como para creerles...

VOCES. —¡A veces rectifican!

PROFESOR BOBOLAT (*feroz*). —¡Pero en qué estado...! Lo que deseo dejar bien claro, sobre todo, es que el especialista debe asegurarse un sólido acervo de clientela. Sin embargo, estamos expuestos, por parte del enfermo, a grandes decepciones. Las estadísticas me han demostrado que por lo menos la mitad de consultantes se zafan de la visita mensual. ¡Oh! Tienen buenas razones: el entierro de la suegra, la boda de la

hija... Pero el telefonazo que recibimos en el último momento no encuentra sustituto. *El enfermo quiere curarse con el gasto mínimo.* Por lo demás, ¿conocen ustedes a un ciudadano, uno solo, que se haya formulado un presupuesto medicinal? Siendo así que los particulares tienen un presupuesto de seguros, de automóviles, de vacaciones, incluso un presupuesto para su querida, nada han previsto para su salud.

VOCES. —¡Es insensato!

DOCTOR SUFFOCK (*interviniendo*). —¡Insensato, bien puede decirse! Y eso se debe a que la educación del enfermo ha sido por completo descuidada. Por este motivo, yo me inclino cada vez más hacia la medicina preventiva, que ha de tener por corolario lógico el abono de salud.

DOCTOR LÉVY-LÉVY. —Su abono de salud, mi querido colega, me causa verdadera risa. ¿Qué garantías ofrecerá usted en contrapartida?

DOCTOR SAUTEQUIN. —El público se siente tanto menos dispuesto a pagar un abono de salud cuanto que su admiración pública se dirige siempre hacia las gentes que no han visto un médico en su vida y lo pregonan sobre los tejados. Esos charlatanes nos causan un perjuicio considerable.

DOCTOR LÉVY-LÉVY (*formal*). —¡Es preciso que el enfermo sufra primero! Hasta ese momento, nada puede esperarse de él.

DOCTOR CHABAUD. —Y en cuanto deja de sufrir, se aleja de nosotros.

DOCTOR SAUTEQUIN. —¡Y gracias si se digna reconocer que nosotros hemos tenido algo que ver con su mejoramiento! Ya conocéis ese género de individuo que viene a veros por un dolor o una erupción y os exige que se lo quitéis rápidamente, porque no tiene tiempo que perder. Le encontráis una semana más tarde, en forma y contento de sí mismo. «Veo con gusto —decís vosotros— que mis prescripciones le han sentado bien». «¡Nada de eso! —responde él—. Ni siquiera fui a buscar su receta. El mal se ha curado solo». Incluso uno de ellos ha tenido el valor de decirme: «Considero que tengo derecho a una consulta gratis, puesto que ésta no me ha servido para nada». Por poco me reclama el dinero.

VOCES. —¡Es monstruoso!

DOCTOR FLATUL. —Hay más. He frecuentado en mi pueblo, por razón de su importancia local, a un hombre de cincuenta años, un tipo sólido de esos «Nunca estuve enfermo. Sigo igual que a los veinte años». Me había dicho repetidas veces: «Jamás me verá usted en su casa». Ahora bien, un buen día le veo llegar, encorvado por una ciática. Estaba loco de rabia, porque una cosa semejante no podía haberle ocurrido a él. Ya sabéis lo que es la ciática. Nunca se llega a localizar el origen de ese mal, terriblemente doloroso. Intenté todos los tratamientos sin resultado. Atiborrado de calmantes, mi hombre seguía sufriendo y me injuriaba copiosamente. Por cansancio, llevé mi abnegación hasta enviarle a un homeópata, luego a un quiropráctico. Pero no quedé a salvo. Aun sin recibir ya mis cuidados, continuaba apareciendo por mi consultorio. «¡Todos unos asnos! —gritaba—. Y usted más que

los otros, porque me ha intoxicado con sus drogas». Esta historia duró tres meses.

VOCES. —¿Y sanó?

DOCTOR FLATUL. —Bueno... La ciática se acaba por curarse un día u otro, no se sabe por qué ni cómo. Tuvo la desfachatez de asegurar que había sido un curandero quien le sacó de apuros. ¡Claro! Pero continuaba profundamente humillado y me guardaba más rencor que a nadie. Después, no ha cesado de perseguirme. Por muy lejos que me vea, se me echa encima. «¡Acaba usted de tirarse una bonita plancha! — me grita en la calle—. Vaya a consultar a sus colegas. Tal vez consiga encontrar alguno que no sea un atontado completo». ¿Se dan ustedes cuenta del efecto producido en una ciudad pequeña?

VOCES. —Eso es difamación. Denúnciele a la Justicia.

DOCTOR FLATUL. —No puedo denunciar a uno de mis exenfermos. El auditorio se pondría contra mí en el momento en que admitiera que mi tratamiento fue inoperante.

VOCES. —¡No podemos curarlo todo!

DOCTOR FLATUL. —¡Demasiado lo sabemos! Pero ¿acaso se puede declarar públicamente?

PROFESOR BOBOLAT. —De acuerdo con que la solidaridad del silencio puede servir inmejorablemente a nuestra profesión. Los sacerdotes egipcios y los druidas galos, que eran los médicos de su tiempo, no pregonaban sus secretos. En la Edad Media, fuertemente teñida de alquimia, la Medicina participaba de la brujería. Se podía tildar de herético al enfermo recalcitrante y entregarle a la Inquisición. ¡Ésa se encargaba de sanarle!

Se comienza a hablar de Medicina, remontándose a las más alta Antigüedad. El profesor Lanchois, un erudito, cita el *Pent-Sao*, primera farmacopea china (2700 a de J. C.). Menciona al iranio Zoroastro, fundador de la casta de los Magos; el papiro Ebers (1312 a de J. C.), un repertorio de 700 drogas; la escuela empírica, fundada por Serapión (150 a de J. C.); la escuela de Alejandría, famosa en su tiempo; Galeno (180 de nuestra Era), médico de Marco Aurelio y de Septimio Severo. Sin olvidar la escuela de Salerno, célebre fuente medicinal. Combinada con las escuelas rabínicas del Bajo Languedoc (Lunel, Narbona, Béziers, Arlès, Nîmes, Tarascón), dio nacimiento, en 1220, a la célebre Universidad de Montpellier, donde se formó Rabelais.

El doctor Poy-Debar, que no se había significado hasta el momento, pide la palabra.

DOCTOR POY-DEBAR. —Hace poco se ha hablado de la rentabilidad de los enfermos. Quisiera volver sobre ello. Conozco a un colega de mi generación que, tiempo atrás, se estableció en un poblado de 2000 habitantes. Tuvo la curiosidad de evaluar la renta de su clientela. Dejando a un lado a los *ocasionales*, llegó a una cifra media de 650 francos por año para los enfermos regulares. Hay que confesar que no es mucho.

DOCTOR SUCCULET. —Pero su colega no tiene necesidades. Ni rango, ni decoro. Tiene lo suficiente para ir tirando.

DOCTOR POY-DEBAR. —¡Mal!

DOCTOR SUCCULET (*secamente*). —No nos extraviemos en consideraciones secundarias. El que no ha llevado lejos sus estudios goza de la suerte que se ha preparado. No puede aspirar legítimamente a un gran consultorio.

DOCTOR POY-DEBAR. —No he querido sino mostrar...

DOCTOR SUCCULET (*atajándole*). —Comprendo, comprendo. Pero créame, la buena Medicina no se logra con enternecimientos.

El doctor Poy-Debar se ofende y se cruzan palabras algo vivas. Va siendo hora de orientar la reunión hacia conclusiones precisas.

DOCTOR SUFFOCK (*tomando de nuevo la palabra*). —Convendrán ustedes conmigo, señores, en que acabamos de oír cosas interesantes y que nos aportan enseñanzas. Previendo lo que iba a decirse, he aquí, señores, el programa que he proyectado y que me propongo hacer adoptar por la Dirección, una vez que me hayáis concedido vuestra conformidad.

»Partiré del gran principio que el profesor Bobolat enunciaba, poco ha, en su resumen de sobrecogedora nitidez: *El enfermo constituye la propiedad personal del médico*. Propiedad personal e indivisible. Ocurre, no obstante, en ocasiones, que deba compartirse temporalmente, como en el caso de un balneario. Sin embargo, jamás perderemos de vista que el enfermo nos ha sido prestado por el tiempo de una cura y que, luego, ha de retornar a su legítimo titular.

»A tal fin, cada agüista deberá rellenar a su llegada, al mismo tiempo de su ficha de Policía, una ficha médica, que irá a parar en sobre lacrado a la Dirección. Quedará archivado en el repertorio central, con todos los detalles a su respecto. Así se conocerán sus pertenencias medicinales, se podrá encontrar su rastro en cualquier momento, entre D_1 , su médico habitual, y D_2 , su médico de tratamiento en la estación, que, en general, será corresponsal directo del primero. Esto no permitirá el paso a ningún usurpador, que pudiera deslizarse fraudulentamente en el circuito.

»Propongo asimismo que el texto siguiente sea impreso bajo las recetas de nuestros médicos tratadistas: *Se recuerda que los efectos de la cura se hacen sentir plenamente en el mes que sigue al final del tratamiento. Es, pues, de extrema importancia que visite usted a su médico habitual un mes después de haber abandonado Clochemerle. Debe usted concertar su cita desde hoy mismo.*

»He aquí, señores, unas medidas que nos asegurarán las más sólidas garantías. Demos al César lo que es del César. No olvidarlo nunca. Supondrá para nosotros una regla absoluta. (Aplausos muy nutridos. Signos de satisfacción).

(*Nota adjunta de Léo Suffock*). —He recibido grandes felicitaciones de estos señores. El profesor Bobolat me ha llevado aparte para decirme: «Está usted cobrando autoridad, mi querido colega, y nadie se alegra de ello más que yo. Su

espíritu de síntesis y su sentido de la organización producirán maravillas en Clochemerle. ¿Cómo está su encantadora esposa?». «Estupendamente, señor profesor. La consulta de usted le ha producido un choque emocional cuyos efectos bienhechores he podido comprobar». «¿Ha notado usted por el lado..., ejem..., de sus protuberancias mamarias una evolución...?». «Evolución destacada. Empezamos a no retroceder ya ante la palma de la mano. ¡Nuestras puntas se yerguen, señor profesor!». «¡Ah, me gustaría verlo! Desde un punto de vista no solamente clínico, sino también espiritualista. A través del cuerpo es por donde se toca el alma... Mándeme a su encantadora mujercita». «No dejaré de hacerlo, señor profesor».

El doctor Prifeix, por su parte, al volante ya de su gran *sport*, me ha dicho, un poco irónico, pero caluroso y fraternal: «Muy bien, Suffock. Tiene usted una manera de manejar a esos vejestorios que me divierte mucho. No esperaba encontrar en usted un espíritu medicinal tan desarrollado y penetrante. Con gusto le ofrecería mi apoyo, pero tengo la impresión de que ya ha dispuesto usted sus peones. Buena suerte, amigo».

Conversación con el doctor Succulet, quien ya me llama «doctor Suffock» y hasta «mi querido Suffock». Eso pone de manifiesto claramente que se ha tomado la molestia de recordar mi nombre y de hacer uso de él. El viejo zorro sabe ventear y sospecha que estoy en vías de adquirir una importancia que va en aumento. Me ofrece, con medias palabras, su protección de mandamás, reservándose, claro está, la posibilidad de retirarse si creyese discernir que la suerte me abandona. «Sus informes, mi querido Suffock, son siempre excelentes. Pero hoy han sido realmente notables. Lo digo como lo pienso, realmente notables». «Me esfuerzo por ser un buen ponente...». «El título me parece insuficiente... ¿El director médico sigue sin ser designado?». «Que yo sepa, así es, señor profesor». (Le doy el tratamiento de «profesor» aunque no tenga derecho a ello, pues sólo es médico de los hospitales. Esto le sitúa en la misma fila que Bobolat, a quien no puede ni ver). «En fin, si necesitase usted que le echasen una mano... ¡Nunca se sabe!». La apertura es bastante clara.

De hecho, *la dirección médica, desde ahora, soy yo*. Tengo el contrato en mi caja fuerte, firmado por Texas y Piéchut y refrendado por la municipalidad. Estimo preferible no revelarlo todavía. Sé que el puesto es codiciado y que se intriga entre bastidores. Pero se me tiene al corriente de los hechos y gestos del intrigante, un fascinado por su propio ombligo, que se forma una idea falsa de la escala de valores, en la que él se sitúa demasiado arriba. Mouraille, que le tiene horror, le llama «el gran Clysopompe^[14]». El personaje en cuestión goza de un grado bastante elevado en la masonería. No obstante, por este lado estoy cubierto, dado que soy F. M., desde hace dos años, de la misma logia que Piéchut. Me inscribí en los venerables hermanos por medida de precaución: me protegen de los tiros ensartados y de las jugarretas solapadas. Mi enemigo en potencia no podrá nada contra mí. ¿Por qué no nombrar al estrepitoso doctor Bhroume? Una cara ancha y piriforme, de grandes mejillas lisas,

que hacen pensar en un jamón cocido. Eso aparte, posee tamaño, plexo, mentón, frente (por otra parte calva, donde el escaso pelo, teñido y peinado de lado para cubrirla, deja rastros rojizos) y verborrea de la más alta para cantar su propio valer. Pero su mirada es amarilla, la boca caída y su risa parece más bien mueca. Una risa contenida que no hace sino puntuar sus frases afortunadas. «Se escucha», dice Mouraille. Hay en él mucho de pavo, con las caídas de mentón sobre la papada y el estirar la cabeza hacia delante. Grosero con soberbia y con las gracias de un veinte toneladas. Siempre sobre un estrado o el promontorio de un balcón, gesticulando a los cuatro vientos, como si fuera enfocado desde ellos, en plan de comicastro que se admira.

Parecería estúpido que Bhroume dejase una buena situación para solicitar con ahínco la dirección médica de Clochemerle si no se tuviera en cuenta su inmensa vanidad. A un balneario afluyen personajes procedentes de todas partes, incluso testas coronadas. Un puesto de *vedette* que le aseguraría un vasto campo de actividades. Debe verse ya recibiendo un tributo inmenso de homenajes y reinando, como un potentado, sobre miles de agüistas durante seis meses al año. Y multiplicando conferencias, que serían, con ayuda de la ociosidad, muy bien recibidas. Redactando (aunque escriba como un analfabeto) numerosos folletos sobre el termalismo, folletos que le conducirían a la Academia de Medicina, donde brillaría con augusto resplandor. Odre de viento y corazón seco, no tiene en la mente sino el arribismo. Pero aguardo su ataque a pie firme. Y me divierto con ello de antemano.

NOTA SOBRE EL RÉGIMEN VINO-TERMAL

(La redacción de lo que sigue se debe al propio doctor Suffock).

—¡Esto me parece escabroso! —dijo el doctor Succulet.

—¡El vino jamás ha sido considerado como un gran amigo del hígado, de la vesícula, del páncreas y del riñón! —añadió el profesor Bobolat.

—¡No sería conveniente —confirmó el doctor Pinglard— que, so pretexto de innovar, transformásemos a los enfermos en juerguistas!

Como era de esperar, mi proposición de convertir a Clochemerle en una estación vino-termal ha erizado, de momento, todos los cabellos. La mayor parte de médicos presentes se han encerrado en una ortodoxia de la cual se niegan a apearse. Menos por espíritu de sistema que por no tener que revisar conceptos («esto es bueno, eso es malo»), sobre los cuales descansan con toda tranquilidad de ánimo.

No obstante, tengo a mi disposición un sólido haz de argumentos. *Primo*, el vino es la bebida nacional, bebida noble y gloriosa entre todas. Importada de Italia por los romanos, conquistó rápidamente las Galias. En la guerra del 14, el *pinard*^[15] fue el gran estimulante de los guerreros. ¡Veló por la integridad de las fronteras en las cantimploras de dos litros! La Madelon se lo escanciaba a los *poilus*. Tomado en cantidades razonables (de 75 centilitros a un litro diarios), el buen vino no resulta

nocivo en absoluto. Hasta puede considerársele como un alimento, por el hecho de que contiene toda la gama de vitaminas B, así como la vitamina C. Es bactericida en ciertos casos y sirve de antídoto para muchos venenos que absorbemos en dosis benignas aunque regulares. Ciertamente, es sabido que hay estómagos que no lo soportan, pero se trata de estómagos exageradamente «ácidos» y no es el vino la causa de ello.

En cuanto a la cirrosis, frecuente entre los grandes bebedores, frecuente asimismo entre los coloniales, proviene incontestablemente del abuso. Y aún hay que notar que ese abuso es peligrosamente agravado por las mezclas con los anisados, los aperitivos, los aguardientes, etcétera. Según el doctor Besançon, hay que beber de tres a cuatro litros de vino diarios durante veinte años para tener derecho a la cirrosis. Es evidente que no vamos a prescribir tal cantidad. Hago observar que existen cirrosis secas que nada tienen que ver con la bebida. Las dolencias del hígado, que se observan con tanta frecuencia en las mujeres abstemias, parecen debidas a la herencia. Son los descendientes quienes expían la mayor parte de las veces los excesos en la mesa de padres y abuelos. Ciertamente se ha comprobado que Francia, sede por excelencia de la buena comida, es la nación que cuenta con más hepáticos. Los anglosajones se ven menos afectados que nosotros. Pero la cuestión no radica ahí.

—Lo que quisiera destacar, señores, y sobre lo cual les pido que fijen su atención, es la situación particular de Clochemerle, que, certeramente explotada, debe convertirla en una estación sin rival. Este país es universalmente conocido por el incomparable *bouquet* y el bello matiz milagroso que se sitúa en primera fila de las aguas medicinales. Erraríamos profundamente si sacrificásemos uno de los triunfos que la Naturaleza nos dona. Por el contrario, presentarlos como complementarios uno de otro nos proporcionará superioridad. Proclamemos que las esencias de nuestro vino se alían admirablemente con los elementos curativos de nuestra agua, y que, al provocar por parte de estos últimos una reacción más intensa, refuerzan su acción. Me he puesto en contacto con un centro enológico que me ha procurado análisis en apoyo de lo que sugiero. Hace poco hablaba usted de «enfermos juerguistas», doctor Pinglard. ¡Dios nos libre! Atrás el etilismo, vergüenza a la degradante borrachera. No voy a gritarlo menos fuerte que usted. No censuraré menos a los desventurados que beben sin discernimiento. Constituyen pecado contra el espíritu, el espíritu tan ligero o impalpable del vino. Si Noé, por orden del Altísimo, plantó, o más bien, replantó la viña tras el diluvio (y la tradición local pretende que aterrizó sobre una cima de nuestra comarca), fue de seguro porque tenía por misión dar a los hombres el *bonum vinum*, que tanto ha trabajado en pro de su consuelo. Os lo digo claramente, que no se cuenta para denigrar el vino con las gentes de Clochemerle. ¡No se traiciona la propia bandera!

DOCTOR PINGLARD. —No es mi intención denigrar, puede creerlo. Sé apreciar el vino de Clochemerle y hacerle honor.

NUMEROSAS VOCES. —¡Estamos todos de acuerdo!

DOCTOR SUFFOCK. —¡Gracias, doctor Pinglard! Por lo demás, debo hacerles observar que el vino no está en absoluto proscrito de las estaciones termales, pero se bebe en ellas sin discernimiento. Nosotros, en cambio, impondremos no beber en nuestra estación más que vino de régimen, almacenado y cuidado en bodegas especiales, bajo control de la Sociedad Arrendataria. Ese vino, clochemerle naturalmente, no será puesto a la venta. Lo reservaremos exclusivamente al consumo local, con el apelativo selectivo de *Solera del Agüista*. Dicho apelativo garantizará su origen y su calidad... *Solera del Agüista*, año de cosecha controlado, puro zumo de uva y sin edulcorar.

Todos los presentes se interesan vivamente por la *Solera del Agüista*. Tengo que dar una conferencia sobre vinificación, explicar que el Beaujolais ha producido normalmente vinos ligeros, diuréticos, extremadamente olorosos, de 10 a 12 grados, si no se les carga con el funesto edulcorado. Proscribiendo el edulcorado, devolveremos a nuestro vino sus cualidades naturales, haremos de él una bebida ligera, agradable al paladar, que no fatigará al estómago ni al riñón.

—¡Esto lo cambia todo! —dijo el doctor Pinglard.

—Ahora comprendo el interés de su proposición —corroboró el profesor Bobolat.

—Pensándolo bien —añadió el doctor Poy-Debar—, no soy enemigo de ese tratamiento vino-termal. Creo que gozará del favor de los agüistas. Muchos enfermos consideran la cura como una penitencia y se resisten a someterse a ella. Si se les pone ante los ojos el incentivo de que, lejos de ser una cuarentena, transcurrirá en un clima de euforia, acudirán más gustosamente a cuidarse, ¡para su bien y para el nuestro!

Una intervención de Mouraille va a producir fuerte impresión. Mouraille toma raramente la palabra, pero siempre se le escucha con atención y respeto. Los más eminentes especialistas parecen temer las voces del viejo tebib, quien proclama: «Si queréis la verdad, comenzad por abrir la llaga».

DOCTOR MOURAILLE. —Ninguna solución inspirada por el sentido común puede ser descartada. Voy a daros un ejemplo.

»Cuando yo era médico militar formando parte de una ambulancia de primera línea, en 1915, vimos llegar en invierno toda una partida de *pies congelados*. Los casos graves presentaban una coloración azul-negra de la piel, que a veces llegaba hasta media pantorrilla. Se consideró que se trataba de carnes muertas, con amenaza subyacente de gangrena. Sin buscar ningún remedio, se amputaba.

»Aquellas mutilaciones me causaban horror. Me dije que el calor es el antídoto del frío y me volví resueltamente hacia la termoterapia. Intenté reanimar los pies congelados con una especie de cochura, por medio de calor seco, a temperaturas que variaban entre 80 y 100 grados. A tal efecto hice confeccionar cajones de madera para el tratamiento de las extremidades contaminadas. Primer resultado: desaparición de los dolores. Luego, con bastante rapidez, las partes aparentemente necrosadas recobraban la vida. La piel muerta se desprendía como una corteza de árbol, dejando

aparecer una piel nueva y viviente, sin llaga ni supuración. El calor había esterilizado e impedido la infección. Paso por alto el tratamiento, que era muy sencillo: dos sesiones por día, de media hora cada una. Aquello nos permitió salvar la mayor parte de los miembros que podíamos cuidar a tiempo. Nuestro método acabó por ser conocido en las altas esferas. Se nos pidió un informe y hasta enviamos uno de nuestros cajones, que estuvo expuesto mucho tiempo en el Val-de-Grâce^[16].

»Quedó probado indiscutiblemente que, bajo la piel reseca y encogida, los tejidos se mantienen en vida latente y nutrición suspensa, comparable a lo que se obtiene en la hibernación. Solamente se ve afectada la parte superficial. Es suficiente con eliminarla por desecación y recalentar la parte interior para que la sangre reanude victoriosamente su trabajo de irrigación. Fuimos varios los que vimos ocurrir aquello ante nuestros ojos hasta el punto de quedarnos admirados. Pero los “pies congelados” comenzaron a escasear más adelante, nosotros fuimos destinados a otras ambulancias, y nuestro método cayó en el olvido. Lástima grande para los accidentados de montaña, víctimas del frío. Sigo convencido de que nuestro método les permitiría conservar su integridad física.

»Lo que os he dicho acerca de mis “pies congelados” puede aplicarse a otras improvisaciones dictadas por el sentido común y la necesidad. Os recordaré que un oscuro médico, llamado Gabriel Pravaz, nacido en 1791 en Pont-de-Beauvoisin, que hubo de acantonarse en Lyon en la ortopedia, preparó los caminos de la Medicina moderna creando una jeringuilla que hoy día se halla en todos nuestros estuches. No obstante, el citado Pravaz no pretendía revolucionar nada. Se hizo inventor, para inyectar dos o tres soluciones medicamentosas en los tejidos de sus enfermos. ¡Y Dios sabe lo que su jeringa ha podido llegar a inyectar desde entonces en el cuerpo humano!

»Por ello pienso que una mezcla bien dosificada —por otra parte, anodina— de vino y agua puede resultar beneficiosa, aunque sólo fuere sosteniendo la moral del agüista. Y no me extrañaría que ese tratamiento revele efectos que no sospechamos. En fin, tened en cuenta que el vino y el agua de Clochemerle son *inimitables*. Las críticas se embotarán ahí y la competencia se romperá los dientes contra ello. Creedme: el *vino-termal* es un hallazgo afortunado.

El doctor Mouraille es muy aplaudido. Presiento que hay que terminar.

DOCTOR SUFFOCK. —Preciso bien que se trata de un agradable compromiso entre el agua y el vino, en el cual, tranquilizaos, el agua ganará holgadamente.

Les explico entonces cómo me vino la idea de no sacrificar los intereses de nuestros vinateros, sino de permitirles, al contrario, colocar ventajosamente su producción. En cuanto a justificar la expresión «vino-termal», carece de importancia. Cerca de los manantiales, serán edificadas elegantes cantinas, servidas por hermosas muchachas. Tras haber tomado su agua, mañana y tarde, los agüistas tendrán derecho, gratuitamente, a un trago de Clochemerle, servido fresco en un vaso de oporto.

VOCES. —¿Y nada más?

DOCTOR SUFFOCK. —Me parece suficiente para crear un clima de alegría, al mismo tiempo que una prima a la buena observancia del régimen.

VOCES DIVERSAS. —¡Evidentemente, no es mala cosa...! ¡Incluso parece muy simpático...! ¡Y eso dará una nota de tipismo, en este bello marco de viñedos!

Finalmente, el tratamiento vino-termal es adoptado por aclamación. Se trae vino fresco y brindamos por la feliz decisión. Todo el mundo encuentra el clochemerle excelente. Prometo que la *Solera del Agüista* tendrá una clase y un *bouquet* muy superiores. Varios médicos encargan una provisión de ella para su uso personal. A precio de mayorista, claro... Ya veremos eso más tarde.

He previsto que la *Solera del Agüista* será reservada exclusivamente a la Sociedad Arrendataria, que procederá al embotellado, etiquetado y empaquetado. Marca registrada. Los viticultores no estarán autorizados a vender con este apelativo. Hay que precaverse contra los falsificadores.

SESIÓN RELATIVA A LA DISCIPLINA TERMAL

La cuestión que se tratará más a fondo en el curso de esta sesión es la de la disciplina medicinal durante la cura. Será expuesta por un hombre particularmente cualificado. En efecto, el doctor Sautequin ha ejercido durante diez años en Vichy como médico de tratamiento. Razones de familia le han determinado a venir a establecerse en Lyon como especialista. Sin embargo, un largo y directo contacto con los agüistas le han proporcionado una gran experiencia, sobre todo cuanto atañe al termalismo. Por este lado, constituye un consejero inapreciable.

DOCTOR SAUTEQUIN. —La experiencia ha demostrado que es indispensable que el agüista, durante los veinte días aproximadamente que dura su tratamiento, no escape jamás a la *influencia médica*. Esta influencia debe serle recordada por una trama de pequeñas obligaciones que corten sus jornadas en secciones regulares. El intervalo entre esas obligaciones, les dejará tiempo suficiente para el placer y la distracción, pues tampoco se ha de perder de vista que la cura coincide con la época de vacaciones y que debe evocar el clima de las mismas. Se trata, pues, de una obligación muy suave. Pero esa bondad médica no implica por ello menos sujeción. Mediante la obligatoriedad de cierta disciplina se dará al enfermo la noción de sus deberes. Es capital para su psiquismo y ya sabéis que el psiquismo del enfermo es nuestro principal colaborador, si logramos hacer de él nuestro aliado. A fin de cuentas, señores, es preciso que el enfermo ponga algo de su parte y haga un esfuerzo personal hacia la curación. (Aprobación general).

DOCTOR LÉVY-LÉVY. —La Medicina se parece a la religión en que dispensa la gracia necesaria y suficiente para conseguir la salvación. ¡Mas es necesario que se use de la gracia concedida!

DOCTOR SUCCULET. —Si el enfermo apunta contra nosotros, cosa que suele verse con frecuencia, empezamos derrotados ya.

DOCTOR POY-DEBAR. —Yo tenía un enfermo que era el espíritu de contradicción personificado. Apostó conmigo a que no conseguiría curarle.

VOCES. —¿Y le curó usted?

DOCTOR POY-DEBAR. —No, murió. Pero murió sin motivos válidos. Estoy persuadido de que lo hizo únicamente por ganar la apuesta. (Risas).

DOCTOR SAUTEQUIN. —La cuestión de la curación completa no se plantea para los *crónicos*, de modo que se hace preciso conducir al agüista a la convicción que su estado mejora. Es absolutamente necesario para que vuelva a nosotros cada año. El enfermo que viene una temporada no tiene por qué escapársenos si conocemos bien nuestro oficio. Una cosa muy importante a mi parecer es que el enfermo vuelva por propia voluntad, incluso con gusto. Hay que lograr que la cura represente para él un período de relajamiento, durante el cual, dejando a un lado sus responsabilidades habituales, no tenga que pensar más que en sí mismo. Debemos hacerle comprender que el mes que pasa con nosotros, apartado de todo, le permitirá participar mejor en la vida activa durante los otros once meses del año. Es importante, para obtener este resultado, que nuestro ascendiente no ceje. Estamos, ciertamente, a disposición del enfermo, pero él debe estar aún más a la nuestra. (Aprobación general).

DOCTOR SUCCULET. —Ésa es la cláusula esencial de las relaciones de confianza entre médico y enfermo.

DOCTOR SAUTEQUIN. —He aquí el programa que propongo para la jornada del agüista. Al despertar, primera ingestión de agua en ayunas. Es imprescindible que, en cuanto recobre la consciencia, el pensamiento del enfermo vaya hacia su cura.

»Después del tratamiento, reposo de una hora en el hotel. Igualmente muy importante. Saliendo del termal, el enfermo debe sentirse muy debilitado, prueba de que el tratamiento obra bien. Segunda ingestión de agua en este momento. Por el hecho de la posición horizontal, el enfermo orinará el agua que acaba de tomar. (En eso estriba todo el secreto de Vittel y de Evian, sea dicho de paso). De ahí proviene la impresión de un profundo lavado interior. Concederemos al agüista el resto de la mañana, de la cual puede disponer según su fantasía. Pero le prescribimos una tercera ingestión de agua, en el manantial esta vez, hacia mediodía.

»Después de comer, sobre las 14 horas, segunda sesión de reposo, con ingestión de agua y subsiguiente lavado-orinado. Luego, libertad completa hasta las 17 horas. Entre las 17 y 18 horas, última ingestión de agua en el manantial. Ya ven que este programa nada tiene de abrumador, casi podría llamársele bondadoso. Pero basta para tener al agüista bajo nuestra dependencia. ¿Alguien tiene algo que objetar?

VOCES. —Nada..., todo eso parece perfecto.

DOCTOR SUFFOCK, *interviniendo*. —Por razones extramedicinales, y porque estoy al corriente del desiderátum, que me parece tener cierto valor, pediría dos pequeñas modificaciones de horario. A saber, que las dos ingestiones de agua en el manantial sean previstas la de la mañana a las once y media y la de la tarde a partir de las

cuatro. En efecto, los dueños de bares y cafés desean que los agüistas estén libres de once y media a doce y media, como asimismo por la noche antes de las siete. Son las horas del aperitivo, que guarnecen las terrazas, favorecen los encuentros y hacen funcionar los negocios de los establecimientos en cuestión. También las sesiones de cine se celebran por la tarde. Creo, señores, que deben tomarse en consideración los intereses del comercio local. El clima de la estación será más amable en la medida en que todo el mundo pueda aprovecharse del dinero del agüista. ¿Puede usted, doctor, concederme lo que le pido?

DOCTOR SAUTEQUIN. —Claro está que sí, mi querido colega. Confieso que no había pensado ni en el cine ni en el aperitivo, lo cual supone funesto olvido por mi parte. La cura forma un gran todo del que ningún elemento debe ser descuidado. Ahora bien, es flagrante que el comercio viene después del cuerpo médico. Le doy las gracias, doctor Suffock, por haberlo recordado oportunamente.

DOCTOR POY-DEBAR. —Ese cambio de horario, ¿no perjudicará a la eficacia del tratamiento?

DOCTOR LÉVY-LÉVY. —Sabe usted muy bien, mi querido colega, que el organismo humano es infinitamente complaciente. Prueba de ello es lo que se le hace soportar y lo que se le da a digerir. Es indiferente que el agua riegue las visceras a una hora u otra. No por ello deja de seguir su curso hacia la alcantarilla. (Risas).

DOCTOR SAUTEQUIN. —Tiene usted carta blanca en lo que respecta al horario, doctor Suffock.

DOCTOR SUFFOCK. —¡Entonces, todo perfecto!

DOCTOR SUCCULET. —En Vichy, donde pasé dos o tres temporadas, hubo una cosa que me asombró mucho ante los manantiales. Fue la seriedad y escrupulosidad con que el agüista mide su ración de agua en los vasos graduados. ¿No creen ustedes...?

DOCTOR SAUTEQUIN. —A eso iba, mi querido colega. Ése es, en efecto, el punto más sobrecogedor del tratamiento, esa minuciosidad del agüista en medir su agua. Aconsejo vivamente imponer en Clochemerle el mismo método.

DOCTOR CROPPETON. —¿Han sido definidas las dosis ideales?

DOCTOR SAUTEQUIN. —Entre nosotros, mi querido colega, podemos fijarlas empíricamente sin peligro alguno. Existen, por lo demás, dos tendencias. Hay médicos que hacen tomar el agua en abundancia. Otros, por el contrario, la prescriben a dosis casi infinitesimales, a la manera de los homeópatas. Personalmente, me inclino por el segundo método. Prescribiéndola al gramo, se confiere al agua un valor curativo impresionante. En cualquier caso, el hecho de medir exactamente su agua, supone para el agüista una ocupación sana y le mantiene bajo nuestra influencia. Aunque no sea más que por esto, dosifiquen, señores, dosifiquen con precisión exigente. Receten un litro o un dedal, pero hagan después de ello una cuestión de vida o muerte. Es indispensable para que el termalismo sea tomado en serio por el enfermo.

DOCTOR X..., *joven y recién llegado al C. E. T.* —Se nos ha dicho, doctor Sautequin, que ha ejercido usted durante diez años en un balneario. Quisiera preguntarle algo: ¿Obtenía usted resultados positivos?

DOCTOR SAUTEQUIN, *un poco sorprendido.* —Claro que los tenía... Quiero decir que comprobaba mejorías incontestables.

DOCTOR X... —¿A qué creía usted que debía atribuir las?

DOCTOR SAUTEQUIN, *tras reflexionar.* —Pues bien, al agua, sin duda... No veo otra explicación.

DOCTOR X... —Disculpe mi insistencia. Vacilo en instalarme como médico de tratamiento. Quisiera estar seguro de sacar de ello satisfacciones medicinales.

DOCTOR SAUTEQUIN. —Las tendrá usted, mi joven colega. Sí, pese a todo... ¡Oh!, no espere milagros. Quedará usted prendido en la rutina del exceso de trabajo de la temporada, que no deja mucho tiempo para reflexionar. Pero, una vez terminada la temporada termal, si considera usted el conjunto de sus enfermos, el porcentaje de personas aliviadas ganará netamente. Porque si hay algo que haga decepcionante nuestro oficio es que los buenos efectos de la cura se hacen sentir después que el enfermo nos ha abandonado. ¡Tendrá usted que armarse de una fe robusta!

PROFESOR BOBOLAT. —¿Y qué médico no necesita de una fe robusta...?

VOCES. —¿Y si la fe se pierde?

DOCTOR MOURAILLE. —¡Queda el valor! El valor de no desertar.

Las miradas se vuelven hacia Mouraille, retrepado en su rincón. Se le aplaude con discreción, con una especie de deferencia. Mouraille se conforma con murmurar, encogiéndose de hombros. Pero el doctor Suffock se levanta.

DOCTOR SUFFOCK. —Quisiera, en breves frases, sacar las conclusiones de esta instructiva reunión, que nos ha fijado los grandes rasgos del deber médico, en tanto que termalistas. En primer lugar, debo dar las gracias muy particularmente al doctor Sautequin, que nos ha hablado con tanto rigor y fuego. Sin embargo, estimo que la última palabra, palabra que debiera grabarse en el frontón de nuestra profesión, ha sido pronunciada por el doctor Mouraille: ¡Valor! Valor para ayudar a la condición humana y compartir el dolor de los hombres. Si me autorizáis a ello, prometo, en nombre de todos nosotros, no faltar jamás a lo que constituye nuestro honor: el valor médico. Este valor no deja de ir acompañado de una atormentadora y terrible introspección. Porque todo padecimiento que afrontamos se vuelve contra nosotros y parece como si no pudiésemos vencerlo sino cargando con nuestra parte. Aún crepitante por el dolor ajeno, traspasado por mil flechas, el médico no deja por ello de proseguir su tarea fraternal. Tengo plena conciencia, por haberos visto manos a la obra, señores, de que este homenaje os es debido. (Aplausos prolongados. Acuden a estrechar la mano al doctor Suffock).

(Nota del doctor Suffock, adjunta al informe. —El viejo Mouraille ha creado un instante de verdadera emoción, que me ha sobrecogido tanto como para lanzarme a

través de ella. Estoy seguro de que todos éramos perfectamente sinceros en aquel momento y he visto muchas miradas humedecidas. Fue un gran instante. Sin duda no es posible mantenerse largo tiempo en esas alturas. Pero resulta reconfortante comprobar que nuestro corazón continúa siendo capaz de ciertos latidos. Mouraille me ha sorprendido. El tío oculta algo debajo de sus pullas. Babasse lo intuyó desde el primer día).

REUNIÓN RELATIVA A LA DIRECCIÓN MÉDICA

El doctor Bhroume había hecho saber que deseaba hacer una declaración importante. Tras el despacho de los asuntos corrientes, se le concede la palabra.

DOCTOR BHROUME. —Hay una cuestión sobre la cual quisiera recibir ciertas aclaraciones. Repetidas veces se nos ha hablado de la dirección médica de Clochemerle. Creo que ha llegado el momento de preguntar: ¿Quién personificará esa dirección?

»Creo adivinar que el doctor Suffock es, provisionalmente, la emanación de ella. No ponemos en duda ni la buena voluntad ni la abnegación y la dedicación del doctor Suffock. Pero, a fin de cuentas, nuestro joven colega está todavía muy verde, por razón de su edad, y sus modestos títulos no le designan para un papel de primera importancia. Como ponente ha actuado muy bien y nos hacía falta uno en espera de que las cosas se organicen. Para ese empleo ha demostrado cualidades incontestables.

»Ahora bien, como director médico se debe elegir a un hombre de primer plano, cuya irradiación personal aumente el crédito de la estación. Con capacidad de trabajo, aplomo, autoridad natural... En resumen, con todo lo necesario para extender a lo lejos nuestras ramificaciones mundanas, políticas y sociales, que hagan converger en Clochemerle una *élite* de agüistas y a agüistas de *élite*. En fin, señores, con prestancia, una prestancia varonil, porque la talla impone al interlocutor. Un ministro, hasta un príncipe, se siente enclenque ante un hombre que le lleve la cabeza.

»¿Y dónde podremos encontrar a ese hombre? He pensado en ello, he hecho una amplia indagación y he acabado diciéndome, evidencia que debió haberme saltado antes a la vista: ¡Ese hombre está entre nosotros, en las filas del C. E. T.! ¡Aquí mismo, señores!

»Y ese hombre, ¿aceptará, si se tercia, abandonarlo todo para venir a instalarse en Clochemerle? No debemos ocultarnos que se trata de una misión de sacrificio. Todos cuantos aquí estamos, al frente de consultorios concurridos, no tenemos más que dejarnos llevar por la confianza de los numerosos enfermos que se dirigen a nosotros. Cada uno disfruta en su población de la estima general. ¿Debe renunciarse a bienes tan inapreciables y tan caramamente adquiridos? Vuestra primera respuesta será no. Y yo he respondido como vosotros. El primer objetivo de la vida es asegurarse una estabilidad que dispense de volver a ponerlo todo sobre el tapete.

»Me había, pues, respondido que no y creía el asunto zanjado. Sin embargo, la

duda y luego los remordimientos, deslizándose en mi ánimo, no han cesado de torturarme... ¿Tenía derecho, por una egoísta cuestión de bienestar, a dejar arrumbadas unas cualidades que podían prestar enormes servicios, esas cualidades, digámoslo sin ambages, que reclama una dirección médica...? Tal es el dilema que obsesionaba mi conciencia. No os hubiera hablado de este pequeño drama interior de no haber visto prolongarse la incertidumbre. Y comprendo perfectamente las múltiples razones de esa incertidumbre.

»Por ello, señores, declaro solemnemente que me pongo sin reservas a disposición del cuerpo médico, aun a costa de perjudicarme en el plano material. ¡Ordene él, que yo obedeceré!

(Aplausos de buena educación. Visiblemente, el discursito ha extrañado a todo el mundo. Se observa, no obstante, que el doctor Bhroume, inflando el pecho, lanza sobre la asamblea una mirada dominadora. Al volver a su asiento, distribuye a derecha e izquierda pequeños saludos, a los cuales se les contesta fríamente. Las miradas se vuelven ya hacia el doctor Suffock. Éste se limpia las gafas, vuelve a calárselas y se dirige hacia el pequeño estrado).

DOCTOR SUFFOCK. —La gran talla del doctor Bhroume nos ha impresionado a todos. No hablo solamente de los centímetros, sino de la talla médica, del volumen de voz, del don de gentes y de las relaciones, de todo ese cortejo amplificador que da a nuestro excelente colega una personalidad de la que parece muy satisfecho, lo cual se comprende muy bien. De elevada estatura, se forma una alta idea de sí mismo, como la torre Eiffel mirando a sus pies. Es una consecuencia biológica de su poderosa estructura.

»El doctor Bhroume ha planteado una cuestión. Contestaré con otra pregunta: ¿Se presenta como candidato a la dirección médica de Clochemerle? Si, en efecto, quiere proponer su candidatura, le informo de que debe dignarse redactar una demanda, acompañada de un *curriculum* completo. Deberá depositar esa demanda en mis manos. Estoy habilitado para recibirla. La demanda será transmitida a las autoridades calificadas para decidir. Éstas escogerán, conforme a los títulos, la valía y las capacidades.

»Lo que digo para el doctor Bhroume es válido para todos los miembros del C. E. T. En principio, el puesto no ha sido sacado a concurso. Pero lo que es concedido a uno debe ser concedido a los demás. El doctor Bhroume parece designarse como el más capaz. Nuestra cortesía se inclina ante esa halagadora apreciación. Pero, al otro extremo de la cortesía, está el fuero interno de cada uno, que puede pronunciarse de manera diferente.

»Señores, si el doctor Bhroume es nombrado, aplaudiremos. Si no lo es, aplaudiremos también, dado que estamos seguros de que se habrá designado al mejor, al más útil, a aquel que sabrá olvidarse en su tarea y olvidarse para los demás. Tengo la firme convicción de que la necesidad hace surgir al hombre necesario cuando las circunstancias lo reclaman. (Aplausos).

»Mi concepto del director médico os extrañará tal vez. No lo veo como un primer plano ni como un mascarón de proa, sino alejado, como Sully en su gabinete, o Richelieu en el suyo. Se siente su presencia porque su autoridad está en todas partes, de lo más alto a lo más bajo, y tan a sus anchas en sus atribuciones que incluso las querellas personales no alcanzan a falsear su aplicación. Dirigir es pensar. El director es el gran resorte oculto en la caja del reloj: invisible y accionando todos los engranajes. (Nuevos aplausos).

»Lo que importa por encima de todo es hacer de Clochemerle un bloque médico coherente, donde reine la *entente* más completa y más fructífera. Gracias a vuestra colaboración, hemos definido los principios de un termalismo científico y verdaderamente racional. El camino está trazado ya. La estación pide ser dirigida en función de todos vosotros. ¡En nombre de Clochemerle, garantizo que así habrá de ser! (Aplausos atronadores. Se le hace una verdadera ovación al doctor Suffock).

Mouraille aplaudió el nombramiento de su joven colega, estimando que era de justicia haber escogido a aquel muchacho que conocía bien el pueblo y que había laborado con tanto tesón. Revisando sus primeros juicios, se decía que Léo Suffock no era un ambicioso cualquiera. Le conmovía ver que el doctorcito amaba apasionadamente aquella futura estación —en parte, obra suya—, cuyas paredes surgían ya del suelo. Lo cual equivalía a decir que amaba su oficio.

¡Amar su oficio! Para Mouraille suponía el supremo valor. Veía en ello la garantía de una cierta rectitud moral, porque el amor del propio oficio da al hombre orgullo y buena conciencia. De no haberlo amado él, ¿habría pasado su vida en un rincón del Beaujolais, interesándose a toda costa por los bribones que cuidaba? Aquellos miserables cultivaban la viña, sin enriquecerse y, a veces, las heladas o el pedrisco arruinaban en algunas horas sus esfuerzos de un año. Esforzadamente, preparaban la vendimia siguiente. Cifrando su honor en el vino, una buena cosecha les consolaba de sus cuitas. Aquellas gentes valían tanto como cualquier otra categoría humana. ¡Unos tíos muy estimables!

Lo que Mouraille estimaba más en la conducta de Suffock era el haber comprendido que el agua no debía matar al vino ni arruinar a los viñadores. La prueba era que ahora tenía a Clochemerle, se le había metido en las fibras más íntimas de su ser y actuaba como el leal médico de los clochemerlinos. Había inventado el régimen vino-termal para sacarles de apuros. Los agüistas no marcharían por ello, pero los viñadores irían mucho mejor.

Por tanto, Mouraille oyó repicar con sincero agrado la clara risa de Babasse, la primera vez en que él la llamó «querida directora».

—A propósito, papá —dijo ella—, me han dicho que estuvo usted estupendo con sus «pies congelados». Léo dice que los jefazos se quedaron pasmados.

Le besó y continuó después:

—Confiese usted que Léo se ha merecido el nombramiento.

—Sí —contestó Mouraille con tono de convicción—, se lo ha merecido. Y ha sido una suerte para Clochemerle.

Capítulo 8

Cada cual lo suyo

Texas había dicho, con un gran gesto circular que arrasaba el cogollo del burgo:
—Necesito espacio. Tendrán que derribarme todo eso.

Su concepción de visionario, que tenía una ciudad en la mente, no podía tolerar en el centro del pueblo amontonamientos de casuchas sin estilo, ni el retorcido embrollo de callejuelas. La propiedad privada presentaba por doquier extraños enclaves, transformados en vertederos de objetos desechados. La gente de Clochemerle sólo construía con el mínimo gasto, por estricta necesidad, añadiendo un trozo de cobertizo, una techumbre para hacer un desván, un altillo, una tapia, etcétera. Para nada se tenía en cuenta la estética ni se establecía un plan. Dejaban que los albañiles se las apañasen a su gusto, aprovechando rinconadas y huecos utilizables. Se habrían hallado porquerías más que centenarias si se hubiese pensado en descombrar. Pero el espíritu de ahorro no hacía más que poner cosas encima, con el sentimiento maniaco de aumentar el patrimonio. Aquel hacinamiento polvoriento y carcomido, jamás inventariado, quedaba vinculado a viejas tradiciones de herencia y de tesoros escondidos. Texas tenía razón: había que llevar allí la piqueta y la destrucción. Lo cual serviría, además, para hacer penetrar aire fresco en los interiores, en las costumbres y en las almas. Sin embargo, topaba con fuerte resistencia, porque cada cual se aferraba a su pedazo de terreno, a su cochambre y a la vetustez ancestral. «Cada uno es libre en su casa», repetían los clochemerlinos en tono de reto.

No obstante, Clochemerle no era ya más que una inmensa obra. Las excavaciones revolvían el suelo, por todas partes discurría el cemento, las avenidas iban trazándose. Para ello hacía falta derribar y, para derribar, expropiar, lo cual no se lograba sin quejas, reivindicaciones y terribles regateos. El precio del suelo por metro cuadrado había dado un enorme salto. Los listos pretendían vendérselo al nuevo precio al artesano de la prodigiosa puja. Texas era generoso y tenía amplitud de miras. Pero se negaba a ser presa de los cicateros del pueblo, siendo así que, al fin y al cabo, trabajaba para ellos.

—No soltaré un céntimo —declaró—. Ahora bien, me comprometo a alojaros en viviendas nuevas, a igualdad de superficie, con electricidad, agua corriente y las comodidades modernas. En cuanto a los comerciantes, tendrán tienda y vivienda en los nuevos inmuebles.

—¿Y si preferimos quedarnos en donde estamos, en *nuestras casas*, que nos

pertenecen, con los recuerdos de nuestros padres, de los padres de nuestros padres y de los padres de los padres de nuestros padres? —objetaban los testarudos.

—Todos esos padres ya murieron y las casas serán derribadas de todos modos. Se os desalojará en nombre de la ley, por razones de interés público.

—¿Por la fuerza?

—¡Con alguacil y gendarmes, sí, señor!

—¡No va ser Cudoine quien me eche de mi casa!

—Vendrán gendarmes de fuera. De los malos.

Tuvieron que capitular e irse a la zona de habitación que se estaba construyendo en la periferia de la futura estación. Allí se iba formando una barriada campesina, distinta de la aglomeración ciudadana. Se construían casas bastante coquetonas, de claro revoque, en el estilo tradicional de las casas de los viticultores, con la honda bodega abovedada que ocupaba todo el rectángulo de los fundamentos. La mayoría del antiguo pueblo estaba llamado a trasladarse, pues el Clochemerle del vino había de ceder ante el del agua, que comenzaba a edificarse monumental en la ladera de la colina. Las inmensas fachadas, horadadas por innumerables ventanales, parecían trepar al asalto del cielo, como si, en aquel marco verdeante de viñedos, se hubiesen echado los cimientos de un Manhattan beaujolés. Bruscamente, los ánimos se espantaron.

Hasta entonces, las gentes de Clochemerle no se habían tomado en serio aquella historia de la estación termal. Aquellos bebedores de vino jamás habían puesto los pies en un balneario, que significaba para ellos el colmo de lo grotesco. Ni siquiera los primeros trabajos les inquietaron. Fantasía de millonario, pensaban, que tenían la manía del americanismo y quería ofrecerse jardines colgantes. No tardaría en echarse atrás.

Y de pronto, cambio total de la opinión. Se dijeron que era verdad, que caminaban de veras hacia una transformación radical del pueblo y que, como el dinero siempre llama al dinero, todo cuanto se gastaba en instalaciones iba a encauzar hacia Clochemerle un enorme caudal. Los cerebros comenzaron a trabajar sobre esto.

El primero en ver lejos y definir un programa sólido fue Ange Zucatti. Hubiérase podido creer satisfecha su ambición desde que lograra hacerse dueño de un parador por matrimonio. Pero el cariz que cobraban las cosas le abría nuevos horizontes.

Pidió una entrevista privada a Texas para exponerle su asunto. Era muy sencillo: quería verse al frente del primer hotel de Clochemerle, el más céntrico y el más lujoso, al que acudiera la clientela internacional. Incluso había decidido ya el nombre: el *Zuca-Palace*.

—Me corresponde por derecho, señor Texas, visto lo que hemos hecho ya por el renombre del pueblo. No hay que fijarse sino en el número de comidas que se sirven los domingos y días festivos. Sabe usted perfectamente que no existe mejor cocina entre Lyon y Mâcon. En cuanto a bodega, sólo la de Point, en Vienne, puede aguantar la comparación. ¿Es verdad o no es verdad, señor Texas?

—Es verdad, Zuca.

—¿Cree usted que algún otro podría desenvolverse tan bien como nosotros? Digo nosotros, porque Adèle tiene sus recetas y yo tengo las mías. Depende de la clase de platos. Aunque yo sé cocinar los platos de Adèle, como ella sabe cocinar los míos. No es cocina de hotel lo que se sirve en nuestra casa, téngalo usted presente, sino la verdadera cocina casera de las abuelas. Porque nuestros fogones roncan a partir de las ocho de la mañana.

—Lo sé, Zuca, lo sé.

—¿Y cree usted que voy a permitir que un berzotas cualquiera, que no nos llegará ni a la suela de los zapatos, venga a hacerse el importante en Clochemerle? Cocina principal, hotel principal. A mí me parece justo.

—Bien. Y entonces, ¿qué?

—Los artistas jamás se hacen ricos. Hay que ayudarnos, señor Texas.

—¿Ayudaros? ¿En qué forma?

—Haciendo construir usted el hotel y confiándonos su gerencia, con promesa de venta. Dándonos parte en el negocio, dado lo que aportamos ya en terreno material y edificaciones.

—Veremos —dijo Texas por último.

—Pero ¿no es usted contrario a ello?

—No —respondió Texas—, no soy contrario en principio. He magreado las nalgas de Adèle hace más de veinte años. Son viejas amigas. Las tendré en cuenta. No te enfades por eso. Yo era entonces joven y tú no estabas aún en el circuito.

Zuca hizo un gesto para expresar que detentaba ideas amplias sobre aquel punto. No pueden exigirse nalgas que no tengan un pasado.

—Ya se sabe lo que es el comercio. Una mujer que tiene un buen par y que no lo deja tocar es difícil que triunfe en la venta de bebidas. Cuando yo tenga el «Zuca-Palace», emplearé criaditas que estén bien bajo ese aspecto. Por mor de atraer a la clientela.

Lo que Zuca no decía —pero se dejaba entrever— era que él mismo padecía penuria desde que Flora estaba enteramente sometida a Jimmy Colt. Gustando de tener a sus mujeres bien a mano y vigiladas de cerca, contaba con pescar a una guapa chica entre el personal que emplease. Bueno, al fin y al cabo, aquello no incumbía a Texas. Lo único que se debía evitar era el drama pasional instalado en la dirección del establecimiento. Pero Adèle estaba ya en edad de resignarse. Y Zuca jamás se separaría de ella, ya que, por contrato, poseía la mitad de los bienes de la comunidad. No era hombre para perder la mitad de su capital en una liquidación, ni para dejar que la pasión ganase al interés. Aquello cubría los riesgos del comanditario.

—Primero tengo que establecer los presupuestos —dijo Texas—. Luego hablaremos.

El programa de Zuca tenía sólidas bases. Texas estaba resuelto a tratar con él, tomando las garantías necesarias. Sería conveniente que Clochemerle quedase

clasificado en las grandes etapas gastronómicas: un triunfo más para la estación. El tratamiento termal no impide vivir con refinamiento. Es sabido que muchos agüistas lo aprovechan incluso para darse buena vida, lejos de la mujer y los hijos. Los verdaderos yantares se hacen entre hombres, en tanto que las mujeres se dejan generalmente distraer por otra cosa: sus rivalidades femeninas, comparaciones entre sus ropas, etcétera. Siempre hay piques entre ellas. Es raro que en una reunión no se encuentren a fulana o a zutana, a quienes no pueden ni oler por motivos de secreta envidia. Una vez se ponen nerviosas, resultan malos comensales. Tienen el estómago crispado y son los pobres maridos quienes han de aguantar su mal humor. En esas condiciones, no es posible atiborrarse a conciencia y, cuando los hijos tiene cólicos o indigestión, es el desastre. Acudirían a Clochemerle suficientes hombres solos y dispuestos a formar equipo para que se dotase a la estación de una gran cocina. El tronco Adèle-Zuca, pese a las cizañas de alcoba, estaría a la altura suficiente para preparar aquella cocina incomparable.

De allí partió el famoso «Zuca-Palace», gloria de Clochemerle-les-Bains, que se ha ganado una reputación sin par en el reino de la gastronomía. Es el único hotel de la estación donde los entendidos degustan en toda época del año alimentos que son el producto de la civilización más avanzada. El hotel destaca igualmente por la selección de jóvenes bellezas domésticas, cuyas formas graciosas animan los pasillos del establecimiento. Tales camareritas son encantadoras y muy apreciadas. Resulta muy reconfortante para los agüistas que acudan por las mañanas a descorrer los visillos, trayéndoles el desayuno, acompañado de los periódicos. Incluso llegan a sentarse familiarmente en el borde de la cama para untar con mantequilla las rebanadas de pan, aunque tan sólo lo hacen por expresa petición. Mozas muy amables, de muy buen estilo. Dos o tres de ellas han hecho la felicidad de célibes desgastados, que ya no podían soportar más el aislamiento y que necesitaban de cuidados atentos. Ellas consagraron a aquellos ancianos algunos de sus verdes años. Y ellos, reconfortados antes de la muerte, hicieron de ellas sus herederas.

El cura Patard no aspiraba a menos que Zucatti, si bien por motivos menos temporales. Considerando lo que se preparaba, no quería pasar por un cernícalo. Tenía que lograr su parte en la enorme masa de dinero que se estaba poniendo en circulación. Hubiera quedado desacreditado a los ojos de los clochemerlinos, siendo así que representaba el prestigio de Dios y de la Iglesia.

El cura de Clochemerle preveía para un próximo porvenir una gran afluencia de fieles durante casi seis meses del año, fieles de un género nuevo, que él asimilaba a veraneantes y a gente en período de vacaciones. Esperaba de ello un notable acrecentamiento de sus ingresos, por el mero hecho de la misa mayor del domingo, una ceremonia que atrae a muchos cristianos, cuya religiosidad es, por lo demás, somera. Contando con los agüistas, gentes poco ocupadas, podría, sin duda, llenar la

sala cada vez. Mas había un pequeño inconveniente. El aforo de su iglesia, dependencia de una antigua abadía, no había sido calculado para una población que aumentase bruscamente al doble o al triple de la normal. Aquello le preocupaba.

En su empeño por hacer buen papel ante una asistencia en su mayor parte ciudadana y fácilmente burlona, se decía que sus misas mayores de plena temporada tendrían que ser como representaciones de gala en comparación con las misas mayores que celebraba para sus clochemerlins, nada exigentes sobre el decoro. Las piadosas hijas de la parroquia cuidaban de los ornamentos sacerdotales, y de la lencería de los altares y guarnecían los búcaros de flores. El sacristán Coiffenave se ocupaba de las faenas penosas y tocaba la campana, haciendo vibrar el bronce como un verdadero artista. Se salía del paso con poco dispendio y escasa mano de obra. En caso de apremio, en Vísperas de las procesiones, por ejemplo, se pedían refuerzos a las Hijas de María, cuya entrega a su labor se hacía por simple piedad. («Cuanto menos retribuido está el trabajo, más agrada a Dios. Todo os será devuelto centuplicado en el cielo»). La juventud femenina de Clochemerle daba prueba de una gran docilidad hasta la edad de los quince años casi justos. A partir de entonces, aquella juventud atisbaba del lado de los mozos, mucho más de lo que se absorbía en la contemplación de las santas imágenes o de las escenas, sin embargo conmovedoras, del Calvario. Sobre los diecisiete años, escasas eran las que seguían portando con honor la banda azul. Las otras las trataban de retrógradas. Había que tomar partido sobre aquella evolución. No obstante, las mujeres volvían a la iglesia tras el matrimonio, una vez conocían a fondo los goces y los fastidios que de aquél podían obtener. El lapso variaba, según los casos de mejor o peor logro. Sin embargo, eran poco numerosas las casadas que no sentían, a la larga, necesidad de reanimarse con la religión. Aquellos regresos, que coincidían de seguro con decepciones, indicaban a menudo una toma de posición contra el esposo, si no contra el hombre en general. Es sabido que ni la dicha ni la buena salud predisponen al fervor religioso. Los asuntos humanos marchan por fortuna lo bastante torcidos como para que el cura Patard no hubiese de temer que sus reclutas flaqueasen. Entre las abuelas, que servían de telón de fondo, y las solteronas, que representaban el ala combatiente de la devoción, se intercalaba el sólido núcleo de las penitentes medias. Por medio de la obstinada repetición de los sempiternos *slogans* domésticos («Límpiate los pies». «No echés ceniza en todas partes». «¡Procura no llegar siempre borracho!»), las mujeres ejercían una enfadosa dominación sobre los hogares. En caso de falta grave, recurrían a restricciones que correspondían a la más estricta intimidad. Pero el cura no tenía por qué saberlo, pues aquellas maniobras no atañían a su ministerio.

Todo aquello suponía la rutina cotidiana y bonachona de una parroquia rural, bastante fácil de guiar por las vías del Señor, por los caminos donde la exigencia divina no le buscaba las pulgas a nada. No se precisaban refinamientos acerca de los Padres de la Iglesia. Cielo, infierno y purgatorio, he ahí todo. Los buenos, recompensados, y los malos, castigados. No hacía falta nada más. Una religión que

semejaba una consistente cocina de familia: sopa de coles con tocino, saladillo, guisado de cordero con nabos, etcétera. Tanto de *pater* y, cuanto de *ave* y no volváis a empezar. Es decir, si podéis. Lo principal era creer en Dios y en tener miedo del diablo. Añádase el miedo al rayo, al pedrisco y al *mildiu*. Con todo esto, uno se ganaba holgadamente la salvación.

Pero las cosas iban a cambiar. Ya no se contentarían con sermones a la pata la llana, aderezados de *patois*^[17], con misas o vísperas despachadas al galope y con una iglesia mantenida *grosso modo*. El cura Patard veía abrirse ante sí una carrera de sacerdote mundano, que debería renunciar a su gorro militar, a su cachimba, a la *belote* y a las partidas de bolos. Aquello distaba de complacerle, pero no le habían pedido su parecer. Arrastrado en el devenir histórico del burgo, le gustaba demasiado el vino de Clochemerle para abandonar la región. ¡Las almas valen más o menos lo mismo en todas partes, pero jamás volvería a encontrar un vino semejante!

Resuelto a quedarse, quiso dar fasto a la religión. Su programa apuntaba a dos cuestiones principales: embellecimiento y ampliaciones. En primer lugar, se imponía la compra de un órgano. Hasta entonces se habían conformado con un viejo armonio que padecía de enfisema y hacía bastante tiempo producía un horrendo ruido de ventilador. Resoplaba en las notas agudas, antes de soltar un sonido inesperado que semejaba un estornudo musical. Por lo demás, constituía una atracción durante los cánticos. Cubría los gallos de los chantres que raramente afinaban. Mientras se estaba como en familia, aquello podía aguantarse, pero no se podía asumir el ridículo de aquellos estornudos ante visitantes urbanos. La decoración del altar mayor era bastante escuálida y requería, sin discusión, tornarse más imponente. Haría falta añadir bancos y reclinatorios... ¿No valdría más cambiarlo todo, a fin de evitar la disparidad? La casa de Dios es, ante todo, una casa de oración. Pero ello no implicaba que hubiese de ser lastimosa y oler a ruralismo atrasado. También le hubiese gustado una nueva imagen de la Virgen María, en tonos azul y oro. La de la iglesia tenía una expresión demasiado cursi y, cuando él hablaba desde el púlpito de María, sentía imperiosos deseos de decir a sus fieles: «¡Sobre todo no os la representéis con los rasgos de esa idiota!». Claro que debe resultar difícil para la estatuaria traducir sin mojigatería la pureza y la santidad. Sin embargo, no veía por qué había de caerse en la puerilidad y la memez.

La cuestión de la ampliación era ambiciosa y planteaba grandes problemas de arquitectura. El campanario de la iglesia había sido construido en estilo románico y se hacía remontar a los siglos XII o XIII algunas de sus partes más antiguas. La construcción había sido restaurada varias veces, sin gran preocupación por conservar el estilo. No obstante, el atrio continuaba siendo hermoso, con su medio punto, sus columnas achatadas y sus cincelados ingenuos. Lo vendían reproducido en tarjetas postales. No podía ampliarse sino de costado, agregando una capilla lateral que invadiría el terreno de los dos callejones sin salida. Dos capillas, de igual tamaño y de igual dibujo, resultarían aún mejor...

El cura no podía tomar en consideración el someter aquellos proyectos al consejo municipal, pese a que echase su partida de *belote* todos los días con dos o tres concejales. La *belote* era un terreno neutral, en el que religión y política no intervenían. El consejo cumplía estrictamente sus obligaciones, pero hubiera temido comprometer su laicismo si se propasaba. Dos años antes, se reemplazaron algunas tejas de la techumbre, se reparó un canalón y se repintó el gallo de la veleta de dorado. También fue remendada una chimenea de la vicaría. No podía exigirse más de un Ayuntamiento izquierdista, aun haciéndole comprender que con ello se empañaba el honor del pueblo. Habría contestado que aquello atañía al honor de los fieles, y, por lo tanto, éstos debían costear los gastos.

El cura Patard mantenía aparentemente las mejores relaciones con Piéchut, tan bendecidor como un obispo, pero asimismo tan poco seguro como un agente doble. Le tenía por un liberal sectario, un marrullero de mano tendida, hondamente ocupado en sus trapicheos electorales. Seguro que Piéchut intentaría reducir la parte de la Iglesia en la expansión que se preparaba y sacar de ella todo el honor para sí.

No había más que un hombre poderoso a quien dirigirse, aquel Tonio Texas, el indiano, aquel engorroso rey del petróleo que venía a echar patas arriba uno de los escasos parajes sosegados y sabrosos de la tierra donde el modernismo no había hincado todavía profundamente el diente. Habiendo retornado poderoso y megalómano, ¿acaso no quería desquitarse de las cuitas de su juventud transformando el destino de Clochemerle? ¿Cuáles son los motores secretos de los grandes designios del hombre, de sus locas agitaciones, de la vanagloria con que se aturde? No obstante, se le tenía por un buen diablo, ya que habría podido gozar egoístamente de su dinero, sin desparramarlo como un maná sobre el pueblo.

Texas estuvo de acuerdo en seguida sobre los órganos y la nueva Virgen Santa, que él deseaba totalmente *pasmosa*.

—Tiene que tener garra —añadió—. Iremos a escogerla juntos y, si no encontramos nada bueno en las tiendas de imágenes, encargaremos una a medida. ¿Y si se la pidiésemos a Maillol? ¿Qué le parece?

Texas acababa de regresar de París. Había visto un conjunto de obras del gran escultor que le impresionó mucho.

—La obra de ese escultor, ¿no será de inspiración demasiado pagana? —preguntó el cura, que no conocía a Maillol.

—No lo sé —respondió Texas—. En el *Petit Palais* no expone sino mujeres en cueros, y no de las flacuchas, se lo juro. Pero seguro que sabe vestirlas, si se le dice que es para una iglesia.

—Tendremos tiempo de pensarlo y de aconsejarnos —opinó prudentemente el cura.

—Eso es cuenta suya —contestó Texas, conciliador—. De ese capítulo debe saber usted más que yo. Porque a las vírgenes, si puedo fiarme de mi experiencia personal, hay que madrugar para encontrarlas.

La idea de ampliar la iglesia era lo más apropiado para seducir a Texas, quien se veía ya extendiendo su mecenazgo hasta la restauración histórica. Partidario de no hacer las cosas a medias, fue del parecer de que las dos capillas simétricas se imponían. No le restaba sino hallar a su Viollet-le-Duc. Bueno. Él conocía a la crema de los arquitectos y sometería el proyecto a concurso entre los mejores. Un jurado tomaría la decisión final.

—La religión es una mercancía como cualquier otra —concluyó Texas—. Tengo empeño en que la que se expenda en Clochemerle sea de primera calidad, de acuerdo con el resto. ¿El marco tiene mucha importancia en su negocio?

—Ciertamente...

—Entonces cuente conmigo para proporcionarle un marco fetén.

Aquello atestiguaba una excelente voluntad. Buena voluntad que, a la par con un sentimiento fraternal de lo humano, el cura hallaba bastante a menudo en gentes que vivían al margen de la religión. Por el contrario, conocía, dentro de la religión y cubriéndose con ella, algunos bonitos canallitas. En fin, si se reflexiona, los canallitas son quienes más necesidad tienen de la religión. Por poco que ésta sofrené sus malas inclinaciones, hay otro tanto que se ha ganado. Claro está que el cura guardaba para sí este género de reflexiones. Incluso evitaba pensar en ellas. «¡Si el espíritu yergue la cabeza y quiere arrastrarte por la pendiente tan peligrosa del orgullo, embrutece al espíritu!». El vino, la *belote* y el tabaco le servían de buenos antídotos contra los tormentos del alma y las preguntas que podía susurrarle el Maligno...

Las promesas hechas al cura Patard y a Ange Zucatti no tardaron en ser conocidas, repetidas y aumentadas. Entonces sopló sobre el burgo un viento de maravilla. Cada cual quería su parte, a medida de su mérito. Ahora bien, ¿quién no se imagina poseer una valía en la escala de los seres? ¿Quién se cree sin derechos? La efervescencia llegó a un punto extravagante.

En uniforme de gala, recién afeitado, con su gran tripa sostenida por el cinto, el brigada Cudoine fue a hablar con Texas de la mísera condición de los representantes del orden. ¡Las damas gendarmes se quejaban, eso es! Sí, habitaban un monumento en cuyo frontis se leía *Gendarmería Nacional* y en el que flameaba una bandera. Pero el edificio era hartito destartado, mal distribuido y las comodidades faltaban que era una vergüenza. «Todavía tenemos los retretes en el patio, que ya es decir. Claro que los hay para hombres y para mujeres, pero ¡de todos modos! Hay que imaginarse, en las noches de invierno...».

Texas respondió que no estaba calificado para meterse en la comodidad hogareña de los gendarmes. Aunque él ofreciese construir por su cuenta una Gendarmería suntuosa, el Gobierno se opondría.

—Comprenda usted que el Estado no puede dejar que nadie les mime a ustedes, si quiere contar con su abnegación y su fidelidad.

—¡Pone un precio ridículo a nuestra fidelidad!

—No estaba usted obligado a ingresar en el Cuerpo.

—Cuando me hice gendarme, no era como ahora. No existían todas esas Policías que se inventaron después. Fíjese en esos C. R. S...^[18] ¿Qué se habrán creído?

—Es una Policía de choque. Supongo que no le apetecerá a usted de un modo especial verse metido en los fregados fuertes...

—También en la Gendarmería hay peligros.

—¿En la Gendarmería de Clochemerle? ¡Vamos... Vamos, brigada! ¡El único peligro que hay aquí viene del viñedo, lo sabe usted bien!

—¿Así que no puede usted hacer nada de nada por nosotros?

—Nada de nada. Créame que lo siento.

—¿Con todo el dinero que tiene?

—El Estado tiene infinitamente más dinero que yo, por la sencilla razón de que nos quita el nuestro en una proporción creciente. Por eso no cesa de empujarnos a la «productividad».

Cudoine se preguntaba cómo iba a presentar su informe a las damas gendarmes que, coaligadas, eran poderosas en la Gendarmería. Creerían que él se había portado como un mal embajador y su prestigio quedaría afectado por ello. Ya respetaban poco su autoridad. Hace falta añadir que *Madame* Cudoine daba el ejemplo de la insubordinación. Cuando reñía al brigada, toda la Gendarmería podía oírla. Pensó salir de apuros diciendo:

—Ese tío va contra los gendarmes. No me extrañaría que tuviese antecedentes penales.

—Tampoco me extrañaría a mí —aseguró la mujer del gendarme Truffe—. ¡No es honesto ser tan rico!

—¡Ni siquiera se sabe de dónde sale, al cabo de veinticinco años!

—¡Y su petróleo nadie lo ha visto!

—¡Un *gángster* de América, esto es lo que yo creo!

De todos modos, continuaba irrefutable el hecho de que los gendarmes no habían conseguido nada. Cuando un policía tiene la sensación de que no atiende a su derecho, se torna incordiador o negligente. No había manera de incordiar en Clochemerle, donde la gente se las sabía todas. No restaba más que la negligencia. ¡Y para lo poco que arrimaban ya el hombro los gendarmes!

Madame Fouache, pese a sus piernas algodinosas y sus tobillos hinchados, rodeados de vendas Velpeau, se llegó hasta el parador, apoyándose en un bastón con contera de goma. Acudía con objeto de abogar por la causa de su estanco.

Madame Fouache sentía una gran consideración por Texas. ¡Siempre con el cigarro puro en el pico ese hombre! ¡Y qué cigarros! Solamente habanos de los más caros, que él encargaba por cajas enteras. «Cigarros que ni siquiera vuelve a encender

cuando se le apagan a la mitad...». Ahí es donde se nota la verdadera riqueza y los gestos de señor. ¡Tanto dinero desperdiciado en humo! *Madame* Fouache había conocido «el gran mundo», según solía decir ella, en los tiempos en que había sido portera de la Prefectura de Lyon. Todavía seguía impresionada por aquello. Mucha gente creía que había desempeñado un papel en la sociedad, antes de caer en la desventura a causa de su viudedad. En realidad, Fouache, medio embrutecido, había muerto de un ataque de alcoholismo por haber ido treinta veces al día a tomar el trago en la tasca de la esquina con los empleados de la Prefectura. La viuda lo había transformado en un hombre importante y ahí descansaba la leyenda que la hacía grandemente respetable.

La estanquera acudía, pues, a abogar por su tienda. En la ciudad que iba a ser Clochemerle, ¿se creía que ella podría conformarse con un chiscón oscuro y polvoriento?

—He pensado en usted, mi buena *Madame* Fouache —le dijo Texas—. Tendrá usted su expendeduría, expendiduría en el centro del pueblo, con un hermoso escaparate para los objetos de lujo, como las pipas «Dunhill».

—¿Cómo dice que se llaman esas pipas? —preguntó *Madame* Fouache, que, hasta ahora, sólo había vendido pipas de barro y artículos corrientes.

—Ya se lo dirán... Pero le quitaré la venta de periódicos.

—¿Cómo? —exclamó *Madame* Fouache—. ¿Ya no venderé mi *Despertar Vinícola* de Billeville ni mi *Guignol* de Lyon? ¡Sí he sido la depositaria de ellos desde siempre, señor Texas!

—La venta de periódicos resultará demasiado pesada para usted. Clochemerle tendrá que estar surtido de grandes periódicos regionales, diarios de París y semanarios. Esto representa una labor que requiere las fuerzas de un hombre. Transferiremos esa venta al librero que vendrá a instalarse aquí. Los periódicos le ayudarán a vender sus libros.

Por mucho que *Madame* Fouache insistió en conservar su *Despertar Vinícola* y su *Guignol*, Texas se mostró inflexible. Se debía agrupar todo en el mismo sitio. Sin embargo, prometió a la estanquera que vería doblar o triplicar su cifra de negocios. Y en cuanto a gente elegante, la vería a porrillo una vez instalada en las primeras tiendas de la avenida central. *Madame* Fouache se retiró embriagada por los buenos modales de Texas, soltando gritos mundanos de un efecto muy curioso.

Llegó también aquella que no podía dejar de presentarse, inflada de exigencias, rica en carnes y en ropas, contoneando las caderas sobre las que giraba su altivo busto, en el que los sostenes apuntaban pezones espectaculares. A los treinta y nueve años, Léontine Fadet, en lo mejor de su forma, conocía tiempos de una tardía gloria corporal, que produjo engañados mas no dichosos. Aquella mujer seca y vulgar, desde que el dinero ingresaba abundantemente en su caja, había cobrado formas

plenas y una lozanía que podía ilusionar. Deseable, opinaban algunos de los primos que la rondaban. El error se comete con frecuencia, y con frecuencia asimismo las apetencias se exaltan ante sexys trucados. Léontine era tan hermética como una caja de caudales. Sólo una cosa podía turbar, no ya sus sentidos, sino la zona calculadora de su cerebro, y hacer brillar en sus ojos un destello de placer voraz: el disparo de su caja registradora. Eso aparte, zorra como la que más y tan inflamable como un cachalote hembra arrojado a la playa. Comparable a una máquina tragaperras que jamás da premio. Pero sabía afectar apariencias amables, hasta provocativas, por librar una batalla de intereses que la sumía en la sola forma de excitación que podía experimentar. Así fue como se presentó ante Texas, en gran uniforme de combate y prodigando sonrisas, sonrisas que se crispaban en las comisuras. Examinándola en los buenos sitios por vieja costumbre, Texas notó que tenía las nalgas lisas y hasta remetidas. Con razón o sin ella, para él era un signo inefable de que se hallaba en presencia de una tierra inutilizable, por mucho que forzase los mohines y las pseudoquiescencias de su grupa. «¡Camelo, señora mía!».

En seguida le cayó antipática y de buena gana la habría echado a la calle. Pero ella defendía una causa plausible, la del garaje. Texas sabía que haría falta a la entrada de la futura ciudad un garaje inmenso, con surtidores múltiples, estaciones de lavado y engrasado, taller de reparaciones, material de socorro, etcétera. La mujer del garajista razonaba poco más o menos como Zucatti: Fuimos los primeros en llegar, los primeros que han demostrado su valía en Clochemerle. Por consiguiente, nos corresponden de derecho el mejor emplazamiento y la instalación más importante, con vistas a una eventual competencia. Era de justicia. Texas no desconvenía de ello, pero aquella «jamona codiciosa» le irritaba prodigiosamente. ¡Eso de carecer de redondeces era un defecto repelente!

Examinándola más atentamente, se dijo que su pequeño barniz iba a resquebrajarse sin tardar y que los estigmas de su maldad dominarían.

—Mándame a su marido —dijo secamente—. Quiero tratar con él de la cuestión.

—Pero —protestó ella— es que yo dirijo el garaje tanto como él. Él se ocupa del taller y de las ventas. Yo llevo las cuentas.

—Usted puede llevar sus asuntos como le parezca. Déjeme llevar los míos como me parezca a mí. Conozco bien a Fadet. Mándemelo.

—Ya veo —dijo ella, molesta—. Es usted de esos hombres que son enemigos de las mujeres.

—No de las de verdad —respondió él—. Pero jamás me hará usted tomar una máquina *Burroughs* por una mujer.

Ella le lanzó una mirada venenosa y cerró la boca, rabiosa por haberse hecho la amable en vano. Tal como Texas había pensado: se dibujaba con carmín los labios que la Naturaleza le había negado. Y una mujer sin labios, ¡fu...! Estuvo a punto de ser apuñalado en Santa Cruz por una mujer sin labios, una mulata que trataba de aligerarle de su cartera, divirtiéndole con su cuerpo falsamente lascivo. Pudo desviar

el golpe y salir del paso con un chirlo a través del pecho. Ciertamente que una mexicana con labios, y bastante bonitos por cierto, le clavó más tarde un cuchillo en la espalda. Pero aquello fue por motivos justificados. Aquella enamorada frenética le había sorprendido ocupándose en otra enamorada frenética. Esas mexicanas son de fuego. ¡Y endiabladamente demostrativas!

Viendo alejarse a *Madame Fadet*, que había renunciado a las ondulaciones propias de las busconas, se dijo que el pobre Fadet pasaría una mala noche. Las mujeres se vengán de las afrentas que reciben en el hombre que tienen más a mano y para ellas no hay peor afrenta que una negativa a dejarse prender en sus redes. Texas apreciaba mucho a Fadet, un poco hablador pero buen mecánico y ajustador concienzudo. Pensaba, en efecto, confiarle el gran garaje cuyos planos tenía ya en estudio y se prometía un verdadero placer en notificárselo. Placer ahora maltrecho por la perspectiva de ver el garaje dirigido por aquella pelma de Léontine. Pero es raro no encontrar en un matrimonio cierta dosis corrosiva...

Se felicitaba de seguir soltero, sin el peso muerto a su lado de una ternura ceñuda, acompañada de jeremiadas, vapores y ataques de nervios. Ese peso muerto pudo haber sido Julia, aquella desventurada Julia que desbordaba ahora de tripa y de busto, con el andar patoso que es el tributo de las hinchazones hidrópicas. Se esforzaba por no verla y, sobre todo, por no reconocerla. Durante años había soñado con volver a Clochemerle triunfante para abrumarla a sarcasmos. Pero se dirigía en pensamiento a la bella Julia de antaño. Viendo en lo que se había convertido, estimaba que sería inútilmente cruel. Es espantosa la manera en que la vida puede hacer añicos, en veinticinco años, a la más hermosa de las Venus. «Aguarda, para ser vengado, a ver de nuevo, con los rasgos de una anciana, a tu amante infiel. Enrojecerá de vergüenza, en el desamparo de su belleza perdida». Y qué podría contestar ella a la pregunta: «¿Has sido feliz?». La dicha en el pasado es comparable a un cuerpo que se descompone: porta las arrugas de lo que ha sido y que nunca más volverá a ser.

«Pero ¿qué me pasa hoy?», se preguntó Texas, quien de ordinario se abstenía de hacerse preguntas de este género. ¿Era consecuencia de que sus ilusiones juveniles habían quedado desfiguradas por una matrona que le proponía una caricatura de ellas? ¡Una amada tan lamentable! «¿Qué pude entonces encontrar en ella?». La antigua imagen, borrosa ya, desaparecía, y la nueva le daba la medida del tiempo muerto. ¡Cuánto tiempo muerto tenía ya detrás de sí...! Decidió beberse media botella de champaña y marcharse a ver a la tierna, la dulce, la tranquilizadora Nathalie.

Casando a su hija Estelle con Oscar de Saint-Choul, la baronesa de Courtebiche, de soltera D'Eychaudailles d'Azin, tuvo menos suerte que Barthélemy Piéchut casando a su hija Francine con Gaëtan Gonfalon de Becq. Ciertamente que los Saint-Choul eran de mejor linaje que los Gonfalon y ocupaban un buen puesto en el *d'Hozier*.

Uno de sus lejanos antepasados había zascandileado un poco por la parte de Jerusalén en compañía de san Luis. Murió en Palestina, de paludismo y sífilis combinados, y le enterraron allí mismo. No era un personaje lo suficientemente importante cómo para que repatriasen sus restos a Francia, como fue el caso para el cadáver del rey, que hicieron hervir en vino aromatizado, a fin de poderle embalsamar fácilmente. Se quitaron las grasas, las vísceras y los músculos de la osamenta. Ésta, bien rascada y secada, fue enviada a Saint-Denis, donde se encontraban las tumbas reales. Pese a ser buen compañero del príncipe y esforzado caballero, un Saint-Choul no merecía tales miramientos. Mas tampoco quedaba mal estar sepultado en Tierra Santa para aguardar allí la resurrección de los muertos, en el estallido de las trompetas que volverán a poner en pie a la Humanidad entera, desde principios del cuaternario. Resultaba bastante consolador para una familia cristiana tener a uno de sus miembros enterrado en el suelo de las Cruzadas, mejor que en un cementerio cualquiera del Lyonés. Por lo demás, aquel Renaud de Saint-Choul había tomado la precaución de hacerle quince hijos a su mujer antes de partir a guerrear contra los infieles. Se supone que estaba hasta la coronilla del matrimonio y que, si bien tenía por objetivo proclamado la liberación del Santo Sepulcro, partía lleno de vigor pensando en las jóvenes paganas que podría sofaldar en camino, marcándolas así con el sello purificador de la Cristiandad. Sea lo que fuere, muerto él, la raza de los Saint-Choul continuó proliferando y llegó a los tiempos modernos por una serie de alianzas diversamente logradas, fecundas y a veces enriquecedoras. Así fue como algunas mozas y damas Saint-Choul fueron putas notorias en la Corte, en los siglos XVI, XVII y XVIII, lo cual permitió restablecer por la pernada las haciendas de dos o tres ramas arruinadas. Más tarde suelen ser esas grandes y bellas putas quienes arrojan lustre sobre las familias. Una de ellas quedó encinta por obra y gracia de Luis XV, lo cual inyectó sangre real en los Saint-Choul. Todavía se vanagloriaban de ello y hacían resaltar en tal o cual descendiente un detalle fisionómico que recordaba el ilustre parentesco, por la curvatura de la nariz o el famoso prognatismo de los Borbones.

A despecho de aquella ascendencia, Oscar de Saint-Choul era más bien un calzonazos. Amable, ciertamente, el menos contrariante de los necios, que poseía su Gotha, sus modales mundanos, que honraba decorosamente a las viudas nobles (una de aquéllas le había desflorado en tiempos), pero calzonazos pese a todo y cuya vista movía a risa. El populacho, con su sentido común habitual, no se llamaba a engaño. Cuando cruzaba Clochemerle con el perfil a modo de cortaviento y haciendo visajes con el monóculo, en pantalón de montar, espuelas resonantes y fusta en mano, las mujerucas cambiaban entre sí alegres observaciones a su propósito. Babette Manapoux, la mejor lengua del lavadero, le había apodado *Zifolo-Reniflette*, por razón de un tic nasal que le hacía parecer afectado de una sinusitis crónica y conductos obstruidos. Aquel cómico personaje tenía el don de exasperar a la baronesa. Habría resultado un marido insoportable si la gorda y fofa Estelle no le hubiera opuesto la placidez de una naturaleza escamosa, sobre la cual todo resbalaba.

Decimos «escamosa» porque había en ella algo que evocaba a una carpa (sus ojos redondos y su carne blancuzca) y sus transpiraciones olían un poco a cieno, lo cual no afectaba al sentido olfativo de Oscar, afortunadamente poco desarrollado. Sólo veía las buenas grasas de su cara esposa, quien se dejaba prosperar en el matrimonio.

«¡He fallado completamente a esa desgraciada Estelle!», decía la baronesa con despecho, que en sus tiempos había disfrutado del más hermoso lomo de París y que sólo lo había confiado a guapos mozos, todos ellos excelentes jinetes. (Solía celebrar sus citas de amor en el Bois de Boulogne). La presencia de Estelle la ponía furiosa, como si le recordase el único pecado de juventud del que tuviera por qué ruborizarse. Porque jamás se había ruborizado ni retrocedido ante aquello que a sus adoradores se les había ocurrido proponerle. Y he aquí que ahora se veía afligida en sus viejos días por un yerno cretino y una hija idiota, que le habían dado cinco nietos. Siendo Saint-Choul incapaz de procurar la manutención necesaria para los suyos, ella se sentía responsable de la sangre de toda aquella gentecilla. Cada cual ha de llevar su propia cruz, conforme. Pero una cruz que sobrepasaba el rostro atolondrado de Oscar le parecía terriblemente pesada. Tenía la impresión de estar izando un guiñol hasta la cima del Gólgota. Y la pava de Estelle honraba ciegamente a aquel guiñol, que ella llamaba con agradecimiento «el padre de mis hijos». La baronesa sospechaba que era una de esas pasivas, que no exteriorizan nada pero que lo encajan todo sin pestañear y que luego caen en un amodorramiento semejante al de una boa después del yantar. En cuanto a Oscar, que no se mataba precisamente trabajando, tenía mucho tiempo que consagrar a los anchurosos flancos de su esposa. En todo caso, un sexto nieto estaba en camino, nueva boca que alimentar y nueva carga para el porvenir.

La baronesa mandó a decir a Piéchut que acudiese a verla. Estaban en buenos términos y, desde que su propia hija era una Gonfalon de Becq, el alcalde de Clochemerle se personaba gustoso en el castillo.

—He de pedirle un favor, mi querido ministro —dijo la baronesa—. Se trata de mi yerno.

—Lo suponía colocado —respondió Piéchut, que veía perfectamente adonde iba a parar el preámbulo—. ¿No se dedica a la cría de gallinas?

—Diga usted que las gallinas le arruinan y que yo tengo que tapar los baches cavados por las epidemias de sus volátiles. Hay que sacarle de ahí cuanto antes.

—¿Ve usted alguna situación que pudiera convenirle particularmente?

—He reflexionado mucho acerca de eso. Ese chico no ha llegado siquiera a diputado, lo cual basta para comprender que no vale gran cosa. He pensado que le caería bien un cargo decorativo, ampliamente retribuido, en el que no haya mucho quehacer.

—Ese género de cargo está muy solicitado. En general, hacen falta apoyos políticos para conseguirlo.

—¡Inscríbalo en su Partido! Un aristócrata en las filas de la izquierda siempre hace buen efecto. Oscar tiene un apellido y sabe presentarse. ¿Es aprovechable eso?

—En Clochemerle, no veo bien...

—He de recordarle, mi querido amigo, las cartas de presentación que di a su Francine cuando se trató de que ella se abriese camino en París... ¿Cómo le va a la querida pequeña? Ya he visto que la citan en *Le Figaro*.

—Va muy bien, gracias. Frecuenta los ambientes aristocráticos y los ambientes artísticos. Actualmente sostiene una excelente amistad con una actriz célebre, Cyrilette Pache.

—¿Una entretenida?

—En parte, presumo yo. Pero el oficio lo requiere y, además, hay que tener en cuenta quién es el protector. Es la querida del profesor Touille, presidente de la Academia de Medicina.

—¿No irá usted a decirme que solamente se acuesta con él?

—¡Sería una verdadera lástima! La encantadora muchacha se acuesta en tres planos, si puede decirse así. Por gusto, por la carrera y por el *standing*. Touille representa el *standing*.

—¿Y cómo va la Comedia Francesa, mi querido ministro? Pues creo que también usted tiene tratos con el teatro, ¿verdad?

—¿Quién ha podido decirle, señora baronesa...?

—Tengo corresponsales en París que me tienen al corriente de todo. Vi debutar a Louisa Réal. Era encantadora.

—La vida política crea ciertas obligaciones. Es bueno tener una querida en el teatro. Fíjese en Mandel Tardieu y otros más... Eso inspira confianza. El pueblo francés desconfía de los castos y de los bebedores de agua.

—¡Cuánta razón tiene! Pero que conste que no le reprocho a usted que se dé buena vida en la capital. La preocupación de gobernar...

—Es una preocupación muy grande, créalo.

—Es usted un aparcerero de Francia. A medias cuando todo anda bien. Y cuando va mal, deposita usted *nuestro* balance.

—¡No habla usted nunca en serio, señora baronesa!

—Aparte Dios y mis blasones, no veo que podría tomarme aún en serio a mi edad... Es decir, también a mi yerno y a mi hija, porque entre esos dos me van a devorar el castillo si la cosa continúa. Escúcheme, Piéchut, con lo que se está preparando aquí, todo ese dinero que remueven, sería inadmisibile que Saint-Choul no obtuviese una colocación bien retribuida. ¿Qué tiene usted que proponerme para él?

—No soy yo quien decido. Hay que hablarle de eso a Tonio Texas.

—¿Al americano? Bueno, pues hable con él y venga para ponerme al corriente. Los Gonfalon y los Saint-Choul deben caminar mano a mano. ¡Porque forma usted entre los nuestros, por muy socialista que pretenda ser, viejo guasón!

Aquello no significaba, ni más ni menos, que un ultimátum de la anciana dama, quien no había perdido ni un ápice de su autoridad. Piéchut no se llamaba a engaño. Había que contar con la castellana, que seguía teniendo una gran influencia en la

comarca.

Cuando tuvo lugar esta conversación, Texas proyectaba fundar el *Sporting Club* de Clochemerle. No podía concebirse una gran estación termal que no contase con su golf, sus pistas de tenis, su piscina y su picadero. Sin contar sus mesas de *ping-pong*, sus juegos de bolos, etcétera. Los terrenos estaban delimitados ya. Pero se buscaban técnicos capaces de establecer las pistas y, sobre todo, los *links*. Un golf no se improvisa así como así. Los *greens* exigen una preparación larga y minuciosa. Texas se sabía incompetente en estas materias y lo mismo sucedía con todos los que le rodeaban. Cuando Piéchut le habló de Saint-Choul, en seguida se mostró interesado.

—Tráigame al fulano —dijo—, para que yo vea lo que tiene en la mollera.

—Cuarteles de nobleza, es indiscutible. Eso aparte...

—Nunca se sabe con esos berzotas titulados. La nobleza se ha recrecido, bajo la República. Los diarios no hacen más que hablar de reyes en el exilio, de príncipes y de los amores de las princesas. Todas las americanas ricas se empeñan en convertirse al menos en condesas mediante el matrimonio.

No podía ponerse en duda que Saint-Choul fuese de noble extracción.

«¡Es perfecto!», pensó Texas la primera vez que lo vio a solas. Sería una verdadera lástima privarse del concurso de este representante de la vieja Francia.

Piéchut se equivocaba al suponer carente de capacidades al yerno de la baronesa, sólo porque sus capacidades no se juzgaban valiosas en el campo en que evolucionaba normalmente. Sin embargo, podía sacárseles mucho jugo en otro terreno. Saint-Choul jugaba honrosamente al golf (giraba alrededor de los noventa y tantos puntos). En tenis, había llegado a finalista de tercera serie. Vale decir que podía seguir ocupando un puesto en un doble o un mixto, si se carecía de pareja. Sabía llevar un frac, bailaba bien, jugaba al *bridge*, practicaba todos los juegos de sociedad. Además, era muy buen jinete. Un tanto más a su favor: era el único en Clochemerle que conocía el protocolo. Su apellido sonaba bien. La conversación del gentilhomme no rebasaba un cierto nivel de futilidades tranquilizadoras, enunciadas con copiosas reverencias y abundantes sonrisas complacientes, lo cual hacía imposible que se iniciase disputa alguna. Algo asimismo excelente. Texas consideró en seguida que aquel arruinado aristócrata era el hombre que necesitaba para sus *public-relations*, departamento al que él se proponía dar cierta importancia. Ofreció a Saint-Choul el título de director del *Sporting Club*. Como complemento de misión, se encargaría de animar los bailes del casino, preparar las atracciones, organizar las mesas de *bridge*, presentar unos a otros a los agüistas de calidad, redactar las invitaciones, el programa de festejos, etcétera. «Vea usted a *Monsieur* de Saint-Choul...». «Pregunte a *Monsieur* de Saint-Choul...». «*Monsieur* de Saint-Choul se lo dirá...». «*Monsieur* de Saint-Choul le colocará...».

Cuando Piéchut fue a anunciárselo a la baronesa, ésta exclamó:

—Haber tenido un antepasado en las Cruzadas para convertirse en chambelán de los villanos de la República... ¡Confiese que andamos de cabeza, mi querido

ministro! Incluso cabe en lo posible que sus paletos lleguen hasta deslizar propinas en la mano de mi yerno...

—Hice cuanto pude... Pero si considera usted que ese cargo es humillante...

—Bueno... No estamos en situación de hacemos los difíciles... Al fin y al cabo, nuestras familias siempre sirvieron al rey. Y ¿quién representa a la Monarquía hoy en día? ¡El pueblo soberano! También usted está a su servicio...

—En cierto modo...

—Entonces, adelante. Supongo que tendré que darle las gracias a ese *Monsieur Texas*...

—Él ha sido quien ha empezado a transformar Clochemerle, corriendo con todos los gastos.

—Un *self made man*, ¿no es así?

—Exdesertor de la Legión Extranjera, aunque ampliamente rehabilitado después. Inmensamente rico. Posee campos petrolíferos.

—Tendrá usted que traerlo a comer. Vamos a fijar el día.

Al ver a Tonio Texas, la baronesa, buena entendida en hombres, tuvo un escalofrío retrospectivo. Era el prototipo de los que antaño habían inflamado sus fibras: cuerpo, bíceps, agallas. Decisión y seguridad. En cuanto a la decisión... ¡Bah! En su buena época, ella había tenido suficiente para dos y aquellos a quienes escogía no lograban resistírsele. Pero sus fibras estaban ahora enfriadas, hasta el punto de que se extrañaba de los ardores que habían trastornado su vida. ¡Cuán breve es todo eso y cómo nos abandonan las pasiones! Ya sólo le quedaba pensar en su salvación.

A decir verdad, su salvación no la torturaba en exceso. No podía imaginar que una baronesa de Courtebiche, de soltera D'Eychaudailles d'Azin, castellana de Clochemerle, que había nutrido cerca de treinta años la crónica parisiense, no pudiese ir a sentarse por derecho propio a la derecha de Dios, en la fila que sus antepasados habían ocupado aquí en la tierra, como favoritos de la Corte. Si existía un lugar donde fuese posible escapar a la mascarada humana tenía que ser el cielo. Pero Jesucristo había pasado muy poco tiempo en la tierra y carecía de experiencia. Vuelto al lado del Padre y contemplando la actuación de los hombres, de los que llevaban a la práctica su doctrina, debía comprender que se había hecho demasiadas ilusiones. La Iglesia, que apenas si conservaba algunas, se había puesto de parte de los poderosos hasta la Revolución. El desventurado Luis XVI lo había perdido todo por sus concesiones y su debilidad ante el estado llano. Pero ¿qué podía esperarse de un rey frígido? Es muy necesario que los hombres sean viriles, a falta de lo cual todo anda de cabeza. Tal era la convicción de la baronesa y en este sentido había actuado, cuando tenía presencia y apetencia para hacerlo. Reducida al papel de abuela, contemplaba al mundo agitarse en turno suyo de una manera que juzgaba más mezquina y estúpida que nunca. La elegancia, las buenas maneras, el talento de la conversación, incluso la pasión, todo se iba al traste. A veces, se sentía cansada de vivir, desde que vivir no consistía más que en mantenerse, en ocuparse de un viejo

cuerpo que el deterioro ganaba por todas partes. Pasado el tiempo de los grandes ardores que queman la sangre, ¿qué queda? Los de su generación habían desaparecido, o chocheaban y se quejaban de sus achaques. A ella le causaba horror frecuentar aquellos escombros cuya vista le hacía decir: «¡He aquí en lo que nos convertimos!». Demasiado lo sabía y llevaba mucho tiempo sin mirarse a los espejos. Sin embargo, se negaba a morir porque no quería ceder el sitio a los imbéciles, que son los que suelen llevarse las buenas tajadas. ¿Qué sería de Clochemerle cuando ella no estuviera ya allí para vigilar y aconsejar? Todavía temblaban ante ella, ante «la vieja lechuza» en que se había transformado. Porque todavía tenía la lengua vivaz y sabía decirle a cada cual lo que se merecía.

Se vive también por costumbre, aunque vivir no sea más que una rutina de todos los días, por sorprender un atisbo del amanecer, un canto de pájaro, una caricia del sol, por ver descender el crepúsculo en la majestad de la tarde, contemplar el vaho azul de las lejanías donde antaño habían centelleado los espejismos inefables, las grandes esperanzas que hacían palpitar el corazón. «*Habéis visto a mi juventud abandonar la orilla*», en la primera de las «*horas matutinas*». El porvenir estaba entonces ante sí, como el mar al dejar el puerto...

Y, ahora, era un carcamal, como un viejo casco amarrado al muelle que aguarda el desguace. No obstante, acababa de procurarle una colocación a Oscar, lo cual sacaría de apuros a Estelle y a sus hijos. El ministro estaba a sus órdenes. Y el otro, aquel Texas millonario, según decían, había dado satisfacción a su demanda. ¡Seguía siendo la baronesa!

Y soltó una risita que se le agarraba a la garganta y rechinaba como una veleta al viento.

Texas vio desfilar ante sí a casi todo Clochemerle, tanto que llegó a creer que nadie estaba plenamente satisfecho de su suerte. Todos intentaban sonsacarle un favor, una ventaja o un provecho. Hubo de responder a demandas extravagantes, que nada tenían que ver con el termalismo. Por ejemplo, el clan de las solteronas, representado por Clémentine Chavaigne y Pauline Coton, quería que cada año, el 15 de agosto, festividad de la Virgen, fuese otorgado un Premio a la Virtud. Mélanie Boigne (quince hijos) reclamaba un premio para las familias numerosas, que proporcionan brazos a la agricultura y soldados a los generales. ¿Acaso no son la agricultura y el Ejército los que hacen fuertes a las naciones? La criada de la casa parroquial mendigaba una indemnización especial, arguyendo que el cura retribuía mal sus servicios. Cuando se le hablaba de salario, aquél respondía cielo, lo cual no metía dinero en el bolsillo. Igual observación por parte de Coiffenave, el sacristán, quien antaño había forzado el cepillo de san Roque para subvenir a sus pequeños placeres personales. Como es natural, había llevado el dinero del santo a una puta, pero la puta tenía más necesidad de dinero que el santo. Y la puta se mostraba, en

suma, caritativa cuando compartía su cuerpo con los hambrientos. En cuanto a Juan *Cadáver*, el sepulturero, declaraba que tenía derecho a un crédito diario de tres litros de vino. Daba por razón que encontraba deprimente pasarse la vida en el cementerio, sin nadie con quien hablar. De hecho, estaba borracho constantemente, pero encontraba injusto tener que emborracharse a costa suya cuando todo el burgo descansaba en él para velar por el culto de los muertos, cuyas tumbas cuidaba y embellecía. Y podía pregonararlo bien alto: sin él, los pobres muertos hubiesen quedado bien pronto abandonados. (Texas hizo caso de su requerimiento y quedó convenido en que Adèle le proporcionaría el vino gratis). La gorda Zoé Voinard, una viuda cuya cincuentena seguía intrépida, postulaba un cargo de masajista en el departamento de hombres. («Las mujeres son demasiado arpías», dijo por explicar su preferencia). Algunas divorciadas de insuficientes recursos se inscribieron por adelantado para un empleo. Una chavala de dieciséis años, Soso Revol, cuya precocidad reventaba corpiño y falda, fue a ofrecerse a Texas como «secretaria particular». El modo descarado en que sostuvo la mirada de aquél, revelaba suficientemente, su enfoque del secretariado particular.

Pero exponer todas las demandas sería el cuento de nunca acabar.

Sólo se encontró un corazón puro y desinteresado. Tafardel se ofreció para dar un curso de vacaciones a los hijos de los agüistas. Todo cuanto pedía era que se le proporcionase un local. «Mi jubilación me basta para vivir holgadamente, señor Texas». Y añadió con ingenuidad:

—De todos modos, eso prestará un nuevo interés a mi vida. Disfrutaría mucho con volver a dar clases.

¡Bueno, excelente Tafardel!

Capítulo 9

Se roza la catástrofe

Los clochemerlinos trasladados iban instalándose en sus nuevas casas, donde las mujeres se extasiaban ante las comodidades que les facilitaban la vida doméstica. Se procedía a los últimos derribos. Una curiosidad general mantenía agrupada a la gente en torno a las viejas casas en agonía, esqueléticas ya desde que no tenían tejas, cristales, puertas ni ventanas. Parecían tan impersonales como solares. No quedaban más que agujeros abiertos, a través de los cuales se percibía el cielo. Por aquellos orificios, se ataban cables de acero y un camión tiraba de ellos. Inmensas grietas hendían las casuchas de arriba abajo y, tras algunas oscilaciones, lienzos enteros se derrumbaban, dejando ver en lo que permanecía de pie jirones de empapelado, una escalera arrancada que pendía, una repisa reventada, etcétera. Los espectadores se sentían estupefactos al comprobar lo deleznable que eran aquellas paredes que les habían cobijado largo tiempo y que creían indestructibles. Lo que había representado para varias generaciones la seguridad y el calor del techo sobre la cabeza se pulverizaba al caer. Pronto no quedaba más que la bodega, cuya bóveda reventaban, y la mampostería se hundía en el sótano. Palas mecánicas, que mordían un metro cúbico cada vez con sus mandíbulas de acero, cargaban los escombros en camiones, que se relevaban cada cuarto de hora. El Clochemerle antiguo, convertido en simples maderos y cascotes, partía hacia un destino desconocido, donde los taludes servían como cementerios para la construcción.

El centro semejaba una vasta y milagrosa obra de exposición universal, erizada de grúas gigantes, atestado de trituradoras y hormigoneras que originaban un estrépito ensordecedor. Se entraba allí en medio de sacudidas y terremotos. En el piso despanzurrado, se hundían intestinos de cañerías y canalizaciones. Más allá, se plantaban árboles, se erigían faroles. En otros lugares, se delimitaban las nuevas aceras y se dibujaban motas y macizos. Entretanto, grandes edificios iban cobrando forma, con sus pisos montados, cuya línea general e imponentes dimensiones podían evaluarse ya. Un enjambre de arquitectos e ingenieros, planos en mano, daban órdenes y comprobaban las distancias. En varios edificios los escayolistas habían iniciado su trabajo. Se había coordinado el aparente desorden gracias a que se había escalonado la llegada de equipos de especialistas para iniciar su tarea.

Por su parte, el doctor Suffock preparaba baterías de clasificadores y sistemas de fichas, con miras a establecer un archivo de los futuros agüistas. Aquella especie de

antropometría debía permitir el identificar en algunos minutos a cualquier enfermo, revelando sus características en «materia médica». Edad, profesión, procedencia, naturaleza de la enfermedad, nombre de los médicos, hotel donde se alojaría y su categoría, primera, segunda o tercera clase, cada una de las cuales tenía su tarifa de cuidados, lo cual situaría al agüista en el plano financiero y en la geografía residencial. (Detalles muy importantes para el director médico, quien consideraba que el enfermo se cuida según su escala de fortuna, con los caprichos y exigencias correspondientes a la misma).

Pero no era eso todo. Paralelamente, el doctorcito proseguía con saña su indagación acerca del termalismo. A este efecto, se había procurado una abundante biblioteca que enriquecía sin cesar. Había hecho, en verdad, de Clochemerle algo suyo y se consagraba a él por entero. No mentía cuando afirmaba que emplearía todas sus fuerzas en situar a la estación beaujolesa a la cabeza de todas las demás. Mouraille se reía interiormente viéndole prodigarse de tal modo. Recomendaba a Babasse:

—Dígale que no es razonable tomarse tanto trabajo para vender agua. Porque no se trata de otra cosa.

—Dígaselo usted mismo. Le contestará que el termalismo está aún en el limbo y que todo está aún por descubrir en esa rama.

—Ya se acudía a los balnearios en la antigüedad, pobre hijita mía. No veo qué puede quedar por descubrir.

—Usted no conoce a Coco como yo. Tiene que arremeter. Es su carácter.

—¡Es un condenado ambiciosillo!

—¿Ambicioso? No lo creo. Al parecer, pretende demostrar algo. Constantemente repite: «¡Ya les enseñaré yo!».

—¿Enseñar qué y a quién? Está comprometido en una profesión donde nada es absolutamente demostrable. Aunque lograra demostrar algo, nueve de cada diez de sus colegas le ignorarían. Y las nueve décimas partes de los restantes no querrían admitirlo.

—Justamente. Léo pretende que la Medicina está en manos de los tontainas.

—¡Muchas gracias!

—¡Oh, perdón, papá! No lo dice por usted.

—No especialmente. De todos modos, quedo incluido en el lote.

—Le quiere mucho, usted lo sabe. «Papá Mouraille es un buen sujeto», dice siempre.

—Pero ¿a que no dice que soy un buen médico?

—Mejor es no preguntárselo. Sólo conoce a un buen médico.

—¡Él!

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó ingenuamente Babasse.

Luego rompieron a reír ambos hasta quedar extenuados.

—¿Ha notado usted —dijo entonces Babasse— que sigo usando tacones bajos?

Es por no sobrepasarle.

—¿Es usted realmente más alta que él?

—Un centímetro o dos. Pero crea usted que eso se debe a mi peinado. Sin embargo, con tacones altos, la diferencia sería demasiado grande.

—Si la he comprendido bien, él querría que todo el mundo, tanto moral como intelectualmente, usase tacones bajos.

—Creo que algo hay de eso —asintió Babasse. Mas se apresuró a añadir—: Pero está lleno de cualidades.

—No lo ignoro —dijo Mouraille—. Por ese motivo le he apoyado.

Todo iba, pues, de maravilla. Sin embargo, hubiese sido contrario a la marcha de las cosas humanas que no se produjesen algunos tropiezos, dos o tres de los cuales hicieron temer por el porvenir de la estación. Poca gente, afortunadamente, llegó a enterarse de lo que pasaba. Ello permitió limitar, ya el escándalo, ya el peligro, ora, por último, la defección del principal animador, hombre capaz de abandonarlo por capricho, dejando a Clochemerle en un desorden inaudito, a mitad de camino entre el agua y el vino.

—¡Puta! ¡Condenada puta!

La frase retumbó en el cogollo del burgo sobre mediodía, cuando la gente estaba en casa, en el primer recogimiento del apetito a punto de satisfacerse, ejercitándolo con las cosillas que se pinchan con la punta del tenedor en espera de los alimentos más sustanciales. Impresionó tanto más cuanto que era la hora de la barriga a la mesa y que «puta» nada tiene de ligero entremés. No porque la palabra, que posee cierto poder de evocación, implique algo verdaderamente detestable. Pero es que cada cosa debe ser a su tiempo.

A decir verdad, la injuria no resultaba nueva ni sorprendente, pues se oía con bastante frecuencia. «Puta» es la primera palabra que acude a la boca de los hombres cuando se encolerizan con una mujer. El vocablo los sitúa a ellos de nuevo en su lugar y a ellas les recuerda en primer lugar para qué sirven, por qué se las aguanta y que, si traicionan —cosa que siempre cabe esperar—, no se debe vacilar acerca de cómo afrontar el caso. Varias mujeres de Clochemerle se veían tratadas así, con razón o sin ella, lo cual no las turbaba en demasía y no alcanzaba a cambiar su suerte ni mucho menos. Seguían reinando en su hogar, esperando a que el vociferador se aviniese a componendas cuando quisiera obtener de ellas lo que se recelaba concedían a otros. Hay que tener en cuenta que existen maníacos de los celos y que es difícil dilucidar lo auténtico en esta materia. Las evaporadas, que gustan de las bromas verdes, se limitan muy a menudo a las palabras, en tanto que las mojigatas de sacristía cargan con todo, como si fuese lo más natural. Lo cual hacía que «puta» soltado por un hombre no deshonrase en realidad. Dicho por una mujer, era infinitamente más grave y zahiriente. Las damas siempre están divididas por la gran

querella del bajo vientre y se atribuyen entre sí las peores indecencias. Delicias o ignominia, todo es cuestión de naturaleza.

Lo que sorprendió fue que la bronca salía de una casa donde jamás se disputaba. Julot Besace declaraba estar encantado con su mujer, aquella buena de Rirette, la cual aseguraba que no había otro marido como el suyo y que ella estaba manifiestamente pirrada por él. Es raro que dos esposos no tengan agravios uno contra otro y que los suelten ante testigos cuando están enervados. Pero en el caso de aquellos dos, nada. Había gente, incluso, que se sentía irritada por ello.

Retumbaron nuevos «puta» y los gritos llenaron la casa, sin que se pudiera comprender por qué. Era un vuelco frenético del furor como para volver tartajas al indignado y a la culpable. Pronto se vio a Julot, desgredado y rojo de ira, precipitándose fuera y gritando:

—¿Y mi honor? ¿Qué haces tú de mi honor?

Cuando un marido habla de su honor, a sabiendas de dónde lo sitúa, puede imaginarse lo que significa y qué ha podido hacer la fraudulenta. Entonces, ¿él también?, se dijeron las gentes.

—¡Caramba! —comentó una mujer—. Jamás lo hubiera sospechado de la Rirette...

—Pues a mí no me inspiraba confianza —dijo otra—. La veía demasiado contenta con su cocido.

Un hombre ahogado por la rabia y que no puede contenerse acude fatalmente a reunirse con otros hombres para despotricar ante ellos, para sentirse comprendido y apoyado. Besace se fue derecho a la taberna, donde tropezó con los buenos bribones de Machavoine, Malatoisse, Lachenève, Pignaton y Repinois. Festejaban el cumpleaños de Malatoisse comiendo charcutería ampliamente regada. Estaban en las mejores disposiciones para compadecer y consolar, verdaderamente calurosos. Besace abrió la puerta con fuerza suficiente como para derribarla y la cerró con una violencia como para hacer añicos los cristales. Sin ver a nadie, se fue derecho al mostrador, donde se hallaba acodada Adèle.

—¡Mi honor! —dijo—. ¿Qué hace ella de mi honor?

—¿Quién? —preguntó Adèle.

—¡Esa puta! ¡Esa sucia puta!

—¿Toma usted tinto? —preguntó plácidamente Adèle, quien, por principio comercial, se mantenía en una estricta neutralidad. Había oído de todo escanciando bebida a muchos excitados y sabía que no se gana nada tomando partido, porque las situaciones dan la vuelta, sobre todo las situaciones personales. Adorada y puta, puede referirse a la misma persona, en breve intervalo. Por último, ella tenía bastante con sus propios afanes de amor, suficientemente obsesivos.

—Sí, tinto —respondió maquinalmente Besace—. ¡Vaya una puta, fíjese usted! Una mujer a la que *cepillaba* todas las noches, puedo jurárselo. Adèle, desde hace doce años que estamos casados, tenía derecho a eso cada mañana al filo de las seis,

antes de levantarme.

—Vaya una suerte que tenía —dijo Adèle.

Acaso Besace sorprendió cierta duda en el tono tranquilo de Adèle.

—Si estuviera ella aquí, podría decírselo. Y esa puerca todavía iba a hacerse cepillar fuera.

—Hay naturalezas que jamás tienen bastante —dijo Adèle.

—Pero ¿de qué estás hablando, Julot? —preguntó Malatoisse.

—¡De la puta de mi mujer! —gritó Besace sin reflexionar.

La palabra había sido soltada y nunca podría recuperarla. Desde aquel instante, era como si hubiese proclamado su vergüenza ante todo el burgo. No se tardaría en añadirla a la lista de los infortunios conyugales.

—Vamos, vamos —trató de calmarle Machavoine—. ¿No exageras un poco?

—Se entiende con Jupier.

—Supongo que no habrá sido Jupier quien haya venido a decírtelo —hizo observar riéndose Lachenève.

—La mujer de Jupier quería avisarme, pero la mandé a paseo. «Ande —le dije—, no venga a contarme sus líos. Conozco a mi mujer mejor que usted y sé cómo la trato. No la hago sufrir. Entonces, ¿qué necesidad tendría de su Jupier?».

Los otros le invitaron a sentarse con ellos. Comiendo embutidos y bebiendo largos tragos de beaujolais, Besace contó cómo había sorprendido a su mujer hablando de sus amantes a dos atrevidas despechugadas, Malou Guinchier y Suzon Niache, que conocían experimentalmente a las mejores braguetas del burgo.

Pese a sus buenos servicios, Besace siempre había sido cornudo. No ya despreciado, ni maltratado, ni puesto en ridículo, sino cornudo mimado y atendido, pues es bien cierto que Rirette le tenía cariño, como a un bondadoso y agradable compañero cuyas prestaciones, nada desdeñables, le procuraban felices despertares. Pero tenía mucha capacidad por naturaleza, era odalisca en el alma y siempre se quedaba con apetito. Necesitaba doble y triple ración, a falta de lo cual se sentía floja y desanimada, carente de vitaminas y calorías. En tanto que, saciada y contenta, no había mejor ama de casa, más servicial y abnegada, más atenta a su hombre. Besace disfrutaba de ello y era feliz, sin sombra de sospecha.

Rirette acostumbraba a obrar de modo que no escandalizase ni llamase la atención, por bien que a veces no le quedase otro remedio que recurrir al más próximo para calmar sus hambres caninas. De aspecto reservado, pero experta en escoger y provocar, pertenecía a esa clase de criaturas de las que emana una telepatía sexual con la que un hombre atento a las mujeres no se engaña, de esas que tienen un brillo en la mirada o un estremecimiento en los labios que significaba claramente; «¡Cuando usted quiera, príncipe mío!». Pero Clochemerle no le proporcionaba sino un anticipo de base para lo más urgente. Era en Villefranche donde se daba la gran panzada, durante dos tardes por semana. Iba a la ciudad so pretexto de llevar las labores de costura que ejecutaba en casa y traerse otras. Le importaba un bledo la

costura y el dinero que con ella ganaba. Apenas apeada del autocar, iba a meterse en la cama en compañía del bribón con quien tenía cita. Era atractiva, llena de fuego y sabía conservar sus amantes. Cuando regresaba de Villefranche, Besace la encontraba de un humor delicioso.

—¡Te sienta bien eso de ir a la ciudad!

—Me distrae ver tanta gente como circula por allí. Pero por la noche ya estoy harta y muy contenta de volver para encontrar a mi Julot.

No mentía sobre este punto. El amante era una cosa, el marido otra, y ella necesitaba de ambos. Julot hacía lo que podía y ella se complacía en reconocerlo. Pero un marido es para el ir tirandillo de todos los días y la seguridad. El amante, en cambio, es solamente para el amor, hermoso garañón siempre en forma, hambriento de una, por razón de las separaciones que impone la clandestinidad. Kilómetros antes de Villefranche, con ayuda del traqueteo del autocar, ella ya estaba un poco ida, experimentaba ya la quemazón interior hacia la cual corría. En la escalera que llevaba a las habitaciones, mientras él la seguía, sentía sus manos bajo su falda y su cálida ascensión hasta lo más íntimo de su ser. (En aquellos días no llevaba bragas, librándose a las caricias del aire, a las bocanadas tibias que se introducían bajo sus faldas). Apenas cerrada la puerta de la habitación, se arrancaba todos sus velos para estar más de prisa desnuda y lanzarse sobre el miembro dilatado, retoño del hombre, que la penetraba en su medio. No era ya más que un cuerpo pivotando sobre un tronco de acero. Allí perdía la noción del tiempo hasta los últimos pasmos, terminados los cuales, abriendo los ojos extraviados, se acordaba de preguntar la hora por no perder el autocar de regreso.

Tal era Rirette, sujeta a sus inclinaciones naturales. Sin embargo, jamás había creído perjudicar a nadie. Al no negarle nada y cuidándole lo mejor que podía, estimaba que Julot no tenía por qué quejarse. En contraposición, no tenía contemplaciones para con sus amantes, a los que imponía un despiadado *forcing*. Cuando comenzaban a chaquetear, les buscaba sucesor. Por lo demás totalmente desinteresada en sus tratos con ellos, sin hablar jamás de dinero ni reclamar regalito alguno. Por ello se creía honesta y casi pura.

Una mujer de su temple necesitaba hablar de amor, de las trastornadoras satisfacciones que sacaba de él. Aparte el hecho en sí, aquello constituía su mayor placer. Rirette tenía en Clochemerle dos confidentes del mismo temperamento que ella, mofletudas del trasero y excitantes de pechuga, que no le hacían remilgos al sofaldamiento: Malou Guinchier y Suzon Niache. Se reunían las tres casi cada día, en casa de una o de otra, para conversar alegremente acerca de sus amantes. Usaban los términos más libres, llegando hasta a preguntar: «¿No te hace a ti eso el tuyo?». Y venga a reírse. Se mostraban sus cuerpos para compararlos, sin envidia alguna, por ser sacerdotisas del mismo culto. Solicitaban de Rirette que se prestase a esas exhibiciones, por razón de una particularidad que extrañaba a las otras dos. Era extremadamente velluda en los sitios más voluptuosos de su persona, que aparecían

como recubiertos de una fina seda castaño dorado. Le brotaba de la regatera un césped de pelos juguetones que partían al asalto de su espinazo hasta expandirse en volutas junto a los hoyuelos. Sus amigas no podían retenerse de pasar la mano por encima y decían, como buenas concedoras de lo que agrada a los hombres:

—¡Qué excitante es! Eso le debe gustar mucho a tu Marco...

—¡Se pirra! Siempre tengo sus manos sobre mi pandero. Y son manos *eléctricas*.

—¡Potrosa!

Aquel Marco era el amante cuyo elogio hacía con admiración y agradecimiento.

—¡Hasta consigue reventarme, figuraos!

Besace oyó esto, que le sentó como una puñalada, y muchas cosas mas que pueden imaginarse, puntuadas con grandes carcajadas, con las que las bribonas celebraban los cumplidos que se les hacían. No temían entrar en detalles ni otorgar a los amantes números de orden en función de su eficacia. La nomenclatura iba de la simple tapa al plato fuerte. Oyó que le nombraban a él, se enteró de que era tenido por un comparsa estimable, sin más, clasificado muy detrás del famoso Marco de Villefranche. Oír esto de boca de la propia mujer, tras doce años de servicios leales y de confianza ciega, era de veras como para quedarse sin resuello. El pobre Besace sintió que todo se tambaleaba, su pasado se derrumbó encima de él como las ruinas de un terremoto. Se comprende ahora que «puta» fuese una palabra débil, excesivamente usada para calificar pareja conducta, situándose en el punto de vista de un marido. Rirette no creía que se mereciese el calificativo por entregarse libre y alegremente y sólo por el placer. Ella tenía por tales a las que se entregaban sin placer, haciéndose pagar. Un punto de la moral que continúa siendo litigioso y contradictorio.

Besace era fontanero de oficio, uno de esos artesanos tan solicitados, que se dejan suplicar por los particulares para que acudan a reparar en sus domicilios eso o aquello que no anda bien. Ejercía sus talentos en un ancho perímetro, desde los aledaños de Fond-Moussu a Montéjour, de Montéjour a las lindes de los montes d'Azergues, requerido por doquier, escuchado en todas partes. Disponía, para transportar su material, de un *sidecar*, cuyo escape petardeante le anunciaba desde lejos. Rirette confiaba en aquel ruido para prepararse al regreso de su marido. Pero aquel día el *sidecar* tenía avería. Vuelto a pie más temprano que de costumbre, Besace entró en su casa sin ruido, a fin de darle una gentil sorpresa a su mujer. Pensaba agarrarla de los senos por detrás y preguntarle, besándola en el cuello: «¿Adivinas quién soy?».

¡Estupenda idea! Le hacía silbar de contento durante todo el camino. Extrañado de oír una conversación animada y risotadas, no sabiendo quién estaba allí, oyó sin querer lo que estaban diciendo. ¡Para desdicha suya!

Sin la avería del *sidecar*, su vida habría podido continuar como antes, en compañía de su encantadora esposa, sonriente y lozana, agradablemente velluda, siempre solícita entre sus brazos... Si se hubiese tomado tiempo para reflexionar, habría salido sin hacer ruido y anunciado su llegada con todo estrépito, a fin de dar a

las abominables charlatanas tiempo de separarse. Asiendo los senos de Rirette, la habría besado en el cuello como se lo había prometido a sí mismo. ¿Acaso no había sido plenamente feliz hasta entonces?

Pero ahora *sabía* y todo había cambiado. El dulce pasado le volvía a la boca, agrio como un vómito, y tantos gestos de ternura en los que había creído se tornaban odiosos simulacros. Tenía el espíritu demasiado entero para confiar en sinceridades ulteriores, para comprender, sobre todo, que aquella serie de amantes significaban mucho menos que él en la vida de Rirette. Ésta necesitaba de ellos por cierta razón, pero el compañero de todos los días, por quien abandonaba a todos los otros, era de veras su Julot. ¿Acaso no les ponía también los cuernos a sus amantes, puesto que siempre volvía a él? Esto resultaba demasiado sutil para Besace, quien no tenía formación filosófica y creía en el viejo prejuicio del compromiso mutuo. Como si fuese razonable fundar un contrato en promesas que los cuerpos no podrán cumplir...

Besace regresó a su casa completamente borracho, sobre la una de la madrugada. Para acechar su vuelta, Rirette se había metido en la cama, contando con que la cama, donde conocía su poder, arreglaría su litigio.

—¿No vienes a acostarte? —le preguntó amablemente.

—¡Yo no me acuesto con una puta!

Ella pensó que debería armarse de paciencia... No experimentaba el menor sentimiento de culpabilidad, pero se reprochaba haberse dejado pillar tan tontamente. Pronto oyó roncar a Julot en el sillón donde acababa de desplomarse. Se levantó para taparle con una manta, a fin de que no se enfriase al amanecer. Volvió a acostarse luego y se durmió profundamente.

No fue sacada del sueño según el rito habitual. Abrió los ojos algo más tarde con una impresión de malestar, para comprobar que su esposo se había marchado ya. Se había preparado él mismo el desayuno, cosa que no le ocurría nunca, y abandonó la cocina sumida en gran desorden. No volvió para la comida de mediodía, y a la noche, tan embriagado como la víspera, declaró que ya había comido. Se apartó de ella.

—¡No me toques, marrana!

Volvió al tema de su honor escarnecido y empezó a injuriarla de nuevo. Ella hubiese querido explicarle su conducta, que hay diferentes clases de fidelidad y que le había guardado la mejor parte de sí misma. Mas no se podía emplear ningún razonamiento con un ser enfurecido que le daba miedo. Julot acabó derrumbándose sobre su sillón y se puso a roncar. Le tapó como la víspera.

Todo volvió a empezar parejamente el día siguiente y los sucesivos. Besace le hacía la vida imposible a Rirette. El desventurado Julot se veía desgarrado entre su amor por su mujer y la visión atormentadora de lo que ella había sido para otros. Era incapaz de comprender lo que procede de la fatalidad orgánica y lo que procede de la voluntad en los tratos entre los seres. E incapaz asimismo, por haber tomado largo tiempo a una persona por lo que no era, de aceptarla tal como era realmente. Válido, pese a todo, en las porciones relativas de bien y de mal que componen a la criatura

humana.

—¡Hacerme eso a mí! ¡A mí!

No se apeaba de ahí. No podía desviar su pensamiento. Se volvía loco.

Una tarde no regresó. Rirette le aguardó en vano toda la noche. Al día siguiente, unos vecinos la pusieron en antecedentes de que Besace había sido visto entrando en su casa durante la tarde y salir de nuevo tras haber cargado varios paquetes en su *sidecar*. Efectivamente, sus ropas habían desaparecido de los armarios. A Rirette más bien se la compadeció. Probablemente había cometido faltas, pero el matrimonio es «para lo mejor y para lo peor», «para las verdes y para las maduras». Besace había tenido durante mucho tiempo lo mejor y jamás por completo lo peor. Una Rirette infiel seguía siendo preferible a una esposa fiel, cortada por el patrón de la Donjazu o de la Dupied, aquellas feúchas. La mujer que los demás no os envidian ni os disputan, no resulta muy recreativa a domicilio.

Se supo que Besace había encontrado trabajo en Mâcon y que vivía amancebado con una obrera de géneros de punto. La sacudía como a una estera. Convertido en celoso crónico, persuadido ya de que todas las mujeres eran unas arrastradas, zurraba preventivamente a la desventurada. Molida por la fábrica y las labores caseras. María pensaba mucho más en dormir que en engañar a Besace. Pero soportaba los injustos castigos. Los golpes que recibía le hacían creer que se le tenía apego, siendo así que hasta entonces nunca le habían testimoniado cariño. Chica sin atractivos, abandonada dos o tres veces, prefería llorar porque le pegasen a llorar en la soledad y el abandono. Encontraba en ello una pequeña felicidad lacrimosa, con la que se conformaba humildemente.

Pronto se notó que se había perdido mucho con la defección de Julot Besace. Como no existía otro fontanero en el pueblo, muchas reparaciones se quedaban sin hacer, provocando mil incomodidades que se convertían en otras tantas pequeñas catástrofes domésticas. En cuanto a hacer venir un especialista desde ocho o diez kilómetros de distancia, no cabía ni pensarlo. «Ya no hay aprendices», respondían los artesanos, quienes no podían dar abasto. Se empezó a mirar de través a Rirette.

—¡La culpa la tiene esa zorrilla! —decían las mujeres—. Si se hubiese dejado el trasero en paz, no tendríamos esas dificultades.

Disponer del propio cuerpo es muy bonito siempre que esto no tenga consecuencias molestas para la colectividad. Y aquello era, desgraciadamente, lo que ocurría. No se sospecha, antes de carecer de él, la inmensa importancia de un artesano en una población. Clochemerle, que lo estaba experimentando, se encontraba sumido en el mal humor y el marasmo.

Fontanero... fontanero... fontanero... Aquello se volvía obsesivo.

—¡Mucho cuidado ahora con no romper nada y no descomponer nada!

No obstante, en las casas todo se descompone a la larga. La vida no es sino desgaste, tanto de objetos como de seres. Las comodidades de la existencia están subordinadas a una válvula, una junta, una cañería, un flotador, una soldadura, un

poco de cemento y mil cosillas de este género. No se puede ya cocer, planchar, hacer hervir, meter en el horno, por una tontería de nada.

—¡Siempre había funcionado, desde hace veinte años que lo tenemos!

Justamente porque funcionaba hacía veinte años un buen día deja de funcionar. Ahora bien, podría seguir funcionando después de la reparación, a condición de contar con el hombre capaz de arreglarlo y de proporcionar la piececita de recambio. Fontanero... fontanero... fontanero... ¿Dónde hallar aquel personaje providencial?

—¿Y si pusiéramos un anuncio en los periódicos? Pagando el Ayuntamiento, claro está, puesto que aquello era de interés general. Pero hacía falta deliberarlo en el consejo municipal, escoger los periódicos, enterarse de sus tarifas. Y ponerse de acuerdo sobre el texto del anuncio. Que quedó redactado como sigue para ser publicado en las ofertas de empleos:

FONTANERO se solicita 50 km Lyon. Buena situación. Vivienda y clientela aseguradas. Facilidades. En Beaujolais. Buen panorama. Buen vino.

Apareció tres veces en un gran diario de Lyon sin que nadie contestase. Un fontanero parecía ser decididamente un mirlo blanco. Ni un solo miembro de la corporación se mostraba dispuesto a expatriarse en un poblacho perdido.

Afectada por la reprobación que pesaba sobre ella, acomodándose malamente a la soledad y a una cama vacía, Rirette abandonó discretamente el pueblo. No se confió a nadie, por lo que hubieron de preguntarse qué dirección había tomado. Alguien dijo más tarde haberla visto en Mâcon, ciudad a la que Besace se había replegado. Más adelante se supo que se habían vuelto a juntar. La pobre obrera de fábrica, apaleada y llorona, fue sacrificada en provecho de Rirette, todavía atractiva con su bonito cuerpo cálido y su sedoso vello. No había otra como aquella Manon Lescaut de aldea para despertarse con una carcajada y los arrullos de amor. Sus abrazos eran tan frescos que no se notaba la mentira detrás de ellos —¿y qué importa la mentira por venir si deja intacta la sinceridad del momento?—. Si queréis una mujer traviesa en vuestro lecho es preciso dejarle un margen de retozo. Besace acababa de aprenderlo en el sufrimiento y la añoranza, meditando acerca de su honor maltrecho. Y el honor marital —es decir, lo que se entiende por tal— ¿merece acaso que uno se haga a sí mismo desgraciado por tiempo indefinido? Y desgraciado sin pruebas, a fin de cuentas... Rirette le explicó, en efecto, que la conversación sorprendida por él no quería decir nada. Había adoptado aquel tono para estar en plan de igualdad con Malou Guinchier y Suzon Niache, alegres comadres que se complacían en imaginar las aventuras más locas. ¿No vale más inventar que hacer, desvergonzarse de espíritu que de cuerpo? Rirette profirió esta frase inmensa: «Y aunque me pillases casi in fraganti, eso no querría decir nada en una mujer como yo. ¡Así que ya ves!». Besace no pedía más que dejarse convencer. Pero había pregonado demasiado su condición de cornudo para atreverse a volver al pueblo.

Por lo demás, la vida era más agradable en Macón, donde el trabajo abundaba. Clochemerle siguió careciendo de fontanero.

—¡Eh, doctor! —dijo la vieja sirvienta de Mouraille, despertando a su amo—. El doctor quiere verle a usted en seguida.

—¿Qué doctor? —rezongó Mouraille, abriendo un ojo.

—El pequeño, ya sabe usted. ¡El otro, vamos!

Estaba de mal humor porque repetidos campanillazos la habían sacado de la cama a las seis de la mañana. Desde que Mouraille no asumía el servicio de noche y comenzaba tarde sus visitas, ella se daba la gran vida. Se consideraba como medio jubilada, como ama tanto como sirvienta. No quería ser molestada y no contestaba al teléfono. Jamás pudo acostumbrarse a hablar «por aquella caja, a gentes que ni siquiera se ven y que no sabe quién es el que contesta». Mouraille debía ocuparse de responder, cuando estaba en casa. El resto del tiempo que le llamasen a «Casa Adèle», donde solía encontrarse más a menudo.

—¿Mi joven colega? —dijo, sorprendido—. ¿No le ha dicho por qué quiere verme?

—¡No pensará usted que iba a hablarle en refajos y bigudíes en el moño! Tiene aspecto de loco. Eso es todo lo que puedo decirle.

—¡Fiebre y movedizo! Bien. Ésa es su manera de ser. ¿Dónde le ha metido?

—En la sala de espera. Y eso que todavía no está barrida a estas horas. ¡Pero para él vale perfectamente!

—Bueno —dijo Mouraille—, allá voy. Prepáreme café. Es decir, prepare dos.

—¿Un café para ese *librius* que viene a robarle la clientela...? Entonces haré tres. Así yo me tomaré también el mío.

Se fue arrastrando las chanelas y gruñendo. Mouraille deslizó los pies en sus zapatillas, se puso la bata y se dirigió a la planta baja. En la sala de espera, Léo Suffock se columpiaba sobre los tobillos y daba señales de una agitación interior desacostumbrada. Tan pronto como vio a su viejo colega, se precipitó hacia él.

—¿Nadie puede oírnos? —preguntó en voz baja.

—Sólo está mi vieja criada. Pero es medio sorda. Parece usted muy turbado. ¿De qué se trata?

—¡No puede usted sospechar lo que me pasa! Tengo un caso de tifus.

—¡Toma! —dijo Mouraille—. Creo que yo también tengo otro. Justamente quería decírselo. Porque en Clochemerle son raras las tifoideas.

—¡Chitón! —dijo vivamente Suffock—. Hable más bajo.

Mouraille bajó el tono.

—Es extraño —continuó—. Y la verdad es que se me ha olvidado un poco el tratamiento. Me preguntaba si vuestras nuevas drogas...

—¿Entonces hay dos casos? —interrumpió Suffock—. Esto pudiera ser el

comienzo de una epidemia.

—A fe mía que podría serlo. La tifoidea es una porquería que tiene tendencia a propagarse. La pillan familias enteras cuando se pone a ello. Mire, la última vez..., pero de eso hace mucho tiempo...

—¿Se da usted cuenta de que esto supone una verdadera catástrofe? —exclamó Suffock, a quien exasperaba la placidez del otro.

—No exageremos —respondió Mouraille—. El tifus mata, es cierto, o, por lo menos, le deja a uno bastante molido. Pero se salvan más que mueren. Cuestión de suerte, como siempre.

—¡Es una catástrofe en una estación termal!

—¿Estación termal? ¡No corra usted tanto! Los edificios apenas si sobresalen del suelo.

—Futura estación termal, si lo prefiere. Para el caso es lo mismo. Se dirá que el agua tiene la culpa, *cuando estamos en vísperas de lanzar un agua curativa*. Una catástrofe, le digo.

—¡Caray! —exclamó Mouraille—. No lo había pensado... Evidentemente, examinado desde ese ángulo... Pues bien, lo primero que debe hacerse es prohibir el agua como bebida.

—¡Nunca jamás! —se sulfuró Suffock—. Eso parecería una confesión. Firmaríamos nuestra condena.

—Hable por usted. En el fondo, jamás he sido un caluroso partidario de todo eso. Si existe una bebida de la cual desconfío...

—¡Ah, cállese usted! —atajó Suffock—. ¿Quién nos ha proporcionado la lista de especialistas? Ha tomado usted la palabra varias veces en el C. E. T. Está tan comprometido como nosotros.

—Comprometido, si usted quiere. ¿Qué más da? Hay que avisar a la gente.

—Estoy seguro de *mi agua*, ¿me oye usted? Si hay un agua responsable no es la mía.

—Será muy difícil hacer admitir a la población que un agua puede ser buena y la otra no. El agua es el agua. No verán más lejos.

—Esto es precisamente lo que me temo. Y por lo que he venido inmediatamente a hablar con usted. Todavía no ha pronunciado usted la palabra fatal.

—Me proponía hacerlo hoy, si mi diagnóstico se confirmaba. Según lo que usted me dice, se confirmará de seguro. Si se trata de tifoidea, no habrá más remedio que nombrarla.

—¡Ni hablar! —dijo perentoriamente el doctorcito—. No olvide que nos acechan nuestros rivales, desde que saben lo que estamos preparando. No vamos a prestar armas a nuestros enemigos.

—Yo no quiero prestar armas a nadie. Pero, de todos modos, nos enfrentamos con una enfermedad que tiene nombre.

—¡Lo tenía! —atajó Suffock—. En cualquier caso ese nombre no será

pronunciado en Clochemerle.

—¿Pretende usted desbautizar a la tifoidea? —preguntó Mouraille, turulato.

—¿Por qué no? El nombre de una enfermedad no es otra cosa que una simple convención. No cambiaremos la dolencia, sino que la trataremos bajo otro nombre.

—¿Ha encontrado usted algo?

La convicción de su joven colega hacía vacilar a Mouraille. Sentía curiosidad por saber qué podía haber vuelto a inventar aquel tío.

—Sí —dijo Suffock, con cierta vanidad de autor que ha encontrado algo bastante afortunado—. La llamaremos *fiebre gastro-cerebrante*.

—¿Y eso qué significa?

—Con exactitud, lo ignoro. Sin embargo, encuentro que suena bien y que sugiere mucho. Es conveniente renovar de cuando en cuando el vocabulario medicinal y no sería la primera vez. ¿Acaso la angina de pecho no ha dado lugar al infarto de miocardio, que tiene mucho más empaque? Los antiguos tísicos se han vuelto tuberculosos. El buen viejo venéreo se ha trocado en sífilis, y así sucesivamente. Entonces, ¿por qué no la fiebre gastro-cerebrante?

—No está mal visto —admitió Mouraille—. Pero ¿qué interés hay en ello?

—Es evidente. Usted y yo seremos los únicos en saber que hay casos de tifoidea en Clochemerle.

—No habrá más remedio que poner en el secreto a una o dos personas, aunque sólo sea por indagar discretamente acerca del origen de la epidemia. ¿Piéchut, por ejemplo?

—¡Guardémonos mucho de ello! Piéchut tiene la cobardía tradicional del hombre político. Nos traicionaría sin vacilar si supone que corre el menor peligro como aliado nuestro.

—Tal vez tenga usted razón —convino Mouraille, tras haber reflexionado—. ¡Piéchut tiene las opiniones de un columpio! Entonces, ¿quién?

—No veo más que a Texas. Es capaz de hacer callar a quien sea, porque dispone de dos argumentos máximos, los dólares y el miedo que inspira Jimmy Colt. Todo hombre sensato escogerá los dólares. Texas es el primer interesado en el éxito de la estación. Sabrá defenderla.

—Está bien, quedémonos con Texas... Pero ¿qué le pasa a usted?

Hacía algunos instantes que Suffock parecía sentir un malestar. Acababa de dejarse caer sobre una silla, llevándose la mano a la oreja derecha, y daba la impresión de sufrir mucho. Le sacudían violentos escalofríos. Mouraille le encontró la frente y el pulso ardientes.

—¡Voy a comprobarle la temperatura en seguida!

Suffock debía estar muy abatido, pues no tuvo reacción alguna.

—Treinta y nueve —enunció Mouraille—. ¡Oiga, esto es serio!

Parecía muy preocupado contemplando a su joven colega, quien seguía sujetándose la oreja y temblando de fiebre.

—¡No puedo equivocarme con usted!

Encendió uno de sus famosos cigarros y echó espesas bocanadas.

—¡Caramba! —dijo de pronto—, ¿usted bebe siempre agua?

Suffock hizo señas de que sí.

—¿Que no es agua del manantial?

Suffock hizo señas de que no.

—Pues bien, amigo mío, el caso está claro. Y esos violentos dolores de oído son un indicio que no engaña a nadie. ¡Ha pillado usted su propia fiebre cerebro-gastrante!

—Gastro-cerebrante —rectificó mecánicamente Suffock.

Sin embargo, dominado por el dolor, no protestó contra el diagnóstico. Su aplomo le había abandonado. Mouraille comprobó sin ánimos:

—Y sólo estoy yo para cuidarle... ¡Es tremendamente fastidioso!

Siguió fumando y reflexionando.

—¡Porque no tardará en marcarse un 40 de fiebre!

Dejó un instante la estancia y volvió con algunas cuartillas que dispuso sobre la mesa delante de Suffock.

—Escuche —dijo—, está usted iniciando una tifoidea, no cabe duda. Por tanto, he aquí lo que le propongo, mientras todavía sigue con la mente lúcida. Redacte usted mismo sus propias recetas y juro aplicarle rigurosamente el tratamiento que haya decidido. Sé que desconfía usted de mi medicina, en tanto que está seguro de sus métodos...

—Estoy seguro de ellos —dijo débilmente Suffock— cuando se trata de los demás...

—¡Ah! —protestó Mouraille—. ¿No pensará usted dejarme en el atolladero? Es preciso que comparta las responsabilidades conmigo.

—Jamás he curado una tifoidea —confesó Suffock.

—Y yo, hace más de quince años que no veo una... ¡Vaya, estoy aviado!

Volvió a encender su cigarro apagado y fumó de nuevo, soltando salvas precipitadas. Se notaba que titubeaba en tomar una decisión.

—Voy a llamar a un médico de los alrededores. ¿A cuál prefiere usted?

Suffock se mostró heroico.

—Se lo prohíbo absolutamente. Otro médico creerá que su deber es dar la alarma y revelará lo que nosotros queremos mantener oculto. ¿Estoy muy grave?

—Claro que no. Pero conoce usted al igual que yo los albures del oficio, las sorpresas que la enfermedad nos reserva...

—Lo sé —dijo Suffock—. Pero me juego al manantial como ganador y, si hace falta jugarme el pellejo además...

—¡Déjeme en paz con su pellejo! Me gustaría mucho verlo en otro sitio.

Entonces, Suffock, esforzándose en sonreír, dijo firmemente:

—Escuche, Mouraille, si he de espicharla, prefiero que sea entre sus manos antes

que en las de otro cualquiera.

—¡Me conmueve mucho, hijo mío! Y entonces tendría usted la satisfacción de pensar que soy de veras el viejo tonto que siempre ha dicho que era... ¡Le estoy viendo venir...! Bueno, voy a enzarzarme con su gastro-cerebrante. Pero ¡lo que va usted a saborear en cuanto a baños y lavados, sin contar con el resto! Va usted a saber lo que es un tratamiento Mouraille, cuando de veras echo el resto. Mientras tanto, tráguese esto.

Le tendió dos sellos que acababa de preparar y medio vaso de vino.

—¿Y eso qué es?

—¿Quién es el médico aquí? —dijo Mouraille—. ¡Ande, trague!

Suffock se tragó dócilmente los dos sellos. Castañeteaba los dientes. Mouraille le tomó el pulso y le tocó la frente.

—Ahora —dijo—, voy a acompañarle al lado de Babasse y pasaré directamente por la farmacia para recoger lo necesario. ¿Podrán cuidarle en su casa...? Déjelo. Me entenderé con su mujer. A propósito, será menester que ella tome precauciones para sí misma. ¿Le hablaremos de tifoidea? Tiene derecho a saber, creo yo.

—Será mejor que no lo sepa —dijo Suffock—. Se asustará, ya sabe usted lo que pasa...

—Entonces, ¿fiebre gastro-cerebrante también para ella?

—Creo que valdrá más así. Le diremos que estamos perfectamente de acuerdo sobre el diagnóstico.

Hubo quince casos de tifoidea, tres de los cuales fueron mortales. Aquello no fue más lejos, afortunadamente, pues de lo contrario Mouraille no hubiera podido dar abasto a la tarea, ni seguir guardando silencio. Ya suponía mucho haberse callado hasta quince, a propósito de una enfermedad que exige severas medidas profilácticas. ¿Había derecho a poner en la balanza, en contraposición con los grandes intereses comprometidos, un cierto número de vidas? ¿Y hasta qué límite? Mouraille había llegado a aquel extremo por una de esas peligrosas complacencias a las que puede arrastrar la amistad, negándose a discernir si el hechizo de Babasse no operaba de manera un poco equívoca. Fiel a la palabra dada a su joven colega, sólo advirtió a Texas y le encargó que activase las investigaciones, facilitadas éstas por el hecho que los típicos estaban agrupados en una zona bastante restringida del burgo. El microbio tenía un origen común, muy probablemente un agua contaminada. Se trataba de localizarla lo más rápidamente posible sin despertar sospechas.

Al cabo de varios años de ejercer lo menos posible, Mouraille se encontraba solo en la brecha, enfrentado a una epidemia temible que podía cundir insidiosamente y azotar con fuerza. Agotado por el exceso de trabajo, y por lo mismo rezongón y curando por el terror, embebido más que nunca de picón, recetaba a mansalva remedios de caballo, que clavaban en la cama a sus clientes. Única manera de encontrarles en casa cuando él llegaba. Sabía por experiencia que los enfermos eran propensos a zascandilear por el pueblo, tratándose con beaujolais, en las bodegas o en

la tasca. En época normal, les examinaba allí, al azar de los encuentros. Pero ahora tenía poco tiempo para correr detrás de ellos. Necesitaba, pues, embrutecerlos para tenerlos al alcance de la mano.

Dos o tres veces al día acudía al domicilio de su joven colega, seriamente afectado, que seguía sumido en el delirio y que le inquietaba mucho. Mouraille tenía empeño en hacerle levantar pronto, tanto por Babasse, quien no quería ver morir a su doctorcito, como para tener al lado un asesor capaz de luchar contra aquella fiebre gastro-cerebrante que no se atrevía a confesar su nombre. Pensaba asimismo en el interés de la futura estación, persuadido de que ésta no volvería a encontrar una mente tan buena para dirigirla. Al fin se había convencido de que nadie en el mundo sabía tanto sobre termalismo como Suffock y, cuando el presuntuoso joven afirmaba que iba a trastornar aquella especialidad, se sentía dispuesto a creerle.

Mouraille solamente encontraba aceptable la muerte cuando ponía fin a la senilidad y la decrepitud. Por el contrario, la juzgaba indignante cuando la emprendía contra organismos jóvenes. Ninguna muerte habría sido a sus ojos más injusta y estúpida que la de Léo Suffock, lleno de ideas y de porvenir. Existía, además, el espíritu de solidaridad que ligaba uno al otro a los dos médicos de Clochemerle. Pese a las diferencias de edad y de método, permanecían cómplices en aquella mezcla de *bluff* y de convicción, de marrullería y de sinceridad, de dureza y de piedad, de indiferencia y de abnegación que representaba para ambos el ejercicio de la Medicina. Fatigados con frecuencia, uno y otro, de la lucha que sostenían contra el mal, sabiendo de antemano que no podrían vencerle en tales y cuáles casos, portando cada día el peso de algunos secretos de muerte. Y, no obstante, debían afectar un aire de optimismo, porque los dolientes tenían sus miradas vueltas hacia ellos y les mendigaban la esperanza. Sólo mediante una mentira de actitud, convertida para ellos en segunda naturaleza, podían consolarlos un poco. Ayudar a las gentes a resignarse significaba llevar progresivamente el ánimo de los incurables a aceptar que su enfermedad no tuviese remedio. Ayudar a las gentes a morir implicaba no descubrirles hasta el postrer instante la fatalidad, la inminencia de la muerte. En cuanto a sí mismos, serían más difíciles de engañar cuando estuviesen duramente tocados. Mouraille, que sentía crujir sus articulaciones, que veía resquebrajarse la piel y tornarse azules las arterias a través de los tejidos, estaba ya en edad de preguntarse: «¿En qué forma seré aporreado?». Se decía que le gustaría acabar llevándose a los labios una postrera copa de picón, a falta de poder hacerlo como Félix Faure.

De momento, no escatimaba sus fuerzas, con el máximo deseo de poder decir una mañana a Léo Suffock: «Bueno, muchacho, este viejo tonto de Mouraille le ha sacado de apuros a pesar de todo».

Y le sacó de ellos. Paliducho, doliente, débil, enflaquecido, entristecido, incapaz de sostener la menor conversación. No importa, el doctorcito estaba salvado. Se lo dijo.

—¡Salvado, pero en qué estado! —respondió Suffock, que sentía grandes náuseas y no podía digerir nada.

—Amigo mío —dijo Mouraille—, he puesto cuanto estaba de mi parte. Para ello, le he aplicado un doble tratamiento de aúpa. El mío primeramente, para estar en regla conmigo mismo. El suyo, luego, a fin de que participase usted en su muerte, caso de que hubiese debido morir. Siempre me habría quedado el recurso de decirme que eran sus métodos los que le habían matado. Por eso, le administré todas las sulfamidas que pude encontrar en casa de Basèphe, las suficientes como para aniquilar a todos los virus conocidos hasta la fecha. ¿Es que le ha sacudido eso?

—¡Cómo para reventar! —se quejó Suffock—. Estoy derrumbado para seis meses por lo menos.

—¡Derrumbado pero vivo! En cuanto a su hígado, voy a recetarle una cura masiva de agua de Clochemerle, esa panacea destinada a la gloria. Es conveniente que experimente usted sus efectos. ¿Debo fijarle las dosis?

—¡Déjeme en paz, viejo asesino! Sé mucho más que usted de eso.

—Lo admito —respondió Mouraille—. Segunda cosa: necesita usted cambiar de aires para su convalecencia. Cielo azul y vientos nuevos acabarán de desintoxicarle. Se irá usted al Midi por quince días, con un *stock* de nuestra milagrosa agua curativa, que saboreará cara al Mediterráneo. Le autorizo a añadirle *pastís* para hacerla más digestiva. Pero no se quede más de quince días. Porque esperaré a que vuelva usted para descansar. No es ninguna canonjía triunfar sobre la fiebre gastro-cerebrante, créame.

—¿Ha dominado la epidemia?

—Sí, la he yugulado. Y se sabe la razón de ella. Infiltraciones de los pozos negros habían contaminado una fuente adonde la gente acude a buscar agua. Todo está arreglado.

—¿Nadie se ha enterado?

—No lo creo. Pero ya era hora de que se acabase. Habrían acabado por sospechar. Mouraille se volvió hacia Babasse.

—¿No sospecha usted que su fenómeno acaba de pasar una tifoidea de aúpa?

Babasse se puso muy pálida.

—¡Y no me dijo usted nada!

—No tenía derecho. Desde el fondo de su cama, en tanto que director médico, su marido me daba órdenes.

La alarma había sido calurosa, mas el peligro estaba conjurado. No había costado sino tres muertos. Que hubiesen fallecido de tifoidea o de fiebre gastro-cerebrante daba lo mismo, puesto que de todos modos habrían muerto.

—¡Hemos jugado bien! —concluyó Léo Suffock.

Cuando regresó de su convalecencia, perdida la palidez y recobradas las fuerzas, volvía a ser otra vez de azogue. Se declaró en disposición para abordar a la clientela. Mouraille no esperaba otra cosa.

—Voy a permitirme ocho días de cama, con el teléfono cortado. ¡Ahora me toca a mí chaquetear!

—¿Cuál es su diagnóstico? —preguntó Suffock.

—«Gandulitis resurgente» —contestó Mouraille—. ¡No es usted el único capaz de inventar una enfermedad, mi querido colega!

Y fue a encerrarse en su casa, bien provisto de picón y de novelas policíacas.

Tenía aquel castillo ante sus ojos, aquel castillo que le fascinaba.

Tonio Texas había visto castillos de todos los estilos, en todos los parajes de la tierra. Jamás les prestó mucha atención. «Caserones grandotes —pensaba—, donde hace falta mucha gente dentro y darse postín». Aquello correspondía a un modo de vida sin parangón con su existencia de nómada, que un día estaba aquí, en otra parte mañana, sin domicilio fijo. ¿Para qué establecerse aquí más bien que allá, cuando el mundo está delante de uno con toda su variedad, jungla y sabana, chorreante de luz y de ignoto bajo el cielo infinito? Joven y lleno de fuerza, resistente al mal y a la fatiga, Texas podía pasar de un continente a otro, de un país a otro, todos ellos con sus colores cálidos, sus vegetaciones lujuriantes, su surtido de mujeres con carnosos labios rojos, de cabelleras relucientes, espléndidas criaturas exóticas que olían a tejido de algodón y cuya epidermis sabía a *curry*. Aquellas mujeres, los bares, el alcohol y el juego, el hambre saciada vorazmente, sueños de bruto, reyertas sangrientas, el dinero que se gana con facilidad y que se tira con la misma facilidad, la buena y la mala suerte, la aventura que siempre vuelve a empezar, todo ello había durado cerca de veinte años. Hasta la aparición del motel, los surtidores de gasolina y el petróleo.

Y ahora, vuelto a Francia... «Con tres millones de dólares. ¡Y cuarenta y cinco primaveras!». Se evaluaba, comparaba su edad con su resistencia y su agilidad. ¡Todavía sólido, todavía con arrestos! Tenía todo lo que un hombre puede tener y, principalmente, el inmenso poder que da el dinero.

Sin embargo, quedaba aquel castillo que le fascinaba, aquel castillo ante el cual, cortando el gas de su motor, acababa de pararse. Jamás había visto nada tan grandioso, aparte uno o dos castillos de cruzados en la región de Antioquía, que marcaban aún los puntos extremos del avance cristiano en tierra de infieles. Ese castillo, edificado en tierra francesa, recortaba su masa sobre una línea de crestería, desde donde se veían apelotonarse las montañas beaujolesas, con sus laderas guarnecidas de cepas. La construcción, que debía al espesor de sus murallas el haber resistido el transcurso de los siglos, estaba situada sobre un elevado lugar de la comarca, como un gigantesco mirador. Nada habría escapado a la vista de las atalayas si todavía hubiesen continuado guarnecidas por hombres de armas. Pero los macizos reductos, horadados por escasas aberturas que semejabán espilleras, habían quedado abandonados a los vientos de las cumbres y parecían no cobijar alma viviente. El

castillo estaba dominado por un enorme torreón redondo y, en las esquinas, torres cuadradas delimitaban la habitación propiamente dicha, circundada por las murallas. Una pasarela, que había sustituido al antiguo puente levadizo, daba acceso al interior, por una bóveda redonda y baja que antaño ocupara el cuerpo de guardia. Pese a desmoronamiento de piedras, hondas resquebrajaduras que no habían logrado hender los muros de parte a parte y techumbres deterioradas, a través de las cuales asomaban las viguerías, el conjunto daba una impresión de fuerza orgullosa e inmutable. Había que restaurar y consolidar, ciertamente, pero ¡qué situación y qué morada!

Al volverse, Texas vio brillar a lo lejos —de seis a ocho kilómetros en línea recta— el campanario de Clochemerle. Era el punto ideal para dominar la futura estación. Se dijo que allí estaba su sitio, que necesitaba aquella morada a toda costa, que en ella sería el príncipe de sus obras, el poderoso señor de su pueblo recobrado y conquistado. Habían hecho falta veinticinco años de carreras a través del mundo, soportar climas y fatigas, padecer hambre, sed, arriesgar cien veces la muerte, conocer las prisiones, las guerras y el hospital para que le fuese dado volver como dueño.

Aquello había sucedido sin plan ni premeditación, cuando hacía mucho tiempo que se había olvidado de Clochemerle y no se creía vinculado ya a aquel terruño de paletos. Y un día, allende seis mil kilómetros de océano, la llamada fue a alcanzarle. Imperceptible primeramente. Nada más que un vago estremecimiento o un leve estornudo. Como comienza una fiebre o un resfriado, sin que uno desconfíe. En América no se sentía peor que en cualquier otra parte. Se había nacionalizado allí, donde tenía buenas amistades. «¡Toma, qué raro! ¿Cómo se me había ocurrido pensar en Clochemerle?». Pero un mes más tarde: «¡Me pregunto qué demonios estoy haciendo en medio de este petróleo que apesta!». No obstante, el abandonar a la gente que le rodea a uno y le apoya, para asumir el peso de una responsabilidad personal y solitaria, supone una decisión de envergadura... La mayoría de los seres retroceden ante una ruptura semejante. «¡Bueno, me daré una vuelta por el viejo pueblo! ¡Bien puedo ofrecerme el paseíto!», se repetía Texas en el tren que le conducía a la costa, donde iba a embarcarse para Francia. Aquella razón que se daba a sí mismo no lo explicaba todo y él se daba perfecta cuenta de ello...

Ahora sabe ya por qué ha regresado de tan lejos, por qué ha vuelto a cruzar los mares, por qué ha financiado la futura estación. Todo se debía a la existencia, en determinado lugar de la tierra beaujolesa, de ese castillo cuya masa la domina y por el cual acaba de sentir el flechazo. De allí partió la llamada, no le cabe duda. Esas piedras necesitan de él para curar sus heridas y asegurarles más siglos de duración. Y, en adelante, él necesitará a su vez de ellas para persuadirse de que ha triunfado en la vida. Tantas peregrinaciones y aventuras deben culminar convirtiéndole en el castellano de Tournoie-Bise. Tal es el nombre del paraje.

Se extraña de su sobrecogimiento. Ha vivido al día el tiempo suficiente, sin otro objeto que asegurarse el sustento inmediato, luego un poco más, después más aún,

para haber comprendido que, cuanto más dinero se tiene, más independiente se es y menos los golpes del destino pueden alcanzarle a uno brutalmente. Todo reside en ponerse al abrigo. No se piensa en ello durante el período ascendente de la vida, mientras la reserva de mañanas por venir parece inagotable. Pero esta reserva mengua y el miedo hace su aparición. Y cuanto menos queda de vida, más aumenta. Muchas gentes viven en el miedo, miedo a perder lo que tienen, la pequeña situación que les nutre, la mujer que han logrado apegarse, miedo por su salud, miedo por los hijos, miedo a la vejez. Texas lo ha comprobado a menudo en torno suyo. Él no ha conocido el miedo paralizante. Por eso ha podido avanzar, hollando la litera de los débiles, de los resignados. También porque ha hecho burla del decoro, de la propiedad, de los títulos y los honores, que no han logrado doblegarle. Legionario, desertor, alistado voluntario y héroe de guerra, ¡magnífico *pedigree*! Su respetabilidad radicaba en sus puños y en sus músculos. ¡Ay de quien se rozase con ellos! Y ahora está a cubierto, «con todas las bazas en la mano», como un verdadero jefazo. ¡Campeón, el mozo Tonio!

Pero, hace un instante, el condenado castillo, admirable en su inmovilidad milenaria y su silencio, se atravesó en su triunfo, vallándole la última cima que él debe alcanzar. Jamás, desde los tiempos olvidados de Julia Mouffon, ha deseado nada tan apasionadamente como ese castillo. Hasta el punto de que dejará de interesarse por Clochemerle si no puede tenerlo para sí. Regresará a América, llevándose el recuerdo de una derrota irremediable, porque nada comparable existe en América.

«Vamos a verlo de cerca», se dice tras haber encendido uno de esos habanos que se plantifica en la comisura de los labios.

Se encamina por un mal sendero, donde los guijarros ruedan bajo sus pasos. Por ese sendero alcanza el camino que conduce a la entrada. Pasa por debajo de la honda bóveda y penetra en el patio. Éste le parece inmenso y un poco húmedo, porque la altura de la edificación lo mantiene en la sombra. Hierba corta, con el tono de un césped tierno, asoma por entre el desigual empedrado. A trechos, anchurosas losas, un poco socavadas, forman pasadizos que irradian en diferentes direcciones, conduciendo a las salidas de la construcción. Se encamina por una de estas sendas, haciendo resonar sus tacones sobre la piedra con una autoridad posesiva ya. Aproximadamente a mitad de camino entre el torreón y la muralla, se detiene para echar sobre el conjunto una mirada circular.

Entonces es cuando descubre a la muchacha.

Donatienne de Charnècle, de pie junto a una puerta que acaba de cerrar tras ella, le mira silenciosamente. El ruido tan raro de unos pasos por el patio la habían atraído afuera. Su rostro mate y su silueta espigada se recortan sobre el tono desteñido de la madera. Su vestido azul pone una mancha de color sobre el gríseo de la imponente fábrica donde se mezclan estilos de diferentes épocas. Texas se siente cohibido al notarse observado por aquella criatura enigmática, por lo inesperado del encuentro en aquel marco bravío. Contempla a la muchacha, que tiene la gracia salvaje de un

cervato, y no sabe qué decisión tomar. Debe aparecérselo como un intruso por haber penetrado, por lo demás involuntariamente, en una propiedad privada, donde se comporta con la marrullería de un alguacil haciendo inventario de los lugares. Se quita el sombrero, se inclina para saludar y avanza.

—Dispéñeme —dice—, creía que estaba deshabitado.

—No hay de qué —responde la muchacha.

Por decir algo, Texas añade:

—Es muy antiguo, ¿verdad?

—Sí, muy antiguo —confirma la muchacha.

—¿Y un poco deteriorado?

—Bastante deteriorado.

Tiene un lindo timbre de voz, bonitos ojos, un óvalo puro. Están a varios metros uno de otra, intrigados ambos.

—Dígame —prosigue Texas—, ¿sabe usted si el castillo está en venta, por casualidad?

—No, no está en venta.

—¿Aunque se ofreciese una fuerte suma?

—Creo que no.

—¿Podría yo, sin embargo, tratar de hablar de ello con el propietario?

—El propietario soy yo —contesta la muchacha.

—Perdone —dice Texas—. Estaba lejos de sospechar que... ¿Vive usted aquí todo el año?

—Sí.

—¿En compañía de sus padres, sin duda?

—No tengo padres.

—Huérfana... ¡Cuánto lo siento!

—Me queda una vieja tía, una hermana de mi padre.

—Dos mujeres solas en esta inmensa edificación... ¿No tiene usted miedo?

—¡En casa no tenemos tesoros escondidos! Y no creo que se molesten en venir a robarnos el torreón. —Su voz tiene un tono de burla desengañada.

—Pero ¿no le parece triste, a veces?

—¡Todo es acostumbrarse!

Contesta con ligereza, pero sus rasgos muestran una expresión de melancolía. Y un poco de rubor acaba de manchar sus mejillas, como si la pregunta de Texas violentase un dominio secreto de su vida.

No obstante, la muchacha sostiene sin flaquear la mirada de su interlocutor. Tiene muy pocas ocasiones de hablar, recibe muy pocas visitas para que aquélla, aun cuando extraña e improvisada, deje de interesarle. Su espíritu está tan henchido de ensueños que su corazón se siente pronto a brindar al primero que pase, con tal de que tenga prestancia, aspecto viril y ese lado misterioso que toda joven novelera espera del hombre. Se pregunta quién será aquel desconocido, tan diferente a las

personas que acuden habitualmente a Tournoie-Bise, aparceros en su mayor parte y proveedores. Debe de ser poderoso, puesto que propone comprar el viejo castillo de los Charnècle, único bien que le queda a ella y que la aplasta, manteniéndola prisionera. ¿Será acaso aquel transeúnte un representante válido del mundo imaginario al que ella dedica sus aspiraciones, aquel mundo que no acude a ella y al que ella no puede acudir, vestal consagrada a la guardia de un recinto fortificado, más cargado de hipotecas aún que de gloria? Tiene por dama de compañía —y por sola compañía— a una tía anciana, reumática y anacrónica, anquilosada en una virginidad sin remedio, que reverencia el árbol genealógico de la familia al igual que las Sagradas Escrituras. Hablar con ella (hay que hablar de vez en cuando) es poco más o menos como arrojar pedruscos en una mazmorra y oírlos desaparecer en una sima sin fondo. En cuanto a los pretendientes de buena familia (es decir, de la misma casta que los Charnècle), llegados hasta la cumbre de la montaña con la esperanza de descubrir a una heredera, se habían marchado precipitadamente tras haber procedido a una comprobación de los lugares y hecho una indagación acerca de los recursos de la señorita doncella. Ella está más pelada todavía que ellos, que andan detrás de una dote por necesidad, enterados por sus antepasados de que la fortuna debe buscarse en el matrimonio. Donatienne es una chica pobre y, por esto, una reclusa. Ni la belleza ni la juventud parecen poder sacarla de ahí. Tiene ya veintiocho años, que representan detrás de ella un largo y vacío pasado, en el que se han marchitado las esperanzas del amor.

Texas se siente impresionado por la extraña aparición de la joven. Lo que descubre en ella de conmovedor le hace perder su aplomo habitual. Quiere el castillo, no renuncia a obtenerlo, pero no puede arrojar cifras a la cara de aquella criatura ni chalanear con ella. La transacción toma una cariz sobre el cual necesita reflexionar.

—Me gusta mucho este paraje —dice—. ¿Me permite usted que vuelva otra vez?

—Claro que sí.

—¿Es posible visitar el castillo?

—Se lo preguntaré a mi tía. Si consigue usted inspirarle confianza...

Pronto se notó que la estación termal parecía haber dejado de interesar a Texas. Ya no se le veía en su oficina, se zafaba de las citas, dejaba las decisiones en suspenso. «Diríjase usted al doctor Suffock», respondía en los casos de urgencia. Y, metiéndose en su coche, se apresuraba a desaparecer. Pero el doctorcito no podía dar abasto a todo y lo que atañía a la edificación no era de su incumbencia. Arquitectos y contratistas no sabían a quién dirigirse. La contabilidad se resentía de ello, fuertes sumas quedaban sin pagar, los talones no eran firmados a tiempo. De lo cual resultó una morosidad en las obras que sembró la inquietud. ¿Acaso Texas había agotado sus recursos? ¿Pensaba desaparecer un buen día, dejando una aldea medio echada abajo y una ciudad a medio construir, conjunto inservible que situaría a Clochemerle con las

posaderas entre dos sillas, el agua y el vino? Aquella situación grotesca haría del burgo el hazmerreír del Beaujolais. Y el municipio, comprometido en el asunto, no saldría indemne de ello. ¿Cómo habían podido dejarse meter en aquel lío por un aventurero del cual, a decir verdad, no se sabía gran cosa? ¿Por ventura aquello ocultaba una estafa monumental? El americano no contaba sólo con amigos. Muchas personas estimaban que había en él demasiada faramalla.

Piéchut fue apremiado a intervenir. ¿No había apoyado él a Texas? (Y eso que no se sabía todo. Por ejemplo, cómo había hecho del profesor Touille un «hincha» inflamado del termalismo, deslizando a Cyrilette entre los brazos). Pero el senador no tenía ninguna influencia sobre un hombre como Texas, que no dependía de él, por no ser pedigüeño en grado alguno. Pertenece a esa especie rara, tan inquietante para un político, de electores que jamás piden nada y que no se ven en las antesalas. Escapan a toda influencia. Ni siquiera la política de los banquetes, tan en boga dentro del Partido, podía nada sobre él. La mayoría de las veces era él quien ofrecía los banquetes. No cobraba de ningún fondo de reptiles, no intrigaba ninguna condecoración. Y tampoco se le podía alcanzar a través de su amigueta, que le era fundamentalmente fiel. Ciudadanos parejos le desarman verdaderamente a uno.

—¿A usted qué le parece? —preguntó Babasse a Mouraille.

—Las personas muy ricas sólo obran por caprichos. Vuestro Texas habrá encontrado un juguete nuevo.

—Pero eso no es serio.

—La fortuna dispensa también de la seriedad. Es una de sus ventajas incontestables.

—Léo está como una regadera, realmente subido a la parra. Fíjese si será agradable para mí. Dígame, papá, ¿no podría usted ir a ver a Texas? Háblele de su salud.

—Para hablar a la gente de su salud, hace falta que lo autoricen. Texas forma parte de esa clase de individuos que mueren fulminados entre los sesenta y los ochenta años, sin haber soltado jamás una perra al cuerpo médico. Ante ellos, me veo sin argumentos. A mi juicio, Texas atraviesa por una crisis.

—¿Una crisis de qué?

—Ya acabaremos por saberlo.

—¿Estará enamorado?

Aquello hizo sonreír a Mouraille. Es un rasgo muy femenino, cuando se habla de crisis, contestar amor. Este medio es el que las mujeres utilizan para intentar deslizarse en el centro del debate. Como si no tuviésemos nada más importante que ellas en qué pensar.

Babasse acertaba, sin embargo. Texas estaba enamorado, sí, enamorado de un castillo. ¿Solamente del castillo? Bien. Fuese lo que fuere, cada día acudía a Tournoie-Bise, donde le esperaban. No le costó mucho penetrar en la intimidad de las dos mujeres que se aburrían. Bastaba con distraerlas. Había seducido a tía Fanny

paseándola en el gran coche americano. Loca por el automóvil, habría ido hasta el fin del mundo en el deslizamiento de un vehículo potente. Se sentía en él como en la butaca de un cine y no se cansaba de ver desfilar las imágenes tan variadas que presenta la vida, sea en el campo, sea en las poblaciones que cruzaban. Tía Fanny tomaba poco a poco la costumbre de considerar como chófer suyo a aquel amable Tonio Texas, que tenía mundo y sabía qué miramientos son debidos a las personas de alto linaje. Muy pagada de sus orígenes, no se preguntaba a qué tendía tanta generosidad, ni si era prudente permitir que se estableciesen ciertas relaciones entre su sobrina y aquel visitante caído del cielo. (Ya habían llegado a llamarse entre sí Dona y Tonio, pues el trato cotidiano no podía establecerse sobre maneras envaradas o exageradamente ceremoniosas). Su egoísmo de anciana pasaba por encima de los principios y los convencionalismos de los que en otras circunstancias hacía tanto caso. La instalaban en el asiento trasero del descapotable, bien provista de prendas de lana y de mantas, retrepada entre cojines. (La habían convencido de que aquél era el mejor sitio). Jamás pedía que parasen ni deseaba apearse. Se decía a sí misma frases confusas, entreveradas de exclamaciones y risitas.

Texas llevaba a las dos señoras a comer aquí y allá, al azar de los paseos. Escogía los sitios buenos y las convidaba casi siempre con champaña. Tía Fanny estaba embelesada, tragaba y soplaba de lo lindo, hasta el punto de estar generalmente cogorza al final de aquellos ágapes. La conversación giraba sobre América, tema inagotable, fascinante para Donatienne, que nunca había viajado. Texas modificaba un poco en sus relatos la vida que había llevado allá. Se hacía el héroe en cierto modo, menos por cálculo que por decencia, a fin de no ofender los pudores de la muchacha. Algunos episodios de su pasado de truhán resultaban un poco demasiado vividos para dos mujeres que apenas sabían nada de la existencia. Dejaba traslucir que era rico, pero sin insistir ni jactarse de ello. Sentía confusamente que hubiera sido de mal gusto. Trataba de provocar la risa franca de Donatienne y no quería ver ninguna expresión de censura en su mirada.

La cuestión del castillo no había dado ni un paso adelante. Comprar significaba desalojar a las dos mujeres, al menos de relegarlas al extremo de un ala, como si fueran mendigas. Medida cruel que no encajaba en el programa de trabajos que meditaba Texas. Ahora que conocía hasta los menores recovecos de la edificación, soñaba con una restauración grandiosa, que dominaría la perspectiva de los valles. ¡Bandera izada! Pero, cosa extraña, ya no tenía ninguna prisa en conseguirlo. Gozaba plenamente de Tournoie-Bise sin poseerlo y se preguntaba qué darían de sí aquellos montones de piedras cuando las damas de Charnècle no estuviesen ya allí. No se proponía en serio hacer de Nathalie una castellana, por buena chica que fuese. Comprendía que no encajaba en aquel marco, que *desentonaría* en él, palabra terrible cuya revelación acababa de recibir. Por otra parte no concebía vivir solo allí arriba, como un mochuelo. La posesión de aquella morada principesca le impondría crear una familia, fundar una dinastía, a fin de ver niños correteando dentro del recinto,

niños que llevarían su apellido. Nunca se pierden absolutamente los bienes propios cuando son legados a herederos de la propia sangre. Aquellas ideas, nuevas para él, le obsesionaban, aunque se negaba a prestarles atención. Sabía tan sólo que partía alegremente hacia la montaña, silbando como un colegial. Aquellas damas acechaban su llegada. Tía Fanny le llamaba «mi buen Tonio».

Aquella era la vida secreta de Texas y ya nada existía para él que pudiese parangonarse. Ponía mucho cuidado en ocultarla, abandonando Tournoie-Bise por desvíos que le alejaban de Clochemerle, por caminos donde no temía ser encontrado ni reconocido.

Cuando hacía mal tiempo y no era agradable circular en coche, regresaban al castillo para terminar la tarde. Tía Fanny se adormilaba en su sillón, dejando conversar a solas a Donatienne y Tonio. Era preciso aderezar aquellas conversaciones, que acrecentaban el conocimiento entre ambos. A veces se arrebolaban las mejillas de la joven, sin que nada en la conversación la hubiese provocado, y sus hermosos ojos oscuros, desviados, parecían contemplar a lo lejos algo que solamente ella podía percibir... Más tarde, preparaban té, es decir, habían empezado por prepararlo. Luego, Texas trajo botellas de *whisky* e inició a las dos damas en el gusto por él, pues era una bebida aparentemente anodina, que puede diluirse en agua a voluntad. La anciana señorita admitía que aquello «tenía un saborcillo» y, no desconfiando, se iba emborrachando suavemente. Decía enormidades, como sólo pueden hacerlo las solteras.

Fue durante una de aquellas reuniones cuando, acudiendo a ver a su protegida, se presentó la baronesa de Courtebiche. Se quedó extrañada al ver allí a un hombre a quien conocía por haber proporcionado una colocación a su yerno, Oscar de Saint-Choul. En este sentido, ella le estaba obligada. Pero no dejaba de ser sorprendente ver al «buen Tonio» en semejante pie de intimidad con Fanny de Charnècle y su sobrina, ocupados los tres en pimplar. La baronesa se llevó aparte a Donatienne para preguntarle cómo habían conocido a Texas.

—Se presentó un día para comprar el castillo.

—¿Y después?

—Ha vuelto.

—¿Le veis a menudo?

—Bastante —respondió Donatienne, sin aclarar más—. Tía Fanny ha trabado amistad con él.

—¿Acaso Fanny se ha desvergonzado a última hora? Me ha parecido muy sobreexcitada.

—Es el *whisky*... ¡Nunca ha tenido mucha ocasión de divertirse la pobre tía!

Al corriente de todo cuanto ocurría en el pueblo, la baronesa conocía el súbito desafecto de Texas por Clochemerle y sus misteriosas desapariciones. «Vaya... Vaya», se dijo. En lo que se refería a experiencia y pasiones, nada podía serle enseñado. Todo vuelve a comenzar eternamente. Las serenatas son las mismas, los

destinos son complementarios, los seres deben emparejarse. Tuvo la impresión de que no se le había confesado todo. La baronesa sabía que es el lado mantecoso, el lado apetitoso del cuerpo femenino lo que atrae a los hombres. Sabía también que ninguna mujer digna de este nombre ignora poseer ese atractivo, con el que la más ingenua juega instintivamente. La primera lozanía dura una decena de años y puede prolongarse en diez más mediante artificios, quince en el mejor de los casos. Después, sea lo que Dios quiera. A partir de ese instante hace falta apoyarse en el alma, los buenos sentimientos y la inteligencia superior para seguir seduciendo. Pero esto no vale tanto como lo físico. Alphonsine de Courtebiche había tenido amantes hasta los cincuenta años bien cumplidos porque era una de las mujeres que más habían destacado en París y porque resultaba honroso para un joven de determinado mundo haber obtenido sus favores. Sin embargo, ella no se ocultaba ni mucho menos que una frívola cualquiera de veinte años podía batir en ese terreno a las viejas glorias del amor. A los veintiocho años, Donatienne tenía poco tiempo ya que perder. Aún poseía la tersura y la pulpa de la juventud, pero le urgía hacerse mujer cuanto antes. Eso requiere los cuidados y las solicitudes de un hombre. La baronesa envió recado a Texas de que fuese a verla, que deseaba hablarle. Abordó el tema sin tergiversar.

—Al parecer le gusta a usted mucho Tournoie-Bise. ¿Qué es lo que le atrae tanto allá arriba?

—El castillo —respondió Texas—. Me gustaría comprarlo y restaurarlo.

—¿Ha hablado de eso con las interesadas?

—Muy vagamente. No quiero violentar a esas damas.

—Y cuando tenga usted el castillo, ¿a quién meterá usted dentro? ¡No pensará usted que cualquier mujercita valdría para ello!

—Lo sé perfectamente. Pero tengo tiempo de sobra para pensarlo.

—Es antes cuando hace falta pensarlo. ¿Quiere usted mi opinión? Tiene usted una espléndida ocasión de matar dos pájaros de un tiro. Tome la chica y tendrá el castillo.

—¿Donatienne?

—Evidentemente no le estoy hablando de Fanny, que está tan en ruinas como sus murallas. Por lo demás, la tendrá usted de propina.

—¡Pero es que Donatienne no es ninguna cualquiera!

—No es así como razonaría yo, si fuese hombre. Pensaría: ¡Yo no soy un cualquiera! No se debe preguntar a las mujeres lo que piensan de eso. De manera que, ¿se queda usted con las dos cosas, el castillo y la doncella?

—Pues —titubeó Texas— si me los ofreciesen en bandeja no me haría el difícil. Donatienne está bien y además tiene un algo especial. Modales, conversación, soltura y, con todo, siempre reservada. Como castellana, no se puede pedir más. Corresponde al ambiente, ¿no? Pero me pregunto qué va a contestar ella...

—No se preocupe por eso de momento. Por supuesto, hará falta liquidar a su amiguita. ¿Está usted decidido a ello?

—¿Nathalie? Le proporcionaré un empleo y la dotaré para que pueda casarse. No

tengo ningún reproche que hacerle, en realidad...

—Seguir con una mujer porque no se le puede reprochar nada, es una moral de tendero... A propósito, ¿es usted tan rico como dicen?

—Soy verdaderamente muy rico y sigo enriqueciéndome. Tengo un montón de dólares. Pero Donatienne no es una chica adinerada.

—Precisamente por eso necesita usted serlo por los dos. He aquí el camino que debe seguir. Absténgase usted de aparecer por Tournoie-Bise durante una semana y déjeme el campo libre. Sin contar con que no será malo que le crean desaparecido. ¿Comprendido?

—Si considera usted...

—Claro que lo considero. Me ocuparé de su asunto, señor castellano. Pero no se manifieste usted hasta que yo le avise.

La baronesa dejó pasar cinco días antes de presentarse en Tournoie-Bise. Cuando por fin subió, dio orden a su chófer de tocar el claxon cuando avistasen el castillo. Sucedió lo que ella esperaba. Donatienne llegó corriendo.

—¡Ah!, ¿es usted, madrina? —dijo. Pero su tono carecía de ímpetu.

—Sube. Tengo que hablarte.

Cuando la *limousine* hubo rodado dos kilómetros, la baronesa ordenó que se detuviese. Se apearon ambas y fueron a sentarse en una tapia de piedras secas.

—¿Por qué no te casas? —preguntó de repente la baronesa—. ¿No querrás terminar solterona?

—Claro que no, madrina...

—Sé lo que vas a decirme. Los guapos caballeros no se atropellan para pedir tu mano. Cuando se tiene por dote sólo techumbres reventadas y paredes que se derrumban... ¿Y si yo te hubiese encontrado un marido?

—Hay maridos y maridos...

—¿No adivinas a quién me refiero?

—No, madrina.

—¡A vuestro Tonio, caramba! ¿Tienes algo en contra de él?

—No, nada... ¿No le encuentra usted un poco viejo para mí?

La baronesa estuvo a pique de contestarle: «¡Así acabarás antes con él!». Pero se contuvo. No debía asustar a la pequeña.

—Veinte años de diferencia. Eso es cosa corriente. Y Tonio está justamente en la edad en que los hombres hacen mejores maridos. ¿Sabes que es muy rico? Supongo que ya estarás harta de vivir con privaciones, en un cuartel siniestro, en compañía de esa chiflada de Fanny.

—¿Tendré que abandonar Tournoie-Bise?

—No por completo. Os servirá como residencia veraniega. Pero te aconsejo exigir un piso en París. París es el paraíso de las mujeres. ¡Por fin vas a vivir, querida mía!

Hacía buen tiempo. Un leve viento del Norte inclinaba ante ellas las hierbas del campo. Un pájaro dejó escapar un grito y emprendió el vuelo.

—Creo que ya está dicho todo —concluyó la baronesa—. Vendré a buscar tu respuesta mañana por la tarde. ¿Quieres que te lleve a casa?

—Gracias, madrina. Prefiero volver a pie.

Dos días después, la baronesa mandó llamar a Texas.

—Su asunto está arreglado —le dijo—. Puede usted ir a ver a Donatienne, que le está esperando. Pero le prevengo que la señorita y el castillo le costarán más caros que el castillo solo. Si fuese usted un caballero, le reconocería una dote a su futura esposa. Al fin y al cabo esa pequeña no tiene una perra.

—Con mucho gusto —respondió Texas.

—¡Y hágala usted feliz!

—Cuenta conmigo. Empezaremos mojando esto con champaña. Tía Fanny lo adora.

—¡El champaña estará caliente!

—¡No lo crea! Tengo una pequeña nevera en el portamaletas de mi coche. Siempre bien provista.

—¿Para qué fecha proyecta usted la boda?

—Para cuando ella quiera.

—«Cuando ella quiera, como ella quiera», he aquí unos buenos principios para el matrimonio. Le he prometido a la pequeña que sería usted un buen marido. No me haga quedar por embustera.

—Señora baronesa —dijo gravemente Texas—, ¿me permite usted que la abrace?

—¡Ah, pobre amigo mío, hace sus buenos veinticinco años que los hombres no me abrazan sin que pueda reprochárselo ya! Es asqueroso envejecer. No soy más que la caricatura de la exbella Alphonsine. En fin, si lo desea...

—Mucho —aseguró Texas, estrechándola contra sus anchos pectorales.

La baronesa comprobó la solidez y la amplitud de aquella caja torácica.

—Bueno —dijo—, creo que Donatienne tendrá que darme las gracias. No es moco de pavo lo que le proporciona. ¡Usted me habría gustado!

Volvió a verse a Texas en su despacho, más decidido y emprendedor que nunca. Firmaba cheques a porrillo, y sacudía a todo el mundo, a todas aquellas personas incapaces de iniciativa y que le tenían miedo al crédito.

—¿De manera que nada funciona cuando no estoy aquí?

Omitía decir que, como todas las personas de carácter autoritario, no gustaba de las iniciativas que escapaban a su control. Escasas personas gozaban de su confianza, aparte el doctor Suffock. Pero Suffock, confinado en su especialidad, se veía desbordado entre su clientela y los grandes proyectos que pergeñaba. Pensaba y concebía médicamente, vinculando el termalismo a un sistema general, cuyo promotor sería él próximamente. No le interesaba otra cosa que las dimensiones del establecimiento, de las salas de tratamiento y del parque donde los agüistas acudirían

a beber en los manantiales. (Se habían captado ya a varios).

Jimmy Colt se encargaba de ir a Villefranche cada mañana con objeto de hacer grandes *razzias* de flores, que luego llevaba a Tournoie-Bise. A las flores, iban adjuntos presentes de confitería y de manjares delicados, tales como langostas, ostras, *foie gras*, caza, volatería, etc., que las damas preparaban para la cena con esmero tan minucioso como agradecido. Tía Fanny cocinaba a la perfección, si contaba con materia para ello, y vivía en una fiesta perpetua. Era muy agradable para ella sacar a su sobrina y conocer por delegación las premisas del himeneo, que son tal vez la mejor parte de éste. Ella tenía la nariz demasiado larga y una complexión demasiado huesuda para que nadie hubiese solicitado su mano. De lo cual se consolaba con cuchipandas.

Texas consagraba las tardes y las veladas a Donatienne. Se había propuesto transformar a la pequeña montaraz en una elegante mujercita y nada le parecía bastante hermoso para ella, adornos o vestidos. La llevaba a los mejores establecimientos de Lyon, donde gastaba sin cuento. La joven, que salía de una miseria altiva, desde mucho tiempo tradicional en los Charnècle, se sentía deslumbrada. Al contemplarse en los espejos, se veía convertir en una gran dama, incomparablemente más bella de lo que jamás hubiera soñado ser. Su melancolía se derretía con las solicitudes de la dicha.

Texas le enseñaba a conducir el gran coche americano, en espera del cabriolé que había encargado para ella, sin advertírselo. Pues se decía que el gozo, para ser verdaderamente aturdidor, tiene que caerle a uno encima de manera fulminante y casi milagrosa. Quería que Donatienne quedase hipnotizada por la serie de acontecimientos felices que se le presentaban, aun antes de que hubiese tenido tiempo de anhelarlos.

Fue Jimmy Colt quien trajo el cabriolé una mañana al patio del castillo. Se apeó y declaró, destocándose como le había sido recomendado que hiciera:

—El coche de la señorita está a punto. Estoy a la disposición de la señorita para mostrarle su funcionamiento.

Cuando Texas se presentó más tarde encontró a Donatienne junto al maravilloso coche nuevo. La joven aparentaba ebria de alegría y de felicidad. Texas recibió la recompensa del gozo que procuraba. ¿Se puede dejar de querer a un mago? ¿Y guapo mozo por si aquello fuera poco?

Los festejos de la boda rebasaron en esplendor todo cuanto se había conocido hasta entonces en Clochemerle, dejando muy atrás a los fastos de la República, siempre un poco frenados por la roñica condición de los ediles.

Con aires de gran artista, Coiffenave, hizo voltear su campana desde el alba, extrayendo del bronce sonos de una suavidad deliciosa. Primero, espaciados y leves, como las primeras gotas de un chubasco primaveral. Aquellos sonos no hacían más

que alertar los corazones con un tañido celestial que los mantenía en el pasmo del amor. Después fueron cobrando amplitud progresivamente hasta formar un hosanna de gloria cuando la novia traspuso el atrio de la iglesia, sobre una alfombra de púrpura tendida bajo sus pies. Pétalos de rosas cubrían el suelo a su paso, gallardetes y grímpolas flameaban al aire. La ingenua coral de Hijas de María cantaba con voz cristalina un poema de Samothrace, con música de un compositor de Mâcon. Aquel canto resaltaba sobre una marcha lenta que ejecutaba en sordina la charanga, en tanto que los nuevos órganos iniciaban un potente rugido litúrgico que tenía acentos de *Te Deum*. Era el propio ministro, venido exprofeso de París, quien conducía a la novia, hacia él, como la hubiese guiado hasta el trono de un principado ofrecido a su belleza y a su gracia. Y así era, en efecto. Aquella ceremonia convertía a Donatienne de Charnècle en la princesita de Clochemerle, la joven reina sonriente a la que todos se sentían dispuestos a querer tiernamente. Ella ceñía la diadema que le otorgaban sus súbditos con gran impulso de ternura y de orgullo.

En el banquete que siguió a la ceremonia, Donatienne tenía a su derecha a Piéchut y a su izquierda el doctor Suffock, completamente repuesto de su tifoidea. Frente a ella, la baronesa de Courtebiche y Babasse encuadraban a Texas, quien tuvo el tacto de permanecer modesto en el triunfo. Adoptaba la actitud de un príncipe consorte y se apartaba ante la linda castellana de Tournoie-Bise. Todos los invitados comprendieron que aquella jornada marcaba una fecha importante para los nuevos destinos del pueblo.

Así el amor, tras haber costado a Clochemerle su fontanero, le procuraba una bella señora en quien se encarnaban las promesas de un rico y espléndido porvenir. Los augures no se engañaban.

—Clochemerle ha encontrado su hada —dijo Mouraille—. La partida está ganada.

—¡Esta joven aristócrata —opinó Tafardel— es digna de ser una diosa republicana!

—Mi querido Texas —recomendó la baronesa—, ahora es usted un castellano, guarde las distancias. Si a veces me hago la gran señora más de lo natural, es tan sólo por asegurar mi popularidad. A los villanos les encanta ser mirados desde arriba. ¡Esas gentes tienen necesidad continua de admirar! No lo olvide nunca.

Sin embargo en aquel día de júbilo general una mujer lloraba: la tierna, la fiel Nathalie Pitasse. Volvía a encontrarse viuda por segunda vez, varada en su lecho como un pecio durante las deprimentes, las interminables noches solitarias. Viuda después de una dicha a la cual jamás se hubiese atrevido a aspirar de no haber existido un mago para procurársela. La dicha y la seguridad son hábitos que se adquieren pronto y pronto también parecen tan naturales como merecidos. La pobre Nathalie cayó de su pedestal cuando Texas le anunció el fin de sus relaciones. No

intentó siquiera luchar contra un blasón y un castillo, contra aquella que nimbaba allá arriba en la montaña su prestigio de princesa. Si placía a su señor devolverla a la humilde condición de donde la había sacado, no podía más que inclinarse, sin importarle con su pena. Pedía por solo favor no perderle enteramente de vista y no pensaba en plantear la cuestión de intereses.

Pero Texas lo había pensado por ella. Se hallaba preso entre dos amores, situación siempre delicada para un hombre, tanto más cuanto que ambos amores eran de su agrado. Lo ideal habría sido llevarlos de consuno, con una sinceridad que no perjudicaría a ninguna de las dos amadas, puesto que las razones para quererlas eran diferentes. Cada vez que volvía a verla, Texas quedaba prendido en el cálido atractivo de Nathalie y sólo entre abrazos hablaban de separación. Aquél era el modo de acabar. Convenía, asegurándole un porvenir decoroso, alejar a Nathalie de Clochemerle y encontrarle una ocupación. Un comercio supondría un medio adecuado, pero ¿qué clase de comercio?

Descartó librería, antigüedades, novedades, artículos deportivos, etc., que no correspondían a las capacidades bastante vagas de su amiga. Le propusieron una perfumería, disponible en el centro de Lyon, con vivienda aneja. Tras haber pasado allí varias horas de observación, concluyó que aquel género de comercio era sobre todo una cuestión de *stock* —lo cual no le asustaba— y que hacían falta pocos conocimientos para vender perfumes, coloretes, barnices, desodorantes, depilatorios, polveras, borlas, etc... La tienda «El Heliotropo» estaba situada en la *rue des Archers*, barrio de las hetairas de lujo, excelente clientela de base, dado que esas personas de conducta ligera gastan, por lo general; en caprichos el dinero que han ganado rápidamente. Por lo demás, no era de temer ninguna cuenta sin pagar, pues las mujeres hacen caso omiso de las crisis económicas cuando se trate de los cuidados que su belleza reclama. (Las deudas de modistas y peleteros son las más escocedoras que pueden conocer los maridos). Por último, Nathalie atraería a la clientela con su atractiva sonrisa, su natural amabilidad y su paciencia. Se le adjudicaría una dependiente, acaso dos. En cuanto a la contabilidad, Texas le enviaría a su propio contable, experto en escurrirse entre las leyes y que sabía discutir en pie de igualdad con el fisco.

Nathalie gobernaba «El Heliotropo» desde hacía varios meses y comenzaba a acostumbrarse a su nueva vida. El ajetreo de la tienda la distraía. Algunos hombres de buena presencia acudían a comprarle numerosas chucherías, sin fijarse en la calidad de la mercancía. Su atención iba dirigida a la bella tendera, cuyas ricas formas inventariaban con una insistente mirada que no podía engañar a una persona avisada. Aquellas miradas la turbaban. Su corazón seguía siendo fiel a Texas, pero algo en ella amenazaba con flaquear, algo que se inflamaría a flor de piel por una nadería.

No obstante, Nathalie lloraba el día de la boda de Texas, ceremonia que ponía punto final a las últimas esperanzas con la que aún pudiera engañarse. «¡Volverá a usted, hija mía!», bien se lo había dicho la echadora de cartas. Pero aquello se situaba

en un futuro demasiado indeterminado, como la promesa de encontrarse en el cielo con un difunto querido. Peor todavía, porque por lo menos, se tiene la seguridad de que ese difunto, en las regiones supraterrrestres donde evoluciona, no conoce la felicidad en los brazos de una rival, felicidad cuyas manifestaciones todavía queman en el recuerdo...

Las lágrimas de Nathalie conmovieron mucho a uno de sus pretendientes. Éste le acarició discretamente nuca y hombros y luego le propuso, para consolarla, llevarla a cenar por la noche a un excelente restaurante de los alrededores. La recogería en coche a la hora que ella fijase. Nathalie aceptó la cita, su primera cita desde hacía mucho tiempo. El pretendiente era un guapo mozo: se parecía a Texas.

Segunda parte

La estación

«Hace dos días que tomo las aguas: son suaves, graciosas y fundentes; no pesan; me extrañaron y me hincharon el primer día; pero ahora me siento muy vivaracha; se expulsan por todas partes; nada de sopor, nada de vapores».

MARQUESA DE SEVIGNÉ

Bourbon-L'Archambault, 25 de setiembre de 1687

Capítulo I

Inauguración y puesta en marcha

El 3 de mayo de 1938 se inaugura el balneario de Clochemerle, que tan gran renombre ha de adquirir desde entonces.

Esa inauguración señala la hora del triunfo para los hombres que prepararon con antelación la jornada, el doctor Suffock, Tonio Texas y el senador-ministro Barthélemy Piéchut, los cuales representan las potencias conjugadas de la Medicina, las finanzas y la política, cuya alianza resultaba aquí muy necesaria.

Por derecho de prioridad, el doctorcito figura incontestablemente en cabeza de este trío de animadores. ¿Acaso no fue él quien descubrió la virtud del agua de régimen y lo puso todo en obra para sacudir la apatía, cuando no la malevolencia, de una población rural resueltamente hostil a la bebida sosa e insípida? ¿No fue él quien luchó obstinadamente para que el agua, desbautizada de su denominación trivial, diese vida al termalismo, palabra impresionante que abre para el porvenir vastas perspectivas de salud así como de enriquecimiento? ¿No fue él quien supo convencer a Texas, el cual, en un día de ocio, comprendió la magnífica partida que se le presentaba y el lustre que ésta arrojaría sobre Clochemerle, redondeando al mismo tiempo su fortuna? (Una vez iniciado el ciclo, el acrecentamiento de la fortuna se torna en simple martingala. Basta aumentar la postura para alcanzar ganancias vertiginosas). ¿Acaso no llegó Léo Suffock a comprometer la hechicera, la graciosa desnudez de Babasse, a fin de allegarse a sus proyectos la principales lumbreras de la región? Era precisa una convicción muy fuerte y una intrépida vocación médica para atreverse a enfrentar lo más caro que poseía con la lubricidad de viejos bonzos babosos. Sin duda especulaba con las flaquezas seniles de aquella lubricidad, pero, de todos modos, suponía una empresa arriesgada transformar a su joven esposa en figurante de lupanar, para deleite de algunos libidinosos impotentes. Sí, el doctor Suffock había sido sin discusión el iniciador del balneario. Si aquel joven médico, rebullente y atiborrado de ideas nuevas, no se hubiese encontrado en Clochemerle, tal vez la reputación del burgo no habría rebasado nunca la de un pueblo amable, cuya vendimia, en sus buenos años, ilustra con algún caldo famoso la gloria vinícola de Francia. Ciertamente que tal reputación da lugar a la composición de hermosas canciones báquicas. Sin embargo, la cosa nunca va más lejos. Léo Suffock sabe muy bien cómo convirtió a Texas y a Piéchut en sus instrumentos, cómo, pequeño y oscuro *tebib*, tiró de los cordones de poderosos personajes, empezando por el profesor Touille. No

obstante, porta modestamente su triunfo. Ahora que se ha asegurado el título de director, dejando a los otros pavonearse y perorar, sabrá conformarse con que todo pase por sus manos. Para él sólo cuenta el aspecto medicinal, del cual cabrá hacer el centro de todo el negocio.

Tal es el motivo de que apenas se le advierta en el cortejo que hace los honores de la estación a las autoridades, a los invitados, a los visitantes y a los primeros agüistas. Pasaría casi inadvertido sin la presencia a su lado de la risueña y lozana Babasse, cuya vista levanta una corriente de admirativa simpatía. Tiene el más lindo palmito de Clochemerle y la más agradable sonrisa. Su firme pecho causa igualmente maravilla. Todo esto cuenta mucho en un desfile. En cuanto a su joven esposo, se dice que, a partir de mañana, funcionarán los engranajes preparados por él. Clochemerle marchará al ritmo Suffock, según los principios Suffock, bajo el control Suffock. Esta certidumbre basta para colmarle.

El ministro Piéchut ha venido de París con dos de sus colegas del Gobierno, habituados de antiguo a los banquetes e inauguraciones, que saben soltar a la perfección el discurso digestivo. ¡Tres payasos de cartel para la charlatanería! Sin embargo, Piéchut ha escogido a sus comparsas de tal modo que pueda ser él el más brillante, puesto que se propone permanecer como amo en su terreno. Él sabe emplear una elocuencia con reminiscencias de terruño para tocar mejor el corazón de los vinicultores del Beaujolais. No se celebra ninguna ceremonia en su esfera de influencia sin que sea reclamado su patrocinio, pues nadie osaría aspirar a convertirse en importante sin ser previamente autorizado por el senador. Ningún trabajo regionalista se publica sin un prólogo suyo. (Un licenciado necesitado le sirve de secretario, redactándole prólogos y discursos. Le ha prometido situarle bien más tarde). Por último, la protección de Piéchut concede ascensos, lo cual le vale verse rodeado de una corte solícita. Hasta los recogedores de migajas se confunden en obsequiosidades.

También aquel día consiguió Piéchut el triunfo. Jefe de un triunvirato cuyos otros miembros consienten en quedarse al margen, de pie en su carro (un automóvil con escarapela tricolor), semejante a Mario, Pompeyo o Julio César antaño, recibe las aclamaciones del populacho —sin que ello signifique que se parangona con los famosos cónsules romanos, cuyos nombres, aparte el del tercero, ignora—. Responde a las aclamaciones con un gesto amplio del dorso de la mano, dirigido alternativamente a diestra y siniestra, cuidando ante todo de dirigirse a la plebe, masa electoral cuyo favor le ha conducido al poder y capaz, si se tercia, de derrocarlo de él. Siempre ha descollado en halagar a los humildes, a fin de que le proclamen «nuestro Piéchut» a grandes voces. No teme olvidar que primero fue un servidor asalariado y que puede verse llamado a serlo otra vez. Ha tragado demasiada saliva cuando su ambición se atascaba a la puerta del sanctasantórum, en espera de que los Bourdillat y los Focart le cediesen por fin el sitio. Amargos relentes le vuelven todavía de aquel tiempo, el de servilismo y los menosprecios, de las pequeñas tareas de comité,

mientras los peces gordos del régimen exigían de él una devoción ciega. Relentes saludables, a decir verdad, porque sirven para recordarle que el favor popular es tornadizo, que debe dormirse con un ojo abierto sobre el seno de esa amante que es la opinión pública, pues, de lo contrario, se corre peligro de despertar cornudo por capricho de la damisela. Perro viejo, Piéchut conoce demasiado las asechanzas del serrallo para enviscarse en un imprudente optimismo. Existen algunos que quieren su pellejo, como él ha querido antes el de sus predecesores. Sabe que, no menos que la opinión pública, deben vigilarse muy de cerca los canallescros «queridos colegas», capaces de un buen surtido de traiciones por birlarle el puesto a uno. Es increíble hasta dónde puede llevarnos la pasión por los cargos. La tripa republicana aparece, en ocasiones, infectada de veneno y los grandes especialistas del corazón en la mano pueden portarse como empedernidos canallas. Mouraille intuía todo esto y citaba a menudo la frase de Georges Sorel: «¿Cómo puede creerse en la sinceridad de unas gentes que no piensan más que en llegar a ministros?».

No obstante, cuando las batallas perrunas de la profesión y las servidumbres de antesala le dejan tiempo para ello, Piéchut piensa gustosamente en el interés del país. Es sinceramente patriota. Estudia los expedientes y presenta observaciones pertinentes en las comisiones a las que asiste con asiduidad. Esta fiesta de la inauguración, que trae a sus pituitarias el perfume de la popularidad que tanto ama, le recompensa de las fatigas causadas por el arreglo de los asuntos del Estado, inmediatamente después de los suyos.

Los otros dos ministros, sentados en el coche, muestran un semblante moroso. Se sienten conscientes de que Piéchut les ha embarcado al invitarles a esta fiesta sólo para servirle de contraste. Uno de ellos Blachot, ministro de Sanidad —ojos amarillos con bolsas pardas—, está resignado. Hepático, aprovecha la oportunidad de visitar Clochemerle para cuidarse el hígado. De acuerdo con Texas y Suffock, Piéchut le ha ofrecido una cura gratuita, con alojamiento en el «Zuca-Palace». Supondrá un excelente arranque para la estación el que uno de sus primeros agüistas sea ministro en activo, y ministro de Sanidad, por añadidura. El hecho será explotado al máximo por la Prensa (el *Clochemerle-Echos* dará la salida). Blachot tiene fundadas sospechas del papel que le hacen representar, pero una cura gratuita no es como para desdeñarla. Hará venir también a su mujer y a sus hijos. Ser ministro resulta muy decorativo, pero ¿cuánto tiempo puede durar? Los medios políticos no aceptan el argumento de que no hay como un enfermo para creer en la enfermedad y, por lo tanto, ser un buen ministro de Sanidad. Sabido es, no obstante, que las personas de buena salud son indiferentes al sufrimiento de las otras e incapaces de imaginarlo. «Son tipos que se complacen en escucharse», opinan. ¡Un buen ataque de hígado y veremos lo que dicen! Solamente los que tienen la tez hepática están en condiciones de comprender.

En el segundo coche, está instalado el profesor Touille, acompañado por la adorable Cyrilette Pache, que debe actuar en el teatro del Casino, en compañía de un

galán joven muy de su agrado. (Su ardiente naturaleza no resiste el efecto de los besos en escena). A fin de que esta vecindad no parezca sospechosa, caso de que alguna fotografía de Prensa cayese ante los ojos de *Madame Touille*, que se ha quedado en París (el profesor le ha declarado que esta inauguración sería un latazo), han situado a Mouraille a la izquierda de la joven, cuyos efluvios le cosquillean agradablemente las pituitarias. («¡Qué bien huelen estas mujeres de teatro!»). La belleza de Cyrilette, su elegancia y su comportamiento de estrella causan fuerte impresión. Su escote aguanta el parangón con los más fascinantes que puede mostrar la pantalla, aunque sea de un modelo diferente al de Babasse. (Los tiene netamente en forma de pera, Babasse más bien de manzana). Mouraille ha auscultado a casi todos los clochemerlins, en una u otra edad de la vida de éstos. Se le considera, pues, como un amigo y se admira que el tío haya sabido situarse tan bien.

Un gran descapotable americano, de tono *beige-aurora*, sigue el coche del profesor. Lo conduce Jimmy Colt, como un chófer impecable. Desde el asiento de atrás, Texas contesta a los aplausos, mientras su joven esposa sonríe con gentileza al gentío. Donatienne posee unos magníficos cabellos negros, que caen formando flequillo sobre su frente y llegan hasta los hombros en brillantes ondulaciones, dejando asomar tan sólo las orejitas rosadas, en cuyos lóbulos centellea un rubí como una grosella humedecida por el rocío de la mañana. Pese a su cortesía, mantiene un porte de princesa que no engaña a nadie. Se presiente que está indudablemente llamada a tomar la sucesión de la baronesa.

Ésta viene justamente detrás, en su vieja *limousine*. Una pugna de precedencia la ha enfrentado a Donatienne, quien pretendía darle la prioridad. La baronesa la ha rehusado.

—Pasa delante, querida mía. Yo no soy ya más que un viejo monumento, ni siquiera histórico. Te corresponde a ti ser joven y festejada. Aprovéchalo, porque eso se acaba pronto. Un tercio de la vida se pasa esperando y más de otro tercio añorando. ¡Ya lo verás, ya lo verás!

La baronesa comienza a transformarse en leyenda. Sin embargo, continúa siendo un personaje respetado, con sus grandes voces y sus observaciones restallantes. Se la considera como un viejo monarca que, no pudiendo oprimir ya a sus súbditos, sigue divirtiéndoles con sus manías de otra época. Una condenada vieja, que todavía tiene temple y se hace respetar por todos, incluido el senador. «¡Chinchorrera hasta el último suspiro!». Por lo demás, lo dicen bondadosamente, pensando: «¡Así se envejece!». «Y era una mujer de bandera», añaden los ancianos que la habían conocido en su fogoso esplendor. «¡Dios, qué ejemplar!».

Repantigando sus grasas en el fondo del coche (sus maternidades la han engordado mucho), Estelle de Saint-Choul, dominada por la fuerte personalidad de la baronesa, no sabe más que repetir sus «Sí, mamá», dando pruebas de una sumisión odiosa. «¡Eres idiota, Estelle!». «Sí, mamá». Hasta esto suscribe. No obstante, logra decir: «Hay mucha gente», pero con ello se agota toda su imaginación. No sabe más

que contemplar absorta el pescuezo de su marido, sentado delante, al lado del chófer. Ha encontrado en él su punto de amarre, con una sólida estaca a la que se ve atada por el cabestro conyugal, satisfecha de pastar en torno, sin preocuparse en nada.

En cuanto a Oscar, cuyo monóculo espejea de manera cortante en su ojo derecho, aparece febrilmente agitado. Se le ha encargado reglamentar el protocolo de esta jornada, en un pueblo donde el protocolo se mantiene en un estado completamente embrionario. Pero existe empeño en demostrar a los elegantes caballeros de París que Clochemerle no está habitado por simples paletos. Consulta, pues, con frecuencia el carnet donde ha anotado la ordenación de las diferentes ceremonias, los sitios reservados a cada cual, el turno de las alocuciones, etc.

—¡Estás muy agitado, Oscar! —comentó la baronesa.

—Mamá, tengo responsabilidades.

—Espero que esa nueva situación te convenga.

—Quiero brillar en ella por hacerle honor a usted, *Madame*.

—Estás al servicio del pueblo, pobre amigo mío. ¡Lacayo de la gente llana!

—Olvida usted la noche del 4 de agosto, mamá. Nuestra casta, en su gesto admirable, se despojó a sí misma de sus privilegios.

—¡Y se lo agradecieron cortándole el cuello!

—Fue el tributo de antiguos abusos, acumulados durante siglos. Pero el buen pueblo no veía malicia en ello.

—¡Estás cayendo en la baja demagogia, Oscar! ¿No serás por casualidad un horrendo bolchevique?

—Hay que marchar con el tiempo. La Historia ha emprendido el galope.

—¡Te expresas como un jinete!

—Me jacto de ello, *Madame*. ¿Acaso no fue usted misma una amazona famosa?

—En efecto, se me reconocía una buena monta... Pero se ha vuelto muy huesuda. Huesuda y quebradiza. No me permite ya la menor caída y el bastón ha reemplazado a la fusta.

Desfilaban a continuación, la mayoría al votante de su propio coche, los eminentes profesores y especialistas, miembros del C. E. T., que habían contribuido a la afluencia de agüistas. Habían acudido con objeto de calcular lo que se podía esperar de la estación en el porvenir. Como no habían conocido jamás sino los elogios de sus discípulos, estaban conmovidos por las aclamaciones de la multitud.

¡Y de aquí a Brhoume! Aquí está también Brhoume, soberbio, dilatando el pecho, tomando para sí una amplia parte de los vítores, como si le concerniesen más que nadie. Pronto en recobrar el aplomo tras las vejaciones, por muy duras que sean, ha preferido colocarse a barlovento del éxito: todo céfiro es bueno para su vela. El logro de la nueva estación no ofrece duda, patrocinada como está por la política, la Academia de Medicina, la masonería, los jesuitas, que nunca andan lejos, el clero regional, las Damas de Francia Auxiliadoras de Valetudinarios, los excombatientes pensionados, el Sindicato de Farmacéuticos, de Masajistas, de Enfermeros

diplomados, por el Club de Mujeres Arrepentidas y Viejos Servidores meritorios. Porque no se ha omitido nada para desembocar en el termalismo con la potencia de un maremoto. Hubiese resultado intolerable para Brhoume no volar en socorro de la victoria, no mostrarse en el centro de aquel delirio entusiasta. Se presenta acicalado, con el sombrero echado sobre los ojos para ocultar su agravada calvicie, levantando los hombros, con el abdomen ceñido y acompañado por una linda mujer. La presenta como su enfermera ayudante. Pero el contoneo y la mirada atrevida de la persona en cuestión hacen suponer que está haciendo carrera en la Medicina tan sólo mediante vendajes y cuidados superficiales. El mercurocromo de sus labios es un maravilloso cicatrizante pasional. Brhoume se abalanza sobre el doctor Suffock.

—Permita que le felicite, mi querido director general. Conozco su genial aportación al nacimiento de esta magnífica estación. Esté seguro de que mis enfermos le serán fieles.

Besa la mano a Babasse con una reverencia de gran estilo, que hace asomar el matiz castaño-rojizo de sus últimos cabellos, peinados de modo que le cubran el cráneo. En verdad que los largos mechones de la nuca le hacen aparentar abundantemente cabelludo cuando lleva el sombrero puesto. Se lo vuelve a calar vivamente, salta al volante y se apresura a arrancar. Le interesa formar en el séquito del señor director.

—¿Quién es la fulana ésa? —pregunta la bella enfermera quien, por resentimiento personal, no clasifica en la legitimidad más que a las feúchas.

—Su mujer —responde Brhoume.

—¡No está mal! —comenta injustamente la enfermera. Babasse, casi diez años más joven que ella, la gana con creces en cuanto a lozanía y firmeza. Pero la ayudante parte del principio de que los hombres acostumbran a casarse temprano, sin discernimiento, lo cual corta el camino a las espléndidas criaturas que más tarde han de encontrar. Los hombres que han triunfado son una posibilidad magnífica para una mujer y, si tienen una esposa, ésta los pone en situación de embargo. Así existe una *Madame* Brhoume, ajada y sin ilusiones, pero que ocupa sólidamente la plaza. Está dispuesta a cerrar los ojos sobre las calaveradas de su «guasón», mas queda bien entendido que nunca se divorciará, amparándose en su religión para permanecer aferrada a él. Por lo demás, Brhoume teme a su mujer, que le conoce a fondo desde hace mucho tiempo. Sería capaz de cubrirle de ridículo públicamente.

Los ediles van hacinados en otros coches particulares. Vinicultores de profesión, ya no están en ayunas. Se proponen demostrar que el vino es la bebida de los dioses y de los hombres fuertes, a despecho de manantiales y de regímenes. El vino nunca ha hecho daño sino a los débiles, a los acidulados de estómago y a las gentes de poca capacidad. «Bebed tinto —aconsejan—, porque el vino tinto es el único serio, el vino que se mastica y que no descompone los nervios».

Algunas personas más, por razón de su antigüedad en el pueblo o de la estima que se les otorga, han merecido participar en el desfile. Dos coches de demostración, uno

conducido por el garajista Fadet y otro por su mujer, Léontine, transportan al poeta Bernard Samothrace, al viejo Tafardel, *Mademoiselle* Auvergne, la de Correos, *Mademoiselle* Dupré, la maestra, *Madame* Fouache, la estanquera, *Madame* Mécouche, la comadrona, el nuevo maestro, Armand Jolibois, y su joven esposa (ex Marie Coquelicot) y, por último, Claudius y Rose Brodequin (Bivaque de soltera), matrimonio que se cita como ejemplo de buena armonía.

El riquísimo farmacéutico Basèphe lleva en su suntuoso coche de conducción interior a sus principales jefes del servicio. Y, no descuidando ninguna ocasión de publicidad, ha hacinado a sus capataces en una furgoneta de reparto, en cuyos costados se leen, pintados en grandes letras, los nombres de los dos famosos productos que han labrado su fortuna: «*Zèphanal*» y «*Vigorine*». *Adoptados por todos los hospitales de Francia. Reforzarán los efectos de su cura de aguas.*

El primer toque de campana estalló como un gong en el cielo vibrante de azul (repitamos que la escena transcurría en mayo). El sacristán Coiffenave había calculado bien su trabajo para recordar a la gente que aquél era el día del Señor y que se debía acudir en masa a la misa mayor de las once y media. Esperaba de la afluencia una cuestación extremadamente fructuosa. Como las bandejas solían ser reunidas en la sacristía, que era su dominio, entresacaba discretamente su parte del dinero del culto. Aquella parte estaba destinada a la gorda Zozotte del valle, que comerciaba con sus encantos en una casa apartada, entre Saint-Romain-des-Iles y Saint-Symphorien-d’Ancelles. Un rincón desierto, bordeado de sauces y prados, por el que discurría un arroyo donde se zambullían las ranas con un salto verde y despatarrado. Se podía retozar allí en medio de agrestes fragancias, no lejos del Saône, muy anchuroso en aquel paraje, que arrastraba entre las márgenes sus aguas perezosas en las que jugaba el nácar esmerilado de las nubes reflejadas. Sobre la inmensidad acuática, que no era sino silencio y ensueños al filo del agua, pescadores inmóviles en sus barcas se absorbían en la contemplación de sus sedales. Para ellos, no existía otra cosa que los trocitos de corcho que flotaban en la corriente. En aquel lugar pasaba Coiffenave los mejores momentos de su vida desde que, como proletario consciente, había hecho valer sus derechos a un día de descanso por semana. Acorralado por los reglamentos del Frente Popular, el clero no pudo negárselo, aunque el servicio de Dios no pueda compararse a los trabajos de Javel y de Billancourt. Requiere el sacrificio y el olvido de sí mismo, la constante práctica de la caridad. Pero Coiffenave consideraba a la caridad como una cabronada que en nada le atañía. Es un asunto de ricos y él sabía suficientemente que los bondadosos de faltriquera se dan muy raras veces entre ellos.

El cura Patard sospechaba los hurtos de Coiffenave. Sin embargo, prefería cerrar los ojos, habida cuenta de que el mayordomo conocía a fondo la iglesia, que su talento de campanero no tenía parigual y que difícilmente podía ser reemplazado.

Sospechaba también el destino de lo hurtado. No obstante, opinaba que todo el mundo tiene derecho a la vida, incluso las prostitutas. Su alma no está perdida irremisiblemente por habitar un cuerpo venal. La última de las arrastradas, la más sifilítica, puede ser tocada por la gracia, y resplandecer, *in extremis*, de un sublime amor espiritual, por completo diferente, al amor bestial del cual ha hecho su medio de vida. Santos y santas comenzaron a menudo por el libertinaje. Los grandes arrepentimientos proceden, sin duda, del asco y del agotamiento.

*En el mes de María,
El mes más hermoso.
A la Virgen querida,
Brindemos un canto nuevo.*

Las jóvenes coralistas, de voz áspera, empezaban a echar pecho, apenas pezones como yemas de rosas de té. Embriones de pequeñas hembras, al cantar a la Reina del Cielo, deslizaban miradas solapadas en dirección a los chicos, preguntándose cuándo empezarían a interesarles. De momento, su canto continuaba siendo fresco y puro.

La iglesia aparecía abarrotada cuando el cura Patard subió al púlpito, tras haberse sonado ruidosamente con objeto de asegurarse una buena respiración nasal. Habló del Jordán y del bautismo administrado por Juan Bautista a Jesús. Aquello le permitió, por medio de una hábil transición, hablar del agua curativa que iba a desatancar la cañería ventral de los clientes del balneario.

—Pero esa agua no surtirá pleno efecto más que si la bebéis con fe, fe en Dios, cuya bondad ha permitido que broten los milagrosos manantiales de Clochemerle, destinados a aliviar los sufrimientos y las dolencias. Dios es el médico supremo, mis muy queridos hermanos, Dios que ha hecho los cuerpos y que conoce sus menores secretos, sin necesidad de recurrir a los rayos X y al bisturí. Seguid escrupulosamente el tratamiento que se os prescriba, pero sabed que la oración multiplicará sus beneficios. Y si a la oración añadís la ofrenda, tocaréis el corazón de Dios, ese corazón infinitamente caritativo que os atenderá con especial benevolencia. *Si queréis recibir, aprended primero a dar*. He hecho instalar en la entrada de la iglesia un Cepillo de los Agüistas. Depositad en él los donativos de vuestro favor. A través de esos donativos, será como Dios conocerá a los suyos, a aquellos que habrán merecido su augusta preferencia. En verdad os digo, éstos se marcharán curados. Amén.

Aquella prédica produjo un gran efecto en cantidad de hepáticos, pancreáticos y vesiculosos, que sentían todos en el costado el peso obsesionante de la obstrucción. El curato de Clochemerle batió con mucho su marca de ingresos (y eso que Coiffenave, presa del vértigo ante el amontonamiento de monedas y de billetes en las bandejas, llevó a cabo una amplia *razzia*). Al final de la primera semana, el Cepillo de los Agüistas rebosaba. El presbiterio supo antes que nadie que la estación caminaba a buen paso hacia un porvenir ricamente remunerador. Siempre y cuando

que los médicos no fallasen en su cometido. Pero ¿por qué habían de fallar? El termalismo es también una creencia y procura un empleo muy soportable del tiempo, como unas vacaciones que se conceden por motivos de salud.

Pasando por encima de los tabús del laicismo, los tres ministros entraron en la iglesia. Querían demostrar así, dando el ejemplo que Clochemerle-les-Bains, por preocuparse tan sólo de la salud de sus agüistas, dejaba de lado las cuestiones confesionales que hubieran podido dividirles. Los enfermos deben fraternizar en sus pequeñas miserias, apartando todo fomento de racismo espiritual, toda apariencia de segregación entre las nacionalidades, las iglesias y las familias políticas. Los tres ministros permanecieron de pie, en actitud decorosa. Ahora bien, cierta rigidez de no consentimiento daba a entender que la concesión que hacían por neutralismo no mellaba sus convicciones profundas, bien conocidas por sus electores. Ostensiblemente, evitaron tocar el agua bendita al entrar y al salir y bordearon de lejos la pila. En ese punto era donde se sentían acechados por los doctrinarios exigentes. Si se hubiesen humedecido el dedo...

—¡Es muy valiente vuestro cura! —hizo observar uno de los ministros, después de la misa— ¡Ese Cepillo de los Agüistas supone un verdadero hallazgo!

—Se ha dicho a sí mismo que los beneficios de la estación no tienen por qué ir a parar solamente a los médicos y los hoteleros; que el tratamiento de las almas merece también honorarios. Y en cierto sentido...

—¡El tratamiento de las almas resulta algo demasiado vago!

—¿Acaso el tratamiento de los cuerpos lo es menos?

—¿No cree usted en él?

—Buen pie, buen ojo y buena digestión, éste es mi credo medicinal —dijo gallardamente Piéchut.

Aquello hizo sobresaltar al desdichado Blachot. A la sola palabra de digestión, sentía volver sus acideces y sus punzadas en el hígado. Digerir equivalía para él a un suplicio bicotidiano durante las giras oficiales. (No había ni que soñar en hacerse servir arroz hervido en un banquete. Los electores le habrían abandonado). Un sabor a mala fermentación se le subía ya a la boca y comenzaba a salivar bilis.

—Y ahora —concluyó el senador-ministro—, marchemos hacia la mesa del banquete. Señores, vamos a saborear la incomparable cocina de Adèle y Ange Zucatti. Mantequilla, crema, trufas a profusión... Cocina un poco pesada tal vez, pero untuosa, y no conozco nada mejor. Por lo demás, tendremos tiempo de sobra. ¿Ya saben ustedes que hacemos la pausa hacia las tres de la tarde?

—¿La pausa? —preguntó Blachot, que sentía aumentar en sí el espanto.

—Para tomar tiempo de resollar. Eso nos permitirá colocar dos o tres discursos. Además, un buen trago de aguardiente nos reanimará el apetito.

—¡Pero si eso es vitriolo! —gimió el infortunado ministro de Sanidad.

«¡Pobre desgraciado!», pensaron los otros dos, preguntándose qué hacía entre ellos aquel hombre, que se derrumbaba ante la perspectiva de un leal festín. Para

hacer política se requiere tener estómago, y hasta un condenado estómago. Todo el mundo lo sabe.

La gloria de mayo caía con destellos abrasadores sobre la calle principal (bautizada avenida de la República), provocando los primeros sudores. Los cuellos de las camisas de los hombres comenzaban a reblandecerse. Las axilas humedecidas de las damas salpicaban el aire con el *odor di femina*, penetrante y pimentado como una fragancia de clavel. Las bellas portaban vestidos-corola, de tonos florales, cuyos escotes dejaban asomar cuerpos mantenidos en invernadero durante el mal tiempo y que ofrecían ahora ávidamente al sol su cutis delicado. Conscientes del efecto producido, dejaban escapar risitas enervadas que conturbaban a los hombres. La quisquillosa primavera hacía de las suyas, arrojando maliciosamente sus dardos, que apuntaban ora a los riñones, ora al corazón. Instante de gran apetito con promesas de saciedad, lo cual confinaba con la dicha perfecta.

Los invitados se encaminaron hacia el «Zuca-Palace». Una gran mesa en forma de U, que agrupaba sesenta cubiertos, les aguardaba en una sala reservada.

En el banquete se escanció con abundancia la *Cosecha del Agüista*, un admirable caldo de once grados, rozagante en el vaso, cantarín en el paladar, resbaladizo en el gaznate, cuyo saborcillo a frambuesa parecía garantizar la inocuidad. Sin embargo, tenía su alevosía y el profesor Francotte (de Annamasse) cayó en ella. En avanzado estado de ebriedad, hizo una exploración tan agresiva por debajo de la falda de la atractiva Flora que ésta, no obstante estar habituada a los rudos asaltos sobre su final de espinazo, dejó escapar un monumental pastel de merengue, que salió resbalando a través de la mesa, derribando vasos y botellas a su paso, y fue a encallarse en el seno de la señora del subprefecto, cuyo rostro desapareció por entero detrás de un *iceberg* de crema.

—¡Es usted un cerdo...! —exclamó Flora, lastimada en su honor de sirvienta y queriendo justificar su torpeza.

Y, uniendo la acción a la palabra, abofeteó violentamente al profesor, quien se derrumbó bajo la mesa. Había subestimado el néctar de Clochemerle y no aguantaba lo pimplado. Por lo demás, se sabía que era incapaz de controlar su libido en cuanto había bebido un poco.

En cuanto a la subprefecta, hubo que limpiarle los senos, desaparecidos bajo un alud. A lo que se dedicaron sus vecinos con delicado celo, separando los bordes del escote por alcanzar las honduras del sostén. La víctima tenía un pecho opulento que el opíparo banquete calentaba a temperatura de cafetera exprés. Derritiéndose a ese contacto, la crema le chorreaba hasta el ombligo, de donde, rebotando hasta la comba del vientre, formaba una catarata viscosa que iba a perderse en regiones más íntimas, inaccesibles a la cucharilla. Además, la persona en cuestión transpiraba enormemente más abajo de la cintura, de tal suerte que el sudor mezclado con la crema formaba un

horrible magma, como si hubieran sumido a la subprefecta en un baño de melaza. El más fastidiado era el subprefecto, pues la mirada que le clavó su mujer significaba claramente: «¡Ya ves qué gente me obligas a frecuentar!». No había otro remedio que desvestir rápidamente a la subprefecta y trasladarla a la bañera. La confiaron a los cuidados de Adèle y Flora, quienes la enjabonaron y la friccionaron con agua de colonia. Desgraciadamente, su vestido estaba perdido, no podía ponérselo de ninguna forma. Y ante la idea de volver a sentir sobre su cuerpo la menor partícula de la innoble crema, la subprefecta desfallecía, asqueada para siempre del pastel de merengue a la crema. Afortunadamente, Donatienne de Charnècle, previsora, había despachado ya a Jimmy Colt a Tournoie-Bise para que trajese uno de sus vestidos. La subprefecta no perdió con el cambio, pues el vestuario de Donatienne era mucho mejor que el suyo. Al regresar a la mesa, fue recibida con un gran aplauso, con lo que ella se mostró de mejor humor que nunca. Sin embargo, el subprefecto no quedó tranquilo ni mucho menos. Otra mirada de su mujer le decía, sin poderse llamar a engaño: «¡No serás tú quien me pague vestidos de esta clase!». Pero él se hallaba todavía en los escalones medianos de la función pública y había apostado al mal caballo, pues su jefe no había sido reelegido en las últimas elecciones. Por este hecho, se veía en grandes dificultades dentro de su casa. Aquellas dificultades, que le ocupaban deplorablemente el ánimo, no facilitaban su ascenso. Para colmo, amaba a su mujer. Esto tampoco suponía ningún beneficio para su carrera.

Habían sacado de debajo la mesa al profesor Francotte para transportarle a una habitación, donde dormiría su mona de *Cosecha del Agüista*. Una solución amoniacal hubiera podido devolverle la lucidez, pero se juzgó preferible dejarle en las brumas: así no escandalizaría ni molestaría a nadie. Era ya bastante lastimoso que hubiese dado lugar a ser abofeteado en público por una sirvienta. Flora había tenido la mano pronta. No obstante, atacada en sus dominios secretos cuando tenía en sus manos la responsabilidad de un pastel soberbio, obra maestra de la repostería, se encontraba excusable su gesto. Ella no cesaba de explicar en torno suyo:

—¿Qué hubiera respondido la subprefecta si le hubiesen hecho eso?

Evidentemente no se puede imaginar a una subprefecta, con un pastel en sus manos, viéndose agredida por un grosero. Pero este matiz se le escapaba a Flora, inclinada a pensar que las mujeres, en cuanto a lo esencial, son todas semejantes.

Algunos glotones se hartaron de la crema que había cubierto los senos de la subprefecta, asegurando que tenía un perfume inédito. Claro que no se pudo recoger con un cazo lo recuperado para ofrecerlo a los comensales. Varios de ellos, a los que gustaba mucho el pastel de merengue, estimaron que el profesor se había merecido su bofetada.

Se produjo otro incidente que pasó inadvertido. El consejero Poipanel, bastante encalabrinado por el beaujolais, tuvo un instante de aberración caritativa y pellizcó el

trasero de tía Fanny, la cual jamás había sido mimada por este lado, dado que había carecido toda su vida de las combaduras armoniosas que siempre han constituido la gloria de las Venus. Además, era «de nalga blanda».

La vieja señorita quedó como *cortocircuitada* y sintió soliviantarse en ella un rebrote de pasiones que creía muertas. Por desgracia, aquel rebrote ya no era cosechable. Poipanel tuvo consciencia de ello cuando tía Fanny se volvió hacia él, melindrosa.

—¿Cuál es su nombre de pila? —preguntó.

—Pétras.

—¡Qué nombre tan picarón!

Le dio una palmadita maliciosa en el antebrazo, soltando una carcajada con un ligero tono de impudicia sobreentendida.

—¡Es usted muy educado! —dijo con ímpetu, avanzando hacia él su rostro equino, como una jaca que relincha tardíamente tras haber rehusado por largo tiempo el garañón semental. Tenía la nariz tan grande que se le ponía la mirada bizca, como si el tamaño de aquel promontorio la fascinase... («Signo de aristocracia», decía ella. Pero hasta aquel punto...).

—Pues... he ido a la escuela primaria —respondió Poipanel.

—Tiene usted que venir a verme en Tournoie-Bise. Charlaremos los dos.

—Buena idea.

—¿Cuándo vendrá usted?

—No puedo decírselo. En estos momentos, ando preocupado con mis toneles, poniéndoles aros.

—Le esperaré, amigo mío. ¿Me promete que vendrá?

—Se lo prometo —aseguró Poipanel.

Tía Fanny se inclinó hacia él.

—Deme otro pellizco, Pétras. ¡Es tan divertido!

Fue en aquel momento cuando Poipanel sintió miedo, según había de explicar más tarde a sus amigos, al ver que aquel vejestorio pretendía interesarle por su lamentable asentadero. Además, tenía unos ojos enormes, glaucos y saltones como los de ciertos insectos devoradores ensañados sobre su presa. Puso un pretexto para escabullirse afuera y ya no volvió a ocupar su sitio.

En pie, Piéchut estaba terminando su discurso.

—Para resumir —decía—, estoy orgulloso, como alcalde de este pueblo, de poder anunciar hoy que Clochemerle hace don a Francia de la estación termal más moderna y mejor instalada que existe hasta ahora. Nuestra obra es una obra de paz, dedicada al alivio de la Humanidad. Obra asimismo de innovadores. Gracias al tratamiento vino-acuoso que inauguramos, tratamiento que ha sido objeto de largas y sabias investigaciones, haremos retroceder al dolor y prolongaremos la vida de nuestros

agüistas con el vaso en la mano. Es necesario que esto se dé a conocer. En Clochemerle, queremos cuidar placentemente y sanar con alegría. Sólo conocemos una asepsia: la de la felicidad, que desinfecta el cuerpo y el espíritu.

No se dejó en el olvido a los periodistas, venidos de París en gran número para asistir a aquella inauguración, que cobraba el alcance de un acontecimiento nacional. El senador había preparado su Prensa con mano maestra. Atiborrados de comida y de bebida, los corresponsales redactaron en plena euforia los artículos que habían de telegrafiar a sus periódicos. Y, así, aparecieron titulares como los que siguen: LA ASEPSIA DE LA FELICIDAD. UN GOZOSO TERMALISMO. LA VOLUPTUOSIDAD DE SANAR, etcétera. Tales títulos obtuvieron gran resonancia.

Tras los discursos se entonó la famosa canción *Noé en Clochemerle*, cuya primera estrofa es la siguiente:

*Encaramado en el cuello de la jirafa,
El almirante Noé, con su catalejo,
Mirando a la duna
Dijo: ¡Maldita sea la botella!
¡Cuánta agua, Señor, cuánta agua
Bajo la nave!*

Alguien hizo notar que aquel agua del diluvio debía anunciar ya la del manantial. Clochemerle estaba sólidamente anclado sobre su colina, «allí donde fue plantada la viña», con la promesa del *bonum vinum* hasta la consumación de los siglos. La divina mansedumbre había concedido al hombre la posibilidad de escapar a la obsesión del pecado original agarrando de vez en cuando una cogorza consoladora. Muchos lo hacían de buena gana. Y las damas no se quejaban de ello, pues así tenían derecho al madrigal salpimentado que las cosquilleaba agradablemente. Nada más deprimente para ellas que la compañía de personas envaradas que no sepan hablarles de sus encantos. Más vale hablar de ellos en términos un poco fuertes que no hacerlo en absoluto.

La jornada acabó con un abundante fuego de artificio, iniciado a las diez de la noche, que abrasó el cielo con rayos multicolores, estrellas fugaces, cometas en arrebatos y piruetas de galaxias, sobre un retumbar de tiro de barrera, entreverado de enormes explosiones que topaban con las montañas y cuyos destellos sonoros se dispersaban entre las espesas humaredas químicas arrastradas por el viento. Todo el cosmos parecía bailar una jiga sobre Clochemerle, espectáculo inaudito y maravilloso.

Una caña de cohete chamuscada fue a plantarse, al caer, en el sombrero de *Madame Fouache*, güito inverosímil, que se remontaba a las épocas de su elegancia ciudadana y con el que se tocaba en las grandes circunstancias. Sintió un choque en el occipucio.

—Ha sido muy bonito —dijo—. Pero aturde demasiado.

La honorable estanquera regresó a su expendedoría con el airón de caña que había guiado una llama en el cielo.

El fin de la incandescencia nocturna sumió al mundo en tinieblas, a través de las cuales se debía avanzar a tientas y donde hasta las mismas voces, como bastones de ciegos, titubeaban en ir al encuentro de los seres, vueltos indiscernibles. Un postrer destello de luz rayó la noche. No era más que una estrella fugaz, que aparecía excesivamente pálida en el espacio tras los libertinajes pirotécnicos.

Al día siguiente, principió lo que iba a constituir la vida normal del balneario durante la temporada, o sea, casi seis meses al año. Los agüistas habían visto ya a su médico y, provistos de una primera receta, encargaban tal o cuál tratamiento. Por la mañana, antes de las siete, la primera remesa emprendía el camino hacia el establecimiento termal, sección de hombres o de mujeres, según el caso. Iban en pijama o camisón, bajo un abrigo ligero, y con sandalias. Luego regresarían al hotel para descansar. La verdadera *toilette* se haría más tarde, para dirigirse a los manantiales antes de almorzar. Un contingente bastante nutrido de viejos termalistas estaba, acostumbrado ya a la rutina de las estaciones y sabía cómo comportarse en ellas. Encuadraban a los recién llegados, les informaban y les dirigían.

Existía una cierta vacilación por ambas partes, sobre todo entre los cuidadores novatos, muchos de los cuales se preguntaban cómo iban a desnudar y a triturar los cuerpos que les serían confiados, pese a que el doctor Suffock les hubiese hecho repetidas demostraciones experimentales. Pero era muy distinto habérselas con un viñador o una buena comadre, a los que ponían en cueros bromeando, que bañar, duchar, dar masaje y envolver en albornoces calientes a enfermos de pago, que exigían a tenor del dinero entregado. Aunque no fuesen agradables de ver desnudos, todos podían alardear de un título o un cargo importantes. Resulta delicado discernir, a través del uniforme naturalista, quién es rico o dignatario. La Gran Cruz no se lleva en el ombligo y los collares de perlas son dejados a un lado para el baño.

—La Humanidad —decía Mouraille— se diferencia artificialmente por el traje, las alhajas y la vivienda. En uniforme de revista médica militar, no se puede reconocer a nadie. Y es que la Naturaleza no selecciona en el mismo sentido que las castas y las fortunas. Se muestra revolucionaria, al otorgar la belleza y la inteligencia a quien quiere, tanto en los tabucos como en los palacios. De ahí parte el gran caos social. No queda sino dejar actuar a los cromosomas.

Cierto que se habían reclutado enfermeros y enfermeras profesionales, pero hubo de tenerse en cuenta las obligaciones locales. Éstas imponían reservar a los clochemerlinos una parte de la mano de obra. Aparte que era conveniente tener en casa personal formado, había un gran número de chicas y mujeres jóvenes que deseaban hacerse con un suplemento monetario. Aquello componía equipos bastante

dispares, que precisaban conocerse y soldarse antes de formar un cuerpo homogéneo, ducho en disciplinas medicinales. Buena voluntad no faltaba. Sin embargo, había que adquirir destreza, golpe de vista y autoridad.

—El enfermo es nuestra materia prima —les había enseñado Suffock—, una materia maleable, pero no desprovista de reacciones. Podéis despachar rápidamente a todos los que sean de tercera, a toda la gente llana que no está acostumbrada a que la traten con guantes. Pero cuidado con los de «primera clase». Vuestras planchas repercutirán en el renombre de la estación. Poned especial atención en las excelencias y los príncipes, en las duquesas y las bellas ancianas. Cuanto más carcamales son esas gentes, más miramientos exigen.

Estas recomendaciones impresionaron a todos. Se esperaban con aprensión los primeros contingentes, que mandarían el «Zuca-Palace», el «Hotel del Parque», el «Thermal», el «Rhodanien», el «Hotel de los Manantiales», el «Splendid», el «Claridge», el «Carlton», el «Astoria», el «Regina», el «Lutetia», el «Bagdad», el «Solferino», etc., establecimientos de lujo o de primera categoría que proporcionaban la clientela más exigente. Dicha clientela tenía reservadas cabinas particulares.

Por la mañana temprano, el doctor Suffock dio una vuelta de inspección y recordó sus directrices a todos. Luego se retiró a su puesto de mando, vasta rotunda encristalada, comparable a una torre de control, desde donde dominaba y abarcaba el conjunto de la instalación. Una centralilla telefónica le enlazaba con los diferentes servicios y otra línea le comunicaba con el exterior. Tenía a su disposición una secretaria, pero la juzgaba insuficiente. Hubiese querido a sus órdenes, dependiendo solamente de él, una celadora general que ostentase a la vez autoridad y experiencia, una especie de eminencia gris de su devoción, que pudiese husmear por todas partes y a la que no se atreviesen a poner mala cara por razón de su sexo. ¿Dónde hallar aquel mirlo blanco, una mujer superiormente inteligente? Se confió al doctor Touille. Éste le respondió:

—Conozco a una persona muy notable que sin duda le convendría a usted. Ahora bien, no debo ocultarle que acaso pueda llegar a ser peligrosa por razón de su potencial femenino y su encanto eslavo. Ha actuado de maravilla al frente de una clínica parisiense. Desgraciadamente, el cirujano-jefe se suicidó por ella. Si eso no le asusta...

—Mándemela —dijo Suffock, sin vacilar—. Es justamente lo que me está haciendo falta.

Puesto que no padecía ningún complejo de Edipo, se comprometía a dominar a cualquier mujer fatal, por provocativa que fuese. El esclavismo más inflamado no tendría efecto alguno sobre él, que no padecía del mal sagrado, no se entrompaba con vodka y no caía en la confesión pública, como esos rusos majaretas que se complacen en excentricidades a lo Dostoievski. Suffock era incommoviblemente cartesiano.

La primera jornada transcurrió bien y no quedó marcada sino por pequeños incidentes. La condesa de Choffroy-Chimaye sufrió una especie de desmayo en su bañera, lo que trastornó tanto más al personal por cuanto, una vez sacada del agua y friccionada, seguía soltando el aire a chorritos y su corazón parecía jugar peligrosamente. Corrieron a buscar al doctor Suffock, el cual había recomendado que se le llamase en caso de accidente. Hizo girar a la condesa en todos los sentidos antes de un diagnóstico y de concluir que se trataba de una simulación. La sacó de su desmayo con un ligero par de bofetadas.

—Si vuelve usted a desmayarse en el baño, demostrará que el agua de Clochemerle le es contraproducente. En tal caso, declinaríamos la responsabilidad de cuidarla —dijo Suffock severamente.

La sangre fría del doctorcito fue muy admirada. Se ignoraba que él estaba informado por sus corresponsales y que había consultado sus fichas antes de acudir a ocuparse de la condesa. Ésta, vieja habituada de las estaciones termales, se había hecho célebre por sus mil fingimientos. Aquella exbellísima mujer no conservaba de su esplendor más que restos fuertemente ultrajados. Bañeros y masajistas no sospechaban que éstos habían figurado, cuarenta años antes, entre las ilustraciones del Gotha. La condesa hacía la comedia de sus malestares por procurarse la ilusión de las antiguas solicitudes. No soportaba el abandono en que la arrojaba la vejez, fuera del brillante mundo donde ahora se veía suplantada por jóvenes pécoras que distaban de equipararse a ella en cuanto a ingenio y modales. Tal vez era de compadecer por seguir demasiado lúcida y de espíritu demasiado vivo, cuando otras ancianas, reducidas a sus solas funciones digestivas, parecían contentas de su suerte. Pero no se podía aminorar el ciclo del tratamiento en provecho de una octogenaria que acaparase la atención. La máquina tenía que girar.

En primera clase, fue provocado un alboroto por el general Trombier, viejo bravo que seguía creyéndose al frente de una división. Se le oyó gritar que no había acudido a Clochemerle para «hacerse estropear los testículos por unos brutos». Recordó que había combatido y se jactó de poseer «un par que había hecho temblar al enemigo en Verdun y en Kimmel», cuando era un intrépido jefe de batallón. El general no temía a nadie en lo que respecta a hazañas guerreras. «He hecho matar a más de veinte mil hombres», vociferaba (sin precisar en qué campo). «La población entera de una subprefectura quedó tendida en el campo del honor. Y ahora pretendéis faltarles al respeto a mis...». Aquello cobraba proporciones espantables. Si se los hubiesen arañado o abollado, la estación se vería obligada a pagar daños y perjuicios ruinosos al viejo guerrero. Aterrado, el mozo de cabina estalló en sollozos. Veía su colocación perdida, con cinco hijos a costas y la mujer con hernia estrangulada. Se avisó urgentemente al director, quien se tomó el tiempo necesario para consultar sus fichas. El caso del general era bien conocido y había provocado ya diversas broncas. Suffock

llegó resuelto a mostrarse firme.

—Enseñe —ordenó.

Los hizo rodar entre sus manos con objeto de calibrarlos bien.

—¡Orquitis! —dijo perentoriamente.

—¿Cómo, cómo? —gritó el general.

—¡Orquitis! —repitió Suffock—. ¿Es así o no es así?

—Sólo era subteniente y tuve un mal encuentro detrás del cuartel... —confesó lastimeramente el general.

—Eso puede ocurrir fácilmente. Pero nosotros no somos responsables de la fragilidad que ha resultado en consecuencia.

—¡Fragilidad! —bramó el general—. Con su hoja de servicios... De veras que es la primera vez que...

—En cualquier caso —atajó Suffock—, ya no están en su sitio. Se arrastran por la retaguardia.

El término de retaguardia, familiar para él desde su paso por la Escuela de Guerra, impresionó al general. Era una cosa que podía comprender.

—¡Pero no les impide seguir!

—Están expuestos a una topada que les sería funesta. Hay que aunarlos, mi general.

—¿Con un estuche, quiere usted decir?

—O una operación que suprimiría toda esa piel inútil. Eso, al fin y al cabo, corresponde a la cirugía estética.

Esta aplicación de la cirugía estética dio la vuelta a Clochemerle y suscitó una franca hilaridad. Mujeres hubo que preguntaron de qué se trataba, despechadas porque se las mantuviera apartadas de las diversiones masculinas, cuya parte propia reclamaban siempre. Las más experimentadas recibieron la confidencia. Se lo pasaron en grande con lo del general, con un asomo de compasión, sin embargo. Muchas recordaban haber sucumbido en alguna ocasión al prestigio del uniforme. La comandante Z... se lo tomó a mal y habló de campaña antimilitarista intolerable. Lo que aún se ignoraba era que la comandante estaba reducida a la congrua, pues el comandante había dejado uno en las batallas, rajado netamente por un casco de metralla. Se compensó la pérdida con un ascenso rápido en la orden de la Legión de Honor. La comandante no dejaba por ello de experimentar un sentimiento de frustración, que la hacía harto susceptible en cuanto se abordaba cierta cuestión.

Los incidentes de la mañana, conocidos en seguida, alimentaron las conversaciones de aperitivo. Como una historia acarrea otra, aquello permitió chismorrear muy agradablemente. La cura se anunciaba bien, en un clima amable.

Quedó demostrado sobre todo que Léo Suffock ocupaba su puesto con una autoridad que no se doblegaba ante nadie y que siempre hallaba una réplica apropiada a la circunstancia. «Ese bribón irá lejos», había predicho Mouraille, enemigo de los rufianes de la receta, del indescifrable garabateo médico, que zanjaban las cuestiones

de vida y de muerte con un sibilismo de farmacopea. (Estas expresiones eran suyas). Al lado de las lumbreras, existían los corredores de pisos, pobres diablos deslomados que llevaban mil peldaños de escaleras en las piernas al terminar la jornada, yendo en busca de los garbanzos hasta el fondo de los desvanes y sacando su subsistencia del examen de las escupideras. Pus y mucosidades constituían su pan cotidiano; en la palangana y el orinal buscaban con qué dar de comer a mujer e hijos. Siempre habiéndoselas con la condición humana degradada, agonizante en los tabucos de los barrios bajos. Sostenidos, sin embargo, por la llamita de la caridad, por el afán de auxilio y de solidaridad que les impedía pensar en su carrera y en el filete mientras permanecían junto a los dolientes. Por no sopesar al enfermo, así como por no evaluarle en dinero como hacían los grandes señores. Ignaros a menudo, y no obstante meritorios, más prójimos de sus clientes que los tipos de fuertes facturas y camándulas pomposas, a quienes Mouraille no podía ver ni en pintura. Sus simpatías se dirigirían hacia los médicos oscuros, que se fatigaban sin cuento en el frente de ataque contra la enfermedad. Cuando se le preguntaba por qué había venido antaño a instalarse en un ambiente rural, respondía invariablemente: «Porque quería practicar la Medicina al aire libre y rehuir la *medicestrería* de las ciudades».

El impulso de Clochemerle-les-Bains presagiaba una Medicina al aire libre, ejercida en vasta escala. Tal era la causa de que Mouraille hubiese apoyado a su joven colega.

Además, había que tener en cuenta a Babasse, como una hija nacida tardíamente al viejo solterón que cuidaba de Clochemerle hacía cuarenta y cinco años. Vivaz y risueña mujercita, que acudía a dejar tintinear su risa entre la polvareda y su fumadero rezongón. Babasse había pesado mucho en el apoyo que prestó a la estación. La cosa había salido muy bien y Babasse había tenido razón. Le serviría de distracción ver caras nuevas y asistir a las riñas solapadas de los queridos colegas, fuertemente inclinados a la envidia profesional. Sus insinuaciones le hacían siempre pensar en las inyecciones subcutáneas, que introducen profundamente la droga o el veneno.

Capítulo 2

La estación se organiza

Texas concedía gran importancia a la publicidad que mete en el cráneo de la gente, mediante el mazo de la repetición, lo que se le quiere imponer. Sin embargo, hace falta que esa publicidad sea atractiva por la imagen e impresionante por la fórmula. «Breve y fulgurante», decía él. Quedó servido.

LAS DOS UBRES
DE
CLOCHEMERLE
SU AGUA
Y
SU VINO
¡MAMAD EN ELLAS VUESTRA SALUD!

Fue Samothrace quien tuvo la idea de las dos ubres de Clochemerle. Siendo de formación clásica, pensaba ilustrarlo con la reproducción de la loba amamantando a Remo y Rómulo. Pero su proyecto fue juzgado demasiado alegórico y poco comprensible.

—Vayamos directamente a lo de las ubres —decidió Texas—. Un viejo truco, infalible para llamar la atención. Se leerá lo que las acompaña y se recordará.

El boceto fue encargado a un joven artista de porvenir. Su maqueta representaba el busto de una mujer joven, de soberbios senos, henchidos del agua y el vino de Clochemerle. Se reunieron todos para examinarlo y hacer su crítica. Texas era del parecer de echar para adelante. Los senos propuestos causarían un fuerte impacto una vez colocados en los muros, y eso era lo que contaba. Refiriéndose a los leales senos de Babasse, Suffock estimaba que aquello podía resultar. Zucatti compartía la misma opinión, aunque con amargura, pensando en el pecho de Adèle, que comenzaba a aflojarse. En cuanto al de Flora, que poseía la generosa firmeza de la juventud, los puñales de Jimmy Colt prohibían su acceso. Piéchut tardó en pronunciarse. Según su costumbre esperaba a que una mayoría se destacase para ponerse al frente de ella. No es que fuera enemigo de los senos, que la estatuaría ha celebrado siempre copiosamente, y hacía fervientes protestas de no ceder a las pudibundeces de las derechas. Pero era hombre de gobierno, responsable de la moralidad pública y del

buen renombre de Clochemerle. Entre el termalismo y el erotismo, le parecía necesario un margen de seguridad. Tal vez el tamaño de aquellas redondeces rozaba la indecencia. «No se trata de recrearse con ellos en la intimidad, sino de exhibirlo en la vía pública, lo cual es muy diferente». Mouraille respondió que aquellas formas eran voluminosas a pedir de boca para simbolizar dos fuentes de abundancia, dos fuentes inagotables.

—«Mamas de Pomona» —zanjó—. Unos senos ñoños no darían resultado.

Suffock recordó que formaba parte del programa de Clochemerle el afianzamiento de los senos mediante ducha y masajes. La representación de un pecho opulento estaba, pues, justificada.

Estas razones parecieron buenas. No obstante, sin caer en conceptismos ni flacuras, se le pidió al artista que atenuase un poco el efecto. En todo caso, podía intentarlo y se convino en aguardar el segundo boceto para decidirse. El cartel de Clochemerle es ahora demasiado conocido para que sea necesario recordarlo, pero es irrefutable que ha hecho mucho por la notoriedad de la estación. Impreso en blanco y negro, ha sido publicado en toda la Prensa. Dos periódicos solamente se han negado a insertarlo en sus páginas: *La Croix* y *Fervor Cristiano*.

—Hay una cosa que me fastidia todavía —asintió Piéchut—. Es ese «*Mamad de ellas*». En primer lugar, ¿la expresión es correcta?

La pregunta hizo botar a Samothrace, muy susceptible sobre la cuestión del purismo.

—¿Cree usted, señor ministro —dijo agriamente—, que mi pluma se rebajaría hasta escribir un giro dudoso? *Mamad de ellas* es perfectamente correcto.

—Usted debe saberlo mejor que yo, mi querido Samothrace. Sin embargo, no por ello es menos cierto que en la consonancia hay algo que choca: ¡*Mamad de ellas*!

—*Mamad de ellas, mamad de ellas, mamad de ellas* —repitieron en voz alta los presentes.

—¡Evidentemente, se tropieza al pronunciarlo!

Pero Samothrace no quería conceder nada en el terreno lingüístico.

—¿Qué buscamos sino un *slogan*? La primera cualidad de un *slogan* consiste justamente en hacer tropezar. *Mamad de ellas* tal vez resulte algo rugoso. Pero se recordará y estoy seguro de que no encontraréis nada mejor. ¿Cuál es su parecer, Mouraille?

—Visto así, es cierto que...

—A mí me parece avasallador —intervino Suffock.

—¡Inolvidable! —afirmó Samothrace.

El poeta no estaba escaso de textos publicitarios. Había preparado varios, que no puso ante la vista del comité. Por ejemplo:

Con Baco y Epicuro

Haréis una buena cura

CLOCHEMERYE - LES - BAINS
SU AGUA SU VINO

*Haga buen tiempo
Haga calor
Bebed agua
¡Pero no demasiada!*

*Cuando hace frío
Como es debido
Poca agua a la vez
Debéis beber*

*Y para estar bien No olvidéis el vino
Que hace florecer la tez
Y ayuda al riñón*

CLOCHEMERLE - LES - BAINS
SU RÉGIMEN VINO - TERMAL
ADORMECE Y SUPRIME EL MAL

*¿El hígado os fastidia?
¡Cuidadlo con alegría!*

CLOCHEMERLE - LES - BAINS
SU AGUA SU VINO

*El agua y el vino
Son soberanos
Se bebe, se ríe
Y se sana*

CLOCHEMERLE - LES - BAINS
SU CÉLEBRE CURA VINO - TERMAL
NO TIENE RIVAL

Cien fórmulas jocundas aguardaban su turno para ser empleadas en circulares, folletos y anuncios. Aquella variedad demostraba perfectamente que Samothrace no se empecinaba por indigencia de ingenio. Al fin se adoptó ¡*Mamad de ellas!* Iba a hacerse popular rápidamente.

De buena estatura, busto majestuoso, grupa firme e incitante, pelo abundante y dientes soberbios, con un porte dominador y una mirada fascinadora, tal resultó ser la doctora Nadia Vlasef, con sus treinta años expertos. Cundía el rumor en ciertos medios de que tenía los muslos como tenazas y que cuando se estaba preso en ellos... Eso explicaba que tuviese al cuerpo médico a sus pies y que, por dondequiera que se contonease, despertase una llama ardiente que hacía subir las curvas de temperatura. Se le atribuían varias hemorragias y cortes de bisturí enojosamente distraídos, que mataron a dos o tres cloroformizados. Como enfermera, podía remendar a un hombre en un periquete o ponerle a las puertas de la muerte, porque su vista tanto hacía galopar el suero como lo cuajaba, por el contrario, en las venas del paciente. Se le imputaba, además, haber sido causante de numerosas broncas conyugales. Pero ella desdeñaba demasiado a las esposas para preocuparse de los contratos posesivos que pregonaban aquellas damas. Le importaban un bledo. En cuanto a los consignatarios masculinos de los mismos contratos, no podían más que perjurar voluptuosamente junto a la seductora. Médicos hubo que lo pusieron todo a sus pies, esto es, los ingresos de sus consultorios. Sin embargo, cuando éstos se manifestaban de buena renta, el titular solía estar ya bastante averiado. Cuando era joven y vigoroso, fallaba el consultorio. Por otra parte, la bella Nadia no se sentía hecha para una pertenencia mezquina, es decir, única. Tenía la pasión tan tormentosa como variable.

Valido de su título de director, Léo Suffock se creía capaz de hacer funcionar a todo el mundo. Pensaba sobre todo que no existía ser alguno, de uno u otro sexo, susceptible de turbarle el ánimo. Cumplía puntualmente sus deberes para con su esposa y no miraba a ninguna otra mujer. No obstante, todavía no conocía a Nadia. Jamás había imaginado que pudiese existir una mujer con aquella vitalidad y aquel poder magnético. Cuando la vio ante sí, en su correcto traje sastre, admirablemente ajustado a sus curvas, tuvo la brusca sensación de que puntas de fuego le araban los riñones, alternando con punzadas de inyecciones lumbares. Nadia posaba sobre él una mirada que reflejaba una gran bondad comprensiva.

—¡Ah! ¿Es usted? —le preguntó, sorprendido.

—Sí, doctor, soy yo —respondió ella con serenidad.

Le tendió al tiempo un sobre y una pequeña carpeta.

—He aquí una carta del profesor Touille. Y si quiere usted enterarse de mi hoja de servicios... Tengo numerosas referencias.

—Déjemelo. Lo examinaré más tarde.

—Como usted quiera, doctor.

Deferente, le sonreía. Aquella sonrisa hacía pensar en esos bombones rellenos de licor que llenan la boca con su poderoso aroma cuando se rompe con los dientes la película de azúcar. Pensando en el aliento de la joven, el doctor sintió afluir a su paladar como un sorbo de *fine* «Napoleón». Los labios de Nadia semejaban los

pétalos de una gran flor carnosa. Al ensancharse, su sonrisa descubrió la lengua de tono frambuesa, un poco menos vivo que el carmín del maquillaje, Suffock se tomó tiempo para asegurarse la voz y formuló luego una pregunta estúpida:

—¿El profesor Touille?

—El profesor Touille, de París.

—Sí, sí, es verdad. ¿Viene usted de su parte?

—En efecto. He tenido ocasión de asistirle varias veces como anestésista. Pero hacía un año que llevaba la dirección de una clínica parisiense.

—Siéntese, se lo ruego.

Ella se sentó con soltura, como mujer acostumbrada a las deferencias, sin cesar de otorgarle su atención. En el anular de su mano desenguantada brillaba una esmeralda.

—¿No le duele dejar París?

—No es para todo el año, según me han dicho.

—Veremos... Quiero que sea usted mi colaboradora directa. Puede que me siga siendo necesaria una vez terminada la temporada.

No había sido su intención decir tanto ni tan precipitadamente. Pero ya le parecía imposible privarse de la cálida presencia de Nadia, de aquel leve perfume a jacinto que emanaba de ella. Recibía con demasiada frecuencia en su consultorio a mujeres despreocupadas, que olían a carnero merino y, a veces, a jabón de coco, cuando habían cuidado de prepararse bien. Jamás un olor suave. Sí, era ciertamente a jacinto... Tomó un aire de importancia para explicarle lo que esperaba de ella: compartir sus numerosos afanes, meterse en la cabeza los detalles de una gestión complicada.

—¿Me sigue usted?

—Le sigo muy bien, doctor. ¡Tiene usted una manera tan apasionante de presentar las cosas!

—A propósito, ¿dónde se hospeda usted?

—En el primer hotel que se ha presentado, el «Royal».

—Estará usted mejor en el «Zuca-Palace», el mejor establecimiento de Clochemerle.

—Hay la cuestión del precio...

—No se preocupe. Se alojará usted por cuenta de la estación. Por lo demás, vamos a ocuparnos de ello en seguida.

Por segunda vez, Suffock acababa de hablar más allá de sus intenciones. Jamás había imaginado cargar a la Sociedad Arrendataria el alojamiento de una empleada, por alta que fuese su función. No obstante, aquella Nadia Vlasef entraba en una categoría aparte. Una vez en pie, advirtió que le llevaba media cabeza y se sintió despechado. Tal vez aquella decena de centímetros marcaría entre ambos una distancia insuperable. Bueno. Él era EL DIRECTOR y se sabía grande por sus capacidades. Convenía hacerlo notar.

—Sígame —dijo con autoridad, trasponiendo la puerta delante de ella.

Zuca les hizo visitar algunas de las habitaciones reservadas a las personalidades de paso. Tras haberse informado acerca de la orientación, *madame* la ayudante escogió la que más le gustaba. El hotelero no le quitaba ojo. La miraba con solicitud y ese imperceptible matiz de familiaridad que adoptan los mujeriegos para con las personas que les agradan particularmente. Hay en ello homenaje, complejidad y oferta de servicio, templado todo por la reserva. ¡No se sabe nunca...! Para todo el mundo existen días vacíos, días desolados en los que gustaría tener a mano... «¡Un signo, y acudo!». Zuca era un guapo macho y no lo ignoraba. Raramente hallaba resistencia en las mujeres... Pero una Nadia, ¡caramba! «¡Una tía de alto copete!». Nadia comprendió que tendría, si se terciaba, todas las comodidades a su disposición —aunque las comodidades, no solían faltarle, precisamente, como tampoco las solicitudes—. No obstante, no le molestaba que se le hicieran llamamientos. Muy al contrario, los deseos que la cortejaban le garantizaban las victorias de su sexo, la llevaban a ese apogeo femenino en el que todo era en torno suyo asentimiento, facilidad y sumisión a sus caprichos. Podía pagarlo a cierto precio, pero solamente si le complacía. Los adoradores jamás reembolsados suelen ser los más fieles, los más devotos, y hacen mil pequeños favores utilitarios: poner un coche a disposición de una, buscar los billetes en la estación, ocuparse del equipaje, etcétera. Se les entretiene con palmaditas en la mejilla y, a veces, con alguna palabra que sugiere vagas esperanzas: «Hay días en que me pregunto... ¡Pero sería demasiado grave para mí, Jules!». En cualquier caso, sabía como contestar a un Zuca. Se puso un poco rígida como queriendo decir: «¡Yo soy quien decide, no lo olvide!». Luego, volvió a mostrarse natural para hablar del traslado de sus maletas y de su próxima instalación.

—¿*Madame* desearía probablemente hacer sus comidas en una mesa separada?

—En efecto.

—Veremos el comedor al bajar —dijo Zuca, de nuevo en plan de hotelero—. Escogerá usted su sitio.

En el *hall*, se cruzaron con Jimmy Colt cuyo inquietante rostro triangular impresionó a Nadia. El negro le lanzó al pasar una mirada tan aguda como sus cuchillos, esbozando una horrible mueca que pretendía ser una sonrisa. Pero la rajadura blancuzca de su cicatriz desnaturalizaba sus intenciones.

—¿Quién es? —preguntó la joven.

—Un pistolero de América —respondió Zucatti—. Tiene varios crímenes en la conciencia.

—¡Qué interesante! —exclamó Nadia—. Sin embargo, no tiene aspecto de ser muy vigoroso. Tan delgado...

—Mata de lejos. Cuchillo o revólver. Una bala en el ojo o una hoja en la garganta. ¡En cuanto a eso, puede confiar en él!

—¿Vive en el hotel?

—Se aloja en el anexo. Es el amante de Flora, la camarera que ha visto usted al llegar.

—¿Esa chica que estaba en la entrada?

—Sí. La sujeta por el miedo. Le ha prometido pincharla si le engañaba.

—Encima, celoso... ¡Vaya bruto!

—¡Ya puede usted decir que sí!

Nadia se volvió hacia Suffock.

—Es un pueblo cautivador este Clochemerle. ¡Creo que voy a sentirme muy a gusto aquí!

El doctorcito no comprendió por qué el encuentro con aquellos dos bribones (no le tenía ninguna estima a Zucatti, quien se había asegurado su situación casándose con una Adèle ya bastante insignificante) podía convertir a Clochemerle en cautivador. Que su protegida hubiese llamado la atención de dos turbios individuos no le agradaba en absoluto. Se preguntó si la elección del «Zuca-Palace» no habría sido desacertada para instalar a su bella ayudante y se sintió descontento de sí mismo.

Durante la comida, Babasse le encontró agrio, distraído y, sobre todo, muy nervioso. Le contestaba con visible irritación, siendo así que solía divertirse con su charla. Pensó que ocurría alguna novedad, pero la achacó a las múltiples preocupaciones que le agobiaban en la Dirección.

—Pobre Coco mío —le dijo gentilmente cuando estaba a punto de dejarla—, no debes fatigarte demasiado.

—Está bien, está bien... —comentó él, secamente.

Se fue sin haberla besado. Babasse sintió unos imperiosos deseos de llorar.

Al edificar su *palace*, Zucatti se había prometido permanecer fiel a la tradición que había hecho de la «Casa Torbayon» el centro social del pueblo. Aquel centro debía continuar existiendo a fin de que los clochemerlinos pudiesen reunirse en él durante los períodos de poca labor. Habilitó en una ala de la nueva construcción una sala aparte, que siguió llamándose la taberna y que fue reservada a la gente del pueblo. Allí era adonde se iba para hablar del vino, de política y de mujeres, para conversar acerca de la crónica del burgo y para jugar a la *belote*, tomando al mismo tiempo un pisolabis de embutidos o de queso fuerte. Adèle recibía allí los homenajes que seguían testimoniándole los clientes, en recuerdo de lo que había sido. Mas si bien todavía se hacían elogios de sus atractivos, la verdad era que se tocaban bastante menos. Y la joven generación los ignoraba totalmente.

Mouraille pasaba en la tabernilla todo el tiempo que le dejaban libre sus visitas. Dos o tres veces por semana, se reunía allí con Samothrace, descendido de su torre de marfil. El poeta acudía sobre todo por ver a Flora, la bella sirvienta, a la cual dedicaba una pasión platónica y versificadora, que se expresaba por sonetos. Mouraille le encontró aquel día enfrascado en un libro que tenía abierto ante él.

—¿Lecturas? —preguntó—. ¿Qué es lo que le apasiona en este momento?

—Estoy relejendo las cartas de la marquesa de Sévigné. ¿Sabe usted que

acostumbraba ir a los balnearios para tomar las aguas? Pasó una temporada en Vichy, en 1676, para cuidarse de una violenta crisis de reuma. He creído interesante consultar a la famosa escritora de epístolas acerca del termalismo de su época.

—¿Y qué ha encontrado usted?

—Algunos pasajes bastante instructivos. Nuestra estación podría sacar provecho de ellos. Pero podrá juzgarlo usted por sí mismo. Oiga esto, no cito más que lo esencial: *Así que he tomado mis aguas esta mañana, queridísima tía. ¡Ah, qué malas son! Se va a las seis a la fuente. Todo el mundo se encuentra allí, bebe y pone muy mala cara, pues imaginad que están hirvientes y tienen un sabor salado muy desagradable. Se dan vueltas, se va y se viene, se pasea, se devuelven las aguas, se habla confidencialmente de cómo son devueltas. No se habla de otra cosa hasta mediodía.* ¿Qué le parece a usted?

—Me parece que la marquesa se vería obligada a mear en exceso. Los otros también, por lo demás. Se les hacía tomar el agua en cantidad, litros y más litros. Pero el método ha cambiado desde entonces.

—¿Para bien o para mal?

—¿Quién puede asegurarlo? Cuestión de moda, como siempre. Se ha tenido en cuenta ante todo que resulta incómodo para el agüista verse transformado en una destilería de pis. En compensación, se hace hincapié sobre los baños y las duchas.

—La ducha existía ya en tiempos de la marquesa. Vea si no lo que ella escribía con fecha 28 de mayo.

—Prefiero que me lo lea.

—Leo, entonces: *He comenzado hoy la ducha: es una repetición bastante aceptable del purgatorio. Se sitúa una completamente desnuda en un huequecito bajo tierra, donde hay un caño de esa agua caliente, que una mujer dirige hacia donde queréis. Esta situación, en la que apenas se conserva una hoja de higuera por todo vestuario, me parece hartamente humillante.* ¡Entre nosotros, creía que el Gran Siglo tenía costumbres más libres!

—La marquesa era una gazmoña, aunque provocativa. Y fría. Su primo Bussy-Rabutin se quejaba de que todo su calor lo tuviese en, la mente. Esas escritorzuelas raramente son buenas en la cama. ¿Qué me dice?

—*Detrás de la cortina se coloca alguien a fin de sosteneros el valor durante la media hora. A mí me atendía un médico de Gannat, al que Madame de Noailles siempre se ha llevado a sus aguas. Me hablaba mientras yo estaba en el suplicio. Imaginaos un chorro de agua contra alguna de vuestras míseras partes, más hirviente aún de lo que podáis concebir.*

—¿Tan abrasadora era la ducha?

—La Sévigné exageraba. Pero escribía para un público que hacía circular entre sí sus cartas, por lo tanto, tenía que estar pendiente de sus palabras. «Más hirviente aún de lo que podáis concebir» decía ser entre los 42 y 43 grados.

—¿Qué efecto le producía la ducha?

—La hacía sudar mucho. *Mis sudores son tan extremados que calo hasta el colchón. Creo que libero toda el agua que he bebido desde que estoy en el mundo.*

—¿Y cuál es la conclusión de esa verborrea?

—Netamente favorable al termalismo. *Los sudores que debilitan a todo el mundo me dan fuerza y me hacen ver que mi debilidad provenía de las superfluidades que tenía aún en el cuerpo.*

—«Superfluidades» corresponde a toxinas. ¿Por qué no decirlo sencillamente?

—¿Está usted seguro de que las «toxinas» existían ya en aquel tiempo?

—Tiene usted razón —confesó Mouraille—. La Medicina ha progresado ante todo por el vocabulario. Antaño se clasificaban con el vasto término de «cólico miserere» un montón de enfermedades a las cuales se ha ido dando un nombre distinto. Si no se sana, al menos se sabe de qué se muere. ¿Cómo le sentó a la marquesa su tratamiento?

—Bien. A los cuarenta y nueve años, escribía: *Me creo a cubierto del reuma para el resto de mi vida. En cuanto a esa especie de colada que me han hecho, ha resultado perfecta.* Es precisamente lo que decía usted: sudores y fuerte trabajo de la vejiga.

—¿Volvió a tomar las aguas?

—Once años más tarde, en 1687. Tenía entonces sesenta y un años. Aquella vez eligió Bourbon-L'Archambault con preferencia a Vichy, por razón de que sus aguas eran más suaves y el tratamiento menos agobiante. Parece ser, que las aguas tuvieron felices efectos curativos.

—Puede que sí... —dijo Mouraille.

—No parece estar usted muy convencido.

—¿Me imagina prescribiendo las aguas a nuestros viñadores? Me habría desacreditado. He triunfado en Clochemerle porque jamás he prohibido el vino a nadie. La gente acepta que se la cuide, pero no que se la fastidie. Si encima de la molestia de estar enfermo, hubiese que renunciar además a los propios vicios...

—Los vicios son la pimienta de la vida.

—¡Pues claro!

El cura Patard entró y se dirigió hacia ellos con la mano tendida.

—Siéntese, cura —saludó Mouraille, pidiendo a continuación—: Adèle, una jarra y un vaso para el sacerdote.

—¿De qué hablaban ustedes, señores?

—Hablábamos de esas inclinaciones que usted califica de pecados.

—«Los pecados son el pan de la Iglesia», ha dicho uno de nuestros eminentes prelados. Aunque cada vez se cree menos en el pecado.

—¡No trate usted de compadecernos!

—El oficio de cura está fastidiado. Dense ustedes cuenta: estamos a merced de la caridad pública.

—La caridad cristiana.

—Que es terriblemente roñica. Si sólo contase con ella para comer, no echaría tripa, se lo aseguro. ¡A su salud! El vino es bueno este año.

—No obstante —adujo Samothrace—, la riada de agüistas debe aumentar considerablemente sus ingresos...

—Personalmente, no tengo por qué quejarme. Pero hablo de mis colegas de los contornos, los párrocos de los pueblos sin agua. Su condición es por completo miserable. Por ejemplo, el viejo cura Jouffe de Valsonnas ya no puede ni pagarse una criada. Se le encontrará muerto un día cualquiera en su parroquia. ¿Cómo quieren ustedes que vaya a dar la Extremaunción a domicilio con sus artritis de fémur? Valsonnas carece de sacramentos. Y, dentro de cincuenta años, el clero ya no hallará a quien reclutar.

—Dentro de cincuenta años —suspiró Mouraille—, habrá demasiados médicos.

—¡Pero no quedarán curas!

—Ni poetas —añadió Samothrace.

—Y —preguntó Mouraille—, ¿qué hará usted de todo el dinero que ingresa?

—No salvaré tanto como para preocuparme. El fisco episcopal ya le ha echado la vista encima.

—¿Así que la Iglesia chupa tanto como el Estado?

—Roma tiene grandes necesidades. Sus pompas y sus obras... No se puede atraer a los peregrinos sin decoro ni fasto. ¡Como tampoco a los agüistas, mis queridos amigos!

Adèle había sido llamada al teléfono. Volvió a la sala para avisar a Mouraille.

—Doctor, le llaman urgentemente para la abuela Boffet. Parece ser que ha perdido el conocimiento.

—Allá voy —dijo Mouraille, levantándose.

Tendió la mano a Samothrace, preguntándole si le encontraría aún al cabo de una hora. Luego, tras reflexionar, añadió:

—Deberá usted acompañarme, cura. Ya no puedo hacer nada por la pobre vieja. Le toca a usted hacerse cargo de ella.

—¿Debo llevar los santos óleos?

—No veo otro medicamento que suministrarle.

—En ese caso, déjeme en el presbiterio. El tiempo de equiparme y llegó detrás de usted. Tal vez podría ir preparando a la moribunda para recibirme.

—Si ha perdido el conocimiento, ya sabe usted...

—Evidentemente... Pero tanto usted como yo hemos de estar allí.

—Sobre todo a causa de los vecinos. Así no podrán acusar a la familia de no haber hecho lo necesario para que la vieja muera conforme a las reglas.

—Vamos pues.

Salieron, juntos.

—¡Otra que se nos va! —comentó Samothrace.

—¡Bah! —respondió Adèle—. La abuelita Boffet había llegado al final de su

rollo. Noventa y dos años. Hacía tiempo que la cabeza no le regía ya. ¡Su cuerpo no servía ya más que para fabricar excrementos!

La buena marcha de la estación se apoyaba en una sucesión de costumbres, codificadas por un reglamento que había previsto el empleo del tiempo de los agüistas durante los veinte días que duraba la cura. Aquel empleo del tiempo era poco agobiador. El tratamiento en sí solamente ocupaba una hora de las veinticuatro diarias y dejaba libres las otras veintitrés. Claro que se exigía la presencia bicotidiana en los manantiales, pero la gente iba allí en grupos simpatizantes y hacía, a las horas de afluencia, agradables encuentros, bebiendo el agua en vasos graduados. Un traguito de beaujolais la recompensaba por su asiduidad.

—¿Usted aquí también, mi querido amigo? ¿Dónde para usted?

—En el «Claridge». ¿Y usted?

—En el «Royal». ¿Está usted contento del «Claridge»?

—Muy contento.

—Tenemos que vernos, ¿le parece?

—Con sumo gusto. Estoy en el bar del Casino todas las tardes a las siete y media.

—Y yo en el «Cucatoès». ¿Ha venido usted solo?

—Sí, solo. Mi mujer se ha ido por su lado, con los chicos. ¿También está usted solo?

—Sí, también. Mi régimen es menos vigilado. Aprovecho la cura para ofrecerme extras.

—¡Ajá...! ¡Uno se cuida mejor solo entre hombres...! A propósito, Béjard está también aquí. ¿Le ha visto?

—Todavía no. ¿Qué tal está?

—Ha liquidado su diabetes. No era más que un ramalazo sin importancia. Vuelve a ser el hombre animoso que conocimos. Podríamos salir los tres. ¿Qué le parecería una vueltecita por Lyon?

—Me parecería muy requetebién. Cuento con usted para arreglar eso.

—Ahora que me acuerdo, ¿conoce usted a Fernutier? Está en el «Astoria».

—¿Qué Fernutier? Conozco a varios.

—Fernutier, el de la tela para colchones.

—¡Ah, muy bien! El viejo Edmond... ¿Ha traído a su amiguita, la larga Loulette?

—Anda por estos parajes, pero en otro hotel. Ya sabe que no hay manera de que la suelte.

—Lo sé. Lo cual le hace estar vigilado, incluso aquí. ¿En dónde se puede encontrar a Fernutier?

—Es un fanático del tiro de pichón. Se pasa allí todas las tardes. Loulette *la Larga* le acompaña siempre. Lleva la cuenta de los disparos, al parecer.

—¡Ah, ésta sí que es buena...! Y con respecto al agua, ¿en cuántos gramos está

usted?

—En los treinta. ¿Y usted?

—En los treinta y cinco. Me trata el doctor Chachuat.

—¿Está usted satisfecho?

—Me ha hecho un montón de análisis: urea, diabetes, albúmina, colesterol... y yo no sé cuantas cosas más. Examen de la vista, cardiograma. Hasta rayos X, para ponerme en cueros por dentro. ¡Puede decirse que le traspasa a uno el fulano! Diplomado de los hospitales de París. ¡Imagínese!

—¿Es caro ese Chachuat?

—Muy caro. Pero es lo que yo me digo: no se tiene más que un pellejo. Y no me parece conveniente ahorrar sobre él.

—Completamente de acuerdo. ¿Habrá venido usted en coche, naturalmente?

—Sí, en coche. Eso permite ver los alrededores y tomar el aire. Anteayer estuve en Solutré. Ya sabe usted, la famosa estación prehistórica. Bebimos allí un Pouilly notable.

—Pues yo anteayer visité la iglesia de Brou, cerca de Bourge. Contiene unas esculturas verdaderamente notables. ¡Verdaderos encajes de piedra! Hay que verlo, se lo aseguro.

—He oído hablar de ello. ¿Y Tournus? ¿Ha visto usted Tournus?

—No he tenido tiempo, aunque lo tengo en programa. No es que las iglesias me apasionen, pero es lo más fácil de visitar. Porque es que los museos, le diré...

—Opino lo mismo. Jamás visito en Francia los museos. Los guardo para el extranjero.

—Sí, sí... Hablando de otra cosa, ¿cree usted que tendremos guerra?

—En mi opinión, eso de la guerra no está todavía maduro. Todos esos cuentos sobre los Sudetes son para distraer la atención. ¡Que devuelvan los dichos Sudetes de una vez y que nos dejen en paz! ¿No lo cree usted así?

—¡Claro está!

—Por otra parte, hay la cuestión de la crisis. Los negocios paralizados cada tres meses... Lo cual hace que uno se pregunte si la guerra no sería conveniente...

—¡Ah, evidentemente! Por lo menos, la guerra tiene algo en su favor, su poder de destrucción. No deja nada en pie. Y en período de superproducción... En caso de estallar el conflicto ¿puede usted ser movilizad?

—Estoy en el límite. Artillero.

—Siempre es mejor que la infantería. Se está más lejos de la línea de tiro. Yo me he inscrito en intendencia, por si acaso. El aprovisionamiento, ¿verdad...?

—En efecto, uno se escabulle de las oleadas de asalto.

—He jurado no dejarme pillar otra vez en una historia semejante. ¿Participó usted en la otra guerra?

—No en la artillería. Nuestro fuego de barrera precedía a los infantes. Cuando se disparaba corto —lo cual suele ocurrir con frecuencia— machacábamos a nuestros

propios elementos. Es difícil colocar los obuses a cincuenta metros aproximadamente. Y si se tira demasiado adelante, no sirve para nada. Hay que calcular por promedios: un tiro corto, un tiro largo, un tiro al blanco. Sin embargo, nos decíamos una cosa: si la artillería francesa se cargaba a sus *poilus*, la artillería alemana se cargaba al mismo tiempo a sus *boches*. Aquello equilibraba el estado de bajas.

—¡Es la ley de la guerra, como suele decirse...! ¿Viene usted aquí por el hígado?

—Sí, por el hígado. ¿Usted también?

—Yo, más bien por la vesícula. Es mal asunto, también, éste de la vesícula. Conocí a un cirujano que tenía la pretensión de quitármela. «Quedará usted aliviado», me decía.

—Los cirujanos no quieren saber más que eso: suprimir. Es su inclinación natural. Pero no se dejó usted convencer, ¿verdad?

—«¡Un momento, chaval! —me dije—. Si la Naturaleza me ha dado una vesícula no es para que me la quiten. ¡La Naturaleza no está loca!».

—¡Bien razonado!

—Mire, yo tenía un amigo enfermo del riñón. El cirujano se lo extirpó. Y ahora es el segundo riñón el que anda mal. Conclusión: valía más conservar un riñón enfermo y el otro sano. Esto se descubre infaliblemente al cabo de un año. Pero ya no se puede volver a pegar el riñón que fue a parar al cubo de la basura. Hay que pensárselo dos veces antes de decidirse a rajar.

—Soy de su misma opinión... ¿Nos vemos luego en el Casino?

—A las siete y media, cuente conmigo. Y trate de traerse a Béjard.

—¡Pero si es Blanche Matamet! ¿Has desistido de Nîmes, querida mía?

—¿Y tú de Carpentras? ¡Cuánto tiempo hacía que no nos veíamos...!

—Desde el año en que Jean-Claude tuvo el sarampión. Te escribí diciéndote que aplazases tu visita a causa de los niños.

—¡Pues es verdad! ¡Qué lejos queda ya eso!

—Pero me acuerdo a menudo de ti. Muchas veces le digo a Etienne: «Me gustaría mucho ver a Germaine Batusse. Éramos grandes amigas cuando jóvenes». Después, la vida...

—Sí, la vida... No hay tiempo ni de escribir.

—Pues... te diré... Para escribir... Cuando he terminado de asear a los niños...

—Lo mismo que yo... Te presento a mi tercera hija, Christine. Estuviste en el bautizo.

—¡Cómo ha crecido! Una verdadera señorita... ¿Qué edad tiene?

—Va a cumplir los diecisiete años.

—¡Qué viejas nos hacen! La verdad es que mi Jean-Claude acaba de cumplir diecinueve. Eso aparte, tienes buen semblante, Blanche.

—Tú también, Germaine. ¿Te has acostumbrado a Carpentras?

—No me ha quedado más remedio, puesto que mi marido estaba colocado allí. Pero al principio añoraba Nîmes, lo añoraba hasta echarme a llorar. Luego vinieron los hijos y tuve que ocuparme de ellos. Entonces, una se acostumbra.

—¡Claro que sí! Por lo demás, Nîmes ya no es lo que era antes. No se frecuenta a la misma clase de gente... ¿Sabes a quién me encontré últimamente? A Berthe Pétrier, la coja.

—Además de bizca. E incluso algo jorobada... ¿Exagero?

—En absoluto... Eso no le impidió casarse con un tal Chiampi, que era contable en casa de su padre.

—¡Pobre muchacho! ¡Debía ser el único medio de lograr que le subiesen el sueldo!

—Bueno... Chiampi desapareció al cabo de dos años, llevándose un millón y pico de la caja fuerte.

—¡Pobre chica! Más de un millón...

—Pero estaba loca por su Chiampi... Cuando supo que se había refugiado en Tánger, le dio otro pellizco a la caja para irse a reunir con él. Se le comió el dinero y volvió a desaparecer.

—¡Dios mío...! Pero ¿qué quieres...? El matrimonio se desarrolla según las cualidades de cada una. Cuestión de saber apegarse el hombre.

—¡Depende también de con quién se tropieza!

—¡Sí, también de con quién se tropieza...! ¿Tú no tienes quejas?

—Ninguna. ¿Tú tampoco?

—Gracias a Dios, Joseph se mantiene en su lugar. Desde que la cama se ha enfriado, es un buen padre de familia.

—No se puede pedir más. Las tonterías tienen su época... No sé si tú eres como yo...

—¡Nos comprendemos...! ¿Estás aquí para cuidarte?

—Más que nada acompaño a mi marido. Su hígado...

—Es igual que el mío. Ha tomado la costumbre de beber con los clientes. Dice que eso facilita los negocios.

—Él mismo asiste a demasiadas cenas por el mismo motivo. Acaba fatigado.

—Además, nos dijimos que serían una buenas vacaciones para los niños. Aquí o en otra parte... Hay bastantes deportes y la altitud es buena.

—Las noches son frescas, lo cual resulta muy agradable. Y la comida sana y abundante.

—¡Demasiado! Si no me vigilo, engordaré más.

—Pero si no estás gorda. A nuestra edad, no conviene adelgazar demasiado. Se arruga una. En tanto que si se conserva la piel tersa...

—Hay que tener en cuenta adonde se arriman los kilos que se ganan. A mí todos se me colocan en el trasero...

—¡Siempre es preferible a que fuera en el vientre...! De todos modos, yo aprovecho la estancia aquí para cuidarme un poco. Mis varices.

—Pues yo me hago tratar la celulitis. Las piernas se me ponen pesadas... Los tobillos...

—¡Ya no tenemos veinte años, pobrecita mía...! Estoy muy contenta de volverte a ver, Blanche.

—Yo también, Germaine. ¿Sabes que soy abuela desde hace un año?

—Yo espero serlo de un día a otro. ¡Volvemos a ver de abuelas! Me parece que era ayer cuando íbamos al paseo Sainte-Barbe. ¡Éramos unas chiquillas!

—¡Lo que llegábamos a reírnos las dos...! Mira, ahí viene mi marido. Me busca... ¡pst! ¡Eh, eh!

—El mío no tardará tampoco. Tenemos cita en el manantial. ¡Ah, ahí viene, ahí viene!

—Pero ¿qué me va usted a contar de su Daladier? ¡Si se le debe el 6 de febrero y el Frente Popular...!

—El Frente Popular es obra de Blum.

—Es obra de Blum porque Daladier se ha unido a los socialistas y los comunistas. ¿Quién levantó el puño cerrado en la Bastilla? ¡Un radical, caballero! Irse con los extremistas, cuando el partido radical es un partido de arbitraje y sentido común, el partido del francés medio.

—Sabe usted muy bien que Daladier habría gobernado igual con las derechas y el centro si le hubiesen querido.

—¡No hace falta que me lo diga!

—¡Pero Daladier es un jacobino!

—¿Jacobino? ¡Y un jamón! Ya no estamos en el 93. La Revolución hace tiempo que terminó.

—De todos modos es un hombre enérgico.

—¡No me haga usted reír! Se escondió después del 6 de febrero, con un canguelo que no se aguantaba... ¡Clemenceau, Poincaré, ésos sí que eran hombres!

—Han muerto. También Briand...

—El abrazo de Stresemann, el «peregrino de la paz». «Atrás, los cañones». ¡Un farsante!

—¿Y Herriot?

—¡Una barriga! Ya estaros hartos de su tripa.

—¿Chautemps?

—¡Una corriente de aire!

—Entonces, ¿quién, señor?

—Tardieu, tal vez...

—Se ha retirado de la política activa.

—Se ha retirado por asco. ¡Cómo le comprendo!

—He oído decir que cocinaba un golpe de Estado, apoyado por la Policía de Chiappe, y que financiaba al coronel de la Rocque para tenerle a su disposición, cuando llegase el momento. La Rocque tomó el dinero y se negó después a poner en acción a sus Cruces de Fuego. ¡Un poco estafador el buen coronel!

—No tengo a la Rocque por un gran caballero. Un tipo de estado mayor, que no se compromete nunca.

—O sea, ¿no ve usted a nadie para salvar al país? ¿Qué opina de Maurras?

—¿Maurras? ¡Archisordo! Hace emparedados con la política para *L'Action Française*. Pero no tiene ni un ápice de hombre de acción.

—¿Entonces?

—¡Entonces todo está fastidiado, *Monsieur*! Y fíjese en lo que le digo: corremos hacia la catástrofe.

—Siempre se producen catástrofes.

—Veremos cosas grandiosas, se lo prometo. ¡Ya tendrán su patada en el trasero! Lo malo es que todos cascaremos en el asunto.

—Oiga, *Monsieur*, ¿por qué no toma usted las riendas?

—¡La cosa cambiaría mucho, se lo juro! Comenzaría por enchiquerar a todos esos saltimbanquis, a todos esos enchufados: ¡los comunistas, los jesuitas, los masones, los grandes banqueros, los ministros, los diputados, todos en chirona! Sólo con eso ya se vería más claro. Se oiría hablar de mí.

—No me extrañaría.

—¡La porra, *Monsieur*, la porra! ¡No existen treinta y seis maneras de conducir a los hombres!

—Le creo, *Monsieur*, le creo. ¿No toma usted su agua?

—Voy a beberla. Si yo formase parte del Gobierno...

Así, por simpatía establecida sobre las profesiones, las relaciones, los parentescos, los grados de importancia o de fortuna, las insignias en el ojal, el gusto por los mismos placeres y, más aún, sobre las manías y aficiones, los agüistas se aglutinaban en grupitos preferentes, que se reunían durante las comidas, en las termas, a la hora del aperitivo y en el Casino. Casi todos ellos eran hombres bien situados, que contaban en la vida, que habían demostrado sus capacidades y estabilizado sus pretensiones. En resumen, poseían todo cuanto hace falta para formar una sociedad, con sus mezclas y sus jerarquías, sus clanes y sus castas, sus desdenes y sus altiveces, sus triunfadores y sus humillados, sus notables y sus «colados». Pero era aquélla una sociedad artificial y por azar, de relaciones precarias, trabadas solamente para un tiempo limitado, que tenía por ligazón el hepatismo en general, con las diversidades establecidas por las infinitas dolencias del hígado, de la vesícula, del páncreas, del riñón... y los reumatismos, los accidentes circulatorios, los saltos de

tensión, los ataques de diabetes o de urea, surtido de pequeñas enfermedades crónicas, contenidas en su mayoría dentro de los límites de la molestia, sin aminorar demasiado las actividades ni tornar impracticables la existencia. Aquel fondo común proporcionaba un terreno de entendimiento. Siempre se podía hablar de tratamiento, mejoría, remedios, caída y recaída, si no se tenía otra cosa que decir. Muchos no se privaban de situar su dolencia en el centro de la conversación, como si el desarreglo de su organismo no fuese de un interés capital para todos sus contemporáneos. Formaban una secta para la cual la cura suponía un tiempo bendito, porque podían hablar hasta la saciedad de su temperatura o de su descomposición intestinal y hablar de ello ante un auditorio de entendidos, sensibles a los menores matices. Hay muchas variedades en los cólicos, los esputos de bilis, las náuseas al despertar, etcétera.

Las mujeres que se cuidaban presentaban un comportamiento equivalente al del otro sexo. Más abocadas no obstante a hablar de sus molestias vinculadas por los males femeninos en general, todos los cuales tienen por sede el vientre, y haciéndoles remontar a sus partos, a sus lactancias, cuando no a microbios solapadamente inoculados por los maridos, quienes arrastraban las secuelas de su vida de solteros. Metritis, salpingitis, cistitis, raspados, ablación de los órganos íntimos, ¡había tema para rato!

Mouraille destacaba por encima de todas a las que él denominaba «los cabos de vara del hogar». Se trataba de las terribles acompañantes, ángeles custodios de la expiación, rostros austeros y bigotudos, que sostenían firmemente el brazo de un desdichado al borde de la ataxia o de la chochez, caído totalmente en su poder. Aquellas amargas esposas parecían decir al guiñapo cuya guardia detentaba: «¡Ya ves a lo que te han llevado tus asquerosos vicios!». Todo estaba pesado y medido, en el presidio conyugal, para los resignados de piernas flojas y mirada apagada: bebida y comida, la duración del paseo y la del reposo, los dos cigarrillos por día, las seis píldoras y los cuatro vasos de agua cotidianos.

—La virtud acaba por triunfar —decía Samothrace.

Mouraille contestaba:

—Ofrece el espectáculo de la peor caducidad, la del hombre avasallado por la compañera de los viejos días.

—¡Esas zorras serán, pese a todo, viudas inconsolables!

—¡Un papel en el que estarán sublimes!

De esta forma se iba organizando la estación, adoptando su alternación de llegadas y salidas, empezando a parecerse a todas las estaciones conocidas. El personal aprendía cada vez mejor a manipular al enfermo, a darle masaje, bañarle, arroparle con paños calientes... A principios de julio, los hoteles estaban abarrotados. Los médicos trabajaban a una cadencia de ciento veinte a ciento cincuenta enfermos por cura y la temporada comprendía nueve series de tratamientos, pagados a tanto

alzado. Parecía permitido albergar grandes esperanzas.

Capítulo 3

Desarrollo

La comarca despertó con los nuevos destinos que le procuraba su expansionamiento. Ocurría en Clochemerle lo mismo que en esas aldeas ignoradas que siempre vivieron mediocre y pobremente y se ven llevadas de pronto por la moda al primer plano del favor mundano, deportivo o medicinal.

¡Ciudad de temporada!

Tal denominación viene a significar la afluencia súbita, durante varios meses al año, de muchedumbres que multiplican por ciento o por mil la población normal, multitudes ciudadanas pasajeras, de origen variado, que llegan con sus coches, sus costumbres y sus acentos, sus snobismos y su importancia. ¡Y con el dinero en la mano!

Clochemerle no había conocido nunca otra cosa que el dinero escaso, trabajosamente ganado, penosamente ahorrado, ásperamente disputado en ocasión de los repartos. Ni siquiera los clochemerlinos que pasaban por tener hacienda llegaban, a la verdadera riqueza, la que proporciona lujo, permite «gastar sin contar» y dedicar más tiempo al placer que a la fatiga, la dura fatiga nutricia de los hombres. Todos ellos formaban una agrupación laboriosa, inclinada sobre la tierra a fin de arrancarle su subsistencia a costa de un trabajo rudo y paciente. Es sabido que la tierra, segura para quien lo posee y la tiene bajo los pies, reclama tantos cuidados como una esposa, cuyos caprichos fantasiosos ostenta, por lo demás, y, al igual que una esposa, tampoco recompensa con la fortuna a quien le permanece apegado. Sin embargo, no os divorciáis de ella por mil razones. Porque os arroja a la cara, como una risa fresca, sus despertares fragantes y cantarines, porque baña vuestro cansancio en la majestad de los crepúsculos y, durante todo el día, su aliento ventoso, que huele a frutos y a flores, llena vuestros pulmones de aire vivificante, puro de miasmas, lejos de las promiscuidades y servidumbres de la ciudad. Nada de un policía cada cien metros, ni de direcciones únicas, ni raíles, ni troles, ni aludes, ni atascos, ni invectivas. Los nervios plácidos y el ánimo relajado. El viñador es el amo de suelo, como el capitán en su barco, dominando también los elementos desatados, con la certidumbre al menos de que, sea el que fuere su furor, su terruño no se hundirá. Cuando descansa, acodado sobre su herramienta, puede contemplar hasta perder de vista la belleza inicial del mundo, constantemente renovada por los matices de las estaciones, lo cual hace que ni un solo día se asemeje a otro.

Así vivieron los clochemerlinos durante siglos, ásperos mas no codiciosos, trabajando en sus viñedos sin contar las horas, pero a su ritmo, como trabajadores libres que no obedecían al mando raudo de las sirenas. Y no abandonando esa labor en el atropellamiento de las salidas de fábricas, sino regresando a casa con la andadura del paseante, que se toma tiempo para soñar y echar una postrer mirada sobre la Naturaleza a fin de que le entregue sus secretos. Mediante ellos, sabrán lo que va a suceder mañana, o la semana que viene, y qué precauciones habrán de ser tomadas. De vuelta en sus casas, hablan de premoniciones basadas en el viejo instinto infalible del agro, en los indicios observados, como la entonación del viento, la aparición de un primer brote o determinado resplandor del ocaso. Por exigente que sea, la tierra es una amiga, que sabe mostrarse mimosa y embriagadora como una mujer, y más variada que una mujer, con sus indumentos de verano e invierno, sus adornos primaverales, sus floraciones, los mil murmullos y confidencias que dirige a quien le presta atención. Jamás produce aburrimiento. Por último, a diferencia de una mujer, no envejece, renace cada primavera en su prístina lozanía.

Así habían vivido los antepasados, y los hijos después de ellos, azacanándose duramente en el viñedo, gastando poco en casa, pero bebiendo el vino que se decantaba en los toneles de sus bodegas, la pieza más espaciosa de su vivienda. Hasta tal punto la consideraban la pieza principal que en ella recibían a sus amigos, festejaban los aniversarios, los nacimientos, las bodas, y a ella bajaban a consolarse después de los entierros, trincando a la memoria del difunto. Nada descontentos de su suerte, por poco que la Naturaleza les ahorrara las heladas ruinosas, las lluvias excesivas y el pedrisco devastador que destruye en una hora el trabajo de un año. Vigilaban el gran sol de julio y de agosto, que chamusca los viñedos, los hace crujir de calor y aplana a las personas, pero que hincha los racimos de un zumo rico y oloroso.

¿Qué hacía falta para asegurar la dicha apacible de un viñador? Una casa, una mujer dentro, algunas hectáreas de tierra y algunos hectolitros de vino que se reservaba para sostener sus fuerzas y alegrarse. Que las buenas cosechas fuesen más numerosas que las malas y que el precio del vino no bajase. Al sucederse de las vendimias, pasaban años y estaciones y pasaba al mismo tiempo la vida. Los niños crecían. A medida que cobraban fuerzas, los hijos ayudaban a los padres, las hijas ayudaban a las madres, quién en la viña, quién en la casa. Más tarde, casados a su vez, esperaban para sucederles, la muerte de los ancianos, apoltronados en los umbrales donde calentaban al sol sus viejos huesos.

Los placeres estaban constituidos por la consciencia del trabajo ejecutado escrupulosamente y por un pequeño bienestar cotidiano: la casa acogedora, la sopa caliente a punto, una comida lograda, un buen queso de cabra, algunos festines de tarde en tarde, unos ratos en la taberna donde se reía un poco, forzando los chistes subidos de color. Las mujeres cuidaban del hogar y se frecuentaban entre vecinas, o al ir a la compra. Salían poco, por tener bastante quehacer con cuidar de su hombre,

limpiar a los mocosos, remendar sus ropas y tenerles presentables. Cierto que últimamente había algunos coches, una sesión semanal de cine, aparatos de radio, autocares que llevaban rápidamente a Villefranche y a Mâcon. Pero el fondo de la existencia permanecía él mismo. ¿Hacía falta más?

No obstante, todo iba a cambiar.

Todo cambió a causa del agua, de aquella gente que atraía; del dinero que empezaba a circular sin tasa y de las ideas nuevas que esto removía en las mentes, principalmente de los jóvenes. Y sobre todo de las chicas. Se veían mujeres que no tenían otra ocupación sino cambiar de vestido, hacerse peinar, maquillar, tumbarse en sillones de ruedas y parlotear; mujeres que tenían ayas para los hijos y chófer para conducirlos. Aquellas mujeres no eran necesariamente bonitas y bien formadas y los hombres que las acompañaban tenían a menudo aire de aburrirse. A veces eran maduras, «viejas feúchas», que portaban enormes sortijas en sus manos ajadas y collares de perlas en los arrugados cuellos. Aquellas alhajas, verdaderos adornos de cadáveres, hacían pensar en coronas de flores frescas sobre féretros. (Al menos así lo juzgaba la juventud, con su crueldad). Y sin embargo, ¡cuánta arrogancia, qué tono para exigir que cuidasen de sus viejos pellejos! Creyéndose de esencia superior por haber vivido en la riqueza y pensando aún que todo les era debido, aunque fuesen unos carcamales y casi repugnantes.

—¡Qué mal repartido está el dinero!

—¡Si no tuviesen más que su trabajo, como la pobre gente, no serían tan orgullosas!

Los hombres advertían menos estos detalles. No suelen mirar más que a aquellas mujeres que poseen formas voluptuosas y que suscitan el deseo. Mujeres-golfas, mujeres-Diana, mujeres-Afrodita, tontas tal vez, pero encantadoras. «¡Sé bella y cállate!». Pues al fin y al cabo, «¿dónde está, adorable cariño mío, la sede de vuestro espíritu?». La respuesta la proporcionaban las propias hechiceras, que se contoneaban de lo lindo, a sabiendas de lo que hacían las muy bribonas. Exhibicionistas de sus tiernos encantos en cuanto eran núbiles, siguiendo en eso los consejos de sus queridas mamás, esas proveedoras de carne fresca que andan a la búsqueda de un yerno. Por donde la madre ha pasado... Las chicas de Clochemerle jugaban también la partida del matrimonio, que había de asegurarles un hombre, una casa e hijos. Pero la jugaban en el marco ancestral, a la sombra de un viejo campanario, con ánimo carente de ambición. Desenvolver su vida no era sino rutina a imitación de los ancianos.

—¡Las hay que no hacen caso de los padres!

—¡Y a veces no son las más tontas!

Se citaban algunas emancipadas que lo habían dejado todo por irse a las ciudades, incluso a París, como aquella Anaïs Frigoul que se hizo un nombre en el teatro a

través de numerosos escándalos. Pero el éxito lo excusa todo. Más recientemente, había sido Lulu Bourriquet quien, con el nombre de Maud Bouquet, se estaba ganando una reputación en el cinema, donde ya conseguía papeles importantes.

Y he aquí que un mundo desconocido invadía a Clochemerle. Lo tenían ante los ojos, se veía de cerca a las bellas damas. Algunas chicas de Clochemerle se decían: «¿Por qué no yo?». Eran jóvenes, se sentían llenas de savia y de ardor, sus espejos, les devolvían una imagen satisfactoria, que podían comparar ventajosamente con las personas que causaban tanto engorro. Ya lucían suéters ceñidos, faldas ajustadas, y observaban el efecto producido en los guapos muchachos que venían de fuera.

—¿Quieres venir a dar una vuelta, preciosa?

Una nueva juventud masculina circulaba por el pueblo, elegantes jóvenes con pantalones claros, camisas deportivas y *blasers* de vivos colores. Portaban bajo el brazo raquetas de tenis, conducían rápidos ingenios, motos inglesas o coches de carreras. Su desenvoltura hacía resaltar la torpe cortedad de todos los Jean-Marie y Claudius del pueblo. Aquellos muchachos, que no se paraban en barras, sonreían a las «pequeñas Mimis», declarándoles que gustosamente dedicarían el tiempo de sus vacaciones a despabilarlas un poco. ¿Había que escuchar a aquellos embaucadores y subir en sus coches?

Se producía una extraña mezcla al codearse ciudad y campo. Los meses de temporada semejaban una fiesta continua, que dejaba añoranzas al acabarse. Clochemerle destellaba de luces, de letreros luminosos. Las terrazas rebosaban de gentes desocupadas y charlatanas, compañías de paso daban representaciones en el Casino, tres cines cambiaban de programa dos veces por semana. Había bares con altos taburetes, donde se servían cócteles y *whisky*. Y la piscina. En traje de baño no existe trampa posible. Todas las mujeres se muestran tal como son. Las jóvenes clochemerlinas iban a bañarse sin decírselo a sus padres. En el incógnito del *deshabillé*, aquellas ondinas no quedaban nada mal. Chorreando, iban a tenderse al sol, sobre el césped, donde pasaban horas bronceándose. Muchachos atrevidos acudían a tumbarse al lado de ellas y les proponían llevarlas a bailar en las pequeñas *boîtes* de luz tamizada. Allí había magníficas oportunidades para besarse. Era un poco temerario, pero embriagador. Las pequeñas de Clochemerle se arriesgaban en compañía de una amiga, velando una por la otra.

Siempre se debe a las mujeres el que las costumbres evolucionen y las sociedades se transformen, porque, jamás saciadas de homenajes, sucumben a las tentaciones que ellas mismas han provocado. El número cada vez mayor de admiradores, pese a su carácter temporal, conturbaba a las chicas. Soñaban con dichas inéditas y brillantes, al lado de las cuales la pequeña felicidad casera que normalmente les estaba destinada parecía sosa y monótona. Las familias comenzaban a temer que perdiesen la cabeza o que se fugasen, si las niñas se encaprichaban con los galanteadores y se dejaban prender en los lejanos espejismos. «¡Aquí sabes lo que tienes, allá no sabes lo que te espera!». Pero este argumento resulta muy débil cuando la levadura novelera ha sido

depositada en una mente. De hecho, el número de chicas que abandonarían Clochemerle para ir a «vivir su vida» en las grandes ciudades superaría con mucho a las épocas anteriores.

Una tal Marie Chopet, convertida en Séraphita una vez introducida en la alta costura, se casó con un lord inglés, ejemplo famoso, pero tal vez nefasto, porque hizo galopar muchas quimeras. Los lores ingleses que se casan con una campesinita francesa, aun cuando transformada en maniquí de un gran modista, son escasísimos. Otra chica, muy bien formada, se convirtió en *cover-girl*. Su silueta y su cara fueron reproducidas repetidas veces en portadas de las revistas. Logró igualmente hacer buen matrimonio, con un gran empresario viudo y muy aficionado a la elegancia. Otra más, con el nombre de Rita Swing, destacó en la canción y cobró buenos emolumentos. Se casó tres veces en menos de diez años, corriendo tras la felicidad entre los recitales de canto que la paseaban a través del mundo. Tuvo hijos de padre americano, de padre español y de padre irlandés. Pero siempre volvía a la canción que la había «lanzado»: *Mi amor no quiere morir*.

Aquellos éxitos no compensan, sin embargo, el número de muchachas clochemerlinas que se fueron a pique sin pena ni gloria y de las que no se oyó hablar nunca más. Pero la gloria no procura fatalmente la felicidad. Una cosa en todo caso hay que concederles: gracias al ímpetu de la juventud femenina de Clochemerle, fue superada la barrera que separaba a la multitud ciudadana de la multitud pueblerina. El trato más íntimo de ambos clanes fue muy provechoso para el pueblo, donde el elemento femenino, que formaba mayoría, debía buscar mercados en otra parte. Era preciso apresurarse en aprovechar las ocasiones que se presentaban. Aquello permitió la alianza del viñedo con diferentes cuerpos de oficios y la implantación en la ciudad, donde ellas iban a echar raíces, de varias familias de Clochemerle. El agua había roto los diques.

Disponiendo de mucho tiempo libre, los agüistas se entretenían en las tiendas. La elección de postales, la compra de una caña, de sellos, de un carrito fotográfico, de hojas de afeitar, etcétera, servían de pretexto para agradables callejeos. Sin contar con todas las chucherías elegidas como *souvenirs*, el más en boga de los cuales era el catavinos, ese recipiente de plata que los vinateros llevan siempre en el bolsillo, porque les es tan indispensable como su pañuelo o su navaja. Los había de todos los tamaños y precios. Aparecía grabado en ellos el nombre de Clochemerle.

No se omitía el viejo rito local de la gira a las bodegas. No era recomendado por el cuerpo médico, claro, está, pero una pequeña cogorza durante el tiempo de la cura no podía hacer daño a nadie. Se tragaba, a la temperatura de bodega, una veintena de tazas del buen vino, reverberante y ligero, sacado directamente de los toneles. No se podía por menos que fraternizar luego con los viñadores que habían convidado a beber en su casa.

Pese a la creación de una nueva expendeduría a la entrada del pueblo, el estanco central de *Madame Fouache* estaba siempre atestado. Hasta el punto de que la

afluencia de clientela hacía imposibles los comentarios con los que tanto se había complacido antaño la honorable estanquera. Tenía que aplazar las conversaciones prolongadas hasta la temporada de invierno.

El brigada Cudoine reventaba de importancia al frente de una Gendarmería reforzada y se daba más que nunca un aire de gobernador militar. Fue preciso hacinarse en los locales del Estado, a fin de alojar cuatro matrimonios suplementarios de representantes del orden. Aquello, naturalmente, no podía por menos de suscitar relaciones tirantes y frecuentes peloterías entre las damas gendarmes, antiguas y nuevas, apretadas unas sobre las otras, en una vecindad incómoda. Tanto que la Gendarmería constituía, dentro del pueblo, el paraje más infestado de frases agrisulces y de riñas, a propósito del tendido de ropa, de los juguetes de los niños y del espacio vital de cada matrimonio. Los gendarmes se sentían hasta la coronilla de aquel barullo y permanecían en casa lo menos posible. Sostenían su moral con beaujolais, un beaujolais que nadie les escatimaba. La Gendarmería pimplaba y regresaba a sus cuarteles columpiándose un poco. Viendo lo cual, las mujeres levantaban la voz más que nunca y sembraban la cizaña entre los hombres. La Gendarmería retumbaba con el ruido de los altercados. Bien. Al fin y al cabo, aquello tenía de bueno que los gendarmes, mientras se abroncaban entre sí, dejaban en paz a la población. ¿Cómo habrían podido exigir el cierre a la hora reglamentaria de los cafés donde bebían gratuitamente a diario numerosas copas? Ahora bien, el orden no se perturbaba, ni mucho menos.

Otra víctima de las circunstancias había sido el subprefecto de Villefranche, quien ostentaba oficiosamente el título de prefecto del Beaujolais. Se daban tantas fiestas donde su presencia era requerida que el desventurado se estaba arruinando la salud por comer y beber demasiado. Como las otras aglomeraciones urbanas que estaban bajo su cargo se negaban a quedar por debajo de Clochemerle, rivalizaban en saber cuál de ellas le obsequiaría con una cocina más copiosa, más cargada en salsas, mantequilla y especias. Ya no sabía cómo darle al tenedor y, a fin de lograr tragar tanta comida, así como para mantener su elocuencia (cada vez debía soltar un discursito), empinaba el codo más de la cuenta y abusaba de los digestivos. Tal régimen de vida creaba al subprefecto dificultades con la subprefecta. Amenazada de ajamonamiento precoz y viendo con espanto dilatársele la línea, la buena señora se negaba a asistir a tantos banquetes. Además, la aterrizaron los pasteles de merengue con nata que solían servirse a la terminación de aquellos ágapes. Se quedaba sola en casa, quejándose de verse abandonada por un esposo que prefería las comilonas a los deberes que tenía para con ella. Y había que cuidarle cuando sufría un buen ataque de hígado. El subprefecto objetaba en vano que no podía negarse so pena de arruinar su carrera, en una comarca donde la valía administrativa se juzga según la resistencia del estómago. Es sabido que el puesto de subprefecto de Villefranche derrumba a un hombre en algunos años. Gentes robustas no han resistido ese régimen de cuchipanda perpetua y han tenido que cuidarse severamente antes de

entrar en funciones en otra parte. Pero ¿podía pedirse el traslado cuando se era hechura de Piéchut y había sido nombrado gracias a éste? El senador no cambiaba de buena gana a sus protegidos. Ahora ministro, iba viento en popa y había que pensarlo dos veces antes de buscarse un nuevo protector.

Zucatti había convertido su hotel en un verdadero «Ritz». Trabajaba según tarifas elevadas, lo cual originaba una selección de su clientela. Pero quería que todo fuese perfecto en su establecimiento, jactándose de tener el personal más ducho, más amable y más atractivo. Las camareras del sector masculino eran escogidas con un gran afán de estética y ninguna podía rebasar los treinta años. La gente rica que acudía para curarse —cosa nunca agradable— necesitaban de atenciones prodigadas por encantadoras personas. Se sentían reconfortados viendo, al despertarse, una silueta graciosa recortada contra la ventana, en tanto que una voz fresca les decía alegremente, tras haber descorrido los visillos: «Buen tiempo, *Monsieur*. Buen día». Los marajás, los bajás egipcios, los jeques marroquíes, los millonarios de América del Sur apreciaban mucho aquel estilo.

Una de las camareras, jovencísima, tenía un pícaro trasero muy lindo, una pura maravilla. El palmito iba al parigual, lo mismo que el pecho. Era la Tanagra del tercer piso, aquel que se disputaban los ancianos caballeros solitarios. Uno de ellos, Basil Moumadjian, de tez comparable al matiz de los estaños viejos, había hecho enorme fortuna con los suministros de guerra. Lo que se llama un vendedor de cañones. Gran abastecedor de las ideologías de los nacionalismos, aquel armenio cobraba comisiones sobre todas las matanzas del mundo, guerras o revoluciones. Según los especialistas informados, es increíble lo que se llega a matar en las épocas llamadas de calma. Moumadjian se mantenía al corriente del número de los cadáveres, así como de los movimientos sangrientos que se preparaban en los cinco continentes. Aquello constituía su cotización de la Bolsa. Según las informaciones que recibiera, enviaba sus agentes a los agitadores, hombres de buena voluntad que no podían quedarse sin armas ni municiones. Ahora bien, eso no le impedía subvencionar también las ligas pacifistas. Pero se decía que muy bien se puede matar en nombre de la paz, como se mata en nombre de la libertad y de la religión, y que la mayor parte de las guerras han salido de ahí. Los idealistas son despiadados. Los doctrinarios figuraban entre sus mejores clientes.

El armenio quedó admirado ante las formas que la joven Fabienne, hasta el extremo que deseó asegurarse la exclusiva de sus servicios, agregándosela como señorita de compañía. Su avanzada edad le convertía en contemplativo. No pudiendo ya digerir gran cosa y teniendo prohibido el tabaco, no le quedaba más que ofrecerse espectáculos refinados. Fabienne le ofrecía uno, magníficamente viviente, estatuilla de carne cálida y vibrante, sobre la cual él podría pasear sus manos heladas. Pero había que negociar antes con Zucatti. El curso le significó que la muchacha había

firmado un contrato de empleo y que la privación de sus servicios en plena temporada le iba a causar un perjuicio importante, tanto porque tendría que reemplazarla, como por el hecho de que numerosos clientes, de cuya simpatía disfrutaba ella, se quejarían de que alguien la acaparase.

—Tiene usted que comprender, señor Moumadjian, que eso no hará buen efecto, por el personal y lo demás...

Pero Moumadjian, acostumbrado al comercio de las conciencias, sabía hacía tiempo que todo puede solucionarse. Descartó con su mano temblorosa los argumentos del hotelero y sólo dijo una palabra, con el extraño acento que jamás había logrado perder:

—¿Cuánto?

La entonación tenía algo de injurioso, pero no alcanzaba para hacer retroceder a Zucatti. Sólo que la intención de ofensa debería ser pagada igualmente. Puso un precio exorbitante al alquiler de Fabienne por jornada y exigió por adelantado el pago.

—Quiero mostrarme extremadamente complaciente con usted, querido señor Moumadjian.

Moumadjian entregó su cheque, diciéndose que topaba con un pillo desvergonzado. Sin embargo, durante toda su vida había tratado casi en exclusiva con pillos. ¿Y qué importaban algunos billetes de mil más o menos? Todo su dinero no podía procurarle años de vida ni devolverle las fuerzas que había perdido. Su viejo corazón le hacía de vez en cuando la jugarreta de la agonía y podía abandonarle de un momento a otro. La joven Fabienne velaría sobre sus terrores nocturnos cuando el enfisema le mantenía despierto. Aquel traficante de la muerte le tenía miedo a la muerte.

No debe extrañar el comportamiento de Zucatti. Es sabido que los corsos de modesto origen que acuden a hacer carrera en el continente, cuando no son policías, oficiales de prisiones o suboficiales reenganchados, se dedican gustosos a la protección de las damas, a cambio de subsidios que éstas les hacen efectivos puntualmente. Poco puntillosos respecto a los medios por los que el dinero afluye a las mujeres, como tampoco acerca de las promiscuidades de sus lechos, esos hidalgos se tornan chulos, considerando que sería una falta no sacar provecho de una materia prima abundante, atractiva y de primera necesidad, detrás de la cual el sexo masculino galopará siempre. Esta explotación data de muy antiguo. Señores del antiguo régimen dieron antaño repetidos ejemplos de ella para conseguir cargos, alianzas, etc. Cuidaban sencillamente de que las bellas personas a quienes chuleaban (esposa, hija o pupila) no frecentasen más que tálamos principescos o regios. La Revolución extendió esa práctica a clases menos encopetadas, pero que podían pagar con holgura. La moral lo acepta públicamente, al igual que acepta todo aquello que no puede evitar. El «comercio del amor» es una institución demasiado ancestral y demasiado instintiva, afecta formas demasiado variadas para que jamás se pueda

acabar con él.

Tal era la opinión de Mouraille y de Samothrace. Interrogado a ese propósito, el cura Patard respondió que esa suerte de corrupción no existía en Clochemerle, puesto que no había llegado a su conocimiento a través de la confesión. Ciertas personas, reputadas por haber tenido en tiempos costumbres muy libres, practicaban ya la virtud más austera. De buena gana habrían denunciado la ligereza de las mujeres jóvenes que las habían sucedido en la atención de los hombres. Pero el cura no quería saber nada sobre ese capítulo, arguyendo que cada una debía ocuparse exclusivamente de su propia alma (y dependencias) sin meterse en la de las demás. Sólo la baronesa de Courtebiche, altamente fiel a su pasado, osaba proclamar que no hay pecado en amor, pese a postura, circunstancia o cuantía, con tal de entregarse a brida suelta. (Adoraba las expresiones hípicas). Daba como razón que Dios ha moldeado con su mano los sexos, y muy ingeniosamente por cierto, que ha insuflado en los humanos una atracción mutua irresistible. Hacer bien el amor, sin escrúpulos de conciencia ni pudibundez frígida, representa una demostración de agradecimiento. Consideraba de ralea execrable a las mojígatas, en tanto que las criadas tumbadas de espaldas no hacen daño a su prójimo.

Era, en suma, el viejo «goza de la vida según la Naturaleza», de Montaigne.

En los tiempos en que viajaba, Ange Zucatti se había sentido invenciblemente atraído por París y, dentro de París, por la zona de Pigalle, donde sabía que podía encontrar a buen número de compatriotas. Fue cocinero en la *rue des Abbesses* y en varios establecimientos de Clichy y de las laderas de Montmartre. Allí encontró, efectivamente, a muchos corsos con los cuales trabó amistad, sin preocuparse porque fueran chulos o no. También él consideraba que la mujer debía de ser *rentable* y ninguna de sus amantes le había rehusado el dinero de su bolsillo. Todo cuanto llevaba encima que pudiera considerarse lujoso, pulsera, reloj de oro, estilográfica, alfiler de corbata, pitillera, etc., provenía de sus amores. Se hubiera avergonzado de tener que comprarse aquellos objetos por sí mismo, al igual que una mujer enrojecería si se viera forzada a comprarse por su cuenta una sortija o un collar de perlas.

Por haber frecuentado la gente del hampa, no carecía de los principios de honor y de fidelidad propios de aquélla. Con las mujeres, todos los golpes bajos están permitidos. Con los hombres, los verdaderos, no se debe traicionar jamás al clan. Es decir, está vedado quitarle la amiguita a un compañero, tanto más si aquélla es una ramera, lo cual equivaldría a desvalijarle la tienda; igualmente, proporcionar informes a la Policía, suprema abyección; o guardar para sí un beneficio destinado a repartir entre varios. Por último, se ha de ayudar siempre a un corso que anda huido y facilitar su desaparición. Convertido en propietario de hotel y en persona respetable, no olvidaba a sus antiguos amigos. Repetidas veces, truhanes que necesitaban eclipsarse durante algún tiempo acudieron a refugiarse en Clochemerle, con nombre falso. Cudoine se habría guardado muy mucho de molestarlos con indagaciones que nadie

le había pedido y que hubiesen sido perfectamente inútiles. Prefería con mucho soplar en compañía de aquellos desconocidos de paso por el pueblo.

A cambio de sus servicios, los hombres del hampa le habían dicho a Zucatti: «Si algo te fastidia, como por ejemplo un tío al que haya que cargarse, avisa. Lo arreglaremos». No eran promesas a la ligera: las viejas reglas de la *vendetta* y la noción «bandido de honor» todavía se mantenían entre los corsos. Un tío que cargarse era algo muy tentador... Zucatti no olvidaba que aquella peste de Jimmy Colt le había quitado a Flora y que, si el americano desapareciese, él recobraría sus derechos sobre la bella sirvienta de provocativa mirada. Pero Jimmy Colt era el hombre de Texas, amo de Clochemerle, a quien él se debía y que podía aplastarle como a una chinche. Ahora bien, principio absoluto de Zucatti era no arriesgarse jamás por una mujer. ¡Nada de eso! En cuanto uno se encapricha por una muñeca, está seguro de cascar un día u otro. Todas son iguales, las muy rajadas, y, como es sabido, eso ocurre en todos los ambientes. Verdaderas María Magdalena mientras os idolatran, hasta lamerlos los pies. Y un buen día, se encaprichan de otro tipo y van a idolatrar enfrente y os dejan tirado como un objeto repugnante. Sobre todo, no intentéis apiadarlas. Una mujer no se apiada jamás por lo que ha cesado de amar. Ni sentimientos, ni arrepentimientos, ni recuerdos valen nada: para ella, dejáis de existir. Quien no sepa esto, no es más que un pedazo de memo.

No se trataba, claro está, de las «mujeres honradas», categoría propiamente inexistente a los ojos de Zucatti y de sus amigos. Para ellos no existían más que las naturalezas generosas y, fuera de éstas, nada había recreativo ni explotable. Pero las naturalezas generosas deben ser vigiladas de cerca. Portan en sí un fuego latente que, de súbito, se lanza al galope como un incendio en las landas. Ésas, no obstante, tienen la excusa de una sinceridad orgánica, de la cual os habéis aprovechado vosotros antes, en tanto que las otras traicionan por motivos de pura maldad. Entre estas últimas, se reclutan las envenenadoras, que os adormecen aliñando vuestra sopa con arsénico. Por tanto, desconfiad siempre de las mujeres y no olvidar nunca mantenerse en plan de amo. Al menor flaqueo, en cuanto ya no podéis regentar a vuestra furcia, os aguarda el desprecio. Entonces es mejor largarse. A Zucatti siempre le dio buen resultado guiarse por estos principios.

Cuando hubo comprobado que Clochemerle adquiriría realmente proporciones de ciudad, reflexionó que en ella debían encontrarse las mismas comodidades que en una ciudad. Por consiguiente, escribió a los viejos compadres de Pigalle: *¡Mandadme «marisco» y que sea fresco!* Lenguaje convencional, pero perfectamente claro para los *gentlemen* que vivían de la trata de blancas. Pronto se vieron llegar lindas personas, en vestidos de verano harto sugestivos, que parecieron interesarse por los agüistas solitarios con gran celo y abnegación, con tal de que corriesen con sus gastos ampliamente. De buena presentación, se mostraban desenfadadas, risueñas y asequibles con facilidad, sabiendo desaparecer discretamente a la llegada de las esposas. *Respetuosas*, como suele decirse, no tenían la menor intención de sembrar el

desorden ni de provocar el escándalo, pero, al ejercer su profesión, aceleraban los intercambios monetarios, lo cual surtía felices efectos sobre la economía local. Por lo demás, Zucatti hubiera podido contestar que las personas de costumbres fáciles más bien prestan servicio, en el sentido de que protegen la virtud de las muchachas, por razón de las facilidades que ellas procuran. Una teoría perfectamente defendible.

Era inevitable para Léo Suffock presentar una a otra su mujer y su ayudante, Babasse y Nadia Vlasef. La presencia en Clochemerle de esta última causaba sensación y suscitaba agitaciones de orden pasional, pues el físico de la joven pertenecía a esa clase que provoca salvajes encalabrinamientos sexuales. Nadia realizaba ese prodigio de cristalizar sobre ella los sentimientos más encontrados, por lo cual era la criatura más admirada, más deseada y más odiada del pueblo. Las mujeres la detestaban instintivamente porque, acaparadora de lo emocional, su aparición las relegaba a último plano. Desde ese punto y hora, los hombres no tenían ojos más que para la bella esclava y llegaban a sacar la lengua como perros sobre una pista caliente. Galancetes enamorados, rondadores torpones, obsequiosos sátiros en potencia, solapados aprovechados, todos, del más oscuro al más importante, del más virulento al reanimado senil, destilando amabilidad, sudando solicitud y coba, matizando genuflexiones y edulcorando sonrisas, lanzándose al besamanos y al escarceo ingenioso, todos buscaban el modo de enroscarse por llamar la atención de la hechicera, como si su pecho fuese la almohada de los dioses y ella escondiese bajo sus faldas las delicias del Olimpo. Una especie de celo común, apenas disimulado por el decoro, que ponía en vilo a toda la población masculina, en una gran hurra de braguetas, una furiosa *cosacada*, una fantasía delirante. Aquel rebullir de médulas consagraba el triunfo de la bella doctora.

Las provocativas de menor envergadura no podían engañarse al respecto y no perdonaban la afrenta que se hacía a sus capacidades de exaltar a la gente viril. Como hembra de estirpe, Nadia despreciaba abiertamente a sus colegas, que ella tenía por fútil carne de placer, encanallada y borrega. En Clochemerle, no veía a ninguna rival. Sin duda existían, tomados por separado, pechos, grupas, piernas, talles, hombros, etcétera, cada uno de los cuales valían tanto como los elementos constitutivos de Nadia, pero el conjunto no se alcanzaba. Nathalie y Flora, por ejemplo, tenían trozos muy bellos, conocidos por todos, que suponían excelentes preámbulos para ponerse verborreico. No procuraban, sin embargo, más que una satisfacción parcial en el plano estético. Lo difícil es lograr la estatua, sin que nada flaquee ni altere la más exacta proporción. Ese toque de arte que hace al ídolo aseguraba la supremacía de Nadia.

Los Suffock la invitaron a una cena íntima. Un poco impresionada, Babasse recibió con el máximo de miramientos a aquella colaboradora que le habían anunciado como notable. En todo momento cuidaba a sus invitados, pero en aquella

ocasión se superó. Ambas mujeres cambiaron sonrisas a profusión y las frases más halagadoras. Nadia trató a Babasse como si fuese una hermanita suya y hasta la llamó «cariño mío». Pero aquellas gentilezas señalaban peligrosamente la diferencia de clase a los ojos del marido, quien nada tenía que descubrir ya en su esposa, supuesto que alguna vez hubiese habido algo inédito en aquel retaco, aparte sus formas redonditas de paticorta generosamente pechugona. («¡Parecerá un bote de tabaco alrededor de los treinta y cinco años!»). Dos femineidades se enfrentaban en el eterno campo acotado donde se dirimen los torneos de seducción. Lo que más irritó a Nadia fue ver a aquella mujer-niña pregonando la certidumbre imperturbable de haber conquistado de una vez para siempre a su doctorcito. Parecía como si no le restase otra cosa que hacer que ir viviendo, gorjeándole necedades y pegándole de noche sus nalgas en el vientre, con la tranquila convicción de que las susodichas nalgas representaban para él una eternidad de felicidad en zapatillas. ¿Dónde estarían los juegos de la codicia y del rapto si semejantes arreglos pudiesen bastar? Babasse dejaba traslucir demasiado la despreocupación de la juventud, como si las glándulas internas que portaban las ideas hasta su bulbo le garantizaran una superioridad ovárica indiscutible. ¡Pobrecilla idiota!

—Hasta la vista, querida mía. Encantada de haberla conocido.

Se besaron. Si Babasse hubiese sospechado lo que había de falaz en aquella efusión, habría temblado. Hubiera debido disimular su carencia de inquietud en presencia de la eterna inquieta, de la eterna raptora que era Nadia.

—Es mona su mujercita —dijo más tarde la ayudante—. ¿Se casó usted muy joven, verdad?

—Sí, bastante joven.

—La encuentro muy simpática. Aunque en realidad, no sabía de qué hablarle.

—¿Su conversación le pareció a usted ociosa?

—Digamos que superficial. No había más remedio que ponerse a su alcance.

—A su alcance... —repitió Suffock.

—¡Pobrecita mía!

Había motivo para que el doctorcito se pusiera colorado. Incluso se sintió inclinado a renegar de Babasse como si fuera un error de juventud. No se atrevió a decir que procedía de una droguería. Ni a hablar de sus talentos de artista (las famosas acuarelas), pues Nadia le había citado célebres pintores, totalmente desconocidos en Clochemerle. Quedaba el tenis, en el que su mujer descollaba. Pero tuvo bruscamente conciencia de que, en las pistas, mucho más que su estilo, se admiraban los muslos de Babasse y de que ésta se ganaba las simpatías gracias a su lozanía de pequeña rolliza.

—¡Al fin y al cabo, se la puede considerar bastante cómoda!

Todo aquello significó, en su amor propio, como una incisión para introducir en él un esqueje. Era fácil adivinar qué clase de esqueje, de carácter bien poco conyugal.

Una noche, cerca de las tres de la madrugada, Fabienne bajó llena de zozobra al despacho de «Zuca-Palace», donde despertó al vigilante nocturno adormilado en un sillón. Declaró que quería hablar urgentemente con Zucatti en persona, que se trataba de algo muy importante.

—No voy a despertar al amo así como así. ¿Qué le quiere a estas horas?

—Eso no es cuenta suya, amiguito. Pero si no hace lo que le digo, ya puede ir pensando en quedarse en su casa la noche que viene. Llame usted al amo hasta que conteste.

Cuando se hubo establecido la comunicación, la muchacha dijo:

—Aquí, Fabienne. *Monsieur* Zucatti, es preciso que venga usted en seguida.

—¿Algo grave?

—Muy grave. Y sólo se lo puedo decir a usted.

—Bueno, ahora voy.

No tardó, en efecto. Tras llevarse a Fabienne lejos del vigilante, preguntó:

—¿Qué pasa?

—Mamoudjian ha muerto, arriba, en su cama.

Estaba lívida, despeinada y los dientes le castañeteaban. Zucatti fue a buscar una botella de *whisky* y le administró una buena dosis de alcohol.

—Cuéntame —dijo simplemente.

—Acabo de despertarme con una impresión de frío en la espalda. Era el viejo, pegado a mí y helado ya. Uno de sus brazos rígidos me apretaba como una pinza. He debido empujarle brutalmente para lograr desasirme. ¡Imagínese cómo he saltado de la cama!

—¿No te habrás asustado demasiado pronto? ¿Estás bien segura de que ha muerto?

—Muerto, no falla. La boca abierta, los ojos apagados y esa temperatura de frigorífico. Todavía estoy temblando.

—¡Vaya una lata! —exclamó disgustado Zucatti.

Un muerto en el «Zuca-Palace» era algo inconcebible cuando la temporada estaba en pleno apogeo.

Las gentes acudían a Clochemerle para curarse, no para morir en él. Era preciso escamotear el cadáver de Mamoudjian.

—¿No habrás sido tú, al menos, quien le haya matado, dale que dale?

—¡Ni hablar! No se le podía sacar nada hacía mucho tiempo.

Zucatti no podía salir del paso sin ayuda y las decisiones incumbían a la dirección médica. Sólo podía hacerse una cosa: despertar al doctor Suffock y decirle que acudiese inmediatamente. Se dirigió hacia la cabina telefónica.

—Diga —se oyó la voz del doctorcito, adiestrado en las llamadas nocturnas y que a cualquier hora tenía la mente lúcida.

—Aquí, Zucatti. Un golpe duro, doctor. Es preciso que venga sin tardar.

—¿A su casa?

—Sí, a casa.

—Voy en seguida.

Zucatti volvió junto a Fabienne en el vestíbulo. La joven continuaba estremecida. Le sirvió más alcohol y fue a buscarle una manta.

—Acomódate por ahí, en espera del doctor Suffock. Yo voy a dar una vuelta por arriba. Te traeré con qué vestirte.

Fabienne sólo llevaba una bata sobre su camisón y los pies descalzos en las chinelas. ¡Estaba muy afectada la chiquilla! Había que ponerse en su lugar: despertarse en brazos de un viejo carcamal muerto, ya horrible en vida y que tenía tanto corazón como un caimán hambriento...

Mamoudjian estaba bien muerto, tendido panza arriba y alzando hacia el techo el brazo con el que había enlazado a Fabienne, rígido ya, Zucatti no se entretuvo en examinarle. Se dedicó a registrar las ropas del difunto Basil para cogerle la cartera y aligerarle de buena parte de su contenido. Había también cierto recibo de depósito en la caja que no le molestaba recuperar. Preveía un chanchullo funerario que ocasionaría gastos. Además, la presencia de Fabienne en Clochemerle era indeseable a partir de entonces. Habría que alejarla antes de que anduviese con chismes. Sin embargo, no podía obligársela a marcharse sin una fuerte indemnización, que Zucatti se proponía no pagar de su propio bolsillo. ¿Quién le había hecho una mala pasada a Fabienne, espichándola a su lado? Le correspondía pagar a Mamoudjian. A este propósito, Zucatti se felicitó de haberse cobrado por adelantado y a tanto alzado el alquiler de su camarera.

Encontró lo que buscaba, puso el papel en su bolsillo con el dinero y volvió a guardar la cartera en el lugar de donde la había tomado. Reunió después la ropa de Fabienne: medias, bragas transparentes, sostenes, falda, blusa, una chaqueta. Todo ello era nuevo y de buena calidad. El viejo la había provisto totalmente de ropa. Con los brazos cargados de su botín, Zucatti volvió al vestíbulo del hotel. El coche del doctor Suffock se paraba justamente ante la puerta. En breves frases, fue puesto al corriente de lo sucedido.

—He pensado que era necesario advertirle en seguida.

—Ha hecho usted bien.

—¿Quiere usted ver a Mamoudjian?

—Como médico, eso se impone, aunque su muerte no dé lugar a dudas. Y estaremos mejor arriba para hablar.

Dio una mirada alrededor, designando a Fabienne. Zucatti le explicó:

—La chica ha dado la alarma. Estaba en la cama del viejo. Pero esa vez, no logró calentarlo.

—¿Será discreta?

—Tengo ya un plan respecto a ella. Se lo diré.

—¿Nadie más está enterado?

—No. Sólo nosotros tres.

—¿La edad del tío?

—Cerca de noventa.

—Despida a su vigilante. Cuantos menos testigos haya de lo que va a ocurrir, tanto mejor.

Una vez en la habitación, Suffock examinó el cadáver.

—El corazón ha fallado —dijo—. A nosotros no nos va ni nos viene. De todos modos será conveniente trasladarle a morir en otra parte. Unas horas más o menos... ¿Hay que avisar a alguien?

—No lo sé todavía.

El doctor Suffock expuso su programa.

—Voy a telefonar a una clínica de Villefranche para informar que transportamos el cadáver allá. Se dirá que murió en ella.

—¿No protestarán, en Villefranche?

—Es un favor entre colegas. Y les indemnizaremos ampliamente. ¿Ha dejado mucho dinero?

—Bastante, tengo la impresión —respondió Zucatti, sin comprometerse—. ¿Lo llevaremos en ambulancia?

—Preferiría no recurrir a la ambulancia. Llamaría mucho la atención. ¿No se le ocurre a usted nada mejor?

Zucatti se dio de pronto una palmada en la frente.

—Ahora que me acuerdo. Estamos a viernes por la mañana, ¿no?

—En efecto.

—Es una condenada suerte. Dentro de media hora, todo lo más —dijo tras haber mirado su reloj—, va a llegarnos un camión de marisco que viene directamente de Bretaña.

—¿Y bien?

—Es un camión refrigerado. Meteremos en él a Mamoudjian, envuelto en sus mantas, y le hacemos transportar directamente a Villefranche. Al chófer le importa un pito, no es de aquí. Es cuestión tan sólo de darle una buena propina.

—No conviene que el asunto trascienda.

—Nadie sospechará que el camión de marisco transporta un fiambre. Olerá un poco a pescado, eso es todo. Entre el olor a pescado un poco pasado y el de la putrefacción natural, poca diferencia hay.

—Evidentemente...

—Voy a bajar el cadáver en el ascensor y, entretanto, lo pondremos detrás de las plantas verdes. Y a las cuatro de la madrugada, lo más tarde, le embarcamos. Si te he visto no me acuerdo.

—Habrás que adjuntar al envío los papeles del muerto.

—Primero voy a empaquetarlo.

—¿No necesita que le eche una mano?

—Qué va. El millonario no pesa nada. Yano podía comer. No sabía más que

regatear, siempre regatear. Lo único que no discutió fue el trasero de Fabienne, aunque de nada le servía, como no fuese para contemplarlo... ¡Bien puede decirse que tener mucho dinero no lo es todo!

Así fue como los restos mortales del riquísimo Basil Mamoudjian desaparecieron clandestinamente de Clochemerle en un camión de marisco antes del amanecer. La muerte fue anunciada el día siguiente en la Prensa. El *Clochemerle-Echos* de la semana publicó la siguiente información:

Hemos sido informados del fallecimiento del famoso millonario Basil Mamoudjian, bien conocido en los círculos de negocios internacionales. Es sabido que Basil Mamoudjian había iniciado una cura en Clochemerle, donde ocupaba un apartamento del «Zuca-Palace». Como se quejaba de ciertos desarreglos, fue trasladado hace poco a una clínica de Villefranche. Murió de un fallo cardíaco. Este resultado fatal hubiera podido ser evitado si Basil Mamoudjian hubiese acudido a cuidarse en Clochemerle dos meses antes. Tal es la opinión formal del doctor Vanusse, su médico de tratamiento, quien, durante una semana, fue siguiendo la curva declinante de los cardiogramas. Pero era demasiado tarde. Hasta los mismos millonarios tienen negligencias que pueden costarles la vida. No nos cansaremos de repetirlo: cuidaos mientras estéis a tiempo. Las aguas de Clochemerle sanan o alivian en la mayoría de los casos. ¡Mas no se puede pedirles lo imposible!

En París, el Gabinete había sido derribado una vez más. Había tantos apetitos que satisfacer, la lista de los intercambiables era tan larga, que no podían dejarse mucho tiempo a los titulares en funciones. Todo el mundo quería ser ministro al menos una vez, para tener derecho al título. Por lo demás, aparte algunos jefes de clase reconocida, ¿por qué X... no podía ser ministro tan bien como Z...? Ninguna razón particular de valía ni de competencia se oponía a ello. «Tomemos al más tonto», había dicho antaño Clemenceau. Este sarcasmo seguía obsesionando los pasillos del Parlamento y decidía a veces la elección. Si no forzosamente el más tonto, era el menos molesto, el más complaciente o el más comprometido quien se llevaba la preferencia.

Se decía abiertamente que el régimen estaba podrido, pero esto suele decirse de todos los regímenes que perduran y mucha gente pensaba que los regímenes podridos son los menos peligrosos para el ciudadano. Samothrace repetía: «La política es como la sífilis. Hay que empezar a pillarla para ser admitido entre los sifilíticos que nos dirigen». Pero, otras veces, imbuido de nuevo por ideas de justicia y de virtud cívica, quería ganar el poder por asalto. Él no ocupaba en la nación el lugar que le correspondía. Soñaba con un partido autoritario que le convirtiera en el bardo nacional, destinado a la celebración lírica de los grandes hechos de nuestra historia.

—¡Todos esos tipos tienen las manos sucias! —decía en sus días de amargura.

—Mi querido amigo —contestaba Mouraille—, la política no puede ser limpia, puesto que no puede llevarse a cabo sin manoseos. Felicitémonos de que los individuos a quienes se refiere acepten ensuciarse las manos en lugar nuestro.

—¡No se las ensucian a cambio de nada!

—No se puede exigir razonablemente que unas manos sucias permanezcan vacías. Se cierran sin vacilar sobre el vergonzoso salario de las bajezas. Es una

cuestión de cuantía.

Era preciso, pues, constituir un nuevo Gabinete, juego de equilibrio y de puntería apretados. Se estaba en el punto más culminante del regateo entre los Partidos. El futuro presidente del Consejo no hacía otra cosa que modificar su lista.

—Oiga —decía por teléfono—, oiga, querido amigo, ¿aceptaría usted devolverme Colonias para tomar Comercio? Baraudier no quiere aceptar sino Colonias y, si no cuento con Baraudier, toda mi combinación se va al traste... y en ese caso... ¡Gracias, mi querido amigo, gracias! Por lo demás. Comercio está igualmente muy bien. Tendrá usted grandes satisfacciones en él, créame.

Los preparativos del guiso parecían terminados. En aquel momento, alguien hizo notar que se habían olvidado de Piéchut. Ahora bien, Piéchut, desde hacía algunos años, formaba parte obligatoriamente de todos los Gabinetes. Con su buena pinta de viejo galo, tenía algo de tranquilizante y dé moderador. Se decía que, mientras él estuviese presente, el Gobierno no cometería tonterías demasiado grandes. Y eso es todo cuanto se puede pedir a un Gobierno.

¡Vaya, hombre! ¡Era preciso reajustar una vez más la dichosa lista! Todos los puestos estaban ocupados, archiprometidos. ¿En dónde se podía meter a Piéchut? El jefe del Gabinete sugirió:

—¿El alcalde de Clochemerle-les-Bains? Endilgadle Sanidad. Eso se impone.

—Ya tengo a alguien en Sanidad. A Fumeron.

—Ponga a Piéchut en el lugar de Fumeron y en paz.

—Voy a hacerme un enemigo.

—Mi querido presidente —dijo el jefe del Gabinete—, está usted en vías de hacerse muchísimos enemigos. En principio, todos los hombres a los que no haya llamado para gobernar con usted.

—¡Incluso entre los que llamo, muchos me detestan!

—¡Razón por la cual les ha designado usted!

—¡Vaya oficio!

—¿Tacho a Fumeron?

—Tache. Después de todo, Fumeron me importa un bledo. Sólo lo había elegido para eliminar a Rivier.

—¿E inscribo a Piéchut?

—Inscriba a Piéchut y acabemos de una vez. El Elíseo aguarda mi respuesta.

Así fue como Piéchut, tras haber tenido P. T. T., Colonias, y Trabajo, se convirtió en ministro de Sanidad. Se lo merecía. Y aquel nombramiento no podía sino dar nuevo lustre a Clochemerle-les-Bains. El senador alcalde se encontraba mejor situado que nunca para asegurar el esplendor de su cara estación.

Capítulo 4

La estación se impone

¿Qué nombre dar al manantial, a aquel manantial que había dado origen a la transformación del pueblo y le había otorgado su nueva importancia? Cuestión capital, que había sido discutida ásperamente. Una fuerte corriente femenina, suscitada por las mujeres piadosas del burgo, reclamaba que le llamase Manantial Ponosse, nombre del viejo cura al que Clochemerle añoraba todavía. («¡No volverá a verse un cura como nuestro Ponosse!»). Se había creado una leyenda pretendiendo que el difunto Ponosse había motivado por sus virtudes la predicción sobrenatural, garantizada por Catherine Repinois y Clémentine Chavaigne, que la habían oído de noche, mientras velaban el cadáver del excelente sacerdote en espera de los funerales. Las palabras referidas eran textualmente éstas: *Día llegará en que serás san Ponosse porque tu humildad ha tocado el corazón de Dios. En recuerdo tuyo, se producirán grandes prodigios en el pueblo y todas las miradas de Francia se volverán hacia Clochemerle.*^[19] Que Clochemerle se convirtiese en una estación termal constituía un verdadero prodigio, y de considerable alcance. ¿Acaso no podía refutarse como un milagro que Tonio Texas, hijo del pueblo, hubiese reaparecido millonario para financiar la empresa gracias a una enorme fortuna arrancada al subsuelo americano?

Pero una municipalidad de izquierdas no podía suscribir los milagros, so pena de rubricar un peligroso precedente. Clochemerle no era Lourdes, ¡qué diablo!, y el buen cura Ponosse estaba muy lejos de parecerse a Bernadette. Por lo tanto, el Consejo municipal optó por el apelativo de *Manantial Borniaud*, nombre del terreno donde el agua había brotado. Era un viejo nombre local, que figuraba desde siempre en el catastro y que no tenía nada de comprometedor. No queriendo, sin embargo, que se le acusara de sectarismo ni enajenarse una parte de la opinión, el Consejo decidió en la misma sesión conceder el nombre del cura a una gran vía de la pequeña ciudad: *Bulevar Ponosse*. A fin de no pecar por defecto y en su afán de equilibrio, fue igualmente decidido que se bautizaría otra vía con el nombre de *Avenida Bourdillat*. Se trataba del primer clochemerlino que accediera antaño a un alto destino político: ministro de Agricultura, durante cinco meses, en un Gabinete de corta duración. Lo bastante para convertirse, de por vida, en el *señor ministro*. Se admitía generalmente, aun en el partido del interesado, que aquel Alexandre Bourdillat no era más que un viejo tonto. Debía su promoción al clan de la tabernocracia, tan poderoso en período electoral, al que pertenecía. Pero, en resumen, era un hecho indiscutible que había

sido ministro y no había nada mejor que llevarse a la boca. Fue el propio Piéchut quien propuso el nombre de Bourdillat y ganó la votación sin discutir.

El gruñón, el pérfido Laroudelle, sugirió, ya que se estaba en tan buen camino, rebautizar la plaza mayor de Clochemerle, la famosa plaza en terraza, aplicándole un nombre glorioso en los anales franceses, Poincaré o Clemenceau, por ejemplo. Piéchut se opuso vivamente.

—Ya basta por hoy, amigos míos. Otros clochemerlinos serán ilustres un día, por razón de servicios prestados al pueblo. Empezando por nuestro conciudadano Texas, cuya generosidad está en vías de dar una magnífica extensión a nuestro querido Clochemerle. Siguiendo por el doctor Suffock, que tanto ha hecho por la reputación de nuestra agua. Dejemos arterias libres, creedme, para nuestras glorias futuras.

Se rindieron a este razonamiento. Sin embargo, Laroudelle, al salir, hizo notar:

—¡Le veo venir al alcalde! Se reserva el centro del pueblo y piensa ya en la futura plaza Barthélemy Piéchut.

—Los ediles —observaba amargamente Samothrace— tienden a otorgarse entre sí ese género de honores. La gloria postuma se torna de tal suerte en una maquinación que se cocina en un pequeño comité. De ahí procede de la proliferación de placas: Fulano de Tal, diputado, Zutano de Cuál, senador, etc.

Pero había tiempo de pensar en ello. Piéchut seguía en buena forma y la política conserva muy bien el cuerpo. ¡Afortunadamente! Se precisan viejos para gobernar ponderadamente a Francia, viejos cuya hucha esté llena, que tienen yernos, nueras y nietos para presentar, lo cual inspira confianza.

—En realidad, no es que la política conserve —decía Mouraille—, sino que las gentes que hacen política están contruidos con cal y arena. Daos cuenta de la vida que llevan, con las inauguraciones, las reuniones de toda especie, las campañas electorales, las sesiones nocturnas en la Cámara, etc. Daos cuenta de lo que tragan en los banquetes, sin poder rehusar el vino y los licores, lo cual estaría mal visto. ¡Esos bribones tienen una salud de aúpa!

Eso también resultaba tranquilizador, dado que la tarea de gobernar no podía ser confiada a canijos de pequeña capacidad estomacal, en una nación que debe parte de su renombre a su cocina y a sus viñedos. Necesita, por contrario, digeridores intrépidos, capaces de asimilar hasta los guisotes políticos.

Otros manantiales habían de brotar en varios puntos del término municipal. El análisis reveló que aquellos manantiales poseían características particulares, que modificaban sus cualidades medicinales. Por esto ensanchaban la gama de tratamientos posibles y favorecían la afluencia de clientela, de lo cual cabía alegrarse. Permaneciendo fiel a sus primeras intenciones, el Consejo municipal siguió manteniéndose en una prudente neutralidad política y confesional. Por ello, una de las nuevas fuentes fue bautizada como *Manantial Gamay*, nombre del plantel que

produce en general el beaujolais. Ese apelativo daba satisfacción a los viñadores y afirmaba, a despecho del agua, la vocación ancestral del pueblo. El *Manantial Pétronille* evocaba a una mujer anciana de Clochemerle, cuyo nombre era sinónimo de fecundidad. Había comenzado trayendo al mundo trillizos, que fueron seguidos de cuatrillizos quince meses más tarde. Esa manera de guarnecer tan rápidamente de chiquillería una casa tenía algo de admirable..., aunque asimismo de inquietante para el marido a quien incumbía el peso de tantas bocas que nutrir. Durante las preñeces de Pétronille, aquel padre colmado más allá de sus esperanzas se preguntaba con espanto qué excedentes de progenie iban a caerle encima. El honor que de ello podía sacar no compensaba las preocupaciones que le ocasionaban tantos mocosos, incapaces de cuidar unos de otros, como suele hacerse cuando las edades se escalonan armoniosamente. Esto aminora mucho el ardor en procrear. Pétronille ya no dio a luz, diez años después, más que gemelos. Por lo demás, se quejaba de que sus dones no hubiesen sido explotados a fondo. «¡Me hubiera gustado tanto tener muchos hijos!», decía, teniendo por poca cosa los nueve que había engendrado en tres camadas. Se esperaba que el agua del manantial Pétronille sería benéfica para las mujeres estériles, por darlo a creer algunos de sus componentes radioactivos y estimulantes. También aquello extendería el campo de la clientela.

El último manantial, el *Manantial Babasse*, iba a cobrar gran importancia. Había aflorado muy cerca de la nueva residencia del doctor Suffock, hermosa morada de doce piezas, rodeada de un gran jardín y situada en la esquina de la Avenida de los Manantiales y del Bulevar Ponosse. Los análisis revelaron inmediatamente que se trataba de un manantial muy diferente a los otros: agua bicarbonatada, clorurada, débilmente arsenical, extremadamente rica en gas carbónico. Su aplicación concernía a las arterias (arteritis y aortitis), a los principios de hipertensión y a la insuficiencia cardíaca. Cabía, pues, prever para ella una categoría de enfermos completamente aparte.

Abrimos aquí un paréntesis. Las intimidades permanecen raramente secretas, sobre todo en un pueblecito donde, a falta de algo mejor, se conjetura sobre la vida de los vecinos. No se tardó en saber que los diminutivos Coco y Babasse concernían al doctorcito y a su mujer. Ésta se había atraído la simpatía general por razón de su juventud lozana, de su buen humor, de su facilidad de trato y, preciso es decirlo, del encantador espectáculo que ofrecía en *short* y en traje de baño. Muy pronto Clochemerle ya no la llamó sino Babasse, con amistosa familiaridad. De tal modo que la palabra fue propuesta espontáneamente cuando brotó el último manantial y se pensó en qué nombre darle. Mouraille fue quien adelantó el nombre de su joven amiga. Después de todo, Babasse no tenía significado más que para las gentes de Clochemerle y aquello agradaría al doctor Suffock. Se lo había merecido de veras. Y Babasse, cuyo agradable físico había sido ofrecido por la causa del termalismo, no menos que él. Pero esto se ignoraba.

El manantial fue inaugurado gozosamente, en presencia de *Madame* Suffock roja

de confusión. No sabiendo cómo dar las gracias, distribuyó besos al gentío. La jornada finalizó con un banquete en honor del agua, durante el cual sólo se bebió vino, en cantidad prodigiosa.

Gracias al manantial Babasse, el joven doctor Suffock conoció por fin su hora de gloria, concentrando sobre sí la atención del termalismo francés y, más tarde, del europeo. Su nombre, ignorado aún, saltó a primera fila, no sin que ello le atrajese una oposición que degeneró en polémica venenosa, so pretexto de defender la ciencia y apartar de ella todo relente de charlatanismo. Este ensañamiento amenaza en general a todos los innovadores. El cuerpo médico no gusta demasiado de ver a un compañero darse importancia por medio de un descubrimiento y preconizar un tratamiento del cual es inventor. Menos todavía si se trata de un colega de segundo orden, que no ha alcanzado los grandes diplomas. ¿De dónde salía aquel Suffock, normalmente destinado a una oscura carrera de médico rural?

Pero se las habían con un adversario fuerte. Pese a su oscuridad, no había mejor conocedor que Suffock de la *hidrología terapéutica* o *cinoterapia*, ciencia designada con el término corriente y menos preciso de termalismo. Se había especializado en esta rama desde la aparición del agua en Clochemerle. En octubre de 1937, sin hacer ruido, asistía en París al Congreso Internacional del Termalismo y Climatismo. Siguió cursos en la Facultad de Lyon, donde existe una cátedra que trata de esas cuestiones. Estaba abonado a numerosas revistas, como *Anales del Instituto de Hidrología, Prensa termal y climática*, etc. Frecuentaba el laboratorio de la Facultad de Medicina y se ocupaba en fundar el laboratorio de Clochemerle.

El importante porcentaje de carbónico del último manantial aparecido lo destinaba al tratamiento de las afecciones cardiovasculares y de las hipertensiones arteriales. Hasta aquí, se trataba de cosas conocidas, pues diversas estaciones de Francia y del extranjero aplicaban ya aquel tratamiento. Donde Suffock demostró su genio de precursor fue iniciando la combinación de inyecciones y el carbónico, estimando que este inyectado bajo la piel tendría efectos más poderosos y rápidos que la infiltración por los poros. Por lo demás, las inyecciones no impedirían los baños. La alteración de ambos, por el contrario, debía ser preconizada.

Siempre se corre cierto riesgo al emprender experimentos medicinales que no han tenido precedente. Suffock llevó escrupulosamente su juego. Fue sobre sí mismo, en la pierna, donde hizo las primeras pruebas, aumentando progresivamente las dosis de carbónico. Sintió calor en el pie, como si la circulación de la sangre llegase a sus extremidades por arterias dilatadas. No experimentó malestar alguno. A todas éstas, Babasse se quejó de dolores en la rodilla, a consecuencia de una dislocación habida jugando al tenis. La humedad del otoño le produjo reuma, reuma que se fijaba en la parte debilitada de su cuerpo. Suffock le dio unas inyecciones y Babasse se sintió rápidamente curada. Era alentador.

Durante todo el invierno que siguió, Suffock no cesó de pinchar. Muchas mujeres, entre los cuarenta y cincuenta años, se quejaban de trastornos circulatorios en los miembros inferiores. Otras presentaban síntomas evidentes de la enfermedad de Reynaud. Había asimismo casos de cojera intermitente. Los resultados obtenidos fueron concluyentes. A falta de curación completa, se hacía sentir una notable mejoría. Suffock anotaba cuidadosamente sus observaciones. Cuando su *dossier* le pareció irrefutable, redactó, destinada a la Academia de Medicina, su famosa comunicación: *El tratamiento carbogaseoso por inyección* y lo mandó al profesor Touille. El presidente de la Academia debía tanto a Clochemerle y conocía demasiado bien la seriedad de su joven colega para dudar de que aquella comunicación no estuviese fundamentada en prolongados estudios preliminares. Apoyó a Suffock cuando los ataques se multiplicaron, garantizando su honestidad. En lo más fuerte de la batalla, no temió patrocinar con un prólogo la comunicación de Suffock, cuando éste la publicó en forma de folleto. Pese a su despecho, los «queridos colegas» tuvieron que rendirse a la evidencia: el joven doctor Suffock de Clochemerle acababa de provocar un enorme progreso en cierto sector de la arteriología. No todos se inclinaron, ni mucho menos, y gran buen número de especialistas se abstuvieron de tomar en cuenta aquello, pero su envidia se vio fácilmente superada.

Suffock fue, pues, consagrado como un gran hombre. Desde principios de 1939, el nuevo tratamiento se aplicaba en serie. Hoy en día, no solamente ya no es discutido, sino que otras estaciones lo han adoptado. Miles y miles de enfermos pueden atestiguar que les ha servido de mucho. Son en su mayoría fieles habituales de Clochemerle-les-Bains, donde cada año acuden a sufrir estoicamente sus inyecciones cotidianas.

—¿Qué piensa hacer usted este año?

Esto equivalía más o menos a decir: ¿Dónde nos vemos en agosto? Y bien: ¿Cómo va a pasar usted las vacaciones?

Las grandes corrientes son producto de la moda y la moda jugaba entonces a favor del termalismo, como juega a propósito de todo. Se había vuelto de buen tono hacer una cura en Clochemerle-les-Bains, como solía hacerse antes en Vichy o Evian, en Carlsbad o Baden-Baden. La novedad situaba a Clochemerle en la cima de las estaciones, tanto en lo que concernía a la situación geográfica como al método terapéutico. Era el último descubrimiento de los círculos mundanos, compuestos de gentes que siempre desean juntarse y conciben el desarraigo como una suerte de viaje en común, que se hace en las mismas fechas y hacia los mismos lugares. Esas pequeñas *mafias* del placer prefieren hallar en todos los lugares del mundo a los mismos compañeros para el golf y el *bridge*, los mismos bailarines y bailarinas, los mismos cómplices para las fantasías de alcoba, etc. El hechizo había ganado la avenida Foch, los XVI y VIII *arrondissements* de Paris,^[20] que arrastraban consigo

periodistas y fotógrafos.

—Esa comarca de Clochemerle es una verdadera Suiza en pequeño, querida mía.

—¡Formidable, querida!

—Resulta encantador hacer una cura de aguas en pleno océano de viñedos. ¡No se puede soñar nada más original!

Y en verdad que el tratamiento vino-termal alegraba la estación. Concedía una contrapartida de placer a lo que en otro sitio hubiese parecido mortecino y aburrido. El vasito de beaujolais cobraba más sabor tras haberse enjuagado la boca con el agua de régimen y alfombraba el paladar de ricos aromas.

—¡Por fin hemos encontrado a médicos que no son unos idiotas! La alegría supone más de la mitad de la salud.

—La penitencia jamás ha sanado a nadie. No hace sino obsesionar al enfermo con su dolencia.

—¿Sabe usted que veremos allí a Louisa Réal, Anaïs Frigoul, Cyrilette Pache y a esa joven *starlet* de la que tan bien se habla, Maud Bouquet, que acaba de intervenir en un film de René Clair?

—¡Entonces, estará el teatro en pleno!

—Y todo lo que el teatro trae consigo: autores, directores, regidores.

—Sin contar con los amantes de esas damas. ¡En general poseen un carnet de almohada muy bien provisto!

—Ya sabe usted perfectamente cómo son los hombres. Adoran acostarse con lo que está en el candelero. Para ellos es un medio de emparejarse.

Entre las cuatro, Louisa Réal, Anaïs Frigoul, Cyrilette Pache y Maud Bouquet representaban a varias generaciones del teatro. Louisa Réal batallaba en las postrimerías de una holgada cincuentena, pero la edad no se tenía en cuenta en su caso. Tenía un pasado tan cargado de líos gloriosos que se mantenía firme sobre las tablas, con una solidez de viejo bastión. Todavía podía intrigar, recomendar y proteger los bastidores de la República, gracias a Piéchut, ministro perenne. Recitaba poesías patrióticas, exhumadas del repertorio de Déroulède^[21] y cantaba la *Marsellesa* en las ceremonias oficiales. Anaïs Frigoul, natural de Clochemerle, batallaba en las postrimerías de una buena cuarentena. Sin embargo, poseía un repertorio sometido a prueba y todavía conseguía grandes éxitos. Ya no se recordaba que había debutado antes de 1914 en las revistas de Rip y representado papeles con pantalón de volantes en las últimas obras de Feydeau. Tenía aún bellas entonaciones de enamorada, una postinería que delataba la pasión, sabía maquillarse perfectamente y se imponía una disciplina de hierro para conservar una silueta delgada. Su carrera había sido un milagro de voluntad y de trabajo.

En cuanto a Cyrilette Pache, además de su talento muy personal, reconocido por la crítica, se beneficiaba de la gran reputación del profesor Touille con el cual eran conocidas sus concomitancias íntimas. Por otra parte, se aseguraba su total financiamiento por mediación de un segundo mantenedor, un joven sardinero de

Bretaña (conservas), que apenas acudía a París sino dos o tres veces al mes y que desempeñaba a su lado el papel de «amante de corazón», aunque pagando. Un *gentleman* no podía dispensarse de ello. «Me proporcionas justo lo superfluo, sol mío». El sardinero se había rendido ante ese razonamiento halagador. Tenía la superioridad de conocer la presencia del profesor Touille en la vida de Cyrilette, en tanto que Touille desconocía la suya. «El cornudo es él», pensaba. Vanidad de vanidades... Cornudos lo eran ambos, uno por el otro, y también por numerosos anónimos, pues Cyrilette no se lo confiaba todo a ellos dos. Llevaba una vida privada en numerosos planos, donde el placer intervenía sinceramente. Se consideraba como una bahía hospitalaria a la cual acudían a anclar algunos navíos de gran tonelaje financiero. Pero los mastodontes de gran desplazamiento no le hacían desdeñar a los jóvenes nautas del puerto, que se deslizan a remo, ni a los elegantes *yachtmen*, que hacían pausa entre dos cruceros. Aquella generosidad de costumbres, que era del dominio público, extendía el campo de sus relaciones y le permitía entrar en ambientes muy solicitados cuyo dueño esperaba atrapar un poco de sus favores. Tan amable como amante, sólo tenía personas agradecidas y se veía, en plena juventud, en el apogeo de su gloria teatral. ¡Mujer de teatro! En el ánimo de muchas gentes, esto significa una persona hechicera, a la que se aplaude y se desea cada noche. ¡Con ayuda de la vanidad, eso fustiga el deseo!

Maud Bouquet no era otra que la expequeña Lulu Bourriquet de Clochemerle quien, desde la edad de quince años, mirándose su lindo cuerpo en el espejo, se había dicho que no quería confiar aquel tesoro a un zafio cualquiera del pueblo. Pronto declaró que quería dedicarse al cine y para ello necesitaba marchar a París. Lo cual pareció locura a los padres Bourriquet quienes, por lo demás, no habían visto nunca París. ¿Qué podían haber ido a buscar allí? Para ellos, era Sodoma y Gomorra, un santuario de todos los vicios, inimaginables en el Beaujolais. No querían lanzar a su hija en aquella capital de la porquería y del estupro. Equivocándose acerca de las intenciones de Lulu, ofrecieron a ésta casarla en seguida, si de veras esto le causaba demasiada comezón... El hijo de los Laridaine, que volvía de la *mili*, se sentía justamente dispuesto a tomar mujer, y hasta le apremiaba hacerlo. No encontraría nada mejor que Lulu, que aparentaba más de su edad y ofrecía garantías femeninas bien evidentes. Pero Lulu no deseaba en absoluto casarse. Entre las cámaras y la jeta coloradota del hijo de los Laridaine, había un abismo para ella. Los padres Bourriquet encerraron a Lulu. Sin embargo, la terquedad de una chica es prodigiosa. Ver ante sí una cara de palo, que jamás dice palabra ni sonrío, que no hace nada de buena gana y trabaja lo menos posible, dándose aires de princesa desterrada entre paletos, cansa pronto. Llega un momento en que se acaba por decir: «Haz lo que te venga en gana. Ahora bien, no volverás a poner los pies aquí». Lulu no esperaba más que esto. A los dieciocho años y tres meses, tomaba el tren, con poco dinero y poco equipaje. Llevaba recomendaciones para algunos vagos parientes: una tienda del barrio Saint-Denis, un colchonero de la avenida de Italia, un clochemerlino que dirigía una

empresa de deshollinadores detrás de la estación de Lyon... Lulu se burlaba de esa gente. Aterrizó directamente en la orilla izquierda y estableció su cuartel general en el «Bar de los Asesinos». Sabía que una carrera femenina del género que ella iniciaba tenía que pasar necesariamente por los hombres, pero se sentía resuelta a todo por llegar a actriz. Tenía a su favor un lindo palmito, un lindo talle, bonitas piernas y jóvenes senos altivos, que inflaban atrevidamente su jersey. Se trataba de triunfar con ello, sin caer en las trampas en que la ternura vence al programa trazado. En una palabra, conservar la cabeza fría, lo cual no es fácil. Pasemos sobre las aventuras de Lulu Bourriquet, que no siempre comió lo suficiente. Sintiéndose una pobre chavala abandonada, estuvo dos o tres veces a punto de acabar con todo, abriendo la espita del gas o zambulléndose en el Sena. ¡Todo antes que aparecer de nuevo en Clochemerle derrotada! Al fin un director de cine la destacó, la convirtió en su amante y le confió dos o tres papelitos. Aquello le permitió hacer pie en el ambiente y tutear a todo el mundo. Enganchó por fin un papel más importante y causó sensación. Otro director que conocía su oficio supo sacar de su plástica efectos espectaculares, que entusiasmaron a los espectadores masculinos. Las mujeres empezaron a detestarla, asegurando que, si bastaba mostrar la parte baja de los riñones a las multitudes, había muchas más que podían hacer de *vedettes*. Pero la partida estaba ganada, Lulu podía ya volver a Clochemerle. Y los padres Bourriquet, olvidando sus antiguas prevenciones, estaban que se les caía la baba por su hija.

Convertido en médico de los medios gubernamentales, el profesor Touille expedía a la gran estación beaujolesa buen número de senadores, ministros, diputados, etc. Es sabido que la política, si bien implica raramente la fatiga intelectual excesiva, en contraposición daña enormemente al hígado, la vesícula y el riñón, órganos de filtración que algunas aguas —las de Clochemerle más que ninguna— tienen la inapreciable facultad de limpiar, disolviendo el funesto colesterol y destaponando las cañerías. Tras veinte días de cura, el personal político recobraba la salud y, valeroso otra vez de estómago y riñón, podía partir hacia nuevos banquetes, nuevas justas oratorias, nuevas batallas parlamentarias. Rico, más que nunca, de optimismo y de promesas.

Así contribuía Clochemerle a mantener en buena forma a las *vedettes* del teatro y aseguraba el armonioso funcionamiento de la República. Los agüistas afluían, cada vez más numerosos, halagados de codearse con una clientela escogida. La estación se convertía en el lugar de cita de las celebridades.

Aun cuando recargado de responsabilidades, el doctor Suffock no había renunciado a hacer prospección entre las masas, a fin de conducir las hasta la Medicina, a la cual quería transformar en el mayor beneficio de los tiempos modernos. Con tal objeto, creó sus famosos camiones de consulta, equipados para las tomas de sangre y los exámenes radioscópicos. En ambos costados, llevaban escrito

con grandes letras:

CLOCHEMERLE
vela por
VUESTRA SALUD

Además, en la portezuela del camión se leía:

CONSULTAS GRATUITAS
Entrada libre

Aquellos camiones batían el campo y se instalaban en la plaza principal de las poblaciones. El pregonero invitaba a las gentes a acudir para hacerse examinar gratuitamente. Los enfermeros actuaban un poco a la manera de los magos y adivinos que, una vez cazado el cliente, le contestan: «Si quiere usted saber más, vale tanto». No se hablaba de dinero, pero al devolver su ficha a los particulares se les aconsejaba: «Le convendría consultar al Centro Medicinal de Clochemerle». Con la siguiente variante: «Sería *urgente* que acudiese usted a consulta».

Aquel sistema de recluta aportaba gente. El Centro Medicinal no era gratuito, pero aplicaba precios razonables. Se proponía, ante todo, orientar a los consultantes sobre una cura de veinte días, que no podía dejar de ser beneficiosa.

—Se le toma gusto a la cura —repetía Suffock. Y, por lo demás, resultaba cierto a menudo.

Cosa curiosa, las inyecciones, las temibles inyecciones, que de momento hacían echarse atrás, conferían a la susodicha cura un lado serio. Se hubiera creído mucho menos en ella si se hubiese limitado a baños y masajes, según se practicaba anteriormente. Sin embargo, eso de que a uno le inyectasen carbónico bajo la piel, lo cual formaba grandes ampollas, demostraba que aquél era, de veras, un tratamiento actuante.

La cuestión de las inyecciones había preocupado a Suffock porque eran de una aplicación relativamente lenta, que exigía demasiada mano de obra. Sometió el caso a Fadet, a su ingeniosidad de mecánico. Juntos construyeron pequeños compresores que actuaban sobre depósitos de carbónico. De cada depósito partían diez tubos de goma, en el extremo de cada uno de los cuales había una aguja. Se trabajaba así por hornadas de a diez. Primer movimiento: aplicación de alcohol por medio de un algodón; segundo movimiento: se clava la aguja; tercer movimiento: el compresor da algunos golpes de pistón para inyectar el gas; cuarto movimiento: se quita la aguja y nueva aplicación de alcohol. Y, ¡hala!, al turno siguiente. Así eran tratados los muslos, las pantorrillas, las espaldas, etc. Hacía ganar mucho tiempo. Gritos y muecas se perdían en la algarabía de la acción y de las voces de mando.

Se planteó la cuestión de aplicar aquel sistema a las mujeres. Suffock acababa de interesarse en sumo grado por la celulitis, que constituye la obsesión de las personas

bonitas cuando, con la edad, se ven amenazadas de parecer mamás. Su moral se resiente hasta el punto de provocar neurastenia en algunas. Otras, de carácter flojo, se abandonan sin reaccionar contra la anemia grasienta. Suffock no admitía esos desmayos.

Sabido es que la celulitis se sitúa principalmente en las masas posteriores de esas damas y en las regiones colindantes. En la clientela que acudía a Clochemerle había donde hincar la aguja a porrillo. Era preciso atiborrar resueltamente de gas todo aquello.

He aquí lo que imaginó Suffock. Hizo montar mamparas de madera de dos metros de alto. En aquellas mamparas se habían practicado orificios redondos a intervalos regulares, donde las personas que debían ser inyectadas no tenían más que introducir su trasero desnudo, diez a la vez. Al otro lado operaban los practicantes con los compresores. Aquel proceder respetaba el pudor, puesto que las pacientes sólo mostraban sus nalgas y éstas permanecían tan anónimas como carentes de expresión. Si se lanzaban gritos del otro lado de la mampara, apenas eran oídos. Resultaba evidentemente un espectáculo sorprendente ver, a la voz de mando, diez pares harto copiosos engarzarse en los alvéolos de madera. Y como cada nalga recibía una fuerte inyección, los diez pares estaban además abotagados cuando se les retiraba de su alojamiento. Pero muy pronto otros pares les sucedían. Era la gran atracción del establecimiento termal y siempre había un gran gentío en la «sala de las mofletudas», como se decía familiarmente. Lo que desfilaba por ella pesaba toneladas de carne, presentada según la mejor tradición flamenca.

Suffock afirmaba que la celulitis quedaba hecha así añicos.

Algunas mujeres aseguraban que sus faldas iban quedándoles cada vez más anchas. Todavía no eran unas sílfides, pero se notaba mejoría.

—Mi mujer se está desinflando —dijo un esposo que continuaba, cosa rara, prestando atención a las formas de su esposa.

La frase hizo fortuna. Cundió en todas partes y garantizó a Clochemerle una nueva gloria. La estación contó, a partir de entonces, con el interés de las mujeres preocupadas por su línea. Otro elemento de éxito.

Circulaban ciertos rumores sobre Nadia Vlasef. Se la reputaba de muy ecléctica y a veces crapulosa en la elección de sus amores. Se insinuaba que numerosos visitantes nocturnos frecuentaban su habitación del «Zuca-Palace». Claro que en este tipo de asuntos siempre hay que desconfiar. Una mujer hermosa da lugar a demasiadas envidiosas para que no se exagere. No obstante, *Madame Fouache* repetía desde el trono de su expendeduría:

—No hay humo sin fuego. ¡Y el fuego lo tiene ella donde yo me sé!

Aquello se le antojaba la vergüenza de las vergüenzas al auditorio habitual de *Madame Fouache*, compuesto por respetables matronas que habían dejado de ser

incendiarias desde hacía muchos años.

Sin embargo, el doctor Suffock había delegado demasiada autoridad en Nadia para que se atreviesen a meterse abiertamente con ella. Por lo tanto, tenía a Clochemerle bajo su férula y se atraía la simpatía de los hombres. Se murmuraba que el ascendiente que ella había tomado sobre el director se explicaba por maniobras fáciles de adivinar. «¡Se encierra con él en su oficina, figuraos!». Aquello parecía tanto más verosímil cuanto que Babasse adelgazaba y dejaba traslucir una congoja digna de lástima. Mouraille la consolaba como podía, esforzándose en convencerla de que nada podía pasar entre Suffock y su ayudante, aunque él estuviese en su fuero interno persuadido de lo contrario.

Mouraille quedó, pues, muy asombrado al ver que Nadia entraba una mañana en su consultorio.

—Siento molestias —le dijo—. Quisiera que me examinase usted.

—¿Por qué yo? No faltan médicos en Clochemerle.

—Usted es el único en quien tengo confianza.

Sin aguardar su respuesta, se quitó la blusa e hizo saltar el cierre de su sostén, henchido hasta reventar. Sus senos, apretados cara a cara, se expansionaron libremente como chotos sueltos, senos bien colgados y de volumen generoso. La falda se cayó a los pies, al no oponerle resistencia la cremallera. No llevaba debajo más que un *slip* minúsculo, que estaba verdaderamente allí por puro remedo. Rápidamente fue sacrificado a su vez.

—Estoy dispuesta —dijo Nadia, sin embarazo alguno. No tenía por qué sentirlo y demostraba saberlo.

—Acérquese —dijo Mouraille, que se había sentado.

La palpó largamente las redondeces del vientre y oprimió con sus dedos en horca varios puntos de las ingles.

—Las molestias femeninas siempre tienen su origen en esta región. ¿No le hago daño...? ¿Ni aquí...? Pues bien, no encuentro nada. Los ganglios están en perfecto estado.

—¿He de tenderme? —preguntó ella de modo inequívoco.

—Querida mía —dijo Mouraille, acariciando combaduras muy estimables—, es usted un animal de raza, uno de los más bellos que me haya sido concedido ver en mi larga carrera. Pero debe ser usted supercrujiente y los juegos que podría proponerme ya no son propios de mi edad. Debía haber venido a verme veinte años antes.

—Hace veinte años, yo estaba aún en los limbos de la femineidad.

—Me hago cargo... Dígame, ¿por qué se ha apoderado usted de Suffock?

Mientras hablaba, iba transformando en hebillitas los rizos de la bella, quien parecía encontrar natural aquel pasatiempo frívolo. Tenía el pelo frondoso y muy brillante.

—Estaba demasiado seguro de sí mismo. No pude soportarlo.

—Muy femenino.

—No es eso todo. Siempre me acuesto con los hombres en cuya compañía trabajo. En caso contrario, viven obsesionados. Después se colabora mejor.

—Los hombres deben de estar generalmente obsesionados por usted.

Ella soltó una risita rauca.

—¿No puede usted comprenderlo?

—Claro que sí. ¿Y usted no hace cuanto está en su mano por obsesionarles?

—Adoro al hombre. Soy ninfómana, por decírselo de una vez. Puede imaginar perfectamente que conozco mi caso.

—¿Ha venido usted a pedirme que la cure?

—¿Para qué? No tengo el menor interés en curarme. Quería sencillamente meterle en mi juego, tranquilizándole a propósito de Babasse. Dicen que usted es su gran amigo.

—Explíquese.

—No quiero perjudicar a esa pequeña. Le tomo prestado a su marido porque le tengo al alcance de la mano. Pero no deseo conservarle para mi solo uso. Puede usted tranquilizarla a ese propósito.

—Plante a Suffock, será más sencillo.

—¡Si cree usted que es tan fácil! Ese joven idiota está en plena crisis. Una sola palabra mía bastaría para que se divorciase.

—¿No le agradecería ser la *señora directora*?

—¿Para que me mantuviesen presa? ¡Muchas gracias! Esos tipos del género serio y didáctico son pesadísimos. ¿Y qué haría yo con un hombre solo?

—Evidentemente... ¿Por qué no abandona usted Clochemerle?

—Estoy muy bien aquí, figúrese usted. Este pueblo no carece de recursos.

—Concluamos. ¿Qué desea usted que haga?

—Que aconseje a Babasse que se vaya a pasar un mes o dos con su familia. Ella no se atreve a ausentarse por mi causa, pero si yo quisiera hacerla saltar, su presencia no me lo impediría. ¿Conoce usted a Léo? Es un maníaco del orden. No tiene usted más que observar los lápices alineados sobre su escritorio. Cuando haya chapoteado un poco en el barullo, y me encargo de organizarlo en su casa vacía, recobrará el gusto por su mujercita, estoy convencida. A usted toca convencer a Babasse.

—Lo pensaré.

—¿Me cree usted, doctor?

—¿Cómo no creerla, cuando viste usted como la Verdad saliendo de su pozo?

—¿Decididamente, debo volverme a vestir?

—Sí, sí, vístase, querida mía. Y gracias por el encantador espectáculo.

—No tiene por qué darme las gracias. En cueros es como estoy más a mis anchas. Eso me da la impresión de tener un alma bella.

—¡Tiene usted un alma soberbia!

Rieron los dos. Ella se puso su pícaro *slip*, con un lindo retorcimiento de la grupa para insertar en aquél sus volúmenes. Luego ofreció la espalda a Mouraille para que

éste abrochase el sostén, repuesto en su sitio y guarnecido de nuevo por los dos chotos cautivos, cuyos rosados hocicos se veían aún por transparencia.

—¿Cuánto le debo, doctor?

—¡Lárguese de aquí, Afrodita!

—¿Podré volver para charlar con usted sin cumplidos?

—Siempre será bien recibida. Me debo a mis consultantes.

Al quedarse solo, Mouraille descolgó el teléfono para llamar a Babasse y anunciarle su visita. La pobrecilla estaba loca por su doctorcito, al igual que Nadia estaba loca por su cuerpo. Las mujeres siempre están un poco locas. Y, por otra parte, ya no son gran cosa cuando dejan de estarlo. Pero ¿acaso no es la ley general? Nos vemos conducidos por nuestras inclinaciones. Sin ellas, no seríamos más que rumiantes, mamíferos no demasiados superiores. Prueba de ello: los animales no tienen vicios. Se echó dos dedos de picón, añadiéndole un poco de agua. Antes de salir, encendió uno de sus eternos cigarros. Babasse iba a lloriquear... Pero el consejo de Nadia era bueno. Hacía demasiado tiempo que Suffock era adorado a domicilio, se había acostumbrado demasiado a ello. La adoración de Babasse hacía contrapeso con la que él experimentaba por Nadia. Privado de la primera, se daría cuenta de en qué se había convertido: en el juguete de una erotómana que no tenía para él ni preferencia ni fidelidad. «¡Qué tontos son los hombres!». Él también había conocido aquello. Aunque se perdía ya en un lejano pasado, cuando cursaba Medicina. La vejez tiene por lo menos la virtud de preservar de ciertas cosas. «¡Se cometen menos memeces! Pero ¿acaso es tan regocijante cometer menos? Cuando las pasiones nos dejan, ya no tenemos agente motor».

Le quedaba la Medicina, sí, la Medicina, pese a todo. Le obligaba a pensar en los demás, a desempeñar aún un papel fraternal en una pequeña comunidad de seres. Buena ocupación para el fin de su vida. ¡Le salvaba del egoísmo de los ancianos, que no tienen otra meta que hacer durar su cuerpo, su viejo cuerpo inútil!

Subió a su coche rezongando. Se le había apagado el cigarro.

Capítulo 5

El termalismo y los acontecimientos

El año 1939 empezó con tanto ímpetu que los hoteles se encontraron completamente reservados, desde el 15 de mayo a fines de agosto, mucho antes de iniciarse la temporada. Como las defecciones previsibles eran poco numerosas, se hubo de rogar a los últimos en inscribirse que trasladasen su estancia, sea a la primera quincena de mayo, sea al mes de setiembre. Y aún en setiembre no podrían satisfacerse todas las demandas. Cierto que se construían nuevos hoteles, se instalaban nuevas pensiones, que representarían aproximadamente un millar de habitaciones suplementarias, pero era dudoso que estuviesen listas a tiempo, aunque el Sindicato de Iniciativa aconsejase ser consultado más adelante. Entretanto, se daría preferencia a los agüistas reincidentes, si se dignaban darse prisa en inscribirse, dado que deseaban acudir a toda costa. Clochemerle disfrutaba de una boga que le convertía en el Jean-les-Pins del termalismo.

El cuerpo médico y el consorcio de hoteleros se frotaban las manos ante las perspectivas de magníficos ingresos. Se contrató más personal. Se esmeraron por ofrecer a la gente la mejor acogida.

—Le hemos reservado su habitación del año pasado, señor Marcepoil, con vistas al parque.

—Muy bien, muy bien.

—Y hemos contratado un *chef* nuevo muy destacado. Se dará usted cuenta por la calidad de la cocina.

—Es muy importante esa cuestión de la cocina, *Madame* Zucatti. Una buena mesa, dos veces al día, he aquí uno de los grandes consuelos del agüista.

—Lo hemos comprendido perfectamente, señor Marcepoil. ¿Comienza usted mañana su tratamiento?

—Ah, sí. Me pinchan a las ocho.

—¡Es un mal trago!

—Como decía mi coronel en la guerra: «En el momento de marchar bajo los cañonazos, avanzad valientemente. No se muere más que una vez». Las inyecciones, de todos modos, son menos sangrientas que el cañón.

—Llegaría a general, seguro.

—Nada de eso. En los ataques de Artois de 1915, saltó el parapeto al frente del regimiento, con el sable desenvainado. Lo derribaron a la primera ráfaga. Era un

hombre que poseía una gran continuidad de ideas, aunque eso no le llevó muy lejos.
¿Siguen teniendo ustedes lindas camareras?

—Verdaderas bellezas. Mi marido las ha seleccionado. Se puede confiar en él.

—Es un hombre de gusto. Lo demostró escogiéndola a usted.

—¡Siempre galante, *Monsieur* Marcepoil!

—¡Adorador de la belleza femenina hasta mi último suspiro! Si tiene usted penas del corazón, *Madame* Zucatti, no vacile en acudir a pedirme consuelo.

—¡Muy amable! ¿Le hago subir el equipaje?

Los agüistas habituados se volvían a encontrar con agrado y se pedían noticias de su salud.

—¿Cómo ha pasado el año?

—Bien, en conjunto.

—¿Su última cura le fue provechosa?

—Muy provechosa. Prueba de ello es que vuelvo. ¿A usted le ha pasado lo mismo?

—He mejorado notablemente. Hasta el punto de que he podido reanudar todas mis actividades.

—Lo mismo que yo. Ya no tengo esas grandes crisis que tanto me deprimían.

—¿Sigue en el mismo hotel?

—Siempre. ¿Usted también?

—No tengo ningún motivo para cambiar. La mesa es excelente.

—Se dice que la mejor mesa es la del «Zuca-Palace»...

—Lo sé perfectamente. Pero el ambiente resulta demasiado encopetado...

Prefiero un poco más de llaneza.

—A mí me ocurre lo mismo. Venir aquí para estar cohibido... ¿Le pinchan?

—¡Ah!, no. No pertenezco a la categoría de los inyectados.

—¡Qué suerte! ¿Le veremos esta noche?

—Con seguridad. Sigo fiel a la bella patrona de «La Estación». Y su terraza es la menos expuesta de todas.

—Entonces, allí nos encontraremos. A propósito, ¿ha visto caras conocidas?

—Claro que sí, muchas. Incluso he vislumbrado a la traviesa Murielle Dupuytren.
¿Se acuerda usted de ella?

—Muy bien. ¿Qué se cura ahora?

—La vesícula, creo.

—Tráigala con usted.

—Lo intentaré. Hasta la noche.

—Hasta la noche.

La estación funcionaba ya con regularidad. Se entraba en una rutina de gestos y de trayectos, reglamentados por horarios precisos. La «sala de las mofletudas» seguía siendo el centro de atracción para los agüistas desocupados. Al lado de los fuertes tonelajes, veíanse allí encantadores rostros con hoyuelos. La preocupación por la

línea empujaba a mujeres aún jóvenes a hacerse inyectar preventivamente en cuanto aparecían los menores signos de ajamonamiento, que se traducían en el abombamiento de sus masas posteriores. Había algunas lindas hornadas, a las cuales poco se les podía recuperar. Aquello daba lugar a concursos de adivinanzas, pues se trataba de poner nombres a las formas que se enmarcaban en las aberturas de la mampara. En principio, el acceso a la sala estaba rigurosamente prohibido, pero existían ciertos arreglos. Mediante una propina, los practicantes no se mostraban más implacables con los curiosos que con sus pacientes, cuya emotividad se traducía por un ligero retroceso al contacto de la aguja. Halagaban las grupas con palmaditas alentadoras, diciendo gentilmente: «¡Vamos, guapa mía, vamos!».

La dirección cerraba los ojos, sabiendo perfectamente que la grupa de las damas, jamás indiferente, hacía mucho por el éxito de la cura. Cada cosa en su sitio. Huelga decir que las amables exhibicionistas ignoraban que tantos cazadores de imágenes estuviesen al acecho de la parte baja de sus espaldas. La solidaridad masculina actuaba para no hablarles de ello. Por lo demás, ¿a quién hubiera podido molestar *mostrarlas* bajo el velo del anonimato? Tal vez hubiese significado un desquite para aquellas que no habían tenido nunca ocasión de descubrirlas y sufrían secretamente por ello.

El Casino dio representaciones muy logradas, que Cyriette Pache, Maud Bouquet y Anaïs Frigoul se dignaron animar con su talento y belleza. Louisa Réal dio recitales, de poemas y de canciones, terminando siempre con la inevitable *Marsellesa*. La pensionista de la Comédie-Française tenía un pecho ciertamente sostenido, pero hartamente imponente, a condición de no enseñar más que la parte superior de la cesta. Cuando lanzaba el grito vengador, *Que una sangre impura abreve nuestros surcos*, parecía que un fuelle hinchaba de indignación sus poderosos pezones y, cuando cantaba de perfil, en una postura que evocaba a la Victoria de Rudem, los pliegues de su ropaje se separaban, descubriendo su ancho muslo. De lejos, aquel muslo, avivado por un maquillaje rosa, no parecía castigado por los años. De cerca, aquello era cosa que incumbía sólo a Piéchut.

Desgraciadamente, el tiempo no cooperaba. Hubo frecuentes tormentas aquel año, lluvias torrenciales y un polvillo de agua que ocultaba todas las perspectivas. Los agüistas se cubrían con impermeables para dirigirse al manantial, a menudo no se podía jugar en las pistas de tenis, la piscina no atraía a nadie y lo mismo acontecía con el golf, aparte algunos empecinados. En cambio, los cines, los cafés, los salones de té y los bares, así como los restaurantes hacían su agosto. La humedad daba apetito, comer distraía. Muchas mujeres que soportaban la cura de adelgazamiento por la mañana, se veían sin ánimos ante los apetitosos pasteles. Los jugadores de *bridge*, entregados por entero a su afición, no abandonaban los salones de los hoteles. El tiempo gris replegaba a la gente sobre sí misma, la incitaba a hablar de enfermedades, puesto que las enfermedades la reunían.

Pero también llovía en las otras estaciones francesas y en la mayor parte de

Europa. En Clochemerle se tenía al menos el consuelo del rozagante beaujolais. Como el vino del año anterior era excelente, el consumo de la *Cosecha del Agüista* había aumentado mucho.

El cura Patard se vio de pronto con un mal asunto encima, asunto que se vería muy agravado si llegaba hasta el arzobispado. Monseñor no se hubiera sentido conforme con que un sacerdote de su diócesis se hiciese con dinero por medio del más allá sin entregarle a él la menor comisión.

Sin embargo, cuando lanzó un abono para el cielo —que le permitió ofrecerse un coche, equipar decentemente la casa parroquial y vivir mejor—, el cura de Clochemerle no podía sospechar, por no haber brotado todavía el agua, el impulso que tomaría el pueblo y los magníficos ingresos que de rechazo iban a beneficiarle. Viendo afluir el dinero, se dijo que la renta del abono ya no le era necesaria, pero no sabía cómo desprenderse de ella. Declarar a las abonadas que, en adelante, tendrían el cielo gratis, no parecía cosa seria. Continuó, pues, cobrando las mensualidades que le entregaban. La cuestión fue puesta de nuevo sobre el tapete por una historia idiota e imprevisible.

Habiéndose ausentado su mujer durante una semana para ir a ver a una parienta en el Delfinado, Nestor Malatoisse se vio en la necesidad de buscar personalmente camisa, calzoncillos y calcetines en el gran armario de la ropa interior. Ésta se encontraba guardada con esmero por Mariette, su mujer, pero según un orden particular suyo que Nestor desconocía. Derribó pilas de ropa blanca, las recogió vociferando y volvió a meterlo todo en un estante sin doblarlo de nuevo. Total, un verdadero desastre. Aquello prometía una severa discusión cuando su mujer estuviera de regreso, perspectiva que no podía sino redoblar su rabia. Soltó repetidos «condenada zorra» a voleo, así como sartas de tacos, y se puso de nuevo a revolverlo todo a más y mejor. «¿Dónde habrá escondido mis camisas la condenada de mi costilla?». Una caja metálica cayó de repente al suelo y, por el tintineo, comprendió que había dinero dentro. Acababa de dar con un escondrijo de Mariette. Malatoisse era bastante cicatero y el dinero gastado sin consultarle no podía ser dedicado sino a compras frívolas. Si su mujer atesoraba, sin duda tenía que ser para dilapidar.

La caja contenía, tanto en billetes como en moneda, unos doscientos setenta y cinco francos. Con el dinero, halló un papel doblado en el que estaban inscritos los meses del año y al lado de cada uno figuraba una cifra, siempre la misma: cien francos. Cien francos no son nada, pero doce veces al año hacen ya una bonita cantidad. (La jarra de beaujolais valía dos francos en «Casa Adèle». Esto por dar una idea de la proporción). ¿En qué podía, sin que él lo supiera, gastar mil doscientos francos al año aquella maldita bribona? ¿Un amante? Pero a Mariette no se le ocurriría pagar a un mequetrefe. Jamás tuvo pruritos de ese tipo, como la Maffigue, la Susson y muchas otras desazonadas de la parte... Al final del papel leyó: 2 398 735,

serie Y. Y debajo: san Roque. Mariette, sin embargo, nunca había dado muestras de una piedad onerosa; rosario, misa y confesión razonablemente, pero de cuartos lo menos posible. ¿Qué venía a hacer san Roque en la caja, acompañado de ciento setenta y cinco francos?

Otra pila de ropa se derrumbó y fue remetida en el armario a puñetazos. «¡Que la vuelva a colocar ella!». Como venganza anticipada, se apropió de cien francos y los deslizó en su bolsillo. Suponían cincuenta jarras que beber. No es que le faltase el vino, pues tenía su bodega llena. Pero el vino de la tasca se bebía en el calor de las discusiones y de las buenas bromas entre hombres. Se mudó de ropa y se fue a «Casa Adèle».

—¿Quién ha puesto mi armario en este estado?

Tai fue la primera pregunta que hizo Mariette a su regreso. Unas preguntas como las que suelen hacer las mujeres, que repiten infatigables las mismas cosas. ¡Y vaya voz de arpía que le había aparecido súbitamente!

—¿Quién ha hecho eso? —gritó en el agudo de su indignación, por lo demás justificada, hay que reconocerlo.

Pero Malatoisse la esperaba a pie firme.

—Fue san Roque —contestó, soltando una bocanada de su cachimba.

Avanzó, levantó la ropa revuelta y sacó la caja, arrojándola a continuación sobre la mesa.

—¿Y esto? —preguntó—. ¿Esto qué es?

Ella se abalanzó sobre sus ahorros y abrió la caja metálica rompiéndose las uñas.

—Faltan cien francos —gritó—. ¿Quién ha cogido mis cien francos?

—Se los di a san Roque, que vino a reclamarlos.

—¿No te pidió nada más? —dijo ella en su turbación.

Comprendiendo que había hablado demasiado de prisa, volvió a apoyarse en su cólera.

—¡No creo que haya sido san Roque quien ha dejado mi armario en este desorden!

—Me gustaría saber a quién le regalas cien francos todos los meses.

Ella se enzarzó en una serie de mentiras, batiéndose en retirada palmo a palmo, contestando de soslayo las preguntas con toda la mala fe de que era capaz. Malatoisse conocía el género. No quedaba más que un argumento para vencer a Mariette. A la tercera bofetada, acabó por confesar:

—Es para mi plaza en el cielo.

Tapándose las ardorosas mejillas, desembuchó toda la historia. El cielo era una cuestión, sobre la cual Malatoisse no sabía mucho. Pensaba poco en él, estimando que no presentaba ninguna urgencia y, a decir verdad, no había tomado claramente posición a ese respecto. No se empieza a reflexionar sobre él hasta que uno es viejo.

Pero quedó impresionado ante la idea de que pudiese comprarse a plazos una localidad para la eternidad. Aquello confería al cielo una realidad palpable, puesto que estaba sancionada por el dinero y él respetaba mucho al dinero. Por otra parte, aunque afectando, como muchos clochemerlinos varones, tener al cura por un farsante, no le negaba la posesión de un poder oculto con el cual habría que contar un día.

Tras haber reflexionado, le sacudió otra bofetada a Mariette.

—¿Conque te pagas cielo con mi dinero? Y para mí, nada, ¿eh?, mal bicho...

—Yo no sabía si tú querías cielo. Jamás me hablas de eso.

—¿Y por qué lo que es bueno para ti no había de ser bueno para mí? ¿Con quién tienes cita allí?

Mariette, sorprendida, no encontró respuesta.

—¡Cornudo en el cielo, ésta sí que es buena! —chilló Malatoisse—. Iré a quejarme al cura.

Mariette sintió un gran temor de que cumplierse su amenaza. Si se sabía que ella había traicionado el secreto, podía quedar todo comprometido y el dinero se perdería. Patard se lo había advertido perfectamente.

—Si quieres abonarte —dijo por último—, puedo hablar con el cura. ¿También te interesa una localidad de cien francos?

—Siendo para dos, el cura puede hacernos un descuento.

—Lo intentaré —asintió Mariette—. Pero cuidado con irte de la lengua cuando estés borracho.

Le explicó las cláusulas del contrato y que las localidades disponibles estaban reservadas por favor especial a escasas personas.

—Y si el cura te pide que vayas a misa y a confesar, ¿qué le dirás?

Malatoisse dio con la respuesta adecuada.

—Me pondría demasiado en evidencia —dijo—. Valdrá más que siga en pecado.

Mariette se sintió tentada a no decirle nada al cura y aumentar su hucha personal con la cuantía del supuesto abono de Malatoisse. Pero éste era un hombre receloso. Se preocupó en enterarse de cómo había de ser entregado el dinero y en qué día del mes.

—Lo meteremos en el sobre e iremos juntos a depositarlo en el cepillo de san Roque.

Aquello no dejaba escapatoria.

Atado por su propio contrato, el cura Patard se quedó muy embarazado y pidió un plazo de reflexión, pretendidamente para consultar a las autoridades eclesiásticas. No sabía como desembarazarse de aquel necio asunto. Pensó en devolver el dinero, pero aquello descontentaría a su penitente quien, por no sentirse ya comprometida, se consideraría como desligada de su juramento de silencio. Sobre todo era preciso evitar que la historia cundiese, como había de ocurrir fatalmente si había cizaña entre los esposos. Comprendía muy bien el peligro de meter un hombre en el circuito, pero

no veía modo de hacer otra cosa. Si Malatoisse se empeñaba en comprarse cielo, ¿por qué desanimarle? Seguro que no se atrevería a jactarse de dar dinero al cura. Éste aceptó un precio de ciento cincuenta francos al mes para el matrimonio, no sin hacer observar a Mariette que lo hacía como una excepción y que, si se enteraba de que decía una palabra sobre ello, aplicaría la tarifa completa.

Bien. Aquello significaba una solución, aunque mala, y le dejó el ánimo preocupado. Pero él era un buen casuista. «Después de todo —se dijo—, vender el cielo constituye una especie de indulgencia plenaria. Y la Iglesia siempre ha comerciado con esto...».

A fines de 1939, se firmó en Moscú un pacto de no agresión que presentaba todo el aspecto de preparar una agresión próxima. París y Londres titubeaban hacía meses sobre una alianza con la enigmática potencia soviética. La antigua alianza franco-rusa no había sido lo bastante provechosa como para tener mucha prisa en reincidir. Se olvidaba que la batalla de Tannenberg, al fijar en el Este importantes fuerzas alemanas, había aliviado paralelamente la masa de las divisiones que se desparramaban sobre Francia, con Von Kluck en el ala ofensiva. Pero había mucha distancia entre la Rusia zarista y la Rusia staliniana.

La noticia sembró el pánico en Clochemerle-les-Bains, donde estalló un grito unánime:

—¡Esta vez es la guerra!

La guerra constituía la obsesión de Europa. Se había pensado evitarla mediante concesiones y abandonos, partiendo del principio de que era preciso calmar al ogro *über alles* y que éste, como la boa, iba a dormirse para digerir sus presas: Renania, Austria, Checoslovaquia. Sin embargo, ahora pretendía continuar con Polonia. Se decidió poner punto final.

—¡Esta vez es la guerra!

Los veraneantes refluían del Midi a toda prisa. En Clochemerle, los agüistas que tenían asuntos personales que arreglar preparaban sus equipajes y estaban dispuestos a largarse en cualquier momento. Se escuchaban en la radio las horribles vociferaciones de Nuremberg, se leía en los periódicos las exhortaciones patéticas de los hombres de Estado que se esforzaban por salvar la paz. Parecía que los jefes de Gobierno se debatían entre dos tendencias, que sus decisiones no estaban tomadas aún.

—¿Qué le parece? ¿Habrà guerra o no, doctor? —preguntó Samothrace a Mouraille.

—¡Déjeme en paz con esa porquería! Representa una bonita suma de burradas acumuladas por nuestros dirigentes desde hace veinte años.

—¿Podía haberse hecho mejor?

—Siempre he dicho que la partida se jugó en 1936. El berzotas de Gamelin no se

atrevió a hacer avanzar unas cuantas divisiones cuando el Ejército alemán era prácticamente inexistente. Y nadie tomó la responsabilidad de darle un orden firme.

—Siempre se retrocede ante las responsabilidades.

—A fuerza de retroceder ante las pequeñas, se encuentra uno acorralado ante las grandes. ¡Que se despabilen ahora!

—¡Nos meterán a todos en el fregado!

—¿Acaso no estamos destinados a vernos metidos en los peores fregados? Siempre es el ciudadano el fastidiado.

Procedente de París, en donde le habían retenido las deliberaciones del Gobierno, Piéchut hizo su aparición en Clochemerle. Por fuerza debía de estar preocupado. Pero aquel indefectible partidario del «todo se arregla», fundamento de su política, protestó de que nada se había perdido aún y que las cancillerías no habían dicho su última palabra.

Al día siguiente, 1.º de setiembre, la Wehrmacht penetraba en Polonia, los cañones de sus *panzers* escupían obuses y las escuadrillas con la cruz gamada comenzaban a aplastar ciudades.

La movilización general fue decretada inmediatamente. Al mismo tiempo, el verdadero estío estallaba en charanga, a pleno sol y pleno azur. El azul del cielo era tan liso como el de las banderas que abandonaban sus fundas para los desfiles. Sin embargo, el tricolor no tenía el estremecimiento del entusiasmo y pendía a lo largo del asta. ¡Ningún cielo para la matanza!

No obstante, la impresión era profunda en Clochemerle, tierra de asilo y de reposo, pequeño oasis de calma donde las agitaciones del mundo sólo llegaban atenuadas. Uno se sentía allí al abrigo de todo, en un circo de montañas que cerraban el horizonte al Oeste, en tanto que al Este una serie de declinaciones suaves abrían perspectivas sobre el valle del Saône, donde, en las lejanías azules y malvas, campanarios y aldeas centelleaban como espejismos. La brisa atemperaba el ardor de la atmósfera, sumiendo a los seres en un amodorramiento de bienestar. ¿Y unos criminales querían estropear aquella felicidad, aquel embeleso de las horas preciosas que la Naturaleza a veces concede a los humanos? La gente se negaba a creerlo.

—¡Si se me pusiese delante al maldito cerdo que nos hace esta faena! — exclamaba Joannès Chapasse, tumbado al borde de su viñado, adonde acudía cada tarde para echarse la siesta.

Pero el maldito cerdo se encontraba a 1500 kilómetros de Clochemerle, rodeado de falanges pretorianas, con el dedo pronto sobre el gatillo, disparando contra todo sospechoso que se expresase en un dialecto extranjero. Un viñador del Beaujolais no hubiera podido llegar a él más que abriéndose paso con camiones-aljibe llenos de clarete, a fin de emborracharse de paso a una soldadesca innumerable y fanatizarla a contrapelo, haciéndola poner la culata hacia arriba, Uno de esos proyectos irrealizables que a veces se forjan los hombres para defender su pequeña felicidad amenazada por locos sanguinarios. Joannès Chapasse tenía que incorporarse a su

unidad el segundo día. Lo mejor que podía hacerse mientras era calarse sobre los ojos el gran sombrero de paja y desinteresarse de todo aquello. Iría adonde le mandasen, dejaría que el azar decidiese. Los viejos relataban cosas terribles de la guerra, pero habían vuelto para contarlas, prueba de que se puede salvar el pellejo en las batallas y que solamente los desgraciados se dejan matar. Chapasse no se proponía dejarse matar a los veintisiete años, lo cual no procuraría ningún provecho para la patria. Consideraba preferible seguir viviendo para criar a los dos pequeños Chapasse nacidos ya, sin contar con los pequeños Chapasse por nacer: el tercero estaba en camino, porque su mujer estaba bien dotada para la maternidad. Adoraba los pañales y los biberones, así como tontear en el idioma pueril usual entre madres y rorros. Y el vino se vendía bien desde la creación de la *Cosecha del Agüista*.

¿En qué avispero iba a meterse Francia y a meter con ella a Joannès Chapasse, exponiéndole a hacerse agujerear la tripa? «¡No es católico su juego!». Pero ¿qué hay de verdaderamente católico en los asuntos humanos, incluido el catolicismo? (En el mismo momento, Mouraille anunciaba que se estaba entrando en «la moral de guerra», mil veces más canalla que la moral ordinaria). Este problema desbordaba a Chapasse, que, al fin, se durmió aplastado por el calor. En sueños, se vio de capitán o algún grado semejante, volviendo triunfalmente al pueblo, donde todos se quedaban boquiabiertos ante su aire marcial, su bonito uniforme y sus condecoraciones. El senador le dirigía un discurso, a él personalmente, y le daba delante de la multitud el abrazo republicano. Sintió en la mejilla los pinchazos de la barba de Piéchut, sensación tan fuerte que le despertó. Quedó muy extrañado al encontrarse tumbado junto a su viña, siendo así que acababa de contemplarse como un pequeño Cincinato glorioso y aplaudido por todo Clochemerle. El sol estaba bajo ya, de lo que dedujo que había dormido más que de costumbre: «¡Dios mío, si todavía no ha empezado esta guerra de mis pecados!». Se levantó para ir a preparar su hato de soldado de segunda.

Zucatti era movilizable, lo cual no le agradaba en absoluto. No pueden reproducirse los términos con que trataba a los incapaces y venales gobernantes de todos los países, indistintamente, de cualquier régimen, que precipitaban a las naciones en las catástrofes por conseguir gloria. ¿Qué demonios podía importarle Polonia a Ange Zucatti, convertido por matrimonio en gran hotelero, rico, que evolucionaba en un ambiente de lindas muchachas complacientes? «No tenía más que ir viviendo». ¿Y sólo porque unos miserables, que se guardaban muy mucho de coger en sus manos un fusil, se emperraban en jugar a la política, él tenía que dejarlo todo para ir a hacer el zuavo en los acantonamientos, en espera de la línea de fuego? ¡Y un jamón! No tenía la menor gana de cascar. Buscaría el medio de arreglar la situación internacional con el menor costo.

—Si colgasen de la horca a todos esos imbéciles de hombres de Estado, ¿no cree usted, doctor, que sería la mejor solución?

Mouraille aseguró que le parecía un excelente programa, del cual se mostraría

partidario gustosamente. Desgraciadamente, era de difícil aplicación. Y sería a Zucatti a quien colgarían de la horca, como tuviese la ocurrencia de propugnar aquel género de cruzada.

—Se olvida usted la Policía, Zucatti. Como no la mandan a la guerra, se volverá contra usted. Será mejor que intente apañarse por su cuenta. Es usted capaz de dar de comer estupendamente a los guerreros. Pero compóngaselas para dar de comer a guerreros de alta graduación. Por una parte, pasan más tiempo en la mesa y, por otro, suelen situarse en retaguardia. Su objetivo debe ser cocinar para el alto mando.

Al contrario que Zucatti, algunos clochemerlinos se incorporaban al Ejército con gusto. Estaban hartos de su parienta y soñaban con lozanas alemanitas que les harían conocer el sabor de la victoria. Beneficiarse de las mujeres del enemigo siempre fue uno de los objetivos de guerra inmediatos de los combatientes. Y los de Clochemerle tenían bien aguzado «el filo de la espada». ¡Aquellos mocetones cumplían su ideal!

En las casas, las mujeres lloraban, atiborrando de víveres los macutos: embutidos, quesos, etcétera. Hacía falta asimismo proveer de peculio a los que partían. Es sabido que el Ejército francés acostumbra a dejar el heroísmo a cargo de las familias, estimando, sin duda, que el viejo *morituri te salutant* no requiere más que un mínimo de dinero en el bolsillo. Y hay que ahorrar sobre las soldadas para pagar más tarde las pensiones de las viudas.

Aquella movilización caía mal en vísperas de la vendimia, que sería tardía por razón de la estación lluviosa. Faltarían brazos para cortar los racimos y transportar los cuévanos.

«¡Espabilaos!», decían los movilizados a sus llorosas mujeres. Pero nadie quería tomarse el acontecimiento totalmente en serio.

—¡Pronto os veremos de nuevo, muchachos!

—¡Esa historia es un *bluff*!

—¿Por qué nos hemos de batir por Danzig?

Sin embargo, no por ello podían dejar de separarse. Los clochemerlinos se alejaban cargados de botellas, lo suficiente para beber durante dos días. Tendrían buena moral mientras sintieran en su paladar el sabor incomparable del vino de su pueblo. Y la viril serenidad era de rigor en el instante de los últimos abrazos.

Se trataba de una guerra iniciada en el otro extremo de Europa, que no interesaba directamente a nuestras fronteras. No se apasionaban por ella. No obstante, temiendo la incursión de los bombardeos, se había sumido en la oscuridad a las ciudades. Resultaba sorprendente oír a celosos ciudadanos, nombrados jefes de la seguridad civil, gritar por la noche «¡Luz!», como si Clochemerle hubiese sido un objetivo militar de principal importancia.

Más que medio vacía, la estación se hundía en un mortecino letargo. Numerosos médicos, cerrados sus consultorios, se habían incorporado a hospitales o unidades combatientes. El establecimiento termal quedó carente de masajistas vigorosos y de practicantes diestros. Privados de cocineros, ascensoristas y conserjes, los hoteles, los

reemplazaban por un personal vetusto y aproximativo, de lo cual se resentía el servicio. Aquello ponía de malhumor a los últimos enfermos, que se sentían tratados con negligencia: «¡Si uno no puede ya cuidarse, todo está fastidiado!». Se les contestaba sin miramientos:

—¡Es la guerra!

Siniestro refrán que lo zanjaba todo, que lo excusaba todo. El pequeño comercio se volvía arrogante y largaba sus saldos a la clientela. A los descontentos se les decía: «¡Los hay que se batan, no se debe olvidar!».

El senador juzgó deber suyo reanimar la llama patriótica, un poco vacilante, y tranquilizar a la población. Tomó la palabra en la sala de espectáculos del Casino. Recordó las grandes victorias inscritas, en nuestras banderas: Valmy, Austerlitz, el Marne, Verdun. Citó a Turenne, Napoleón, Joffre, Foch, esos potentes genios militares. Habló de la infranqueable, línea Maginot y, detrás, nuestras divisiones agrupadas.

—¿He de recordaros que *el Ejército francés es el primero del mundo*? Mi opinión es que el enemigo no se atreverá a rozarse con él. Y escogeremos nuestra hora para golpearle. Los hijos se batirán como los padres y desfilarán a su vez bajo el arco de triunfo. ¡Viva Francia! ¡Viva Clochemerle!

Hablaba bien Piéchut. Tranquilizaba, reconfortaba. Siempre juicioso, pacifista en tiempo de paz, belicista en tiempo de guerra. Sin llevarlo a la punta del combate, quería situar a Clochemerle en el camino recto del acontecimiento. ¿Acaso no pertenecía él mismo a un Gabinete de guerra?

Encontrándose allí, no podía dispensarse de visitar a la baronesa, aunque sentía cierta aprensión. Temía las verdades descarnadas. En efecto, la vieja castellana lo recibió mal.

—Si no es capaz de evitarnos la guerra, ¿para qué sirve usted, senador?

—Pero, no soy yo...

—¡Cállese, traidor! Si el país ha confiado en usted y en sus semejantes ha sido, ante todo, para que le protegieseis de las catástrofes. No hablo de inundaciones, incendios o terremotos, que son fantasías de Dios. ¡Pero la guerra, senador, la guerra! ¿Va usted a decirme que es un golpe de los clericales?

—Señora baronesa...

—¡Cállese usted, señor! ¿Quién es ese coloradote que está al frente del Gobierno y nos ha metido en el jaleo?

—Daladier, señora baronesa... Es hijo de un panadero —añadió finamente Piéchut.

—¡Un don nadie! ¿Y qué cabe pensar de un régimen que hace de un repostero un primer ministro?

—El juego de las instituciones...

—¿Y quién es ese pequeño convulso con muelles que parece un chino?

—Paul Reynaud.

—¡Ese pequeñajo merece una azotaina!

—Sin embargo, es una mentalidad...

—¡Vuestras mentalidades se parecen en sumo grado a los traseros! Yo me refiero a la inteligencia. Aunque la verdad es que no se les puede reprochar nada a los traseros. Ellos no se salen de sus atribuciones... ¿Acaso vuestra guerra va a durar tanto como la anterior?

—Señora baronesa, me pregunta usted algo...

—Sí, no sabe usted nada. Pues entonces, ¿en qué se mete usted? ¿Y se da cuenta del marasmo en que estamos sumidos por culpa suya? Ni siquiera tengo ya jardinero. ¡Se ha marchado al Ejército!

—Trataré de proporcionarle...

—¡Y he perdido a mi yerno!

—¿Le ha ocurrido alguna desgracia a *Monsieur* de Saint-Choul?

—Ciertamente. Lo han movilizado como oficial de caballería. Le gustan los caballos, de acuerdo. Pero el matrimonio no tiene nada que ver con un concurso hípico. El deber de mi yerno es caracolear en familia. No sé si me hago comprender...

—Muy bien, muy bien...

—Y no arrojar en mis brazos a mi hija, convertida en viuda, con una naturaleza que reclama. Mantener a los hombres de un lado y a las mujeres de otro es muy nocivo. ¿Y es usted ministro de Sanidad?

—La palabra la tienen ahora los militares.

—¡Eso nos promete un hermoso barullo! A propósito, ¿dónde está su yerno?

—En el «Hotel Continental».

—¿Qué es el «Hotel Continental»?

—La sede de la Propaganda. A las órdenes de Giraudoux.

—¿Vuelve a su casa por la noche, a dormir?

—Estando en París, necesariamente...

—Ya veo. ¡Un emboscado! Envía usted a la muerte a mi yerno pero refugia al suyo. Y no vaya a decirme que su Gaëtan es menos idiota que mi Oscar, porque, poco más o menos, vienen a ser equivalentes. Pero yo no lo consentiré. Voy a sacudirles las pulgas a todos: al presidente de la República, al generalísimo, al arzobispado, al mismo Papa... ¿No ha visto usted jamás una mujer en acción, una mujer verdaderamente indignada?

—Pero ¿qué puedo hacerle yo, señora baronesa?

—Le abandono mi jardinero, sea, pero quiero recuperar a mi yerno, que le devuelvan a sus deberes familiares. Si no, entro en campaña y ¡ya verá usted lo que pasa, senador!

«Una terrible vieja vociferante», pensó Piéchut. Capaz de crearle las peores dificultades. Había que arreglar aquella historia. Bien, había arreglado ya otras muchas...

La bella Nadia Vlasef gustaba en demasía de las sensaciones fuertes, lo cual la hacía confiarse a individuos peligrosos a los que siempre creía poder dominar. Cometía el error de tratarlos sin miramientos, tomándolos y rechazándolos a tenor de su humor fantasioso y de sus inclinaciones del momento. Amantes despedidos le habían predicho que un día u otro, acabaría mal, porque ella rebasaba los límites de la broma amorosa. Las predicciones se cumplieron. Una mañana, la encontraron muerta en su habitación del «Zuca-Palace», ensangrentada y casi desnuda. El puñal que le había atravesado la garganta designaba claramente al homicida. Jimmy Colt, en efecto, había desaparecido.

La mayoría de las mujeres declararon que aquello no les había extrañado en absoluto y que «esa criatura» se lo tenía bien merecido. Era una provocadora de hombres, de sucias maneras. Y puesto que pocos hombres hubiesen sido capaces de resistir incitaciones, su caso se juzgaba severamente. ¿Acaso no le había quitado el marido a la pobre Babasse? Si por lo menos se hubiese contentado con eso...

El homicidio hubiera causado mucho ruido en tiempo ordinario, pero ahora sólo se pensaba en la guerra, que mataba seres a millares. Lo que ocurría en Polonia tenía más importancia que el fin de una aventurera ninfómana, venida de no se sabe dónde. Si Jimmy Colt la apuñaló, fue porque le había dado derecho a sentirse celoso, sin tener en cuenta que él tenía sangre piel roja en las venas. Mouraille acudió a certificar el fallecimiento por muerte violenta, lo cual resultaba más que evidente. Cudoine inició una indagación entre el personal del «Zuca-Palace». Los testimonios concordaban en atribuir a la muerta una vida íntima muy agitada. Apretada a preguntas, Flora acabó reconociendo que Jimmy la tenía abandonada hacía algún tiempo. Comprendió dónde pasaba aquél las noches porque olía al perfume de la difunta, perfume que ella conocía muy bien por limpiar con frecuencia la habitación de Nadia. Ésta había debido cerrar su puerta a Jimmy, quien volvió al lado de Flora. Pero era un Jimmy muy cambiado, horrorosamente febril y colérico. «Me daba miedo». Aquello confirmaba las suposiciones. Pero ¿dónde, encontrar a Jimmy Colt?

Podemos revelar que, una vez cometido su delito, corrió a refugiarse en el castillo de Tournoie-Bise, donde vivía en un desván sin que nadie lo supiera, excepto Texas. Se lo contó todo, el porqué y el cómo del drama. Era Nadia quien lo había buscado, para luego burlarse de él abiertamente. Tenía motivos para que Nadia le importase, motivos no tan sentimentales como...

—¡Comprendido! —dijo Texas—. A menudo se les tiene apego a las mujeres por razones en las que el alma nada tiene que ver. Cuando nos importan de ese modo, deberían desconfiar. Pero no hubieras debido clavarle la navaja.

—Soy un pistolero —dijo Jimmy.

—Conforme —respondió Texas— y no te lo reprocho. Pero aquí, eso no está admitido. Clochemerle no es Chicago.

—¿Me mandarán a la silla, si me cogen?

—En este país, utilizan la guillotina. Cortan el cuello. No puedo decirte si es mejor o peor. Haría falta haber pasado por las dos cosas, lo cual es imposible.

—No me cogerán vivo —dijo Jimmy, resueltamente—: Me cargaré a varios antes de que me derriben.

Había conservado su batería de cuchillos y su fiel revólver, así como varios cargadores. Texas sabía de lo que era capaz con aquel armamento, infalible en sus manos. A su rapidez en el tiro debía él, por tres veces, haber salido vivo de sangrientas reyertas americanas. No se puede entregar a un hombre que os ha salvado la vida. Es el artículo básico del pacto que ata entre sí a los aventureros.

—¿La muñeca se quedó fría? ¿Estás bien seguro?

La pregunta irritó a Jimmy.

—Mi cuchillo no deja jamás vivo a nadie.

—¡Es justo! —dijo Texas—. En eso, eres un campeón.

Contemplaba a su viejo compadre de los años peligrosos. La cicatriz que le cruzaba la mejilla hubiera debido marcar la suya, en el mejor de los casos, si Jimmy no se hubiese arrojado delante de él, para protegerle. Había llegado su turno de salvarle.

En cuanto a Nadia, a la que él conocía muy bien y apreciaba como entendido, era una magnífica bestia de placer, que había cometido el error de jugar con fuego por su cuenta y riesgo. También le había hecho a él insinuaciones muy claras, pero él había pensado en Donatienne... «Todas iguales. ¡No buscan más que volvernos majaretas!».

—¿Entonces, Tonio?

—Tenemos que ganar tiempo, esperar a que ese asunto se haya olvidado un poco. Luego veremos cómo podré conseguir que te largues.

La enorme construcción de Tournoie-Bise contenía en su interior un dédalo de pasillos secretos donde uno se extraviaba. Era fácil esconder alguien allí. ¿Y quién se hubiese atrevido a registrar el castillo del poderoso señor Tonio Texas, benefactor de Clochemerle? Resultó relativamente sencillo instalar a Jimmy en un reducto bastante confortable, con colchón, mantas y bebidas. Incluso tendría una tabla para ejercitarse en el lanzamiento del cuchillo. La única dificultad estribaría en avituallarle sin que nadie lo advirtiese. Tonio se encargaría de ello personalmente.

—¿Fue verdaderamente Jimmy quien mató a esa desventurada mujer? —preguntó Donatienne, cuando se enteró del crimen por los diarios.

—Nada permite afirmarlo —respondió Texas evasivamente.

—Dicen que ha desaparecido.

—Eso parece. Sé tan poco sobre el asunto como tú.

—Su fuga le acusa, ¿no lo crees así?

—Tal vez sea una simple desaparición sin motivo. En Jimmy, no es de extrañar.

—¿Y si estuviese oculto?

—Le es muy difícil ocultarse. Opino que lo veremos comparecer un día cualquiera.

Las cosas se quedaron así. Pasó una semana y Donatienne preguntó:

—¿Todavía no se ha encontrado a Jimmy?

—¿Jimmy? Toma, le había olvidado.

—¿Qué crees que puede estar haciendo?

—Corriendo detrás de algunas faldas. Eso es muy propio de él.

—Mientes muy mal, Tonio.

—¿Cómo?

—¡Si alguien sabe dónde está Tonio, ése eres tú!

—¡Vaya!

—La cocinera dice que la nevera se vacía todas las noches como si hubiese una boca suplementaria que alimentar, una boca que tenga mucho apetito. Y se hace un gran consumo de cerveza. Las botellas vacías se apilan en el sótano.

—Tal vez sea la propia cocinera la que alimenta a alguien. Vete a saber...

—Bueno —dijo Donatienne, levantándose—. La voy a echar a la calle inmediatamente. Sin embargo, la consideraba una mujer honrada.

—¡Espera! —dijo Texas—. Ella nada tiene que ver con eso.

—¿Jimmy está aquí?

—Pues bueno, sí.

—Estaba segura de ello. Estás escondiendo a un asesino.

—No exageremos. Tuvo un gesto demasiado vivo, de origen pasional. Esa Nadia le tomaba el pelo. Era una viciosa.

—¡Escondiendo a un criminal, tú te conviertes en cómplice suyo!

—Si Jimmy se deja coger dentro de casa, no hablará. No tienes idea de su devoción. Y voy a decirte una cosa: sin él, haría tiempo que yo habría muerto. Ponte en mi lugar.

—No por eso deja de ser un homicida.

—No es un homicida, sino un pistolero. No sabe hacer otra cosa.

—¡Es abominable!

—De acuerdo. Y he aquí cómo razono yo. De todos modos no podemos resucitar a Nadia. Era una desequilibrada sexual, así que vamos a dejarlo. Pero Jimmy, justamente porque es un magnífico pistolero, representa un valor para la Francia en guerra. Ha llegado el momento de utilizar sus capacidades.

—Pero él no es francés.

—Eso carece de importancia. Se trata de que mate con nuestro uniforme. Y de eso me encargo yo.

Texas expuso su proyecto. Una vez olvidada un poco la muerte de Nadia, él se iría a Tournoie-Bise en el coche americano, con Jimmy. Conduciría a éste directamente hasta Marsella, al centro de reclutamiento de la Legión. Jimmy no

tendría que hacer otra cosa sino alistarse con nombre falso.

Donatienne no encontró nada que objetar. Y puesto que Jimmy había salvado a su querido Tonio... En el fondo lo admiraba por correr el riesgo de preservar a su fiel compañero.

Clochemerle no volvió a oír hablar de Jimmy Colt. En cuanto a Nadia Vlasef, fue olvidada pronto. Demasiados acontecimientos iban a surgir que forzarían a las gentes a no pensar más que en sí mismas.

Una cosa hay que declarar en favor de Babasse; fue acaso la única persona en deplorar sinceramente el final trágico de Nadia. Sabía que era su peligrosa rival, pero no llevaba su resentimiento hasta desear su muerte. Aquella compasión, de ningún modo fingida, contribuyó en mucho a devolverle su doctorcito, ya arrepentido.

Se hacía estrategia en la tasca, donde se reunían, desocupados, los no movilizables. Muy encarnizados, en su mayor parte. Las gentes que no han de batirse cobran una mentalidad de estado mayor y disponen fácilmente del pellejo de los otros. Las mentes poderosas conjeturaban acerca de las operaciones. Samothrace no cesaba de encolerizarse con la lectura de los partes.

—Esos polacos no son verdaderos soldados. Es una vergüenza retroceder a esa velocidad.

—Hay que convenir —hacía observar Mouraille— en que para ellos somos unos menguados aliados. Gamelin no hace nada.

—¿Tiene usted algo en contra de Gamelin?

—Su inercia. Carece visiblemente de mordiente, de conceptos. Compárele con el padre Joffre. Joffre era una roca, con tal de que tuviese sus diez horas de sueño y la panza llena. Le importaba tanto hacer matar cincuenta mil hombres de más o de menos como su primer entorchado.

—¿Y usted admira eso?

—Los jefes militares se asemejan a los cirujanos en cierto modo. Han de sajar en carne viva.

—¡Le encuentro a usted muy sanguinario, Mouraille!

—No, caray. La guerra es una estupidez dado que siempre puede empezar de nuevo. Pero, una vez iniciada, hay que llevarla a cabo. Y nosotros no hacemos nada, aunque la hayamos declarado.

—Estamos situando nuestro dispositivo.

—Pues a mí me gustaría verlo. La guerra consiste en provocar los acontecimientos y en arrollar al adversario. Julio César y Napoleón no habrían titubeado.

—Los métodos han cambiado, desde entonces.

—Pero las reglas son inmutables. Este asunto ha sido mal comenzado, a mi entender.

—Puesto que Polonia está virtualmente hecha polvo, no hay más que firmar la paz.

—El caso de Polonia está rebasado. Europa entera va a incendiarse ahora.

—No veo por qué. Hay muchas naciones que no están interesadas en este conflicto.

—No se les pedirá su parecer para disponer de ellas. Comprenda usted que hay dos hegemonías enfrentadas y que cada una de ellas intenta abatir a la otra. He aquí el verdadero motivo de esta guerra.

—Las dos hegemonías de las que habla acaban de ligarse por un pacto de no agresión.

—¡Un pacto de gangsters! ¿Cree usted en la sinceridad de un pacto entre Dillinger y Al Capone? Cada cual no espera sino la ocasión de abatir al otro.

—Razón de más para esperar. El enemigo vendrá por sí mismo a destrozarse sobre nuestras defensas. Lo aniquilaremos.

—Ya veremos...

—Seremos nosotros los vencedores, Mouraille. Acuérdesse de lo que le digo.

—¡Vencedores, sí, pero... en qué estado! Le advierto que creo en la victoria final de nuestro bando, porque estamos al lado de los ingleses. Ellos siempre han terminado con ventaja propia las guerras de coalición. Pero son terriblemente lentos en tomar la salida. En espera de que se consideren listos, estaremos solos ante fuerzas muy superiores a las nuestras. Temo que no nos hallemos a la altura debida.

—¡Condenado doctor Tanto-Peor! ¿Pretende usted que los franceses ya no saben batirse?

—Los soldados se baten según el armamento que les entregan y la manera en que les conduzcan. Y según la proporción de las fuerzas enfrentadas. Olvida usted que somos aproximadamente cuarenta millones contra ochenta. Esto no me da motivos para sentirme optimista.

—No nos quedaremos solos.

—¿Dónde están los otros, por ahora?

—Aguardemos a que vengan.

—No podemos hacer otra cosa... ¡Un picón, Adèle!

—Esta vez no habrá un nuevo Charleroi.

—Esperémoslo...

Y así sucesivamente. Se remachaban cada día los mismos temas. La estación se vació por completo a principios de octubre. Habían cerrado los hoteles, excepto el «Zuca-Palace», abierto todo el año, que marchaba morosamente. No quedaban ya en Clochemerle más que los ancianos, los niños y los inútiles. Aparte las mujeres, naturalmente, que habían tomado la dirección de los negocios. Formaban asambleas más bien plañideras, porque la ausencia de los hombres se dejaba notar. Aquello creaba un desequilibrio, un vacío.

Una vez ajustada la cuenta de Polonia, el Ejército se limitaba a proporcionar centinelas para hacer las guardias en las fronteras. Desde el frente, los clochemerlinos movilizados escribían pidiendo vituallas, balones de fútbol, juegos de naipes, etc. Muchos habían encontrado un buen enchufe. Zucatti era cocinero de un general de Ejército, el hijo de los Fenouze chófer de otro general, el hijo de los Remuzal mozo en una cantina, el hijo de los Bachot estaba de telegrafista. Sólo el hijo de los Miache servía en los tanques. Pero su artefacto dormía bajo un toldo de camuflaje. Se limitaban a limpiarlo y a poner en marcha su motor de vez en cuando. Todos decían que no padecían molestias, pero que se aburrían, se preguntaban qué estaban haciendo allí. «Estaríamos mejor en casa».

El invierno fue rudo. La temperatura bajó hasta veinticinco bajo cero. No había nadie para quitar la nieve que se amontonaba, las cunetas aparecían llenas de hielo y éste recubría la calzada peligrosamente. Hubo caídas, miembros rotos y varios accidentes de coche, debidos a los patinazos. La gente se encerraba en las casas, bebiendo vino caliente.

En febrero de 1940, Piéchut vino a Clochemerle. Acababa de frecuentar en París los medios mejor informados y anunció:

—Este año no pasará nada. El enemigo no tiene motivos para atacarnos. Por nuestra parte, la principal preocupación se basa en aumentar los armamentos. Nuevas fábricas estarán prontas para funcionar dentro de algunos meses. Esto cobra un buen cariz.

—Entonces, ¿las batallas empezarán para el año que viene?

—Probablemente. Siempre que los ingleses hayan logrado equipar un número suficiente de divisiones.

Total, una guerra de *statu quo*, apenas mortífera. Se tomó el partido de aceptarla puesto que hacía tan pocas víctimas. Un solo clochemerlino había sido herido en Alsacia, y aún por accidente: una pierna quebrada por un tonel de vino que estaba descargando de un camión del suministro. Se le estaba rehaciendo la rótula y, luego, sería declarado inútil sin duda alguna. Dos o tres clochemerlinos más se encontraban en el hospital, por haberse enfriado en las avanzadillas, a una temperatura de casi treinta grados bajo cero. Declaraban tener muy poca prisa por reincorporarse a su unidad.

Aquella movilización era buena para los ausentes, pues los revalorizaba enormemente. Las mujeres comprendían cuánto amuebla el hombre, cómo caldea un hogar, pese a sus broncas y sus cogorzas, sus cenizas de tabaco, sus lamparones de vino en el mantel, el barro en el piso y su sucia costumbre de mear siempre un poco de costado en la taza del retrete, porque no se toma la molestia de apuntar o porque ha tardado demasiado en sacar su utensilio. Pero nada reemplaza al hombre y se nota mucho cuando llega a faltar. Sólo ellos son capaces de infundir respeto a los hijos, que se vuelven verdaderos demonios cuando el padre se ha ido.

Cosa curiosa, Berthe Matachut se quejaba más que ninguna y suspiraba

salvajemente por su gran bibrón, con los pechos desinflados y la grupa desairada. «¡Echa de menos las zurras!», decían las vecinas, por lo demás sin asomo de maldad. Ellas mismas añoraban el barrio y encalabraban a los esposos. Feúchas como Gros-Jambons («Jamones Gordos»), la Dupied y la Donjazu se quejaban en voz alta de verse privadas de las asiduidades conyugales, dando a entender que eran objeto de una gran solicitud. Pero los maridos de aquellas tres escribían que aquella guerra representaba para ellos la buena vida, lejos de sus rezongonas.

Sin los agüistas, el pueblo iba recayendo en su aislamiento invernal. El aburrimiento se hacía sentir pesadamente. Las chicas de dieciséis a veinte años, en edad de ser miradas, cortejadas y acariciadas, deploraban que los mozos estuviesen en los ejércitos y que las bodas fuesen aplazadas hasta más adelante. Captaban perfectamente al pasar las miradas de los hombres de cuarenta y cinco años o más, que les asestaban en pleno pecho un madrigal mudo, con el aire de sopesar el contenido de sus corpiños. Y no tenían necesidad alguna de volver para saber que eran evaluadas también por el dorso, lo cual las incitaba a solapados contoneos de las ancas, maquinales pero vanos. Muchas de aquellas doncellitas padecían de acné por inhibición. Las madres se quejaban de que se mostraban exageradamente nerviosas y francamente insoportables el domingo, día que no se sabía cómo emplear en ausencia de galán.

Tafardel había reanudado su papel de escribano público. En los períodos agitados, siempre existe un enorme papeleo, montones de peticiones surgen aquí y allá para un destino o un socorro. El viejo maestro echaba también una mano a la correspondencia privada, pues muchas mujeres sienten repugnancia a tomar la pluma. «Ya que está en ello, señor Tafardel, escríbale a mi Mathieu que el peque tiene la gripe y que hemos vendido diez toneles de vino a un cafetero de Lyon. Y que la abuelita ha tenido un pequeño ataque, que le ha dejado la boca torcida. Dígaselo usted con suavidad, ya que es su madre. Además, no va mal del todo, salvo que no se le entiende cuando habla porque las palabras le salen de costado y como ya no tiene dientes...».

El brigada Cudoine y el guarda rural Beausoleil adquirirían una importancia considerable, porque representaban, además de la ley, la autoridad viril, con quepis y cinto. El cartero Blazot, por razón del correo que llegaba del frente, debía extender sus giras hasta las más apartadas aldeas de las montañas. Subía empujando su bicicleta y volvía a bajar montado en ella, oscilando peligrosamente, tanto le habían invitado a beber. La mayoría de las veces iba a parar a la cuneta. Una vez, ya de anohecida, perdió la libreta de certificados. Menos mal que se la llevaron al día siguiente.

Adèle languidecía, sin ánimos y con la carne acobardada. No le quedaba más recurso que hablar de Ange Zucatti con Flora, por conocerle ambas íntimamente. Habían cerrado la mayoría de habitaciones del hotel. Pero la tasca conservaba su clientela de perorantes. Hablaban de su guerra del 14, que había arrancado ya desde los primeros días, en tanto que la que estaba en curso no se parecía a nada. Los hijos

no valían lo que los padres, decididamente. Y en cuanto a los mandos, Samothrace decía:

—Los grandes capitanes de hoy en día son todos unos guasones. No hay ni uno que se atreva a moverse.

—Gamelin está buscando la llave del campo de batalla —respondía Mouraille.

Babasse había recobrado su tez lozana, su risa clara y su plenitud corporal. Para ella, la dicha seguía su curso apacible, a despecho de la guerra. Compadecía, no hay que dudar, a las desgraciadas solitarias, pero de nada les hubiera servido que ella incrementase su número. Debía comprenderse que Léo Suffock no podía abandonar Clochemerle, puesto que era su cerebro medicinal. Y la pobrecilla tenía gran necesidad de su amor recuperado.

Donatienne esperaba un hijo. Texas estaba loco de orgullo. El viejo zascandil sentía emocionarse su fibra paternal. Un pequeño Bezon-Texas no tardaría en reinar sobre Tournoie-Bise, castellano desde un buen principio, acaudalado ya en la cuna, no tendría por qué preocuparse. Los puños y los bíceps de su padre le habían abierto el camino en este mundo. ¡Podría mascar parné a dos carrillos el condenado chaval!

Una mujer que posea un simpático comercio con su vivienda adjunta halla fácilmente marido. Con mayor motivo si se trata de una guapa moza de treinta años, inclinada a las ternuras. Un joven y fogoso capitán de reserva, agregado del gobernador, apremiaba a Nathalie para que le concediera su mano, tras haberle entregado ya todo el resto sin inútiles melindres. Ceder al prestigio del uniforme consistía la contribución personal de la amable comerciante al esfuerzo de guerra. Pudo haber creído inolvidable a Texas. Pero era una ilusión del corazón y el corazón no puede bastar a todo. Y puesto que nunca había sido una heroína platónica, Nathalie iba a casarse de nuevo.

El termalismo no había previsto la guerra, con la cual nada tiene en común. La guerra mata, mutila y destruye, en tanto que Clochemerle-les-Bains se proponía aliviar, prolongar. Su obra era una obra de paz y la paz debe triunfar sobre la guerra, supervivencia de la barbarie y de los antiguos bandolerismos.

Sobre esto reflexionaba el doctor Suffock, en la inactividad deprimente de la temporada invernal. Sufría al ver su labor amenazada por acontecimientos absurdos, puramente circunstanciales, dado que el frenesí de los conquistadores no podía prolongarse. Simples contingencias, y contingencias secundarias además. Pensó que sería conveniente reunir a los miembros desparramados del C. E. T., al menos aquellos que estuvieran disponibles. El citado C. E. T. dormitaba desde que la estación había entrado en su fase de explotación. Sin embargo, se había previsto su convocatoria en caso de graves acontecimientos. La guerra era uno de ellos. Se cursaron las invitaciones. Careciendo de cocinero capacitado. Adèle aceptó con gran patriotismo ponerse al fogón.

La mayoría de los caballeros en cuestión acudieron de uniforme (tres, cuatro y cinco galones), soberbiamente ceñidos y tocados con el quepis con cinta de terciopelo granate. Las medallas lucían numerosas sobre sus pechos. Inflados de importancia por el ejercicio del mando, desplazaban mucho aire. En general, habían conseguido ser movilizados en su propia residencia o en un perímetro que les alejaba poco del campo de sus actividades habituales. Léo Suffock también estaba afectado a Clochemerle, en calidad de oficial médico, tanto si la estación era dejada a disposición de los agüistas como si se la transformaba en centro de hospitalización para los heridos del frente, cuando las batallas se tornasen verdaderamente sangrientas. Era de prever que esto sobrevendría un día u otro, pese al lento arranque del conflicto.

El doctor Brhume estaba soberbio, tajante de estrategia y de geopolítica. Aseguraba llegar de París, donde había cenado en la mesa del ministro de la Guerra y recibido algunas confidencias del general en jefe.

Él era el hombre adecuado si existía el propósito de nombrar un mariscal de Sanidad militar. El profesor Chabé-Froutte, rejuvenecido, evocaba con estremecimientos de gozo el buen tiempo pasado antaño en Salónica, sajando carne maltrecha. Se sentía devorado por el deseo de operar. Su mano no se había hecho mucho más segura que en aquellos tiempos. Pero el militar, cloroformizado en posición de firme, no puede escoger su bisturí.

Se consideró el futuro del pueblo, tomando en cuenta los peligros que el estado de guerra acarrea. Todos hicieron juramento de servir a la nación a fuerza de escalpelo, anestésicos y remedios, sin escatimar su fatiga. Pero no por esto debía sacrificarse a la clientela de la retaguardia, dejándola sin cuidados. Son más numerosos los civiles que los soldados, hay que tenerlo en cuenta.

El doctor Suffock sacó las conclusiones de aquella reunión:

—En suma, señores, nuestro ideal permanece siendo él mismo: auscultar, operar, aliviar, curar si se puede. Sabremos consagrarnos más que nunca al estricto deber médico.

Estas palabras fueron muy aplaudidas. No obstante, cuando los bravos se hubieron calmado, el doctor Lévy-Lévy objetó:

—Debo hacerles observar que la movilización representa para nosotros una mengua de ganancias. Ahora bien, es de presumir que el costo de la vida aumentará sin duda.

—He previsto ya —intervino el doctor Bobolat— la posibilidad de ajustar nuestras tarifas a ese aumento. Me parece incluso prudente que tomemos la delantera. Siempre me he arrepentido de mi vacilación en hacerlo cuando se constituyó el ministerio Blum, en 1936. No volverán a cogerme.

—Yo creo muy justo —observó el doctor Croppeton— que los civiles, que detentan el privilegio de no batirse, nos paguen honorarios aumentados en compensación por lo que perdemos con los militares.

En aquel momento se produjo un alboroto en el ángulo de la sala, allí donde era más estrecho el paso entre la mesa y la pared. Flora, la sirvienta, se quejaba de ser fuertemente atormentada.

—¡Otra vez voy a quedar llena de moradas! ¡Para ser doctores, exageran ustedes!

Y es que aquellos doctores iban de uniforme, lo cual les retrotraía a las antiguas travesuras de la juventud... La atmósfera de aquella reunión tenía algo de comida de oficiales y de cuerpo de guardia. Mouraille, que hasta entonces no había dicho nada, enunció una de aquellas fórmulas cuyo secreto poseía.

—Existe el nacimiento y la muerte y, entre ambos, la nalga. Ahí radica toda la condición humana. Usted es aquí su epicentro, Flora, por razón de los rayos telúricos que irradia.

Flora, que se estaba frotando el epicentro, no comprendió nada, aunque su estrabismo le diese un aire de concentración intelectual. Se aplaudió prolongadamente a Mouraille.

Pero era hora de volver a las cosas serias.

—Es preciso que el médico viva para que el enfermo sobreviva —declaró con firmeza el profesor Bobolat.

—La salud se venderá un poco más cara —concedió el doctor Suffock—. Ahora bien, si se considera que ella es el principal de los bienes, debe convenirse en que la garantizamos a nuestros clientes por un precio extremadamente bajo.

—¡Por un precio irrisorio! —confirmó el doctor Lévy-Lévy.

—Por ello, estamos en nuestro derecho al proclamar que nuestra profesión, por bien que sea retribuida, pertenece al campo del apostolado. En esta convicción se basa el orgullo de todos nosotros.

Una vez más, el doctor Léo Suffock, director médico de Clochemerle-les-Bains, había dicho la última palabra. Acababa de definir el papel humanitario de ese gran cuerpo social, los médicos.

Fin



GABRIEL Chevallier, (Lyon, 1895 - Cannes, 1969). Escritor francés que se dio a conocer en todo el mundo con la novela *Clochemerle* (1934), traducida a más de treinta lenguas y adaptada al cine, teatro y televisión. En 1914, a la edad de 16 años, se vio obligado a interrumpir los estudios de Bellas Artes al ser llamado a filas. En 1915 fue herido en Artois y se reincorporó a primera fila de combate, donde estuvo hasta el final de la guerra en 1918. De vuelta a la vida civil ejerció todo tipo de oficios: periodista, diseñador, representante, pequeño industrial, etc. Su primer libro, *Durand, voyageur de commerce*, se publicó en 1929. Pero no fue hasta la aparición de su cuarto libro cuando el nombre de Gabriel Chevallier estuvo en boca de todos. Con *Clochemerle* obtuvo elogios tanto por parte del público como de la crítica. Hasta 1968 escribió más de veinte libros, entre ellos, *Clochemerle Babilonia* y *Clochemerle Balneario*. Recientemente se ha recuperado en lengua española *El miedo*, uno de sus libros menos conocidos. Se trata de un testimonio en primera persona de su participación en la Primera Guerra Mundial, que recibió encendidas críticas en Francia en el momento de su publicación en 1928 siendo acusado de antipatriota. Bernard Pivot, uno de los críticos literarios franceses de mayor prestigio, considera que *El miedo* es uno de los mejores libros que existen sobre la Primera Guerra Mundial...

Notas

[1] V. *Clochemerle Babilonia*, publicada en esta misma colección. <<

[2] Nombre que se da en algunas regiones francesas a un salchichón de gran diámetro.
— *N. del A.* <<

[3] Botella de dos litros. — *N. del T.* <<

[4] Ver *Clochemerle Babilonia*. <<

[5] Frase de Sorel a propósito de Jaurès. — *N. del A.* <<

[6] Rancho de la tropa. — *N. del T.* <<

[7] Contrabandista de licores. — *N. del T.* <<

[8] «Americanos» en el argot francés. — *N. del T.* <<

[9] Alemanes. — *N. del T.* <<

[10] Esos regalos con intención publicitaria han sido prohibidos en Francia a raíz del fin de la Segunda Guerra Mundial. — *N. del T.* <<

[11] Ave de Escocia. — *N. del T.* <<

[12] Clemenceau. — *N. del T.* <<

[13] Picadillo de cerdo cocido con grasa. — *N. del T.* <<

[14] Lavativa combinada con una bomba impelente.— *N. del T.* <<

[15] Morapio, peleón, tintorro. — *N. del T.* <<

[16] Hospital militar de París. — *N. del T.* <<

[17] Dialecto regional. — *N. del T.* <<

[18] C. R. S., Compañías Republicanas de Seguridad. — *N. del T.* <<

[19] Ver *Clochemerle-Babilonia*. <<

[20] Distritos donde habita la gente pudiente. — *N. del T.* <<

[21] Escritor de extrema derecha, «revanchista». — *Nota del T.* <<